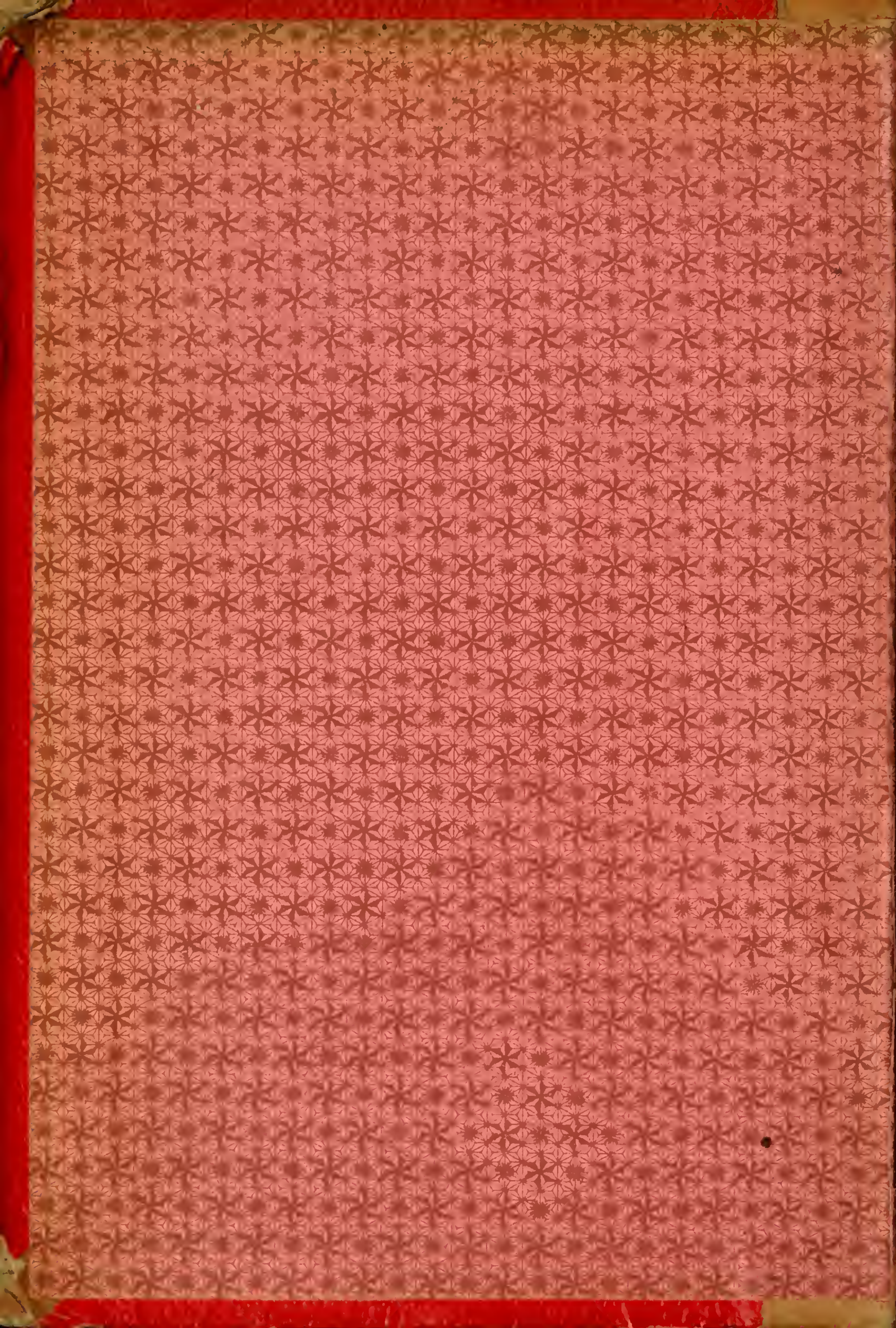
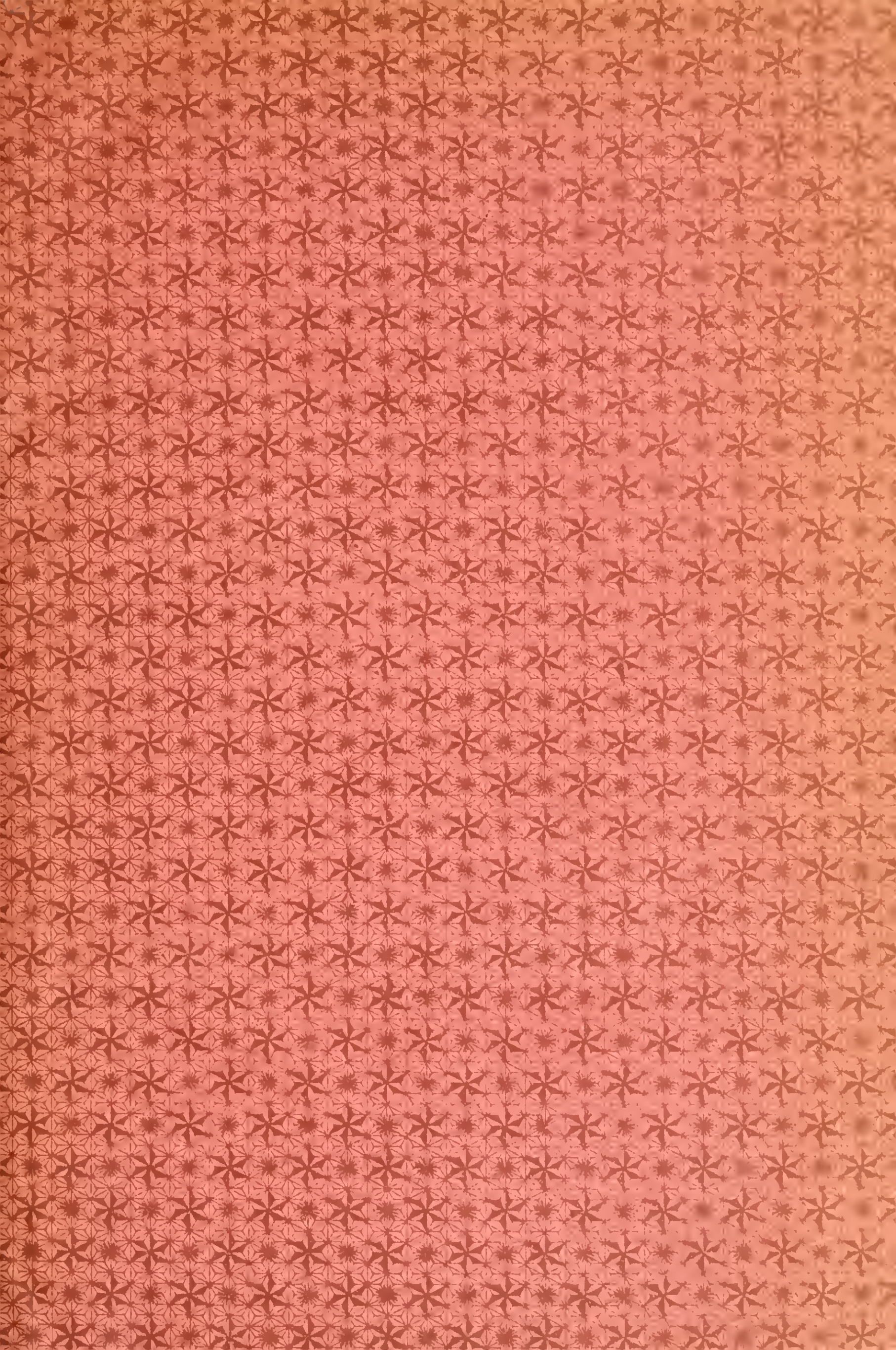






La Patria de Cervantes

Tetuán de Chamartín
Imp. de Bailly-Bailliere é Hijos.





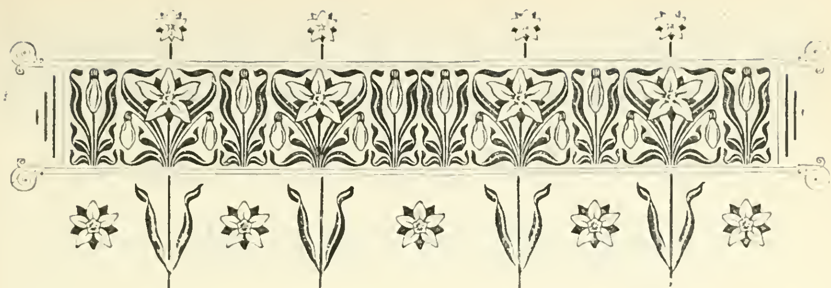
La Patria de Cervantes

Revista Mensual Literaria Ilustrada



BAILLY-BAILLIERE É HIJOS
EDITORES
Plaza de Santa Ana, núm. 10
MADRID





La Hermandad de los Siete Reyes

Por L. J. Meade y Roberto Eustace.



Introducción.

PARECE *casi increíble que en el Londres de hoy haya existido una sociedad secreta cuyas leyes eran idénticas á las de otras instituciones parecidas, y que tanto daño causaron en diversas partes del continente. Sin embargo, no solamente existió dicha sociedad, sino que, merced á los esfuerzos de una mujer de incomparable talento y resolución, llegó á alcanzar gran desarrollo.*

Hace un siglo que el nombre de la «Hermandad de los Siete Reyes» se pronunciaba siempre en Italia con invencible horror, y más tarde en Londres esa misma hermandad comenzó á realizar hechos de asombroso atrevimiento, de astucia sin igual.

Por la vasta extensión de sus medios científicos y el secreto impenetrable de su organización, estuvo á punto de constituir un peligro formidable para la sociedad y fué causa de grandes inquietudes para las autoridades.

A la amabilidad y cortesía de Mr. Head debemos las siguientes revelaciones, que no se han publicado hasta hoy.



A orillas del cráter



El primero de los notables acontecimientos que voy á referir ocurrió en el año 1895. Entre la sociedad pasaba yo por un filósofo y algún tanto eremita. Era joven, pues aún no había cumplido treinta y cinco años; pero en una época triste de mi vida sufrí un desengaño tan grande, que decidí retirarme del bullicioso mundo para hallar consuelo en el laboratorio del hombre de ciencia y en el estudio de la filosofía.

Diez años antes del comienzo de esta historia, hallándome en Nápoles, á donde había ido con objeto de estudiar la biología, caí en las redes de una italiana preciosísima. Sus conocimientos científicos eran grandes y su belleza superior á la de la generalidad de las mujeres hermosas; así que no sólo me cautivó la cabeza, sino también el corazón. Deslumbrado por su inteligencia y su hermosura, hizo de mí lo que quiso. Llegué á tener las mismas aspiraciones y las mismas ambiciones que ella; ambiciones y aspiraciones que, por el falso brillo con que las cubría, me parecieron las más dignas y elevadas del mundo. Me presentó á su secta de amigos y amigas; pronto caí en aquella red, y una inolvidable noche tomé parte en una ceremonia tan horrible como grotesca, asociándome á la hermandad.

Titulábase la secta la *Hermandad de los Siete Reyes*, y su origen databa de una sociedad secreta que existió en la Edad Media. En los primeros días, y llevado del entusiasmo, llegué á creer que la sociedad abrazaba los verdaderos y sagrados principios de la libertad; pero desgraciadamente poco después de mi iniciación comprendí que me había equivocado. El jefe y la reina de la sociedad era Catalina, la bella italiana que me había sorbido el seso.

En el mismo Nápoles se cometió un horroroso crimen y todas las sospechas recayeron en Catalina. Aunque nada se pudo probar, nadie dudaba que ella, si no la verdadera autora, había sido, por lo menos, la instigadora. Yo la amaba locamente y me negué á dar crédito á la palpable evidencia de su culpabilidad. Continuamos así durante una temporada; pero luego, habiéndome ordenado tomar parte en un asunto tan bochornoso como poco noble, me desengañé completamente. Lleno de asombro y de horror huí á Inglaterra para ponerme bajo el amparo y protección de sus leyes.

Pasaron diez años, y cuando aquella horrible época de mi vida comenzaba á borrarse de mi imaginación, quiso la suerte que tuviera que recordarla con espantosa vividez.

Cuando estudiaba en Cambridge me dedicaba, más que todo, á la fisiología. Podía haberme hecho médico, pero tenía suficientes medios de vivir y no llegué á tomar el título. Sin embargo, en mi laboratorio, situado cerca de Regent's Park, continuaba el estudio de la biología y de la fisiología, puramente por amor á la ciencia.

En la tarde del día 3 de agosto de 1895, hallándome, como de costumbre, trabajando en mi laboratorio, me anunciaron la visita de Mrs. Kenyon, antigua conocida y amiga mía. Era viuda y tenía un hijo de doce años, que acababa de heredar una inmensa fortuna y un título. En seguida salí á mi despacho á recibirla.

—¡Qué mal nos trata usted, Norman! comenzó diciendo. Hace meses que no viene usted por casa. Se conoce que se va olvidando de los amigos.

—Ya sabe usted, contesté, que siempre estoy muy ocupado. Sin embargo, procuraré ser más atento en lo sucesivo.

—Trabaja usted demasiado, añadió. No acabo de comprender cómo teniendo el talento y los medios de vivir que usted tiene permanece tan alejado de la sociedad.

—Estoy muy bien así, dije, y no quisiera cambiar de vida. Mi mayor placer lo hallo en el laboratorio. Pero á todo esto, ¿cómo sigue Cecil?

—Precisamente es de él de quien vengo á hablar á usted. Supongo que ya sabrá usted que ha heredado.

—Sí lo sé, y lo celebro mucho.

—Gracias. Desde hace poco es lord Kairn, tiene una buena renta y haciendas magníficas. Ya sabe usted que siempre fué muy delicado.

—Tenía esperanzas de que me iba usted á decir que está mejor.

—Efectivamente, lo está, y ya le diré á usted á qué se debe su mejoría. Su posición ahora es elevada. Como lord Kairn tiene sus obligaciones, y con el favor de Dios, no sólo debe cuidar de su vida, sino procurar que no vayan á menos sus estados, los cuales heredaría un hombre de malísima conducta. Me refiero á Hugh Doncáster. Si Cecil muriese, él lo heredaría todo. ¿Ha oído usted hablar de su manera de vivir?

—Sí, más de una vez; le conozco perfectamente.

—Me lo suponía. Su rabia al saber que mi hijo ha heredado no tiene límites. Es capaz de cualquier cosa, y tengo algunas noticias de los malos sentimientos que abriga hacia Cecil. Me han asegurado que ahora está en Londres, y he venido á pedir á usted un favor: que averigüe si es cierto, y si lo es, dónde para y en qué se ocupa.

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—No estoy completamente tranquila; no puedo explicar el desasosiego que siento cuando pienso en él. Ya comprendo que no intentará nada contra la vida del niño, pero viviría más tranquila si supiera fijamente dónde está.

—¿Pero qué cree usted que ha de hacer con su hijo? Averiguaré cuanto sea posible, pero...

—Se lo agradezco, me interrumpió Mrs. Kenyon, y me tranquiliza el saber que me ayudará usted. Por supuesto, no creo que haya peligro; pero yo soy una viuda y Cecil no es más que un niño. En cuanto á su salud, está mejorado, mejoradísimo; parece increíble lo que ha cambiado en poco tiempo. Hace dos meses que está bajo el cuidado de Mme. Koluchy, una mujer de extraordinario talento que ha sabido tratar la enfermedad de mi hijo con gran acierto. Ahora, para completar la cura, le manda hacer un viaje al Mediterráneo, y embarcará mañana por la noche con el doctor Fietta, que será quien le acompañe. Me causa mucha pena el separarme de él, pero comprendo que es para su bien y me conformo. Madame Koluchy dice que le es indispensable el aire del mar.

—¿Pero cómo no le acompaña usted?

—Lo siento mucho, pero me es imposible. Mi hija mayor se casa dentro de unos días y no puedo abandonarla en vísperas de la boda. Pero Cecil va muy bien, el doctor Fietta es persona de toda mi confianza.

—¿A dónde van?

—Al Cairo. Salen, como he dicho, mañana por la noche en el *Hydaspes*.

—¿Al Cairo? exclamé con asombro. ¡Pero si hace un calor horroroso allí! ¿Y cree usted que conviene enviar á Cecil al Cairo en tan mala época?

—No se detendrá allí, respondió. Va solamente para tomar el aire del mar y volverá en el primer buque que venga á Londres. Madame Koluchy me ha asegurado que con el viaje acabará de curarse. Es una maravilla esa mujer. Ha conseguido lo que no consiguió ningún médico con Cecil. ¿Ha oído usted hablar de ella?

—¡Ya lo creo! Estoy cansado de oir su nombre. ¡Pues si no se oye hablar de otra cosa! Ha vuelto loco á medio Londres con su charlatanería.

—No tiene nada de charlatana, Norman. Por mi parte la considero la mujer más hábil de toda Inglaterra. Se oyen referir casos tan auténticos de sus maravillosas curas, que es imposible desmentirlos. Hasta se ha llegado á decir que conoce el arte de recobrar la belleza y la juventud. La sociedad entera está á sus pies, y se susurra que entre sus clientes hay también algunos individuos de la Real Familia. Por supuesto, sus honorarios son tremendos, pero se pagan con gusto. ¿La ha visto usted en alguna ocasión?

—Nunca. ¿De dónde procede? ¿Quién es ella?

—Es italiana, pero habla el inglés con perfección. Tiene en Warbeck Street una casa como un palacio real.

—¿Y quién es el doctor Fietta?

—Un médico que ayuda á la italiana. Acabo de estar en su casa. Es un hombre amabilísimo y ha tomado verdadero cariño á Cecil... ¡Las cinco! Me voy. No creí que sería tan tarde. Tenga usted la bondad de avisarme cuando averigüe algo de Hugh Doncáster y no deje de venir pronto á verme.

Acompañé á Mrs. Kenyon hasta la puerta y volví en seguida al laboratorio para reanudar el trabajo en que me ocupaba cuando llegó. Pero su visita me dejó mal impresionado y no estaba tranquilo. Conocía demasiado bien la



TIENE Á LONDRES ENCANTADO CON SUS SORTILEGIOS

mala conducta de Doncáster, cuyas villanías llegaban de vez en cuando á oidos de la sociedad, llenando á todo el mundo de indignación y de horror. A pesar de todo había logrado siempre escapar de manos de la justicia. No creía que había fundamento para los temores de Mrs. Kenyon, pero simpatizaba con ella. El niño era muy delicado, y si Doncáster podía hacerle algún mal sin arriesgarse, estaba segurísimo de que no vacilaría en hacerlo. Al pensar en esto, mi corazón parecía presagiarme nuevas penas y sinsabores. Para distraerme un poco me vestí; resolví comer en el club, y á las diez y media de la noche entré en un salón de Grosvenor Square, donde se celebraba una reunión.

Después de charlar un rato con lady Tremaine pasé á uno de los salones contiguos, en el que encontré á Dufrayer, uno de mis más íntimos amigos y abogado de profesión. Estábamos hablando cuando llamó mi atención en el otro lado del salón un grupo de hombres que rodeaban á una mujer alta y esbelta, con la que conversaban, rindiéndola homenaje. A la primera ojeada me pareció haberla visto antes, pero no recordaba cuándo ni en dónde.

—¿Quién es esa señora? pregunté á mi amigo.

—¡Hombre! ¿No lo sabes? me contestó riendo. Es Mme. Koluchy, la gran especialista, la gran médica, la que hace furor entre la sociedad, la que ha vuelto loco á medio Londres. Hace diez minutos que entró... y mira, se retira ya. Dicen que tiene diez ó doce invitaciones todas las noches.

Madame Koluchy se dirigía á la puerta, y yo. para verla más de cerca, crucé rápidamente el salón. Llegué á la escalera antes que ella, y cuando pasó por mi lado la miré cara á cara. Nuestras miradas se cruzaron. Pareció penetrar mi alma con sus preciosos ojos negros. Sonrió ligeramente, hizo un pequeño movimiento como para saludarme, pero súbitamente cambió de idea é irguiendo la cabeza con orgullo y con aire de reina pasó adelante.

Por un momento quedé parado. sin darme cuenta de lo que me sucedía; me zumbaban los oídos y el corazón latía fuertemente. Bajé corriendo. El coche de Mme. Koluchy estaba en la puerta. Ella no se fijó en mí, pero pude observarla muy de cerca. Inclinada sobre la ventanilla del carruaje hablaba con un individuo que se hallaba en la acera.

—Todo está arreglado. Embarcan mañana por la noche.

No pude oir la respuesta. pero al volverse hacia la luz del farol distinguí perfectamente las facciones del que con ella hablaba: era Hugh Doncáster.

Madame Koluchy partió en su elegante carruaje y yo llamé á un cochero de punto. En momentos tan solemnes las decisiones suelen ser rápidas. Así me sucedió á mí.

—¿A dónde? me preguntó el cochero.

—A Earl's Terrace Kensington. núm. 140, repuse. Y me dejé caer sobre el asiento.

El recuerdo de la triste época de mi vida á que antes me he referido parecía querer anonadarme. pero hice un esfuerzo y determiné obrar con rapidez.

Acababa de ver á la reina de la Hermandad. Aunque muy cambiada. Mme. Koluchy era la mujer que diez años antes había destrozado mi corazón y amargado mi existencia. Conociendo como conocía la vida pasada de aquella mujer. sabía fijamente que allí donde ella anduviera las víctimas eran seguras.

La que ahora había elegido era un niño, y consideraba como un deber

mío el salvar la vida que ella quería aniquilar, aunque fuese á costa de la mía. Ella le mandaba viajar con un amigo suyo y debían partir á la noche siguiente. Madame Koluchy se hallaba de acuerdo con Doncáster, y si éste



NUESTRAS MIRADAS SE CRUZARON

conseguía deshacerse del niño la entregaría, sin duda, una suma fabulosa. Lo que ella necesitaba para realizar sus planes era dinero. Era indudable que la vida del niño peligraba; no debía perder un momento. Lo primero era noticiar á la madre y evitar el proyectado viaje, si era posible. Veríamos.

Al llegar á casa de Mrs. Kenyon bajé del coche apresuradamente y llamé. Desagradables é inesperadas noticias me aguardaban. El criado que salió á recibirme me dijo que aquella misma noche había salido su señora para Escocia, á consecuencia de haber recibido un telegrama anunciándole que su hija estaba muy grave. Había partido en cuanto el telegrama llegó á sus manos y estaría al lado de su hija al día siguiente por la noche.

—¿Está lord Kairn?

—No, señor. La señora, no queriendo dejarle en casa solo, le mandó á pasar la noche en casa de Mme. Koluchy, que vive en Warbeck Street, número 102. Quizás no sabrá usted que el señorito embarca mañana á la noche para el Cairo.

—Lo sé. De todos modos, déme usted las señas de la señora.

Me las dió y volví al coche que me esperaba en la puerta.

Mi primera intención fué dirigir un telegrama á Mrs. Kenyon, rogándola que volviera inmediatamente (el telegrama la alcanzaría en la mitad del viaje), pero me convencí de que sería inútil. El niño estaba ya en manos del enemigo, y para salvarle sería necesario proceder con mucha astucia: era la mejor arma. Volví á mi casa con el plan formado, firmemente resuelto á acompañar en el viaje al doctor Fietta y á Cecil.

A las once del día siguiente tenía ya tomado mi pasaje en el *Hydaspes*, y á las nueve de la noche me dirigí á bordo. Desde cubierta vi á lo lejos á Cecil con su médico, pero á fin de evitar explicaciones no quise acercarme á ellos.

A la mañana siguiente, cuando ya caminábamos por el Canal, subí á cubierta y vi al niño sentado en una butaca en la proa. Le acompañaba un hombre de edad, alto y flaco, que llevaba *pince nez*. Tenía todo el tipo de un extranjero, con barba puntiaguda, largo bigote y ojos negros y hundidos. Me acerqué á ellos y Cecil me reconoció en seguida.

—¡Mr. Head! exclamó saltando de la butaca. ¡Usted por aquí! ¡Cuánto me alegro de verle!

—Voy al Cairo, dije dándole un fuerte apretón de manos, á un asunto particular.

—¿Al Cairo? Pues también nosotros vamos allá. Mamá no me anunció que venía usted. No se lo diría usted á ella, ¿verdad? Sintió mucho tener que marchar á Escocia tan repentinamente; pero al fin no fué necesario, porque anoche mismo recibimos un nuevo telegrama diciendo que mi hermana está mejor. Dormí anoche en casa de Mme. Koluchy, que es muy amable y muy cariñosa. Mire usted, Mr. Head, este señor es el doctor Fietta, que me acompaña en el viaje.

Cuando el doctor oyó estas palabras se acercó mirándome con atención á través de sus lentes. Me incliné y me devolvió el saludo.

—Esta es una verdadera casualidad, doctor Fietta, exclamé. Cecil es hijo de un caballero que fué uno de mis amigos más íntimos. Me causa verdadero placer el verle tan mejorado, y también lo tengo en conocer á un sabio tan distinguido como usted. He oído hablar muchísimo de las maravillosas curas de Mme. Koluchy, aunque supongo que el secreto de sus éxitos está bien guardado. Los médicos se niegan á creer en esas curas, por



DEVOLVIÓ MI SALUDO

supuesto; pero si se ha de dar crédito á lo que se dice, Mme. Koluchy conoce remedios cuyo resultado ningún médico podría obtener.

—Es cierto, Mr. Head. Como médico que soy, puedo asegurarlo, y libre de las suspicacias de los doctores ingleses, la tengo en grande estimación. Madame Koluchy y yo estamos orgullosos de la mejoría de nuestro amiguito, y esperamos que con este viaje terminará nuestra obra y volverá á Londres completamente curado y dispuesto á ocupar la alta posición que la suerte le deparó.

El tiempo fué pasando. El doctor era un hombre inteligente y muy notables sus conocimientos científicos. Tal vez hubieran desaparecido mis temores á no ser por la experiencia adquirida años atrás. Gracias á esto, no los desseché ni por un momento; bien pronto llegó el instante de ver convertidas mis sospechas en triste certidumbre.

La víspera del día en que debíamos entrar en Malta cambió el tiempo y el mar se alborotó. Después del desayuno entré en la cámara de Cecil para preguntarle qué tal se encontraba. Le hallé vistiéndose, muy pálido y desencajado.

—Está muy alboratada la mar, le dije, pero el capitán cree que esto pasará pronto.

—Me alegraré, contestó, porque estoy muy mareado. El doctor Fietta me ha dado algo para que me alivie, pero no ha producido mucho efecto.

—No creo que haya nada para curar el mareo, repuse. ¿Qué te ha dado?

—Para tomar, nada. Me pinchó en el brazo con un instrumento pequeño. y con una jeringuilla me inyectó un líquido. Dijo que es un remedio seguro contra el mareo. Mire usted, añadió el niño descubriéndose el brazo, aquí está la señal.

La examiné con mucho cuidado y vi que había sido hecha indudablemente con una aguja de jeringuilla hipodérmica.

—¿Te dijo el doctor qué era lo que te inyectaba? pregunté á Cecil.

—Sí, dijo que era morfina.

—¿Dónde guarda la aguja?

—En la maleta, ahí debajo de la cama. Voy á concluir de vestirme para subir á cubierta, quizás estaré mejor allí.

Salí de la cámara, subí á cubierta y vi al doctor que estaba paseando. Me acerqué á él y le dije:

—Acabo de ver á Cecil y no se encuentra bien. Parece que le ha dado usted una inyección de morfina. Se volvió mirándome con cierta inquietud y recelo y preguntó:

—¿Eso le ha dicho á usted el niño?

—Sí, eso me ha dicho.

—Pues es cierto, Mr. Head. La morfina es lo mejor que puede emplearse contra el mareo. Es un remedio muy eficaz.

—¿Le parece á usted bien darle morfina á un niño como él?

—No acostumbro á discutir mis tratamientos con quien no profesa la medicina, contestó bruscamente. Y sin más dió media vuelta y me dejó. Le observé mientras desaparecía de mi vista y mis sospechas se trocaron en certidumbre, por lo cual resolví asegurarme á todo trance de qué era lo que le había dado al niño. Harto conocía yo los infinitos usos de la peligrosa jeringuilla hipodérmica.

Al avanzar el día la mar se fué calmando, y á las cinco de la tarde la calma era completa, con gran regocijo de los pasajeros que, con permiso del capitán, habían organizado un baile sobre cubierta para aquella noche.

El asunto que me preocupaba era tan importante que no había lugar para andarse en miramientos; así, pues, determiné aprovechar el baile para registrar el camarote del doctor Fietta.



DENTRO HALLÉ LA JERINGUILLA

Cuando éste se hallaba con el niño en el baile bajé al camarote, encendí la luz eléctrica, saqué de debajo de la cama la maleta, la abrí apresuradamende (no estaba cerrada con llave), pasé la mano por entre la ropa y, por fin, oculto en un rincón, hallé un pequeño estuche largo y estrecho. Dentro vi la delicada jeringuilla que buscaba.

La examiné á la luz y vi que en el interior del cristal y adheridas al fondo había algunas manchas de una sustancia blanca y gelatinosa. Al momento comprendí que no se trataba de ninguna solución hipodérmica común.

Era gelatina preparada, de la que se emplea para el cultivo de microorganismos. ¡Quedé horrorizado! ¿Qué endiablado cultivo podría contener?

Pero era necesario marchar de allí, porque estaba expuesto á que me sorprendieran. Metí la jeringuilla en el bolsillo, cerré la maleta con la correa, como la encontré, la puse en su sitio y apagando la luz eléctrica volví á subir á cubierta.

Me figuré que el doctor Fietta echaría de menos la jeringuilla, aunque no aquella misma noche. El niño no tenía nada; ¿pero no era posible que hubiera inyectado en sus venas los gérmenes de alguna enfermedad que sólo necesitaba tiempo para desarrollarse?

Al amanecer fondearía el buque en Malta: yo desembarcaría en seguida, visitaría á un buen médico y en confianza le daría cuenta de lo ocurrido. ¿Tendría los aparatos necesarios para analizar el contenido de la jeringuilla? Si era como yo sospechaba, con la ley en la mano me haría cargo del niño y le llevaría á Inglaterra en el primer buque que saliese.

No me fué posible conciliar el sueño. Toda la noche la pasé dando vueltas en la cama, esperando que llegara el amanecer. A cosa de las seis de la mañana oí la campana de la máquina y noté que la velocidad del buque disminuía por momentos. Cuando subí á cubierta se distinguía ya el gran fuerte rodeado de peñascales y el faro de San Telmo. Poco á poco fuimos acercándonos. En cuanto se echó el ancla y fué colocada la escala me puse al habla con una de las lanchitas verdes que acudieron y salté á tierra. Me dirigí al Gran Hotel de Strada Reale, y avistándome con el intérprete pedí las señas del domicilio de un buen médico. Me dió las del doctor inglés y me dirigí en seguida á su casa. Eran las siete, y felizmente le encontré ya levantado. Después de rogarle que me dispensara la intempestiva hora de la visita, le referí cuanto había sucedido y terminé presentándole la jeringuilla. Al principio se negaba á creer lo que le decía, pero luego tomó con interés el asunto y acabó por invitarme á almorzar con él.

Terminado el almuerzo, nos dirigimos á su gabinete de consulta para hacer las investigaciones necesarias. Sacó el microscopio y con gran satisfacción vi que era inmejorable, de los más modernos. Sin perder tiempo me puse á trabajar, mientras él me observaba con atención. Al fin llegó el momento crítico. Me incliné colocando el foco sobre la preparación y mis sospechas quedaron confirmadas. La sustancia que había extraído de la jeringuilla era una masa de microorganismos, aunque no sabía de qué origen. Nunca había visto aquella especie.

—Si me hiciera usted el favor de mirar, dije, retirándome del microscopio... usted que ha estudiado tan á fondo la bacteriología...

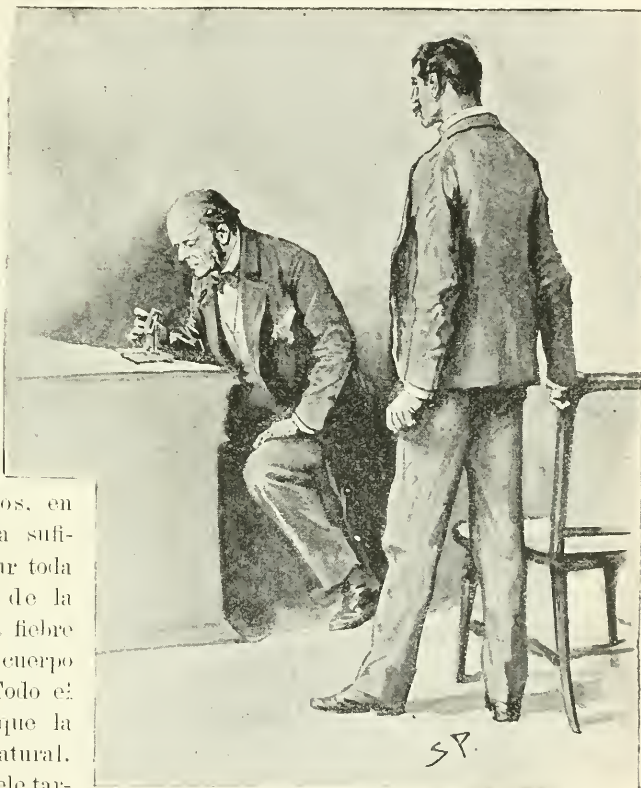
El doctor Benson estuvo observando durante unos momentos, y levantando la cabeza me preguntó asombrado:

—¿De dónde viene este cultivo?

—Supongo que de Londres.

—Es extraordinario. No me cabe duda de que estos son los gérmenes específicos de la enfermedad que tan asiduamente he estudiado. Son microbios de la fiebre del Mediterráneo, la bacteria redonda y la ovalada.

—¿Será posible? pregunté, levantándome sobresaltado.



EL DOCTOR BENSON MIRÓ POR EL MICROSCOPIO

Con esto quedaba descubierto el diabólico plan. Inyectados aquellos gérmenes en el niño producirían la fiebre propia del Mediterráneo. El mero hecho de haber pasado unos días, aunque fuesen pocos, en aquel mar sería suficiente para alejar toda sospecha acerca de la forma en que la fiebre había atacado el cuerpo del enfermo. Todo el mundo creería que la enfermedad era natural.

—¿Cuánto suele tardar la incubación?

—De diez á doce días, contestó el doctor Benson.

—Doctor, dije tendiéndole la mano, me ha hecho usted un favor grandísimo, que no sé cómo agradecerle.

—Tal vez podré hacer más, repuso. Como ya le dije á usted, he estudiado á fondo la fiebre del Mediterráneo, y creo haber descubierto una toxina contra ella. La he aplicado en los hospitales con resultados excelentes. Si trae usted al niño le daré una dosis y quizás podamos salvarle todavía.

Reflexioné un momento.

—Como usted comprenderá, dije, mi situación es muy crítica y me inclino á aceptar su generosa oferta; creo que es lo que debo hacer.

—Cuando usted quiera estoy á su disposición.

Me despedí y regresé al hotel, donde me dijeron que un caballero (las señas coincidían con las de Fietta) había almorzado allí y después había salido.

Mi intención era esperar al doctor, hablarle claramente y quitarle el niño aunque fuese á la fuerza. Sabía que el *Hydaspes* tenía que hacer carbón y no saldría de Malta hasta la una de la tarde; de modo que hasta que volviese á bordo no podía hacer nada. A las doce fuí al muelle y tomé una lancha para dirigirme al vapor. No viendo ni al niño ni á Fietta sobre cubierta bajé á su camarote. La puerta estaba abierta de par en par y todo en completo desorden: no había ni pizca de equipaje. No pudiendo atinar á qué obedecía aquello, toqué el timbre y en seguida apareció un criado.

—¿Ha marchado lord Kairn? pregunté con el corazón oprimido.

—Sí, señor. Recibí orden para recoger el equipaje y enviarlo á tierra inmediatamente.

Corrí á mi camarote, metí la ropa en la maleta y llamé á un mozo para que la subiese. Pocos minutos después saltaba á tierra lleno de zozobra.

Me dirigí al hotel donde habían almorzado el doctor y el niño y pregunté si habían alquilado habitaciones.

—No, señor, no han vuelto. Cuando salieron de aquí marcharon con dirección á los jardines de San Antonio.

Salí del hotel y me encaminé á las oficinas de Cook.

—Un caballero de esas señas, dijo el dependiente contestando á mis preguntas, tomó dos billetes para Nápoles hace dos horas, á bordo del *Spartivento*, el cual es probable que haya salido ya.

—¡A Nápoles! exclamé sin poder disimular el horror que me inspiraba solamente el nombre de la ciudad donde tanto sufrí. ¿De manera que será demasiado tarde para alcanzar el buque?

—Sí, señor; estará ya navegando.

—¿Y cuál es el camino más corto para ir á Nápoles?

—Puede usted ir en el *Singra*, un buque correo que saldrá esta noche para Brindisi, y desde allí por tierra. No hay otro medio.

Tomé el billete y salí de las oficinas.

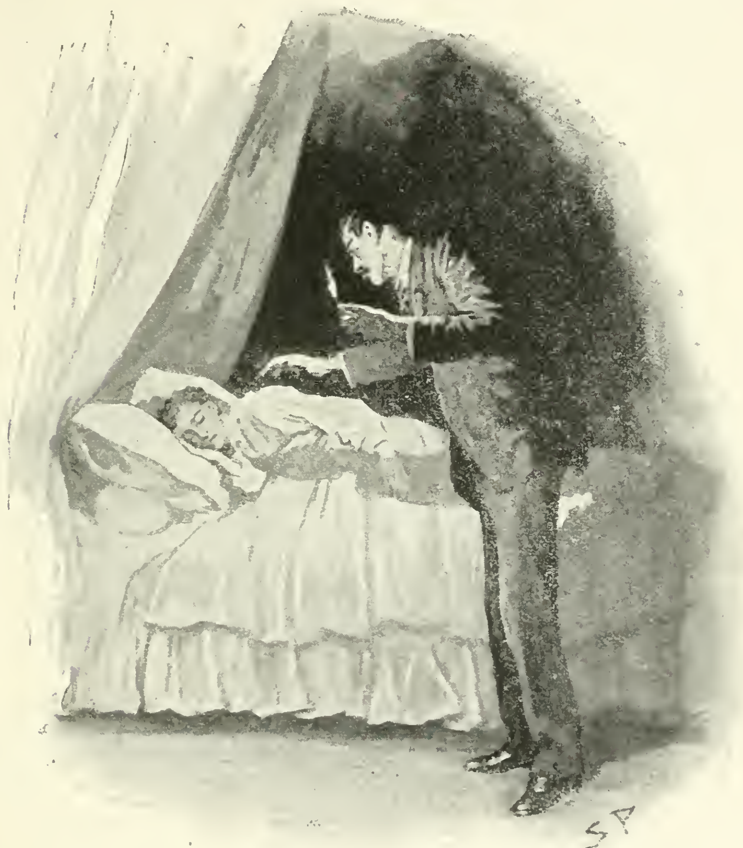
Ya no me cabía duda de lo que había ocurrido. El doctor Fietta había echado de menos la jeringuilla, y entonces determinó cambiar de rumbo. Ahora llevaba al pobre niño á la misma fuente de la Hermandad, donde no se vacilaría en adoptar otros medios para quitarle la vida. Puede suponerse cuál sería mi estado de ánimo.

Tres días después, á las nueve de la noche, divisé desde la ventanilla del carruaje del tren la brillantez de la cuna del Vesubio.

Dejé el equipaje en la estación, tomé un coche y fuí recorriendo los hoteles, pero en vano. En ninguno me daban noticias de los viajeros.

Eran más de las once de la noche cuando, rendido y lleno de abatimiento, me detuve ante el Hotel de Londres, donde repetí la pregunta.

—Sí, señor, me dijo el secretario, se hospedan aquí. El doctor Fietta ha



EL NIÑO ESTABA EN LA CAMA

salido; el niño está acostado. ¿Quiere usted que le avise ó volverá usted mañana?

—Me quedo aquí. Necesito un buen cuarto, y mande usted que suban á él este saquito. ¿Cuál es el número del cuarto de lord Kairn?

—El 46. Pero está dormido, caballero, y no podrá recibirle ahora.

No respondí. Subí precipitadamente la escalera, busqué el cuarto núme-

ro 46 y llamé. Nadie contestó. Di vuelta al pestillo y entré. Como no había luz ninguna, encendí una cerilla y vi al niño en la cama. Tenía muy mal semblante, y de vez en cuando se quejaba como si sufriese grandes dolores. Le toqué suavemente en el hombro, se incorporó en la cama y abrió los ojos. Al ver que era yo, lanzó un grito de alegría, me tendió los brazos y exclamó:

—¡Cuánto celebro que haya usted venido! El doctor me dijo que se había usted marchado porque yo le había ofendido, y que no le vería más. Casi lloré de pena aquella mañana en Malta cuando le eché de menos. ¡Ay, señor Head! continuó suspirando; no me gusta nada el doctor Fietta, le tengo miedo. ¿Ha venido usted para llevarme á casa?

—Sí, voy á llevarte á casa, Cecil; he venido con esa idea. Pero di, ¿cómo te encuentras de salud?

—No estoy bien, y además todas las noches tengo sueños horribles. Me llevará usted á casa, ¿no es verdad?

—Mañana mismo, si quieres.

—Sí, sí; por favor se lo pido. Tengo mucho miedo del doctor Fietta.

—¿Y por qué le tienes miedo?

—No puedo explicar por qué, pero le tengo muchísimo miedo. Desde que usted se marchó aquel día en Malta le he tenido miedo. Una vez me desperté á media noche y le encontré inclinado sobre mí. ¡Me miraba de un modo tan raro!... Volvió á hacer uso de la jeringuilla y me estaba inyectando algo en el brazo. Dijo que era morfina y que me hacía falta. Yo no quería, pero se empeñó y tuve que dejarle. ¡Ojalá me hubiera mandado mamá con usted! Le tengo mucho miedo al doctor.

—Ahora que he venido, todo se arreglará; puedes estar tranquilo.

—¿Y me llevará usted á casa mañana?

—Sí por cierto.

—Pero iremos primero á ver el Vesubio, ¿no es verdad? Sería lástima que nos fuéramos sin verlo. ¿Le explicará usted todo al doctor?

—Se lo explicaré, pierde cuidado. Ahora duerme, no tienes nada que temer.

—Celebro mucho que haya usted venido, repitió fatigadamente, reclinándose de nuevo en la almohada.

La expresión de cansancio y sufrimiento estaba marcadísima en su semblante. Viendo que empezaba á dormir salí del cuarto, cerrando con cuidado la puerta.

El decir que la sangre ardía en mis venas es muy poco decir. ¡Qué horrible situación! El niño estaba en manos de un mónstruo, en las mismas garras de la Hermandad, que tenía el firme propósito de quitarle la vida de una manera ó de otra.

Tras un rato de meditación comprendí que no había otro remedio que ver á Fietta y decirle que había descubierto su diabólica obra, reclamar al niño y llevármele de grado ó por fuerza. Sabía perfectamente que era peligrosísima la tarea que me imponía, y que estaba muy expuesto á pagar con la vida mi supuesta traición á la causa abrazada por mí tan locamente; pero, después de todo, esto me tenía sin cuidado, con tal de salvar la vida del niño.

Bajé al salón y hablé con el conserje, el cual me dijo que Fietta había vuelto. Pedí el número de su cuarto, subí y abrí la puerta sin llamar.

Sentado ante una mesa escritorio estaba el doctor, el cual, al verme, se levantó de la silla sobresaltado. Noté que cambió de color y que sus hundidos ojillos negros me lanzaban una mirada de profundo odio. En seguida, recobrando su sangre fría, avanzó lentamente hacia mí.

—Esta es otra de sus inesperadas visitas, Mr. Head, dijo cortésmente. ¿De modo que tampoco usted continuó el viaje al Cairo? Cambia usted de parecer con gran facilidad.

—No tanto como usted, doctor, repliqué observándole con atención.

—Me vi obligado á cambiar de rumbo. En Malta supe que el cólera se ha presentado en el Cairo, y por esta causa no era posible llevar el niño allá. ¿Quiere usted decirme á qué debo el honor de su visita? Dispénseme usted, pero este nuevo encuentro me hace sospechar que sigue usted mis pasos. ¿Hay algún motivo, alguna razón para ello?

Mientras esto hablaba permanecía de pie, á poca distancia de mí, con las manos cruzadas en la espalda y fijando en mí sus ojos.

—Este es el motivo, dije sacando del bolsillo la jeringuilla.

Con la rapidez del rayo se dirigió á la puerta, la cerró y guardó la llave en el bolsillo. Al volverse, vi relucir un elegante puñal que procuraba ocultar en la mano derecha.

—Veo que está usted armado, dije tranquilamente; pero le aconsejo que tenga calma, porque preciso será que me escuche usted. Al expresarme ías bajé la voz, y mirándole fijamente murmuré estas palabras: Pertenezco á la *Hermandad de los Siete Reyes*.

Al oir esto, vi retratado en su semblante el asombro.

—¡Las pruebas inmediatamente! exclamó con voz ronca. ¡Vengan las pruebas! De lo contrario, morirá usted.

Grandes gotas de sudor bañaban su frente.

—Deje usted esa arma sobre la mesa y déme la mano derecha, al momento se lo probaré.

Vaciló un instante; pero luego, pasando el puñal á la otra mano, me la dió. La tomé de la manera especial que no había olvidado, incliné mi cabeza hasta colocarla al nivel de la suya, y un momento después había pronunciado la frase sacramental de la Hermandad:

—*La Regina,* murmuré en voz baja.

—*E la Regina,* respondió arrojando el puñal al suelo.

El hombre se transformó por completo. Por de pronto, sus sospechas habían desaparecido.

—Esto es maravilloso, exclamó. Y ahora, amigo, dígame cuál es su mision. Yo sabía que usted me había quitado la jeringuilla; pero, ¿por qué



¡LAS PRUEBAS AL INSTANTE!

no se manifestó usted antes? Por supuesto, usted obedece órdenes de la reina.

—Sí, y la reina me manda que vuelva á Inglaterra con el niño inmediatamente.

—Bien, dijo con la mayor sangre fría; todo está ya hecho. Morirá dentro de un mes.

—¿De fiebre del Mediterráneo? Pero esta fiebre no siempre es mortal.

—Cierto, no es siempre mortal cuando se adquiere naturalmente, pero sí lo es inyectándola del modo que nosotros empleamos.

—¿Inyectó usted nueva cantidad de microbios después de salir de Malta?

—Sí, tenía otra jeringuilla en la maleta. La fiebre se presentará dentro de seis días, y no hay salvación para el niño.

Guardó silencio un momento, y añadió:

—Es muy extraño que no haya tenido noticias. No lo comprendo.

La sospecha apareció pintada en su semblante, pero se desvaneció en seguida.

—Sin embargo, me someto á su voluntad: es del todo imposible que se descubra lo que he hecho. ¿Ha visto usted ya al niño?

—Sí, acabo de estar con él y le he dicho que se prepare para marchar mañana.

—Está bien.

El doctor cruzó la habitación, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de par en par.

—Su plan me conviene, dijo. Yo me quedaré aquí unos días para arreglar un asunto que á mí solamente interesa. Esta noche dormiré tranquilo. Hace tres días que sueño con fantasmas y persecuciones.

Del cuarto del doctor volví al de Cecil, á quien encontré despierto y agitadísimo.

—Lo he arreglado todo, Cecil, le dije. Desde ahora corres de mi cuenta y voy á llevarte á dormir á mi cuarto.

—¡Ay! ¡cuánto me alegro! contestó. Quizás dormiré mejor allí. No tengo miedo de usted, porque le quiero mucho.

Y me lanzó una mirada cariñosa, que me enterneció.

Le llevé á mi cuarto y le puse en una de las dos camas que en él había, tapándole con el mayor cuidado.

—¡Qué contento estoy aquí al lado de usted! dijo lanzando un suspiro de satisfacción. Mañana á primera hora iremos á ver el Vesubio, ¿verdad? y por la tarde nos pondremos en camino para Londres.

—Ya veremos, contesté; ahora duerme.

Cerró los ojos, y diez minutos después dormía profundamente.

De pie, al lado de la cama, estaba yo contemplándole con indefinible amargura cuando llamaron en la puerta. Abrí y me hallé con un mozo, el cual me entregó una carta. Traía también un pliego de papel y un sobre con el timbre del hotel.

—Del doctor Fietta, dijo.

En la misma puerta abrí la carta y leí lo siguiente:

«La acción de llevarse usted á su cuarto el niño despierta mis sospechas. Dudo mucho que haya recibido usted orden ninguna de Mme. Koluchy. Si desea probarme que es usted fiel amigo de la Hermandad devuelva el niño á su cuarto».

Saqué del bolsillo un lápiz y apresuradamente escribí lo que sigue:

«Retengo al niño en mi poder. Es usted muy dueño de pensar lo que más le convenga».

Doblé el papel, lo introduje en el sobre, y humedeciendo la goma con la lengua lo cerré, entregándolo en seguida al mozo, el cual se retiró. Volví á entrar en mi cuarto y cerré la puerta con llave. Era necesario á todo trance tener al niño conmigo. pues no me cabía duda de que Fietta telegrafiaría á Mme. Koluchy (la oficina telegráfica de Nápoles está siempre abierta) y descubriría que me había burlado de él. Se me ocurrió marchar á otro hotel, pero comprendí que sería inútil. Si los emisarios de la Hermandad nos seguían los pasos, la lucha sería desesperada.

Estaba harto preocupado para pensar en dormir, así que pasé la noche dando vueltas por la habitación. Unas veces pensaba en el niño, otras en Mme. Koluchy y otras mi imaginación iba á parar á algún problema científico que me proponía resolver en mi laboratorio.

Haciendo un gran esfuerzo conseguí desechar tan confusas ideas, cuándo dando paseos á lo largo del cuarto, cuándo observando atentamente al niño y cuándo escuchando su respiración. Estaba muy tranquilo el pobre Cecil.

Al poco rato volví á caer en aquella confusión de ideas y pensamientos, y no comprendía ni por qué estaba allí ni por qué cuidaba tan atentamente al niño. Por fin, rendido y fatigado, me eché en la cama, con objeto de descansar un poco, porque dormir sería imposible. Eso me parecía, y sin embargo dormí unas cuantas horas.

Cuando desperté sobresaltado era ya muy de día, y vi con asombro que estaba vacía la cama de Cecil.

¿Qué había ocurrido? ¿Había penetrado Fietta por el balcón? La empresa, aunque difícil, no me parecía imposible. ¿Pero cómo no había despertado yo? No tardé mucho en hallar la respuesta. La carta de Fietta fué un nuevo lazo que el doctor me tendió. El sobre que me envió contenía un narcótico. Yo humedecí la goma con la lengua para cerrarlo, y... no cabía otra explicación.

No había tiempo que perder.

—Hace media hora que salieron juntos el caballero y el niño, me dijo el conserje del hotel á quien me dirigí para interrogarle. Han ido al Vesubio.

—¡Al Vesubio!

—Sí, salieron en carruaje aprovechando la esplendidez del día.

En menos de dos minutos estaba en la plaza del Municipio; elegí el mejor coche tirado por dos caballos, y le dije al cochero:

—¡Al Vesubio á galope tendido! Y cuenta con una buena propina si llegamos pronto.

Bajando la vía de Roma salimos al muelle de Santa Lucía, atravesamos

estrechas calles y salimos al campo, para llegar poco después al pie de la ardiente montaña. ¿Sería tiempo?

No era la primera vez que subía al Vesubio y conocía bien el horrible peligro de la boca del cráter. Un resbalón, un empujón disimulado... y todo había concluído para siempre.

Empezamos á subir, pero en seguida se fatigaron los caballos y comenzaron á pararse. Me apeé del coche, entregué al cochero una suma que ni siquiera me detuve á contar y eché á correr cuesta arriba por el camino lleno de cenizas que conduce al Observatorio. La respiración me faltaba, y con tanta violencia latía mi corazón que apenas podía hablar cuando llegué á la estación donde se toman caballitos para atravesar la dura lava.

En la estación pude enterarme de que no hacía media hora que habían pasado por allí el doctor y el niño.

A voz en grito di mis órdenes, y repartiendo dinero por todas partes pronto monté el caballito más ligero y más valiente.

Llegado al funicular, dijo el empleado respondiendo á una pregunta mía:

—Acaban de subir, caballero.

—Pues yo voy detrás.

El hombre me detuvo exclamando:

—No podemos poner el coche para un viajero solo.

—Pues necesito salir inmediatamente. Si es necesario compraré el coche, el ferrocarril, el monte... y le compraré á usted. Sea como sea, cueste lo que cueste, necesito subir ahora mismo.

Se encogió de hombros y añadió:

—No puede ser.

—¿Cuánto quiere usted por llevarme solo?

—Cien francos.

—Ahí van.

Lleno de asombro examinó los billetes que le di y corrió á la estación. Tocó el timbre para mandar poner los carruajes en movimiento, y metiéndome en el vacío comencé á subir. ¡Arriba, siempre arriba! ¡Pero qué despacio caminaba el tren! Cada minuto me parecía una hora. Estaba excitadísimo. Tenía la boca seca, abrasando. El humo del cráter formaba caprichosas guirnaldas en derredor de mi cabeza...

Por fin llegamos á la cima: salté del coche, y sin detenerme á tomar un guía pasé adelante, siempre corriendo.

Cuando llegué á la cumbre soplaba un viento fuerte. A mis pies se extendía el más hermoso panorama del mundo, formado por la bahía de Nápoles y Sorrento, pero ni siquiera lo miré. Marchando adelante, siempre adelante, pasé por unos despeñaderos, de cuyas hendiduras salían grandes bocanadas de vapor y azufre. El viento llevaba las inmensas columnas de humo hacia

el lado opuesto del cráter. Cuando aclaró un poco pude distinguir las siluetas del doctor y el niño, los cuales daban la vuelta al cráter. Un guía ita-



EL DOCTOR CAYÓ AL INSONDABLE ABISMO

liano me gritó que me detuviese, pero sin hacerle caso me metí en medio del asfixiante humo que á torrentes arrojaba el volcán.

A poca distancia del doctor marchaba el niño, y ambos se tapaban la boca con el pañuelo para librarse de los vapores azufrados que casi ahogaban. El guía caminaba delante.

Fuí acercándome sin que me vieran. Fietta cogió de la mano al niño, el cual andaba casi en la misma orilla del cráter.

Una bocanada de humo muy denso les ocultó de mi vista, pero pasó en seguida. Entonces vi claramente á Fietta coger en sus brazos al niño y empujarle hacia la boca del cráter. Cecil lanzó un grito de terror, y entonces, adelantándome de un salto, llegué á tiempo para agarrarle y evitar su muerte.

El doctor, con un aullido de rabia, se arrojó furioso sobre mí. Me aparté á un lado. Fietta, arrastrado por el ímpetu de su arranque, perdió el equilibrio, y envuelto entre humo y cenizas cayó de cabeza al insondable é hirviente abismo que se abría á nuestros pies.

Poco queda ya por decir.

Aquella misma noche salí con el niño para Malta. Allí, el doctor Benson le administró la toxina y le salvó. Quince días después se lo entregué á su madre.

En cuanto al doctor Fietta, díjose que había perdido la razón en la misma orilla del cráter, y que en un acceso de furia maniática trató primeramente de arrojar al niño y después se arrojó él.

Yo guardé el secreto.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Hojas del diario del Dr. Moreno



El ataque de parálisis.

Cierto día, hacia fines del mes de octubre, tomé el tren para dirigirme á Toledo, con objeto de pasar una corta temporada en casa de mi antiguo amigo y cliente el general Alvarez. Repetidas veces me había invitado á visitar el magnífico soto que adquirió poco después de pedir el retiro, pero hasta entonces mis muchísimas ocupaciones no me habían permitido aceptar la invitación.

En aquellas circunstancias se trataba de la boda de una hija suya, y resolví hacer un esfuerzo para complacer á mi amigo y distraerme durante algunos días.

Isabel, la única hija del general, era una hermosa joven de diez y ocho abriles. Casi puede decirse que la vi nacer, pues su padre y yo fuimos amigos desde la juventud, y hasta que se trasladaron á Toledo nos tratamos con mucha intimidad.

La noticia del próximo enlace de la joven me llenó de satisfacción, porque, según las cartas recibidas del general, el novio de Isabel, Félix Llerena, capitán de lanceros, era un partido excelente: rico, de buena familia y de inmejorable conducta. En fin, el general estaba contentísimo con el casamiento de su hija.

—No es solamente que Llerena resulte un novio á pedir de boca, me decía Alvarez en su última carta; hay además otra razón, otro motivo, que me hace apresurar la boda. Tú bien sabes que mi Isabel es muy linda (sin lisonja) y que ha tenido muchos pretendientes, entre ellos uno llamado Gre

gorio Trastera, dueño de una propiedad situada al lado de mi soto, el cual la persigue á todas horas y por todas partes. Es tan poco caballero que ha llegado hasta amenazarla si no consiente en casarse con él. En fin, tanto la molesta que, si no fuera por la boda, nos veríamos obligados á marchar de aquí para librarnos de tan importuna y desagradable compañía.

No hice mucho caso de esto cuando leí la carta, pero más tarde lo recordé vivamente.

Como no fué posible precisar el día en que saldría de Madrid, nadie me esperaba, y cuando llegué á la villa Isabel encontré á la hija de mi amigo á la puerta.

—¡Dichosos los ojos que le ven á usted, doctor! exclamó alegremente. ¡No puede usted figurarse cuánto celebro que haya venido usted! ¿Qué tal, don Arturo, he cambiado mucho en estos tres últimos años en que no me veía usted?

—Algo has cambiado, chiquilla, le dije. Has crecido mucho. Cuando vinisteis á Toledo eras una niña.

—Sí, una niña de quince años muy traviesa. Pero venga usted, venga, que le voy á presentar á papá. ¡Cuánto se alegrará de verle! Todos estos días no habla de otra cosa que de la llegada del doctor.

Atravesamos la antesala y me condujo Isabel al despacho del general. Abrió la puerta, y al ver que no estaba su padre se mostró muy sorprendida.

—Creí que papá estaría en su despacho, pero por lo visto ha ido arriba. ¿Quiere usted que le llame ó prefiere que vayamos á dar una vuelta por el jardín?

—Sí, sí, vámonos.

—Papá no se encuentra muy bien estos días. Nos tiene algo intranquilos, aunque él dice que no es nada.

Salimos juntos. Hacía un día magnífico y se respiraba un aire muy puro y sano.

Después de ver el invernadero, con sus hermosísimas plantas y flores, me llevó Isabelita á una pequeña altura, desde donde se dominaba toda la ciudad de Toledo. Allí nos sentamos, y como era natural la conversación recayó en la próxima boda.

—Soy muy feliz, don Arturo, me dijo Isabel. Quiero mucho á Félix y él me corresponde. ¡Es tan bueno!...

—Lo celebro muchísimo, y quiera Dios que tu felicidad sea muy duradera.

Me miró con ojos de agradecimiento, y al fijarme bien en ella vi que en los tres últimos años había mejorado mucho. Siempre fué muy bonita, pero ahora lo era mucho más. Alta y esbelta, de una blancura purísima, una

expresión dulce y encantadora cubría su rostro, al que prestaban mayores encantos. más poderosos atractivos, dos negros y rasgados ojos, tan negros como el pelo que coronaba su bien modelada cabeza. Era una belleza Isabelita Alvarez.

Nuestra conversación se vió interrumpida por el disparo de una escopeta. cuya detonación no sonó lejos.

—¿Quién estará cazando por ahí? exclamó Isabel.

—Sea quien fuese, contesté, está muy cerca de aquí. Quizás sea Llerena que se entretiene un rato cazando.

—Nunca suele cazar á esta hora. Es poco aficionado á la caza, y si alguna vez sale es por complacer á papá. Ya me figuro quién será.

Calló de repente y me pareció notar en su rostro un gesto de disgusto.

—Ahí está Félix. exclamó en seguida llena de alegría. ¿Quiere usted que salgamos á su encuentro? Tengo muchos deseos de que le conozca usted.

El capitán, que nos había visto, venía hacia nosotros.

—Félix. dijo Isabel cuando nos reunimos, tengo el gusto de presentarte al doctor Moreno. antiguo amigo nuestro. de quien muchas veces has oído hablar á papá.

—Tengo un placer en conocerle, doctor, contestó Félix. El general pasa el día hablando de usted.

Era un mozo de unos veintiocho años de edad, alto y bien formado; algo moreno de color, pero de rostro expresivo y agradable.

Después de un breve rato de conversación nos dirigimos á casa. Apenas habíamos andado unos metros se detuvo Isabel, exclamando con terror:

—¿Qué tienes en el pañuelo. Félix?

Llerena, que había sacado el pañuelo del bolsillo, al oir la pregunta de su prometida contestó algo confuso:

—¡Qué necio soy! Se me había olvidado; ya pueden ustedes dispensarme.

—¿Pero qué has estado haciendo para mancharlo así? insistió Isabel.

—Muy sencillo. Ese animal de Trastera se entretenía cazando por aquí, y siguiendo su costumbre había dejado en el camino una perdiz medio muerta. La encontré yo y la estrangulé con el pañuelo para evitarla mayores sufrimientos.

—Ya me parecía á mí que ese hombre estaba cerca, dijo Isabel. Me inspira tan profunda antipatía. que me causa horror el saber que no se halla lejos de mí.

Llerena calló, pero parecióme notar que estaba algo pálido y disgustado.

Cuando entramos en la casa me esperaba ya doña Amalia, la esposa del general. la que me recibió con su amabilidad acostumbrada.

—El general. dijo. que tiene noticia de la llegada de usted. le espera

impaciente en su despacho. Hubiera salido á su encuentro, pero no se halla bien estos días. Él asegura que no es nada, pero eso no me satisface.

Entramos en el despacho. El general estaba reclinado en el sofá. pero se incorporó al verme y me tendió los brazos. Confieso que no me gustó. Le hallé muy decaído, y lo que más me llamó la atención fué el subido color de su semblante y la brillantez de sus ojos.

—¡Querido doctor! exclamó abrazándome. mientras yo respondía con toda la efusión de mi alma á su cariñoso saludo.

—Te habrá dicho Amalia que estoy hecho una calamidad, ¿no es cierto? pero ya ves que no hay tal cosa. Me sentí un poco mareado, pero ya pasó. Nunca estuve mejor que ahora. ¡Bonito sería que habiéndote invitado á pasar unos días de recreo comenzases por tener que ejercer tus funciones en cuanto llegas!

—Ya sabes. le dije, que estoy dispuesto á servirte á todas horas y en todo cuanto te se ofrezca, pero me alegro de que no te sean necesarios mis servicios.

Cuando nos quedamos solos, el general, dejándose caer en la butaca. exclamó cubriéndose el rostro con las manos:

—Hace tiempo que no me encuentro bien. querido Moreno. pero no quería que lo supiera mi mujer y menos la pobre Isabelita. Esta noche tenemos baile en casa, vendrá muchísima gente y no quisiera interrumpir la fiesta por nada del mundo. Tu llegada no ha podido ser más oportuna. Dame algo para calmar estos pícaros nervios.

Haciendo uso del botiquín del general le receté una sencilla pócima. la cual mi pobre amigo apuró con ansiedad.

—La idea de tener que separarme de Isabel me afecta mucho, dijo al cabo de unos momentos, aunque estoy cierto de que Llerena es un partido excelente. Ya le has visto. ¿Qué te parece?

—Apenas he cambiado con él cuatro frases, pero te confieso que me agrada.

—Lo celebro mucho. Llerena es digno de Isabelita. se quieren entrañablemente y estoy seguro de que serán felices. Se casarán... hoy es jueves. ¿no es así? se casarán el lunes, y hasta entonces no tendremos un momento de tranquilidad. Esta noche, baile; mañana. comida de despedida en casa del conde de la Peña; el día siguiente... ¿Mas para que te voy á cansar con la lista de las proyectadas fiestas, cuando en todas ellas has de tomar parte? A otra cosa. ¿Sabes que lo que me has dado me prueba perfectísimamente? Me siento mejor que nunca.

Efectivamente, había cambiado el aspecto del general, pero seguía no gustándome.

Aquella noche hubo en la mesa muchos convidados, y todavía se esperaban más en el baile, anunciado para las diez y media de la noche.

Durante la comida estuvo Isabelita sentada á mi lado. Vestía un traje de color blanco que le caía admirablemente y estaba hermosísima. Indudablemente Llerena sería muy feliz con tan codiciado tesoro.

Cuando terminada la comida se retiraron las señoras á fin de vestirse para el baile, el general me invitó á que pasara á sentarme á su lado. Insistió en que la medicina le había probado muy bien y en que nunca se había sentido mejor.

Al poco rato se levantaba con objeto de dar las últimas órdenes para el baile y yo me retiré á mi cuarto. Al bajar me encontré solo en uno de los gabinetes cercanos al salón, cuando se me acercó tímidamente uno de los criados diciendo:

—Dispense usted, señor. ¿Es usted el doctor que vino esta mañana de Madrid?

—Sí, yo soy.

—¿El señor me hará el obsequio de escucharme un momento?

—Puede usted hablar.

—Una horrible desgracia. ¡Y en qué circunstancias, en qué momento!

—¿Pero qué ha sucedido? dije al verle tan apurado.

—Hace una hora que don Gregorio Trastera ha sido hallado muerto entre unas zarzas, á poca distancia de la casa y en la propiedad del general. Estaba el cadáver boca abajo, y parece que tiene destrozado el cráneo. Lo han llevado al depósito y el juez anda ya en busca del asesino. ¿Quién será él? Por nada del mundo quisiera que la noticia llegase á conocimiento del general esta noche; por eso he creído mejor participársela á usted.

Oí ruido de gente que se acercaba y contesté apresuradamente:

—¡Silencio! No diga usted nada á nadie. Si es posible evitar que el horrible suceso se sepa aquí esta noche, tanto mejor. Mucho silencio.

El criado inclinó la cabeza y se retiró.

A los pocos instantes se acercó Llerena, y cogiéndome del brazo me llevó al salón del baile.

Atravesamos el gabinete, y en la puerta principal del salón vi á Isabel que, acompañada de sus padres, recibía á los convidados.

Poco después comenzó la fiesta.

El general y su esposa permanecían en la puerta principal. Dirigí una mirada á mi amigo y me pareció que no se hallaba tan bien como antes. ¿Qué sería de él cuando tuviera noticia de la horrible tragedia?

¿Pero qué había sucedido?

Entonces recordé el tiro que Isabelita y yo habíamos oído estando en el jardín y pensé si se habría cometido algún crimen. ¡Qué incertidumbre!

En esto se me acercó Isabel y me dijo:

¿No baila usted, doctor?

—No, no soy aficionado al baile; prefiero estar viendo cómo bailan los demás.

—Pues yo me siento algo cansada y voy al jardín á tomar el aire. ¿Quiere usted acompañarme?

—Con muchísimo gusto.

La ofrecí el brazo y abandonamos el salón. Cuando íbamos á entrar en el jardín se detuvo Isabel y exclamó:

—Quiero hacer á usted una pregunta, doctor. ¿Cómo encuentra usted á mi padre?

Iba yo á responder, cuando nos sorprendió la llegada de un individuo que se acercaba á nosotros, y que no era criado de la casa ni convidado. Era un hombre de estatura baja y llevaba un largo gabán. Dos criados trataron de cerrarle el paso, pero inútilmente. El desconocido, rechazándolos, avanzó más.

Los convidados que discurrían por el corredor y por las habitaciones contiguas y los que salían del salón se fijaron en el intruso, pero nadie le interrogaba. Comprendí que debía intervenir, y acercándome al desconocido le dije:

—Si algo tiene usted que exponer pase usted aquí. Y señalé el cuartito destinado á los fumadores, en el que á la sazón no había nadie.

—Entró, le seguí y pretendió hacer lo mismo Isabel.

—Más vale que te vayas, la dije, yo me entenderé con este caballerito.

—Quisiera quedarme, don Arturo. ¡Pero si es Martínez! añadió examinando al intruso. ¿A qué viene usted á estas horas? ¿No ve usted que tenemos la casa llena de convidados? Ahora no podemos atenderle. Si algo tiene usted que decir, vuelva mañana.

—No puede ser, señorita, contestó Martínez. Lo siento en el alma, pero el deber es antes que todo.

Sacó del bolsillo un gran pañuelo rojo y se enjugó el sudor de la frente; estaba agitado y nervioso. Miró á Isabel, me miró á mí y no acertaba á pronunciar una palabra, hasta que por fin dijo:

—Caballero, quiero hablar á solas con usted.

—Es imposible, respondí secamente. Isabel no quiere retirarse.

—Pues en ese caso no me queda otro remedio que explicar delante de ella lo que me trae aquí. Ante todo pido mil perdones por haber venido á estas horas, pero ya he dicho y repito que el deber... Mi compañero me aguarda afuera en el coche. Si el señorito quiere seguirme, no hay necesidad de que se entere nadie más que los de la familia.

—¿A quién quiere usted llevarse? preguntó Isabel. ¿Es alguno de los convidados? ¿Cuál de ellos?

—Bien sabe Dios, señorita...

—Acabe usted de una vez, exclamé no pudiendo aguantar más. ¿No comprende usted que está atormentando á la señorita?

—El caso es, dijo mirando á Isabel y con voz trémula, el caso es que en la finca de ustedes se ha cometido un horrible crimen. A trescientos metros de esta casa ha sido hallado el cadáver de don Gregorio Trastera, y en vista de lo que se ha dicho, tengo orden de arrestar á don Félix Llerena, acusado de haberle asesinado.

—¿Acusado de qué? gritó Isabel tornándose lívida. ¡Eso es una impostura! Don Arturo, añadió dirigiéndose á mí, hágame el favor de quedarse aquí con Martínez mientras yo voy en busca de Félix para que pulverice tan villana acusación.

Cuando hubo salido Isabel, el agente de la autoridad exclamó:

—Créame usted caballero, algo daría yo por no verme en este trance. La cosa se presenta mal, muy mal, añadió moviendo la cabeza.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando llegó Llerena acompañado de Isabel.

—¿Qué es eso, qué pasa? preguntó el primero dirigiéndose á Martínez. ¿Es cierto que me acusan de haber asesinado á don Gregorio Trastera y que viene usted á arrestarme?

—¿Es usted don Félix Llerena? dijo Martínez.

—Lo soy.

—Pues usted es aquel á quien me mandan arrestar. Tengo un coche en la puerta, y si le parece á usted podemos marchar en seguida.

—Isabel, mejor será que te retires, dijo Llerena fijándose en la horrible palidez de la joven.

—No, Félix, no me iré, repuso ella con firmeza; quiero permanecer aquí hasta que pulverices la infame acusación.

—Es inútil hablar aquí. Debo seguir á Martínez y le seguiré. Soy inocente, te lo juro, Isabel querida, y espero volver pronto á tu lado. Ten confianza en mí.

Isabel se cubrió el rostro con las manos y comenzó á llorar.

—Cuídela usted, doctor, añadió Llerena dirigiéndose á mí. Procure usted disimular hasta que termine el baile, y sobre todo que no se entere el general. Cuando usted quiera, dijo volviéndose al agente. ¿Me permite usted recoger el abrigo?

—Tengo orden de no perder á usted de vista.

—Yo lo traeré, dijo Isabel algo más calmada.

Cuando se disponía á salir se abrió la puerta y entró el general. Llevaba una mano en la frente y la otra extendida hacia adelante, como si anduviera á tientas.

—¿Qué pasa? preguntó. ¿Qué haces aquí, Félix? ¿Y tú, Arturo? ¡Pero si es Martínez! ¿Qué trae usted á mi casa á estas horas?

En esto volvió Isabel con el abrigo de Llerena, el cual se lo puso.

—Vámonos de aquí, papá, dijo la joven dirigiéndose á su padre.

—No seas niña, Isabel, repuso éste. ¿Crees acaso que soy alguna criatura para dejarme llevar de esa manera? Y añadió con cierta energía: ¿Pero me van á contestar ó qué? Parece que todos ustedes se han vuelto mudos.

—Señor general, exclamó el agente de policía con el mayor respeto, se trata de un asunto muy delicado: tengo orden de arrestar á don Félix Llerena, acusado de haber cometido un crimen.

—¿Qué dice usted?

—Un crimen, sí, señor. Ha sido hallado el cadáver de don Gregorio Trastera y hay declaraciones que comprometen al Sr. Llerena.

—Basta, interrumpió éste. Vámonos ya. Soy inocente, agregó dirigiéndose al general, y fácilmente podré probarlo.

—Te acusan de haber asesinado á Trastera, dijo Alvarez poniéndose furioso. ¡Imposible! ¡Eso es una impostura! ¡Eso es una infamia!

Lanzó un quejido y extendió las manos como si intentara apoyarse en algo para no caer.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Se nublan mis ojos! ¡Arde mi frente! ¡No puedo, no puedo!

Y cayó al suelo sin sentido.

Imposible describir la confusión que se armó.

Acudí en auxilio del general, le aflojé la corbata y el cuello y dispuse que inmediatamente avisaran á doña Amalia.

Los convidados iban y venían de un lado á otro en el mayor desorden. Yo seguí arrodillado al pie de mi pobre amigo, sosteniéndole la cabeza y haciendo cuanto me era posible para aliviarle.

Vino doña Amalia, y entre tres criados y yo levantamos al general con mucho cuidado y le trasladamos á su alcoba. Le desnudamos y le metimos en la cama. Su estado era grave; había sufrido un ataque de parálisis.

Aconsejé á doña Amalia que avisaran al médico de la familia, el doctor Hierro, el cual llegó apresuradamente.

Celebramos una consulta y Hierro decidió quedarse toda la noche con el enfermo.

Entonces fué cuando tuve un momento para pensar en los demás. ¿Qué había sido de Llerena? ¿Dónde estaba Isabel?

Lleno de ansiedad bajé á las habitaciones de la planta baja. Aun no se habían apagado las luces del salón, pero todos los convidados habían desaparecido. Sentada cerca de la mesa del mismo gabinete donde el general sufrió el ataque encontré á la pobre Isabel: parecía la estatua del dolor.

—Le esperaba á usted, doctor, dijo levantándose. ¿Cómo sigue papá?

—Está muy grave. No puedo ni debo ocultarle la verdad, Isabel. Lo que tiene es un fuerte ataque de parálisis.

—¿Peligra su vida? añadió temblando.

—Ya veremos, ya veremos.

—Corro á su lado, pero antes...

—De ninguna manera lo permitiré. El general ha perdido el conocimiento y tu presencia no le serviría de ningún alivio. Tu madre y el doctor Hierro están velándole, y nada podemos hacer. Esperemos con paciencia la voluntad de Dios. Conque vete á la cama y descansa un rato.

—Imposible. Además tengo que decir á usted algo que reviste importancia. ¿Sabe usted por qué fuí á buscar el abrigo de Félix? Para examinar el pañuelo que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué pañuelo?

—¿No recuerda usted, añadió algo confusa, que cuando estábamos en el jardín y llegó Félix sacó un pañuelo manchado de sangre?

—Sí, ahora lo recuerdo.

—Pues yo lo recordé en cuanto esta noche pidió Félix el abrigo. Sabía que en un bolsillo estaba el pañuelo, y comprendiendo que las manchas de sangre le comprometerían... Por eso me apresuré á ir en busca del abrigo, saqué el pañuelo y...

—¿Qué has hecho de él?

—Le he quemado aquí en la chimenea de este gabinete. ¿Pero qué le pasa á usted, doctor? Se pone usted muy serio.

No era para menos la cosa. Harto comprendí que Isabel había hecho mal en quemar el pañuelo, pero no quise aumentar la pena de la pobre niña diciéndoselo así.

—Debes acostarte en seguida, Isabel, fué lo único que le dije; no estás bien, lo conozco, y es necesario que te cuides.

No apartaba la vista de mí, y comprendiendo sin duda que lo del pañuelo me había disgustado, exclamó con cierto tono:

—¿Hice mal?

—Espero que no se le dará importancia alguna, respondí para tranquilizarla.

—Pues entonces, ¿por qué se ha puesto usted tan grave? Parece que se ha impresionado mucho.

—Tu intención ha sido buena, contesté, pero creo que te has equivocado. Fácil hubiera sido probar que la sangre del pañuelo no era sangre humana. Sin embargo, añadí disimulando todo lo posible, lo probable es que mañana ante el Juzgado quede plenamente probada la inocencia de don Félix.

—Félix es el hombre mejor del mundo, dijo Isabel exaltándose un poco,

aunque no he de negar que odiaba con toda su alma á Trastera y que no le faltaban motivos para odiarle.

El día siguiente Félix prestó declaración ante el juez.

No había recobrado el conocimiento el general, de cuyo lado no se separaba el doctor Hierro, y puesto de acuerdo con éste decidí acompañar á doña Amalia y á Isabel al Juzgado, donde nos enteramos de la marcha que llevaba el sumario.

Todo el mundo sabía que Llerena no estaba en buenas relaciones con Trastera ni mucho menos. El día del horrible suceso se le vió cerca del sitio donde fué hallado el cadáver. Esta sola circunstancia hubiera bastado para comprometerle, pero desgraciadamente aun había más: dos campesinos que volvían del trabajo vieron, según decían, cuestionar á Llerena y Trastera. Este usaba frases violentas y Llerena replicaba con grande entereza. Se detuvieron los campesinos algunos momentos; pero á fin de no llamar la atención, prosiguieron su camino. No habían andado cincuenta pasos cuando se oyó un tiro de escopeta.

Cuando más tarde se enteraron de que Trastera había muerto se presentaron ante el juez y declararon cuanto habían visto. Sus declaraciones dieron por resultado la detención de Llerena, que había sido elevada á prisión hasta poner en claro todo lo ocurrido.

Cuando salíamos del Juzgado se nos acercó el abogado defensor de Félix y mostró deseos de hablar conmigo á solas.

Dejé á doña Amalia y á su hija en el coche y me fuí con el abogado, el cual me condujo á una dependencia donde podíamos hablar á nuestras anchas.

—¿Qué se le ofrece á usted? le pregunté.

—Deseaba saber si tiene usted alguna noticia que comunicarme. La cosa se presenta mal, pero no pierdo la esperanza de probar la inocencia de don Félix.

Este confiesa haber reñido con el Sr. Trastera, y añade que fué de este modo: Dirigíase á casa del general cuando encontró en el sendero un ave herida. Llevado de su buen natural, y para evitarla mayores sufrimientos, sacó el pañuelo y la estranguló. En esto oyó unas carcajadas; volvióse y vió al Sr. Trastera sentado sobre la cerca que divide las dos propiedades, la del general y la del interfecto. Trastera se mofaba de Llerena por haberse éste compadecido de la pobre ave. Cogió ésta don Félix y la arrojó á los pies de don Gregorio mientras decía:

—Ya que tiene usted la poca vergüenza de ponerse á cazar en propiedad ajena, bien podía usted tener mejor puntería para dejar muertas las piezas.

Trastera contestó furioso y llenó de insultos y de frases ofensivas á don Félix, á cuyo nombre unió el de Isabel para denigrarlos.

El Sr. Llerena asegura que tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse. y hasta pensó que lo más prudente sería marchar de allí. Así lo hizo; pero apenas había andado unos metros cuando oyó un tiro. Juzgando que el Sr. Trastera proseguía su *sport* no le dió importancia ninguna. y continuó su camino hasta llegar á casa del general. Agrega que el pañuelo manchado de sangre lo guardó en el bolsillo del abrigo y que ha desaparecido de allí.

—Tiene razón. Y lo malo es que será imposible presentarlo. dije yo haciendo un gesto de disgusto.

—¿Por qué?

Entonces le referí lo que Isabel había hecho con el pañuelo.

—¡Qué locas son las mujeres! exclamó. ¿No comprende usted que la desaparición del pañuelo resultará en perjuicio de Llerena?

Seguimos hablando unos momentos más. hasta que tuve que dejarle para acompañar á casa á doña Amalia y su hija. á quienes procuré ocultar lo del incidente del pañuelo.

Por la tarde recibí un aviso del juez diciendo que, en vista de las declaraciones de los dos campesinos y de otras pruebas bien poco favorables. se había decretado el procesamiento de Llerena.

Este aviso me causó el efecto que es de suponer. Determiné no decir nada á nadie y salí al jardín para respirar aire puro y despejar la cabeza.

Cuando por la noche estaba solo en el despacho del general recibí un recado de doña Amalia para que acudiese á la alcoba del enfermo. Subí en seguida.

Mi pobre amigo. tendido de espaldas, respiraba con gran dificultad. Su color era menos encendido que al principio del ataque. Tenía abierta la boca y de cuando en cuando movía los párpados débilmente. Había recobrado el conocimiento.

—Me ha mirado dos ó tres veces. dijo doña Amalia. que no se separaba del lado de su esposo, y añadió vacilando: Parece como si quisiera interrogarme con los ojos.

—Sin duda querrá decir á usted alguna cosa. contesté.

—Tiene usted pocas esperanzas. ¿no es cierto, don Arturo?

—Está muy grave, amiga mía.

Doña Amalia permaneció pensativa durante un momento. Después, cogiéndome suavemente del brazo. me llevó á un extremo de la alcoba y me dijo en voz baja:

—¿Usted cree posible. doctor. que el general sepa algo relacionado con la muerte de Trastera?

—No. no lo creo, respondí no sin algún esfuerzo, porque me había estremecido aquella pregunta. Lo probable es que el general estuviera á aquella hora en su despacho.

—Pues, sin embargo, estoy casi segura de que quiere decirme algo y no sabe cómo hacerlo. Mire usted, don Arturo, nos está viendo y parece como si nos llamara con los ojos.

Nos acercamos á la cama. Alvarez clavó en mí una mirada llena de angustia, que no dejó de extrañarme.

—No pienses en nada, le dije, y procura dormir.

Poco después salí de la alcoba para volver al despacho, donde comenzó á preocuparme la pregunta de doña Amalia. ¿Sería verdad que el general sabía algo cuyo conocimiento pudiera aliviar la triste situación de Llerena?

Al pensar que, después de todo, era muy posible, y al ver que el enfermo no recobraría la manera de expresar sus pensamientos, que se llevaría su secreto á la tumba, puesto que le quedaban ya pocas horas de vida, me llenaba de rabia y desesperación. ¿Cómo remediar aquello?

Para distraerme, para disipar los crueles pensamientos que me asaltaban, se me ocurrió coger un libro y ponerme á leer.

El general no era muy aficionado á la lectura, y aparte de unos periódicos viejos había poco con que entretenerse en el despacho. Me disponía á salir en busca de alguna obra en la sala ó en otra parte cuando llamó mi atención un armario viejo colocado en un ángulo. Me dirigí á él y lo abrí. Era de roble magníficamente tallado y adornado con sumo gusto, y estaba lleno de objetos viejos, tales como escopetas, pistolas, botellas vacías y otros de muy escaso valor. Había también un sombrero estropeado, que parecía haber sido encerrado allí para ocultarlo á la vista de la gente de casa. Cuando lo tomé en mis manos para examinarlo parecióme que despedía un olor especial, así como á quemado. Examinándolo más detenidamente vi que estaba lleno de agujeritos hechos con una descarga de escopeta. No era necesario tener vista de lince para comprender que eran muy recientes. ¿Qué significaba aquello? ¿Cuándo y por qué se había usado el sombrero como blanco para tiro de escopeta?

Volví á dejarlo en su sitio, cerré las puertas del armario y me senté en la butaca. Ya no quería distraerme; me preocupaba aquel sombrero y mis pensamientos iban á parar á él, aun sin quererlo. ¿Por qué había sido metido en el armario y por qué estaba agujereado de aquella manera?

—Llerena es inocente, dije para mí; lo sé; pero si no se demuestra, si no se prueba su inocencia, le condenarán. ¿Si será cierto que el general sabe algo importante y hace esfuerzos para decírnoslo?

En esto llegó Isabel. Se conocía que había llorado mucho, pero estaba serena.

—Siéntate, Isabel, la dije; necesito hablarte de tu padre.

—¿Sigue tan grave, don Arturo? preguntó.

—Sí, está gravísimo.

—¿Cree usted que morirá?

—Mientras haya vida habrá esperanza, pero no debemos forjarnos grandes ilusiones. Ahora necesito saber cómo pasó el general el día de ayer, á fin de averiguar las causas del ataque.

—Hacía unos días que no se sentía bien y pasaba la mayor parte del tiempo aquí en su despacho.

—¿Y no salió ayer?

—No, no ha salido hace más de quince días.

—¿Estás segura?

—Segurísima, y puedo probárselo, aunque no comprendo qué puede importar este detalle. Papá tiene cariño á un sombrero viejo que deja siempre colgado en la percha del paragüero. Nunca se pone otro, á no ser que salga de la propiedad, lo cual sucede muy rara vez. Allí estará el sombrero. ¿Quiere usted que lo traiga?

—Sí, tráelo.

Después de dirigirme una mirada de sorpresa salió del despacho. A los pocos minutos volvió con las manos vacías.

—No está, dijo; ¡qué cosa más rara! Quizás lo habrán quitado los criados, porque papá nunca deja de colgarlo cuando entra.

—¿Es acaso éste? pregunté sacándolo del armario y procurando ocultar los agujeros.

—Sí, ese es, contestó Isabel; pero me extraña que papá lo haya metido ahí.

—El hallarse el sombrero en el armario demuestra que el general salió ayer. Quizás lo metería aquí para evitarse la molestia de colgarlo.

—Quizás. ¿Pero qué tiene que ver todo eso con el ataque?

—¡Quién sabe, quién sabe! dije por decir algo, y añadí: Estás muy pálida, Isabel. ¿Por qué no te retiras á descansar? Ten la completa seguridad de que haré todo lo posible por aclarar el misterio, pero no me preguntes cómo. Si algo consigo tanto mejor, y de todos modos nada se pierde.

—¡Qué bueno es usted, don Arturo! exclamó dirigiéndome una mirada de agradecimiento. Y salió del despacho.

Ya no cabía duda: el general sabía algo del crimen, si crimen existía en la muerte de Trastera. ¿Pero cómo hacerle hablar? Mi pobre amigo sufría un ataque de parálisis sumamente grave en todo el cuerpo, y lo más probable era que moriría. De repente me asaltó una idea y resolví ponerla en planta.

Subí á la alcoba del general. Hierro estaba sentado al pie de la cama, una monja preparaba una medicina y doña Amalia se hallaba echada en el sofá.

Me acerqué á examinar al enfermo y vi que la palidez había aumentado,

pero que tenía abiertos los ojos, los cuales clavó en mí como si con ellos quisiera decirme algo.

Indiqué á Hierro que necesitaba hablarle y bajamos juntos al despacho.

—¿Qué le parece á usted? pregunté.

—No hay esperanza; creo que esta misma noche...

—Así opino también yo; ¿pero no pudiéramos intentar algo para prolongarle más horas la vida?

—¡Si apenas tiene ya conocimiento!

—Conocimiento sí tiene y muchos deseos de hablar. ¿No ha notado usted la angustiosa expresión de sus ojos?

—Sí, la he notado.

—La respiración es fatigosa y convendría hacer algo para aliviarla. ¿Qué opina usted de las inhalaciones de oxígeno? No suelen emplearse en estos casos, pero motivos de mucha gravedad me obligan á hacer uso de todos los medios posibles á fin de que el enfermo recobre sus facultades, aunque sólo sea por unos momentos.

—¿Y dónde hallaremos el oxígeno? En Toledo no será fácil.

—Pues lo haremos nosotros, repuse con decisión. ¿Tendría usted inconveniente en buscar las sustancias y los objetos necesarios?

—Ninguno.

—Tome usted el coche, que le acompañe un criado y traiga usted dos vejigas de óxido nitrógeno, una maquinilla química, clorato de potasa, peróxido de manganeso, algunos tubos de goma y dos grandes jarras de cristal.

Marchó Hierro á la ciudad y yo subí nuevamente á la alcoba del enfermo. Tenía cierta confianza en la aplicación del oxígeno, pero no había tiempo que perder. ¡No olvidaré aquellos momentos de ansiedad! Por pronto que Hierro volviese habían de pasar dos horas... y la vida del general iba acabándose. Me senté á su cabecera y tuve buen cuidado de darle fortificantes lo más á menudo posible, pero no desaparecían mis temores.

Doña Amalia mostró deseos de hablar conmigo á solas. Salimos de la alcoba, cerró la puerta con cuidado y me preguntó:

—¿Cómo sigue Ruperto?

—Resignación, señora, contesté. ¿Por qué he de ocultar la verdad? Es imposible salvarle la vida, pero me propongo emplear un procedimiento que le dará fuerza para decirnos qué es lo que tanto atormenta su espíritu.

—Hace usted bien. Estoy segurísima de que quiere decir algo. Me hace sufrir mucho la angustia que revelan sus ojos, y comprendo que él también sufre al no hacerse entender.

En esto estábamos cuando llegó Hierro. Como no había un momento que perder, me puse á preparar el gas. Arreglé el aparato, mezclé los pro-

ductos químicos y pronto tuve la satisfacción de ver que las vejigas se llenaban de oxígeno puro. Entramos en la alcoba y mandé á la monja que pusiera la luz de modo que cayera sobre el enfermo. Doña Amalia se colocó al otro lado de la cama. Aplicamos el oxígeno y los efectos fueron tan rápidos como asombrosos. El color lívido de la muerte desapareció del rostro del general, sus ojos se animaron y al cabo de un minuto respiró profundamente, como si se le hubiera quitado de encima un gran peso.

El alivio duró poco, pero repetí la dosis y el resultado fué satisfactorio. A la tercera vez el general se incorporó en la cama. Movía los labios como queriendo hablar, pero era imposible entenderle. El conocimiento lo había recobrado por completo.

—Ruperto, tengo algo que decirte, exclamé en alta voz.

Doña Amalia me interrumpió diciendo:

—¡Por Dios, doctor, déjele usted en paz! ¿No le moleste usted!

—No me interrumpa usted, señora, repliqué. ¿No ve usted cómo se anima su semblante?

Era verdad. El general hacía grandes esfuerzos para hablar. Comprendía perfectamente lo que yo le decía, y agitó los brazos con un movimiento de impaciencia.

Me volví nuevamente hacia él y continué:

—Oye, Alvarez: Llerena, tu futuro yerno, está preso. Se le acusa de haber asesinado á don Gregorio Trastera, y si no conseguimos probar su inocencia será condenado á muerte. ¿Sabes tú algo que pueda ayudarnos?

El semblante del general se animaba más y más. No pudiendo hablar, levantó una mano é indicó una mesita escritorio donde había recado de escribir. Se lo presentamos y yo le dije:

—Escribe pronto, Ruperto. La vida de Llerena depende tal vez de lo que escribas.

Comenzó á escribir poco á poco el general. Lleno de impaciencia miraba yo por encima de su hombro y fuí leyendo lo que sigue:

Félix Llerena es inocente. Yo, el general Alvarez, soy el que involuntariamente causé la muerte á Trastera. Aquella tarde, desobedeciendo las órdenes de mi médico, salí á dar una vuelta por el parque y vi á Trastera sentado sobre la tapia que separa su propiedad de la mía en el momento de tirar á uno de mis faisanes. Trastera y yo habíamos tenido en diversas ocasiones algunas palabras por causa de mi hija, á quien perseguía á todas horas. Al verle en la tapia y en aquella actitud le grité con furia preguntando con qué derecho cazaba en mi propiedad. Riéndose de manera insolente y provocativa contestó que lo que él deseaba cazar era una pieza mayor. Creyendo que estaba embriagado di media vuelta para retirarme cuando sonó un tiro y sentí mucho calor en la cabeza. Había descargado la escopeta casi á bocajarro. Entonces

me acerqué á él, le llamé cobarde y luchamos durante unos momentos. Cayó al suelo, y cogiendo yo su escopeta le di un golpe en la nuca. Como no tenía intención de matarle, creí que quedaba atolondrado y nada más. Al volver á casa me enteré de que los perdigones habían agujereado mi sombrero. Fué un milagro que no me matase. Para no asustar á mi familia oculté el sombrero en el armario. Hacía tiempo que no me sentía bien y el disgusto me trastornó por completo. Gracias al tónico que me dió el doctor Moreno pude recibir á los convidados. Cuando supe que iba á ser preso Llerena corrí á declarar lo sucedido, pero no pude. Sufrí el ataque y perdí el conocimiento...

Al llegar aquí se detuvo el general; se le acababan las fuerzas.

—Firma, Ruperto, le dije animándole.

Firmó su declaración y volvió á echarse en la cama.

—Has hecho bien, Ruperto, añadí. Esto bastará para que la inocencia de Llerena quede probada.

En la mirada que me dirigió vi que la angustia de sus ojos había desaparecido y comprendí que mi pobre amigo moriría tranquilo.

Poco después recibió los auxilios de la religión, y una hora más tarde moría rodeado de su esposa y su hija con la tranquilidad de un santo.





Cuentos del Continente oscuro

Por C. J. Mansford.

EL DERVÍS DEL NILO

I



Un día, cuando ociosamente fumábamos nuestras pipas bajo el toldo de la tienda, nos dijo Hassán:

—Los sahibs tienen algunas buenas cualidades para ser dignos discípulos de Mahoma, pues durante el tiempo que tengo el honor de servirles de guía he observado que aprecian tres cosas que todo buen musulmán estima igualmente: el café, una buena pipa y una historia bien contada.

—Si hay algo más, Hassán, contestó Federico, que quisiera que añadiésemos á esas *buenas cualidades*, díganoslo en seguida.

—Sahibs, continuó diciendo el árabe con cierta gravedad, aun hay algo mejor que todo eso, y es el ayudar cuando sea necesario á un fiel servidor del Gran Profeta.

—Hassán, replicó Federico sonriéndose, no puedo menos de reconocer que, cuando necesita usted un favor, lo sabe pedir muy bonitamente. Veamos qué es; siempre que no pida usted permiso para marcharse en seguida á la Arabia con los peregrinos, estamos dispuestos á ayudarle en lo que nos sea posible.

—Vuestro humilde servidor nada pide para sí, sahibs, contestó el guía pausadamente, aunque la peregrinación á la Meca es para el fiel creyente lo que un vaso de agua para el sediento. Si los sahibs se dignan escucharme, sabrán qué es lo que pide este pobre árabe. Se refiere al extraño dervís que vieron ustedes hace tres días en las calles de Erment.

—Y á propósito, dije, ¡qué tipo tan extravagante es el tal dervís! ¡Vaya una mirada la que nos lanzó cuando cogió las monedas que le dimos! Su aspecto era mucho más feroz que el de la serpiente que llevaba encerrada en la jaula. El reptil no podía hacer ningún mal, puesto que estaba sujeto con un anillo de plata, pero aun estando libre no creo hubiese causado más daño que el mismo dervís.

—¿De manera que por fin ha sabido usted algo referente á la serpiente que tanto nos extrañó? añadió Federico. Ignoro si el dervís pasa por ser discípulo de Mahoma, pero creo que lo mejor que podemos hacer es dejarle en paz. No me parece que es digno de nuestra atención.



COGIÓ LAS MONEDAS

—El sahib tiene razón, dijo el árabe. En uno de los bazares de Erment me han contado una historia muy curiosa del dervís, y en vista de lo que ha sucedido, un individuo que muy de veras necesita el apoyo y la protección de los sahibs se presentará pronto ante mis amos y señores. El dervís, es verdad, ha tratado mal, muy mal, á un fiel descendiente y servidor del Gran Profeta.

—Bueno, exclamó Federico; empiece usted, Hassán; de lo contrario, llegará ese individuo antes que termine su historia.

Con esto Hassán se tendió á nuestros pies, como solía hacerlo siempre que tenía algo que contarnos, y empezó:

—Sahibs, durante muchos años el sheik Hammad fué el hombre más rico y afortunado de todos los habitantes de la ciudad de Erment. Sus caravanas viajaban por todas las partes del mundo, haciendo siempre muy buenos negocios y trayendo á la vuelta grandes tesoros para aumentar los de sus ya bien repletas arcas. Tanto aumentaron y tan extraordinarias llegaron á ser sus riquezas, que cuando cruzaba las calles de Erment, acompañado de su hija Sapphia, los hombres volvían la cabeza para mirarle, envidiosos de tanta fortuna.

Muchos pretendientes se presentaron pidiendo la mano de la joven, pero el sheik, que no deseaba casarla, los rechazaba bruscamente á todos.

Como los sahibs saben muy bien, las mujeres de Egipto están obligadas á

taparse la cara para salir á la calle, y en el harem ocupan siempre unas mismas habitaciones.

A pesar de todo, la belleza de Sapphia llegó á ser el tema de las conversaciones en los bazares de Erment, y aun en los claustros de las mezquitas se oía pronunciar con frecuencia el nombre de la hija de Hammad con el respeto y la admiración que inspiraba su hermosura. Poco le importaba todo esto al sheik, que continuaba alejando cuidadosamente á su hija de todo aquel que trataba de enlazarse con ella para disfrutar las riquezas de su padre.

Cierto día, cuando Hammad, reclinado sobre un lujosísimo diván de su harem, pensaba en una caravana que había enviado á Trípoli, un eunuco anunció á su amo la visita de un hombre santo, ó sea un derviś. Sabido es que un egipcio no puede negarse á recibir esta clase de visitas; así que el dervís fué recibido inmediatamente y con todos los honores que le eran debidos. Hammad se levantó del diván y postrándose humildemente le besó los pies.

—Si era el mismo dervís que vimos en Erment, yo no hubiera hecho otro tanto, observó Federico.

—El sahib lo sabrá, contestó Hassán, y prosiguió. El dervís, tendiendo la mano con cierta solemnidad, mandó al sheik que se sentara y escuchase con atención el mensaje que para él traía.

Comprendiendo Hammad por el color verde de la miserable túnica que cubria el cuerpo del dervís que éste era uno de los jefes de la secta, se dispuso á obedecerle y á escuchar atentamente sus palabras.

El dervís manifestó que el Gran Rifaee, fundador que fué de la secta de dervises, se había dignado aparecerse á él para hablarle de Hammad.

El sheik, adivinando que el dervís acabaria por pedirle una parte de sus riquezas para el sostenimiento de los de la secta, ofreció en seguida una buena suma, que fué aceptada por el santo; pero éste no había aún terminado, y refirió á Hammad cómo hacia años habitaba en una pirámide, á orillas del Nilo, que en otro tiempo perteneció á un gran hombre de su orden, añadiendo que lo que le había obligado á visitarle fué el mandato de Rifaee en su última aparición. Rifaee, según declaró el dervís, le había mandado ir á casa de Hammad para hacerle un ofrecimiento: el de cambiar de posición con él durante un año; pero el sheik renunció tanto honor, diciendo que era muy poco sabio para ponerse á la cabeza de tantos y tan ilustres dervises.

Esto no le satisfizo al dervís, el cual, sin embargo, cuando Hammad aumentó la cantidad ofrecida al principio, se retiró manifestando que lo consultaría con el Gran Rifaee en la próxima aparición que se dignara concederle.

Calló nuestro guía por un momento, y entonces dijo Federico soltando el trapo:

—Si llega á consentir Hammad en el cambio de posición con el dervís, al cabo del año se hubiera encontrado probablemente con las arcas completamente

vacías. Después el apreciable dervís hubiera tenido otra aparición en la que le mandaba hacer lo mismo con otro rico, y así sucesivamente.

—El sahib se equivoca, añadió Hassán muy serio, pues los dervises no tienen la sed de riquezas que suelen tener los demás seres humanos.

—¡Qué han de tener! exclamó riendo á carcajadas. No hay más que ver la manera tan desinteresada con que procedió ese á quien usted se refiere. Continúe usted, Hassán.

—Poco después, prosiguió el árabe, el dervís visitó nuevamente al sheik para enterarle del resultado de la segunda aparición, que venía á ser tan extraordinario como el de la primera. Pasó un largo rato hablando con Hammad acerca de la alta posición que ocupa un jefe de los dervises, y todas sus palabras las escuchó el sheik atentamente, creyendo que acabaría por rogarle otra vez que aceptase el ofrecimiento; pero cuál no sería su sorpresa cuando el dervís se postró á sus pies exclamando:

—Consideradlo bien. Vos que sois un simple sheik podéis llegar á ser el hombre más poderoso de la tierra.

—Os ruego que no os arrodilléis ante mí, respondió Hammad, pues como decís soy un simple sheik, mientras que vos sois el más ilustre dervís de la tierra regada por el Nilo.

Se levantó el dervís, y mirando fijamente á la cara al sheik, le dirigió esta extraña pregunta:

—¿Obra con discreción el que rechaza el poder?

—Si no desea ser poderoso, hace bien en rehusarlo, contestó Hammad con cierta cautela.

—Oid lo que os digo, continuó el dervís. Las riquezas unidas al poder lo alcanzan todo.

—No comprendo lo que queréis decir, repuso Hammad. Tened la bondad de explicarme lo que significan esas palabras.

—He hablado claramente, dijo el dervís. Vos poseéis las riquezas, yo tengo el poder; unámonos y seremos los más poderosos del mundo.

El sheik no acababa de comprender lo que pretendía de él aquel santo varón.

—¿Cómo es posible hacer lo que proponéis? preguntó, sin sospechar siquiera la respuesta.

—Es sumamente fácil, añadió el dervís. Vuestra hija es linda y amable; consentid en que sea mi esposa.

Hammad le contempló unos momentos sin acertar á contestar, y luego dijo cortésmente:

—Sin duda habláis en broma. Los hombres santos, como vos, no contraen matrimonio. Es imposible que Sapphia, mi hija, sea vuestra esposa.

—El Gran Profeta, añadió el dervís mal humorado, contrajo matrimonio

más de una vez. ¿He de pensar yo, pobre discípulo suyo, que sus obras son dignas de censura?

—No lo sé, replicó Hammad, quien por fin iba comprendiendo que lo que buscaba el apreciable derví era hacerse dueño de una gran parte de su fortuna. Lo que siento es que os empeñáis en lo que no puede ser; tanto honor me abrumaría. No puedo consentir que mi hija cometa el sacrilegio de unirse con un personaje tan ilustre como vos.

—¿Rehusáis la alianza? preguntó el dervís secamente.



—HABÉIS DECRETADO VUESTRO DESTINO

—Vos lo habéis dicho, repuso Hammad resueltamente, aunque sin perder la serenidad.

Sin más el dervís se acercó á un brasero, y sin dar tiempo al sheik para pronunciar ni una sola palabra derramó sobre las ascuas unos polvos blancos.

—Mirad, exclamó solemnemente, habéis decretado vuestro destino. Las semillas de coriandro, el incienso y el resto de un encantamiento escrito sobre las hojas de la palmera despiden el humo y la fragancia que han de penetrar vuestros sentidos. Enviad caravanas, entregad vuestra hija á un rico; pero con el poder y la ciencia que me han sido dados, declaro que desde ahora todas vuestras empresas y todos vuestros cálculos serán infructuosos. Perderéis vuestras riquezas y os veréis reducido á la miseria. Además, vos y vuestra hija seréis atacados de toda clase de enfermedades. El mundo os acusará de mal de ojo, y las

mujeres ocultarán á sus hijos cuando vean que os acercáis, ante el temor de que sólo con vuestra mirada les hagáis daño. Vuestra elección es necia y loca, pero ya no tiene remedio. Ni aun el polvo traído de la tumba del Gran Profeta pudiera deshacer el hechizo que contra vos he conjurado. En las calles, en las plazas y en los bazares de Erment, con la serpiente en la mano, símbolo de la verdad, anunciaré el daño que me habéis hecho. Todo castigo será poco. ¿Qué merecéis vos que de esa manera habéis despreciado al jefe de todos los dervises de estas tierras?

—Sahibs, continuó Hassán con voz majestuosa, viendo que nos reíamos de las estúpidas amenazas del dervís; sahibs, Hammad sabía muy bien que desde aquel día le perseguiría la desgracia, y cruzando las manos imploró al dervís que deshiciese el hechizo, pero el dervís se mostró inexorable. Enfurecido por no haber alcanzado lo que se proponía, abandonó la estancia sin atender los ruegos ni las súplicas del sheik, mientras éste recitaba el primer capítulo del Korán, que, como sabe todo buen creyente, tiene la virtud de proteger á todo el que lo recita contra la mayor parte de los males. Súbitamente, cuando apenas había recitado los primeros versículos, las imprecaciones del dervís comenzaron á surtir efecto, y quedó privado del sentido.

—El efecto sería el de los polvos que el dervís había arrojado sobre las ascuas del brasero, interrumpió Federico con sarcasmo. ¿Qué produciría más efecto, los polvos ó las imprecaciones?

—Como iba diciendo, prosiguió Hassán, sin hacer caso de las palabras de mi amigo, las imprecaciones del dervís comenzaron á surtir efecto en la persona de Hammad, el cual, pidiendo socorro á Alá y á Mahoma, cayó al suelo privado del sentido. A los gritos que daba su amo acudieron los eunucos, los cuales le levantaron, y después de grandes esfuerzos consiguieron que recobrase el conocimiento. Sin embargo, su salud desde entonces comenzó á resentirse.

Una semana después recibió Hammad la noticia del desastre sufrido por la caravana que había enviado á Trípoli. Todos los camellos habían muerto, y además los esclavos que formaban la caravana habían sido atacados por una tribu de beduínos que les robaron todas las mercancías que llevaban.

Día tras día fué el sheik sufriendo nuevas pérdidas y quebrantos, y mientras tanto el dervís, reuniendo en las plazas y en los bazares al pueblo de Erment, declaraba que todas las desgracias de Hammad se debían á su mal de ojo. Por fin, el pobre sheik tomó la determinación de ir en peregrinación á la Meca, temiendo que si lo dejaba para más tarde llegaría su última hora y no podría cumplir tan santo deber. Con una parte de las riquezas que le quedaban compró un buen camello para su hija, y caminando él á pie armado con una lanza para rechazar los ataques de las tribus beduínas salieron con los peregrinos para el lugar del nacimiento del Gran Profeta.

Desde Erment, donde se halla el magnífico templo edificado por orden de la

hermosa Cleopatra, se dirigieron á Thebas, la ciudad de las ruinas maravillosas, donde Sapphia contempló las dos gigantescas estatuas, cuyos severos y misteriosos rostros bañaba el sol del amanecer con sus dorados rayos. En Dendorah también se detuvieron para examinar las columnas en ruinas, y allí Hammad habló á su hija de las procesiones de los sacerdotes que á la entrada del nuevo año acuden á ofrecer sus sacrificios á la diosa Athor. Después atravesaron Asyut con sus verdes praderas, sus preciosas flores y sus abundantes rebaños; llegaron al valle del Nilo y luego entraron en la ciudad del Cairo, la más bella de todas las poblaciones de Egipto.

Cuando llegaron á Suez tuvo Hammad un nuevo disgusto, pues supo que el derví́s que le había visitado y estaba siendo causa de su ruina formaba parte de la peregrinación que acudía á la Meca. Al pasar por las inmediaciones de una mezquita se le presentó súbitamente, y levantando una mano sobre la cabeza del desgraciado sheik le dijo así:

—Hacéis la peregrinación en vano, pues tus ojos ni por mar ni por tierra se complacerán viendo la Santa Ciudad.

Sin darle tiempo á Hammad para responder, el dervís volvió á mezclarse con la multitud, dejando al sheik convencido de que se acercaba su muerte. Sapphia, su hija, le aconsejó que debían embarcar para dirigirse á Yambo y desde allí continuar el viaje á pie hasta la Meca; pero Hammad se encontró con que el buque de los peregrinos estaba ya repleto de pasajeros. Por fin, tal era su ansiedad por llegar á la Meca que, por no detenerse más, resolvió hacer el viaje en un barquito de poco coste, cuyo capitán se ofreció á conducir á los dos peregrinos hasta Yambo.

Entre los que salieron de Erment hallábase un joven egipcio de noble familia, el cual durante la larga y pesada marcha había entablado conversación con Hammad, y que al llegar á Suez mostró deseos de acompañar al sheik hasta la misma Meca. Obtenido el permiso del capitán embarcó con Hammad y su hija, quien tuvo después motivos para agradecer la determinación del joven.

Aquella noche, cuando el sheik descansaba en el buque, pensando siempre en la triste serie de sus desgracias, oyó de repente un grito que partía de labios de su hija. Desenvainando el sable corrió á socorrerla, y la encontró luchando por deshacerse de varios árabes que trataban de apoderarse de ella para conducirla á una barca situada á un costado de la embarcación. Invocando á Alá lanzóse Hammad sobre los árabes, pero eran muchos y le sujetaron en seguida. El capitán y los tripulantes brillaban por su ausencia. Sin duda eran cómplices de los árabes, quienes á su vez estaban de acuerdo con el dervís para llevarse á la joven. Pero afortunadamente el joven egipcio, cuyo nombre era Khedi, acudió en auxilio de Hammad, y manejando los dos las armas con gran destreza hicieron huir á los árabes.

Cuando el capitán se acercó por fin con su gente vieron que no quedaba á

bordo ni un solo árabe, pues los que se libraron de las manos de uno ú otro se lanzaron al mar aterrorizados. A Khedi y Sapphia los encontraron arrodillados uno á cada lado del sheik, que tendido sobre la cubierta se hallaba moribundo.

Trabajosamente pudo Hammad acercar la cabeza de su hija á la suya, y dirigiéndola una mirada de indefinible cariño la habló en voz baja. Luego quedó muerto en los brazos de Sapphia. Las profecías del dervis se habían cumplido. Hammad no llegó á ver la Sagrada Ciudad.

Llegados á Yambo, Sapphia no intentó continuar la peregrinación. Khedi compró un camello para ella y otro para él, y regresaron por tierra á Erment, á donde llegaron sin sufrir ningún nuevo percance. Allí quedó Sapphia para llorar la muerte de su padre, y Khedi volvió al siguiente año á la Meca á fin de dar gracias á Mahoma por su protección y por haber salvado á Sapphia de los malvados lazos tendidos por el dervís.

Y ahora, sahibs, llegamos á la parte más interesante de la historia, pues el que viene á pedir vuestro apoyo no es otro que Khedi. Van ustedes á saber por qué.

El único pariente que le quedaba á Sapphia admiró tanto el valor del egipcio, y tanto agradeció su intervención, que cuando se acercó á pedirle la mano de la joven se la concedió muy gustoso, autorizándoles para que se casaran en seguida, pues había oído asegurar que el dervís no había abandonado la idea de hacer suya á la hija del sheik.

La víspera del día en que le había de ser entregada á Khedi la mano de su futura esposa se verificó por las calles de Erment la acostumbrada procesión. Abrían la marcha los mejores músicos de la ciudad, y detrás iban gran número de doncellas (las más lindas), todas vestidas de blanco y seguidas de Sapphia, que marchaba bajo una especie de palio de seda, de color rosa, conducido por cuatro hombres. Sapphia estaba hermosísima y ricamente ataviada. El blanco y largo velo que la cubría sólo dejaba ver la brillantez de sus preciosísimos ojos negros cuando ansiosa miraba á la alegre multitud agolpada á su paso por las calles.

De repente, un jinete montando magnífico caballo negro, ricamente enjaezado, apareció por entre la muchedumbre: era el dervís, tan conocido de todos, el cual en breves momentos se vió rodeado de gran número de fieles servidores que parecían salir de todas partes.

—En nombre del Gran Alá reclamo á mi novia, exclamó majestuosamente, y antes de que la multitud, asombrada de tanta osadía, pudiera intervenir cogió á Sapphia en los brazos, la colocó en el caballo, y metiendo espuelas al animal marchó á galope tendido, mientras sus servidores cortaban el paso á todo aquel que intentaba oponerse á su marcha.

Cuando Khedi supo lo ocurrido era ya tarde para intentar cosa ninguna; Sapphia estaba lejos y se consideraba vencido. Supo también que el dervís la llevó hacia la pirámide en que habita, cerca del Nilo; pero comprendió que solo no

conseguiría nada. Y es el caso que nadie, ninguno de los de su raza quiere ayudarle á rescatar á su prometida. En las calles de Erment le encontré esta mañana, y al saber que el suceso acaeció ayer mismo, mientras los sahibs con su humilde servidor visitaban las ruinas, prometí implorar de los sahibs el auxilio que Khedi necesita.

—Pues bien, dijo Federico cuando Hassán hubo concluído su interesante historia, ya que Khedi, como según usted se llama el egipcio, necesita de nosotros, le ayudaremos en todo cuanto nos sea posible, aunque no dejo de comprender que al hacerlo corremos mucho peligro.



ARREBATÓ Á SAPPHIA

—¡Que Alá bendiga á los sahibs! exclamó el árabe lleno de reconocimiento. Cuando venga Khedi.....

—Me parece que llega ya, interrumpí, viendo que alguien se dirigía hacia nosotros, atravesando el gran trecho de ardiente arena que se extendía ante nuestra tienda.

—El sahib tiene razón, dijo el guía, pues el que se acerca es en verdad Khedi el egipcio.

II

Se levantó Hassán, y seguido de nosotros adelantóse á recibir al joven.

A juzgar por la riqueza de sus vestiduras, Khedi debía ocupar alta posición. Se inclinó respetuosamente cuando nos acercamos á él, y pude observar que era de figura esbelta y bien formado. El color bronceado de su rostro, su alta frente y la mirada de sus hermosos ojos negros, indicaban claramente que pertenecía á la raza de los pueblos situados en la tierra del Nilo.

Cambiados los saludos de costumbre, Federico escuchó silencioso las palabras de Khedi, y después, mientras conversaba con Hassán, nos alejamos un poco para meditar el plan que acababa de proponer.

—Sería inútil, dijo Federico, seguir el plan propuesto por él, pues nada

ganaríamos yendo con Khedi á la pirámide á fin de exigir abiertamente del dervís la entrega de Sapphia. Además, no me gusta la manera que tiene de jugar con el puño de la espada. Ahora está tranquilo, pero mucho me temo que, una vez en presencia del dervís, pierda su sangre fría y la cabeza, lo cual nos comprometería muchísimo.

—Tienes razón, contesté. Y después de todo, no sabemos fijamente si Sapphia está allí. Yendo tú y yo solos podemos valernos de cualquier pretexto para llegar á ver al dervís y asegurarnos de si la joven está con él. Más tarde buscaríamos el medio de rescatarla.

—Así pienso yo también, Julio. Lo primero que necesitamos es conocer el camino que conduce á la pirámide. Eso nos lo dirá Khedi. Marchemos solos y él puede esperarnos aquí.

Cuando volvimos á juntarnos con el guía y el egipcio tuvimos que hacer grandes esfuerzos para convencer á Khedi de que no debía venir con nosotros. Por fin accedió, y después de enterarnos bien del camino que teníamos que seguir nos pusimos en marcha, dejando las armas con Hassán, para que comprendiese el dervís, si acaso llegábamos á su presencia, que nuestra visita era puramente de cortesía.

Anduvimos durante unas horas siguiendo el camino indicado por Khedi, y al caer la tarde nos encontramos en la entrada de la pirámide y dimos con el boquete por donde debíamos penetrar.

Al ir atravesando aquel largo y estrecho sendero abierto en los peñascos que constituían la entrada, llamaron nuestra atención las grotescas y extrañas figuras talladas en la piedra.

Todo aquello se diferenciaba mucho de cuanto hasta entonces habíamos visto en nuestros viajes por Egipto.

Durante unos momentos, y á la débil y suave luz que penetraba por la abertura de la entrada, anduvimos por medio de una doble fila de esfinges, hasta que nos cerró el paso un enorme muro de granito.

—Es extraño, pensábamos, que Khedi no haya hecho en sus indicaciones mención de este muro.

En esto Federico, dirigiendo la vista hacia arriba, exclamó:

—Mira, aquella debe ser la entrada.

Dirigí la vista hacia donde Federico había indicado y vi una puerta baja en forma de arco.

Un instante después subíamos por el estrechísimo sendero que conducía á la entrada, y bien pronto salieron á nuestro encuentro dos dervises medio desnudos, pues únicamente llevaban un corto calzón verde.

Comprendimos que pertenecían á la misma secta de aquel que habíamos visto en las calles de Erment, y Federico, dirigiéndose á uno de ellos, solicitó como mejor pudo una entrevista con el jefe.

Primeramente se inclinaron con respeto, pero en seguida se echaron á reir, lo que nos hizo arrepentirnos de haber dejado nuestras armas de defensa en poder de Hassán. Luego desapareció uno de los dos, el cual volvió á los pocos momentos acompañado de otros varios, y rodeándonos como si hubiésemos sido prisioneros nos obligaron á entrar por un estrecho y largo corredor, cruzado de trecho en trecho por otros corredores más cortos; pero los dervises nos llevaron siempre en línea recta, hasta que anduvimos unos cien metros.

Al detenernos allí, uno de los dervises pronunció en alta voz palabras extrañas que no pudimos comprender, é inmediatamente después abrióse un enorme rastrillo, el cual volvió á cerrarse tan pronto como penetramos en un grotesco vestíbulo.



ANTE EL JEFE DE LOS DERVISES

—Ahora sí que somos prisioneros de veras, Julio, díjome Federico al oído. No creo que estos dervises nos dejarán marchar así como así.

—Opino lo mismo iba á continuar, pero me dejó sorprendido la escena que teníamos delante.

Habíamos entrado en el aposento que anteriormente sirvió de sepultura para aquel en cuyo honor había sido elevada la pirámide, pero que entonces tenía un objeto muy distinto. A través de infinidad de trocitos de cristal, colocados graciosamente en magníficos armazones, penetraban los rayos del sol por el techo en la vivienda del jefe de los dervises.

Mientras permanecimos descubiertos en presencia de éste, uno de sus secuaces, teniendo en la mano un estandarte verde, emblema de distinción, según después supimos, de la secta de Rifaee, nos interrogó acerca del objeto de nuestra visita. A todas sus preguntas contestó Federico con tanto acierto, que el dervís parecía quedar completamente satisfecho, y ya empezábamos á abrigar esperanzas de llegar á conocer la situación de Sapphia, cuando un grito llenó el espacio.

Nos volvimos con mal disimulado enojo, y vimos que un dervís, adelantándose apresuradamente hacia el jefe, postróse á sus pies hasta dar con la frente en el suelo. En seguida, levantándose, murmuró en voz baja unas palabras, al oir las cuales el jefe saltó de su asiento y exclamó:

—¡Es imposible, no puede ser! Diga que no es cierto.

El dervís alzó las manos como implorando y dijo con voz firme y segura:

—¡Juro por Alá y Mahoma que lo que acabo de manifestar es cierto! Vuestro esclavo no miente jamás.

Entonces el jefe nos dirigió una mirada amenazadora y exclamó con furia:

—¿No decís que veníais aquí en son de paz? ¿Por qué, pues, habéis conspirado contra mí?

—No hemos conspirado, contestó Federico tranquilamente, ni ningún mal os hemos hecho. Si de algo queréis acusarnos, decidlo; de lo contrario, no podremos probar nuestra inocencia.

—Pues bien, ¿habéis oído en los bazares de Erment hablar de Sapphia, hija de Hammad?

Respondió Federico, pero sus palabras no dejaron satisfecho al dervís, el cual añadió:

—No lo neguéis y contestad: ¿dónde se encuentra ahora?

—En Erment, contestó Federico hablando con una calma que estaba muy lejos de sentir, pues nuestra situación era entonces bastante peligrosa, en Erment se murmura que está oculta en esta pirámide.

— Oid, continuó el jefe. Ayer, con el derecho que me otorga la jefatura de esta ilustre secta, y obedeciendo un mandato del Gran Rifaee, reclamé para esposa mía á una joven cuya mano le fué inmerecidamente concedida á otro. La entregué al cuidado de las mujeres de mi harem, y para no proceder con indiscreción y ligereza, el tiempo transcurrido desde que aquí la traje lo pasé encerrado en la sepultura del fundador de nuestra divina secta. Ningún aviso me han enviado mis mujeres, y extrañado de este silencio quise averiguar á qué podía obedecer. Las mujeres lamentan lo ocurrido, y... harto sabéis vosotros lo demás.

— Ya he dicho, repuso Federico, que sabemos muy poco de lo que acabáis de contarnos, y como ni siquiera hemos visto á la joven, no comprendemos qué es lo que ha ocurrido.

—¡Mentira! exclamó el dervís. En el tiempo transcurrido desde que penetrasteis en mi pirámide, menos de una hora, Sapphia me ha sido robada.

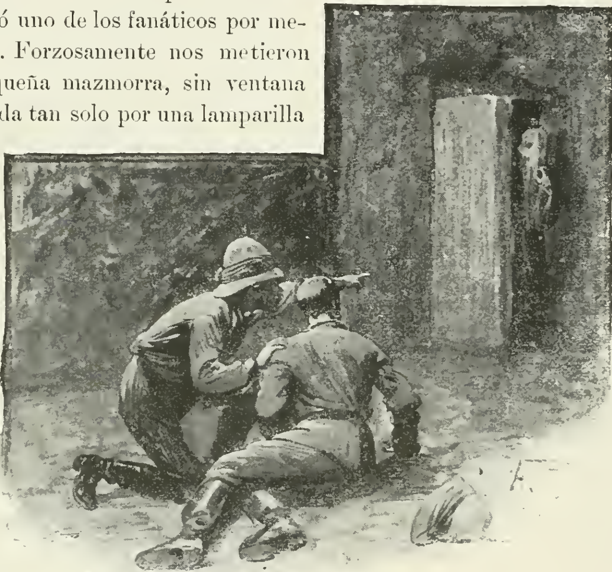
—Será así, pero nosotros lo ignoramos. Os vimos un día en las calles de Erment, oímos después ponderar vuestro talento y vuestra alta posición, y nos decidimos á visitaros para ofreceros nuestros respetos y ponernos á vuestras órdenes. Esto es lo único que nos trae aquí.

—Contestación tan aduladora como falsa, de la que no haré caso ninguno. Si antes del amanecer del día de mañana no ha parecido Sapphia, moriréis en

castigo de habérmela robado. Pedid al Gran Alá que me sea devuelta mi prometida; de lo contrario...

El dervís no terminó la frase, pero indicó con la mano un rifle que pendía del techo, indicación tan significativa como desagradable para nosotros.

Obedeciendo una señal de su jefe, los fanáticos se nos echaron encima como salvajes. Luchamos para librarnos de sus garras, pero fué inútil. Eran muchos y pronto nos sujetaron, obligándonos á volver por el mismo pasillo que poco antes habíamos cruzado Atravesamos uno de los estrechos corredores que desembocaban en él y llegamos hasta una portezuela de hierro, la cual abrió uno de los fanáticos por medio de un resorte. Forzosamente nos metieron allí, en aquella pequeña mazmorra, sin ventana ninguna y alumbrada tan solo por una lamparilla de aceite que pendía de una larga cadena en el techo.



—¡MIRA! EXCLAMÓ FEDERICO

—Creo que por fin, dije á Federico, se acabaron nuestras aventuras. Me parece que el robo de Sapphia es sólo un pretexto para darnos muerte. ¿Quién nos asegura á nosotros que no está oculta en la pirámide? El dervís, con su cara de traidor, parece que se empeña en acabar con nuestras vidas.

—Así parece, me respondió; desde un principio le encontré demasiado amable para que tuviera buenas intenciones, aunque hablaba con tanta naturalidad que llegué á pensar si tal vez debía su feroz aspecto á la raza á que pertenece más que á sus propios instintos. Si es verdad que Sapphia ha escapado, habrá sido con la complicidad de algunos de los dervises que la habrán ayudado, y que ahora procurarán echarnos la culpa á nosotros, con la intención que es de suponer.

Dió una vuelta por la mazmorra reconociendo las paredes, y lleno de desaliento añadió:

—No hay manera de salir de aquí no siendo por la puerta, y en ello es inútil pensar; así que me parece que tendremos que quedarnos en la mazmorra.

—Lo peor es, observé yo, que si resulta que Sapphia ha escapado, no necesitaba nuestro apoyo, y si no es cierto, nos matarán sin haber hecho nada para rescatarla.

— Me parece que esta va á ser la peor de nuestras aventuras, continuó Federico: aunque llegáramos á salir de aquí, lo que no es probable, sería imposible que abriésemos el rastrillo sin que nos vieran. Y todo esto sin contar con los dervises, que de buena gana nos hubieran despedazado.

A falta de otra cosa mejor nos sentamos en el suelo, convencidos de que el derví́s tenía intención de matarnos.

Pasaron algunas horas sin que ocurriera la menor novedad, y ya casi habíamos perdido toda esperanza de salir de allí cuando vimos que la puerta se abría lentamente. La persona que entró la cerró con cuidado.

III

Era una egipcia que iba casi envuelta en un largo velo, por lo cual no pudimos distinguir sus facciones. ¿Será Sapphia? pensábamos, pero bien pronto hubimos de desechar este pensamiento.

- Sapphia ha huído de la pirámide, dijo la egipcia adelantándose hacia nosotros, y os acusan de haberla ayudado, de haber sido sus cómplices, pero las mujeres del harem sabemos que no es cierto. Escuchad, añadió, viendo que mi amigo se disponía á hablar. Si apreciáis la vida, no hay un momento que perder. El padre de Sapphia, en cierta ocasión, favoreció mucho á mi padre, y aquel favor nunca lo podré yo olvidar. A mí me hubiera parecido un honor ser esposa del derví́s, pero Sapphia no lo creyó así y nos pidió que la salváramos. Anoche, cuando dormían todos, menos los tres guardias de la entrada, algunas mujeres nos levantamos y la ayudamos á escapar. Con una soga la bajamos por la ventana de la estancia á ella destinada.

—Pero si los dervises dijeron que había huído después de haber llegado nosotros, interrumpió Federico.

—Así se le dijo al jefe, repuso la egipcia, pues a aquella hora se empezó á notar su falta en el harem. La que se hubiese atrevido á decir á nuestro amado Abbah que Sapphia había huído pocas horas después de haberla traído aquí, lo hubiera pagado con la vida: un saco, y al Nilo. A las mujeres de este país nos gusta la intriga, y además Abbah aprenderá con esto lo que algunas veces ha olvidado: que los grandes tesoros necesitan grandes guardias. ¿Cuál será vuestra suerte?

—La cuerda, respondí. Estoy seguro de que el jefe nos hará matar si vos no nos ponéis en salvo.

—Yo haré lo posible, aunque bien poco será; el resto dependerá de vosotros. Por más que habláis con bastante perfección mi lengua, sé que no sois de este país; si lo fuerais, quizás hubieran consentido los guardias en dejaros pasar; pero si, como juzgo, sois españoles, no os ayudará ningún dervís. Además, no tenéis armas. De todas maneras, si os quedáis aquí moriréis irremisiblemente, aunque siempre habrá una pequeña esperanza de salir con vida.

—Aceptamos cualquier medio por difícil que sea, contesté.

La egipcia quedó pensativa durante unos momentos, y luego, sin pronunciar ni una palabra, fué acercándose á la puerta; pero viendo que la seguíamos, levantó la mano para detenernos y salió dejándonos encerrados.

—Creí que esta mujer pensaba ayudarnos, Julio, dijo Federico, pero se conoce que nos ha engañado.

—Quizás le habrá faltado valor en el último momento, contesté. El Nilo está muy cerca, y no creo que el dervís tendría inconveniente en hacer uso de sus aguas para quien conspirase en contra suya.

Apenas pronunció estas palabras cuando la puerta se abrió nuevamente y apareció otra vez la egipcia, la cual, de entre los pliegues del velo, sacó dos puñalitos, cuyos mangos estaban incrustados con piedras preciosas, y nos los entregó.

—Son míos, dijo en voz baja. No olvidéis que si os detienen y los cogen peligrará mi vida, además de la vuestra. Si lográis huir, buscad á Sapphia y decidla que os he ayudado, no sea que el recuerdo de vuestras suertes turbe su felicidad el día en que se una con Khedi, de quien nada sabéis.

No quisimos detenernos á contradecir esta observación y dejamos á la egipcia que continuara.

—Por la ventana del harem podríais escapar, pero no me atrevo á llevaros allá. Lo mejor será que salgáis por donde habéis entrado, aunque la puerta está guardada de día y de noche por tres dervises. Oid cómo se abre el rastrillo.

Federico, encogiéndose de hombros, exclamó:

—Creo inútil que nos lo expliquéis; no comprendo cómo hemos de acercarnos para abrirlo sin ser vistos.

—Tened paciencia y lo sabréis, dijo la egipcia. Es verdad que el armazón es fuerte y pesado, pero se abre fácilmente tocando el resorte que se halla en el segundo trozo de piedra á la derecha contando desde la base. Ya habréis visto los muchos pasillos que cruzan el corredor largo; pues bien, uno de éstos llega hasta muy cerca del punto donde se sitúan los guardias. Yo os conduciré allá, y ocultos en la sombra de los arcos esperaréis el tiempo que sea preciso. Cuando se presente ocasión salid rápidamente, levantad el rastrillo y corred cuanto podáis. Y en último remedio, podéis volver aquí á esperar lo que os tenga deparado la suerte. ¿Estáis dispuestos á intentar la huída ó preferís aguardar tranquilamente aquí?

—¿Vuestra vida correrá peligro si conseguimos escapar?

—No, porque á menudo, y cuando Abbah está ocupado en sus obligaciones, atravieso de noche los corredores. Además, hablaré á los guardias con el mayor cuidado; ni ellos ni Abbah sospecharán de mí, pues nadie sabe el favor que mi familia debe al padre de Sapphia.

Y bajando más la voz nos dijo en dónde había aconsejado á Sapphia que se detuviera para ocultarse de los dervises que la perseguirían.

—Pues vamos allá, exclamó Federico.

Un momento después habíamos salido de la mazmorra, y siempre detrás de la egipcia recorrimos varios corredores, hasta que por fin se detuvo diciendo:

—Este es el corredor de que os he hablado; seguid adelante con mucha precaución, y esperad en el otro extremo hasta que yo vuelva.

Dejándonos allí retrocedió cautelosamente.

—¿Qué armas tendrán estos dervises? dijo Federico en voz baja. Contra un buen cuchillo no servirán de mucho estos puñalitos.

Comprendiendo que tenía razón, contesté: Tendremos que luchar como podamos, no hay remedio.



—¡NECIOS! EXCLAMÓ LA EGIPCIA

Despacio y con mucho silencio recorrimos el pasillo hasta el otro extremo, desde donde veíamos perfectamente á los dervises. Tan cerca de ellos estábamos que se oía todo cuanto hablaban. Eran hombres de feroz aspecto, casi salvajes, y estaban provistos los tres de tremendos puñales. Uno de los tres se hallaba reclinado en el rastrillo. Pronto comprendimos que, mientras estuvieran guardando la puerta, sería imposible toda salida.

De repente oímos que decía uno:

—Mirad, la reina del harem de Abbah se acerca.

—¡Qué hora tan extraña para que ande por aquí!

—Tiene demasiada libertad. Fué la primera esposa del jefe, si no...

No oímos más, porque al acercarse la reina callaron de improviso y se inclinaron profundamente.

—¡Necios! murmuró ella. ¿Cómo es posible que Abbah, mi señor y el vues tro, confíe nada á vuestro cuidado?

Los tres la miraron sorprendidos, no sabiendo á qué atribuir su furor.

—Bien pocas horas hace, continuó diciendo, que la nueva prometida de Abbah ha huído de la pirámide sin que os hayáis enterado cómo ni por dónde pudo hacerlo; pero lo que ha pasado ahora es más grave todavía.

—¿Más grave? preguntó uno de ellos.

—Sí, peor y más grave. No pudiendo conciliar el sueño me levanté y fuí á la estancia donde mi señor vela y trabaja, y á quien hallé tendido sobre el pavimento, á los pies de una de las imágenes. Creyendo que dormía me retiré, y entonces se me ocurrió pasar por la mazmorra de los presos. La puerta estaba abierta y ellos habían huído.

— ¡Que han huído! exclamaron los tres á la vez desenvainando los puñales.

—Sí, han huído, mientras vosotros pretendéis vigilar. ¿Creéis que Abbah duerme, en efecto, ó le habrán asesinado esos viles extranjeros? Id en seguida, buscadlos y dadles muerte sin compasión.

—Es imposible que hayan salido de la pirámide, porque el rastrillo no ha sido abierto desde que penetraron por él. Si Abbah vive, ¡que el gran Alá lo permita! hallará por lo menos uno que no ha abandonado su puesto.

—El gran dervís Abbah, nuestro buen señor y jefe, tiene la vida en peligro y á merced de los pérfidos extranjeros, exclamó otro. Guarda tú la puerta mientras nosotros seguimos á la reina y los buscamos.

—No puedo presenciar una lucha en la que se derramará sangre, repuso la reina. Id y buscadlos; yo esperaré aquí.

Desaparecieron los dervises por el pasillo oscuro, y cuando el ruido de sus pasos íbase apagando Federico me cogió del brazo y exclamó:

—Ahora es la nuestra, Julio. Mientras yo distraigo al dervís, busca el resorte y abre el rastrillo.

Salimos del escondite. Federico se lanzó sobre el dervís mientras yo buscaba el resorte. La reina se tapó los ojos con el velo, fingiendo estar aterrada con nuestra presencia. El dervís acometió á mi amigo con un tremendo puñal, pero Federico supo esquivar el golpe. Yo encontré en seguida el resorte, y el rastrillo comenzaba á abrirse cuando un grito de Federico me llenó de espanto; pero antes de que tuviera tiempo de prevenirme me sujetaron por detrás. Un momento después estaba tendido en el suelo. ¡Cuál sería mi sorpresa cuando vi que el agresor era el mismo jefe de los dervises! Saqué el puñal, pero me sujetó la muñeca, dando voces al mismo tiempo para que acudieran en su auxilio.

Luché desesperadamente, y ya se oían á lo lejos los pasos de los dervises que venían corriendo cuando conseguí cambiar de posición, y levantándome del

suelo sujeté á mi enemigo con el pié. Al mismo tiempo Federico se acercó á ayudarme, pues el que luchaba con él había caído al suelo privado del conocimiento.

—Ya vienen, dijo: corramos sin esperar á más.

Y de un brinco salimos por el rastrillo, con la oportunidad necesaria para evitar que nos cogieran en la misma puerta.

Veloces como el rayo corrimos hasta llegar á la avenida de las esfinges,



ME SUJETARON POR DETRÁS

donde hallamos un nicho para ocultarnos. Llegaron nuestros perseguidores y pasaron adelante sin habernos visto, y después de un largo rato volvieron rendidos y llenos de rabia por no habernos dado alcance.

Tan pronto como nos pareció prudente nos pusimos en camino para la tienda sin tropezar con ningún dervís y llevando en nuestra compañía á Sapphia, á quien encontramos en el hueco de la pata de un enorme animal de piedra, donde la reina del harem la aconsejó que se ocultara.

Hassán y Khedi salieron á recibirnos. Referimos cuanto había ocurrido, y después el egipcio, con abundantes protestas de gratitud, marchó con dirección á Erment, llevando consigo á Sapphia.

—¿Y cómo le ha ido á usted, Hassán, durante nuestra ausencia? preguntó Federico al guía. No parece que está usted muy apesadumbrado por no haber tomado parte en la aventura.

—Sahibs, contestó el árabe, vuestro esclavo no tiene motivos para quejarse. Mis amos y señores han salido bien, gracias sean dadas al gran Alá, y Mahoma ha recompensado la paciencia de su humilde servidor y creyente.

Al decir esto sacó de la faja una bolsa bien repleta de monedas de oro, regalo de Khedi.

—Sahibs, continuó diciendo, Khedi bien merecía que mis augustos señores le ayudasen, y vuestro esclavo posee por fin el dinero suficiente para comprarse un camello.

Y se retiró muy ufano para entablar conversación con el jefe de los wadigos, que acababa de llegar.





Las joyas perdidas



Hacia fines del hermoso mes de mayo, Alberto Santa Cruz, joven huérfano de una distinguida familia de Madrid, volvía cierta noche de casa de su prometida á su domicilio, situado en la calle de Carretas, á fin de terminar los preparativos para la boda. Se casaba al día siguiente con Eugenia Valparaíso, y como era un enlace en que no intervenían los intereses ni los asuntos de familia, sino solamente el amor, Alberto estaba radiante de felicidad. Una cosa, sin embargo, le preocupaba, y era que, habiendo invertido más de lo que calculó en amueblar la casa y en otros gastos imprescindibles en tan solemne ocasión, se había encontrado á última hora con que no le quedaba bastante dinero para atender á las exigencias de la luna de miel. Pero esto también tenía arreglo. Aquella misma tarde había enviado dos letras á un íntimo amigo suyo pidiéndole tres mil pesetas hasta que regresara del viaje de novios. La contestación á esta carta fué lo que buscó ansiosamente al llegar á su casa entre la multitud de tarjetas y cariñosas esquelas de personas que le enviaban la enhorabuena. Por fin la encontró, y dejando á un lado todos los demás papeles leyó con avidez las siguientes líneas:

—«Querido Alberto: Con mucho gusto te presto el dinero que me pides. Si necesitas más, dímelo. No he querido fiarme del correo para enviártelo; pero esta noche, de once á doce, estaré en la reunión de la señora condesa de Peralta. Vete allá y te lo entregaré con mis propias manos. No sabes cuánto siento no poder asistir á la boda, pero me es imposible de todo punto. Hasta la noche; no faltes, que te espero.—*Rafael Bueno*».

Esto le contrariaba algo á Alberto, porque estaba ocupadísimo. Necesitaba escribir cartas urgentes y atender á infinidad de cosas antes de acostarse; pero en vista de las circunstancias y de que no había otra manera de obtener el dinero preciso, no tuvo otro remedio que ponerse el traje de etiqueta y dirigirse á la reunión de la condesa de Peralta.

—Será cuestión, pensó, de algunas horas más de trabajo; paciencia.

. . . .

Eran próximamente las once y media cuando Santa Cruz llegó al chalet Florida, situado en el barrio de Salamanca. Se celebraba una de las reuniones más interesantes de la temporada, y como el conde desempeñaba en Palacio un cargo muy elevado, lo más selecto de la aristocracia se reunía en su chalet, cuyos salones estaban espléndidos.

La magnificencia de los vestidos de las señoras y la abundancia de brillantes y otras piedras preciosas llamóle la atención á Alberto, y al avanzar lentamente para saludar á la condesa, lo cual se hacía punto menos que imposible (tan numerosa era la concurrencia), iba fijándose en aquella ostentación de riqueza y de lujo. Algunas damas parecían estar cubiertas de brillantes. Los llevaban en el pelo, en los collares, en los pendientes, en las pulseras, en las sortijas; hasta en las hebillas de los zapatos, en los botones de los guantes y en las varillas de los abanicos. El efecto era verdaderamente deslumbrador.

La condesa de Peralta saludó al joven con cierta sorpresa, pues á pesar de hallarse rodeada de sus convidados recordó al verle que á su atento B. L. M. había contestado Alberto que sentía no poder aceptar tan amable invitación. No olvidó tampoco que se casaba á la mañana siguiente, pero nada le dijo. Sin embargo, en los ojos de la condesa leyó Alberto la extrañeza de ésta.

—¿Por qué será? se preguntó el joven, olvidando la contestación que había dado á la invitación de la condesa. Diríase que vengo sin haber sido invitado.

Y se puso á buscar á Rafael, á quien logró ver al otro extremo del salón después de muchos atropellos y empujones. Como los dos eran altos pudieron cruzar sus miradas simultáneamente, y cada cual por su parte trató de llegar hasta el otro, cosa que consiguieron después de no pocos esfuerzos.

—¡Dichosos los ojos que te ven, chico! exclamó Rafael en cuanto estuvo al lado de su amigo; ya creí que no venías.

—Vámonos de aquí cuanto antes, hay demasiada gente.

Cuando el joven pronunció estas palabras pasaba por su lado la condesa, lo cual no advirtió Alberto hasta después, pero nuevamente le sorprendió la mirada de extrañeza que la de Peralta le dirigía.

—¡Qué raro! pensó otra vez: no comprendo por qué me mira así.

Cogieron los sombreros como mejor pudieron y salieron juntos á la calle dándose el brazo. Al llegar á la esquina, Rafael se detuvo diciendo:

—No tengo un instante que perder y supongo que tú también tienes prisa. No sé cómo hemos podido juntarnos entre tantísima gente. Y sacando la cartera, añadió: Toma el dinero, y si te hace falta más, dímelo con franqueza.

—No, gracias: me basta con esto. Te lo agradezco mucho. No sé cómo calculé tan mal.

—A cualquiera le puede suceder lo mismo. Y qué tal, ¿tienes ánimos para mañana?

—Creo que sí, aunque el caso no deja de ser serio.

—Siento muchísimo no poder asistir á la boda, pero ya te dije que me es imposible. Salgo en el tren de las siete y no puedo retrasar el viaje. Con franqueza, Alberto, ¿tendrás bastante con lo que te he dado? No eches á perder el viaje por mil pesetas. Las he traído por si acaso; si las quieres, no tienes más que decirlo.

—Bueno, dame otras quinientas. Más vale ir prevenido por lo que pudiera ocurrir. ¡Quién sabe si á Eugenia se le antojará algún sombrero en París!

—O la luna ó las estrellas. No es fácil adivinar cuál puede ser el antojo de una mujer recién casada, repuso Rafael sonriendo cariñosamente. Vaya, te pongo las cuatro mil pesetas. Y diciendo esto puso en manos de Alberto cuatro billetes del Banco de España de mil pesetas cada uno.

Tomólos Alberto y los guardó con sumo cuidado en el bolsillo del frac, abotonando el sobretodo encima.

—Gracias, Rafael, dijo; en cuanto volvamos del viaje te pagaré.

—Cuando quieras, ya sabes que no tienes prisa. Si necesitas más aquí me tienes. Y ahora me voy. Da mis recuerdos á la señorita Eugenia y dila que siento mucho no poder acompañarla. Adiós, Alberto: te deseo toda suerte de felicidades.

—Adiós, Rafael.

Y con un afectuoso apretón de manos se separaron los dos amigos.

Poco después entraba Alberto en su habitación, y dejando el frac sobre una silla se puso á trabajar. Invirtió un gran rato en escribir cartas y luego empezó á preparar la maleta, cuando oyó que sonaba el timbre de la casa. Al principio no hizo caso; pero viendo que llamaban con insistencia, se asomó al balcón y preguntó:

—¿Quién va?

—Necesito hablar con don Alberto Santa Cruz, respondió una voz varonil.

—¿Conmigo?

—Con usted, si es usted don Alberto.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Se trata de un asunto particular.

Bajó Alberto, abrió la puerta de la calle y se encontró con un individuo á quien no conocía ni recordaba haber visto jamás.

—¿Qué desea usted?

—Aquí en el portal no puedo decírselo, replicó el desconocido. Se trata de un asunto muy delicado.

—¿Un asunto muy delicado?

—Sí, señor.

Tan sorprendido quedó Santa Cruz que no acertaba á contestar, ni reflexionó lo poco prudente que era admitir á un extraño en su casa á aquellas horas (era más de la una de la madrugada). Vivía solo, en compañía de dos mujeres ya de edad que le servían de criadas y que estaban durmiendo hacía buen rato. Además eran sordas como una tapia, y en caso necesario hubiera sido muy difícil el despertarlas.

El desconocido era hombre de cierta edad, bajo de estatura y de pocas carnes, y no podía inspirar temor ninguno á un mozo como Alberto, alto, fuerte, robusto y acostumbrado al manejo de toda clase de armas.

Cerró silenciosamente la puerta de la calle y subió la escalera seguido del desconocido. Entraron en la habitación de Alberto y éste cerró también la puerta.

—Vamos á ver, exclamó; tenga usted la bondad de explicarme el objeto de su visita, que me parece muy extraña. Estoy ocupadísimo y no puedo perder ni un momento.

El desconocido le entregó su tarjeta.

—El nombre de usted, dijo Santa Cruz después de enterarse, me sorprende tanto como su presencia aquí. No recuerdo haberle visto jamás. ¿Quién es usted y qué le trae?

—Pertenezco á la policía secreta.

—¿A la policía secreta? No atino...

—Ya he dicho á usted que se trata de un asunto muy delicado.

—Basta de tonterías, exclamó Alberto perdiendo la calma. Hable usted á ver si de una vez nos entendemos.

—La cosa es muy sencilla. Hace dos horas estuvo usted en casa de la señora condesa de Peralta.

—¿Y qué?

—Pertenezco á la policía secreta, como he dicho antes, y en la actualidad me tiene ocupado la señora condesa en un asunto particular. En su casa se han celebrado este año varias reuniones.

—Es verdad, he estado en todas.

—Lo sé. Cosas muy graves han ocurrido en algunas de esas reuniones.

Varias invitadas se han quejado á la señora condesa, y sólo á fuerza de algunas pérdidas y molestias se ha podido impedir que se hagan públicas ciertas inconveniencias.

—¿Qué quiere usted decir con todo eso? ¿Qué me importa á mí lo que suceda en casa de la condesa de Peralta?

—Voy á decírselo á usted. Parece que en algunas ocasiones se han extraviado en los salones de la condesa joyas de inestimable valor. Hasta ahora ha sido imposible recobrarlas; pero como es natural, la condesa desea poner fin á tan desagradables sucesos y castigar al atrevido... ó al *distraído*.

—Hace muy bien. ¿Y qué más? Acabe usted.

—Como la reunión de esta noche había de ser más concurrida que ninguna, y como era de esperar que la ostentación de joyas sería más brillante que nunca, la señora condesa resolvió adoptar algunas precauciones, decidida firmemente á aclarar el misterio. Al efecto me comisionó á mí para que con dos compañeros observase de cerca á las personas de quienes sospechaba. Mire usted (añadió desabrochando el abrigo y mostrando un elegante traje de etiqueta), aun no he cambiado de traje. Vine directamente del chalet de la condesa aquí. Vestido de esta suerte pude mezclarme con los invitados y vigilar mejor. Si las sospechas de la señora condesa hubieran recaído en algún criado, mi tarea hubiera sido facilísima; pero, según me dijo, sospechaba en ciertos caballeros á quienes suele invitar á sus reuniones.

El tono de voz con que terminó el señor Santiago (este era el nombre del oficial de policía secreta) fué ya tan significativo que Alberto comenzó á ver claro y se echó á reir á carcajadas.

—¿Es posible, preguntó, que la señora condesa sospeche de mí?

—No puedo contestar á su pregunta, dijo el oficial. Tengo orden de no pronunciar ni una palabra que pueda comprometer á la señora condesa.

—Pues no puede negarse que es prudente. Bueno, ¿y qué más?

—Esta noche se han extraviado también en los salones algunas joyas: entre ellas un alfiler de señora, de magníficos brillantes, en forma de media luna; un alfiler de caballero, también de brillantes, con una perla de gran valor en el centro, y otro alfiler de señora que figura tres pajaritos posados en una rama. Esta última joya, por su forma original, es la más fácil de descubrir. La rama es de oro con tres hojitas de pequeños brillantes; uno de los pajaritos es de zafiros, otro de rubíes y de brillantes el tercero. La señora, si el delincuente no parece antes de las ocho de la mañana, está resuelta á poner el asunto en conocimiento de la autoridad judicial.

—Voy deduciendo, exclamó furioso Santa Cruz, que la *señora* condesa sospecha que yo soy el *distraído*. La da usted recuerdos de mi parte y la dice usted que le agradezco tanto favor. Y ahora, continuó dirigiéndose á la puerta de la estancia y abriéndola de par en par, lárguese usted de aquí

tranquilamente y sin pronunciar ni una palabra. De lo contrario, me veré en la precisión de arrojarle á usted.

—Si me despacha usted sin convencerme de que mi visita es injustificada, replicó el señor Santiago, daré parte á la autoridad, y mañana á primera hora será usted detenido y puesto á disposición del Juzgado.

Alberto se estremeció. Llegó á comprender que el oficial de policía estaba resuelto á cumplir su amenaza. ¡Qué horror! ¡Ser detenido el día de la boda! Cierto que la acusación era falsa y ridícula, pero se necesitaría tiempo para probarlo; y mientras tanto, ¿qué sucedería? La pobrecita Eugenia, engalanada con su vestido blanco de novia, esperaría la llegada de su futuro esposo. Luego la noticia del arresto de Alberto llegaría á sus oídos... ¡No! Era necesario evitarlo á todo trance. El disgusto para ella sería atroz. Había que tolerar las exigencias de aquel importuno visitante, sólo por evitar un disgusto á su querida Eugenia. Aunque lleno de indignación, reconoció que lo mejor que podía hacer era buscar el medio de convencer al policía y hacerle marchar después humillado y avergonzado de su conducta.

El señor Santiago, que permanecía quieto en la entrada de la estancia, observaba con atención el semblante de Alberto. Al ver que se le acercaba dió un paso atrás, como demostrando cierto temor.

—No tenga usted cuidado, dijo Santa Cruz, no pienso tocarle. Entre usted y cierre la puerta.

El señor Santiago obedeció.

—Dijo usted hace poco, prosiguió Alberto, que dependía de mí el que se retirara usted tranquilamente ó adoptara otras medidas. Supongo que se refería usted á las autoridades. Eso no me agrada. Aunque desde luego soy inocente, se necesitaría tiempo para probarlo; pero no comprendo qué quiere usted que haga.

—Es muy sencillo, replicó el oficial de policía. Lo único que debe usted hacer es probar su inocencia.

—¿Y cómo quiere usted que *pruebe* mi inocencia si no acepta mi palabra de honor? Juro que no soy culpable de semejante acción; que la acusación es falsa y ridícula, y que si se me molesta más, la señora condesa de Peralta y quienes la secundan lo pagarán caro. ¿Está usted satisfecho?

—Eso no es lo que quise decir, contestó el señor Santiago; necesito pruebas de su inocencia. En su lugar, cualquier caballero diría lo mismo.

Alberto no pudo menos de reconocer que tenía razón.

—Repito la pregunta, dijo muy excitado. ¿Cómo he de probar mi inocencia sino con mi palabra?

—Es muy fácil. Aun no ha cambiado usted de traje. Veo que tiene usted puestos el pantalón y el chaleco que llevó á la reunión y que en aquella

silla está el frac. Si ninguna de las alhajas que he detallado se encuentra en los bolsillos de esas prendas me retiraré ahora mismo, después de pedir á usted mil perdones y sintiendo mucho el haberle molestado tanto.

Casi parecía increíble que el señor Santiago perteneciese á la policía secreta. Hablaba como un perfecto caballero, y á pesar de sus exigencias, que eran muy atrevidas, era fino y cortés. En el tono de su voz se adivinaba cierta tristeza que impresionó favorablemente á Alberto Santa Cruz.

—Bien, consiento, dijo éste después de unos momentos de silencio, aunque sin reconocer el derecho que tiene usted para exigirlo.

—Lo comprendo, observó serenamente el señor Santiago.

—Tenga usted entendido, continuó Alberto, que si consiento es porque dentro de unas horas voy á casarme y quiero evitar un serio disgusto á mi prometida.

—Caballero, repuso el señor Santiago visiblemente impresionado, no lo sabía. Ruego á usted me dispense. No es este el momento oportuno para molestar á usted con exigencias de esa índole. Me retiro.

—No, no, interrumpió Santa Cruz; de ninguna manera. Ahora soy yo el que no permitirá que se vaya usted sin convencerse de que es cierto cuanto he manifestado. Ahí tiene usted el frac. Comience usted por registrar sus bolsillos.

El señor Santiago se negó á hacerlo.

—Si se empeña usted, dijo por fin con la mayor cortesía, usted mismo será quien lo haga; yo no lo tocaré.

—Después de todo, añadió Alberto pensando sólo en la ridiculez de semejante acusación, usted no tiene la culpa de lo que ha sucedido. Le agradezco á usted la atención. Antes de empezar, vamos á tomar una copita.

Y dirigiéndose á un armario sacó una botella de excelente jerez. Llenó dos copas y le dió una al oficial de policía.

—A su salud, dijo apurando la otra.

—A la suya, contestó el señor Santiago, y que sea usted muy feliz en su nuevo estado.

—Bien, ahora empecemos la tarea, observó el joven sonriéndose. Acérquese usted un poco más.

Vació Alberto los bolsillos del chaleco y del pantalón, y añadio:

—Ya lo ve usted, no hay nada.

—Es verdad, no hay nada, dijo el oficial de policía dirigiéndose hacia la puerta.

—Espere usted un momento, exclamó Alberto, no quiero hacer las cosas á medias. Aun queda el frac.

De un bolsillo sacó la cartera con los billetes de Banco que le había dado su amigo, y del otro el pañuelo y los guantes. Nada más: los otros bolsillos

estaban vacíos. El joven se echó á reir. Cogió el pañuelo y la risa se le quedó como clavada en la garganta. Había caído á la alfombra un alfiler de señora con tres pajaritos posados sobre una rama. Uno era de brillantes, otro de zafiros y de rubíes el tercero.

—¡Dios mío! exclamó dejándose caer lleno de asombro en una butaca. ¿Qué es esto?

El señor Santiago permaneció mudo.

—Es imposible que me crea usted culpable, dijo Alberto transcurridos unos instantes de angustia.

El oficial de policía se sentó enfrente del joven y señaló el alfiler que permanecía sobre la alfombra.

Alberto estaba lívido como un cadáver. Se veía perdido, arruinado, preso por robo, sin poder probar su inocencia inmaculada, y pensaba en su pobre Eugenia.

—¿Qué hacer? murmuró trémulo. ¿Qué va á ser de mí, Dios mío? ¡Juro por todo lo más sagrado que soy inocente, que no sé cómo se encontraba ese alfiler en el bolsillo de mi frac!

El señor Santiago, sin pronunciar una palabra, pero sin poder ocultar la compasión que sentía hacia Santa Cruz, volvió á señalar el alfiler.

Alberto, por su parte, comprendió que le creía culpable, pero que no se atrevía á decirlo.

—¡Piedad! exclamó poniéndose de pie. ¡Ante Dios juro que soy inocente!

—Compadezco á usted con toda mi alma, y más todavía á la señorita con quien pensaba casarse. Yo también tengo una hija y bien desgraciada. ¡Pobrecilla! Padece una enfermedad poco menos que incurable.

Alberto advirtió la infinita tristeza que se revelaba en la voz del oficial de policía. Tuvo una idea ¡quién sabe si luminosa! y se agarró á ella como un náufrago á un clavo ardiendo.

—Caballero, dijo con voz temblorosa, ruego á usted que por el amor de su hija nos saque de esta situación. No pido sólo por mí, pido también por Eugenia, que no podrá resistir este golpe fatal. Señor Santiago, líbrenos usted de lo que para ella y para mí sería peor que la muerte.

El señor Santiago se cubrió el rostro con las manos.

—¡El deber, murmuró, ante todo el deber!

—Otros deberes más sagrados que éste tiene usted, contestó Santa Cruz. Ha dicho usted que su hija está enferma, que es desgraciada... ¿No debe usted cuidar de ella? ¿Es usted rico? ¿Puede usted proporcionarla todo aquello que necesita?

—Soy pobre, respondió el señor Santiago tristemente. ¿Cree usted que si fuese rico ejercería esta profesión? Nunca me acompañó la suerte.

—Pues ahora se presenta ocasión, no de que se haga usted rico, pero sí de que adquiera algún dinero para cuidar de su hija. Aquí tengo cuatro mil pesetas; tómelas usted, se lo pido por favor, y haga de ellas lo que quiera, pero que nadie sepa lo que ha pasado entre nosotros. Con su conocimiento del mundo y de los hombres comprenderá usted que, si fuese culpable, no le hablaría de este modo. Tenga usted compasión, si no de mí, de aquella desventurada joven que dentro de unas horas me esperará para unir su suerte á la mía. Es cosa fácil. Nadie sabe, ninguno sabrá lo ocurrido, y yo le bendeciré á usted toda mi vida.

—La tentación es grande, muy grande. Los médicos me dicen que mi hija necesita cambiar de clima, marchar fuera de Madrid y no tengo medios para ello.

—Aquí los tiene usted, se los doy con toda mi alma. Acéptelos usted y hará un bien para todos. Su hija se restablecerá y salvará usted de la desesperación, quizás de la muerte, á dos inocentes jóvenes.

—Déjeme usted pensarlo.

Alberto esperó con febril impaciencia.

Al cabo de unos momentos de silencio exclamó el señor Santiago:

—No diré si creo ó no creo en la culpabilidad de usted, pero me ofrece usted lo que me es imposible rehusar. Tomaré el dinero y guardaré el secreto, no tanto por usted como por la señorita con quien va usted á casarse y por mi hija. Es el único medio de que pueda atender al restablecimiento de su salud. En cuanto al alfiler...

—Tómelo usted y llévelo de aquí, lo pongo por condición, y que Dios le bendiga mil veces.

—Somos cómplices en un asunto que no debe mencionarse jamás, observó el oficial de policía. Compadezco y desprecio á usted tanto como á mí mismo.

Sin añadir ni una palabra y con la cabeza baja, como si estuviera avergonzado de su obra, abrió la puerta y se fué.

Aturdido y sin saber lo que le pasaba, Alberto reanudó sus ocupaciones. Terminadas éstas, y antes de entregarse al descanso, escribió una carta á su amigo Rafael Bueno, diciéndole que había perdido, ignoraba dónde y cómo, el dinero que le prestó, y suplicándole le remitiera otras cuatro mil pesetas al Hotel Oriental, en París, donde pasaría unos días con su esposa.

La boda se realizó sin novedad. Los invitados declararon que jamás se había visto novia más linda, y en cuanto al novio, no dejó de llamarles la atención lo preocupado que parecía hallarse, pero no le concedieron grande importancia, lo requería el caso.

Terminada la ceremonia, la feliz pareja salió para el extranjero.

En París recibió Alberto un cheque de su amigo Rafael por valor de cua-

tro mil pesetas. En la carta le decía que no acababa de comprender cómo había podido perder el dinero. «Te vi (decía) guardar los billetes en la cartera y ésta en el bolsillo del frac: después te abotonaste el abrigo. ¿Qué te pasó? Dímelo con franqueza, Alberto: ya sabes que todo aquello que me confías se queda entre los dos. A ti te ocurrió algo aquella noche. ¿Por qué no me lo confiesas?»

Esta carta le dió mucho que pensar á Alberto. Cuanto más meditaba, menos satisfecho quedaba del resultado de su entrevista con el señor Santiago. Tanto le preocupaba el recuerdo de aquella noche, que llegó á notársele su cariñosa esposa, la cual un día le preguntó:

—¿Eres feliz, Alberto?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque á veces te veo muy preocupado y triste.

—¿Triste? No es posible estarlo á tu lado.

Con esta respuesta creyó Alberto haber esquivado una contestación categórica, pero se equivocó. Eugenia llevó la conversación á otro asunto, mas no por eso quedó convencida de que su esposo no tenía para ella algún secreto. Procuró distraerle, no dudando que tiempo llegaría en que todo quedase aclarado, y no volvió á dirigirle ninguna otra pregunta en aquel sentido.

Ocho días hacía que se habían casado cuando ocurrió algo que vino á aumentar la preocupación de Santa Cruz. La feliz pareja abandonó París para dirigirse á Ginebra, donde se hospedaron en el hotel de la Paz.

El mismo día de su llegada recibió Alberto una sorpresa. Al sentarse con su esposa en la mesa redonda vió en el lado opuesto al señor Santiago acompañado de una señora. Alberto se tornó lívido, después rojo y no sabía hacia dónde dirigir la vista. El señor Santiago le miró cara á cara, pero sin darse á conocer, como si nunca le hubiese visto. Alberto entonces recobró ánimos y se puso á examinar á la señora que acompañaba al policía. De nuevo se asomaron los colores á su rostro al ver que la dama, en su hermoso vestido de terciopelo negro, llevaba prendido el alfiler con tres pajaritos posados sobre una rama: uno de brillantes, otro de zafiros y de rubíes el tercero.

—Alberto, le dijo su esposa cuando, después de comer, salieron á dar un paseo, ¿te pareció muy bonita aquella señora que en la mesa estaba sentada frente á nosotros?

—Si no me fijé en ella, querida, contestó Alberto muy apurado.

—No digas eso, repuso Eugenia. Si vi que la mirabas mucho.

Alberto no se atrevió á confesar que al que miraba era al alfiler y no á la señora. Y para distraer á su esposa recurrió á las ternezas propias de todo recién casado.

Pero meditó más que nunca.

Era evidente que la dama que acompañaba al señor Santiago no era su hija. Tenía ya cierta edad y además parecía gozar de perfecta salud.

Alberto recordó el mal lugar en que le había dejado la visita nocturna del policía. Era falsa la acusación, y sin embargo el alfiler que en Ginebra lucía la señora á quien acompañaba el señor Santiago se había encontrado en el bolsillo del frac de Santa Cruz. ¿Quién lo puso allí? ¿Por qué arte diabólico había el alfiler llegado al bolsillo de Alberto? Este era el misterio que le tenía de mal humor, y comprendiendo que no viviría tranquilo hasta que lo aclarase, escribió aquella misma noche una carta larguísima á su amigo Rafael, dándole pormenores de todo lo ocurrido con el policía y hasta las señas personales de éste.

«Si tú puedes aclarar el misterio, terminaba diciendo, ruégote que lo hagas, porque no me deja vivir; me está atormentando á todas horas del día y de la noche. A pesar de todo, no conviene que sepa nada la condesa, porque indudablemente le llamaría mucho la atención, y es preciso evitarlo á todo trance. Menos esto, haz lo que quieras y lo que mejor te parezca. Será un nuevo favor que tendrá que agradecerte tu amigo.—*Alberto.*»

A los pocos días llegó la tan deseada contestación.

«Mi querido Alberto (decía Rafael): Eres el más bonachón y el más infeliz de los hombres. Como puedes figurarte, causóme grande extrañeza lo que me decías en tu carta. En seguida me puse á trabajar á fin de aclarar el misterio, y lo primero que hice fué ir á visitar al jefe de seguridad y vigilancia, que por cierto es amigo mío. Cuando le referí lo sucedido y le di las señas personales del señor Santiago, me miró con asombro y luego se echó á reir á carcajadas.

»El señor Santiago, dijo hablándome en serio, es un pajarraco á quien mis agentes andan buscando para ponerle á la sombra. Le llaman Peripelos, y yo no sé cómo se las arregla, pero el caso es que no podemos echarle el guante.

»Don Martín (este es el nombre del jefe de vigilancia y seguridad) me rogó que fuese á ver á la condesa de Peralta para saber si habían parecido las joyas perdidas en su casa. Fuí efectivamente, y me declaró la condesa que jamás en su casa se habían perdido joyas. Volví á ver á don Martín, el cual opina que has sido objeto de un timo por parte del señor Santiago, quien ideó lo del alfiler para sacarte el dinero. Se conoce que él mismo metió la joya en tu bolsillo, y sabiendo que te casabas á la mañana siguiente, y que harías cualquier sacrificio para evitar la vergüenza con que te amenazaba, te engañó miserablemente, Alberto. Resulta, pues, que el señor Santiago es un bribón de primer orden, y que mi amigo don Martín te agradecería mucho que le avisases dónde se halla el falso policía, á fin de pescarle inmediatamente.

»Un consejo me permito darte. querido amigo, y es que no te fíes jamás de personas desconocidas. si no quieres sufrir más de un disgusto. Otro consejo: que se lo cuentes todo á tu mujer, á quien dirás de mi parte que he mandado hacer un alfiler con tres pajaritos posados sobre una rama, el cual tendré el gusto de ofrecerle cuando nos veamos. Ponme á sus pies y manda como quieras á tu amigo.—*Rafael*».

Al leer Alberto esta carta pensó volverse loco de alegría, y cogiendo á Eugenia por la cintura comenzó á dar vueltas con ella por la habitación como un desequilibrado.

Eugenia, no sabiendo á qué atribuir aquellos trasportes de contento y satisfacción. le contemplaba absorta y llena de gozo.

—Pero, hombre. ¿qué te pasa? le preguntó cuando, rendidos ambos, Alberto la hizo sentar en el sofá.

Entonces Santa Cruz la refirió el suceso que tan preocupado le tuvo durante los primeros días de la boda.

—¡Ay. Alberto! exclamó Eugenia acariciándole. ¡cuánta falta te estaba haciendo una mujercita como yo!

Querido lector ó lectora, te dejo adivinar cómo pasarían Alberto y Eugenia el resto de la luna de miel. Sólo diré que la felicidad que gozaron ellos se la deseo á todos los recién casados.





Cuentos del Coronel

Por A. Conán Doyle.



EL CORONEL TENTADO POR EL DEMONIO

Se acerca la primavera, amigos míos. Veo ya las nacientes hojas de los castaños y las mesas del café las han sacado al sol. Mucho más agradable sería sentarse en ellas, pero no quiero referir mis aventuras en público. Por eso quiero que nos reunamos aquí.

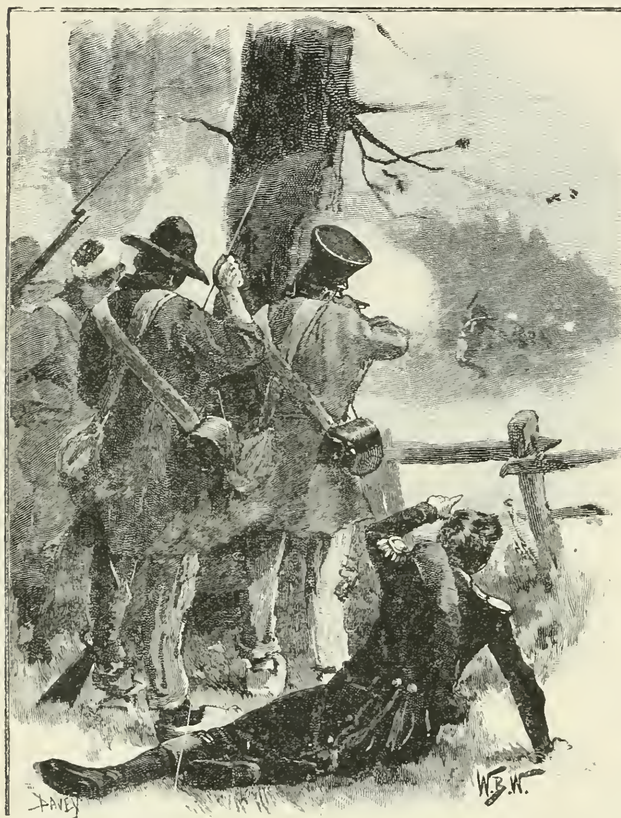
Estáis ya enterados de algunas de mis aventuras, ocurridas cuando yo era teniente, cuando fuí oficial de escuadrón, jefe de brigada y coronel; pero ahora no soy uno ni otro, soy algo mucho más importante: soy la historia misma.

Si conocéis algo de los últimos años de la vida de Napoleón, cuando estuvo prisionero en Santa Elena, recordaréis quizá que muchas veces pidió permiso para enviar una carta particular, una sola que no abriesen los que le rodeaban. Constantemente repitió esta demanda, llegando á prometer que, desde el momento en que le fuera concedido el permiso, dejaría de ser una carga para el Gobierno inglés y él mismo pagaría sus gastos; pero sus guardianes sabían demasiado bien que aquel hombrecillo pálido y desencajado era muy temible y no se atrevieron á complacerle.

Con frecuencia ha sido éste el tema de la conversación entre los grandes políticos, los cuales han hecho muchos y diversos cálculos respecto de la persona á quien Napoleón necesitaba dirigirse con tanto secreto.

Unos decían que era su esposa, otros que era su suegro; éstos que era el emperador Alejandro, aquéllos que el mariscal Soult, pero nadie estaba en lo cierto.

¿Qué diréis, amigos míos, qué pensaréis de mí cuando sepáis que era conmigo, con Etienne Gerard, con quien quiso comunicarse? Sí, aquí donde me veis, con cien miserables francos de sueldo al mes, tengo la satisfacción de decir que, durante los últimos meses de su vida, el gran Emperador pensaba sólo en mí, en este humilde servidor, y que hubiera dado la mano derecha por poder hablar conmigo á solas durante cinco minutos. Ahora vais á saber cómo ocurrió esto.



LOS RECLUTAS SE PORTARON BIEN

Fué después de la batalla de Fere Champenoise, de aquella batalla en que los reclutas con sus blusas y sus alpargatas se portaron tan admirablemente que nosotros, los más aguerridos, los más curtidos en la lucha, empezamos á comprender que se nos acababan las fuerzas. En aquella terrible batalla quedamos completamente aniquilados; el enemigo se apoderó de nuestras municiones y nos dejó con los cañones inutilizados y las arcas vacías.

El estado de la caballería era también deplorable: hasta mi brigada quedó en cuadro.

Entonces llegó la noticia de que el enemigo había entrado en París y que

la mayor parte de los ciudadanos habían adoptado la escarapela blanca. Para colmo de desdichas supimos también que Marmount, con todas sus fuerzas, se había pasado á los Borbones.

¿Cuántos quedaban ya sin ser traidores? Se habían pasado Jomini, Jourdan, Marmount, Murat y Bernadotte. De todos ellos, el que menos importaba era Jomini; valía muy poco como general. Siempre fué más valiente con la pluma que con la espada.

Desde el principio estuvimos dispuestos á pelear con Europa entera, pero entonces parecía que tendríamos que luchar también con media Francia.

Los pocos que quedábamos llegamos á Fontainebleau rendidos y maltrechos después de tan larga y penosa marcha, y allí esperamos las órdenes de nuestro Emperador. Entre todos éramos veinticinco mil hombres: el cuerpo de Rey, el de mi primo Gerard y el de Macdonald, con siete mil de la Guardia real. Muy pocos, es cierto; pero no hay que olvidar que aun nos quedaba el prestigio, que valía por cincuenta mil más, y el Emperador, que valía por otros cincuenta mil lo menos. A todas horas estaba con nosotros, siempre alegre, siempre sereno y confiado, fumando su tabaco y jugando con la fusta, que apenas dejaba de la mano. Jamás, ni en los días de sus mayores glorias, le admiré como en los de la campaña de Francia.

Cierta tarde, cuando algunos oficiales charlábamos alrededor de una mesa bebiendo vino de Suresnes (y digo que era de Suresnes para que comprendáis que los tiempos no eran buenos), recibí un aviso de Berthier, diciendo que deseaba hablar conmigo. Cuando os hable de mis camaradas de la guerra suprimiré (con vuestro permiso) los diversos títulos que habían alcanzado durante la campaña. Los títulos son muy bonitos para Palacio, pero en la guerra nunca nos acostumbramos á tratarnos sino por los motes. Así que uno era Rey, otro Rapp y otro Soult, nombres que en nuestros ánimos causaban tanto efecto como el sonido de las trompetas al tocar fagina.

Era, pues, Berthier el que quería hablarme. Tenía sus habitaciones al final de la galería de Francisco I, cerca de las del Emperador. Cuando llegué allí me encontré en la antesala esperando vez con dos militares á quienes tenía grandes motivos de conocer: el coronel Despiennes, del regimiento 57, y el capitán Tremeau, de los Voltigiers. Ambos eran soldados veteranos. Tremeau estuvo con Napoleón en la campaña de Egipto, y los dos tenían bien ganada la fama de tiradores y valientes. El pobre Tremeau era muy viejo, y por esta causa tenía algo débil el pulso; pero Despiennes manejaba el arma con tanta destreza como yo, y en algunos asaltos que habíamos tenido en la sala de esgrima del Palacio real mi trabajo me costó derrotarle. La única falta de Despiennes era que le faltaban tres pulgadas para llegar á la talla que debe tener el hombre; tenía tres pulgadas justas menos que yo, y era uno de los generales más viejos del ejército.

Ya podéis figuraros que, al vernos juntos los tres, comenzamos á sospechar que algo extraordinario ocurría.

—¡Rayos y truenos! exclamó Tremeau con su voz de cuartel. ¿Se espera acaso la llegada de tres valientes enviados por los Borbones?

No nos pareció del todo imposible, pues de todo el ejército seguramente hubiéramos sido nosotros tres los elegidos para hacerles frente.

—El príncipe de Neufchâtel desea hablar con el coronel Gerard, dijo un lacayo presentándose en la puerta.

—Allá voy, contesté levantándome y dejando á mis compañeros llenos de curiosidad.

La habitación de Berthier era pequeña, pero estaba lujosamente amueblada. Cuando entré se hallaba sentado delante de una magnífica mesa escritorio, con un lápiz en la mano y un libro de notas abierto. Vestía mal y tenía aire de cansado. ¡Qué contraste con el vanidoso y alegre Berthier, que ponía la moda en el ejército y nos hacía rabiar de celos á los pobres oficiales al ver el lujo que siempre llevaba! En la manera de mirarme comprendí en seguida que estaba nervioso y disgustado.

—Señor jefe de la brigada Gerard, comenzó diciendo.

—A las órdenes de V. A., contesté.

—Antes de todo necesito su palabra de caballero y de militar francés, la cual me responderá de que de lo que pase aquí nadie se enterará más que los dos.

—¡Cáspita, vaya un preámbulo! dije para mis adentros. Y empeñé mi palabra de honor.

—Pues bien, añadió dirigiendo una mirada á la mesa y como si le costara mucho trabajo el hablar, ya sabe usted que todo ha terminado para el Emperador. En Rouen, Jourdan, y en París, Marmount, se han pasado al enemigo, y se dice que antes de mucho Mr. Talleyrand persuadirá á Rey para que haga lo propio. Es inútil luchar más; la continuación de la guerra sólo serviría para causar mayores daños al pueblo y al país. Por consiguiente, deseo saber si está usted dispuesto á ayudarme á entregar el Emperador á las fuerzas enemigas, á fin de poner término de una vez y para siempre á esta interminable guerra.

Tan infame proposición hecha por el que fué uno de los primeros y más íntimos amigos del Emperador, de quien había recibido grandes favores, me dejó pasmado y lleno de asombro y horror. Berthier, que me miraba de reojo esperando la contestación, me preguntó con marcada impaciencia:

—¿Qué me dice usted?

—Soy algo sordo de un oído, respondí fríamente, y ciertas cosas no las oigo bien. Permítame usted que me retire para volver á mis obligaciones.

—Vamos, no sea usted niño, dijo levantándose y poniéndome la mano

en el hombro. Harto sabe usted que el Jurado se ha declarado en contra de Napoleón y que el Emperador Alejandro se niega á tratar con él.

—Señor, exclamé furioso, sepa usted que á mí me importa muy poco del Jurado y del Emperador Alejandro.

—¿De quién le importa á usted?

—Lo que me importa es mi honor de caballero y el servicio de mi gran señor y amo el Emperador Napoleón.

—Lo comprendo, replicó encogiéndose de hombros. ¡Pero qué quiere usted que hagamos! Todo se ha perdido, y lo que principalmente debe interesarnos ahora es nuestro propio bienestar. ¿Hemos de ponernos contra el mundo entero? ¿Hemos de añadir la guerra civil á las numerosas y grandes calamidades que viene sufriendo el pueblo francés? Por otra parte, resulta que cada vez somos menos.

A todas horas llegan noticias de nuevos abandonos y contrariedades. Aun tenemos tiempo para hacer la paz y alcanzar la más alta recompensa entregando el Emperador á sus enemigos.

Temblaba yo tanto de rabia y de coraje que apenas podía responder.

—Señor, dije por fin, jamás hubiera creído posible que un mariscal de Francia olvidara su honor hasta el punto de hacer á nadie tales proposiciones. Os dejo entregado á vuestra conciencia. En cuanto á mí, hasta que otra cosa me ordene el Emperador, la espada de Etienne Gerard estará siempre pronta para defender al gran Napoleón contra todos sus enemigos.

Mis palabras me afectaron mucho. Fué aquel uno de los momentos de mi vida que jamás olvidaré. Hubiera querido que todo el ejército me hubiera visto con la mano sobre el corazón, la cabeza erguida, proclamando mi devoción al Emperador, aun en tiempos de tanta adversidad.

—Está muy bien, contestó Berthier. Y tocó un timbre que tenía en la mesa. Apareció un criado y le dijo:

—Pase usted al señor coronel al salón.

Efectivamente, el criado me introdujo en un saloncito contiguo.

Lo que yo quería era marchar de allí cuanto antes, y no acertaba á comprender por qué me detenía. Cuando no se ha cambiado de uniforme durante toda la campaña de invierno no se encuentra uno á gusto en Palacio.

Un cuarto de hora haría que esperaba allí cuando el criado abrió la puerta de nuevo y entró el coronel Despienne. ¡Cielos, qué cara traía! Estaba lívido como un cadáver, sus ojos parecían querer saltar de las órbitas, las venas de las sienes las tenía hinchadas..... toda la expresión de su rostro demostraba una ira sin igual. Estaba tan furioso que no acertaba á pronunciar ni una frase. No hacía más que dar vueltas por la estancia como una fiera, y únicamente se detenía para exclamar: ¡Infame, bribón, canalla! y otras palabras que no puedo reproducir.

Comprendí en seguida que le habían hecho la misma proposición que á mí y que el efecto había sido igual.

La palabra empeñada de no revelar lo que Berthier nos había propuesto no nos permitía comunicarnos lo que pensábamos; así es que me tuve que contentar con murmurar de cuando en cuando: ¡Qué barbaridad, qué atrocidad! para que comprendiera que los dos estábamos de acuerdo.



TREMEAU Y BERTHIER RODABAN POR EL SUELO

Haría unos minutos que nos hallábamos allí, él dando vueltas y más vueltas por la estancia y yo sentado en un ángulo del saloncito, cuando oímos un ruido muy extraño en el despacho de Berthier. Primero un gruñido sordo, semejante al de un perro rabioso que se lanza sobre su víctima; después el ruido que produce un cuerpo al caer, y en seguida una voz pidiendo socorro. Volamos más que corrimos los dos al despacho, y Dios quiso que llegáramos á tiempo de impedir una gran catástrofe.

Tremeau y Berthier habían rodado por el suelo y sobre ellos había caído la mesa. El capitán tenía sujetada la garganta de Berthier con su amarillenta y huesuda mano, y tanto apretaba que el pobre príncipe estaba ya á punto de perecer ahogado. Unos minutos más y su muerte era segura, inevitable.

—El mismo demonio me ha tentado, dijo poniéndose de pie; sí, el demonio, sólo al demonio se le ocurre cosa igual.

Berthier no podía decir nada. Se reclinó en la pared para recobrar la respiración; luego, con un gesto de impaciencia y enojo, volvióse hacia un cortinón de seda azul que había detrás de su sillón y exclamó con furia:

—Señor, ya os dije lo que había de suceder.

Una mano descorrió el cortinón y apareció el Emperador, á quien hicimos el saludo llenos de asombro, porque aquello nos parecía un sueño.

Napoleón vestía el uniforme de cazador, con levita verde y pantalón blanco. En la mano llevaba la eterna fusta con puño de plata.

Nos dirigió por turno una mirada, sonriendo con aquella sonrisa particular en la que no tomaban parte ni los ojos ni la boca, y creo que todos sentimos un estremecimiento eléctrico. Por lo regular, este era el efecto que nos producían las sonrisas del Emperador. En seguida se acercó á Berthier, y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo cariñosamente:

—¡Ah, mi querido Príncipe! no os enfurezcáis por tan poca cosa. Siempre es un honor el sufrir por servir á la patria.

Habló con aquella voz tan dulce y acariciadora que algunas veces solía emplear. Napoleón hacía lo que quería con la lengua francesa; nadie la hablaba como él. Cuando estaba de buen humor, no podía hallarse idioma tan suave. Cuando él quería, ninguna lengua era más dura ni más temible.

—Hubiera acabado por matarme, contestó Berthier, moviendo la cabeza de un lado á otro, como para asegurarse de que no tenía roto ningún hueso.

—¡Quiá! Si estos señores no hubieran acudido al oir vuestros gritos, yo mismo os hubiera socorrido. ¿Pero os encontráis mal de veras?

El Emperador tenía verdadero cariño á Berthier. Aparte del desgraciado Durde, creo que en todo el ejército no había otro á quien tanto estimase.

Berthier se sonrió, aunque de mala gana.

—Siempre es una novedad, dijo, que yo reciba mis males de manos francesas.

—Sin embargo, los recibisteis por Francia, contestó el Emperador. Luego, volviéndose á Tremeau, le cogió por una oreja, diciendo: ¿Conque sí, eh, Tremeau? Usted fué uno de mis granaderos en Egipto, ¿verdad? Y ganó usted su premio de honor en Marengo. Sí, sí, lo recuerdo perfectamente, amigo mío. ¿Conque no se ha apagado todavía la devoción al Emperador? ¿Aun se subleva su ánimo cuando cree usted que le tratan mal? Y usted, coronel Despienne, ¿tampoco ha escuchado usted las tentaciones del demonio? Y el Sr. Gerard también promete tener siempre dispuesto el sable para defenderme contra mis enemigos. Bien, bien, añadió con satisfacción. He tenido muchos traidores á mi lado, pero al fin voy conociendo los hombres fieles.

Ya podéis figuraros, amigos míos, la alegría que invadió nuestra alma al hablarnos de este modo el más grande hombre del mundo. Tremeau temblaba de satisfacción y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. A no verlo, sería imposible creer la influencia que ejercía el Emperador sobre aquellos fieros veteranos.

—Bien, fieles amigos, continuó diciendo Napoleón. Seguidme á esta habitación y os explicaré esta pequeña comedia, en la que todos hemos tomado parte. Berthier, permaneced aquí para que nadie nos interrumpa.

¡Aquella sí que era gran novedad! ¡Nosotros pasar á hablar privadamente con el Emperador, mientras todo un señor mariscal hacía de centinela en la puerta!

Obedeciendo sus órdenes pasamos á la habitación que había indicado, y después de cerrar la puerta con sumo cuidado mandó que nos acercásemos al balcón. En seguida comenzó á decir en voz baja:



—¡HASTA LA MUERTE, SEÑOR!

—Entre todo el ejército he elegido á ustedes tres, no sólo por ser los más valientes, sino también los más fieles de mis soldados. Tenía la completa seguridad de que podría depositar en ustedes toda mi confianza, y si he puesto á prueba su fidelidad mandando que, mientras yo veía sin ser visto, les hicieran proposiciones ventajosas para ustedes, aunque indignas de hombres honrados, ha sido porque cuando uno ha palpado la más vil de las traiciones entre individuos de su propia familia, es necesario obrar con mucha precaución. Baste decir que ahora estoy más convencido que nunca de que puedo contar con ustedes.

—¡Hasta la muerte, señor! exclamó Tremeau.

—¡Hasta la muerte! repetimos todos con entusiasmo.

Napoleón mandó que nos acercáramos más, y bajando más la voz continuó:

—Lo que ahora voy á decir á ustedes, amigos míos, no lo he dicho á nadie: ni á mi esposa, ni á mis hermanos... á ninguno. Todo ha terminado para nosotros, se han agotado hasta nuestros últimos recursos. La lucha ha concluído y es necesario tomar las precauciones convenientes.

Yo temblaba, no sé si de indignación ó de pena.

Hasta entonces, á pesar de todas las contrariedades, nos resistimos á perder la esperanza; pero ahora, cuando el mismo Emperador, con voz tranquila, aunque grave, nos aseguraba que todo había concluído, comprendimos que era ya inútil pensar en nuevos triunfos y conquistas.

Tremeau echó mano al sable gruñendo de rabia; Despienne se mordía furioso los labios, y yo, irguiéndome todo lo posible, trataba de hacer comprender al Emperador que aun quedaban ánimos dispuestos á pelear contra la adversidad.

—Es necesario á todo trance, prosiguió el Emperador, asegurar mis papeles y mi fortuna. Todo mi porvenir depende de conservarlos bien. Ellos constituyen la base de la próxima tentativa, pues estoy bien seguro de que los Borbones se encontrarán con que mi trono es harto pesado para ellos. ¿En dónde he de guardar cosas de tantísimo valor? Registrarán todas mis propiedades y las de mis amigos... Es menester que aquellos á quienes pueda confiar lo que es más querido que la misma vida los obtengan y los guarden. Entre todos los franceses he elegido á ustedes para confiarles tan sagrada comisión. En primer lugar, voy á manifestarles cuáles son esos papeles; no quiero que nunca puedan decir que obraron con los ojos cerrados. Son la sentencia y la prueba de mi divorcio con Josefina, la fe de mi boda legal con María Luisa y la fe de bautismo de mi hijo y heredero el rey de Roma. Si se perdieran estos tres documentos, mi familia perdería todo derecho al trono de Francia. Además hay resguardos de fianzas por valor de cuarenta millones de francos. Una bonita fortuna, amigos míos, pero que nada vale, que nada significa comparada con el valor de los tres documentos á que acabo de referirme. Les digo esto para que comprendan toda la importancia de la comisión que les confío. Ahora escuchen ustedes con atención y sabrán dónde encontrarán los papeles y qué han de hacer con ellos. Esta misma mañana, en París, le han sido entregados á la condesa de Walewski, que es persona de toda mi confianza. Esta tarde, á las cinco, saldrá en su berlina azul para venir aquí, á Fontainebleau. Debe llegar de nueve y media á diez de la noche. Traerá los papeles ocultos en un sitio secreto de su berlina, que sólo ella conoce. Se le ha avisado diciendo que al aproximarse á Fontainebleau se acercarán al carruaje tres oficiales á caballo, á quienes deberá entregar la cartera con los papeles. Usted, Gerard, es el más joven, pero el de grado superior, y por tanto á usted confío esta sortija de amatistas como señal de la comisión. Al recibir los papeles la entregará

usted á la condesa. Asegurada la cartera, se dirigirán ustedes al bosque y llegarán hasta el antiguo palomar, llamado Colombier. Quizás esperaré yo mismo allí: pero si me parece peligroso mandaré á Mustafá, cuyas órdenes deben ustedes obedecer como si las diera yo personalmente. El Colombier no tiene tejado, y esta noche habrá buena luna: así que verán ustedes perfectamente. A la derecha de la puerta encontrarán tres azadas apoyadas en la pared: con ellas abrirán un hoyo de tres pies de profundidad en el ángulo de la parte de la izquierda, es decir, la que está más cerca de Fontainebleau. Allí meterán los papeles, y una vez enterrados cubrirán el hoyo con sumo cuidado y vendrán á darme cuenta de todo.

Estas eran las órdenes de Napoleón, pero dadas con tanto detalle y tan minuciosamente como sólo él sabía darlas. Cuando hubo acabado nos exigió palabra de honor de no revelar el secreto á nadie mientras él viviera, ó por lo menos mientras los papeles permanecieran enterrados.

Después de esto fuimos á cenar juntos en la habitación de Despienne. A pesar de ser hombres bien acostumbrados á los más extraños caprichos de la suerte, los tres estábamos conmovidos y excitados con la extraordinaria entrevista que acabábamos de tener, y con la idea de la aventura que nos esperaba.

Por mi parte, me había tocado recibir órdenes de labios del Emperador mismo por tres veces ya: pero ni lo de los asesinos de Ajaccio, ni lo de mi famoso viaje de Alemania á París había ofrecido tan brillante ocasión de lucirme como la que ahora se me presentaba con aquella empresa íntima del gran Napoleón.

—Si al fin, dijo Despienne, le salieran bien las cosas al Emperador, aun pudiéramos llegar á mariscales. Brindemos por el porvenir alegres y dispuestos á todo, con tal de cumplir las órdenes del Emperador.

Terminada la cena convinimos en dirigirnos por distintos caminos hasta el primer mojón de la carretera de París, punto donde debíamos esperar á la señora condesa. De este modo evitaríamos las hablillas y murmuraciones á que pudiera dar lugar en el pueblo el ver salir juntos, á caballo y de noche, á tres hombres tan conocidos. Yo me retrasé algo porque Violeta, mi yegua, había perdido una herradura y fué necesario ponérsela; así que, cuando llegué al sitio de la cita, mis compañeros me esperaban ya. Llevaba, no sólo el sable, sino también dos pistolas nuevas inglesas, que pocos días antes había comprado en la calle de Rívoli y que me costaron ciento cincuenta francos. Eran de mucho alcance y muy certeras: tal vez las mejores del ejército.

La noche era magnífica. La luna, que brillaba á nuestras espaldas, reflejaba nuestras sombras sobre la blanca carretera; así que llevábamos siempre por delante tres gigantescos jinetes. Pero estaba tan poblada de árboles por

aquella parte á uno y otro lado, que no alcanzábamos á ver por delante más que un corto trecho. Dieron las diez en el gran reloj de Palacio y la condesa no parecía, ni trazas. Empezábamos á sospechar si le habría ocurrido algún percance cuando llegó á nuestros oídos el ruido de un coche á lo lejos. Poco á poco se fué acercando, hasta que las luces amarillentas de los faroles aparecieron en un recodo de la carretera. Unos minutos más tarde divisamos dos hermosos caballos blancos que tiraban de una berlina azul. El cochero se de-



SALUDAMOS

tuvo al vernos, y nosotros nos acercamos al carruaje levantando las manos en señal de saludo á la bonita, aunque pálida cara, que se asomó á la ventanilla.

—Señora, dije yo en voz baja, somos tres oficiales del ejército francés y venimos en nombre del Emperador. Creo que ya está usted avisada de que la esperaríamos aquí.

El rostro de la condesa se tornó más pálido. Púsose á examinarnos con marcado recelo, y de repente exclamó furiosa:

—¡Mienten ustedes!

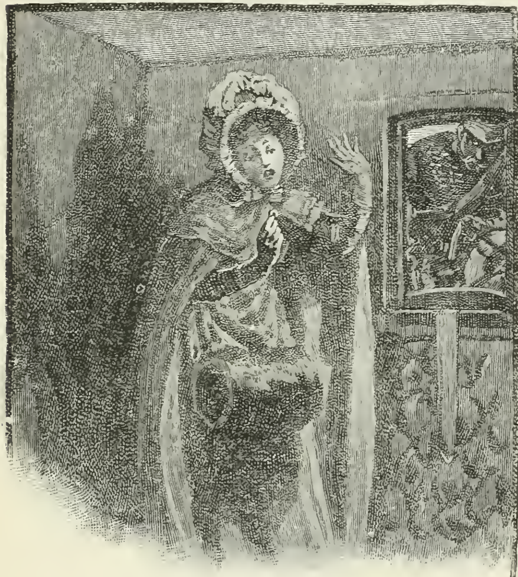
Quedé pasmado. No me hubiera sorprendido más si me hubiese dado un bofetón. Mi asombro provenía, no tanto de las palabras de la condesa, sino del desprecio con que las pronunció.

—Señora, respondí, le aseguro á usted que se equivoca: nos hace usted una injusticia muy grande. Uno de estos caballeros es el comandante Despienne, el otro el capitán Tremeau y yo soy el coronel Gerard. Creo que nuestros nombres basten para convencer...

—¡Villanos, infames! añadió. ¿Creen ustedes que porque soy una débil mujer me engañarán como quieran? ¡Miserables! ¡Marchen ustedes de aquí!

Dirigí una mirada á Despienne y vi que se había puesto lívido de coraje. Después miré á Tremeau, el cual no hacía más que tirarse del bigote.

—Señora, dije á la condesa con frialdad, cuando el Emperador nos honró con esta comisión entregóme esta sortija á manera de credencial. No creí que tres caballeros necesitarían hacer uso de ella, pero veo que me equivoqué.



—¡DIOS MÍO! ES LA SUYA, EXCLAMÓ

La examinó á la luz del carruaje y volvió á palidecer, pero entonces fué de terror.

—¡Es la suya! exclamó. ¿Qué he hecho, Dios mío?...

—¡Pronto, señora, pronto! grité: dénos usted los papeles.

—Los he entregado ya.

—¿Ya? ¿A quién?

—A tres oficiales, respondió la condesa.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? pregunté poseído de gran ansiedad.

—Hace media hora.

—¿Y á dónde han ido?

—¡Dios mío, no lo sé! Detuvieron la berlina, creí que venían en nombre del Emperador y les entregué los papeles.

—¡Señora! ¿Qué ha hecho usted? Pero no importa. Para estas ocasiones quiero yo á los hombres de empuje. Quedaos, dije á mis camaradas. Si pasan por aquí tres jinetes detenedlos á todo trance. La señora condesa os dirá si son ellos. Vuelvo en seguida.

Piqué espuelas y salí á escape hacia Fontainebleau. Mi Violeta, mi yegua, corría como sólo ella sabía correr.

Al llegar á Palacio eché pie á tierra; subí la escalera, aparté á los criados que pretendían detenerme y entré sin cumplidos en la cámara del Emperador. Le encontré ocupado con Macdonald, los dos con lápices y brújulas en las manos y haciendo notas sobre una carta de marear. Levantó la cabeza incomodado porque venían á molestarle, pero al ver que era yo mudó de color.

—Puede usted retirarse, señor mariscal, dijo. Y en cuanto se hubo cerrado la puerta añadió, volviéndose hacia mí:

—¿Qué noticias trae usted de los papeles?

—Señor, han desaparecido, contesté.

Y en pocas palabras le referí lo que había ocurrido. La expresión de su rostro no cambió al escucharme, pero vi que la mano le temblaba tanto que apenas podía sostener el lápiz.

—Tiene usted que recobrarlos, Gerard, dijo. Se trata del destino de mi dinastía y no hay momento que perder. A caballo, coronel; parta usted inmediatamente.

—¿Quiénes son, señor? me atreví á preguntar.

—No lo sé, estoy rodeado de traidores. Pero los llevarán á París, y ¿á quién habrán de entregárselos sino á ese maldito Talleyrand? ¡Sí, sí! Seguramente se encuentran en la carretera de París; aun será posible alcanzarles. Con los tres mejores caballos de mis caballerizas...

No esperé á oir más. Bajé la escalera volando. Estoy seguro de que no habían transcurrido cinco minutos cuando volvía á salir de Fontainebleau, jinete sobre mi Violeta y llevando en cada mano la brida de uno de los mejores caballos árabes del Emperador. Me aconsejaron que llevara tres, pero no quise ofender á mi yegua. Al detenerme poco después delante de mis compañeros quedaron éstos asombrados de mi rápida vuelta.

—¿No ha pasado nadie? pregunté.

—Nadie.

—Pues entonces están camino de París. ¡Pronto, amigos míos! Montad y seguirles á todo galope.

No necesitaron mucho tiempo para cambiar de caballos. En menos del que yo tardo en contarlo montaron los del Emperador, dejando los suyos abandonados en la carretera.

Y salimos al galope. Yo en medio, Despienne á mi derecha y Tremeau un poquito más atrás, porque era el más pesado de los tres. ¡Cielos, qué manera de galopar! Leguas y leguas corrimos en línea recta. De cuando en cuando, al pasar por algún caserío, oíamos el abrir y cerrar de puertas y ventanas, mas para cuando se asomaba la gente nos habíamos convertido en tres puntitos negros que desaparecían con la velocidad del rayo.

Daban las doce cuando entrábamos en Corbail. En la puerta de la taberna se hallaba un mozo de cuadra con un cubo de agua en cada mano.

—¿Han pasado por aquí tres jinetes? le pregunté.

—Acabo de dar agua á sus caballos, respondió. Deben estar próximamente en...

—¡Adelante, amigos mios! ¡A ellos, á ellos!...

Y volvimos á marchar con un barullo de mil demonios. Un gendarme quiso detenernos, pero le fué imposible hacerse oir con el ruido de los caballos.

De nuevo nos encontramos en campo abierto, pero aun nos faltaba veinte leguas para llegar á París. ¿Cómo era posible que se nos escaparan los traidores cuando los perseguíamos con los mejores caballos de Europa? Ninguno de los tres daba muestras de fatiga, aunque mi Violeta llevaba siempre alguna delantera. Y eso que la pobrecita no corría todo cuanto podía correr, pues comprendí que, si la daba rienda suelta, pronto hubieran quedado atrás los árabes del Emperador.

De repente oí una exclamación de Despienne.

—¡Allí están! gritaba loco de contento.

—¡Son nuestros! añadió Tremeau.

—¡Adelante, amigos míos, adelante! dije yo por toda respuesta.

Teníamos delante un largo trecho de carretera alumbrado por la luna y á lo lejos veíamos tres jinetes casi echados sobre sus caballos. Por momentos fuimos ganando terreno y distinguiéndolos mejor. Al poco tiempo pude distinguir que el de la derecha y el de la izquierda iban envueltos en grandes mantos negros, mientras que el del centro vestía uniforme de cazador y montaba caballo gris. Caminaban en ala, pero era fácil comprender que el caballo del centro era el menos fatigado. Al mismo tiempo calculamos que el que lo montaba era el jefe de los tres, pues continuamente volvía la cabeza para medir la distancia que nos separaba.

Al principio se veía sólo una cosa blanca; luego se pudo distinguir un bigote, y por fin, cuando el polvo que levantaban los caballos empezaba á secarnos la garganta, pude llamarle por su nombre.

—¡Alto, coronel Montluc! grité con toda la fuerza de mis pulmones. ¡Lo mando en nombre del Emperador! ¡Alto!...

Hacía años que conocía á Montluc y le tuve siempre por un militar atrevido, pero un pillo muy redomado. Para decir la verdad, tenía muchas ganas de ajustarle las cuentas, pues él fué el que en el duelo en Austria asesinó á mi amigo Teville, disparando un momento antes de dar las palmadas.

Apenas había acabado de pronunciar la última voz de alto cuando sus dos compañeros se volvieron y dispararon sobre nosotros. Oí un ¡ay! horrible lanzado por Despienne, á la vez que Tremeau y yo hacíamos fuego contra el que disparó. Cayó hacia adelante, con un brazo colgando por cada lado del caballo; entonces su compañero, volviéndose sable en mano, lanzóse sobre

Tremeau. Sin hacer caso del ruido que produce el choque de dos sables metí espuelas á la yegua y salí escapado tras el jefe. Que él abandonara á sus compañeros y marchara solo fué para mí la mejor señal de que debía dejar á los míos y seguirle.

Había ganado unos doscientos pasos, pero mi Violeta los cubrió antes de que hubiéramos pasado los dos primeros mojones de la carretera. Todos sus esfuerzos eran inútiles. Por más que metía espuelas y apuraba al caballo yo ganaba terreno cada dos minutos. Estaría próximamente á veinte metros de él cuando lanzando una horrible maldición se volvió de súbito y disparó dos tiros sobre mi yegua. Tantas veces he sido herido, que para fijar el número exacto necesitaría pensarlo bien. Con balas de mosquete, con balas de cañón, con bombas explosivas... ¡qué sé yo! También he recibido heridas de bayoneta, de lanza, de sable, de puñal... Pero, sin embargo, jamás he sentido tanta pena como cuando noté las oscilaciones de mi pobre yegua.



EL CORONEL CAYÓ ENGANCHADO DEL ESTRIBO POR UN PIE

Saqué la pistola y apunté á la espalda del traidor, el cual le soltó un latigazo al caballo. Creí que había errado el tiro, pero un momento después vi que sobre el color verde de su uniforme aparecía una mancha negruzca que aumentaba por instantes. El coronel empezó á tambalearse en su silla,

hasta que por fin cayó, quedando enganchado del estribo por un pie. En esta postura, pegando la cabeza en la carretera, fué arrastrado largo trecho por el caballo, hasta que éste, rendido de fatiga, se paró y pude echarle mano á la brida.

—¡Los papeles! grité saltando á tierra. ¡Déme usted los papeles inmediatamente! Pero antes de acabar la frase, por la postura del cuerpo y de las piernas, comprendí que todo había terminado para él. Mi bala le había atravesado el corazón.

Lo que más me preocupaba era los papeles, ¡siempre los papeles! Le abrí la túnica y le registré bien hasta la camisa. Después hice lo mismo con las fundas de las pistolas y la vaina del sable, y, por último, le quité las botas y solté la cincha del caballo para buscar debajo de la silla. Todo fué inútil. No tenía los papeles.

Este nuevo desengaño me desanimó tanto que de buena gana lo hubiera abandonado todo. Hasta sentí ganas de llorar. Luchaba contra mí la suerte, y la suerte es un enemigo ante quien hasta los hombres más valientes tienen que inclinarse.

Abracé á mi pobre Violeta, que estaba herida, y traté de pensarlo bien á fin de obrar con mejor acierto. Sabía que el Emperador no me tenía por muy listo y ardía en deseos de demostrarle que se había equivocado. Montluc no tenía los papeles, y sin embargo había abandonado á sus compañeros para huir; no acababa de comprenderlo. Por otra parte, era evidente que, si él no los tenía, los tendría alguno de sus compañeros. Uno había muerto ya; dejé al otro luchando con el viejo Tremeau, y si conseguía escapar de las manos del famoso tirador, forzosamente tenía que pasar por donde yo estaba. Decidido á volver en busca de mi compañero, cargué las pistolas y las guardé en sus fundas. En seguida reconocí á Violeta, que movía la cabeza con orgullo, como si quisiera decirme que era harto valiente para hacer caso de un par de arañazos, y vi que el primer tiro no la había hecho mucho daño. El segundo era más grave, pues le había atravesado la vena del pescuezo; sin embargo, ya no sangraba. Calculando que, si se debilitaba mucho, podría cambiar de caballo montando el de Montluc, le llevé de la brida. Era un animal magnífico y me pareció que nadie tenía tanto derecho á él como yo.

Tenía mucha prisa por volver á unirme con mis compañeros, y di rienda suelta á Violeta, cuando de repente me llamó la atención algo que brillaba extraordinariamente en una de las márgenes de la carretera. Era el adorno de metal del sombrero de Montluc. ¿Y cómo el sombrero se hallaba tan lejos del sitio donde Montluc había caído? Me puse á pensar en esto, que me parecía un poco extraño, y deduje que el coronel, al ver que irremisiblemente le alcanzaba, lo había arrojado todo lo lejos que pudo. Salté

de la yegua lleno de alegría y... ¡esta vez no me había engañado! En la copa del sombrero, oculto entre los pliegues del forro, encontré un paquetito envuelto en pergamino y atado con una cinta amarilla. Lo saqué con una mano, y con el sombrero en la otra salté de contento á la claridad de la luna. Al fin comprendería el Emperador que no se había equivocado al dejar sus asuntos en manos de Gerard.

Dentro de la túnica tenía yo un bolsillo donde guardaba las cosas más queridas: allí guardé los papeles. En seguida monté de nuevo, y ya marchaba á ver qué había sido de Tremeau cuando á lo lejos vi un jinete que



LO SAQUÉ CON UNA MANO

se disponía á cruzar la carretera por el lado opuesto al sitio donde encontré el sombrero. Al mismo tiempo sentí el ruido que produce un caballo al marchar al trote, y ¡cuál no sería mi sorpresa cuando, al doblar un recodo, tropecé de manos á boca con el mismísimo Emperador! Montaba un caballo blanco y vestía el largo gabán gris y el sombrero de tres picos que tantas veces le había visto en los campos de batalla.

—¡Hola! dijo á manera de saludo; ¿dónde están mis papeles?

Me acerqué, y sin pronunciar una palabra se los entregué con marcada satisfacción. Rompió la cinta y les echó una ojeada. En seguida extendió el brazo izquierdo y me rodeó el cuello. Sí, amigos míos; aquí donde me veis, viejo y humillado, he tenido el grande honor de ser abrazado por el gran Napoleón.

—Etienne, me dijo, es usted una maravilla.

No quise replicarle. La idea de que al fin me hacía justicia me llenó de orgullo.

—¿Dónde está el ladrón, Gerard? preguntóme.

—Ha muerto, señor.

—¿Usted le ha matado?

—Señor, repuse, hirió mi yegua y me vi obligado á dispararle para que no escapara de mis manos.

—¿Le reconoció usted?

—Era Montluc y fué coronel de cazadores.

—¡Vaya! exclamó el Emperador, hemos asegurado el peón, pero la mano que lo juega está aún fuera de nuestro alcance.

Quedó pensativo durante unos momentos, con la barbilla inclinada sobre el pecho, y luego oí que murmuraba entre dientes:

—¡Ah, Talleyrand, Talleyrand! Si yo hubiera estado en tu lugar y tú en el mío hubieras aplastado la víbora que te rodeaba. Hace cinco años que estoy convencido de lo que eres, y sin embargo te he dejado vivir para que al fin me muerdas. No importa, amigo Gerard, añadió en voz alta, á cada uno le llega su día, y cuando me toque á mí, le aseguro á usted que me acordaré de los amigos y de los enemigos también.

—Señor, me atreví á decir después de reflexionar un poco, espero que vuestra majestad no creerá que se debe á alguna indiscreción nuestra el que vuestros enemigos se hayan enterado del plan formado por V. M. para obtener los papeles.

—Difícil sería, contestó, puesto que en París se arregló todo y hace muy pocas horas que recibieron ustedes mis órdenes.

—Entonces, ¿cómo?...

—¡Basta! exclamó interrumpiéndome; abusa usted de su situación.

De estas cosas tenía muchas el Emperador. Charlaba con uno con la confianza de un amigo íntimo, y cuando le había hecho olvidar la enorme distancia que los separaba, con una mirada, con una frase, le recordaba quién era á cada uno. Cuando acaricio al perro hasta que se atreva á poner las patas sobre mis rodillas, y entonces le echo con un gesto de desprecio, me acuerdo de los modales del Emperador.

Dió media vuelta al caballo y yo le seguí silencioso y muy contrariado. Sin embargo, cuando volvió á hablar, sus palabras me hicieron olvidarme de todo.

—No pude descansar, dijo, hasta saber lo que había sido de usted. ¡A buen precio me han costado los papeles! Hoy, desgraciadamente, no abundan tanto los hombres fieles como para perder dos en una misma noche.

Cuando dijo dos creí que la sangre se me helaba en las venas.

El comandante Despienne fué herido de un balazo, señor, balbuceé.

—Ha muerto, respondióme, y también el capitán Tremeau. Este murió de un sablazo. Si yo hubiese llegado unos momentos antes, quizás hubiera podido salvarle. Su asesino huyó por la margen de la carretera.

Entonces me acordé del jinete que había visto poco antes de encontrarme con el Emperador. Sin duda marchó en dirección opuesta para evitar un encuentro conmigo; pero si lo hubiera sabido yo y Violeta hubiese estado sana hubiera vengado la muerte de mi compañero. Recordaba tristemente los días que pasamos juntos y pensaba si la debilidad de su puño sería causa de su trágico fin, cuando Napoleón volvió á hablar.

—Sí, señor coronel, dijo: usted es ahora el único que sabe dónde están los papeles.

Quizás será aprensión mía, pero no puedo menos de confesar que creí notar en la voz del Emperador algo que no indicaba gran sentimiento. No era así, sin embargo, y bien pronto pude desengañarme.

—Sí, continuó; verdad es que he pagado bien caros los papeles, pero jamás ha tenido nadie tan fieles servidores.

Poco después llegamos al sitio de los primeros tiros.

El comandante Despienne y el traidor á quien habíamos matado yacían á poca distancia el uno del otro. Sus caballos pastaban pacíficamente á la sombra de los álamos.

El pobre capitán tampoco estaba lejos. Le hallamos tendido de espaldas y con los brazos y las piernas extendidos. Tenía la túnica desabrochada y en el pecho una herida grande que se veía á través de una rotura de la camisa.

El Emperador se inclinó respetuosamente sobre el cadáver y murmuró con profunda amargura:

—¡Pobre amigo mío! Estuvo conmigo en la época de Rívoli. Él fué uno de los que me acompañaron á Egipto.

Su voz parecía resucitar al muerto. Vi que los párpados de éste temblaban, y que agitaba el brazo y movía el puño del sable como si tratase de sacarlo para saludar. En seguida abrió la boca y expiró.

—¡Que todos seamos tan valientes en vida y á la hora de la muerte! exclamó el Emperador.

—Amén, murmuré yo desde el fondo de mi corazón.

A cincuenta metros de aquel lúgubre sitio había un caserío, cuyo dueño, alarmado con el ruido de los caballos y el tiroteo de las pistolas, acudió á ver lo que pasaba. Al levantar la cabeza me fijé en él, que mudo de extrañeza y de temor contemplaba á Napoleón con la boca abierta. Dejamos á su cargo los muertos y los caballos, así como también mi Violeta, á cuya herida era necesario atender, y nos pusimos en camino.

El Emperador iba muy silencioso al principio. Creo que la muerte de Despienne y Tremeau le impresionó mucho. Siempre fué hombre muy reservado, y en aquellos días en que á cada paso recibía noticias de los éxitos de sus enemigos ó de la traición de alguno de sus amigos no se podía pretender que estuviera alegre ni comunicativo. Sin embargo, cuando pensaba yo en los papeles que llevaba en su pecho, y en que yo, Etienne Gerard, se los había recobrado, juzgué que bien merecía alguna consideración. Quizás él tuvo el mismo pensamiento, pues al dejar la carretera para entrar en el bosque empezó á contarme lo que más deseaba yo saber.

—En cuanto á los papeles, dijo, ya le he dicho que ahora nadie sabe dónde están ocultos. Mi mameluco llevó



—¡POBRE AMIGO MÍO! EXCLAMÓ EL EMPERADOR

las azadas al palomar, pero ignora para qué han de servir. Desde el lunes teníamos pensado llevarlos allí, pero de este secreto estaban enterados un hombre y una mujer. A la mujer la hubiera confiado la vida. ¿Cuál de los dos me ha hecho traición? No lo sé, aunque no tardaré en saberlo.

Caminábamos á la sombra de los árboles, y le oía pegar latigazos á la bota, tomando rapé, como acostumbraba hacerlo cuando estaba muy excitado.

No debo repetir, amigos míos, todo cuanto el Emperador me dijo. Palabra por palabra lo tengo impreso en la memoria, y quizás antes de morir lo trasladaré al papel. Habló mucho de su vida pasada y algo de su porvenir; de la devoción de Macdonald, de la traición de Marmount y de la falsedad de Talleyrand. Habló también de su hijo el rey de Roma con el mismo cariño con que pudiera hablar un padrazo, y por último habló de su suegro

el Emperador de Austria, quien, decía Napoleón, me defenderá contra mis enemigos.

Por mi parte no me atreví á contestar ni una palabra, pues no olvidaba cómo me había reprendido poco antes; me limité á marchar á su lado silencioso, sin poder convencerme de que aquél era el gran Napoleón, el hombre reservado cuya sola mirada nos estremecía y que entonces, en frases cortas, me revelaba impaciente sus pensamientos. Acaso después de las falsedades y de las embusterías de la Corte aliviaba sus pesares desahogándose con un simple militar como yo. De esta manera el Emperador y Etienne Gerard (aunque han pasado tantos años aun me causa placer el poder unir mi nombre con el del gran Napoleón), de este modo el Emperador y yo atravesamos el bosque de Fontainebleau, siempre á pie, hasta llegar al Colombier.



ENTRE LOS DOS ABRIMOS UN HOYO

Las azadas estaban allí, colocadas á la derecha de la puerta. Las lágrimas brotaron de mis ojos al recordar para quiénes se habían traído.

—Pronto, exclamó Napoleón; de lo contrario, amanecerá antes de que acabemos.

Cogió una azada, yo cogí otra y entre los dos abrimos rápidamente un hoyo. Luego, colocando los papeles en una de las fundas de mis pistolas para preservarlos de la humedad, los pusimos en el fondo, y llenamos y cubrimos

el hoyo con sumo cuidado para borrar toda huella. toda señal de que la tierra había sido removida. Amanecía cuando salimos juntos del Colombier. Mientras esperaba yo para ayudar á montar al Emperador, díjome éste poniendo una mano sobre mi hombro.

—Gerard. hemos dejado los papeles ahí y con ellos quiero que deje usted el recuerdo de que hayan existido nunca. Solamente los recordará usted cuando reciba una orden escrita por mi propia mano y autorizada además con mi sello particular. De aquí en adelante olvidará usted lo que queda en ese Colombier.

—Lo olvidaré. señor. respondí.

Y caminamos juntos hasta el límite del bosque, donde me dijo que me podía retirar. Saludé y me disponía á obedecer. cuando me habló de nuevo:

—Es sumamente fácil. dijo. equivocar los puntos de la brújula en este bosque. ¿No diría usted que fué en el lado Norte donde los enterramos?

—¿Enterrar... qué. señor? exclamé con sorpresa.

—Los papeles. hombre. contestó impaciente.

—¿Qué papeles. señor?

—¡Dios me valga! Los papeles que usted recobró para mí esta noche.

—Vuestra majestad me dispense. no acabo de comprender á qué papeles se refiere vuestra majestad.

Por un momento enrojeció de rabia. pero en seguida se echó á reir y dijo:

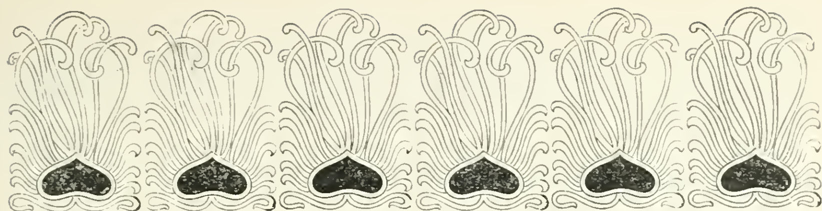
—¡Muy bien. coronel! Empiezo á creer que es usted tan buen diplomático como excelente soldado. No debo añadir más.

. . . .

Ya conocéis la aventura en que fuí amigo y compañero del gran Napoleón. Cuando volvió de Elba dejó de sacar los papeles hasta más adelante. hasta que su posición estuviera más asegurada: así que quedaron allí cuando fué prisionero á Santa Elena. Algún día oiréis quizás hablar de esos papeles. y entonces contaréis á vuestros hijos la historia. tal y como la habéis oído de labios del único que sabía dónde estaban ocultos. de Etienne Gerard. el hombre que fué tentado por el mariscal Berthier. á quien honró el Emperador con un abrazo y que cabalgó con él por el bosque de Fontainebleau.

Amigos míos. la primavera se acerca; sin duda hallaréis más placer paseando al sol que escuchándome á mí. Sin embargo. hacéis bien en prestarme atención. porque muchas primaveras pasarán y muy extraordinarios acontecimientos han de ocurrir antes que Francia halle otro hombre como aquel á quien tuve la alta honra de servir.





Kariston



Era Magdalena de Cloisieres una señorita de quince años, tan animada, tan divertida, que con frecuencia solían llamarla señorita Locarías. Alta, rubia y muy bonita, estaba siempre en movimiento. Caprichosa en sus gustos y llegando hasta el extremo en todas las cosas, era, sin embargo, cariñosa y dócil, y tan generosa como compasiva: un corazón de oro.

Un verano los padres de Magdalena, gente de buena posición, la enviaron con su aya á pasar una temporada en el campo, donde tenía una tía muy rica, poseedora de una gran finca cerca de Peyrotte, aldea de unos cuatrocientos habitantes situada en las Landas, en el Mediodía de Francia. Allí vivía todo el año la tía de Magdalena, y allí podía ésta pasear á su gusto por los prados y bosques de olorosos pinos.

En aquella zona el pino y el roble son casi los únicos árboles que llegan á desarrollarse, porque la tierra es árida y seca ó está llena de pantanos, donde abundan las sanguijuelas. La cría y explotación de éstas constituye una de las principales industrias de la localidad.

La tía de Magdalena, una viuda de carácter altivo y reservado, estaba muy disgustada con las maneras libres y extravagantes de su sobrina, la cual tenía asombrada á toda la parroquia con sus acciones y sus dichos.

El mismo día en que llegó á Peyrotte pretendió domar un jumento, domesticar un sapo y dar un paseo en los zancos que usaban los aldeanos para cruzar los llanos pantanosos ó arenosos, y claro está que no había que pensar en oponerse á ninguno de estos caprichos de la sobrina de la señora de Pomar-

tin, la cual comprendió pronto cuánto tendría que luchar con ella, porque nunca se sabía cuál iba á ser la primera diablura que á Magdalena se le ocurriese.

Tal estado de cosas llegó á ser insoportable. La señora de Pomartin sólo estaba tranquila cuando su sobrina se hallaba en la iglesia; así que, por la menor faltilla que cometiera, la mandaba á confesar.

Una mañana, estando de paseo, Magdalena incitó á su aya á penetrar en una selva, con intención de dejarla allí y escaparse. Así lo hizo, en efecto, no parando hasta que llegó á un pozo estancado. Un viejo campesino se encontraba tranquilamente sentado en el borde del pozo, con las piernas metidas en el agua. Estaba flaquísimo y su cutis parecía más bien de cuero curtido que de piel humana.

—¿Será esto un sér viviente? preguntóse Magdalena, y para cerciorarse mejor exclamó en voz alta:

—¡Felices días, buen hombre!

El campesino volvió la cabeza, y contestó después de vacilar un instante:

—Muy buenos, señorita.

—¿Está usted tomando pediluvios?

—¡Ca, señorita, no!

—¿Pues qué hace usted ahí?

—Estoy pescando sanguijuelas.

—¿Pescando qué?...

—Sanguijuelas.

—¿Son para comer? ¿Las come usted?

—Perdone usted, señorita, las vendo.

—¿Valen mucho?

—Según: unas veces á cinco céntimos cada una; otras veces á dos, á diez, á quince céntimos, según la estación del año.

—¿Y estos bichitos viven en los pozos de Peyrotte?

—Sí, señorita; se encuentran en todos los pozos de la localidad.

—¿Pero cómo las pesca usted? Aquí no veo ningún aparejo.

—Con las piernas; mire usted. Y el pobre viejo metió más adentro las piernas. Al cabo de unos momentos las sacó, y en la derecha tenía adherido un animalito verdoso con rayas negras.

Al verle se estremeció Magdalena y preguntó con cierta timidez:

—¿Y esa le ha picado hasta sacar sangre?

—Sí, señorita.

—¿Cuántas puede usted pescar en un día?

—¡Bah! Con mis piernas me contento con sacar una docena.

Al decir esto, el viejo volvió su arrugada faz hacia la niña, la cual notó que tenía en los ojos algo extraño, que estaban casi blancos.

Un momento antes de llegar al pozo, Magdalena había cogido una ramita de acebo, la cual, distraídamente, acababa de meter en el agua. Las puntiagudas hojas pusiéronse en contacto con una de las piernas del viejo, el cual gritó:

—¡Cuidado! Ahora me pica una. Introdujo la mano en el agua con mucha precaución, pero con gran asombro suyo no halló ninguna sanguijuela.

—Me he equivocado, añadió algo confuso.

Sospechó Magdalena lo que había ocurrido, pero no podía comprender por qué el viejo no lo había visto. ¿Sería ciego?

Intencionadamente puso entonces la ramita de hojas puntiagudas junto á las piernas del viejo y aguardó al resultado.

—Ya vuelve, dijo el pobre viejo sin poder ocultar su alegría casi infantil. ¡Y cómo pica, caramba!

Magdalena estaba loca de contenta.

—¡Qué bonito! ¡Qué divertido! Este debe de estar ciego. ¡Mire usted que creer que el pinchazo de las hojas de acebo es la picadura de una sanguijuela! La cosa la divertía tanto que tuvo que volver la cabeza para no soltar la carcajada.

Durante largo rato la señorita Locarías estuvo complaciéndose en mortificar al campesino. ¡Cuántas sanguijuelas venían y cómo picaban! El viejo metía y sacaba del agua sus descarnados brazos, pero inútilmente. No podía coger ninguna sanguijuela. ¡Cosa más rara! De súbito metió los brazos tan ligeramente en el agua que agarró el acebo.

—¡Ay! gritó Magdalena toda asustada. Y se levantó presurosa para echar á correr, pero se lo impedía el remordimiento. Sacó del bolsillo una moneda de cinco francos y se la entregó al campesino diciendo:

—Tome usted, buen hombre, estos cinco francos por todas las sanguijuelas que podía haber cogido.

El viejo se levantó rápidamente con las piernas temblorosas y el rostro pálido, fiel reflejo del daño que le habían causado las palabras de Magdalena. Quitóse la gorra, y con ella en la mano dijo con voz entrecortada:

—Señorita, me llamo Kariston, he sido concejal durante veinte años y no recibo limosnas.

—Y arrojando la moneda hacia la niña volvió á ponerse la gorra y á sentarse al borde del pozo á esperar las picaduras de las sanguijuelas, que se mostraban muy indiferentes con sus pobres y huesudas piernas.

Magdalena se retiró con los ojos llenos de lágrimas. Aquella noche no pudo cenar ni conciliar el sueño. Comprendió que había cometido una grave falta, y á la mañana siguiente, sin esperar á que su tía se lo mandara, fué á confesarse con el cura de Peyrotte. La pobre niña exageró mucho su pecadillo, y declaró, convencida de que era verdad lo que decía, que había casi

matado á un pobre é indefenso viejo y que le había quitado casi todos sus bienes. En penitencia tuvo que estar orando hasta las dos de la tarde.

En seguida, y con los ojos todavía inflamados por el llanto, corrió al pozo de las sanguijuelas. El viejo concejal estaba allí inmóvil, con las piernas metidas en el agua.

Magdalena se acercó á él con timidez, y con tono suplicante le dijo:

—¿Me perdona usted?

El anciano volvió la cabeza, pero no contestó.

—¿No me perdona usted? repuso la niña. ¡Y yo que he venido expresamente para pedir á usted perdón! Estoy segura de que me perdonaría usted si supiera lo afligida que estoy. ¡Cuánto lo he sentido! ¡Qué haría yo para que usted me crea! Y Magdalena se sentó al lado del viejo, el cual exclamó:

—Usted no lo dice en serio, señorita; pero si eso la causa algún placer, desde luego la perdono.

—Gracias, señor concejal, dijo Magdalena levantándose alegremente. Ahora que seremos amigos, le ruego que me cuente su historia. ¿Cuántos años tiene usted? ¿Cómo se hizo concejal?

Kariston al principio desconfiaba; pero luego, alentado por la voz dulce y persuasiva de la niña, manifestó que tenía cerca de ochenta años y que le habían hecho concejal porque sabía leer. En Peyrotte era raro encontrar una persona que supiera. Sí, sabía leer los periódicos y hasta conocía el nombre del actual Ministro de la Guerra.

Después comenzó á relatar sus desdichas á Magdalena. Hacía algún tiempo que no podía satisfacer la contribución. Debía diez y siete francos y tenía que pagarlos para fines de septiembre. Si no los pagaba, era probable que en las primeras elecciones no volvería á salir concejal. Como estaba ciego y no podía, por esta causa, trabajar en el campo, se dedicaba á pescar sanguijuelas, á fin de reunir algún dinero. Cierto que tenía algunos amigos que le socorrerían, porque la gente de Peyrotte le quería mucho. El había hecho muchos favores á los vecinos, pero era orgulloso y prefería morir de hambre antes que admitir dinero ajeno. Luego, irguiéndose con cierta dignidad, añadió que su abuelo había sido juez de paz.

Durante el tiempo que empleó en este relato no le había picado ninguna sanguijuela.

Kariston se levantó, y apoyándose en el bastón que llevaba dió algunos pasos en el agua.

—Esto es para despertarlas, señorita, porque se quedan dormidas entre los juncos.

En seguida volvió á sentarse, metió las piernas más adentro y esperó con resignación.

Magdalena estaba muy conmovida. Fijos sus grandes ojos en el curtido

rostro del anciano, buscaba el medio de reparar la falta cometida el día anterior. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo ayudar al pobre viejo? Inútil ofrecerle los diez y siete francos, porque no los aceptaría.

Magdalena rezó unas cuantas veces el Padre nuestro para pedir á Dios que las sanguijuelas acudiesen á las piernas de Kariston, á quien preguntó de repente:

—¿Cuántas sanguijuelas tendría usted que coger para sacar los diez y siete francos?

—Unas trescientas, señorita.

—¡Trescientas! Ni en tres meses las podrá usted coger.

—Temo que no. ¡Si tuviera las piernas como á los veinte años!...

—¿Acudirían más?

—Indudablemente. Lo menos cincuenta cogería al día. Las sanguijuelas son como las personas, sólo les gusta lo bueno.

—Se acabó, dijo la niña dominada por una idea noble y generosa que hizo brillar sus hermosos ojos negros. Agachóse, y con temblorosas manos se soltó los zapatos. Dirigiendo una rápida mirada á su alrededor se los quitó atrevidamente, así como también las medias. Aquí no hay más que un ciego, pensaba Magdalena al meter los pies en el agua.

—Estremecióse al recibir la impresión de la frialdad y lanzó un grito.

—¿Qué le pasa á usted, señorita? preguntó el anciano.

—Nada, nada, una picadura en el cuello. Alguna avispa, sin duda.

—Hay muchas por aquí, añadió Kariston con sencillez.

Poquito á poco, á fin de que el campesino no oyera el movimiento del agua, Magdalena fué introduciendo más y más los pies. De pronto se le escapó otro grito.

—¿Ha vuelto la avispa? preguntó Kariston.

—Sí, contestó Magdalena quitándose de la pierna una sanguijuela y pensando al mismo tiempo: Vamos, no ha sido tan fuerte como yo temía. Mire usted, Kariston, continuó un momento después, yo he cogido una.

—¿Una sanguijuela?

—Sí, una sanguijuela.

—¿Cómo la ha cogido usted?

—¡Oh, muy fácilmente! Estaba nadando en la superficie del agua, justamente á mi alcance.

—Tiene usted mucha habilidad. Generalmente no se cogen de esa manera.

—Tanto peor, pensó Magdalena. Tendré que discurrir otro enredo para la sanguijuela siguiente. Y exclamó en seguida: Aquí, Kariston, aquí hay otra que le ha picado á usted en la pierna.

—¿A mí?

—Sí, á usted: ¿no ha sentido usted nada?

—Sí por cierto, pero también me podían picar sin yo advertirlo. A mi edad, la piel no suele estar muy tierna.

—Mire usted, mire usted otra que le está picando ya, dijo la niña.

—¿De veras?

—¿Y por qué no? Pero tenga usted cuidado, Kariston; de otra suerte, las perderá usted todas.

—No tendría nada de particular, contestó él, con una piel tan dura como la mía.

Procediendo de esta manera le dió Magdalena unas veinte en dos ó tres horas. El viejo Kariston estaba radiante de alegría, pero aun más feliz que él era la niña.

—Dos ó tres días como éste y mi contribución quedará pagada.

—Ya lo creo, repuso Magdalena.

Al retirarse quedó apalabrada con el viejo para volverse á ver al siguiente día.

La milagrosa pesca continuó sin interrupción durante quince días, en los cuales el pobre campesino tuvo la misma suerte.

Estaba muy lejos de adivinar la verdad. Las mujeres de Peyrotte tenían mucho miedo á las sanguijuelas y ninguna se hubiera arriesgado á meterse en el pozo. ¿Cómo era posible que lo hiciera una niña parisiense y por añadidura rica? Kariston se iba animando. Una tarde la dijo muy emocionado:

—Decididamente, no estoy muerto todavía.

—¿Creía usted que lo estaba?

—Dicen que cuando uno no puede pescar sanguijuelas es porque su fin está ya próximo.

Magdalena se creyó bien recompensada por cuanto había hecho, y dobló la vigilancia para que el campesino no descubriera la verdad. Pero un día, cuando más contenta estaba, al ir á despegar de uno de sus lindísimos pies una sanguijuela, sintiéronse pasos muy cerca de allí, y al poco rato la voz áspera y ronca de una mujer exclamó:

—¡Dios sea bendito! ¡Mi sobrina con las piernas metidas en el pozo de las sanguijuelas!

La señora de Pomartín, que ella era, estuvo á punto de desmayarse. El pobre Kariston perdió por completo el conocimiento. ¡Lo había comprendido todo!

—¡Ay, tía! ¿Cómo ha podido usted hacer esto? dijo Magdalena. Creo que ha cometido usted un crimen horrible. ¡Ahora sí que le toca á usted irse á confesar! añadió, viendo que no se movía el pobre viejo.

Kariston había caído en la orilla del pozo. La poca vida que aun le quedaba parecía que iba á extinguirse. Le levantaron del suelo los brazos jóve-

nes y robustos de Magdalena. Abrió por fin los ojos, y apoyado en el hombro de la niña logró llegar á su casa. Entre dos vecinos le metieron en la cama, pero ya no llegó á moverse. Magdalena, haciendo grandes esfuerzos para contener las lágrimas, insistió en permanecer á su lado.

—Se va usted á poner bueno muy pronto, señor Kariston, le dijo con la mayor dulzura. Todavía ha de ser usted concejal. Yo construiré aquí una casa para tener voto en las elecciones y le haré delegado. Además le prometo á usted casarme en Peyrotte, y en mi boda ocupará usted el lugar del alcalde. Sí, por cierto, señor Kariston. Y tendrá usted un pañuelo elegante, de muchos colores: yo se lo aseguro.

Calló Magdalena, y con las manos enlazadas y el rostro pálido cayó de rodillas al pie de la cama, dejando correr de sus hermosos ojos dos raudales de lágrimas.

El pobre Kariston había muerto con la sonrisa en los labios.



El arte de aumentar la cosecha del mundo.



La noticia de que la cantidad de trigo cosechada anualmente en el mundo llegará á ser antes de mucho insuficiente para cubrir las necesidades de la humanidad causó hace algún tiempo gran consternación entre los agricultores, y sobre todo entre aquellos que creían que los vastos campos del Canadá, de los Estados Unidos, de Rusia y de la Siberia eran inacabables y suficientemente productivos para el abastecimiento de los consumidores de trigo de todo el orbe. Pero si bien es cierto que está comprobada dicha noticia, también es verdad que se ha encontrado el remedio para combatir el mal.

Consiste en la regularización del nitrógeno atmosférico, de tal manera que sea posible aprovecharlo como un buen estimulante para las tierras que producen trigo y para el cultivo de nuevas clases de grano.

Ya no es un sueño, sino un hecho real y positivo, la creación de nuevas y poderosas razas de trigo para reemplazar á aquellas que durante tantísimos años han suministrado pan al mundo.

De las primeras experiencias hechas se deduce que la cosecha anual norteamericana, y aun la de todo el globo, puede ser cuatro ó cinco veces mayor.

En los dos últimos años se ha llegado al máximum en la producción del nuevo trigo mediante una serie de experimentos y cultivos que han durado más de dos lustros.

Donde con más ardimiento se trabaja en esta nueva industria agrícola es en Minnesota, en los Estados Unidos.

El resultado de los ensayos demuestra plenamente que los nuevos trigos, siempre que procedan de semillas selectas, cultivadas en tierras convenientes, rinden una cosecha de dos á cinco fanegas inglesas por hectárea inglesa.

Lo que más ha llamado la atención en la agricultura científica es la creación de nuevas variedades de trigo. En los puntos dedicados á experimentos, en aquellas naciones donde se estudia la agricultura con más grande interés y con mayor constancia, ha dado mucho que pensar la cuestión; no precisamente por lo que se refiere á la manera de hacer crecer dos tallos donde antes sólo había uno, sino á la posibilidad de cultivar la planta de modo que el aumento de la cosecha sea evidente. Si es verdad, como parece serlo, que el aumento puede ser de cinco fanegas por hectárea, sólo en América habría una diferencia en más de ciento cincuenta millones de fanegas por año, cuyo valor mínimo sería de setecientos millones de pesetas.

Extendiendo aún más el cultivo por este medio, el aumento de la cosecha anual en el mundo entero sería de un billón de fanegas. Estos cálculos darán una idea de la importancia de esta nueva industria agrícola.

En toda la ciencia agronómica no hay estudio más interesante que aquel en que se aprende á crear nuevas especies. El hombre con su talento, con su perseverancia, con su trabajo, obliga á la naturaleza á crear para él lo que nunca ha existido ni pudiera existir si no fuera por la voluntad humana favorecida por Dios.

¿Que cómo se hace eso? De la manera siguiente:

Con sumo cuidado, con la mayor delicadeza, se mete la tijera en las espigas de trigo poco antes de que empiecen á florecer, y uno por uno se cortan los granos embriones más pequeños y á los restantes se les quitan las antenas; ni un rastro de polen debe quedar en la flor de la espiga, porque en este caso la naturaleza, obedeciendo sus leyes, completaría por sí misma la fertilización; después una mano diestra cubre la cabeza con una especie de bolsa de papel finísimo, á fin de evitar que algún insecto se aproxime llevando el polen amarillo de alguna planta extraña.

Hecho esto, el agricultor espera el amanecer de un hermoso día, y un poco antes de que el sol comience á enviar sus rayos á la tierra sale al campo, llevando sobre una espátula de acero el polen extraído de una de las mejores variedades de trigo. No hay minero en Alaska ni hay avaro en el mundo que guarde su tesoro con mayor cuidado.

Abre luego la florecilla con suma delicadeza, el polvo amarillento cae sobre

la tenue membrana, y poco después, bajo los rayos del ardiente sol, comienza á surgir una nueva vida.

Así fué creado el primer trigo para la maravillosa serie de experimentos practicados durante los diez últimos años en Minnesota. Indudablemente fueron bien fundadas las risueñas esperanzas de aquellos hombres que ayudaron á la naturaleza á separarse de sus funciones normales.

De la misma manera se han producido otros nuevos trigos, pero la mayor parte han sido rechazados porque no contenían suficiente sustancia para garantizar su cultivo.

Si el trigo artificialmente creado produjese lo que promete, lo que verdaderamente produjo en América en el año 1898, y mejor todavía en las sucesivas cosechas, causaría en todo el mundo una revolución en las industrias que tienen por base el trigo.

El hecho de crear un nuevo trigo es verdaderamente maravilloso, pero sería de poco valor práctico para el hombre si sólo envolviese un principio científico. El acto de tomar el nuevo trigo, cultivarlo, conservarlo y almacenarlo de manera que sólo conserve la parte más superior, excluyendo la inferior, necesita grandes cuidados, mucha inteligencia y una paciencia sin límites.

Al trabajo de la fecundación hay que añadir el de la selección, que también requiere sumo cuidado y exquisito esmero. Se han obtenido grandes resultados en el aumento de la cosecha de trigo eligiendo primeramente las mejores clases, entre ésas la mejor semilla para la siembra y entresacando después en el cultivo todas las plantas débiles. Con este procedimiento ha resultado una clase de trigo mucho más viril que la anterior.

Nuestra fotografía representa dos distintos tipos de trigo, de los cuales ha de obtenerse un nuevo trigo procediendo de la manera que acabamos de describir. Sin embargo, se han obtenido mayores resultados aún engendrando dos trigos de la misma variedad, es decir, eligiendo dos granos de igual clase y fertilizándolos de modo que produzcan un trigo nuevo, que suele resultar muy superior, aunque de las mismas condiciones que los de su origen.

Terminado el acto de la engendración y después de la primera cosecha queda sólo un manojito de semillas.

En una ocasión pudo trazarse el origen de una magnífica cosecha con una sola semilla, la que sembrada sola en 1892 fué aumentando de tal manera que en 1898 pudo sembrarse con su producto un terreno de cuatro hectáreas, que dió por resultado un trigo muy superior así en tamaño como en calidad.

Cuando al término de una cosecha tardía quedan, después de elegidas, suficientes semillas para un pequeño campo, se siembran á mano, empleándose para ello un marco portátil que asegura la exactitud.

Después de la siembra hay cien días de espera para la cosecha, y en seguida se hace la rebusca de las nuevas cabezas para separar todas aquellas que resulten

pobres ó estén dañadas. En realidad, la cosecha viene á ser una esmerada selección.

Luego viene el trabajo de los ensayes. Primeramente se examina el color del grano, que también es necesario conservar; luego se ensaya el peso, pues el tamaño del grano no debe empobrecer su sustancia, y por último se ensaya la calidad, puesto que los trabajos resultarían muy poco remuneradores si produjesen un trigo inferior al que se cría naturalmente.

Para hacer la historia del trigo nuevo se vigila asiduamente, anotando en un cuaderno (que pudiera llamarse el libro de su genealogía) todas las alternativas



y vicisitudes de su existencia. En el despacho de Mr. Hayés, profesor de agricultura y director de los experimentos de Minnesota, se archivan estos cuadernos. En el año 1898, la cantidad de trigo engendrado fué tan grande que pudo ser distribuída entre los labradores más adelantados del Noroeste, quienes conservaron muy exactas notas de lo que el trigo produjo en sus respectivas alquerías, demostrando que los resultados eran cada vez mayores.

Al verificar los experimentos debe procurarse sobre todo cultivar el trigo en condiciones normales y de ninguna manera rodearle de artificios, pues si así se hiciera no produciría los mismos resultados al caer en manos del labrador vulgar que no cuida tanto del cultivo. Se le rodea sencillamente de los mismos medios que hallaría en una alquería de primer orden.

Después de cada cosecha es necesario comparar el trigo cuidadosamente con

el que sirve de tipo. Al efecto se hace un estudio propiamente botánico. Se lavan las raíces á fin de determinar su fuerza debajo de la tierra y se diseñan luego para indicarlo en el cuaderno á que antes nos hemos referido. Debe procurarse que este trigo sea perfecto en todo: que tenga suficiente fuerza para resistir el tizón, que á veces es irremediable, y que la paja sea fuerte y firme. Sin embargo, no debe crecer mucho, para que cuando lleguen los días de la madurez pueda mantenerse erguido y no caiga con el peso de la espiga. Algunos de estos trigos han producido hasta cuarenta y cinco fanegas inglesas por hectárea inglesa. Por término medio, en las alquerías vulgares cada hectárea de terreno produce quince fanegas de trigo, aunque entre diez pruebas distintas, hechas con cuatro trigos nuevos elegidos, algunos produjeron veintidós y otros veinticuatro fanegas, por lo menos siete y media fanegas más que de ordinario Estos datos son bastantes para formar idea de lo que se ha conseguido.

Si continuara este aumento en la cosecha de trigo en todo el mundo, y con más cuidado en la selección, más atención al terreno y mejores medios de cultivo se mantuviera como se ha mantenido en estos diez años de estudios y experimentos, la proporción que indicamos en este artículo sería harto escasa. No parece exagerado asegurar que puede duplicarse la cantidad.

Si llegara este caso, solamente la cosecha de los Estados Unidos, sin aumentar los terrenos de cultivo, sería de 900 millones de fanegas anuales, y en el mundo entero llegaría casi á dos billones de fanegas más que lo que se coge ahora.

Parece mentira que un solo grano de trigo produzca tanto cambio en una industria de tantísima importancia.

Una nueva prueba de los grandes resultados que se obtienen en los modernos tiempos con el estudio y la educación, base de todos los adelantos del mundo.

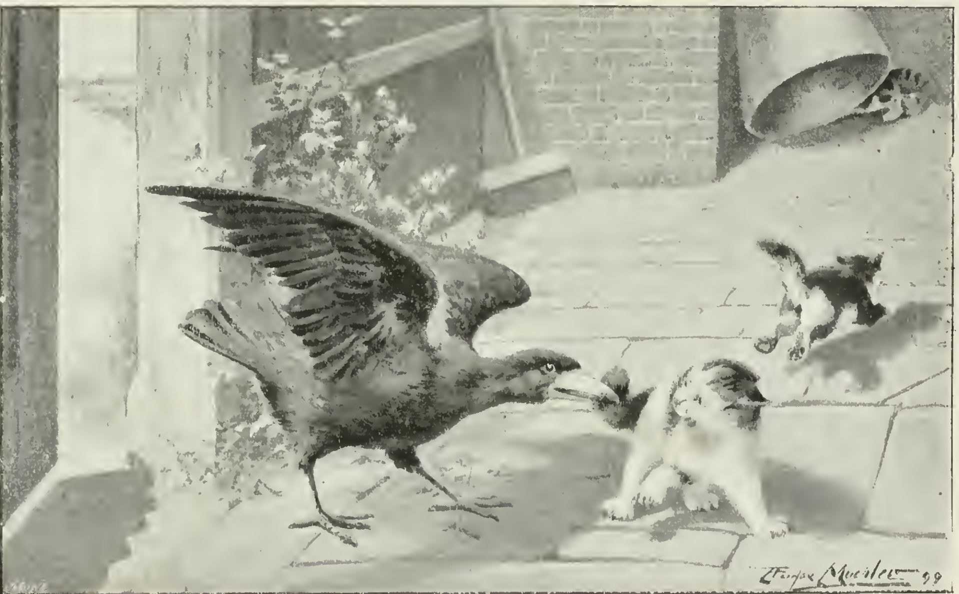


Una bromita en cuatro cuadros.



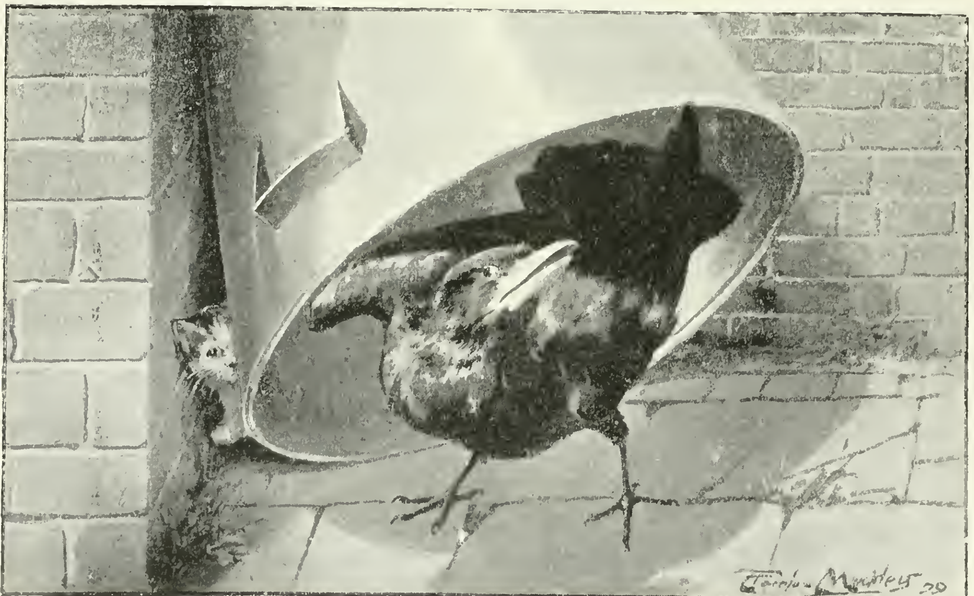
1. ¡¡NOS VAMOS A REIR!!

Una bromita en cuatro cuadros.



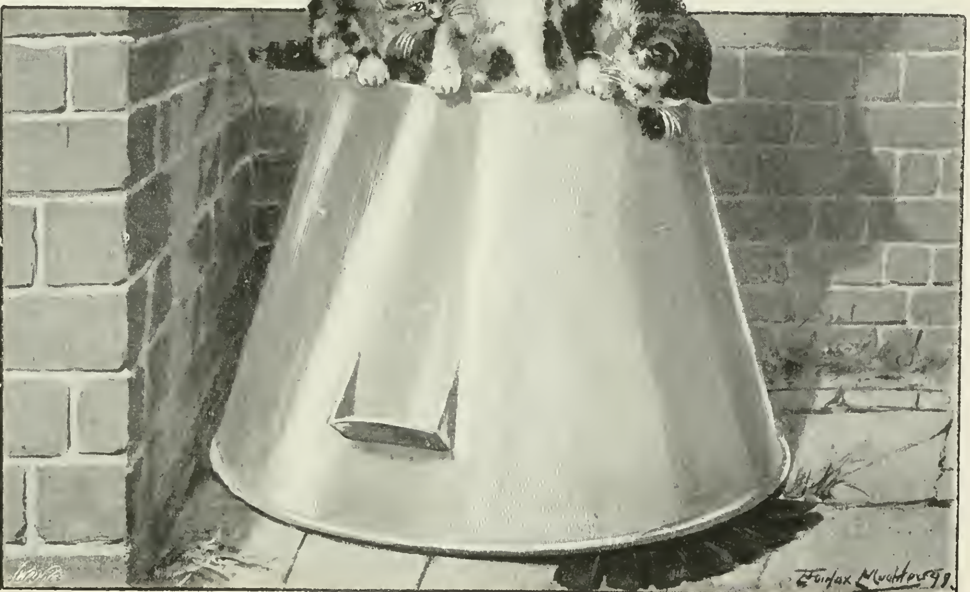
2. ¡AY, QUÉ RISA Y QUE SUSTO!

Una bromita en cuatro cuadros.

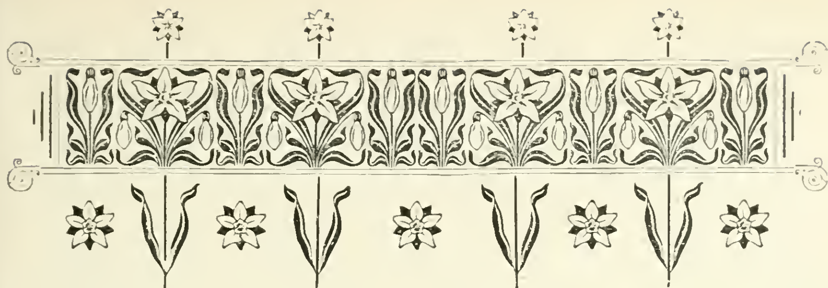


5. ¡A QUE LES SACO!...

Una bromita en cuatro cuadros.



4. ¡COPADO!... AHORA, ¿QUIEN SE RIE?



La Hermandad de los Siete Reyes



La mosca asesina.



Mis ocupaciones científicas ya no me interesaban. Volví á mi casa en Regent's Park, pero pasaba el tiempo pensando en el horrible suceso de Nápoles y recordando mis terribles pruebas de años atrás.

Con entera libertad de conciencia formé el propósito de hacer traición á la infame Hermandad de los Siete Reyes, cuyos votos había abrazado tan locamente. En lo sucesivo mi vida estaría consagrada á dar á conocer al mundo los diabólicos hechos de Mme. Koluchy. Estaba convencido de que, al obrar así, ponía en peligro mi existencia, y sin embargo resolví no sosegar hasta que consiguiese entregar á aquella mujer y sus aliados á los tribunales de justicia, para que fuese juzgada como criminal por un Jurado inglés. Para lograrlo me era imposible trabajar solo. Me eran muy poco conocidas las leyes, y para procesar á una secta como la de Mme. Koluchy necesitaba la ayuda de un abogado inteligente. Por eso pensé que Colin Dufrayer,

el amigo con quien hablaba poco antes de mi apurado viaje á Italia, sería el único que podría ayudarme en la difícil tarea que pensaba emprender. Era uno de los abogados más hábiles de Londres.

Un día me dirigí á su bufete y tuve la suerte de encontrarle solo. En secreto le referí toda la historia. que escuchó con el más vivo interés. y al final me dijo:



ESCUCHÓ CON EL MÁS VIVO INTERÉS

—Siendo cierto todo eso. Head. usted corre más peligro que nadie.

—Lo comprendo. repuse; pero, no obstante. estoy resuelto. Voy á hacer la guerra á Mme. Koluchy.

Se quedó pensativo. y al cabo de un rato añadió:

—Si otra persona hubiera venido á contarme semejante historia, le hubiera contestado que había perdido el juicio. Ya sabemos que de vez en cuando aparece un desalmado criminal que se mofa de la justicia y la desgracia, pero casi parece increíble que esa mujer sea la

reina de una sociedad organizada contra las leyes de Inglaterra. Y aun suponiendo que sea así, ¿qué quiere usted que haga yo?

—Ayudarme, contesté: servirse de su talento, emplear los más sagaces agentes, los empleados de más larga práctica y de mayor confianza que usted conozca, para que vigilen á esa mujer de día y de noche y procuren obtener pruebas de su maldad.

Volvió Dufrayer á meditar, y luego dijo:

—Lo que ha sucedido en Nápoles será indudablemente un buen golpe contra la Hermandad, y si Mme. Koluchy es tan hábil como usted cree, permanecerá tranquila y sin meterse con nadie durante algún tiempo. De manera que lo mejor que puede usted hacer es estarse quieto por ahora y dejarlo todo en mis manos. De usted puede sospechar; de mí no, puesto que para nada me conoce.

—Cierto, respondí.

—Mientras tanto, Head, continuó diciendo mi amigo, debe usted distraerse un poco y procurar el restablecimiento de sus nervios. Esas cosas, sin duda, le han impresionado mucho. Está usted excitado, nervioso...

—Cualquiera lo estaría, amigo mío, repliqué, conociendo como conozco á esa mujer y habiendo sufrido los horribles disgustos que sufrí en mi viaje á Nápoles.

—Bien, concedido; pero, sin embargo, no conviene que se agite usted tanto. Esté usted tranquilo: le doy mi palabra de hacer cuanto sea posible para vigilar á Mme. Koluchy, y de avisarle á usted en cuanto llegue el momento crítico.

Tuve que conformarme con esto, y poco después me despedí de Dufrayer.

Pasé el invierno muy intranquilo, aunque sin oir ni saber nada de Mme. Koluchy. Mis temores fueron desapareciendo y volví á prestar atención á la ciencia, que constituía el encanto de mi vida y era un consuelo para mí, pero estaba de Dios que mi tranquilidad duraría poco.

En el mes de mayo del año siguiente recibí un día una carta de mi amigo, que decía así:

«Apreciable Head: Tengo dos invitaciones, una para usted y otra para mí, para comer y pasar la noche del viernes próximo en casa de sir John Winton, en Epsom. Supongo sabrá usted que su caballo Ajax es el preferido para el Derby. No deje usted de venir, porque su presencia es importante. Hay más de lo que usted puede suponer. Suyo afectísimo, *Colin Dufrayer.*»

Contesté por telegrama diciendo á Dufrayer que aceptaba la invitación, y el viernes señalado salí para Epsom, á donde llegué poco antes de la hora de comer.

Hacía algún tiempo que ya estaba allí Dufrayer, pero no pude hablarle á solas.

Al entrar en el salón vi que los convidados eran muchos. Sir John se adelantó á recibirme y me manifestó su satisfacción al verme en su casa. No teníamos intimidad, pues sólo algunas veces había hablado con él en el club. Estuvimos charlando un rato, y después me presentó á una joven de unos diez y ocho años de edad. Era alta y esbelta, de pelo y ojos negros y cutis blanco como la nieve. Su mirada inteligente, sus ademanes llenos de vivacidad, me agradaron muchísimo. A pesar de la alegría con que conversaba, me pareció notar en su rostro cierta expresión de tristeza que me llamó la atención. Conocía el mundo, á pesar de su corta edad, y no tenía pelo de tonta, como suele decirse. Llamábase Alison Carr.

La conversación recayó bien pronto en el asunto del día: el caballo de sir John y las próximas carreras.

—Ajax es un caballo magnífico, exclamó Alison entusiasmada. Todo el mundo le admira y yo le quiero mucho, pero si gana la carrera le querré más.

—¿Tiene usted mucho interés en el resultado de la carrera? pregunté.

—Todo mi porvenir depende de ella, contestóme bajando la voz. Luego añadió: sé que Mr. Dufrayer piensa confiar en usted. Muchas veces me ha hablado de usted, Mr. Head, y tengo sumo gusto en conocerle. Lo único que puedo decirle ahora es que mi situación no es de las más lisonjeras ni de las más tranquilas.

Me sorprendieron sus palabras, pero por entonces no pudimos hablar más.

Después de comer volvimos al salón y fuí á sentarme á su lado.

—Voy á enseñarle á usted mis fotografías, dijo después de un rato de conversación. Este verano he viajado por casi toda Europa y saqué algunas muy bonitas.

Trajo un álbum y nos entretuvimos examinando las fotografías, que, por cierto, estaban muy bien hechas. Alison charlaba por los codos, pero de pronto palideció y llevóse la mano á la frente.

—¿Le sucede á usted algo? la dije.

Por unos momentos permaneció callada, y comprendí que debía sufrir mucho. Luego contestó sonriendo:

—Ya se ha pasado. Sufro muchísimo de dolor de cabeza. Algunas veces parece una agonía terrible. Hubo un tiempo, no muy lejano, en que el dolor me duraba dos ó tres horas y temí volverme loca, pero desde que consulté á Mme. Koluchy...



HABRÁ USTED OÍDO HABLAR DE ELLA, DIJO ALISON

Me estremecí. La joven lo notó y dirigióme una mirada de asombro.

—Habrá usted oído hablar de ella, por supuesto, dijo. ¿Quién no conoce su nombre? Es la mujer más amable y más encantadora del mundo. Dicen que los médicos están llenos de envidia, y no me

extraña, porque hace unas curas maravillosas. Consulté casi á todos los doctores más afamados de Europa, y ninguno supo aliviarme; pero desde que visité á Mme. Koluchy sufro mucho menos y el dolor dura sólo unos instantes. ¿La conoce usted?

—Sí.

—Y le gustará á usted mucho, ¿verdad? continuó entusiasmada. A mí me parece la mujer más hermosa del mundo. Acaso también usted le haya consultado, porque es de advertir que, entre su clientela, hay muchos caballeros.

No respondí nada, y miss Alison continuó:

—No es solamente su belleza lo que entusiasma, es el inexplicable placer que una siente estando en su compañía. Yo, por mi parte, no puedo menos de confesar que, cuando no estoy á su lado, no me encuentro del todo bien. Parece como si me hubiera hipnotizado, aunque jamás intentó siquiera semejante cosa...

Vaciló y vi que temblaba, pero en esto se acercó una señora y cambió la conversación.

Era ya muy tarde cuando pude dirigirme al saloncito de fumar en busca de Dufrayer, á quien empecé por decir:

—¿Qué es lo que pasa, Dufrayer? ¿Por qué me ha llamado usted? Miss Alison me ha dicho que tiene usted algo que comunicarme. ¿Qué es ello?

—Siéntese usted, Head, repuso en tono algo grave. Tengo mucho que decirle.

—¿Ya sabe usted que miss Alison está bajo la influencia de madame Koluchy?

—Lo sé; y antes de proseguir, dígame usted qué le ha parecido esa joven.

—Es muy amable y muy bonita, y me parece que debe ser muy buena; pero tiene algún sufrimiento, según pude observar.

—Sí, un sufrimiento moral que luego explicaré á usted. Ahora hágame usted el obsequio de escucharme con atención. Hace próximamente un mes vino á visitarme Frank Calthorpe, sobrino carnal de sir John Winton y socio menor de la sociedad Bruce, Nicholson y compañía, los grandes corredores de Carrick Gardens. Le conocía algo, porque hace unos años me fué confiado un negocio de la sociedad, pero últimamente vino á consultarme un asunto particular suyo.

—¿Va usted á decirme qué asunto era ese?

—Sí; pero ante todo debe usted saber que Frank Calthorpe tiene pedida la mano de miss Alison.

—¿De veras?

—Hace tres meses que sostienen relaciones.

—¿Y cuándo se casan?

—Eso depende del resultado de las próximas carreras de caballos.

—No comprendo. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Para explicárselo tengo que contarle primero algo de la historia de esa muchacha.

Me recliné en la silla, disponiéndome á escuchar á Dufrayer, el cual comenzó así:

—El padre de miss Carr murió hace un año. Entonces tenía ella diez y siete, y aun no había salido del colegio. Cuando era muy niña quedó huérfana de madre. Henry Carr, que así se llamaba su padre, fué comerciante en la India, donde con su honradez y su trabajo llegó á reunir una fortuna. Al morir dejó cien mil libras esterlinas. Alison era la única hija de Carr, el cual tenía un hermano llamado Félix, á quien instituyó por testamentario y tutor de la joven. Con asombro de todos dejó mandado que los intereses del capital fueran para Alison, pero que el capital sólo le perteneciera bajo ciertas condiciones. La obligaba á vivir con su tío, y en el caso de que éste muriera, los intereses pasarían á su hijo mayor, si Alison no se atenía á las condiciones del testamento: pero si la joven llegaba á casarse como él quería, entonces el capital y los intereses serían para ella y para sus hijos. Las condiciones eran las siguientes: el que se casara con Alison debería asegurarla igual capital que el que él la dejaba, es decir, cien mil libras esterlinas, y añadir al suyo el apellido de Carr. Si una de estas dos condiciones no se cumplía Alison perdería los intereses del capital, y éste pasaría íntegro á su hermano Félix y al hijo mayor de éste. Parece que en este punto el padre de Alison era un poco raro. Dicen que muchas veces declaró que no pensaba reunir una fortuna para que un extraño la disipase. El que se case con mi hija, decía, ha de dar lo mismo que lo que reciba; de lo contrario, mi capital será para mi hermano.

Alison ha tenido varios pretendientes, pero ninguno fué de su agrado hasta que conoció á Frank Calthorpe, el cual en un principio tenía grandes esperanzas de poder cumplir la extraña condición del testamento y de asegurar á Alison igual suma que la que dejó su padre. Hace de esto tres meses, y de entonces data la parte más interesante de la historia. Calthorpe, como otros muchos que desean abrirse camino en el mundo, trabaja con grande interés para reunir una fortuna, y al efecto negocia en fondos públicos y valores del Estado y

juega fuerte en las carreras. Hasta hace poco le ha favorecido la suerte; pero desde que conoció á miss Carr y empezó á tratar con ella, las cosas han cambiado para él. Todo le sale mal: sus pérdidas son grandes, y hoy puede asegurarse que está casi arruinado.

Ultimamente le han ocurrido cosas tan extraordinarias, tan inexplicables, que no parece sino que alguna persona poderosa trabaja en contra suya haciéndole todo el daño que puede. A primera vista diríase que esa persona no puede ser otra que Félix Carr, pero no hay nada que lo pruebe; antes por el contrario, él ha sido quien más interés ha demostrado por que se realice el matrimonio de su sobrina, y hasta llegó á hacer algunos preparativos para la boda. Es verdad que Alison no le quiere y se rebela contra la exigencia de su padre que la obliga á vivir con él; pero la ha tratado siempre con cariño y se interesa mucho en los negocios de Calthorpe, que desgraciadamente van de mal en peor.

Hace unos quince días que Calthorpe supo fijamente que le hacían la contra en unas acciones que vendía á buen precio, y por fin tuvo que volver á comprarlas con una baja tremenda. Negociaba el asunto un corredor de la Bolsa, pero no se pudo saber quién era el cliente.

El miércoles próximo es el día fijado para las carreras de Derby, y Calthorpe espera reponerse en ellas de las pérdidas y quebrantos sufridos. Al efecto ha puesto por Ajax, por término medio, cinco contra uno; de manera que vendría á ganar unas cien mil libras esterlinas sólo con el caballo, y entonces pudiera casarse con Alison. Si Ajax pierde la carrera, la ruina de Calthorpe será tan completa como inevitable.

—¿Qué le parece á usted el caballo? pregunté.

—Magnífico, excelente, lo mejor que se puede pedir. Procede de la raza de Trumpeter, del coronel Gullingham, que ganó el Derby el año último, además del gran premio de dos mil libras y la carrera de Saint-Leger. No hay otro de mejor raza, por lo cual el triunfo se considera casi seguro.

—¿Tiene usted algún motivo para sospechar de Mme. Koluchy?

—Ninguno. No hay duda de que Calthorpe tiene un enemigo, pero hace falta averiguar quién es. Como he dicho antes, parece lo más natural que fuera Félix Carr, pero tampoco existe contra él sospecha ninguna. Además, Félix es rico y no debemos pensar que deliberadamente tratase de destruir la felicidad de su sobrina. Mme. Koluchy es, por supuesto, muy capaz de todo; pero aun sospechando de Félix, creo que éste no la conoce siquiera.

—Pero sí la conoce su sobrina, exclamé. Es más, la consulta y está bajo su influencia.

—Lo sé, repuso mi amigo, y he estudiado ese punto con interés. El mero hecho de que Alison la visita dos ó tres veces por semana, y probablemente la confía todas sus penas, no da pie para sospechar de Mme. Koluchy. Sin embargo, la espiaremos; porque, después de lo que usted me tiene contado, repito que la creo capaz de todo. Ahora lo que más interesa es el Derby. Si Ajax ganase la carrera, el enemigo de Calthorpe, sea quien fuere, vería completamente frustrados sus planes.

A la mañana siguiente, sir John nos llevó á las caballerizas, á las que vino con nosotros miss Alison. Sacaron el caballo para que le viésemos, y no puedo menos de decir que rara vez se ve un ejemplar tan hermoso, tan excelente. Como Dufrayer me había dicho, era de color castaño claro, con manchas negras. Su ancha frente, sus brillantes ojos, su morro negro y sus dilatadas narices demostraban la sangre árabe que corría por sus venas, mientras que su largo y esbelto cuerpo y sus prolongados remos parecían formados exclusivamente para correr con la mayor velocidad. Nuestra admiración no tenía límites cuando se encabritaba orgullosamente ante nosotros, como si pretendiera lucir sus elegantes formas. Miss Alison, muy entusiasmada, se acercó al caballo y le acarició la frente. El brioso animal volvió hacia ella sus brillantes ojos y devolvió la caricia, poniendo el hocico entre las manos de la joven.

—Tengo la completa seguridad, dijo sir John, de que ganará la carrera. Si así no fuese, no me fiaría jamás en las apariencias de ningún caballo.

Después de un rato llamó al mozo de cuadra, y repitiendo las órdenes dadas ya muchas veces, de que se le tratase con mucho cuidado, mandó volver el animal á su sitio y nosotros regresamos á casa.

En el camino me acerqué á miss Alison, la cual me dijo:

—¿No cree usted que triunfará Ajax? Yo estoy segura de que sí. ¿Ha hablado usted con Dufrayer? añadió luego.

—Sí, anoche, contesté.

—¿Y comprende usted ahora la agitación en que vivo?

—Sí, la comprendo; pero creo que puede usted estar tranquila. Entiendo algo de caballos, y casi casi afirmaría que Ajax saldrá triunfante.

—¡Si le oyera á usted Frank! Ya sabe usted que todo le está saliendo mal, que todo parece haberse conjurado contra él. Por

supuesto, suceda lo que quiera, nos casaremos, aunque yo tenga que renunciar la fortuna de mi padre. Pero no lo creo, añadió en tono más alegre. Ajax obtendrá la victoria y nos salvará á los dos, á Frank y á mí.



MISS ALISON ACARICIÓ AL CABALLO

Calló de repente y miró el reloj.

—No sabía que era tan tarde, dijo. Estoy citada con madame Koluchy en su casa á las once de la mañana. Voy á suplicar á sir John que mande que me acompañen á la estación.

Se marchó precipitadamente y Dufrayer y yo quedamos solos.

Poco después volvimos á Londres, y el lunes siguiente recibí un telegrama de mi amigo que decía así:

Urgente. Venga usted á comer esta noche á las siete. *Dufrayer*».

Respondí que me esperase, y á la hora indicada tomé un coche y me dirigí á Shaftesbury Avenue. Llegué á casa de mi amigo poco antes de la hora de comer.

—Quiero que conozca usted á Calthorpe, me dijo Dufrayer. La mala suerte sigue persiguiéndole. Si pierde la carrera quedará completamente arruinado. A medida que la hora va acercándose su enemigo redobla los esfuerzos para perderle. ¡Ah! Ya está aquí.

Se abrió la puerta y apareció Calthorpe. Dufrayer me presentó y poco después fuimos al comedor.

Calthorpe era rubio, delgado y con el bigote espeso. Representaba unos veintiocho años de edad, y había en su semblante tal expresión de tristeza y abatimiento que me inspiró verdadera pena.

Mientras comíamos me miró dos ó tres veces con gran curiosidad, y en cuanto terminamos comenzó á hablar de lo que tanto nos interesaba.

—Dufrayer me ha hablado muchas veces de usted, dijo, y tengo muchísimo gusto en conocerle. Es usted amigo íntimo suyo y espero que lo será mío también.

—Le aseguro que sus asuntos me inspiran vivo interés, contesté; ya tengo noticias de lo mucho que arriesga usted en las próximas carreras de caballos. He visto á Ajax, que verdaderamente es un animal magnífico. Seguro estoy de que triunfará en la carrera, á no ser que...

Callé de repente, y clavándole la vista continué:

—¿No le parece á usted que sería bueno hacer lo que suele llamarse una contraapuesta, á fin de cubrirse y salvar la situación? Veo que esta noche las apuestas están á cinco contra cuatro.

—Si lo hiciera así, vendría á ganar, de todos modos, unas treinta mil libras; pero eso no es lo que yo quiero. Ya sé que Dufrayer ha enterado á usted de la crítica situación en que me encuentro y de las extrañas condiciones del testamento de Mr. Carr. No hay duda de que algún enemigo me persigue, tratando de hacerme todo el daño posible; pero si Ajax ganase la carrera, tengo bastante crédito para reponerme de las pérdidas sufridas y también para cumplir las condiciones del testamento. El caballo tiene condiciones para ganar la carrera, y la ganará: ¡vaya si la ganará!

—Por mi parte, repuso Dufrayer, ya he dicho á usted lo que opino acerca del asunto. Debe usted elegir lo más seguro y no abandonarlo. Demasiado arriesgó usted ya. En cuanto á la mala suerte que le per-

sigue, es de suponer que cambiará, créame usted; es cuestión de tiempo. Si se retira usted ahora, lo más que podrá suceder es que tengan ustedes que retrasar el casamiento, pero ganará usted por otro lado y acabará por poder cumplir las condiciones del testamento.



EL CABALLO GANARÁ, EXCLAMÓ CALTHORPE

Conozco bien á miss Alison y sé que le esperará. Si pierde usted ahora, ya sabe usted lo que sucederá. Acuérdese de aquello de que más vale pájaro en mano...

—Sería un pájaro muerto, interrumpió Calthorpe, y yo necesito un águila de oro.

Estaba nervioso, excitadísimo.

—Esta mañana fuí á ver á mi tío, continuó diciendo. Por supuesto, sir John conoce mi situación perfectamente, y á fin de ayudarme todo cuanto pueda, tiene bien resguardado al caballo. Los más antiguos y más fieles criados no se separan de las caballerizas ni de día ni de noche. Sea quien fuese mi enemigo, le desafío en ese punto: es imposible que haga ningún daño al caballo. Y á propósito, Dufrayer: quiero que asista usted á las carreras, y usted también, Mr. Head. Ya que tanto se interesan ustedes por mí, desearía que presenciaran mi triunfo.

Esto fué el lunes por la noche, y el miércoles era el día señalado para las grandes carreras del Derby.

El martes por la tarde, no pudiendo resistir mis deseos de ver á Calthorpe, fuí al club á buscarle.

Entregué mi tarjeta á un mozo, y mientras éste iba á dar aviso al sobrino de sir John Winton me entretuve leyendo los despachos que acababan de llegar acerca del Derby. Decían así:

«Ajax, á la par; cuatro contra uno, Estrella; once contra dos, Midgé; ocho contra dos, Daydawn».

Vino Calthorpe y le encontré muy desmejorado.

—Parece que todo va bien, dije para animarle. Veo que Ajax tiene un punto menos que esta mañana, pero supongo que eso no tendrá importancia.

—Ninguna, replicó. Las apuestas á favor de Estrella menudean pero no importa. Ajax sabrá triunfar de todos y sobre todos. Le vi esta mañana y estaba hermoso.

Un hombrecillo moreno, vestido de etiqueta, que sin duda había oído la conversación, se acercó á nosotros y dijo con voz desagradable:

—Tengo cien libras para apostar, Mr. Calthorpe.

—Y mil también, replicó éste sacando el libro de notas y apuntando la apuesta.

—Sea, añadió el hombrecillo. ¿Y su señor amigo, no quiere poner algo?

—No, gracias, contesté secamente.

Y prosiguió su camino sin añadir ni una palabra más.

—¿Quién es ese tipo? pregunté.

—Un desdichado que anda siempre en estas cosas. Hace apuestas para otros y por ese medio obtiene algunas ganancias.

—¿Y por qué apostará contra Ajax?

—No sé, dijo mi amigo con indiferencia. Mil libras más ó menos no significan mucho en estas circunstancias.

Apenas había pronunciado estas frases cuando se acercó Dufrayer.

—Vengo en busca de usted. Head, dijo después de saludar á Calthorpe. Fuí á su casa y allí supe que estaba usted en el club. ¿Pudiera usted venir conmigo? Necesito hablarle.

—¿Qué pasa. Dufrayer? preguntó Calthorpe ansiosamente.

—Nada de particular. Tengo que hablar con Head un momento. Volveremos en seguida.

Me cogió del brazo y juntos salimos del club.

—¿Qué hay? pregunté en cuanto estuvimos en la calle.

—Quiero que venga usted á mi casa. Está allí miss Alison y necesita hablar con usted.

—¿Alison? exclamé sorprendido. ¿Qué quiere?

—Pronto lo sabrá usted.

Tomamos un coche y pocos minutos después llegábamos á casa de Dufrayer.

Abrió éste con su llavín y nos dirigimos al gabinete, donde esperaba miss Alison, que se levantó precipitadamente al vernos.

—No hay un momento que perder, miss Alison. Haga usted el favor de repetir en presencia de Head lo que antes me dijo. exclamó Dufrayer.

—¿Pero cree usted que hay motivos para alarmarse? preguntó la joven muy abatida.

—Eso Head lo verá. Tenga usted la bondad de referírselo todo sin perder tiempo.

—Esta tarde, como de costumbre. comenzó diciendo la joven. fuí á casa de Mme. Koluchy, cuyo tratamiento me alivia mucho. Estuvo más amable que nunca y me aseguró que Ajax ganará la carrera. Ella sabe mejor que nadie cuán interesada estoy en que sea así. Estuve en su casa cerca de una hora, y cuando me disponía á marchar abrióse la puerta del gabinete y vi con sorpresa que era mi tío Félix quien entraba.

—¿Qué haces aquí? me preguntó con malos modos.

Antes que yo contestara, exclamó Mme. Koluchy:

—Hace tiempo que su sobrina es cliente mía. ¿Pero no ha recibido usted mi telegrama?

—No: cuando salí de casa no había llegado, contestó mi tío. Sufro cada vez más. añadió. y en el viaje me he constipado horriblemente.

Al decir esto sacó del bolsillo el pañuelo y estornudó repetidas veces.

—Bien, Alison, adiós, dijo Mme. Koluchy dirigiéndose á mí. No te desanimes.

Me besó en la frente y salí. Mi tío no hizo de mí el menor caso. En cuanto salí del gabinete cerraron la puerta, y lo primero que vi en el pasillo fué un papel que parecía el trozo de una carta. Reconociendo la letra de Mme. Koluchy lo recogí, y leí las siguientes palabras:

«Es inofensivo para el hombre, pero fatal para el caballo».



LEÍ LAS SIGUIENTES PALABRAS

No pude leer más, porque en el pedazo de papel no había más líneas. ¿Qué significan esas frases? No las entiendo, pero sin saber por qué me han impresionado mucho. Sin detenerme á más salí de la casa, tomé un coche y vine directamente aquí á consultar con Mr. Dufrayer, con la esperanza de que ustedes me tranquilizarían. ¿Verdad, Mr. Head, que esas palabras no pueden referirse á Ajax? Me han llenado de terror, pero creo que no tendrán importancia. Sin duda se referirán á otro caballo. ¿No lo cree usted así?

—Quisiera ver el papel, contesté.

La joven lo sacó del bolsillo y me lo entregó.

—¿Me autoriza usted para conservarlo?

—Sí por cierto. ¿Pero opina usted que hay motivo para alarmarse?

—Espero que no; pero, sin embargo, ha hecho usted bien en consultar con Dufrayer. Ahora tengo que pedirla un favor: que no repita usted á Calthorpe lo que acaba de decirnos.

—¿Por qué no?

—Porque sólo serviría para darle un nuevo disgusto. Yo me encargaré del asunto y espero que todo irá bien. No diga usted una palabra á nadie, absolutamente á nadie; que quede entre nosotros tres. Voy á empezar á trabajar en seguida.

La pobre joven estaba apenadísima; se puso más blanca que el mármol, y sus ojos, llenos de ansiedad, iban del rostro de Dufrayer al mío, como si quisiera penetrar nuestro pensamiento. Poco después se despidió de nosotros.

La acompañé hasta la puerta, se metió en un coche y desapareció.

—Me alegro muchísimo de que me haya usted avisado, le dije á Dufrayer. Ya comprenderá usted que todo esto es muy grave. Si Ajax ganase la carrera ese Félix Carr, á quien ni siquiera conozco, perdería el interés de las cien mil libras, además de perder toda esperanza de que su hijo herede el dinero más tarde. De manera que lo que le conviene es que Ajax sea derrotado. Luego, ¿por qué consulta á Mme. Koluchy? Por supuesto, lo de la salud es un pretexto. No me gusta nada, francamente, el aspecto que van tomando las cosas. Esa mujer es capaz de todo, y no hay que olvidar que sus conocimientos científicos son excepcionales. Por de pronto haré lo posible por evitar que esos conocimientos tengan aplicación en el caballo. Voy inmediatamente á Epsom á suplicar á sir John que me permita pasar la noche al lado de Ajax.

—Me parece bien, dijo Dufrayer. Usted mejor que nadie conoce á Mme. Koluchy y tiene motivos...

—Marcho ahora mismo, le interrumpí.

Salí de casa de mi amigo, tomé un coche para la estación Victoria y allí monté en el tren para Epsom.

A las diez de la noche entraba en casa de sir John, á quien extrañó mucho mi visita, y cuando pedí permiso para vigilar el caballo le sorprendió mucho más aún. Aunque al principio pretendía negármelo, no quise revelar lo que Alison nos había referido. Unicamente le dije:

—Sir John, tengo motivos muy poderosos para pedir á usted que me permita vigilar el caballo personalmente, mas por ahora no puedo

revelarlos. Las contrariedades que Calthorpe viene sufriendo se deben, sin duda, á una mano oculta que trabaja para perderle. Ya sabe usted el proverbio: Hombre prevenido vale por dos. ¿Quiere usted, sir John, que pasemos la noche juntos en las caballerizas?

—Con mucho gusto, dijo, aunque no veo qué motivos hay para alarmarse. Sin embargo, no dejo de comprender que, en vista de las circunstancias y de las respetables apuestas hechas por mi sobrino, debemos hacer lo posible para evitar una gran catástrofe. Iremos juntos.

Salimos de casa para dirigirnos á las caballerizas, y en el camino me dijo sir John:

—Creí que Alison hubiera venido con usted en el mismo tren, pero acabo de recibir un telegrama en el que me avisa que no la esperemos. Supongo que estará pasando la noche en casa de madame Koluchy. Y á propósito, Mr. Head, continuó, ¡qué mujer tan encantadora!

—¿La conoce usted?

—Vino á pasar el domingo con nosotros y estuvo amabilísima. Entiende mucho de todo, hasta de caballos. Es ilustradísima y tiene un talento excepcional.

—¿Vió á Ajax? pregunté temblando.

—Sí. La enseñé las caballerizas y estuvo admirando todos los caballos. Ajax fué el que más llamó su atención. En opinión de Mme. Koluchy, es indudable que ganará el Derby.

Llegamos á las caballerizas y pasamos la noche en vela.

A la mañana siguiente sacaron el caballo para que corriera un poco y me acerqué á examinarlo.

Parecía estar completamente bien.

—Este es el que ganará la carrera, exclamó el criado acariciando al animal. Llevará tres metros de delantera por lo menos.

Luego añadió algo preocupado:

—Lo que me extrañó anoche fué que no quiso comer nada.

—¿Cómo? dijo sir John alarmado. ¿No quiso comer?

—No, señor, no comió, lo cual no me hizo gracia ninguna, aunque ya sé que eso no importa mucho. Hoy parece que está bien.

—Traiga usted una zanahoria, dijo sir John.

El criado la trajo, pero Ajax se negó á comerla. Entonces sir John acarició al animal y le examinó atentamente las orejas y el hocico.

—Id en busca de Saunders, el veterinario, dijo dirigiéndose á uno

de los mozos. Y sobre todo. Dan, cuidadito con decir á nadie una palabra de esto. Si se llegara á saber algo, el daño pudiera ser muy grande.

—Descuide usted, señor, replicó el muchacho.



NO HAY POR QUÉ ALARMARSE, SIR JOHN

Y salió apresuradamente, volviendo á los pocos momentos acompañado del veterinario Saunders.

Éste, que parecía ser hombre inteligente, examinó al caballo con mucho cuidado.

Le tomó la temperatura, y después de reconocerle todas las partes del cuerpo se retiró diciendo con una sonrisa de satisfacción:

—No hay por qué alarmarse, sir John, está perfectamente bien. Que le den un buen pienso. Daré luego una vuelta por aquí, pero no tiene nada; está muy sano.

Se marchó el veterinario, y entonces sir John, como si le hubiesen quitado un peso de encima, me dijo:

—Confieso que me había asustado, pero veo que no hay nada que temer. Vaya, me voy á dormir un rato. ¿Quiere usted venir á casa? Necesita usted descansar.

—Gracias, no puedo; tengo que volver en seguida á Londres, y saliendo ahora podré alcanzar el primer tren.

Me dió un buen apretón de manos y marché á la estación.

En el camino iba pensando así: ¿Con qué motivo había visitado Mme. Koluchy las caballerizas? ¿Qué significaban las misteriosas palabras estampadas en el papel que yo llevaba en el bolsillo? ¿Qué nueva obra de maldad había ideado aquella terrible mujer? No hallé respuesta satisfactoria á estas preguntas, pero era indudable que no intentaba nada bueno.

—No me gusta nada el sesgo que van tomando las cosas, le dije á Dufrayer cuando fuí á verle á su casa. ¡Quiera Dios que mis temores sean vanos, pero lo cierto es que el caballo no come! Además, resulta comprobado que Mme. Koluchy estuvo el domingo en las caballerizas, y aunque sir John y el veterinario aseguran que Ajax no tiene nada, yo no me fío. Que no sepa nada Calthorpe, pero empiezo á desesperar del triunfo.

A las doce menos cuarto tomé un coche para la estación Victoria, y allí encontré á Calthorpe y miss Alison con algunos amigos y amigas.

Un momento después llegó Dufrayer.

Miss Alison estaba excitadísima y parecía querer interrogarme, pero yo evité toda conversación con ella. Calthorpe, por el contrario, se hallaba tranquilo. Tomamos asiento en el tren y éste partió para Epsom.

Al apearnos en la estación, un criado con librea se acercó á Calthorpe y le dijo:

—Sir John está en el hipódromo. Desea hablar con usted y con Mr. Head.

—Está bien. Dígale usted que vamos en seguida, respondió Calthorpe. Y volviéndose á Dufrayer, añadió:

—Dufrayer, hágame usted el favor de acompañar á Alison.

Y nos dirigimos al hipódromo.

—¿Qué pasará? exclamó agitado. Quiera Dios que no sea... Pero ¡cielos! ¿qué dicen? ¿Ha oído usted?

El gentío aumentaba por momentos, el barullo era grande. Mi amigo se había vuelto lívido.

—¿Ha oído usted lo que dicen? repitió maquinalmente.

Alargó el paso y le seguí.

El barullo era cada vez mayor; los hombres corrían de un lado para otro. Un maremágnum completo.

—¡Cinco contra uno por Ajax! gritó uno de los apuntadores, cuya voz fué apagada por el bullicio de la gente.

¿Se habían confirmado mis sospechas? Volví la cabeza para hablar á Calthorpe, pero éste había desaparecido. Dirigí la vista hacia las personas que ocupaban algunos breacks de lujo, y en uno de ellos vi á Mme. Koluchy que, con la sonrisa en los labios, parecía ser indiferente á todo.

—Indudablemente, Mr. Head, es usted un verdadero inglés, dijo saludándome. Ni su entusiasmo por la ciencia le impide á usted acudir á la fiesta característica de su nación. ¿Puede usted decirme qué significa este barullo? Parece que estos señores han perdido el juicio. ¿O es que esto forma también parte del programa?

—«Es inofensivo para el hombre, pero fatal para el caballo», contesté clavando la vista en su rostro.

Más serena que nunca, y dirigiéndome una sonrisa, añadió dulcemente:

—Hallaré la solución á su enigma cuando termine la carrera.

Sin decir palabra la saludé descubriéndome y marché de allí. Había visto lo suficiente; mis sospechas habíanse trocado en certidumbre.

Un momento después me reuní con Calthorpe, que estaba hablando con su tío.

—Todo se acabó, Head, dijo al verme.

—No seas niño, Frank, interrumpió sir John incomodado. Repito que no es nada; es imposible que el caballo esté enfermo. ¿Qué nos importa lo que digan malas lenguas? Has sido un loco en comprometer tanto dinero, y la verdad, bien merecido tendrías que cayera el caballo muerto en mitad del hipódromo. Pero no, eso no es posible. Ganará. ¡ya lo creo! Como que entre todos los que están aquí no hay otro caballo igual.

Calthorpe, murmurando algo entre dientes, marchó de allí.

—¿Qué es lo que pasa? pregunté yo siguiéndole.

—Que Saunders no está satisfecho del estado del caballo. Dice que tiene calentura, y sir John se empeña en que no es nada. De todos modos, pronto saldremos de dudas.



«ES INOFENSIVO PARA EL HOMBRE, PERO FATAL PARA EL CABALLO», CONTESTÉ.

Cuando nos acercamos á miss Alison la encontramos llena de ansiedad.

—No creo que haya temor, dijo Calthorpe para calmarla. Allá va la primera carrera.

La observamos sin interés alguno. Tan poco nos importaba que ni siquiera sabíamos cuáles eran los nombres de los caballos que en ella corrían.

El Derby estaba fijado para las tres, y no faltaban más que tres

minutos. Es imposible describir la animación que entonces reinaba en el hipódromo. Estrella estaba á la par. ¡Por Ajax! gritaban con insistencia, cinco contra uno. Hubo un momento de silencio: había caído la bandera.

Los minutos eran siglos para nosotros. ¡Qué cruel ansiedad! El griterío era horrible. Se oyeron vivas y aclamaciones. ¡Había terminado la carrera!

Estrella llegó el primero. Ajax se había parado casi en medio del hipódromo, y su jockey, desmontado, lo llevaba de la brida.

Veinte minutos después entramos Dufrayer y yo en el sitio donde estaban los caballos.

—¿Me permite usted reconocer á Ajax? dije, dirigiéndome al veterinario.

—Mucha práctica se necesita para saber lo que tiene, respondió: yo no lo comprendo.

Entré, reconocí al animal y poco tiempo bastó para que pudiera explicarme la significación de las palabras de Mme. Koluchy. Por desgracia era ya demasiado tarde y nada se podía hacer. Se había perdido la carrera y el caballo estaba condenado á muerte.

—¿Alguna mosca le ha picado á alguno de ustedes estos días? pregunté á los mozos de cuadra.

—Ya lo creo, contestó uno de ellos. Anoche mismo le dije á Sam que debe haber mosquitos en la cuadra. Mire usted, tengo hinchado el brazo.

—¡Quieto! exclamé de repente. ¿Qué es eso que tiene usted en la manga?

—Una mosca, respondió el hombre sorprendido.

—No se mueva usted, añadí, y extendiendo el brazo cogí la mosca con la mano. Traed un vaso inmediatamente, necesito examinarla.

Se parecía mucho á la mosca común. Unicamente se diferenciaba en las alas, que eran más largas, y en el color, muy parecido al de la abeja.

—Esta mañana, dijo Sam, maté yo en la cuadra una mosca igual que esa.

—¿Cuándo le picó á usted?

—Creo que fué anteayer, pero no puedo asegurarlo. También le picó á Daniel, y por cierto que nos extrañó mucho que hubiera moscas en este tiempo.

Llamé á Saunders y volvimos á reconocer á Ajax, el cual presentaba ya señales inequívocas de la malaria.

—¿Comprende usted lo que tiene? preguntóme el veterinario.

—Con esta mosca á la vista, dije, me queda poca duda. El caballo morirá dentro de seis días; no tiene remedio. Ha sido picado por una mosca *tsetse* del Sur de Africa, la conozco muy bien.

Mis palabras cayeron como una bomba entre la concurrencia.

—«Es inofensivo para el hombre, pero fatal para el caballo», murmuré maquinalmente.



¡QUIETO! EXCLAMÉ DE REPENTE

Toda la diabólica obra de Mme. Koluchy quedaba revelada. Sin duda ella misma había llevado las moscas á la cuadra el domingo.

—Cuiden ustedes de los restantes caballos, dije á los mozos. Si no les han picado ya, será mejor que los saquen de la cuadra en seguida. En cuanto á Ajax, es caballo muerto.

Aquella noche comimos juntos Dufrayer y yo.

—¿Qué será ahora del desventurado Calthorpe? dijo Dufrayer.

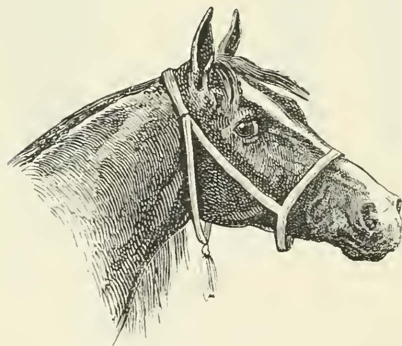
—Creo que sabrá recobrar el dinero perdido y que llegará á casarse con miss Alison. Por mi parte pienso ayudarle todo cuanto pueda, aunque sólo fuese por hacer la guerra á Mme. Koluchy.

—Y á propósito, repuso mi amigo. Con ese trozo de papel que usted posee, y comprobada la visita hecha por Félix Carr á esa infernal mujer, ¿no pudiéramos *empapelarlos* á los dos?

—Lo dudo. Necesitamos un caso más concreto y con mejores pruebas.

—De todos modos, veo que tenía usted razón al asegurar que esa mujer es muy temible. Es preciso que la pongamos en manos de la justicia, y puede usted contar conmigo para desbaratar sus horribles maquinaciones. Trabajaremos juntos hasta conseguir que el peso de la ley caiga sobre ella.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Hojas del diario del Doctor Moreno



El séptimo escalón.

Por el mes de septiembre de 1895 supe que de Cádiz salía un vapor de pasajeros con rumbo á San Petersburgo, y mi sempiterno afán de viajar y recorrer nuevos países, unido á la necesidad que sentía de descansar un poco de mis numerosas ocupaciones, me hizo tomar pasaje en él. Al efecto me dirigí á Cádiz el mismo día en que recibí la noticia, y el 12 salimos con un tiempo hermosísimo. La mar estaba tan serena, tan apacible, que á pesar del gran número de pasajeros, el joven médico del buque tenía muy poco que hacer.

Entre todo el pasaje sólo una persona me llamó la atención: una joven de diez y ocho á diez y nueve años de edad, que en una silla de mano había sido traída al vapor poco antes de zarpar éste. Me pareció que debía estar paralítica de medio cuerpo abajo, porque no podía tenerse en pie. Durante los dos ó tres primeros días no salió de su camarote; pero después, la enfermera que la acompañaba la subía diariamente á cubierta. Recostada en su canapé pasaba el tiempo leyendo ó bordando, sin hacer caso de nadie ni, al parecer, ocuparse para nada de los demás pasajeros. Por lo general, la enfermera no se movía de su lado. Era una mujer que representaba unos treinta y ocho ó cua-

renta años de edad, con la cara arrugada y pecosa, cejas altas y escasas, delgados labios, contraídos siempre fuertemente, y el pelo de un color castaño rabioso. El conjunto resultaba antipático y repulsivo.

No tardé mucho en enterarme de que la joven se llamaba Dorotea Forama, que era hija de un comerciante riquísimo y que se dirigía á San Petersburgo á visitar á un hermano de su padre, afamado médico en la capital de Rusia.

Pocos días después, al pasar una mañana por la puerta de su camarote, sentí el ruido de un frasco que se rompió al caer al suelo, y en seguida, pasos precipitados que se detuvieron cerca de la puerta, como si alguien escuchara atentamente. Desde luego supuse que sería la enfermera de la señorita Dorotea, que al preparar alguna medicina para ésta había dejado caer el frasco y quiso enterarse de si alguno había oído el ruido.

Seguí mi camino, pero ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme un momento después cara á cara con la enfermera! No pude reprimir un gesto de sorpresa, pero no me atreví á decirla nada. Pasó casi rozando conmigo y desapareció.

¿Qué ruido sería aquel? ¿Quién andaría en el camarote de la señorita Dorotea? El médico me había dicho que tenía las piernas enteramente paralíticas y que no podía tenerse en pie. No hablaba con nadie á bordo. ¿De quién, pues, eran los pasos que había sentido?

Me chocó mucho y no pude menos de pensar en ello durante un rato: pero de repente se me ocurrió que podía ser alguna de las criadas del buque, y lo olvidé todo. Aquella misma tarde, y por pura casualidad, me encontré cerca de la enferma, que hasta entonces no había cruzado conmigo la menor palabra. Súbitamente levantó la vista, y fijando en mí sus hermosos ojos negros me habló así:

—¿Puede usted atenderme un momento?

—Todo lo que usted quiera, señorita, dije acercándome más. ¿En qué puedo servir á usted?

—Tenía deseos de hablar con usted porque sé que es usted el doctor Moreno, muy conocido en Madrid por su reputación.

—Tengo allí una clientela muy numerosa, es verdad.

—Supongo que hará usted este viaje por puro recreo.

—Soy muy aficionado á viajar, señorita.

—Entonces es inútil, porque...

—¿Qué pensaba usted decirme?

—Deseaba consultar con usted: pero si ha emprendido usted el viaje para recrearse, no está bien que yo le moleste.

—No es ninguna molestia, señorita; al contrario. Si en algo puedo servir á usted, tendré muchísimo gusto en ello. ¿Pero no está usted al cuidado de D. Eduardo?

—Sí, pero eso no importa.

En esto se acercó la enfermera trayendo una toquilla blanca y un libro.

—Gracias, María, dijo la joven. Por ahora no necesito otra cosa.

Cubrió la enfermera con la toquilla los hombros de la joven, la entregó el libro y se retiró después de dirigirme una mirada escudriñadora.

—Ya ve usted que estoy paralítica, exclamó Dorotea, reanudando la conversación que conmigo había entablado.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—Sufro mucho, añadió, y voy á San Petersburgo á ver á mi tío que ejerce allí la profesión de médico. Mi padre tiene grande empeño de que consulte con él. Acaso le conozca usted. Es el doctor Forama, médico de la Corte.

—No recuerdo su nombre en este momento, pero tal vez le conozca.

—Dicen que es hombre muy inteligente y que ocupa brillante posición. Pero todavía tardaremos muchos días en llegar á San Petersburgo y no me encuentro bien. Cuando embarqué en el *Adriano* no sabía que una eminencia como usted se hallaba entre los pasajeros. Si usted hiciera el favor, señor D. Arturo... Creo que D. Eduardo no tendría inconveniente.

—También yo creo que no lo tendrá. De modo que si usted lo desea, pudiera ponerme de acuerdo con él.

—Gracias, pero lo que yo quiero es que usted solo se encargue de mí. No es una consulta lo que deseo.

La miré sorprendido.

—Vamos, doctor, no se niegue usted, añadió en tono suplicante.

—Consultaré con D. Eduardo.

—Yo quisiera que usted solo sea el que me atienda.

—Lo siento, respondí, pero en estas circunstancias sería imposible.

—¿Por qué?

—Porque la cortesía y hasta la costumbre exige que intervenga el médico con quien primeramente consultó usted.

—¡La cortesía! ¡La costumbre! Antes que todo debe estar la salud de un enfermo.

—Dispense usted; tendré sumo gusto en hacer lo que pueda, pero ha de ser en compañía de D. Eduardo.

—¿Forzosamente?

—No hay remedio.

—¿Y si D. Eduardo consintiera en que usted se encargase de mí?

Quiso la suerte que en aquel momento apareciese por allí el médico, el cual, á una ligera indicación de Dorotea, se acercó á nosotros.

Me retiré mal humorado, pues comprendí que la joven era histérica y me daría mucho que hacer si llegaba á encargarme de su curación.

Un rato después vino D. Eduardo á buscarme y me dijo:

—He hablado con la señorita Forama, la cual tiene grandes deseos de consultar con usted; pero parece que usted se ha negado á examinarla si no es en mi compañía. Le ruego que prescinda de todo género de cumplidos. La pobre muchacha me inspira viva simpatía, y tendría sumo gusto en saber qué opina usted de su enfermedad.

—Si usted no tiene inconveniente la veré, y después hablaremos los dos. Por de pronto, estoy convencido de que es muy nerviosa.

—Mucho, y no cabe duda ninguna acerca de su enfermedad. Tiene paralizadas las extremidades inferiores y no puede hacer uso de ellas ni tenerse en pie.

—¿La reconoció usted detenidamente cuando vino á bordo?

—Reconocerla precisamente, no; no me pareció necesario, porque en seguida comprendí que lo que padece es una parálisis espástica y no quise molestarla.

—Bien: pues ya que usted desea conocer mi opinión, la veré.

—Mucho se lo agradezco.

—¿Tiene usted á bordo alguna batería eléctrica?

—Tengo una no muy excelente, pero que creo servirá para el caso. ¿Quiere usted ver á la joven mañana á primera hora?

—Sí, cuanto antes mejor.

Estuvimos charlando un rato más hasta que se retiró para atender á sus obligaciones.

Aquella noche hubo baile á bordo. Se pusieron toldos en la cubierta y se hizo un derroche de luz eléctrica. Cuando yo subí la música preludiaba un vals, á cuyos compases bailaban algunas parejas. Lo primero que se me ocurrió fué enterarme de si Dorotea había subido también. Efectivamente, la vi reclinada en el canapé de siempre. Estaba sentada á su lado la esposa del capitán, y éste de pie á poca distancia de las dos. Vestía Dorotea un bonito traje de seda de color de rosa oscuro, con mangas largas, cerrado en el cuello. El color la caía bien y hacía resaltar la blancura de su cutis y el brillo de sus ojos negros; era una mujer bellísima.

Cuando el capitán me vió quiso presentarme á la joven, la cual, sonriendo dulcemente, dijo:

—D. Arturo y yo nos conocemos ya, capitán. Y me invitó á que me sentara á su lado.

Estaba la joven muy animada aquella noche. Se expresaba siempre con facilidad y agudeza, y pronto comprendí que era mujer de talento y de muy esmerada educación. Además era muy observadora.

Transcurrido un rato, el capitán y su esposa se retiraron y yo quedé solo con ella.

—No se vaya usted, dijo viendo que me levantaba para marcharme: tengo que hablar con usted. D. Eduardo no tiene inconveniente en que usted se encargue de mí. ¿Se arregló usted con él?

—Sí, le he visto, contesté, y ha tenido la bondad de decirme que se alegrará mucho de que consulte usted conmigo. De manera que estaré á su disposición cuando usted quiera.

—Mañana á primera hora, ¿le parece á usted?

—Muy bien. ¿Pero sabe usted una cosa? Que en este momento nadie diría que está usted enferma.

—Es que ahora estoy muy excitada. Y añadió bajando la voz: ¿Está por aquí la enfermera?

—No la veo, repuse.

—¡Ay! No puede usted figurarse el temor que me inspira esa mujer.

Aquella confesión me extrañó muchísimo. Vi que la joven temblaba al decir aquello, y ya estaba á punto de contestar cuando vino á sorprendernos una voz áspera y desagradable.

—Señorita Dorotea, es ya hora de acostarse, dijo la enfermera, presentándose como por escotillón.

—Permítame usted que la ayude á levantarla del canapé, me atreví á decir.

—Gracias, repuso la enfermera con voz aun más áspera, no es necesario. Me arreglo sola perfectamente.

Se colocó detrás del canapé, y empujándolo hacia adelante la condujo hasta la entrada del camarote. Allí levantó en brazos á la joven, como si fuera una criatura, y pronto desapareció de mi vista.

Durante la noche no pude olvidar á Dorotea, á quien no acababa de comprender. Era simpática, tenía atractivos y, sin embargo, no me inspiraba confianza. No podía menos de admirar su belleza, aunque á veces me parecía notar algo desagradable en sus ojos y poca sinceridad en sus palabras. ¿Sería posible que su parálisis fuese fingida? ¿Por qué tenía tantísimo empeño en consultar conmigo solo?

A la siguiente mañana, á primera hora, se acercó á mí la enfermera diciendo:

—Señor doctor, la señorita Dorotea desea saber cuándo podrá usted visitarla.

—Dígala usted, respondí, que pasaré á su camarote dentro de diez minutos.

Se retiró y fuí en busca de D. Eduardo.

—¿Está en buen orden su batería eléctrica? le pregunté.

—Pase usted á mi despacho y la veremos, contestó.

Examinamos la batería y la ensayamos. Funcionaba admirablemente. La cogí y me encaminé al camarote de la joven. La enfermera me esperaba cerca de la puerta. Tomó la batería y la colocó sobre una mesita al lado de la enferma. En seguida, con gran extrañeza mía, se marchó cerrando suavemente la puerta. Me volví á mirar á Dorotea y vi que estaba excitadísima, pálida.

—Haga usted el favor, me dijo con impaciencia, de reconocerme pronto.

—Estoy esperando que vuelva la enfermera, repuse; tengo que hacerla algunas preguntas.

—No espere usted, porque no volverá. La he mandado yo que se retire.

—Pues es una tontería muy grande; es necesario que esté aquí, porque no puedo aplicar la batería sin que ella me ayude. Con su permiso voy á llamarla.

—¡No, no! No vaya usted, exclamó.

La miré con sorpresa, y de repente se me ocurrió una idea. Aparté la mesita sobre la que se hallaba la batería y me puse al pie del canapé.

—Es inútil reconocerla á usted, dije, porque...

—¿Por qué? preguntó alarmada.

—Porque no está usted paralítica, ¡ea!

—¡Dios mío! exclamó aterrada. ¿Cómo lo sabe usted?

Se puso lívida, cubrióse el rostro con las manos, comenzó á temblar y añadió:

—¡Ah! María tenía razón. No quise creer que fuera cierto.

—¿De manera que he descubierto la verdad?

—Sí, por desgracia, la ha descubierto usted.

En seguida, y dando un salto, se levantó del canapé, se puso delante de mí y me dijo:

—Estoy tan sana como usted; pero dígame, doctor, ¿en qué lo ha conocido usted? ¿cómo lo ha descubierto?

—Siéntese usted y hablaremos.

—¿Es cierto, me preguntó, que ayer mañana oyó usted en mi camarote el ruido de un frasco cuando cae al suelo?

—Oí un ruido que á eso podía atribuirse.

—¿Sintió usted además el ruido de mis pasos?

—Sentí pasos de alguien, pero no creí que fueran los de usted.

—María me aseguró que lo sabía usted todo, pero abrigué la esperanza de que no fuese así. Llegué á creer que estaría equivocada.

—No comprendo cómo pudo saber ella que yo me había enterado. Es verdad que me encontré con la enfermera pocos minutos después de haber oído el ruido, pero nada la dije. ¿Cómo es posible que adivinara mi pensamiento?

—Creyó adivinarlo en la mirada de los ojos de usted.

—No deja de ser raro.

—La enfermera es muy lista y nada se le escapa: es verdaderamente extraordinaria su penetración. Yo la temo mucho, tiemblo cuando se acerca á mí. Mi vida á su lado es un infierno.

—No se excite usted tanto y respóndame: Si tanto la teme usted, ¿por qué viaja con ella? ¿y por qué se ha empeñado en que todos la tengan por paralítica, cuando en realidad goza usted de perfecta salud?

—¡De perfecta salud! exclamó estremeciéndose. Sí, gracias á Dios, no sufro físicamente, pero la angustia de mi alma es horrorosa.

—No comprendo...

—No puedo decírselo ni tampoco puedo declarar por qué tengo que sufrir la presencia de esa mujer. Pero no importa, añadió en tono fingido. Comprendo que tiene usted formado de mí muy mal concepto; pero si supiera la verdad, toda la verdad, le inspiraría á usted lástima y compasión. Ahora escúcheme usted. Sólo disponemos de unos momentos, porque va á volver María y necesito que usted me oiga antes de que ella vuelva. María estaba convencida de que usted había adivinado mi secreto: tuve esperanzas de que no fuese así, pero ella tenía razón. El primer día que subí á cubierta creí notar en su mirada que acabaría usted por comprender mi fingimiento, por eso no quise hablar con usted ni con ninguno á bordo. Ayer le pedí esta entrevista porque quería saber fijamente si había usted penetrado mi secreto, si estaba enterado de que la parálisis no existía. Siendo así, no me quedaba otro remedio que implorar su compasión. Ahora comprenderá usted por qué no quise que D. Eduardo estuviera presente.

—Lo comprendo, pero no me explico á qué puede obedecer la conducta de usted ni qué motivos tiene usted para representar esta farsa.

La joven se puso encendida, y sin atreverse á mirarme á la cara, con voz trémula y vacilante, dijo:

—No soy muy feliz en mi casa; tengo una madrastra que me trata muy mal, y deseaba á todo trance separarme de ella y ver algo de mundo. El hermano de papá, como ya sabe usted, es médico afamado en San Petersburgo, donde ocupa una brillante posición. No le conozco, no le he visto nunca y sentía vivos deseos de visitarle. ¿Cómo me valdría para hacerlo? Fingiendo una parálisis, en cuya enfermedad es especialista mi tío.

—¿Y cree usted que á éste será cosa fácil engañarle?

—No pienso intentarlo siquiera. Cuando sepa la verdad me perdonará de todo corazón.

Parecía haberse tranquilizado con aquella confidencia, y estaba hermosísima.

—Y ahora que lo sé todo, la dije, ¿qué pretende usted de mí?

—Que guarde usted el secreto, que no se lo revele á nadie, absolutamente á nadie.

—¡Imposible! Yo no puedo engañar á D. Eduardo.

—Pues hay que engañarle; no sabe ni sospecha nada. ¡Tenga usted compasión, no le pierda usted á él!... Pero ¿qué digo? añadió temblando. ¡No sé lo que me pasa! ¿Qué pensará usted de mí?

—Pienso que está usted muy nerviosa y que quizás no se da cuenta exacta de lo que dice.

—Sí, es verdad; estoy excitada, no me doy cuenta... Sí, sí, tiene usted razón. Pero, ¡por Dios! le ruego que no le diga usted nada al médico. Tengo motivos muy poderosos para suplicárselo á usted. Pronto llegaremos á San Petersburgo. Espere usted, por lo menos, hasta entonces. Prométamelo usted, doctor. Una vez allí no me importa tanto, puede usted decírselo á todo el mundo. Pero respete usted mi secreto hasta que desembarque en Rusia.

Tanta insistencia, tanto empeño, me hicieron creer que la explicación que había dado de su extraña conducta era también falsa.

—Doctor, añadió temblorosa, prométame usted... por Dios se lo pido. Vuelve María... déme usted su palabra antes de que abra la puerta.

—Lo pensaré, lo pensaré. Es muy grave lo que usted me exige.

Abrí la puerta y entró la enfermera.

Aquella tarde, como era de esperar, el médico vino á preguntarme qué opinión había formado de la enfermedad de la Srta. Forama.

—No puedo decírselo claramente, respondí. Hay en todo ello un

misterio que, accediendo á las súplicas de la joven, no debo revelar á nadie hasta que haya desembarcado en San Petersburgo.

—¿Pero cree usted que es posible que se cure? añadió sin sospechar ni remotamente cuál era la verdad.

—Sin duda alguna; pero la historia es larga y un tanto extraña, y no puedo hablar ahora con toda franqueza. Mientras tanto, nada podemos hacer por la señorita Dorotea. Es muy nerviosa y debe permanecer sobre cubierta todo el tiempo posible.

El médico tuvo que conformarse con esta breve explicación.

Por mi parte, en cuanto volví á ver á la joven me acerqué á ella y la dije en voz baja que había resuelto acceder á sus deseos: guardaría el secreto mientras permaneciese á bordo.

—Se lo agradezco muchísimo, doctor, contestó sin poder disimular su alegría.

Desde entonces fué la mujer más animada y más alegre.

Cuando llegamos á San Petersburgo, una de las primeras personas que vinieron á saludar á los viajeros fué el doctor Forama. Era un anciano de tipo arrogante y aristocrático, que aun llevaba muy bien el peso de los años. Por casualidad presencié el encuentro con su preciosa sobrina, á la cual besó en la frente: cosa que no debió agradar á Dorotea, á juzgar por el gesto que hizo. Hablaron durante unos momentos, hasta que se acercó la enfermera y la tocó en el brazo. Poco después me avisaron que la Srta. Dorotea deseaba verme.

—D. Arturo, me dijo, ha de permitirme usted que le presente á mi tío el doctor Forama. Tío, añadió dirigiéndose á éste, tengo mucho que agradecer al doctor Moreno; me ha dedicado grandes atenciones durante el viaje.

El doctor contestó afablemente y me invitó á que fuese á verle á su chalet de la avenida de Nitowski. Estuve á punto de rehusar la invitación, pero una insinuante mirada de Dorotea me detuvo: parecía suplicarme que aceptase.

—¿Vendrá usted, no es cierto? preguntó.

—No puedo permitir que se niegue usted, D. Arturo, agregó el doctor. Tengo sumo gusto en saludarle como amigo y como compañero, y no dudo que pasaremos buenos ratos hablando de cosas que nos interesan á los dos. Aprovecharé la ocasión para ofrecer á usted mi laboratorio, que tiene fama de no ser malo. Vamos, D. Arturo, nos hará usted el favor de comer con nosotros esta noche.

—Muchas gracias: iré.

Forama se separó de nosotros para hablar con el capitán del buque.

la enfermera bajó al camarote en busca de los equipajes y quedamos solos Dorotea y yo.

—Haga usted el favor de acercarse, me dijo; tengo algo que comunicarle en secreto.

La obedecí, aunque su manera de proceder me extrañaba cada vez más.

—Ha sido usted muy amable conmigo, prosiguió, y le estoy sumamente reconocida. Ahora tengo que pedirle un nuevo favor, que espero será el último.

—Usted dirá.

—Que no cuente usted nada á D. Eduardo hasta que vuelva usted de casa de mi tío esta noche. Tengo motivos muy poderosos para suplicárselo.

—Lo más probable será que no tenga ocasión de verle, puesto que pienso desembarcar en seguida para visitar la ciudad.

En aquel momento se acercó la enfermera. Traía en las manos mantas de viaje, paraguas y varios paquetes, entre los que llamó mi atención una cajita dorada que parecía pesar mucho. Al acercarse á nosotros tropezó con un saliente de la cubierta, y seguramente hubiera caído si no acudo yo á sostenerla. Lo que sí cayó fué la cajita, la cual se abrió, y los papeles y cartas que contenían quedaron desparramados por el suelo.

Me incliné para recogerlos, pero la enfermera me los arrebató con tanta violencia que no pude menos de mirarla sorprendido. Al entregarle el último papel vi escrito con letra menudita, aunque muy clara, el nombre de *Olga Waderowski*, y un poco más abajo el mismo nombre escrito en letra rusa, con el núm. 7. Al cogerlo y comprender que yo me había enterado de aquel nombre me lanzó una mirada terrible que me llenó de asombro y que más tarde tuve ocasión de recordar. La señorita Dorotea, poniéndose lívida, no pudo reprimir una exclamación de horror.

En esto llegó Forama, y diciendo que sin duda el viaje había fatigado mucho á su sobrina la dió un estimulante. Pocos minutos después salieron los tres del vapor.

Aquella noche, á la hora indicada, me dirigí al chalet del doctor, situado en la avenida de Nitowski. Un criado que salió á recibirme me condujo á una habitación del primer piso, amueblada con mucho lujo, con esplendidez, hablando más propiamente. En el momento en que me disponía á pasar al salón se presentó Dorotea elegantemente ataviada. Vestía un magnífico traje de seda negro, adornado con pre-

ciosos encajes, y en el pelo, en el cuello y en el pecho llevaba deslumbrantes alhajas.

Entró con sigilo y sin hacer el menor ruido, y al verme levantó la mano para imponerme silencio.

Cerró la puerta suavemente, y acercándose á mí me puso en la mano un papel. En seguida se volvió como para marcharse, pero yo la detuve diciendo:

—¿Hace usted el favor de explicarme qué significa esto?

—En ese papel lo verá usted, contestó. ¿No me ve usted? Ya estoy bien, perfectamente bien. Le he contado á mi tío el fingimiento de la parálisis. Pero, ¡por Dios! no me detenga usted ahora. Si me descubren somos perdidos.

Sin saber por qué me estremecí al quedarme solo. Cerré la puerta con llave y me puse á leer el papel que me había entregado Dorotea, que decía así:

«No recibimos ni tenemos compasión de nadie. Su suerte quedó casi decidida cuando descubrió usted el secreto de mi fingida parálisis, y cuando esta mañana al caer los papeles en la cubierta del buque se enteró usted de mi verdadero nombre, quedó definitiva é irrevocablemente resuelta. El que descubra el secreto de mi llegada á Rusia tiene que morir. Por aquellos que jamás cambian de parecer se ha decretado que no salga usted vivo de aquí. Es inútil que trate usted de escaparse, porque todas las puertas están bien vigiladas, y aunque consiguiera usted salir á la calle, tenemos hartos amigos que se encargarían de ejecutar la sentencia. Lo que de nosotros ha descubierto usted basta y sobra para decretar su muerte. Morirá usted. Desde el principio comprendí yo lo que había de suceder, y sentí viva compasión y simpatía hacia usted. Si me es posible, le salvaré. Para ello tendré que arriesgar mi propia vida, pero ésta importa poco. Aquí apreciamos poco la vida y estamos siempre dispuestos á perderla. Quizás no conseguiré lo que intento, pero haré lo posible por conseguirlo. La única esperanza, no lo olvide usted, *la única esperanza* estriba en que finja usted no saber nada, absolutamente nada, y en no mostrarse receloso. Procure usted, por todos los medios posibles, agradar al doctor y á los convidados que comerán esta noche con nosotros. Que nada le sorprenda ni pregunte usted nada. Le he observado con atención y le creo capaz de hacer lo que le digo. Permanezca usted á mi lado todo el tiempo que pueda, y para mayor seguridad puede usted fingir que está enamorado de mí. No importará, puesto que ya no nos volveremos á ver. Después de comer, el doctor

le invitará á usted á visitar su laboratorio. Vaya usted, que yo le acompañaré. De ninguna manera se niegue usted á complacerle. A donde yo vaya con él puede usted seguirnos sin vacilar. Ahora, mi último consejo: ¡cuidado con el *séptimo escalón!* Acuérdese usted de estas palabras y no olvide que en ellas puede irle la vida.—*Dorotea*».

Leí y releí la carta, al principio con cierto temor, después con frialdad y calma. Sospeché lo que más tarde vi confirmado, esto es, que inadvertidamente había ido á parar á un nido de nihilistas, y estaba resuelto á todo. A bordo del *Adriano* había ya comprendido que en la fingida parálisis de Dorotea existía algún misterio; aquello no tenía ya importancia. Si entonces había fingido, ahora decía la verdad; no era ningún fingimiento la carta que tenía en mis manos. Resolví proceder con mucha cautela, y cuando llegase el momento crítico vender cara mi vida.

Encendí una cerilla, quemé la carta, hice desaparecer las cenizas y en seguida bajé á la antesala. Por todas partes había criados, y uno de ellos me condujo al salón. Un lacayo con librea cubierta de encajes y galones dorados abrió la puerta de par en par y pronunció en alta voz mi nombre.

Se adelantó á recibirme el doctor, y detrás de él vino una señora alta y delgada que vestía un elegante traje negro muy descotado y llevaba magníficos brillantes en el pelo y en el pecho. Al verla quedé sorprendido. Era la enfermera.

—Permítame usted, Sr. D. Arturo, que le presente á mi esposa, dijo el doctor.

Mme. Forama, tendiéndome una mano cubierta de anillos, se acercó exclamando:

—Está usted sorprendido, doctor, pero no me choca.

A la comida asistieron muchos invitados, hombres y mujeres de todas las nacionalidades, y pronto pude advertir, no sin cierta extrañeza, que era yo el más agasajado de todos. Me fué otorgado el *alto honor* de conducir á la mesa á Mme. Forama, á cuya derecha me senté, y durante la comida, también en honor mío, se habló el español.

La Srta. Dorotea, sentada no lejos de mí, estaba locuaz y muy alegre. Aquella mañana llegó á mis oídos que en una calle de San Petersburgo había estallado una bomba, y hablé de ello á Dorotea, la cual me contestó muy complaciente:

— Dispense usted, D. Arturo, pero aquí no hablamos de esas cosas.

Inmediatamente cambió la conversación y se puso á hablar de una novela que por entonces llamaba mucho la atención pública. La joven se expresaba muy bien, dejando adivinar su talento y su profundo conocimiento de las cosas. Era cada vez más extraña su conducta. ¿Sería su carta el resultado de una inteligencia desequilibrada?

La brillante sociedad que me rodeaba, el magnífico comedor, la mesa tan lujosamente servida, los vinos y los platos, que eran escogidísimos, la amabilidad de Mme. Forama, la nobleza que se dibujaba en el rostro del doctor... ¿era posible que todo aquello fuese como si dijéramos el prólogo de un asesinato? Indudablemente, la joven tenía algo de loca. Su fingimiento á bordo del *Adriano*, la carta que me entregó, aquello de *su suerte quedó irrevocablemente decidida, cuidado con el séptimo escalón*... ¿podía darse nada más estrambótico y estrafalario? Si Dorotea era indudablemente la sobrina del doctor, ¿por qué había viajado con otro nombre? ¿Qué significaba aquello del *séptimo escalón*? No cabía duda: estaba loca Dorotea.

Pero, ¿y Mme. Forama? ¿Cómo explicarse su intervención en las cosas de la joven? ¿Por qué me dirigió aquella terrible mirada cuando comprendió que me había enterado del nombre de Olga Wadelowski, escrito en uno de los papeles que cayeron de la cajita en la cubierta del buque?

En todo esto pensaba yo, sin encontrar una explicación satisfactoria, cuando nos levantamos de la mesa para dirigirnos á la sala. Allí me llamó Dorotea, que había procurado quedarse sola, y me hizo sentar á su lado en un sofá.

Estaba hermosísima.

—Es usted muy valiente, D. Arturo, me dijo.

—Por algo soy español, respondí.

—Yo estaba segura de que sabría usted conducirse... Pero repare usted cómo nos mira María.

—¿Su tía de usted?

—No, no es tía ni es nada; pero cuidado, que el terreno es muy peligroso.

—Me voy, dije poco después levantándome y tendiéndola una mano: es ya hora de retirarse.

—No, no se vaya usted todavía, agregó levantándose también.

Me pareció verla vacilar un momento, pero recobró la calma en seguida, y dirigiéndose á su tío, que á la sazón pasaba por allí, le llamó.

Acercóse el doctor. Dorotea se colocó de manera que no pudiese

verla la cara, y con los ojos parecía querer indicarme á mí que tuviese mucho cuidado. ¡Si no estaría loca!

—Tío, exclamó dirigiéndose á Forama, dice D. Arturo que nos deja. ¿Verdad que es temprano todavía?

—Sí, sí, todavía es temprano, repuso el doctor cariñosamente. ¿Ha de marcharse usted sin que departamos un rato sobre asuntos científicos? ¿No ha de ver usted mi laboratorio? Tengo hechos muchos ensayos en el cultivo de microbios, y desearía...

—Vamos allá, dijo Dorotea. Yo iré con ustedes, si es que me lo permiten.

—Lo que ahora me tiene intrigado es el cultivo del microbio del cáncer. ¡Ah, quién pudiera descubrir algo que lo destruyese sin destruir también la vida del hombre!

Sería difícil hallar otra persona que más grande entusiasmo demostrase por la ciencia.

—Veo, añadió, que todos mis convidados están muy entretenidos. Conque si le parece á usted...

—Con muchísimo gusto.

Cruzamos la sala, y al llegar á la puerta vino Mme. Forama á preguntarme si me retiraba ya.

—No, vamos al laboratorio, respondí. Su esposo de usted es tan amable que me ha invitado á visitarlo.

—Pues en ese caso me despido de usted, porque cuando mi marido entra en el laboratorio pierde toda noción del tiempo. Adiós, D. Arturo, añadió, tendiéndome la mano y dirigiéndome una extraña mirada: adiós ó hasta la vista, como usted quiera.

Me pareció notar en sus labios una sonrisa llena de sarcasmo, pero no paré mientes en ello.

Para llegar al laboratorio, que estaba situado en el otro extremo del chalet, tuvimos que atravesar más de un pasillo.

—Como hago muchos ensayos prefiero tener el laboratorio lo más retirado posible, dijo el doctor.

Cruzamos, por último, un estrecho corredor, más bajo que los otros, y agregó el doctor:

—Por aquí debajo pasa el Neva. Dígame usted, D. Arturo, si esto no es lo más apropiado para trabajar sin ruidos ni molestias de nadie.

Abrió la puerta del laboratorio, hizo girar la llave de la luz eléctrica y quedó alumbrado con verdadera profusión. Además de los aparatos de costumbre había dos butacas grandes, una mesita y un sofá muy cómodo.

—Algunas veces paso la noche aquí, observó el doctor. Cuando estoy ocupado con algún experimento de importancia prefiero no salir hasta dejarlo terminado.

Dimos unas vueltas por el laboratorio, que, en efecto, era el mejor que había visto. En otra ocasión hubiera sentido vivo interés y admiración hacia todo aquello, pero en aquel momento estaba harto preocupado para hacer el mayor caso de las explicaciones del doctor Forama.

Una ojeada me bastó para enterarme de todo, así como también para cerciorarme de que el laboratorio se hallaba muy apartado de las habitaciones del chalet, pero no por eso entré en aprensión. Forama era anciano y yo fuerte y decidido; así que, si llegaba el momento de tener que luchar mano á mano, estaba seguro de vencerle. Además, me ayudaría Dorotea.

Resuelto á poner término cuanto antes á la visita, y deseando acabar con aquella incertidumbre, dije al doctor:

—Tendría sumo gusto en conocer el procedimiento que usted emplea para el cultivo del microbio del cáncer.

—Ahora mismo. Dorotea, enciende el farol. Tenemos que pasar al laboratorio pequeño.

Dorotea cogió un farol montado en plata, encendió la vela y se dirigió á una puerta casi oculta por el sofá, en la que yo no me había fijado hasta entonces. Abrióla y esperó á que nos acercáramos.

—Tome usted el farol, tío, y vaya por delante, dijo con un tono de voz que no dejó de sorprender á Forama, el cual agregó:

—Mejor será que vayas tú, y detrás iremos el doctor y yo.

—No, vaya usted el primero, replicó la joven. Nadie como usted conoce estos sitios.

Sin pronunciar una palabra más Forama cogió el farol y comenzó á bajar una escalerita estrecha y pendiente, cubierta por una magnífica alfombra, que conducía á un pasillo muy bajo de techo.

En el momento en que Dorotea puso el pie sobre el primer escalón volvió la cabeza y me dirigió una mirada muy expresiva.

—Tenga usted cuidado, dijo, porque la escalera es muy pendiente. Cuente usted los escalones, ó mejor será que los cuente yo. Tío, no sé por qué no manda usted alumbrar mejor estos sitios.

—Vamos, Dorotea. ¿Por qué te detienes? exclamó el doctor.

—Ya voy, ya voy. Y me tendió una mano, que yo cogí con la mía. Aquella mano abrasaba.

—¡Qué escalera tan mala! continuó diciendo la joven. Necesito contar los escalones, pues de otra manera me caería.

Y empezó á contar en alta voz: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Al llegar aquí calló de repente. Siete es el número, me dijo al oído un momento después. Y cuando iba yo á dar otro paso me empujó suavemente hacia atrás. Súbitamente desapareció la escasa luz que despedía el farol y oí que se cerraba la puerta por donde habíamos entrado. La oscuridad era completa. Quise llamar al doctor ó á su sobrina, pero me hizo callar un ruido sordo que llegó á mis oídos. Era el ruido de un cuerpo pesado que cae en una profundidad, en algún pozo ó cosa así. Creí notar una salpicadura de agua, y entonces lo comprendí todo. El cuerpo pesado había caído sin duda en el río Neva.

«Cuidado con el séptimo escalón», me había dicho Dorotea. Habíamos bajado seis, y al estar en el sexto se había detenido; me había empujado hacia atrás para que no avanzase, y en seguida habían desaparecido ella y su tío. ¡Todo quedaba explicado! ¡Era que no existía séptimo escalón! Aquel era el lazo que me habían tendido, y gracias á la bondadosa intervención de la joven me había librado de una horrible muerte.

Mi situación era espantosa. Si volvía el doctor, con un suave empujón podía fácilmente arrojarme al río. En aquel punto sería imposible toda lucha.

Subí hasta la puerta del laboratorio, la examiné cuidadosamente, pero en vano. No había manera de abrirla. Lleno de desesperación me senté en el primer escalón y me puse á meditar. Tenía alguna esperanza en Dorotea, ¿pero le sería posible acudir á socorrerme?

El silencio y la oscuridad eran imponentes. ¿Llegaría á salir de aquel sitio? Recordé la terrible mirada que Mme. Forama me lanzó al despedirme, con aquel significativo adiós. Mi muerte, por lo visto, estaba decretada por aquella inexorable secta, y tenía que morir irremisiblemente.

Por fin me fuí acostumbrando á aquella oscuridad y á aquel silencio, sólo interrumpido por el murmullo de la corriente del agua que se deslizaba á mis pies.

Poco después me pareció oir hablar por allí cerca y comenzó á latir con violencia mi corazón. Sin duda se acercaba el terrible momento. ¿Podría luchar?

—Más vale que volvamos á ver si todo está seguro, decía el doctor. Aunque yo creo que la muerte ha sido inevitable.

—Indudablemente, replicó la sobrina. ¿No oyó usted el ruido que produjo su cuerpo al caer en el agua?

—Sí, creo que sí.

—Pues entonces, ¿á qué volver? El cuadro sería horroroso. Vámonos, vámonos. Volvamos á la sala cuanto antes.

—Estás excitada, niña: tu voz tiembla. ¿Qué te sucede?

—Nada. Es la satisfacción de haber despachado á un enemigo más. Vámonos, tío, vámonos.

Y todo volvió á quedar en silencio.

¿Cuánto tiempo tendría que permanecer todavía en aquella especie de tumba? ¿Cumpliría Dorotea su palabra? Ella era también nihilista, sin duda ninguna, y los nihilistas no se compadecen de nadie.

Mis ideas comenzaron á confundirse, me atormentaban horribles pensamientos y creí volverme loco. A punto estaba ya de perder el conocimiento cuando sentí que alguien me tocaba en el brazo, mientras me decía en voz baja:

—¡Gracias á Dios que le encuentro á usted aquí! Venga usted conmigo ahora mismo y no me pregunte nada ni pretenda saber nada: mucho silencio.

¡Era Dorotea!

Me puse de pie; la joven me cogió de la mano y me hizo avanzar con ella. Volvimos á bajar los escalones, y al llegar al sexto me dijo:

—Por aquí. Mucho silencio.

Puso la otra mano en la pared y cedió un entrepaño. Pocos instantes después nos hallábamos en un estrechísimo pasillo, á cuyo extremo se veía una luz opaca. Dorotea, conduciéndome siempre de la mano, avanzó apresuradamente. Dimos la vuelta á un edificio que parecía casi redondo y por fin llegamos á una puertecita. La abrió con mucha precaución, y poniéndome fuera me dijo:

—Adiós: he podido salvar su vida y estoy satisfecha. Fué á cerrar la puerta, pero no lo permití.

—No me iré, la dije, sin que me explique usted lo que pasa.

—Es una locura el detenerse, agregó; pero en fin, se lo diré en pocas palabras. El doctor y su señora no son parientes míos. Soy Olga Waderowski, y la policía sospecha ya de mí. Soy jefe de una agrupación de nihilistas y poseo importantes secretos. Fingí la parálisis y adopté otro nombre para traer á San Petersburgo papeles de grande interés para nuestra causa. El doctor, como médico de la Corte, no se ha hecho todavía sospechoso á nadie, pero es uno de los principales jefes. Todos los convidados que ha visto usted esta noche pertenecen también al nihilismo. Decretaron la muerte de usted, pero yo opiné y resolví lo contrario. Supongo habrá usted comprendido que no existe

séptimo escalón. Por eso le avisé, y gracias á Dios tuvo usted buen cuidado de no dar el paso fatal.

—Pero me pareció oir caer alguna cosa, dije.

—Sí. Con toda idea esta mañana, poco después de mi llegada, coloqué un saco de arena en un lado del sexto escalón, y cuando penetramos el doctor y yo por la abertura secreta lo precipité, dándole un empujón. Al oir el doctor el ruido no dudó ni por un momento. Para él hace rato que no existe usted: ha perecido ahogado. De otra manera... ya me comprende usted. Y ahora que lo sabe usted todo, adiós y perdóneme.

—¿Pero por qué insistió usted en que viniera aquí?

—Era lo mejor. Mme. Forama había dispuesto que tenía usted que morir, y le hubieran perseguido hasta el fin del mundo.

—¿Y qué sería de usted si por casualidad se llegase á descubrir esto?

—Aprecio muy poco la vida. ¡Adiós, adiós! y salga usted pronto de San Petersburgo.

Cerró la puerta y no la he vuelto á ver más.





Cuentos del Continente oscuro



La Sagrada Ciudad de Kairouin.

I



REINABA la noche en Kairouin. Una noche oscura, cuyas espesas nubes no permitían ver el resplandor de las estrellas, envolvía la misteriosa y sagrada ciudad del Africa mahometana. Cinco días hacía que habíamos llegado á Kairouin, cuyas calles y plazas recorrimos con no escasas molestias. A cada paso nos escupían, nos miraban con malos ojos y los muchachos nos seguían llamándonos perros cristianos y *rumis*; pero esto era lo de menos y nos importaba muy poco, porque hallamos la recompensa en las curiosidades que pudimos admirar en los bazares.

Una noche reclinados en las esteras, según costumbre del país, tomábamos café, agradablemente entretenidos en escuchar los acordes de una guitarra morisca tocada por un hombre muy sucio, que según supimos después era el más afamado historiador de la ciudad. Gracias á un rumor esparcido por Hassán en la población se toleraba nuestra presencia en el café. Había anunciado nuestro inteligente guía que éramos médicos, y que viajábamos por el Norte del Africa en busca de una planta específica para la vista, y como la ceguera es tan común entre los habitantes de Kairouin, se permitía descansar á los doctores *rumis* á cierta distancia de un grupo de fieles creyentes que rodeaba al historiador.

—Contadnos una historia, músico sabio, exclamó un beduíno de rostro bronceado y picado de viruelas, cuyo pintoresco traje se hallaba sucio y estropeado.

—¿Cómo queréis que cante un esclavo que tiene seca la garganta y cuyo cántaro ha destrozado un camello? dijo el historiador.

El beduíno comprendió la indirecta y mandó traer un vaso de sagú, la savia de la palmera.

—Muy buena ha de ser la historia si tanto tenemos que esperar para



LOS MUCHACHOS NOS SEGUÍAN

oirla, exclamó poco después un cadí ó magistrado, observando la calma con que el músico tomaba su sagú, dándose aires de pachá.

—No hagáis caso, agregó un moro, de un cadí que adorna su barba y pronuncia la sentencia según sea el harem del demandante.

El cadí le dirigió una mirada furiosa. El moro era muy guapo, de rostro inteligente, ojos grandes, negros y brillantes, sombreados por largas pestañas, de nariz aguileña y barba bien cuidada. Vestía turbante rojo,

chaqueta amarilla, faja marrón y zapatos negros; todo ello muy rico, lo que daba á entender que ocupaba alta posición.

Al ver la mirada del cadí se sonrió despreciativamente y devolvió otra que desconcertó algún tanto al grave magistrado, el cual exclamó dirigiéndose al historiador:

—Hijo santo del gran Profeta, vuestros esclavos esperan ansiosos oir vuestras sabias palabras.

El historiador, que con su barba enmarañada, su turbante gris y manto sucio demostraba aspirar también á la santidad, se conmovió con los piropos que le había dirigido el cadí; acabó de tomar su sagú y acaricióse la barba pausadamente, como si buscara inspiración.

—Harto sabemos, dijo el moro, que en vuestro cerebro hay una imaginación muy rica para inventar historias; pero contadnos esta noche algo que sea cierto, algo... Inclinándose más, añadió: ¿No podéis contarnos algo acerca de perros cristianos como esos que están ahí? Y á propósito, ¿qué hay del célebre bandido de Kairouin? Quizás este ilustre cadí no conozca esa bonita historia. ¡Quién sabe si querrá marcharse solo y sin auxilio de nadie en busca de semejante bribón para traerle con sus propias manos á la plaza de la Justicia! ¡Vaya un espectáculo que ofrecería el verle arrodillado en la plaza mientras el verdugo le machacaba la cabeza! Cinco hachazos soltó ayer para partirle la cabeza á un ladrón. Contadlo, contadlo al cadí, y juro por mi barba que ha de oirlo, aunque para ello tenga que atarle con cuerdas y amordazarle con mi propio turbante.

Todos le miraron con asombro. ¡Qué atrevimiento, hablar de aquel modo á todo un señor cadí!

—¡Ah! es verdad, exclamó el magistrado sin hacer caso de las alusiones del moro. Sí, sí, referidnos esa historia. La he oido, pero no la conozco bien. Un hachazo ó veinte, ¿qué más da, con tal de que se parta la cabeza? Además, el pueblo gusta de las ejecuciones interesantes. Si algún día cae ese bandido en mis manos prometo una bonita diversión.

—¿Qué haréis cadí? preguntó el moro.

—Mandar á Raschor que cierre los ojos cada vez que dé el golpe.

—Si se tratara de un fiel creyente, dijo el beduino, le desearía mejor suerte; pero el bandido es cristiano, y permita Alá que en el día del juicio se consuma como los perros de su raza.

El historiador tomó la moneda que el moro le alargó y dió comienzo á su historia.

—Sabed, pues, que en el harem de Aliphá Pachá nacieron dos niños: un varón, hijo de una princesa árabe, y una hembra, hija de una esclava circasiana. El niño heredó el violento genio de su padre, y azotaba á todo

esclavo que despertara involuntariamente su ira infantil. Fátima, la niña, tenía seis años menos que su hermanastro, y había heredado el valor de su padre y la belleza y el carácter dulce de su madre; era muy compasiva.

Cierto día Aliphá Pachá necesitaba esclavas, y mandó á un comerciante que llevara á su patio todas cuantas tuviera disponibles. Ninguna agradó al Pachá. Una era muy mal formada, otra demasiado baja, otra enseñaba los dientes al reir... en fin, todas tenían alguna falta.

—Antes del amanecer, exclamó el Pachá, deberéis traerme otras que sean de mi agrado; de lo contrario, mandaré que os corten la cabeza.

Obedeció el comerciante, y al siguiente día llevó á palacio tres doncellas, con ojos de hurí del Paraíso, cuello blanco como el del cisne y manos blancas como la nieve. Con ellas llevó también un muchacho de la misma edad que el hijo del Pachá. Era blanco, hijo de perros cristianos, á quienes les fué robado en las ferias de Tánger. El Pachá los compró todos; las doncellas para el harem, y el muchacho para que su hijo se divirtiera con él y le zurrase cuando se le antojara.

—¡Muy bien hecho! exclamó el cadí. ¿Qué son los cristianos sino bestias y qué merecen sino palos?

Todos los demás inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Fátima, la hija del Pachá, nacida, fijaos bien ¡oh fieles creyentes del Profeta y herederos del Paraíso! nacida de una esclava, tuvo el atrevimiento de intervenir un día cuando su hermanastro se divertía azotando al perro cristiano. Entonces su hermano la zurró á ella, lo cual contempló el Pachá con cierto deleite, pues estaba enojado con la madre de Fátima porque en una calle de Kairouin había dirigido una sonrisa á un conocido.

—Al saco y á la mar con la mujer que eso haga, observó el cadí. La mujer no debe sonreir sino cuando habla con su amo y señor.

—El perro cristiano, continuó diciendo el historiador, que tenía ya veinte años y era muy ingrato, arrancó el látigo de las manos del hijo del Pachá y le cruzó la cara al mismísimo Aliphá. Este llamó á los eunucos, los cuales acudieron inmediatamente, sujetaron al perro cristiano y le azotaron uno por uno hasta que cayó al suelo privado de sentido. Entonces el Pachá hizo llamar al cadí.

—Y me presenté inmediatamente, interrumpió éste. Sabréis, fieles creyentes é hijos del Profeta, que cuando el Pachá no podía con el perro cristiano mandaba á buscarme á mí.

Al decir esto se irguió con cierto orgullo para que el moro comprendiera toda la importancia que tenía.

—El resto de la historia lo conozco, continuó diciendo el cadí. No estaba enterado del principio porque nunca quise interrogar al Pachá.

—El cadí dictó sentencia de muerte contra el cristiano, prosiguió el historiador, pero aquella misma noche escapó de la celda donde le habían encerrado.

—El cadí, repuso el moro, fué más estúpido que un camello ciego. ¡Vaya un cadí que de esa manera deja escapar á sus presos!

—Fátima tuvo la culpa de todo, observó el desconcertado cadí. También dicté sentencia de muerte contra ella, pero el Pachá la rechazó y



EL PACHÁ LO CONTEMPLÓ CON DELEITE

además me castigó exigiéndome tres esclavos por haberme dejado escapar el preso.

—El perro cristiano, continuó el historiador, marchó á refugiarse en los montes, donde reunió á unos cuantos bandidos desleales que se dedicaban á robar á los viajeros. Cierta noche, algún traidor les abrió la puerta de los Pescadores y el perro cristiano con su gente penetró en la sagrada ciudad de Kaironin. A la mañana siguiente se vió que los más importantes bazares habían sido saqueados, y que el Pachá y su hijo estaban muertos en el patio del harem entre un montón de esclavos moribundos y heridos. A ninguna mujer habían molestado, pero en cambio se llevaron con ellos á Fátima, que consintió en ser esposa del perro cristiano.

Desde entonces la tropa del sultán ha perseguido y dado muerte á algunos bandidos, pero el cristiano, con Fátima y unos cuantos hombres de su partida, aun se oculta en los montes. El que con ellos se encuentre tiene derecho á matarlos, y lejos de ser castigado por esto recibirá un premio.

—Cadí, dijo el moro cuando el historiador hubo terminado, ahí tenéis una buena ocasión para haceros famoso; bastaría para ello con hacer preso al bandido de Kairouin.

—Si conociera el camino que conduce á su madriguera, aseguró el cadí dándose aires de valiente, juro que iría á buscarle y allí donde le hallase le dejaría muerto.

—Es que ese perro cristiano tiene la costumbre, bien poco agradable, de ahorcar á quienes le molestan, replicó el moro.

—Nada me importa. Si tuviese un guía que me condujera hasta su escondite, yo solo mataría al cristiano; lo juro por el Korán.

—¿Por el Korán? Está bien, añadió el moro. Ya no podéis volveros atrás. Mañana al amanecer os espero en la puerta de la entrada. He descubierto, y os lo enseñaré, el camino que conduce á la madriguera del bandido.

—Me alegro. Desde este momento, dijo el cadí, está echada su suerte. Llevaré bastantes hombres para dar caza al perro cristiano y á toda su gente.

—¡Alto ahí! Habéis jurado prenderle solo, y si retiráis vuestra palabra el historiador contará en la ciudad que el ilustre cadí es aún más ilustre embustero.

El cadí se vió comprometido. Vaciló durante unos momentos, y por fin exclamó:

—El cadí cumple siempre su palabra Mañana al amanecar estaré en la puerta de la ciudad, y antes de ocho días rodará por el suelo la cabeza del bandido.

—O al ilustre cadí le habrán cortado el cuello.

—Esperad que me encuentre con él.

—Esperad que él se encuentre con vos.

Y levantándose el moro se retiró pensativo y triste.

II

En todas las calles y callejas, en todas las plazas y tiendas, se reunían los habitantes de Kairouin hablando y gesticulando como energúmenos. Al acercarnos á un grupo de hombres y mujeres para preguntar qué ocurría, nos vimos sorprendidos por los gritos de ¡impíos! ¡impíos! que de

todas partes se levantaban. Los chiquillos comenzaron á apedrearnos de veras, y cinco ó seis moros trataron de cercarnos en actitud amenazadora. Un mendigo religioso empezó á maldecirnos en alta voz, y el gentío le hacía coro. Dos ó tres navajas enormes salieron á relucir, y ya parecía que irremisiblemente íbamos á ser víctimas del populacho africano cuando Hassán, cogiéndonos á cada uno de un brazo, nos hizo entrar en la tienda de un moro pacífico. Por la puerta trasera salimos á una calleja solitaria, y desde allí nos dirigimos á la fonda donde nos alojábamos.

—¿Qué ha sucedido, Hassán? preguntó Federico. ¿Por qué está el pueblo tan alborotado?

—¡Sahibs! contestó el guía. ¡El bandido es impío y los sahibs son!... Hassán no se atrevió á terminar la frase.

—¡El bandido! exclamó Federico. Y á propósito, ¿se ha sabido algo del cadí que salió á buscarle hace unos días?

—¡Sahib! contestó Hassán poniéndose grave. ¡El bandido ha hecho preso al cadí y ha enviado un mensajero á pedir un rescate muy elevado! Si dentro de seis días no lo recibe hará ahorcar al cadí. Además exige que el rescate ha de llevárselo uno de los habitantes de Kairouin, pero nadie se atreve. ¡Así que el cadí morirá sin remedio!

—¿Decís que el bandido es europeo? pregunté.

—El sahib sin duda se habrá convencido por sí mismo, puesto que le ha visto.

—¿Yo le he visto? ¿En dónde? dije sorprendido.

La respuesta de Hassán nos llenó de asombro.

—El moro, contestó, que se brindó á enseñar al cadí el camino que conduce á la madriguera del bandido no era sino él mismo disfrazado de moro.

—Siendo así, añadí yo en tono de firmeza, el que llevará el precio del rescate del cadí seré yo, Hassán. El aire jovial con que el pseudomoro habló unas veces al cadí y el atrevimiento y descaro con que lo hizo otras me hicieron mucha gracia.

—Si ustedes me lo permiten, sahibs, yo seré quien lo lleve, dijo Hassán, para evitarles las molestias del viaje y acaso hasta los peligros.

—Creo, repliqué, que el bandido ha de tratar mejor á un europeo que á un árabe. Por tanto, insisto en ir yo.

Convenido así enviamos á Hassán á casa de un rico comerciante, el cual consintió en adelantar el dinero necesario para el rescate del cadí.

A la mañana siguiente me avisté con el mensajero del bandido, el comerciante me entregó el dinero, Federico y Hassán me despidieron cariñosamente y salí para los montes Ousselat jinete en un camello. El mensajero me acompañaba montado en otro.

Muy á lo lejos distinguíase la silueta de los montes, y entre ellos y nosotros extendíase un vasto trecho de arena abrasadora, en la cual los camellos se hundían casi hasta el pecho. La caminata fué muy penosa.

Al ponerse el sol, el mensajero me obsequió con unos cuantos dátiles y un trago de agua de su cántaro; descansamos algunas horas, y antes del amanecer reanudamos el viaje.

Al tercer día de nuestra salida de Kairouin llegamos á las estribacio-



EL MÁS CERCANO ME MANDÓ APEAR

nes de los montes Ousselat, y avanzando siempre con el mismo paso vino á sorprendernos la presencia de algunos hombres armados. Estaban situados á unos veinte metros uno de otro, y los rifles que llevaban eran del más moderno sistema. El más cercano, echándose el arma á la cara, me mandó apear. El mensajero hizo lo mismo y cogió las riendas de los camellos.

Así anduvimos un buen trecho hasta que me vendaron los ojos con un pañuelo y me ataron los brazos. De esta manera caminamos durante una hora. Después se llevaron los camellos, y guiado sólo por el mensa-

jero subí por una pendiente de los montes. A cada momento nos encontrábamos con nuevos bandidos, entre los cuales y mi guía se cruzaban algunas frases no muy lisonjeras para mí, de las que deduje que aquellos hombres suponían que yo había sido hecho preso y era llevado á presencia del jefe.

Creo que debimos atravesar una especie de galería bastante larga alumbrada con antorchas, pues á pesar de la venda que me tapaba los ojos llegaba hasta mí algún resplandor. De repente se detuvo el guía y me preguntó en voz alta:

—¿Juráis no decir en Kairouin nada de lo que aquí veáis?

Respondí afirmativamente, y poco después penetrábamos en un salón alfombrado, donde oí frases de algunos hombres que conversaban en voz baja.

Me quitaron la venda y me encontré cara á cara con tres individuos que me miraban con curiosidad. Avanzó el guía y murmuró algunas palabras al oído del que se hallaba sentado á la izquierda, que era muy moreno y tenia tipo de militar. Los tres vestían uniformes muy elegantes. En seguida reconocí al de en medio, que era el que, disfrazado de moro, había escuchado, juntamente con nosotros, su propia historia, ó sea la del bandido de Kairouin, cuyo uniforme estaba cubierto de encajes y galones dorados.

—¿Quién es usted? preguntó el que, según supe después, se llamaba Leitner.

Hacía poco tiempo que había ingresado en la partida del bandido y estaba encargado del servicio militar.

Le expliqué las razones por las cuales nos hallábamos mi amigo y yo en la ciudad de Kairouin, y exclamó:

—Os explicáis bien. Con el conocimiento que habréis adquirido del Africa supongo que podréis trazarnos el camino por donde habéis venido de Zanzíbar aquí, según habéis declarado.

—No tengo inconveniente ninguno, contesté bruscamente, creyendo que dudaba de lo que acababa de referirle.

Sonrió con incredulidad, y levantándose puso entre mis manos una varita de sauce.

—Señor viajero, dijo con cierto sarcasmo, el continente que con vuestro amigo habéis atravesado se halla dibujado sobre vuestra cabeza. Tened, pues, la bondad de indicarnos el trayecto que habéis recorrido.

Miré hacia arriba. y con sorpresa vi que el techo era un mapa completo del Africa en relieve. Los montes estaban marcados con una especie de estuco, y con cristal azogado, á manera de espejo, los lagos, los ríos y

los mares. Era un trabajo notabilísimo, de asombrosa exactitud, en el que seguramente se habían empleado algunos años.

—Admiráis esa obra, ¿no es así? dijo el jefe de los bandidos. Bien merece admiración. Ocho años de trabajo constante se emplearon en ella. Tenemos la costumbre de utilizar el talento de aquellos hombres que la suerte nos depara.

—Indicad el camino que habéis recorrido, interrumpió Leitner sin hacer caso de las palabras de su jefe.

Obedecí sin vacilar, entre las significativas miradas que se dirigían los bandidos al ver el camino que iba marcando con la varita.

—¡Qué fortuna! exclamó Leitner dirigiéndose al jefe. Es una suerte para nosotros.

—No la dejaremos de la mano, contestó el jefe; el cual, volviéndose hacia mí, añadió: ¿Cómo os habéis atrevido á presentaros ante el temido bandido de Kairouin para obtener el rescate de un miserable cadí?

—Vuestro mensajero podrá explicároslo mejor que yo, contesté.

—En toda la ciudad de Kairouin, observó el mensajero, satisfecho de que le hubiese llegado la ocasión de hablar, no hubo más que una persona que se resolviera á venir.

—Ahí tenéis el precio del rescate, dije poniendo sobre la mesa una repleta bolsa.

La tomó Leitner y se la entregó al jefe, quien sacando las monedas fué pesándolas una por una en una balanza colocada sobre una arquita.

—Está bien y lo siento en el alma. Muchos de nuestros hombres más valientes han muerto por culpa de ese bribón de cadí, y estoy seguro de que él fué quien envió las tropas contra nuestra antigua fortaleza. Además, en estos últimos cinco meses ha hecho matar á cinco de mis soldados. Verdaderamente es una necedad aceptar rescate ninguno por un canalla como él.

—Necesitamos dinero á todo trance, dijo uno.

—Y por lo menos tenemos la satisfacción de saber que, entregando esta suma, quedará completamente arruinado.

—Cuando pongas tu pie sobre la cabeza de la serpiente, añadió Leitner, aplástala, no sea que te pique cuando menos lo pienses.

– Cueste lo que cueste, repuso el jefe, tenemos que ser justos. El pueblo de Kairouin está á nuestro lado, porque sabe que únicamente castigamos á los opresores del pobre.

En seguida, dirigiéndose á mi guía, añadió:

—Ve en busca del cadí.

Este se presentó pocos minutos después acompañado de dos hom-

bres armados. Sería casi imposible imaginar aspecto más humillado que el que ofrecía el arrogante magistrado de unos días atrás. El manto estaba hecho casi jirones, el turbante sucio y la barba enmarañada y cubierta de polvo. Temblaba el hombre como un azogado.

—Cadí, gritó el bandido, ¿cómo no me has hecho prisionero todavía?

El desgraciado cadí confesó que Alá le había humillado hasta el polvo de la tierra por sus atrevimientos.

—¿Qué muerte prefieres? preguntóle el bandido. ¿Quieres que te degollemos ó que te machaquemos la cabeza como tú pensabas hacer conmigo?

—¡Ahorcadme, ahorcadme! exclamó en tono lastimero y más lívido que la muerte.

—Sería una lástima no acceder á sus deseos, dijo Leitner.

—Cadí, manifestó el jefe, hemos recibido el dinero que pedí por tu rescate. Si bajo palabra de honor prometes no castigar jamás á ninguno de mis hombres te dejaré marchar libremente.

El cadí lo prometió en el acto. Su alegría no tuvo límites cuando supo que yo había sido el portador del rescate y me colmó de abrazos.

—Vaya, vaya, dije apartándole suavemente, ya veis que *un perro cristiano* sirve á veces para algo.

El bandido habló en voz baja con mi guía, el cual se retiró de allí. Cuando volvió al poco rato entregó al cadí un paquetito de dátiles y un pellejo con agua. Luego entabló conversación con el bandido, el que dirigiéndose á mí dijo:

—El cadí marchará solo y á pie. Vos seréis testigo de la cariñosa despedida que le hacemos.

Los otros dos se echaron á reir.

Volvieron á vendarme los ojos y anduvimos por espacio de ocho ó diez minutos. Cuando me quitaron la venda vi que, además del jefe, los dos hombres que le acompañaban y multitud de criados, se había situado á la entrada una doble fila de mujeres y niños armados con varitas. Grandes carcajadas acogieron al cadí cuando le descubrieron también, y vió lo que le aguardaba.

—Cadí, exclamó el bandido, las mujeres y los niños han venido á despedirte. Y señalando un hueco abierto entre las filas, añadió:

—No hay más salida que esa.

El magistrado dirigió una mirada á su alrededor y vió que, en efecto, no había más salida que aquella. Lanzó un profundo suspiro, y guardando con cuidado las provisiones, que por cierto eran bien escasas para el largo

viaje que tenía que hacer, apretó á correr como un galgo. Las mujeres le persiguieron, pegándole con las varitas hasta que se cansaron.

A mí me condujeron de nuevo á la estancia donde habíamos tenido la primera entrevista, y allí pedí el camello y solicité permiso para marchar.

—Sois mi convidado, contestó el bandido. No todos los días caen en mis manos viajeros tan distinguidos como vos. Antes que partáis quiero enseñaros algo de nuestro modo de vivir.



EL CADÍ APRETÓ Á CORRER COMO UN GALGO

De nada sirvieron mis excusas. Comprendí bien pronto que el bandido me tenía preso, y no tuve más remedio que resignarme.

Dejándome guiar por él vi que el extenso campamento de aquella tropa estaba situado en un punto muy bien protegido con defensas naturales. Por tres de sus lados, la llanura se hallaba resguardada por grandes peñascales, y el cuarto era un camino estrecho, abierto en la roca, que conducía al gran desierto de arena. Protegíanlo dos gruesos cañones. De manera que la entrada al campamento-fortaleza de los bandidos era casi inexpugnable.

Abiertas en los peñascales había cuevas más ó menos amplias; unas

servían para viviendas y otras para almacenes y depósitos. En una de ellas fué donde me recibieron á mi llegada al capamento; en otra estuvo preso el cadí, y aquella en que penetrábamos entonces debía ser la armería, á juzgar por el gran número de modernos rifles que vi en ella, colocados con el mayor orden. Estaba dividida en diversos departamentos, en los cuales se hallaban trabajando en la fabricación de varios artículos de guerra numerosos individuos desnudos hasta la cintura. Al pasar por uno de aquellos departamentos llamó mi atención un hombre que llevaba grillos y estaba amarrado á la pared.

—Nuestra disciplina es muy severa, exclamó el bandido, viendo que me había fijado en aquel sujeto; nuestras vidas se hallan frecuentemente en peligro y necesitamos imponernos por el terror.

Por la tarde un gran número de hombres practicaron ejercicios militares en campo abierto. Leitner, el oficial alemán (supe después que había pertenecido al ejército de Alemania), lució sus habilidades mandando y dirigiendo á aquellos hombres. Confieso que me sorprendieron la precisión de los movimientos y la perfección de las maniobras.

El segundo día de mi permanencia entre los bandidos despacharon varios camellos cargados de armas y municiones ocultas entre diversas mercancías.

—¿Comprendéis ahora, me dijo el bandido viendo mi extrañeza, cómo vivimos aquí en los montes?

—Comprendo, repuse, que comerciáis secretamente en armas de guerra, y ahora me explico cómo las más insignificantes tribus salvajes llegan á obtener armas de los sistemas más modernos. Vosotros sois los que abastecéis de armas á los indígenas para que puedan resistir la influencia de los europeos.

—Sí, armamos contra sus amos á aquellos que pretenden rechazar la esclavitud. ¿Es acaso esto algún crimen?

—Crimen semejante al de tener atado á un desgraciado á la pared hasta que envejece.

—Cuando la injusticia, añadió malhumorado, le obliga á uno á vivir en los montes y á asociarse con animales y salvajes no es extraño que procure no verse pisoteado y avasallado. Vos pudierais ayudarnos mucho en la causa que defendemos. En vuestros largos viajes habréis conocido á muchos é importantes jefes de tribu, con los cuales pudiéramos entrar en negociaciones mediante vuestra intervención. Vamos, sed razonable; ayudadnos, que no os pesará.

—¡Jamás! contesté resueltamente. De ningún modo consentiré en ayudaros, y mucho menos en entrar á vuestro servicio.

—¡Lo veremos! agregó el bandido dirigiéndome una mirada feroz. Una cosa he de advertiros, y es que no volveréis á Kairouin.

—¿Cómo que no volveré? ¿Queréis decirme que soy vuestro prisionero?

—No es necesario tener mucho talento para comprenderlo así.

—¿Qué rescate pediréis por mi persona?

—Ninguno. Si acepté el del cadí fué porque no me convenía rechazar una suma tan importante, y porque además volveré á prenderle cuando me plazca y entonces le mandaré ahorcar. Tengo siempre en Kairouin más de cien espías á mi disposición. Lo que exijo de vos es la promesa de que nos ayudaréis, y no saldréis de aquí hasta que me la otorguéis.

—¡Jamás! volví á decir. ¿Quién se atrevería á confiar en vosotros después de lo que habéis hecho conmigo? Esperaré, y cuando llegue la ocasión, que sí llegará, no será necesario vuestro permiso para salir de aquí.

—No esperéis esa ocasión, repuso furioso, y os advierto que si me entero de que ponéis los medios para huir, os mandaré ahorcar.

—¡Sea! contesté.

Y le dejé solo. Me retiré de muy mal humor, pensando que iba á pagar muy caro el capricho de haber llevado el rescate del cadí.

Desde aquel instante un solo pensamiento me preocupaba: cómo había de valerme para escapar de las garras del bandido.

III

Más de una vez procuré sobornar á los hombres más allegados al bandido para que me ayudaran á huir, pero fué en vano. Aceptaban mi dinero, eso sí, pero después me traicionaban. Llegué á temer que el bandido se enterase de mis planes y me mandara ahorcar; era muy capaz de hacerlo.

Viendo que por aquel camino no conseguiría nunca lo que me proponía me atreví á dirigirme un día á una de las mujeres moras, que estaban autorizadas para andar libremente por el campamento. Simpatizó conmigo, pero me dijo que la huída sería punto menos que imposible; que el bandido se enteraba de todo, y que si me cogía en el garlito me ahorcaría sin remisión.

Cierto día, estando pensando, como siempre, en la manera de salir de allí, se me acercó Fátima, que parecía hallarse más contenta que de costumbre.

—Perro cristiano, exclamó al verme, aunque con cierta amabilidad, conozco el medio de que puedas escapar del campamento.

—¿Cuál es? Decídmelo.

—No os lo puedo decir en este sitio ni tampoco ahora, añadió; pero esta noche, cuando todos duerman, no cerréis los ojos, yo enviaré un hombre de mi confianza que os enseñe el camino.

No pudo continuar porque se acercaban otras mujeres, á las cuales se unió para insultarme con ellas y mofarse de mí, como solían hacerlo con frecuencia.



VI QUE ERA UN MORO MUY JOVEN

Aquella noche me tendí, como siempre, en la alfombra que me servía de lecho y esperé con la ansiedad que es de suponer la llegada del hombre de quien me había hablado Fátima. Transcurrieron las horas sin que nadie se presentara, y ya comenzaba á dudar de aquella mujer, como de todos, cuando poco antes de romper el alba vi que alguien había entrado en mi estancia y se dirigía hacia mí. La luz de la linterna que traía no alumbraba lo necesario para distinguir sus facciones, pero pude ver, sin embargo, que era un moro muy joven. Me indicó que le siguiera y así lo hice.

Después de salir de mi cueva entramos en otra mucho más espaciosa,

atravesamos luego un pasillo largo y mi guía se detuvo indicándome un trozo de roca que cubría un agujero. Entre los dos descubrimos la abertura: el moro entró por ella y yo le seguí, teniendo cuidado de volver á cerrarla por dentro.

Continuamos el camino por un sendero abierto en la roca, y después de haber andado un largo trecho el guía se detuvo para descansar un momento mientras me decía:

—Este paso es obra de Leitner, conduce al polvorín; la entrada y la salida son secretas. No os separéis de mí y mirad bien donde pisáis.

El moro levantó la linterna para alumbrar mejor, y buena falta hacía, porque de trecho en trecho había trampas de diversas anchuras, pero sumamente peligrosas y muy difíciles de sortear.

Por fin llegamos al término del sendero cubierto.

—Con este cesto, dijo el moro levantando la linterna todo lo posible, suben la pólvora almacenada en el polvorín.

Dirigí la vista al techo y pude ver fija en la roca una rueda grande, de la cual pendía un enorme cesto. En éste se metió el moro, y siguiendo sus indicaciones le bajé hasta el fondo del pozo que se abría á nuestros pies. Al llegar al fondo, la cadena dió una fuerte sacudida. Subí de nuevo el cesto y bajé yo también.

Cuando me encontré de pie sobre la dura roca del fondo del pozo me puse á examinarlo con interés. Había multitud de barriles de pólvora colocados unos encima de otros, y los nichos abiertos en las paredes estaban llenos de balas de cañón y de cartuchos de fusil.

—Voy á enseñaros la puerta de salida, dijo el guía. En seguida me subiréis en el cesto para que pueda volver por donde hemos venido y vos haréis lo demás. ¡Que Alá os proteja!

En el momento en que nos dispusimos á retirar la piedra que cerraba la salida me pareció oir un ruido á nuestra espalda. Levantó el moro la linterna y quedé aterrado: ¡era el bandido!

—Os ahorcaré, exclamó éste con solemnidad. Sois un miserable, un traidor.

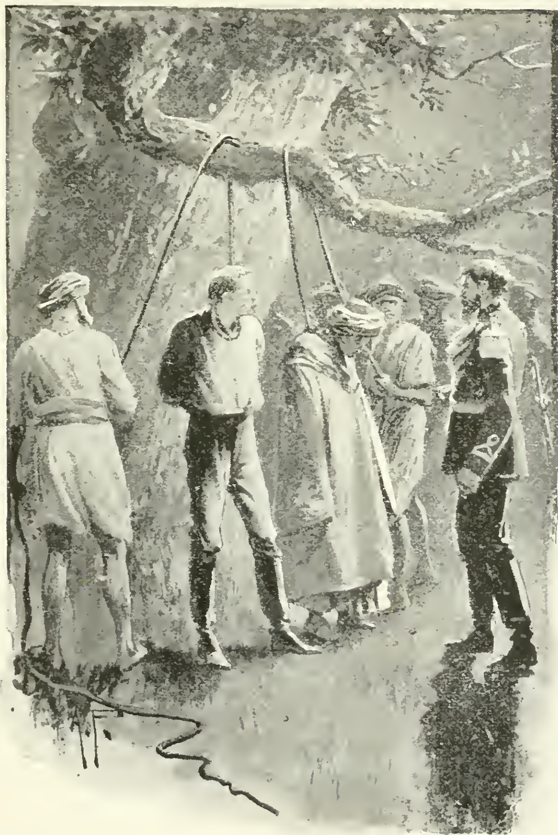
Estaba solo, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que yo intentaba me arrojé á él y caímos juntos luchando. Me pareció que sus fuerzas excedían en mucho á las de la generalidad de los hombres. Sus manos me agarraron como si fueran unas tenazas y no pude resistir más. Me puso una rodilla sobre el pecho, cogió la linterna, rompió el cristal y acercó la luz á un barril de pólvora.

—¡Traidor! repitió. Quítame la faja y sujeta con ella á este perro.

El guía vaciló.

—Si no me obedeces inmediatamente haré inflamar la pólvora y los tres moriremos.

Murmurando unas palabras incomprensibles se acercó el guía, le quitó la faja y pocos momentos después quedé bien atado.



COMPADECEOS DE ESE POBRE MORO QUE ES TODAVÍA UN NIÑO

Entonces el bandido me precipitó por la salida del polvorín: detrás de mí salió el guía en medio del mayor silencio, y él á continuación.

Cuando estuvimos fuera el bandido disparó al aire su pistola, y casi inmediatamente se presentaron algunos de sus hombres, á quienes refirió lo ocurrido.

—¿Qué deseáis que hagamos, señor? preguntó un negro que llevaba un magnífico rifle.

—Ahorcadlos en el árbol más próximo.

Comprendí que ya no había salvación. El moro no sabía sin duda que el campamento estaba rodeado de centinelas durante la noche, y me había conducido á una muerte segura.

Cuando ya todo estaba listo y teníamos la soga en el cuello me atreví á decir al bandido:

—Para mí no pido nada, pero compadeceos de este pobre moro que es todavía un niño.

—No, interrumpió el moro, tampoco yo quiero nada; pero ¿os atreveréis á ahorcar á un europeo como vos, que ningún delito ha cometido?

Al oir el tono de aquella voz se estremeció el bandido.

—¿Quién sois? preguntó al joven moro con marcada inquietud.

El moro no contestó.

—Quitadle el turbante, dijo á los centinelas.

Estos obedecieron.

—¡Fátima! exclamó el bandido lleno de asombro. ¿Será posible?

Sí, era Fátima, la esposa del bandido, que no pudiendo conseguir que alguien se prestara para ayudarme á escapar se había disfrazado de moro á fin de hacerlo ella misma.

—Quitadle la soga inmediatamente, rugió más que mandó el bandido, el cual quería con toda el alma á su mujer.

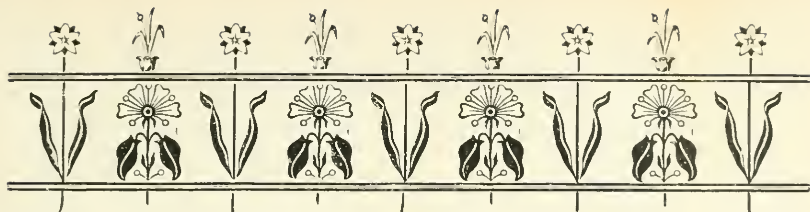
A los dos ó á ninguno, dijo Fátima.

Por fin el bandido, aunque de mala gana, me perdonó la vida.

Al día siguiente me fué devuelto el camello, y uno de los criados del bandido me acompañó hasta la mitad del camino de Kairouin, á donde llegué sano y salvo.

C. J. Mansford.





Cuentos del Coronel



El Castillo de las Tinieblas.

Hacéis bien, amigos míos, en tratarme con respeto, pues al honrarme á mí os honráis vosotros mismos y á la Francia entera. No es quien os habla un viejo militar, cano y calvo, que come su tortilla y bebe su vaso de vino: es una página de la historia, de la historia más gloriosa de nuestro país, que no ha sido igualada por ningún otro. Soy uno de los últimos de aquellos hombres admirables que antes de ser muchachos fueron militares veteranos; de aquellos que aprendieron antes á hacer uso de la espada que de la navaja de afeitar, y que durante más de cien batallas no permitieron ni una sola vez que el enemigo viese el color de sus mochilas. Más de veinte años pasamos enseñando á Europa á pelear, y aun cuando aprendió la lección, fué siempre el termómetro y jamás la bayoneta el que producía algún efecto en el más grande de los grandes ejércitos. En Berlín, en Nápoles, en Viena, en Lisboa, en Moscow, en todas partes hemos acuartelado nuestros caballos. Sí, amigos míos, lo repito: hacéis bien en mandar á vuestros hijos á saludarme, pues mis oídos han escuchado las dianas francesas y mis ojos han visto el orgulloso estandarte francés en sitios donde jamás ha llegado á escucharse ni á verse.

Siempre recuerdo con placer aquellos gloriosos tiempos, y después de comer, al echar la siesta en mi butaca, veo desfilar por delante de mí las inmensas filas de guerreros: los cazadores con sus chaquetas

verdes, los elegantes coraceros, los lanceros de Poniatowsky, los dragones con sus capotes blancos y los galantes granaderos. Después oigo el redoblar de los tambores y entre nubes de humo y polvo veo la línea de los bonetes altos, la fila de rostros arrugados por la intemperie y el movimiento de las largas plumas rojas, entremezclado todo con el brillo del acero, y por último, allá á lo lejos, rodeado de Rey, Lefèvre y otros valientes bien conocidos, distingo á nuestro hombrecito, pálido y severo, con sus penetrantes ojillos grises. Este es el final de mi sueño. Entonces salto de la butaca lanzando una exclamación de alegría, y madame Titaux vuelve á reirse del viejo militar que vive entre las sombras del pasado.



VEO DESFILAR LAS INMENSAS FILAS DE GUERREROS

Al terminar las guerras era yo todo un jefe de brigada, con grandes esperanzas de llegar á ser general de división; pero mis principales aventuras no las corrí precisamente cuando conquisté los laureles, sino en los primeros años de mi carrera, y á ellos me refiero generalmente cuando quiero hablar de los trabajos y de las glorias de la vida militar.

Como fácilmente comprenderéis, cuando un oficial tiene á su mando un gran número de hombres y caballos, lleva la cabeza llena de reclutas y refuerzos, de forraje, cuarteles, veterinarios y otras

cosas por el estilo: así es que, aun cuando no se halle frente al enemigo, vive siempre muy preocupado; pero cuando sólo se ha llegado á teniente ó á capitán, puede disfrutar de la vida sin preocuparse de nada ni pensar en otra cosa que en divertirse y en enamorar á las muchachas. En esa época de mi vida fué cuando más me divertí yo y cuando corrí la mayor parte de las aventuras que os cuento.

Esta noche voy á referiros cómo visité el castillo de las tinieblas, y también os hablaré de la extraña comisión del teniente Duroc y de la horrible tragedia del hombre que durante algún tiempo fué conocido por el nombre de Jean Carabín, y más adelante por el de barón de Straubenthal.

En el mes de febrero de 1807, inmediatamente después de la toma de Dantzig, el comandante Legendre y yo fuimos encargados de llevar desde Prusia al Este de Polonia cuatrocientos caballos de refuerzo. Con la crudeza del invierno, y principalmente en la batalla de Eylán, habíamos perdido tantos caballos que nuestro brillante regimiento de húsares estaba amenazado de tener que convertirse en batallón de infantería. Sabíamos, pues, que para evitar esto era grande la ansiedad con que se nos esperaba en las filas, y sin embargo no avanzábamos muy de prisa porque había muchísima nieve, los caminos eran detestables y teníamos sólo veinte hombres convalecientes para ayudarnos. Además, cuando se cambia diariamente de pienso, y á veces no se encuentra nada, es imposible sacar á los animales del paso regular. Ya sé que en los libros de cuentos la caballería pasa siempre en la más desenfrenada carrera; pero por mi parte, después de haber visto más de doce campañas, me daría por muy satisfecho con que mi brigada, durante una marcha, pudiera andar siempre al paso ligero y trotar siempre en presencia del enemigo. Hay que tener en cuenta que al decir esto hablo de los húsares, y que con doble motivo pudiera decirse de los coraceros y de los dragones.

Siempre fuí muy amigo de los animales, y el tener á mis órdenes cuatrocientos caballos de diversas edades, colores y caracteres me llenaba de satisfacción. La mayor parte eran de Pomerania, pero los había también de Normandía y de Alsacia. Nos entretenía mucho el observar que se diferenciaban en el carácter, tanto como los habitantes de los respectivos países de que procedían. Observamos también lo que después he tenido ocasión de comprobar muchas veces, que la índole del caballo se conoce por su color. El esbelto bayo es siempre caprichoso y nervioso, sufrido y valiente el castaño, dócil el roano y

el negro terco y poco manejable. Estas observaciones no tienen nada que ver con mi historia, ¿pero cómo queréis que la prosiga un oficial de caballería cuando halla al paso cuatrocientos caballos? Ya lo veis, tengo costumbre de hablar de lo que me interesa y espero interesaros también.

Cruzamos el Vístula frente á Meserwerden, y en la misma mañana en que llegamos á Resenberg el comandante se presentó en mi cuarto, en la casa de postas, llevando en la mano un papel.

—Tiene usted que marcharse, dijo con mal reprimido enojo.

No me daba gran pena separarme de él, porque, si me es permitido decirlo, no era digno de tener á sus órdenes un teniente como yo; pero tuve que disimular mi alegría, y silenciosamente saludé, esperando que continuara.

—Acabo de recibir una orden del general Lasalle, añadió. Debe usted salir inmediatamente para Rossel, y presentarse, en cuanto llegue, en el cuartel general.

Ninguna noticia podía haberme complacido más.

Mis oficiales superiores tenían formada muy buena opinión de mí, aunque preciso es decir que ninguno llegó á hacerme justicia. Comprendí que aquella orden tan repentina significaba que mi regimiento entraba de nuevo en campaña, y que Lasalle reconocía que mi escuadrón estaría muy incompleto sin mi presencia. Es verdad que era un poco inoportuno el momento, porque el posadero tenía una hija preciosa, una polaca de cutis blanco como la nieve y de negro y abundante pelo, pero me llamaba el deber y era preciso abandonarlo todo. De suerte que bajé al patio, mandé que me prepararan mi magnífico Rataplán y poco después me puse en camino.

Era aquella, por cierto, bien mala estación para atravesar el país más frío y más pobre de toda Europa; pero el día, aunque crudísimo, estaba muy hermoso. No se veía ni una sola nube en el cielo, cuyo color azul contrastaba con la blancura de la nieve, que brillaba bajo los fríos rayos del sol. Tan glacial era el aire que, al respirar, el aliento parecía quedarse helado, mientras que de las narices de Rataplán salían dos elegantes plumajes de vapor y de ambos lados del bocado caían grandes carámbanos. Para que entrara en calor le hice trotar un rato. Yo no sentía el frío. Iba tan preocupado que ni siquiera pensaba en él.

Hacia el Sur, lo mismo que hacia el Norte, no se veía sino grandes llanuras cubiertas de nieve, y por toda vegetación algún grupo de pinos negros ó de claros álamos. De vez en cuando daba con algún

caserío: pero sólo tres meses hacía que había pasado por allí un gran ejército, y ya sabéis lo que esto significa para cualquier país. Cierto que los polacos eran amigos: pero de entre cien mil hombres sólo los guardias tenían donde resguardarse, los demás tenían que vivir como mejor podían. Así que no me sorprendió nada el no ver salir humo de las chimeneas de las desoladas casas ni señales de ninguna clase de ganado. El ejército de Napoleón dejaba siempre huellas, y se decía que hasta las ratas morían de inanición por donde el Emperador pasaba con sus hombres.

Hacia el mediodía llegué á la aldea de Saalfeldt, pero pude avanzar muy poco á poco, porque como tenía que marchar por el camino real que conducía á Osteroide, donde pasaba el Emperador el invierno, así como también el cuartel general de las siete divisiones de infantería, lo encontré todo cuajado de carros y de coches. Entre las arcas, vagones y correos, y la larga fila que sin cesar aumentaba de reclutas y rezagados, me pareció que nunca iba á llegar á incorporarme á mi regimiento: así que fué grande mi satisfacción cuando hallé un sendero que, por entre extensas filas de pinos, conducía también hacia el Norte. En el cruce había una taberna, y en el momento de llegar yo una sección de húsares de Conflans montaba á caballo. A la entrada de la taberna vi al oficial, un joven alto, delgado y pálido, que más bien parecía un estudiante de cura recién salido del seminario que el jefe de los hombres que tenía á sus órdenes.

—Buenos días, me dijo cortésmente al ver que detenía el caballo.

—Muy buenos, contesté: y para presentarme con toda formalidad, añadí: soy Etienne Gerard, teniente de húsares del décimo regimiento.

En la cara que puso comprendí que había oído hablar de mí. Todo el mundo conocía mi nombre desde el día del lance con los seis maestros de esgrima. Pero mi amabilidad le inspiró confianza.

—Yo soy Duroc, contestó, segundo teniente del tercero.

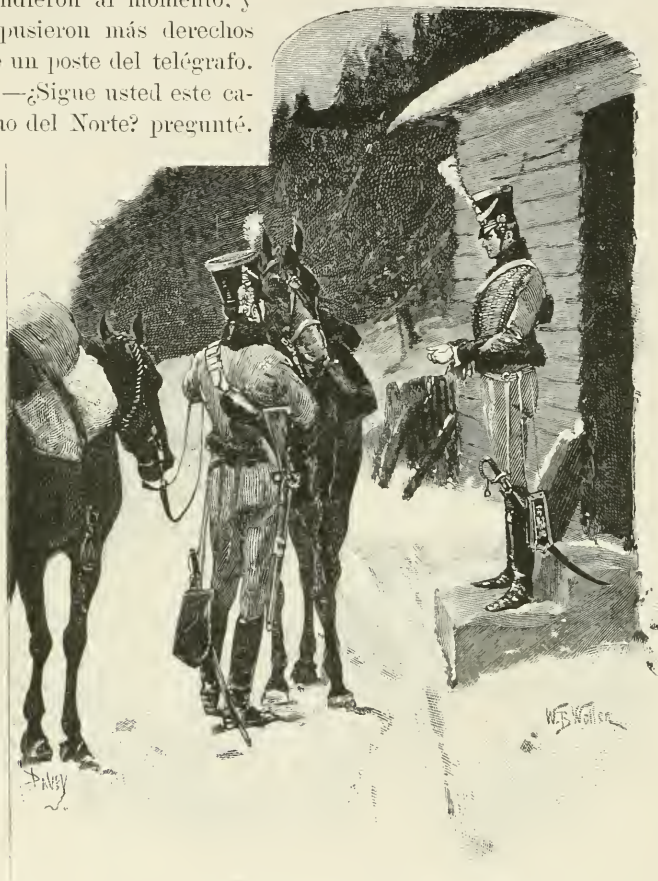
—¿Recién venido? pregunté.

—La semana última.

Me lo había figurado, juzgando por su color tan pálido y el ver cómo permitía á sus hombres haraganear en la silla: pero no hacía mucho que yo mismo había aprendido lo que ocurre cuando, siendo casi un chiquillo, tiene uno que dar órdenes á soldados veteranos. Me acuerdo que en los primeros días de mi llegada al ejército me ruborizaba al mandar á quienes habían asistido á más combates que años tenía yo. Entonces me hubiera parecido más natural el decir: «Con su permiso

nos pondremos en fila», ó «Si á ustedes les parece bien empezaremos á galopar». Así que no por aquello formé mala opinión del muchacho: mas para ayudarle un poco lancé á los soldados una mirada que comprendieron al momento, y se pusieron más derechos que un poste del telégrafo.

—¿Sigue usted este camino del Norte? pregunté.



Á LA ENTRADA DE LA TABERNA VI AL OFICIAL

—Tengo orden de patrullar entre este punto y el pueblo llamado Arsendorf, me contestó.

—Pues entonces, si usted quiere, iremos juntos hasta allí. Creo que el camino más largo resultará por fin el más corto.

Así fué, pues el sendero que seguíamos, desviándose de la carretera, atravesaba un gran campo abierto que fué cedido á los cosacos y

merodeadores, y estaba tan desolado y triste como animado y llano el camino real. Duroc y yo abríamos la marcha, seguidos de sus seis hombres de caballería. Era un buen muchacho aquel Duroc, aunque tenía la cabeza bien repleta de las tonterías que enseñan en Saint Cyr. Estaba más enterado de la historia de Alejandro Magno y de las ruinas de Pompeya que del manejo del forraje ó del arreglo de las herraduras de su caballo. Sin embargo, repito que era un buen muchacho, sin malicia ni doblez ninguna. Me agradó mucho oirle hablar de su madre y de su hermana María, que vivían en Amiens.

Después de un rato de marcha entramos en la aldea de Hayenau, y al pasar por la casa de postas Duroc se detuvo para hablar con el dueño.

—¿Puede usted decirme, preguntó, si vive por aquí el barón de Straubenthal?

El hombre respondió negativamente y proseguimos nuestro camino.

Aquello no me llamó la atención; pero cuando al entrar en la próxima aldea repitió Duroc la pregunta con el mismo resultado, no pude menos de interrogar quién era el tal barón.

—Es un hombre, contestó el muchacho sonrojándose ligeramente, á quien tengo que confiar una comisión de suma importancia.

No me satisfizo por completo la respuesta; pero comprendí que sería una imprudencia el insistir, y me callé.

Mi compañero continuaba haciendo la misma pregunta á todas cuantas personas encontrábamos en el camino, y yo, por mi parte, como debe hacer todo buen oficial de caballería, procuraba enterarme del terreno que pisábamos, fijándome hasta en los menores detalles. A cada paso nos alejábamos más y más del cuartel general, cuyas avanzadas denunciaban hacia el Sur grandes penachos de humo. Al Norte, entre nosotros y el campamento ruso, nada se divisaba; digo mal: en dos ocasiones me pareció haber visto brillar, allá en un extremo del horizonte, las lanzas de los cosacos.

El sol empezaba ya á ocultarse cuando, al descender por una colina, nos encontramos con una aldeíta á la derecha y á la izquierda con un gran castillo que se destacaba de entre los bosques de pinos.

A un aldeano de mala facha que se acercaba á nosotros guiando un carro le preguntó Duroc:

—¿Qué aldea es ésta?

—Arsendorf, respondió el hombre en alemán.

—Entonces hemos llegado al término de mi viaje, dijo Duroc.

Y añadió dirigiéndose nuevamente al aldeano: ¿Podrá usted manifestarme si vive por aquí el barón de Straubenthal?

—Es el dueño del Castillo de las Tinieblas, contestó el hombre señalando las negras torrecillas que sobresalían en el lejano bosque.

Al oir esto Duroc lanzó una exclamación muy parecida á la que pudiera lanzar un cazador al ver levantarse la caza á dos pasos de él. Creí que había perdido la razón. Sus ojos despedían chispas; tenía la cara más lívida que un difunto, y fué tan feroz la mirada que lanzó sobre el aldeano que éste se apartó lleno de miedo. Me parece estarle viendo ahora inclinado sobre el caballo y dirigiendo sus ojos de fuego hacia el negro castillo.

—¿Por que se llama el Castillo de las Tinieblas? pregunté.

—Es el nombre que le dan por aquí, contestó el aldeano, con motivo de los horribles sucesos que han ocurrido en él. Hace catorce años que lo habita el hombre más bribón, el más malvado de toda Polonia.

—¿Es algún noble polaco?

—No, fué la respuesta. En nuestra tierra no se crían seres tan asquerosos.

—¿Es francés, verdad? exclamó Duroc.

—Dicen que vino de Francia.

—¿Tiene acaso el pelo rojo?

—Casi como un tomate.

—Sí, sí, justo; él es, exclamó mi compañero visiblemente excitado. La mano de la Providencia me ha guiado á este sitio. ¡Y luego dirán que no hay justicia en el mundo! Vamos, Gerard, necesito alojar á mis hombres antes de atender á este asunto particular.

Metimos espuela á los caballos y cinco minutos después llegábamos á la posada, donde debían quedar los hombres aquella noche.

El asunto particular de Duroc no tenía, por supuesto, nada que ver conmigo, y sin embargo, me había chocado muchísimo la excitación de aquel muchacho. Todavía me quedaba mucho que andar hasta Rossel y resolví proseguir mi camino, con la esperanza de encontrar más adelante algún caserío donde pudiéramos pasar la noche Rataplán y yo. Con esta idea, y después de apurar un buen vaso de vino, volví á montar; pero apenas Rataplán había dado el primer paso, cuando Duroc salió apresuradamente y me detuvo.

—Mr. Gerard, exclamó, ruego á usted no me abandone de esta manera.

—¿Pero qué es lo que le pasa? ¿Puedo yo ayudar á usted en algo?

—Sí, señor, mucho. He oído hablar muchísimo de usted, y á nadie mejor quisiera tener á mi lado esta noche.

—¿Olvida usted que voy á incorporarme á mi regimiento?

—Es imposible que llegue usted á Rossel esta noche, repuso Duroc. Mañana podrá usted ir directamente desde aquí. Al quedarse conmigo esta noche me hará usted un favor grandísimo. Ruégole me ayude en un asunto en que va envuelto mi honor y el de mi familia. Sin embargo, debo advertirle que probablemente correremos algún peligro.

No pudo habérme dicho nada más de mi gusto.



DUROC SALIÓ APRESURADAMENTE

Salté del caballo, y llamando á un criado se lo entregué, mandándole que lo llevara á la cuadra.

—Vamos adentro, dije, y explíqueme usted qué es lo que quiere de mí.

Me condujo al comedor de la posada y cerró cuidadosamente la puerta pára que nadie nos interrumpiese. Sin saber por qué, aquel

joven me inspiraba profunda simpatía. Su uniforme de color gris plateado le sentaba admirablemente. Al comenzar su historia, la luz del quinqué, reflejando la seriedad de su rostro, le hacía aparecer más viejo que lo que era. Sin decir que se portaba tan bien como yo me porté á su edad confieso que había bastante semejanza entre los dos, y que esto despertaba en mí el más vivo interés.

—En pocas palabras, empezó diciendo, se lo explicaré todo. Si no se lo he contado á usted antes ha sido porque me duele el hablar de este asunto, pero no puedo pedir su ayuda sin decir para qué le necesito.

—Fué mi padre el conocido y reputado banquero Cristóbal Duroc, que murió á manos del populacho durante la revolución de septiembre. Ya sabe usted cómo se apoderó el pueblo de las cárceles, cómo nombró tres falsos jueces para sentenciar á los desgraciados aristócratas y cómo éstos, al salir á la calle después de aquella horrible farsa, fueron vilmente asesinados. Mi padre fué siempre un bienhechor de los pobres y hubo muchos que pidieron por él. En aquellos días estaba enfermo con fiebre y le llevaron medio muerto, tendido sobre una manta, á presencia de los jueces. Dos de los tres que habían de juzgarle se pusieron de su parte. El tercero, un joven jacobino que por su corpulencia y sus instintos brutales llegó á ser uno de los ídolos del populacho, le sacó arrastrando de la manta con sus propias manos, le pisoteó repetidas veces con sus enormes y pesadas botas y después le echó á la calle, donde fué despedazado en circunstancias imposibles de describir. Comprenderá usted que, aun teniendo en cuenta las injustas leyes de aquella época, la horrorosa muerte de mi padre fué un asesinato, puesto que dos de los tres jueces querían absolverle.

Restablecido el orden, mi hermano mayor comenzó á practicar diligencias para averiguar el paradero de aquel hombre, aquella fiera mejor dicho. Yo era entonces muy niño, pero se hablaba del suceso en mi presencia y me enteré de todo. Supimos que se llamaba Carabín, que era uno de los guardias de Santerre y que tenía fama de ser un duelista de primera. Nos dijeron también que una señora extranjera, la baronesa de Straubenthal, fué arrastrada á su presencia, pero que pudo obtener la libertad prometiendo ser suya, con todos sus bienes y propiedades. Se casó con ella, tomó su título y su dinero y huyó de Francia al caer Robespierre. Después no pudimos nunca saber qué fué de él.

Creerá usted quizás que, conociendo su nombre y su título, sería

fácil encontrarle; pero no hay que olvidar que la Revolución nos dejó sin dinero, y sin dinero en tales casos poco puede hacerse. Vino el Imperio y entonces aumentaron las dificultades, porque el Emperador dispuso que con el 18 Brumario quedaban liquidadas todas las cuentas, y que aquel día quedaba echado un velo sobre lo pasado, pero nosotros no podíamos olvidar las atrocidades cometidas con nuestro padre.

Mi hermano mayor ingresó en aquel tiempo en el ejército y anduvo por todo el Sur de Europa indagando el paradero del barón de Straubenthal. En el mes de octubre del año último fué herido en Jena, y murió sin haber podido vengar á nuestro pobre padre. Yo voy á ser más afortunado, pues he tenido la suerte de hallar al barón en una de las primeras aldeas que visito, y para colmo de mi fortuna me veo acompañado por un bravo militar cuyo nombre va asociado á multitud de hechos heroicos, tan generosos como atrevidos.

Con sumo interés había escuchado la historia de Duroc, pero no comprendía qué quería de mí.

—¿En qué puedo serle útil? pregunté.

—Acompañándome en mi visita.

—¿Al castillo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Pero qué piensa usted hacer?

—Lo sabrá cuando llegue allá. Le suplico que no me niegue el favor.

Nunca rehusé yo ninguna aventura, y además simpatizaba mucho con el joven. Bien está que perdonemos á los enemigos, pero es natural que les demos á ellos algo que perdonar. Pensando así y tendiéndole la mano con el mayor afecto, le dije:

—Mañana á primera hora tengo que salir para Rossel, pero esta noche estoy á su disposición.

Dejamos bien alojados á los soldados, y como el castillo no distaba de la posada una legua, no quisimos molestar á los caballos. Para decir la verdad no me hace mucha gracia ver á pie á ningún soldado de caballería. Jinete en su caballo le encuentro airoso y elegante, pero me parece torpe y desgarbado cuando tiene que recoger el sable con una mano y volver los pies hacia adentro para no tropezar con las espuelas. Sin embargo, Duroc y yo teníamos la edad en que todo sienta bien, y estoy seguro de que á ninguna mujer le hubiera disgus-

tado el tipo de ninguno de los dos húsares, uno de azul y otro de gris, que salieron aquella noche de la posada de Arsendorf.

Tomamos el sendero que conducía al castillo por entre un espeso bosquecillo de pinos, y era la niebla tan densa y oscura que apenas veíamos el camino. Sólo se distinguía á veces, por encima de nuestras cabezas, algún trocito de cielo cubierto de estrellas. Después de andar un buen rato nos encontramos frente al gran Castillo de las Tinieblas. Era un edificio enorme y feísimo, con torrecillas negras en las cuatro esquinas y una gran torre en el centro, que servía como de centinela avanzado. La enorme puerta, tachonada de clavos de hierro, no tenía ni aldaba ni campanilla, por lo cual tuvimos que hacer uso de los puños de nuestros sables para llamar.

En toda la inmensa fachada sólo se veía en una ventanita una luz misteriosa; ruido no se oía ninguno. Jamás he visto casa de aspecto más sombrío ni más triste. Algo terrible me parecía notar en el silencio y la oscuridad que tan perfectamente se avenían con el siniestro nombre del castillo.

Por fin salió un hombre alto y delgado, con una barba que le cubría los dos lados de la cara. En la mano derecha llevaba un farol y en la izquierda una gruesa cadena, de la que tenía amarrado un enorme perro de presa. Sin duda su primera intención fué amenazarnos con las furias del animal, pero al ver nuestros uniformes cambió de parecer, aunque nos contempló con bien mala cara.

—El barón de Straubenthal no recibe visitas á estas horas, dijo hablando en excelente francés.

—Puede usted manifestar al barón, repuso mi compañero, que he recorrido ochocientas leguas sólo por verle, y que no me iré de aquí hasta que haya hablado con él.

No pude menos de admirar el tono de su voz. No hubiera podido hablar mejor yo mismo.

El hombre, acariciándose la barba, nos miró de reojo durante unos instantes, pensando sin duda lo que había de decir.

—Hablando con franqueza, señores, exclamó al fin, á estas horas el barón toma sus copitas de vino, y estoy seguro de que no le haría mucha gracia la visita. Más valiera que volvieran ustedes mañana.

Mientras así se expresaba abrió de par en par la puerta, y entonces pudimos ver que detrás de él tenía tres hombres casi de su misma catadura. Uno de ellos llevaba amarrado otro enorme perro de presa.

—Basta de charla, exclamó Duroc amoscándose, apartando al

hombre y entrando resueltamente. Es con su amo y no con usted con quien necesito hablar.

Tan grande es la influencia que ejerce uno que sabe lo que quiere sobre otros que no lo saben, que al verle avanzar con decisión los cuatro se retiraron para dejarle sitio.

—Guíeme usted á la estancia donde el barón se halle, dijo Duroc encarándose con uno de ellos como si fuera un criado.

El hombre se encogió de hombros y contestó en polaco. El que nos abrió la puerta parecía ser el único que hablaba francés.

—Bien, sea como ustedes quieren, dijo este último. Verán al señor barón, pero quizás antes de terminar la visita pensarán que hubiera sido preferible seguir mi consejo.

Sin replicar palabra le seguimos por un pasillo de piedra, cuyo suelo se hallaba cubierto de pieles. En las paredes había en abundancia cabezas de animales salvajes, pero revelando todo suciedad y pobreza.

Al llegar al extremo del pasillo abrió una puerta y seguimos adelante, hasta que nos hallamos en una habitación pequeña y desamueblada, con el mismo aire de suciedad y miseria. Los tapices estaban tan viejos y deteriorados que por varios sitios dejaban ver la tosca pared de piedra. En el testero opuesto había otra puerta muy parecida á aquella por donde habíamos entrado, pero cubierta con una cortina negra. En el centro se hallaba una mesa, sobre la que se veían restos de comida y buen número de botellas vacías. Sentado á la mesa y con una copa en la mano vimos á un hombre corpulento, con larga cabellera y barba no menos larga y enmarañada, ambas de color anaranjado. En mis numerosas aventuras he tenido ocasión de ver muchas caras perversas, pero tan repugnante y llena de maldad como aquélla no la vi nunca. Los ojillos hundidos, las mejillas blancas y barbudas, y los labios gruesos, sobre todo el inferior, formaban un conjunto horrible. Meneando la cabeza nos contempló durante un rato con la mirada vaga y torpe de un hombre ebrio, aunque no lo estaba por completo, pues comprendí que había reconocido nuestros uniformes.

—¡Hola, valientes! exclamó. ¿Qué noticias traéis de París? ¿Conque vais á libertar á Polonia? Y mientras tanto sois esclavos vosotros mismos, esclavos de un hombrecillo aristocrático, con su gabán gris y su sombrero de puntas. Dicen también que ya no habrá ciudadanos, nada más que *madame* y *monsieur*. ¡Cáspita! Cuantas cabezas tienen que caer al serrín todavía. No tardarán...

Duroc avanzó silencioso y fué á colocarse junto al barón.

—¡Juan Carabín! dijo con voz de trueno.

El barón se estremeció. La nube de la embriaguez parecía desaparecer de sus ojos.

—¡Juan Carabín! volvió á decir Duroc.

El hombre se incorporó rápidamente, y apoyando las manos en los brazos de la butaca preguntó mirándole con fijeza:

—Joven, ¿por qué repite usted ese nombre?



SENTADO Á LA MESA VIMOS UN HOMBRE CORPULENTO

—Juan Carabín, hace muchos años que ando buscándole.

—Aunque fuera cierto que en algún tiempo me llamaran así ¿qué puede importarle á usted, puesto que sería entonces una criatura?

—Me llamo Duroc.

—¿Duroc, hijo de?...

—Sí, hijo del hombre á quien asesinó usted cobarde y villanamente.

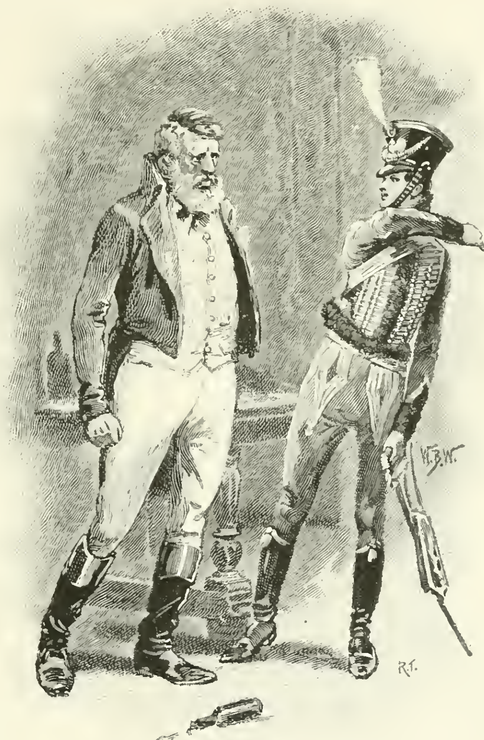
El barón trató de reirse, pero comprendí que temblaba.

—Joven, olvidemos lo pasado, dijo. Aquellos eran días de lucha, de guerra á muerte. Son cosas que no tienen remedio. Su padre pertenecía á los girondinos y cayó. Yo pertenecía á los jacobinos. La mayor parte de mis compañeros cayeron también. ¡Qué quiere usted! Cosas de la vida. Olvidémoslo todo. Usted y yo llegaremos todavía á ser buenos amigos.

Y tendió una mano velluda y fea.

—¡Basta! vociferó el joven. Si yo le atravesara á usted con mi sable, dejándole clavado en la butaca, haría lo que debía hacer. Es una deshonra cruzar mi sable con el suyo. Sin embargo, es usted francés y ha peleado bajo la misma bandera que yo peleo. Levántese, pues, y defiéndase.

—¡Quiá! balbuceó el barón; esas son cosas de jóvenes, y yo...



DUROC NO TUVO CALMA PARA OIR MÁS

Duroc no tuvo calma para oir más, y con la mano derecha le descargó una tremenda bofetada.

—¡Esta bofetada le costará á usted la vida! exclamó el barón.

—Vaya, ya nos vamos entendiendo, repuso Duroc.

—¡Mi sable! gritó el barón. Prometo no hacerle esperar. Poco tiempo necesito para arreglarle á usted las cuentas.

Y salió de la habitación precipitadamente.

Como dije antes, enfrente de donde estábamos había una puerta

cubierta con una cortina. Apenas había desaparecido el barón salió por aquella puerta una mujer joven y hermosa, la cual, acercándose silenciosamente á nosotros, le dijo á Duroc con voz apenas perceptible:

—Lo he visto todo. Se ha portado usted admirablemente. En seguida cogió la mano de mi amigo y se la besó repetidas veces.

—Pero, señora, exclamó Duroc, ¿por qué me besa usted la mano?

—Porque es la mano que ha castigado su inmunda boca, esa boca que pronuncia tan horribles blasfemias. Porque es la mano que vengará á mi querida madre. Soy su hijastra. Mi pobre madre murió de los disgustos que ese hombre la dió. Le odio y le temo. ¡Ah! oigo sus pasos, ya vuelve. ¡Animo, joven, mucho ánimo!

Y desapareció tan súbitamente como había venido.

Un momento después entró el barón con un sable desenvainado en la mano y seguido del hombre de la barba negra que nos había abierto la puerta.

—Este señor, que es mi secretario, me servirá de padrino, dijo. Pero necesitamos más espacio que el que hay aquí. Hagan ustedes el favor de pasar á este otro departamento.

Como era imposible de todo punto batirse en una habitación donde apenas cabíamos todos le seguimos por el pasillo, en cuyo extremo brillaba una luz á través de una puerta entreabierta.

—Aquí tenemos lo que nos hace falta, dijo el secretario entrando en un departamento grande y completamente desamueblado.

Apoyadas en las paredes había una larga hilera de barricas y cajas de madera de varias formas y tamaños. En un ángulo, colocado sobre un anaquel, un enorme quinqué alumbraba la estancia. El pavimento reunía buenas condiciones para el objeto.

Duroc entró con el sable desenvainado. El barón, retirándose un poco y haciendo una ligera inclinación de cabeza, me invitó á seguir á mi compañero. Apenas traspuse la entrada se cerró la pesada puerta y la llave crujió en la cerradura. Habíamos caído en la ratonera.

Al principio nos parecía mentira; no hubiéramos podido nunca sospechar aquella villanía, aquella canallada; pero al darnos cuenta de lo necios que habíamos sido al fiarnos por un momento de aquel hombre, de aquel miserable, nos pusimos furiosos. Furiosos contra el polaco y contra nosotros mismos por nuestra estupidez.

Lo primero que hicimos fué lanzarnos contra la puerta vociferando y pataleando con todas nuestras fuerzas. El ruido que metimos debió de resonar en todo el castillo, pero fué inútil. La única respuesta que

obtuvieron nuestros gritos fué el eco que vibraba en el techo encima de nosotros. Era una puerta muy pesada, una de esas puertas que se encuentran en los castillos de la Edad Media, y todos nuestros esfuerzos no producían efecto alguno. Cuando uno ha servido algunos años aprende á conformarse con lo que no tiene remedio. Yo fuí, pues, el primero en recobrar la calma, y persuadí á Duroc á que me ayudase á registrar la habitación que para nosotros se había convertido en cárcel.

Sólo tenía una ventanita muy alta, sin cristal, y tan estrecha que era materialmente imposible sacar por ella la cabeza. Duroc se encaramó sobre un tonel para mirar si se veía algo.

—¿Qué ve usted? le pregunté.

—Una larga avenida cubierta de nieve, contestó, y algunos grupos de pinos: nada más. En seguida lanzó una exclamación, y yo de un salto me puse á su lado. Vi un hombre jinete en un magnífico caballo gris, que galopando á más no poder atravesaba la avenida en dirección contraria á la que habíamos traído nosotros, y que después de un momento se ocultó á nuestra vista por entre las negras sombras del bosque.

—¿Qué significará eso? preguntó Duroc.

—Nada bueno para nosotros, respondí. Probablemente habrá enviado el polaco algún criado en busca de algunos amigos para ahorcarnos ó cosa parecida. Lo que debemos hacer es buscar el medio de salir de la ratonera antes que llegue el gato.

Lo único que teníamos de bueno era la luz. El quinqué estaba casi lleno de aceite y nos duraría hasta la mañana. A oscuras, nuestra situación hubiera sido más difícil.

No sabiendo qué hacer nos pusimos á examinar las barricas y las cajas colocadas á lo largo de las paredes. En algunos sitios había sólo una fila, pero en otros, sobre todo en un ángulo, estaban amontonadas hasta tocar casi en el techo. Indudablemente nos habían encerrado en la despensa del castillo, pues las cajas contenían quesos, frutas secas y legumbres de varias clases, y en las barricas había vino. Una tenía puesta la llave, y, como yo había comido muy poco aquel día, parecióme que no me sentaría mal un vasito de clarete. Me lo escancié, y cortando un buen pedazo de queso me puse á cenar tranquilamente. Duroc no quiso tomar nada. Estaba desesperado y no hacía más que dar vueltas de un lado á otro, profiriendo maldiciones contra el polaco y diciendo de vez en cuando:

—Todavía me las ha de pagar. ¡Juro que no escapará de mis manos!

No estaba mal aquello; pero mientras comía mi queso y bebía mi vino se me ocurrió que el joven Duroc pensaba demasiado mucho en sus cosas y demasiado poco en el compromiso en que á mí me había metido. Después de todo, hacía catorce años que había muerto su padre y aquello ya no tenía remedio. Pero he aquí á Etienne Gerard, el oficial más galante y más audaz del ejército, en inminente peligro de perder la vida en los comienzos de su brillante carrera. ¡Quién sabía los honores y las glorias que llegaría á conquistar si saliera de allí! Y no pude menos de pensar en la tontería que había cometido al mezclarme en un asunto en que nada tenían que ver ni Francia ni el Emperador. Bastante era el tener que luchar con un millón de rusos, sin meterme en cosas ajenas.

—Todo eso está muy bien, amigo mío, dije por fin. Haga usted lo que mejor le parezca cuando le pesque, pero mientras tanto debemos pensar qué es lo que el polaco se propone hacer con nosotros.

—Que haga lo que quiera, exclamó Duroc: yo vengaré á mi padre.

—Perfectamente. Usted se acuerda de su padre y yo me acuerdo de mi madre. Por ella necesito salir de aquí sano y salvo.

—Es verdad, dijo humildemente: tiene usted mucha razón, monsieur Gerard. Dispénseme usted, he pensado demasiado en mí mismo. ¿Qué opina usted que debemos hacer?

—De una cosa podemos tener completa seguridad, respondí: que no nos han encerrado aquí para nada bueno. Piensan acabar con nosotros de alguna manera. Creen que nadie sabe á dónde hemos venido, y que si desaparecemos misteriosamente á ninguno se le ocurrirá venir al Castillo de las Tinieblas á preguntar por nosotros. ¿Saben sus hombres á donde ha venido usted?

—No les dije nada.

—Es evidente que no piensan matarnos de hambre, porque hay aquí alimentos para muchos días. De modo que tendrán que entrar para darnos muerte. Por supuesto, nos pudiéramos defender contra los cinco individuos que vimos en el pasillo, y comprendiéndolo así, han enviado á buscar ayuda.

—Tenemos que salir de aquí antes que ésta llegue.

—Si hemos de salir tiene que ser antes, porque lo que es después...

—¿No podríamos pegar fuego á la puerta?

—Nada más fácil. Hay algunos barriles de aceite en aquel rincón y tengo cerillas en el bolsillo. Pero encuentro un inconveniente, y es que el remedio resultaría peor que la enfermedad, puesto que moriríamos achicharrados.

—¿Pero no se le ocurre á usted algo, preguntó Duroc con acento desesperado? Y añadió en seguida: ¡Chist! ¿Qué es eso?

Un ruidito hecho en la ventana nos llamó vivamente la atención. Nos pusimos á mirar y vimos una mano blanca y menuda que traía entre los dedos un objeto brillante. De un salto nos encaramamos sobre la barrica.

—¡Pronto, pronto! exclamó una voz de mujer. Han ido á buscar á los cosacos y les van á matar á ustedes. ¡Dios mío, estoy perdida! ¡Ay de mí!

Y llegó á nuestros oídos el ruido de pasos apresurados, una especie de rugido de rabia y un tremendo golpe, que un instante después fué seguido de un grito de dolor y angustia.

—¡Esos asesinos la matarán! dijo Duroc, y se puso á golpear la puerta violentamente y como fuera de sí.

—¡Si está aquí la llave! exclamé recogiendo del suelo una llavecita. Se conoce que la trajo y no tuvo tiempo de advertírnoslo.

Duroc me la arrebató de las manos, y un momento después la arrojó al suelo desesperadamente. Era tan pequeña que en la cerradura de la puerta se perdía por completo. La desesperación de mi compañero no tenía límites. Yo también me acordaba de aquella pobre mujer y me mordía de rabia el bigote; pero no me desconcerté ni muchísimo menos, y se me ocurrió que, después de todo, aquella llave debía tener algún objeto. ¿Cuál sería éste?

Al cabo de un rato, y creyendo haber descubierto el enigma, me puse á mover las cajas y apartarlas de la pared. Duroc me ayudó con todas sus fuerzas, pero la tarea no era fácil, porque algunas pesaban mucho. Como locos estuvimos trabajando hasta retirarlo todo, y por fin ya no quedaba más que un enorme tonel de *rodsa* (bebida de los polacos). Entre los dos lo retiramos también después de algunos esfuerzos, y tuvimos la satisfacción de encontrar en la pared una puertecilla en cuya cerradura encajaba perfectamente la llave. La abrimos, y con el quinqué en la mano entré seguido de Duroc. Pronto nos vimos en el polvorín del castillo, lleno de barriles de pólvora. Uno de éstos se hallaba abierto, y su contenido, desparramado por el suelo, formaba en el centro un negro montón. En un extremo del polvorín vimos una puerta, pero también estaba cerrada con llave.

—En total, estamos como antes estábamos, dijo Duroc; no tenemos llave para esa puerta.

—Tenemos una docena, repuse.

—¿Dónde?

Indiqué los barriles de pólvora.

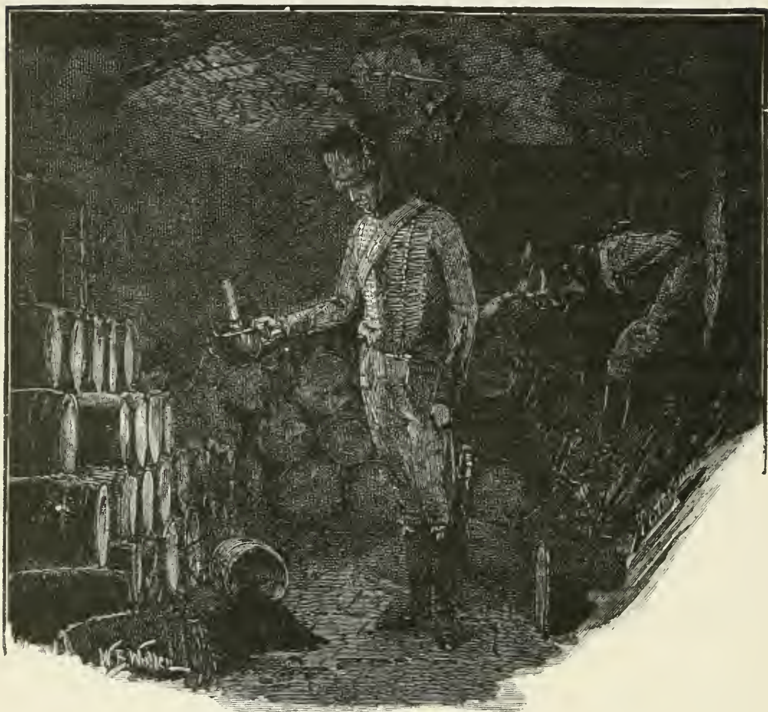
—¿Piensa usted derribar la puerta volándola.

—Eso pienso.

—Pero volará el polvorín.

Tenía razón. Volví á meditar, y al cabo de unos instantes dije:

—Pues volaremos la puerta de la despensa.



NOS VIMOS EN EL POLVORÍN DEL CASTILLO

Corrí allá, y cogiendo una lata que contenía velas volví al almacén. La lata tenía próximamente el tamaño de mi gorra, y por tanto podía contener algunas libras de pólvora. Saqué las velas, y mientras Duroc la llenaba yo corté un cabito. Cuando terminamos la operación, difícil hubiera sido hallar un ingeniero que idease mejor petardo.

Volviendo de nuevo á la despensa, colocamos tres quesos, uno sobre otro, contra la puerta, y encima del último la lata, que llegaba exactamente á la cerradura. En seguida encendimos el cabito de vela y corrimos al polvorín, cerrando con cuidado la puertecilla.

No es ninguna broma, amigos míos, esperar rodeados de barriles de pólvora á que estalle un petardo como el que acabábamos de colocar. Si el fuego llegaba á penetrar por la puertecilla, nuestros ennegrecidos cuerpos volarían más altos que las torres del castillo.

Parecía mentira que un cabito de vela, de media pulgada escasamente, tardara tanto en consumirse. Ya estaba yo pensando que se habría apagado cuando oímos una detonación espantosa. La puerta cayó hecha trizas, y pedazos de quesos mezclados con manzanas, nabos, zanahorias y otras cosas vinieron á caer muy cerca de nosotros.

Lanzándonos hacia la entrada tuvimos que atravesar una nube de humo y pasar por encima de multitud de estorbos esparcidos por el suelo, pero la luz que penetraba por el hueco donde antes se hallaba la puerta nos vino á demostrar que el petardo había causado sus efectos. Había hecho más de lo que nosotros nos proponíamos. No sólo quedaba abierta la cárcel, sino destruído también el carcelero. Lo primero que vi al salir al pasillo fué á un hombre tendido en el suelo, con una enorme hacha en la mano y una tremenda herida en la frente. Un poco más allá agonizaba uno de los temibles perros de presa. En el mismo momento me hizo volver la cabeza un grito de Duroc, á quien vi sujeto contra la pared y con los dientes de otro perro clavados en la garganta. Rechazándolo con la mano izquierda le atravesó el cuerpo repetidas veces, pero no murió hasta que yo le solté un tiro en la cabeza y cayó redondo.

Los ayes de dolor y angustia de una mujer nos hicieron comprender que probablemente llegaríamos demasiado tarde. En el pasillo encontramos otros dos hombres, pero se acobardaron al vernos con los sables desenvainados. La sangre caía á chorros del cuello de Duroc, tiñendo de rojo la piel gris que adornaba su capote. Sin embargo, tal era su excitación, que, sin fijarse en nada, pasó por delante de mí, y entonces se ofreció á mi vista una triste escena que se desarrollaba en la estancia donde por primera vez habíamos visto al dueño del Castillo de las Tinieblas.

El barón se hallaba de pie en medio de la estancia, con la barba erizada como las melenas de un león furioso. Dije antes que era un hombre enorme, muy ancho de espaldas, y aun en momentos tan críticos no pude menos de pensar que, á pesar de sus villanías, tenía arrogante figura para granadero. Su hijastra estaba acurrucada en la butaca detrás de él. Un gran verdugón en el brazo derecho y un látigo de perros caído en el suelo nos hicieron comprender que apenas habíamos llegado á tiempo de salvarla de su brutalidad.



ADELANTÓSE HACIA NOSOTROS BLANDIENDO EL SABLE

Lanzó el barón un rugido cuando entramos, y blasfemando horriblemente adelantóse hacia nosotros blandiendo el sable.

He dicho ya que, por lo reducido de la estancia, no era posible batirse allí. Duroc se hallaba delante de mí, en el estrecho espacio comprendido entre la mesa y la pared, de manera que me era imposible ayudarle. El joven manejaba el sable perfectamente y era suelto y astuto; pero la estrechura del sitio, la estatura gigantesca y las fuerzas hercúleas del polaco le daban á éste gran ventaja. Además era excelente tirador. Dos veces tocó á Duroc en el hombro, y luego, cuando al joven se le escapó el sable de la mano, levantó el suyo para terminar su obra antes de que pudiera recobrarlo: pero me moví yo más rápidamente que él y recibí el golpe en el puño de mi sable.

—Dispense usted, le dije, aun tiene usted que vérselas con Etienne Gerard.

El hombre se recostó contra la pared. Estaba algo fatigado y respiraba penosamente. La mala vida que llevaba le impedía sin duda hacer grandes esfuerzos.

—Respire usted, añadí, esperaré á que descanse.

—Pero usted no tiene motivos para batirse conmigo, balbuceó.

—Le debo algo por haberme encerrado en su despensa, contesté; pero si no existiera este motivo, bastaría la marca que veo en el brazo de esa señorita.

—Corriente. Pues allá va, vociferó, lanzándose sobre mí como un loco.

Por unos momentos vi sólo aquellos dos ojillos azules que echaban chispas de rabia, y aquella punta del sable que se movía con rapidez de derecha á izquierda y volvía siempre á mi pecho y garganta. Nunca creí que tan perfecta esgrima se hubiera conocido en París durante los días de la revolución, y puedo asegurar que no habré tropezado ni con media docena de hombres que mejor hayan conocido el manejo del sable. Sin embargo, el barón comprendía que yo le aventajaba, leía la muerte en mis ojos y veía que estaba resuelto á acabar con él.

Se puso lívido, su respiración era cada vez más fatigosa; pero á pesar de todo continuó batiéndose, aun después de recibir la estocada fatal, y murió por fin luchando y maldiciendo.

El cuadro era horrible, de los más horribles que se han ofrecido á mis ojos, acostumbrados á ver cosas horrorosas.

Apenas su cuerpo cayó rodando por el suelo, la joven se levantó batiendo palmas y dando gritos de alegría al verse libre de las manos de aquel monstruo; en esto que un olor asfixiante, que hasta mí llegaba,

parecía que me iba á ahogar. Al mismo tiempo un siniestro resplandor hizo resaltar las figuras en los viejos tapices de las paredes.

—¡Duroc, Duroc! grité, el castillo está ardiendo.

El pobre muchacho se hallaba privado de conocimiento, y sus fuerzas estaban agotadas á consecuencia de la pérdida de sangre.

Salí á escape al pasillo para ver de dónde partía el fuego y encontré ardiendo la puerta. Dentro de la despensa algunas cajas ardían ya. La sangre se me heló en las venas al ver las llamas tan cerca de



VI UNA INMENSA COLUMNA DE FUEGO

los barriles de pólvora. Podía tardar el fuego dos ó tres segundos, ó á lo sumo unos minutos, en llegar á la entrada del polvorín. Estos ojos se habrán cerrado para siempre cuando yo olvide aquellas llamas que avanzaban hacia un negro montón de pólvora. Sin darme apenas cuenta de lo que sucedía volví corriendo á la estancia del desafío, cogí por un brazo á Duroc, la joven le cogió del otro y le arrastramos por el pasillo. Salimos luego por la puerta principal, y volamos más que corrimos por el camino nevado hasta llegar á la entrada del bosque. En aquel momento oí una detonación y vi una inmensa columna de fuego alzarse en el aire, que hasta parecía tocar en el cielo. Pocos instantes después sonó otra detonación espantosa. Todo daba

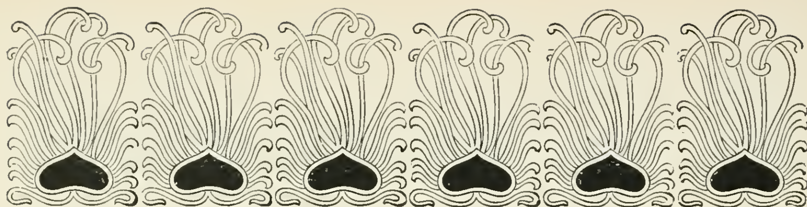
vueltas en derredor de mí, y ya no pude más: caí sin sentido sobre el inanimado cuerpo de Duroc.

Tres semanas después recobré el conocimiento, y fueron grandes mi asombro y mi consternación al hallarme en la casa de postas de Arsendorf. A los dos ó tres días, Duroc, curado ya por completo y en disposición de atender al cumplimiento de sus deberes militares, se acercó á mi cama y por él supe que una viga lanzada por la explosión de la pólvora había caído sobre mí, dejándome casi muerto. Supe también que la joven polaca, presentándose en Arsendorf, avisó á los hombres de Duroc, quienes nos recogieron cuando ya estaban á punto de llegar los cosacos, cuyo auxilio había ido á pedir el secretario del barón cuando le vimos partir á galope aquella noche horrible.

En cuanto á la hijastra del barón, aquella señorita que con su valor nos había salvado la vida, poco pude saber entonces; pero cuando dos años más tarde me encontré por casualidad en París con Duroc, después de la toma de Dantzig, no me extrañó saber que era casado, que no necesitaba yo ser presentado á su esposa y que, por uno de esos raros caprichos de la suerte, poseía el título de barón de Straubenthal (aunque no lo usaba), lo que le hacía dueño de las ennegrecidas ruinas del Castillo de las Tinieblas.

A. Conán Doyle.





El último clavo



Era el año 1848. La ciudad de Milán, cansada de estar sujeta al tiránico poderío de Austria, se alzó en rebelión, y el mismo espíritu revolucionario que desterró de París al Emperador y le obligó á huir de Viena se apoderó del ánimo de los habitantes de la capital de Lombardía.

A fin de atemorizar á la multitud que al pie de los edificios públicos aclamaba á la libertad se dió orden de disparar algunos tiros con pólvora sola, lo cual sirvió para enardecer los ánimos, y cuando de repente sonó un disparo en firme, el pueblo, enfurecido, abalanzóse con todas sus fuerzas sobre el edificio del Gobierno, y al grito de ¡viva Italia! ¡abajo los austriacos! se apoderó del gobernador después de derrotar á los soldados. Aquel disparo debió ser alguna señal convenida de antemano.

Durante la noche del 17 de marzo todo el pueblo estaba en movimiento; por todas partes oíase el golpear de martillos y otras herramientas, y al siguiente día aparecieron en las calles barricadas y parapetos levantados para resguardar á los milaneses de los tiros y cañonazos de sus tiranos. Al amanecer sonaban las campanas de todas las torres, y al son de las trompetas marchaban hombres, mujeres y niños gritando á voz en cuello: ¡viva la libertad!

Sobre los soldados de la casaca blanca llovían tejas, tablas, piedras, botellas y cuanto encontraban á mano los revolucionarios. Fuego y metal habían resistido hasta entonces, mas una granizada como aquella no había entrado en sus cálculos.

Paso á paso iban retirándose hasta llegar á Porta Toya: pero una vez fuera del alcance de las pedradas, colocaron sus cañones en ala y esperaron nuevos refuerzos.

El camino de Porta Toya era ancho y recto, y llegaba directamente hasta un espacioso canal que rodeaba á Milán por la parte interior de las murallas y paralelo á éstas. En la misma Porta Toya montaron tres cañones en inmejorable posición. La rectitud del camino impedía á los revolucionarios acercarse, y cuando lo intentaban de un cañonazo caían cientos á la vez. Además el pueblo no tenía otras armas de fuego que algunos fusiles fabricados ingeniosamente con madera y abrazaderas de hierro, los cuales reventaban á los dos disparos. Los sitiadores se creían seguros, pero la Providencia (según los milaneses) ó el demonio (según los austriacos) tentó á un hijo de la revolución á inventar un medio para vencer al invencible y resistir al irresistible. Se prepararon unos cuantos haces de palos y ramas, se ataron fuertemente con cordeles y se unieron con arcilla y barro; se echaron en tierra, y entre varios chicos de la calle, dispuestos siempre á hacer diabluras, lograron arrastrarlos hasta la entrada del camino, frente por frente del enemigo. Desde allí, los mejores tiradores de la ciudad, agachándose detrás de los haces, apuntaban con sus fusiles á los soldados y rara vez dejaban de acertar. Como es de suponer, con un disparo de cañón hecho por los austriacos caían barricadas, defensas y defensores, pero nadie se arredraba. En ambas partes había que curar á los heridos y renovar las filas y los parapetos para proseguir la lucha, que cada vez era más tenaz, más sangrienta y más feroz. Cuántos hijos expiraban en los brazos de sus madres, gritando al exhalar su último aliento: ¡viva Italia! ¡abajo Austria!

A lo largo del canal extendíase una balaustrada de piedra roja, y sobre ella, á bastante distancia del combate, hallábase sentada una joven, hija del pueblo sin duda ninguna. Sus piernas, tostadas por el sol, estaban colgando y columpiándose en el aire; sus pies, descalzos, demostraban al moverse que habían estado en contacto con el polvo de la calle. Sus vestidos eran pobres, pero de colores vivos, y su rostro, tostado por el sol y coronado por abundante cabellera negra, de una hermosura sin igual. Sus nacarados dientes brillaban al sol como perlas del Océano. Aunque por su edad era casi una niña, por su travesura y sus picardías para traer locos á los jóvenes del pueblo era una mujer.

Por el momento tenía que conformarse con las atenciones de un pobre muchacho, cojo y contrahecho, que la adoraba en silencio, pues harto sabía que el preferido por ella estaba entre los combatientes dis-

tinguidos y que se entretenía pasando el tiempo con él para dejarle en cuanto el otro se presentara. El pobre inválido, á quien el pueblo había bautizado con el apodo de «El Nene», adoraba á la joven con toda su alma y hubiera dado por ella la vida muy gustoso: pero ¿qué podía hacer él? Tenía que aprovechar los momentos en que César Bancinelli estaba disparando cañonazos y adorar á su ídolo mientras podía hacerlo. César volvería pronto, y entonces... ¡adiós, Teresina!

Entretanto, ésta seguía columpiando sus tostadas piernas y sus empolvados pies desde la balaustrada y él la contemplaba extasiado.

—César está entre los defensores, dijo ella por fin, y tú, ¿por qué no vas? Tú eres muy cobarde.

El inválido se puso rojo de ira y todo su sér se estremeció al oir aquellas palabras, pero contestó tranquilamente:

—Ya sabes tú por qué no voy, Teresina.

—Sí, repuso ella con altivez, ya sé que prefieres pegarte á las faldas de una mujer. No vas á pelear con César porque tienes miedo.

El pobre muchacho se tornó lívido, pero volvió á contestarla con la misma tranquilidad que antes:

—Eso sólo lo dices para atormentarme, Teresina. Demasiado sabes que yo moriría gustoso entre los defensores que caen por ver el último austriaco arrojado de aquí; pero ¿de qué sirvo yo?

—¡Morir tú! exclamó la muchacha en tono despreciativo. ¡Qué fácil es hablar mientras César se está batiendo!

El muchacho se acercó á ella con el rostro ardiendo de pasión, los ojos brillantes como relámpagos y con resolución desesperada la dijo:

—Yo me atreveré á más que César á pesar de que tú le crees un valiente. Dime que lo haga y me arrojaré al canal.

La firmeza con que había pronunciado aquellas frases llenó de susto por el momento á Teresina; pero alzó los ojos, viò á César que se acercaba y dando un salto fué á reunirse con él. El pobre Nene la siguió apoyándose en su muleta y cojeando. La joven, cuando llegó al lado de su novio, volvió á sentarse en la balaustrada, y mirando á los dos desde allí, dijo en alta voz:

—Oye, César, dice el Nene que eres un cobarde.

—No he dicho eso, exclamó el Nene acercándose. Dije que me atreveré á lo que César no se atreve.

—¡Hola! César, dice que es más valiente que tú.

—Pues si lo vuelve á decir le romperé las narices, contestó César.

—¡Vaya una valentía! exclamó el Nene. Sí, he dicho que haré más de lo que tú te atreves á hacer y lo haré.

—¿Pues qué harás?

—Mira, los dos amamos á Teresina; sube conmigo á la balaustrada, y cuando Teresina haga la señal, los dos nos arrojaremos al agua. Vamos, sube ó diré que eres un cobarde.

Se colocó frente por frente de la joven é hizo una indicación á su rival; pero éste dió un paso atrás, diciendo:

—¡Vaya una locura que haríamos los dos! No, yo no hago eso. Nos batiremos, echaremos una carrera ó iremos á ver quién dispara mejor contra los austriacos, pero yo no me arrojo al agua.

—Pues eres un cobarde, exclamó el Nene, y dando una vuelta se alejó tristemente de allí.

Cuando ya se hallaba á alguna distancia, el pobre muchacho creyó morirse de desesperación. ¿Qué daño había hecho para verse tratado de aquel modo? Nadie en el mundo le compadecía. Sus padres se avergonzaban de él, sus hermanos le pegaban, sus hermanas le hacían burla...

César Bancinelli, á quien detestaba, era el preferido, el admirado por Teresina, y Teresina, á quien él idolatraba con todo su corazón, le atormentaba porque no servía para ir á batirse con los austriacos. ¿De qué le servía la vida? Lo mejor sería poner término á sus penas arrojándose al canal, y de una vez acabarían todos sus dolores, todos sus sufrimientos, y quizás Teresina le tendría entonces compasión.

De repente se le ocurrió una idea. Después de todo, ¿era valentía decir á César que se arrojara al canal con él? César Bancinelli tenía mucho que perder y no ganaba nada al suicidarse, mientras que él nada tenía que sacrificar. Y mirándolo así le parecía una locura, como había dicho César, lo que él había llamado heroismo.

¿Y no había en el mundo nada que pudiera hacer un baldado? Para ser hombre y realizar actos dignos de la inmortalidad, ¿había que ser fuerte precisamente? ¿Dónde había él oído hablar de un pobre muchacho que prendió fuego á un depósito de pólvora, la cual al estallar derribó las murallas de una población sorprendida por los franceses y destruyó al enemigo? Cierto que aquel muchacho pagó con su vida la hazaña, pero el pueblo le inmortalizó y le erigió una estatua. También él, el Nene, hubiera hecho lo mismo, porque en total ¿qué significaba aquéllo? Encender una cerilla, ponerse á escuchar los pasos del enemigo, y en el momento en que estaba entrando en el pueblo arrojar la cerilla á la pólvora y...

Andando poco á poco llegó hasta las puertas de la ciudad. El fuego había cesado: dió unos cuantos pasos hacia el enemigo, cuando de repente vinieron á sorprenderle los ayes de un herido que se quejaba

amargamente, mientras hablaba con un compañero que le vendaba las heridas y á quien decía así:

—¡El diablo les lleve los cañones! ¿Quién los resiste en esta maldita calle? Es lo mismo que hacer fuego en una galería cualquiera.

El Nene siguió adelante, hasta que llegó al campo enemigo sin que nadie le detuviese. Los soldados estaban entretenidos reparando los daños causados en la última acometida y pasó inadvertido de todos. Para convencerse de que no era ningún cobarde prosiguió su marcha hasta que llegó á un portal, donde se sentó á descansar. Desde allí se distinguían perfectamente las bocas de los cañones austriacos, sobre las cuales caían los rayos del sol haciéndolas brillar como aros de oro. Los artilleros estaban apilando balas y preparando la pólvora.

«¡El diablo les lleve los cañones!» había dicho el pobre herido. ¡Si él pudiera hacerlos enmudecer! ¡Si pudiera incendiar el sitio donde se hallaban los austriacos, como aquel muchacho inmortal había pegado fuego al depósito de pólvora! ¡Aquel sí que sería un acto heroico! Sus padres no tendrían que avergonzarse de él, del Nene; César no le burlaría, y acaso acaso le lloraría Teresa. Pero aquello no era posible.

Se levantó, salió del portal y dió una vuelta alrededor de la casa, que estaba desierta y abandonada. Entró de nuevo, subió, y en una de las habitaciónes encontró una caja con herramientas de carpintero...

Un rayo de inspiración, que le hizo temblar, cruzó por su mente. Cogió el martillo y se llenó de clavos los bolsillos. Algunas veces había oído hablar de la posibilidad de inutilizar los cañones. ¿Y quién podría impedir que durante la noche se metiera él entre los austriacos, llegara hasta los cañones y los inutilizara? Cierto que estarían custodiados; pero si la noche era oscura, ¿no se podría burlar á los centinelas?

¡Con cuánta impaciencia esperó la llegada de la noche! Al oscurecer se había reanudado el combate, y desde el tejado de la casa se podía distinguir cómo caían las balas. Se oían sus silbidos y veía desmoronarse las barricadas y las defensas de los milaneses.

Al cerrar la noche volvió á reinar el silencio, y entonces se preparó para la realización de su idea. De diez á once la calle se hallaba tan oscura que no se distinguían los objetos á medio metro de distancia.

Encendió un farol y le colocó en una ventana de la casa para llamar la atención de los centinelas. En seguida bajó la escalera, pasó al otro lado de la calle y se dirigió hacia la Puerta Toya.

Los tres centinelas que estaban vigilando vieron la luz del farol; se agruparon para ponerse al habla, á fin de resolver lo que debía

hacerse, y el Nene entonces pudo deslizarse sin que ninguno advirtiera su presencia y aproximarse á los cañones.

Como la luz no se movía ni vieron ninguna otra señal que les llamara la atención, los centinelas volvieron á sus puestos. El Nene arrojó su muleta, y agarrándose á la pared para no hacer ruido pudo llegar hasta el primer cañón. Allí se sentó á descansar y á preparar sus herramientas en medio del más profundo silencio. Eran las doce.

Se encaramó en el cañón, y poniéndose boca abajo sacó del bolsillo uno por uno los clavos que había tenido la precaución de envolver en trapitos y buscó el oído. Con sumo cuidado introdujo la punta del clavo y con el martillo le hizo entrar todo lo posible. Ya estaba despachado uno. Aquel cañón no podría causar más estragos á los milaneses.

Repitió la operación en el otro, y en seguida se dirigió al tercero y último. Al meter el clavo en el oído creyó morir de alegría. ¡Tas, tas, tas! hacía el martillo, pero con un ruido sordo. Un golpe más y había terminado su obra. Alzó el martillo para darlo y... ¡horror! El martillo pega contra el cañón y suena un ruido de campana tremendo. Pierde la serenidad y el valor; su corazón late con violencia; cree volverse loco, se endereza y se escapan de sus labios estos dos gritos casi histéricos: ¡Viva Italia! ¡Abajo los austriacos!

El disparo de tres fusiles á la vez le hizo callar para siempre. Dió una vuelta en el aire y cayó desplomado en el suelo.

Acudieron algunos refuerzos, y cuando hubo desaparecido la alarma y volvió á reinar la tranquilidad exclamó un viejo oficial dándole un puntapié:

—¡Reptil de la revolución! ¡Arrojadle al canal!

Y luego, examinando los cañones, añadió:

—¡Rayos y truenos! ¡Nos ha inutilizado los cañones! ¡Canalla!

A la media hora se reanudó el ataque, pero las bocas de hierro permanecían mudas, y al despuntar el día los milaneses, animados por la facilidad con que habían vencido, tomaron el campamento y arrojaron del país á los austriacos.

Sentada en la balaustrada y columpiando sus piernas estaba al día siguiente Teresina mientras César la hablaba de su triunfo.

En el canal dormía para siempre, sin alabanzas ni glorias, el heroico Nene.





La Pesca de Perlas



Las antiguas y tradicionales leyendas nos hacen creer á veces que en el oficio de pescador de perlas hay mucho de romántico. Nuestra imaginación, basándose en esas leyendas, camina asombrada hasta llegar á las perlas de valor inestimable, á los misteriosos buzos, á los enormes tiburones, á los grandes peligros; pero todo esto se aparta mucho de la verdad.

En los tiempos antiguos, la demanda de perlas era tan limitada que para satisfacerla bastaban unos cuantos buzos indígenas, los cuales empleaban medios muy primitivos.

Los indígenas del archipiélago malayo recorrían las playas en alta mar, buscando las conchas con los pies. Los aborígenes de la Australia aprendieron á dejarse caer de pie desde la lancha y bajar nadando hasta el fondo, mientras que los habitantes de Ceylán se sumergían llevando grandes piedras atadas á los pies. Hasta muy recientemente se consideró éste como el mejor de todos los medios, puesto que así se evitaba la pérdida del tiempo y de la fuerza necesarios para descender y se dejaba al buzo mayor libertad para el trabajo de recoger las conchas.

Hoy ha desaparecido todo eso, pues á medida que fué aumentando la demanda de perlas fueron también buscándose los medios de facilitar al buzo su descenso hasta lo más profundo del mar. Esto dió margen á que se inventaran los modernos aparatos de bucear, los cuales fueron ensayados primeramente en la Australia, y cuando se vió que el resultado era satisfactorio, los adoptaron todas las compañías dedicadas á la pesca de perlas.

Se encuentra la perla en casi todos los mares de los trópicos; pero donde más abunda es en los golfos de California y Méjico, en las costas del Norte de Australia y de Ceylán y en las islas del Pacífico.

Por más que toda clase de moluscos contienen perlas de más ó menos valor, la única verdadera es la que produce la ostra perlada ó madreperla.



VISTIENDO PARA LA BAJADA

Y aquí diremos que las ganancias del pescador de perlas no dependen sólo de la perla, sino también de la concha que la encierra. En realidad, el valor de la concha que contiene el nácar es el verdadero sostén del pescador.

Esas conchas tienen generalmente el tamaño de un plato de mesa y pesan cerca de un kilo cada una. Por término medio se venden á 2.000 ó 2.500 pesetas la tonelada.

La tan debatida cuestión del origen de la perla, al que han prestado los poetas su fantasía, es cosa completamente resuelta. Tiénese por indudable que alguna sustancia extraña, introducida entre la boca del molusco y su concha, forma la perla. Esta produce cierta irritación que con el tiempo va cubriéndose de una sustancia nacarada, igual á la que emplea la madreperla para forrar el interior de la concha. Como los pescadores de perlas saben muy bien que las conchas infectadas de parásitos vivientes producen perlas, es muy posible que á esos parásitos debamos la única joya del Océano.

Las aguas que lamen los lados Este y Oeste del estrecho de Torres producen perlas en abundancia.

Las embarcaciones que más se usan para la pesca de perlas son las llamadas *lugres*, de tres palos, las cuales son preferidas á todas por la facilidad con que se gobiernan y porque se las puede mover con mucha rapidez. Esta es una de las condiciones más esenciales en esta clase de lanchas, por el motivo de que cuanto mayor sea la velocidad de la embarcación más tiempo tiene el buzo para trabajar en el fondo.

Están dotadas de varias máquinas neumáticas y llevan por tripulación cinco malayos y un buzo, que además es el capitán. Algunas veces las lanchas pertenecen á los mismos buzos, pero hay también compañías que sostienen veinte ó treinta lugres siempre en ejercicio y una goleta encargada de protegerlos. Entre los que se dedican á la pesca hay algunos europeos, pero en su mayoría son malayos, indios, japoneses y chinos.

Después de un buen buzo y un buen aparato de bucear, lo que más falta hace para completar el equipo de un buque dedicado á la pesca de perlas es un *compañero* de toda confianza. El es el encargado del tubo por el que se da aire al buzo para que respire, y además debe atender á las necesidades de éste mientras permanezca en el fondo. Este compañero es el segundo jefe de la lancha, y tiene también la obligación de observar para que no les sorprenda algún temporal y para estar al tanto del movimiento de otras embarcaciones. Necesita ser hombre perspicaz y resuelto y debe permanecer alerta constantemente.

A excepción de los tres meses que duran los ciclones se trabaja todo el año. Sin embargo, en los equinocios la mar está demasiado agitada para sumergirse con éxito en sus profundidades, y entonces las lanchas penetran en algún fondeadero cercano para abastecerse de leña y agua.

Como las costas del Norte de Australia están habitadas por negros exclusivamente hay en ellas muy pocos puertos, y por consiguiente la flotilla se halla casi siempre á doscientas ó trescientas leguas de toda población de alguna importancia. Hay vaporcitos llamados costeros que se encargan, no sólo de aprovisionar las lanchas y de dotarlas de los hombres necesarios, sino que sirven también para conducir á tierra las conchas elegidas para el mercado público.



EL TRAJE COMPLETO

En los puntos donde se sitúa la flotilla aparecen al amanecer columnas de humo que se elevan de cada lancha: es que los cocineros están ocupados en preparar el eterno arroz y el pescado para la tripulación malaya. Los buzos tienen que conformarse forzosamente con una taza de café y un pedacito de pan, pues no es posible trabajar bien en el fondo del mar con el estómago lleno.

El traje de buzo se compone de interior, chaqueta, pantalón y medias, todo en una pieza y hecho de una gruesa tela impermeable. Tiene por únicas aberturas el ancho cuello y los pequeñísimos puños, los cuales son tan estrechos y están tan ajustados que es necesario untar con jabón las manos del buzo para que pueda entrárselos. El buzo se pone primeramente dos trajes de franela muy gruesa para absorber el sudor, y después, ayudado por el *compañero* y empezando por los



BAJANDO

pies, se pone el de su oficio. Una vez colocado éste, se le pone la hombrera, que va sujeta al traje con tornillos, y en seguida las botas, que tienen suelas de plomo y pesan cerca de 16 kilos. Añadiendo á esto las pesas de 40 kilos cada una, que van una por delante y otra por detrás, el tubo de vida y el cable de señales, se ajusta el yelmo y ya está listo para efectuar el descenso.

Al llegar á la escalera empiezan los encargados á dar á la bomba; se ven en el agua unas burbujas y una salpicadura, y el buzo empieza su trabajo.

El descenso se hace por medio de una soga llamada el cable sumergidor, y el modo de trabajar es el siguiente: descubierto un criadero de conchas, los lugres se aproximan por el lado de barlovento y cru-

zan por encima con el ancla al revés, formando un nudo con la cadena en la coronilla, para que al caer no roce en el fondo. De esta manera se obliga á la lancha á moverse con la velocidad que mejor convenga al buzo. Si la cadena cede mucho la lancha se mueve bastante, y al recogerla hay menos roce y más velocidad. Cuando el buzo comprende que se ha desviado del criadero sube á la superficie, la lancha se dirige de nuevo por barlovento y cruza otra vez por encima del criadero. Por este procedimiento, el buzo recorre un espacio grande durante el día: algunas veces es de veinte á treinta leguas en el fondo.

Se hace así porque la madreperla no vive ni se desarrolla en grupos ni en lechos, como las otras clases de moluscos, sino que se encuentran separadas unas de otras y sujetas al fondo por una especie de filamento propiamente suyo.



LA CRUZ DEL SUR

Algunas veces el buzo suele tener la suerte de hallar suficientes conchas para llenar el saco dentro del radio del cable de vida, pero otras encuentra las madreperlas separadas como media legua unas de otras. Generalmente el buzo sube á la superficie en cuanto tiene lleno el saco, y mientras lo vacían respira un poco de aire puro; pero si hay abundancia de conchas y la profundidad no es grande, hace una seña para que suban el saco con el cable.

La profundidad á que se hallan las conchas varía entre 60 y 108 pies; pero cuando pasa de 80, el buzo no puede permanecer trabajando más de diez minutos, porque la presión es grande.

En cuanto á la distancia á que se ve en el fondo, depende principalmente de la condición del agua. Si está clara, los objetos se distinguen con facilidad á la distancia de 40 á 50 pies; pero si está turbia, por causa de fuertes marejadas ó del mal tiempo, es necesario andar á tientas para trabajar.

Se considera buen día aquel en que se cogen 200 pares de conchas, aunque alguna vez se han cogido más de 1.000 en un solo día.

Nunca se puede tener seguridad de encontrar perlas; esto es cuestión de suerte. Puede darse el caso de abrir una tonelada de conchas sin hallar una sola perla buena, mientras que también puede ocurrir, y ocurre muchas veces, el encontrar una fortuna en el primer día de trabajo.

La perla de más valor hallada en estos últimos años fué la que se encontró en las costas de Australia, cerca de las islas Lacípedes. Fué hallada por un indígena supersticioso, quien después de tenerla oculta durante algún tiempo la vendió por una cantidad insignificante. Consiste en un grupo de perlitas en forma de cruz, cuyas proporciones



RECOGIENDO LAS CONCHAS

son casi perfectas. Aunque el color de algunas perlitas no es precisamente el verdadero, fué vendida en 250.000 pesetas.

El oficio de bucear, sobre todo para la busca de perlas, es peligrosísimo; por eso los accidentes desgraciados son muy frecuentes entre los pescadores de perlas. ¡Hay tantas y tantas cosas imprevistas que pueden ocasionar la muerte! Además, cuando están en el fondo es tan poco segura la dirección en que se anda y tan expuesto el sitio donde

los buzos se encuentran, que es casi milagroso que las desgracias no sean más frecuentes. Fácilmente puede ocurrir también que falle la máquina neumática ó que el cable se rompa, y en cualquiera de estos dos casos la muerte por asfixia del buzo es irremisible.

Por otra parte, no se puede tener mucha confianza en los malayos, que son muy traidores y á menudo causan disgustos y molestias. Pero el peligro mayor que corre el buzo es el de quedar enganchado en el fondo. Para demostrar la facilidad con que esto puede ocurrir, referiremos un caso contado por un buzo.



BUZO CON SACO DE PERLAS

—Había trabajado, dijo, durante casi todo el día, y cuando creí llegada la hora de poner fin á la tarea, porque el saco estaba repleto de conchas, solté la válvula con objeto de llenarme de aire el traje y di la señal acostumbrada para ascender. Sentí el tirón del cable de vida y en seguida comenzaron á subirme. El malhumor que generalmente no abandona al buzo mientras permanece en el fondo iba desapareciendo, y me sentía contento ante la idea de que pronto respiraría aire puro, cuando de repente noté una sacudida debajo del brazo izquierdo. En el mismo instante quedé parado.

Antes que pudiera darme cuenta de lo que había ocurrido el tubo de aire fué arrancado de debajo del brazo, pasó por encima de mi cabeza y me tiraba con fuerza hacia el fondo, mientras que los tirones que desde la lancha daba mi *compañero* del cable que rodeaba mi cintura me levantaban la parte superior del cuerpo. De este modo quedé suspendido por los pies.

En los primeros momentos fué tan grande mi sorpresa, mejor diría mi temor, que no me detuve á reflexionar. Perdí el juicio y comencé á luchar como un desesperado y á gritar como un loco.

Al cabo de un rato, rendido de tanto patalear, recobré la razón y pude hacerme cargo de lo ocurrido. Como el tubo de aire me tiraba

hacia abajo y el cable de vida hacia arriba, me convencí de que el tubo se había enganchado en el fondo y que tenía que bajar á soltarlo. Primeramente ajusté la válvula para que escapara el aire, pues en aquella extraña postura se reunía todo en las piernas y las sostenía hacia arriba.

Realizado esto traté de hacer comprender á los de la lancha que quería que me bajasen, pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Toda la tripulación, menos los hombres encargados de la bomba, estaba tirando con fuerza, como si se propusieran partirme en dos pedazos, y si no lo consiguieron fué porque todo mi traje se hallaba en perfecto orden.



UN ABANICO DE MAR

Por último, después de permanecer suspendido entre el fondo y la superficie durante más de media hora, mi *compañero* tuvo la buena idea de avisar á otro buzo, el cual me sacó de aquella especie de atolladero. Cuando me subieron á la lancha estaba más muerto que vivo.

La causa de aquel percance fué que el encargado del tubo, descuidando su obligación, no lo sujetó bien y se había enganchado en una rama de coral. Si hubiera sido la hora de pleamar, el peso de la lancha, anclada por medio del tubo de aire, hubiese arrancado de mi cabeza el yelmo, en cuyo caso las consecuencias hubieran sido muy otras.

Lo más esencial para el buzo es tener presencia de ánimo y mucha calma. El que no posea estas dos cosas no debe dedicarse á este oficio, muy peligroso para todos, pero principalmente para quien no tenga la cabeza serena debajo del agua.

Hay algo tan triste en el fondo del mar, la soledad es allí tan espantosa, que se estremece uno cuando de repente se encuentra con una negra masa de roca ó se le acerca un habitante de aquellas impo-

nentes profundidades, de las que á cada momento puede salir algo temible.

Aislado de toda comunicación con los demás seres humanos, en un mundo vastísimo y extraño, donde todos los objetos son tan distintos de los terrestres que casi parecen sobrenaturales; rodeado de una atmósfera irregular, que ella sola basta para variar el aspecto de las cosas, la sensación de soledad que invade el alma, combinada con cierto temor, es á veces poco menos que insoportable.

Un hombre tímido puede distraerse en tierra, aunque sea silbando; pero un buzo no puede hacer ni aun esto, pues es imposible silbar cuando se tiene puesto el yelmo. Puede, sí, tararear y aun cantar; pero esto requiere demasiado aliento, y el buzo acaba por abandonarlo para escuchar los latidos de su fuerte respiración y los golpes de la bomba en la lancha.



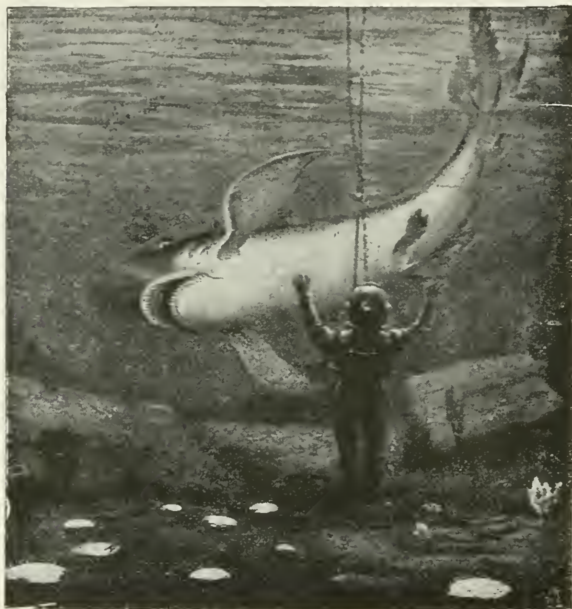
CORAL

Por otra parte, el buceo no es ocupación saludable. La sordera, la parálisis incipiente y el reuma son enfermedades que fácilmente se adquieren hallándose con frecuencia en contacto con el agua. Los que padecen del corazón ó de los pulmones viven á lo sumo tres ó cuatro meses. Lo que más atemoriza al buzo son los ciclones de la costa de Australia, que han ocasionado la pérdida de muchísimas vidas y fortunas.

Los tiburones no lo son tanto como se hace creer. Es verdad que abundan en algunos mares, pero nunca se ha oído que hayan atacado á ningún buzo cuando éste se halla trabajando. Sin embargo, se siente algún temor al hallarse frente á uno de estos tigres de mar, los cuales, vistos á través del cristal del yelmo y del agua, parecen mucho mayores que lo que son en realidad. Lo primero que se le ocurre á un buzo al ver un tiburón es hacerse subir á la superficie ó apretar á correr; pero cualquiera de estas dos cosas es peligrosísima, porque se llama más la atención del *bicho*. Lo más seguro es permanecer quieto, y en cuanto se aparta el tiburón dar la señal para la subida y patalear incesantemente y con fuerza mientras se verifica la ascensión.

Si un buzo permanece quieto al ir subiendo á la superficie pronto se verá rodeado de pececillos de todas clases que se le acercarán abriendo los ojos y la boca, como admirando al extraño sér que se atreve á invadir sus dominios. Los más pequeños llegan algunas veces á picarle en los dedos, pero en cuanto levanta los brazos en actitud amenazadora dan media vuelta y huyen á la desbandada.

Como la alimentación de los tripulantes de las lanchas depende, hasta cierto punto, de lo que puedan pescar, el buzo no pierde nunca



UN TIBURÓN

la ocasión de atrapar cualquier cosa que pueda comerse. Los cangrejos, que se cogen con facilidad, constituyen un plato agradable. Las tortugas abundan mucho, y como su carne es muy apetitosa son aún más apreciadas que los peces.

—Siempre recordaré vivamente, dice un buzo, la primera vez que procuré coger uno de estos animales. Me habían indicado que me acercara sin hacer ruido por detrás, y que cogiendo con fuerza los dos extremos de la concha la levantara á escape y la colocara sobre el pecho, haciendo en seguida la señal para que me subiesen. Comprendí que de este modo la tortuga tendría siempre la cabeza hacia arriba y que el viaje á la superficie del agua sería más corto, puesto que el mo

vimiento de las aletas del animal sería casi suficiente para ascender sin ninguna otra ayuda: de manera que, cuando por primera vez vi una tortuga comiendo tranquilamente hierba de mar á alguna distancia de mí, traté de acercarme sin hacer ruido.

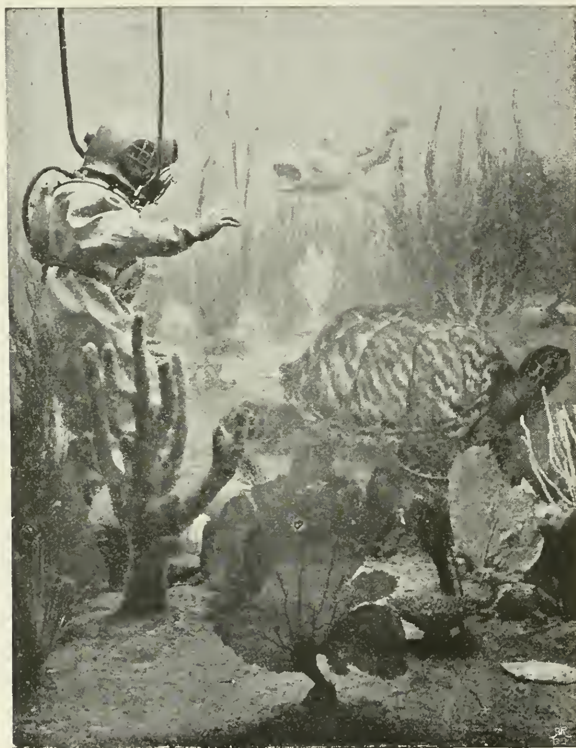
Por los percebes que tenía adheridos á la concha conocí que era muy vieja y me pareció que era muy grande, aunque tal vez sus pro-



BUZO RODEADO DE PECES EXTRAÑOS

porciones las exageraría el cristal del yelmo. Cuando ya me faltaba poco para echarle mano, no sé si sorprendida por el ruido de mis pisadas ó asustada por las burbujas levantadas en el agua por la válvula, levantó la cabeza y miró en derredor cautelosamente. Yo me oculté detrás de un enorme trozo de esponja y esperé allí hasta ver lo que la tortuga hacía. A los pocos momentos volvió á ponerse á comer hierba; entonces yo, sin esperar á más, di una corrida y de un brinco me coloqué sobre su espalda. Se conoce que anduve torpe al meter las

manos por debajo de la concha, pues antes de que pudiera levantarla en el aire sentí que los pies se me iban al fondo, y un minuto después comprendí que en vez de pescar yo la tortuga ella me había pescado á mí y se alejaba de aquel sitio nadando con increíble velocidad. Así anduvimos durante un buen rato, la tortuga haciendo esfuerzos para tumbarme y yo procurando evitarlo.



COGIENDO UNA TORTUGA

Traté de encaminarla hacia donde estaba la lancha, pero fué inútil, porque se negaba á obedecerme. Aun me hallaba indeciso, cuando llegamos al límite del cable. Allí recibí una fuerte sacudida, la tortuga prosiguió su camino tranquilamente y yo caí de cabeza. Aunque tuve la suerte de caer sobre una gran esponja, lo cual amortiguó el golpe, quedé sin embargo casi atolondrado. Entonces resolví ser más prudente en lo sucesivo y dejar en paz á las tortugas.

También pescan los buzos en el fondo. Dejando á uno de los mu-

chachos de la tripulación de la lancha encargado del aparejo, el hombre se sumerge llevando el anzuelo y el cabo en una mano y se oculta en seguida entre las rocas ó entre los arbustos de mar.

En vez de dejar caer el anzuelo, como hacen los pescadores, lo hace flotar por encima de su cabeza, valiéndose para ello de un trocito de madera que lleva á prevención.



PESCANDO DEBAJO DEL AGUA

Si se acerca un tiburón ó algún otro pez *que no le conviene*, retira el anzuelo más que á escape: pero si es algún bacalao ó una merluza, aprieta un momento la válvula para que no se asuste con las burbujas y se agarra á la cuerda con las dos manos. En cuanto el pez tiene el anzuelo en la boca da el buzo un tirón y lo engancha bien, y haciendo en seguida la consabida señal el muchacho sube la víctima á la lancha, aunque no sin grandes esfuerzos, porque el pez procura escaparse con violencia.

Pocas veces se ven pulpos en las aguas de la Australia, aun-

que por supuesto siempre están expuestos los buzos á tropezar con alguno.

La muerte de muchos buzos indígenas que han bajado al fondo del mar y no han vuelto á subir se atribuye á un gigantesco molusco que aprisiona en sus garras todo cuanto pasa á sus alcances.

Otro pez cuyo encuentro es también muy desagradable es el pez-piedra, que aunque á lo sumo tiene seis ó siete pulgadas de largo es muy venenosa su picadura.



ATACADO POR UN PULPO

Habita debajo de las conchas, y al coger una de ellas es cuando el buzo siente el mordisco.

Después de ser picado por alguno de estos bichillos conviene permanecer en el agua todo el tiempo posible, porque con la presión la herida arroja mucha sangre y así se expulsa el veneno.

Una de las cosas más molestas que puede ócurrirle á un buzo es que se le introduzca en el traje una mosca ó algún otro insecto, en cuyo caso lo mejor que puede hacer es mandar que le suban y no volver al trabajo hasta quedar libre de los tormentos que tales insectos hacen sufrir.

Así como varían las condiciones de la superficie terrestre según el

clima, así también el fondo del mar varía según la profundidad del agua y la latitud.

Las partes más profundas del gran Océano son muy poco fértiles. En cambio, donde hay algo menos agua la vegetación es exuberante y variadísima la flora.

Esto se observa principalmente en los mares trópicos, que así como las tierras tropicales son de exuberante vegetación y de gran riqueza de colorido. No sólo las aves y las flores son notables por la brillantez de sus colores, sino también los peces.

En las costas del Norte el buzo halla en el fondo del mar muy poco que le interese. Lo que generalmente se presenta á su vista son grandes extensiones de arena ó de fango, cuya monotonía interrumpe alguna solitaria hierba de mar que se inclina según la dirección de la marea, como las plantas de la tierra se inclinan según la dirección del viento.

Pero en las aguas menos frías de la Australia el fondo del mar ofrece muy diferente aspecto. Desde los ardientes y abrasadores rayos del sol del Sur el buzo se sumerge en el agua pura y cristalina, llegando en el fondo á un precioso invernadero sembrado de plantas y flores que sólo pueden producir aquellos mares trópicos. El fondo, generalmente, está cubierto de coral de variadas formas, cuyo tamaño varía desde lo más diminuto hasta unos cuatro ó cinco metros de diámetro.

Hay esponjas (variedades que no sirven para el comercio) tan altas como el mismo buzo; algunas en forma de taza, encerrando en su seno preciosos helechos ó encantadoras flores entremezcladas con graciosos coralines, anémonas y flores de mar de extrañas y hermosísimas formas, matizadas con todos los colores del iris, sobre las cuales cruzan, semejando bonitas mariposas, millares de pececillos tan variados y de colores tan brillantes que el conjunto no puede compararse ni con el más precioso jardín de la superficie de la tierra.

Allí florecen, libres de los estragos de las tempestades terrestres, helechos desconocidos, bancos de corales de extrañas formas, abanicos de mar y preciosas conchas, que parecen constituir un misterioso mundo de ninfas.

Primero hallará el buzo un campo de altos y esbeltos arbustos, ondeando suavemente con el movimiento de las aguas; luego una caverna, cuya peñascosa entrada se halla cubierta de enredaderas rojas; allá un grupo de flores de forma en orquídeas, bajo cuyas hojas bullen y se agitan millares de brillantes pececillos. A veces atraviesa

una extensión de arena blanquísima, cuajada de pececitos-estrellas de color azul celeste; otra vez una especie de alameda de coralines y abanicos de sirena, blancos y sonrosados. Ve las conchas anaranjadas que se ocultan entre verde ramaje, y se asombra ante el precioso matiz de la numerosa variedad de anémonas y líquenes morados.



UN PAISAJE SUBMARINO

Para el principiante, la primera bajada viene á ser como un cuento de *Las mil y una noches*.

Tan lleno de vida, tan nuevo y tan pintoresco es aquel mundo, que se pasea con deleite, contemplándolo todo con admiración, con asombro, olvidándose del mundo que dejó arriba. A la vista de todo aquello se siente un placer inexplicable que ensancha el corazón, que inunda de alegría el alma. A nada es comparable la exploración de aquellos encantadores salones del viejo Neptuno, la observación de la tierra del rey del mar, atravesando espacios que nunca han sido hollados y á donde no llegan los rayos del sol.

La vida del pescador de perlas es verdaderamente una vida llena de sorpresas y peripecias.

Por un puñado de perlas tiene que permanecer entre toda clase de seres desconocidos y alejarse de todo aquello que en el mundo se aprecia.



EL FONDO DEL MAR

Lucrativo sí que es el oficio si la suerte le es propicia al pescador: pero en cambio los peligros son muchísimos, pues ya encerrado en una lancha que, comparada con la inmensidad del Océano, parece una cáscara de nuez, ya desafiando las tempestades, envuelto en armadura submarina para descubrir los secretos de un mundo desconocido, siempre va tentando á la suerte.





Paderewski



Ignacio Jan Paderewski es indudablemente el designado en todo el mundo para suceder legítimamente al inolvidable Antón Rubinstein, y la fama que el ilustre moldavo gozó durante cuatro décadas la ha heredado con sobrada justicia este célebre artista, célebre ya en el orbe entero.

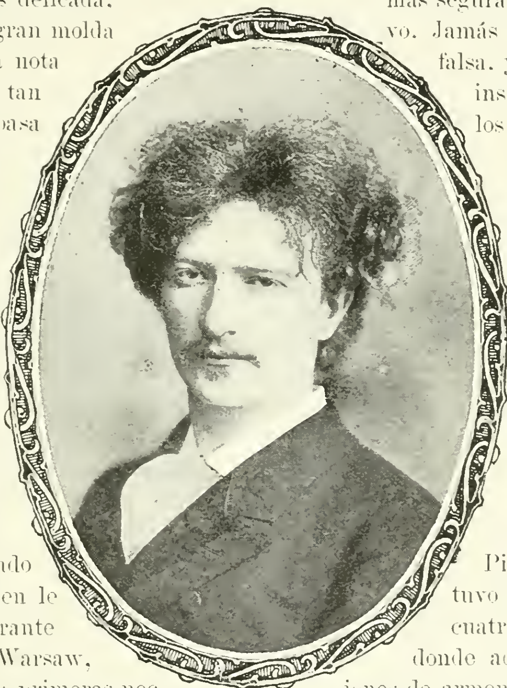
Aun hoy, en que tanto abundan los prodigios y los grandes talentos pianísticos, Paderewski ha logrado asombrar á todos los públicos y encantar á los amantes de la buena música con la maravillosa destreza de que hace gala en el teclado, y con la manifestación de otras cualidades más raras (cualidades que le han colocado por encima de todos sus contemporáneos) ha llegado á conquistar en poco tiempo la posición más alta en el mundo artístico. Cuanto más se oye tocar á Paderewski mayor es la admiración que se siente hacia su manera de ejecutar. La parte puramente mecánica de su trabajo excede á toda ponderación, es realmente asombrosa.

En las preciosas obras para piano de su compatriota Federico Chopin, cuyas composiciones despiertan cada día más grande entusiasmo, Paderewski no reconoce rival: nada puede igualar la viveza, la perfección con que ejecuta las brillantes fantasías y los scherzos del ilustre maestro, ora en sus momentos de inspiración caprichosos y delicados, ora en los sublimes y románticos. En estilo elegante, en vigor de ejecución de su concierto en *la menor*, junto con los conciertos de Beethoven y Rubinstein, supera á todo cuanto puede imaginarse, mientras que en ligereza de manos y en rapidez extraordinaria de los dedos su dominio de las rapsodias y fantasías de Liszt no tiene rival en el universo.

Aun hay que añadir á todo esto la belleza sin igual de las graciosas armonías momentáneas y los caprichos fantásticos que, cuando la mú-

sica lo permite, sólo puede expresar el más hábil artista, y que tanta dulzura y tanto encanto imprimen á las composiciones. No hay nadie que en esta parte iguale á Paderewski, cuyas ejecuciones, más que obras estudiadas, parecen el arranque espontáneo de un genio musical.

Entre los estilos de todos los artistas del mundo, el suyo es el que más hace recordar el de Antón Rubinstein; pero su manipulación es mucho más delicada, más segura y más clara que la del gran moldavo. Jamás toca Paderewski una nota falsa, y el impulso musical de tan insigne artista nunca traspasa los límites que separan el entusiasmo de la extravagancia.


I. J. PADEREWSKI.

Ignacio Jan Paderewski nació el día 6 de noviembre del año 1860 en Padolia, provincia de la Polonia rusa, y empezó á tocar el piano á la temprana edad de tres años. A los siete le puso su padre á estudiar con un maestro de la localidad llamado Pierre Souvenski, quien le tuvo bajo su dirección durante cuatro años. En 1872 fué á Warsaw, donde adquirió con Roguski las primeras nociones de armonía y teoría, aunque posteriormente prosiguió estos estudios con Federico Kiel, el exmaestro teórico de Perlín. Poco después emprendió Paderewski su primera *tournée* por Rusia, Siberia, Servia y Rumania, ejecutando en todos los conciertos sus propias composiciones únicamente.

A los diez y ocho años fué nombrado profesor de la Academia de Warsaw, y no es ningún secreto que la mayor parte del sueldo la empleaba en adquirir conocimientos generales durante las horas que le dejaban libres sus obligaciones.

En 1884 obtuvo una cátedra en el Conservatorio de Strasburgo, pero aquel mismo año abandonó la enseñanza para dedicarse á con-

certista. Al efecto se dirigió á Viena para estudiar con su compatriota Teodoro Leschetchy, el célebre maestro de pianistas, esposo de la no menos célebre Annette Essipoff, y al cabo de tres años de asiduos y perseverantes estudios hizo su *debut* en 1887 ante el inteligente público de la capital de Austria, donde fué proclamado como el más notable pianista del día. Desde aquella fecha hizo Paderewski muchas excursiones á las principales ciudades de Alemania, obteniendo cada vez mayores éxitos, y en el otoño del año 1889 se presentó por primera vez ante el público parisiense, que le acogió como una celebridad europea.

El día 9 de mayo de 1890 dió su primer concierto en Londres, donde desde entonces ha tocado muchísimas veces, así como en varias provincias de Inglaterra, alcanzando siempre muy grandes éxitos y despertando cada vez mayor entusiasmo en el público que le escucha.

Paderewski ha escrito muchas composiciones para piano, y todas ellas han tenido envidiable aceptación. Recordamos en este momento un concierto en *la menor* para piano y orquesta, de estilo vigoroso y elevado, muy original por su asunto y su desarrollo; una *suite* para orquesta en *sol menor*, y más de ochenta piezas para canto en alemán, francés y polaco.

Paderewski contrajo matrimonio á los diez y nueve años, enviudó muy joven y sólo tiene un hijo. Es el famoso artista muy sencillo y naturalote en sus maneras, generoso y sincero como pocos, y posee una de las más raras cualidades entre los grandes pianistas: la de escuchar con admirable bondad y asombrosa paciencia.

Su memoria es tan privilegiada que ejecuta sin papel ninguno á la vista un repertorio muy vasto, en el que están comprendidas las principales obras de los más grandes compositores antiguos y modernos.

Desde los tiempos de Franz, Liszt y Rubinstein, que fueron los más hábiles pianistas de su época, ningún artista como Paderewski ha hecho una revolución en el mundo musical. Su habilidad, verdaderamente extraordinaria, es reconocida en todas partes, y allí donde se presenta es en seguida confirmada su fama y obtiene los triunfos brillantes que sólo pueden alcanzar los genios.

Su próximo viaje por España en los meses de marzo y abril nos permitirá admirar á tan eminente artista, quien dará conciertos en Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla y Valencia.





La Hermandad de los Siete Reyes



El robo del Banco

Casi seguros estábamos de que Mme. Koluchy sabía ya que se la seguía la pista. El día del Derby la arrojé el guante muy de veras; así que era de presumir que, en adelante, había de procurar hacerme todo el daño posible, y aun quitarme de en medio. Yo vivía rodeado de una atmósfera de inquebrantable misterio, tanto más negra y más horrible cuanto que era palpable sin ser visto. Siguiendo el consejo de Dufrayer, dejé en manos de éste la tarea de desenmascarar á aquella terrible mujer. Destinó los *detectives* más astutos y más audaces de todo Londres para vigilarla en secreto, y de cuando en cuando nos traían noticias interesantes. Recogieron infinidad de indicios y datos que nos sirvieron para seguir algunas pistas, pero siempre con resultado negativo; nada podía probarse. Mme. Koluchy, con su pasmosa sangre fría, lograba eludir todos nuestros esfuerzos encaminados á acusarla directamente. Sin embargo, el dinero que gastábamos no fué del todo infructuoso. Supimos que el círculo de amigos y conocidos de Mme. Koluchy, y la influencia que ejercía.

eran mucho mayores que lo que nos habíamos imaginado. La fama de sus maravillosas curaciones, de sus inmensas riquezas y de su belleza extraordinaria se extendía cada vez más, y yo tenía la certeza de que algún día me había de encontrar con ella, con aquella endiablada mujer. Quiso el destino que sucediera así antes y de la manera más inesperada que me podía haber figurado.

A principios del siguiente mes de noviembre fuí invitado á comer en casa de mi antiguo amigo Enrique Debrett, el cual tenía bastante más edad que yo y hacía poco tiempo había sucedido á su padre en los negocios de banquero.

El Banco estaba situado en el patio de Saint-Mark, en la calle de Gracechurch.

Pocos días antes había yo leído en los periódicos una noticia diciendo que el duque de Friedeck, un noble extranjero, había pedido la mano de Geraldine, la hija única del conocido banquero Enrique Debrett, á quien yo conocía desde muy niña, y me alegré de que se hubiera presentado ocasión de ofrecerla mis felicitaciones y mis respetos.

A la hora convenida me dirigí al hermoso chalet de mi amigo, en Bayswater, y cuando entré en la sala, Geraldine, que estaba al lado de su padre, se adelantó con él á recibirme. Era una joven muy bonita. De cutis moreno y delicado, pelo negro y ojos grandes y expresivos, tenía los modales y la candorosidad de una colegiala. Se mostró muy contenta al verme, y en seguida comenzó á darme conversación.

—Venga usted á sentarse aquí á mi lado, Mr. Head, me dijo alegremente. ¡Cuánto celebro que haya usted venido! Quiero que conozca usted á Karl, digo, al duque de Friedeck; no tardará mucho en llegar. Supongo sabrá usted ya que nos casamos muy pronto, añadió bajando la voz.

—Lo leí en los periódicos, contesté, y le doy la más sincera enhorabuena. Tendré mucho gusto en conocer al duque, cuyo nombre he visto estampado muchas veces en las revistas de sociedad.

—Pues él también tiene deseos de hablar con usted. Le dije que venía usted y...

Calló de repente.

—Pero el duque no me conoce á mí, dije sorprendido.

—Creo que sí, á lo menos de nombre, contestó Geraldine. Se interesó mucho cuando hablé de usted. Le pregunté si había sido presentado á usted y me dijo que no, pero que era usted muy conocido en los círculos científicos. Karl es muy aficionado al estudio de las

ciencias y sé que le gustaría charlar con usted. Creo, Mr. Head, que serán ustedes buenos amigos.

En aquel momento fué anunciado el duque. Era un hombre alto y bien parecido; representaba unos treinta y cinco años de edad y tenía el color algo subido, los ojos azules y el pelo rubio del teutón. Vestía



KARL, ESTE SEÑOR ES NUESTRO AMIGO MR. HEAD

muy bien, y á primera vista se advertía en él ese aire de buena educación que revela al caballero y hombre de mundo. Le examiné con curiosidad y hubiera jurado haberle visto antes, aunque no recordaba cuándo ni dónde.

Después de saludar á Debrett se acercó á Geraldine, la cual exclamó:

—Karl, este señor es nuestro amigo Mr. Head, de quien hablamos esta mañana.

El duque se inclinó, diciendo cortésmente:

—Tengo mucho gusto en conocer á usted, Mr. Head. Su nombre de usted es muy apreciado en el mundo científico.

—Casi me parece eso imposible, duque, respondí, pues aunque aficionado á las investigaciones científicas, hasta ahora he trabajado sólo por placer.

—No obstante, replicó, el mundo conoce alguno de sus más notables trabajos. Yo también soy muy aficionado á la ciencia, pero sin fruto, amigo mío, sin fruto. Ultimamente había establecido mi laboratorio particular, pero ahora otros asuntos...

Calló de repente y dirigió una mirada á Geraldine, la cual, sonriendo dulcemente, se ruborizó.

Poco después anuncióse la comida. El duque se sentó enfrente de mí y pude observar que conversaba perfectamente. Todos los asuntos que se abordaron supo tratarlos con ingenio y acierto, y en más de una ocasión sus observaciones eran brillantes y graciosas. Geraldine, con su vestido blanco, sus dulces ojos algo tristes y su carácter afable y cariñoso, formaba vivo contraste con aquel astuto hombre de mundo.

Mirándolos alternativamente á uno y otro sentí una intranquilidad que yo mismo no podía explicarme. A pesar de su bondadosa apariencia y de sus maneras finas y elegantes, no pude menos de pensar si sería posible que aquel hombre que le doblaba la edad á Geraldine pudiera hacerla feliz.

Durante la comida noté que el duque me miraba más de una vez con marcada atención, y que, si por casualidad nuestras miradas se cruzaban, volvía la vista en seguida. No acababa de comprender cómo era posible que el duque hubiese oído hablar anteriormente de mí, pues aunque muy aficionado á la ciencia, nunca había dado á conocer al mundo mis investigaciones. Era aquel un misterio que me propuse aclarar en la primera ocasión que se presentase.

Poco después de las once los convidados comenzaron á desfilar, y yo me disponía á hacer lo mismo cuando Debrett me invitó á fumar un cigarro en su despacho particular. Acepté la invitación, y en cuanto quedamos solos comenzó á hablarme de su futuro yerno, diciendo:

—¿Qué le ha parecido á usted el duque? Creo que es todo cuanto se puede pedir, ¿verdad?

—Ya sabe usted, Debrett, que no me gusta formar juicios prematuros, contesté. El duque tiene un aire distinguido y...

—¡Vaya, vaya! Es usted demasiado receloso, Head. Le aseguro á usted que es todo cuanto se puede pedir, un excelente partido para mi

niña. Por supuesto. Geraldine tendrá un buen dote; pues el duque, no sólo es de familia distinguidísima, sino también muy rico. Procede de Baviera y su título data de muy antiguo. Poco después de las famosas guerras del Duque de Malborough, y casi á continuación de la



ES UN EXCELENTE PARTIDO PARA MI NIÑA

batalla de Blenheim, el gobierno austriaco se apoderó del ducado de Friedeck, y hasta muy recientemente la familia ha vivido en el destierro; pero el año último, el duque tuvo la suerte de recobrar sus derechos y estados. Nada menos que la famosa Mme. Koluchy fué quien me presentó al duque. ¡Ah! veo que se impresiona usted. ¿Habrá usted oído hablar de ella, verdad?

—¡Quién es el que no habrá oído!...

—¿La conoce usted?

—La conozco, respondí bruscamente. Me costaba muchísimos disimulos la excitación que se apoderaba de mí al oir el nombre de aquella mujer.

—Un día de la semana próxima comerá con nosotros, prosiguió Debrett. ¡Qué mujer tan maravillosa! Sus curas son poco menos que milagrosas; aunque, después de todo, eso resulta en ella lo menos interesante. Es tan encantadora, tan bondadosa, tan afable, que no sólo los hombres la adoran, sino también las mujeres. Geraldine está entusiasmadísima con ella.

—¿Dónde conoció usted á Mme. Koluchy?

—En Escocia, el año anterior. Se trata con los de Campbell, y estuvo allí al mismo tiempo que nosotros. Friedeck era también uno de los convidados. Si es amiga de usted, como parece, Head, véngase usted á comer con nosotros el jueves. Vamos á Manor Forest, mi casa de campo en Essex. Tendremos muchos convidados y madame Koluchy nos ha prometido pasar un par de días con nosotros. ¿Vendrá usted?

—Gracias, no me será posible. Cierto que conozco á Mme. Koluchy, pero...

Callé súbitamente, pues temí que se me fuera la lengua.

—No trate usted de averiguar las causas, amigo Debrett, añadí, pero si he de ser franco, la noticia que acaba usted de darme me ha impresionado mucho.

Debrett me miró sorprendido.

—¿Pues qué le pasa á usted, amigo Head? ¿Está usted hechizado con los encantos de la mujer más preciosa de Londres?

—Dejemos eso á un lado, Debrett, dije después de unos momentos de silencio. Tengo motivos para interesarme mucho en este asunto, pero no puedo ser más explícito esta noche. Haga usted el favor de contarme todo cuanto sepa acerca del duque de Friedeck.

—¡Qué raro me está usted resultando esta noche! Sus observaciones parecen insinuar algo misterioso relacionado con Mme. Koluchy. ¿Quiere usted saber qué opino del duque? Pues bien, nada tengo que decir en contra suya. Es muy rico, y algunas veces juega á la Bolsa, pero poca cosa. Hace ocho días solicitó un préstamo en mi Banco, y depositó en garantía los mejores brillantes que jamás he visto. Cada uno de ellos vale una fortuna, y todos pertenecen á la familia hace algunos siglos. El duque los trajo de Baviera, y piensa mandarlos engarzar de nuevo para ofrecérselos á Geraldine como regalo de boda.

—¿A cuánto asciende el préstamo? pregunté.

Debrett hizo una mueca de disgusto, por la que comprendí que había ido demasiado lejos en aquella especie de investigación.

—Comparado con la garantía, el préstamo fué insignificante, respondió: diez mil libras esterlinas, que Friedeck me devolverá la semana próxima, pues quiere recobrar los brillantes muy pronto, antes de la boda.

—¿Y cuándo se celebrará ésta? pregunté con vivo interés.

—Eso es lo que me tiene disgustado, Head. Bien sabe usted lo que mi hija ha sido para mí desde que murió su madre. Pues el duque se empeña en llevársela antes de Navidad, á fin de pasar las Pascuas, al estilo feudal, en el castillo de Baviera. Será un golpe terrible para mí la separación de Geraldine, pero me consuelo pensando que será feliz. Jamás encontré un hombre con quien me haya encariñado tanto ni tan pronto como con Friedeck. Respecto de mi hija, ya habrá usted observado que le quiere mucho.

—Sí, lo he observado. Y con permiso de usted, amigo Debrett, me retiro, añadí, mas no sin asegurarle que siento el más vivo interés por todo lo que se relaciona con usted ó con Geraldine.

Nos despedimos cariñosamente, y un momento más tarde tomaba un coche para dirigirme á casa de Drufayer, en la avenida Shaftesbury. Acababa de llegar y me recibió con los brazos abiertos.

—¡Qué feliz casualidad! exclamó. Ahora mismo pensaba ir á casa de usted, amigo Head.

—Pues yo vengo á hablarle de un asunto importantísimo. Ante todo, dígame usted: ¿tiene noticia del duque de Friedeck?

—¿El duque de Friedeck? exclamó Dufrayer. Precisamente era de él de quien quería hablar con usted. Supongo habrá usted visto en los periódicos la noticia de su próximo enlace.

—Sí. Geraldine Debrett, su prometida, es hija de mi amigo Enrique Debrett. Vengo ahora de comer en su casa, donde he conocido al duque, y allí he sabido que Mme. Koluchy fué quien se lo presentó á mi amigo. Bastaría esto para despertar mis sospechas, pero creo que usted tiene algo que comunicarme. ¿Qué ha sabido usted?

—Tome usted asiento, Head, respondió mi amigo. Ya está usted enterado de que los agentes vigilan á Mme. Koluchy; pues bien, es indudable que el duque de Friedeck es uno de sus cómplices, y me inclino á creer que preparan algún nuevo golpe.

—Así opino también yo, pero continúe usted.

—Iba á dirigirme á casa de usted para preguntarle si recordaba el nombre, por sus antiguas relaciones con *La Hermandad*.

—No, no lo recuerdo: pero el nombre no significa nada. El hombre tiene tipo distinguido y parece un perfecto caballero. Cuando entró en la sala de Debrett llegó á parecerme que le había visto antes, pero pronto se desvaneció aquella idea, y antes de saber que había sido presentado á mi amigo por Mme. Koluchy, llegó á despertar mis sospechas por las miradas recelosas que me dirigió mientras comíamos. Ahora le considero muy peligroso, y creo que intenta algo mucho más grave de lo que parece.

—Es indudable, dijo Dufrayer, que tiene mucho dinero y que frecuenta la más alta sociedad, aunque también se sabe que lleva una vida muy alegre. Tira en Hurlingham, tiene coches, alquila un coto en Escocia durante las cacerías y dispone de magníficas habitaciones en el hotel Cecil. Por lo demás, únicamente consta que se le ve con frecuencia en compañía de Mme. Koluchy.

—Lo cual es muy bastante, amigo Dufrayer, contesté. Friedeck es uno de los satélites de madame, y por consiguiente no hay duda de que intentan alguna nueva diablura.

—Estamos conformes, y por mi parte creo más: creo que el falso duque no es sino otra cabeza de esta moderna Medusa, en cuyo caso deberíamos avisar á Debrett.

—Le hubiera avisado esta noche, pero necesito más pruebas. ¿Cómo pudiéramos obtenerlas?

—Los agentes hacen todo lo posible, no pierden de vista á madame Koluchy.

—Pero esa mujer es capaz de engañar al mismo demonio, repuse amargamente.

—Es verdad, y tal vez sería fatal para nosotros que tirásemos de la manta antes de tiempo. No podemos hacer absolutamente nada hasta haber adquirido pruebas más convincentes. La cuestión es cómo hemos de adquirirlas.

—Por mi parte he de procurarlo con afán. He conocido á Geraldine desde que era una niña, es una criatura angelical y no tiene madre que mire por ella. El riesgo que en estos momentos corre de perder la felicidad para siempre es demasiado grave para mirarlo con tranquilidad. Si tuviera tiempo, yo mismo iría á Baviera para averiguar si es cierto lo que cuenta el duque. ¿Por qué no envía usted á uno de sus agentes para que indague si existen los supuestos estados?

—Lo enviaré.

—Mientras tanto vigilaré yo, y si se presenta ocasión esté usted seguro de que avisaré á Debrett.

Poco después me despedí de mi amigo y me retiré á mi casa.

Pasé algunos días muy intranquilo y preocupado, pero por más vueltas que le daba al asunto no veía ninguna solución.

Los agentes continuaron recogiendo datos é indicios, aunque inútilmente, porque no servían para nada, y mientras tanto el nombre de Mme. Koluchy sonaba en todas partes, y siempre con elogio, como si á todo el mundo tuviera fascinado. Sus atractivos personales eran sus mejores armas.

El martes siguiente bajaba yo por la calle de Oxford, cuando noté que un landó se detenía cerca de la acera, y al fijarme en la persona que lo ocupaba, vi que era Geraldine Debrett.

—¡Mr. Head! exclamó al verme, precisamente deseaba encontrar á usted. Venga usted acá, que tengo algo que decirle.

Me acerqué, nos saludamos y añadió:

—No sabe usted lo que hemos sentido que se haya usted negado á venir el jueves. Papá y yo vamos á Manor Forest á fin de disponerlo todo para recibir á nuestros convidados, que serán numerosos. Encarecidamente le suplico á usted que venga y espero que no me desairará.

Traté de adivinar la verdadera causa de aquella insistencia, y entonces la joven, tomándome una mano, prosiguió:

—He de decirle la verdad. Tengo muchísimos deseos de que venga usted, pero no soy la única que los tiene. Mme. Koluchy... ¿la conoce usted?

—¡Quién no la conoce, Geraldine!

—Pero usted más que otros. Ya sé que Mme. Koluchy es muy amiga de usted, me lo ha dicho ella misma. Hace una hora estuve en su casa y he comprendido que tiene grandes deseos de encontrar á usted en la nuestra el jueves próximo. Tanto insistió, que tuve que prometerla que le haría á usted venir. De manera que ó viene usted ó me hará faltar á mi promesa.

—¿De veras tiene Mme. Koluchy tanto empeño? pregunté. Estaba comprometido para el jueves, pero será lo que usted quiera: no puedo negarle á usted nada.

—Gracias, gracias, dijo la joven con marcada satisfacción. Madame Koluchy dudaba que lograse hacerle venir á usted, pero yo sabía que á mí me había usted de complacer.

—Y en el caso de que no nos hubiéramos encontrado, ¿qué pensaba usted hacer, Geraldine?

—Pensaba ir á su casa, pensaba haber puesto todos los medios para cumplir mi promesa. La reunión no estaría completa faltando usted. Lo mejor será que venga usted desde el mismo Banco con papá, á quien encargaré que pase á ver á usted para decirle la hora en que



HE DE DECIR Á USTED LA VERDAD

saldrá de aquí. Un millón de gracias, Mr. Head, me ha hecho usted un gran favor.

Y se despidió de mí muy cariñosamente.

Con lo que Geraldine acababa de decirme no era ya posible dudar: Mme. Koluchy intentaba una nueva diablura. Tenía, por lo visto, muy poderosos motivos para desear que el jueves estuviera yo en casa

de Debrett y se había servido de Geraldine como intermediaria para conseguirlo. La sangre me ardía en las venas: era necesario poner en autos á Debrett.

Tomé un coche. para que me condujera inmediatamente al Banco, y poco después de las doce me encontré en la calle de Gracechurch. Desde allí entró el cochero por una calleja que conducía á la plazuela de Saint-Mark, donde me apeé y despedí el coche. Aquella calleja no tenía salida. pero había otra que conducía igualmente al Banco. desde la calle de Gracechurch, paralela á la otra por donde me condujo el cochero y separada sólo por una manzana de casas que terminaba á unos cincuenta pies de los edificios situados al otro lado de la plazuela.

Aunque trataba tanto á Debrett hacía tiempo que no había estado en el Banco. Entré en éste y pregunté por mi amigo al ordenanza. á quien entregué mi tarjeta. Desapareció el ordenanza por una puerta, y pocos momentos después volvió rogándome que le siguiera hasta el despacho particular de Debrett.

—¡Bien venido sea usted. Head! exclamó mi amigo abrazándome. ¿A qué se debe el honor de esta visita? Siéntese usted. Precisamente quería yo hablar con usted, porque Geraldine...

—Acabo de estar con ella. respondí. y casi á nuestro casual encuentro se debe el que venga á molestarle á estas horas.

—¿Molestia? de ninguna manera: usted no molesta nunca.

—Muchas gracias.

—Como decía. amigo Head. quería estar con usted. porque Geraldine tiene grande empeño en que venga usted á Manor Forest el jueves. y me proponía rogarle que lo dejara usted todo para complacerla. El duque le aprecia á usted mucho, y como conoce usted tanto á Mme. Koluchy, todos nos alegraremos de que venga usted. siquiera por un par de días.

—Se lo he prometido á Geraldine ya, pero no es eso lo que aquí me ha traído. He venido á hablar con usted de un asunto muy delicado. y cualquiera que sea la impresión que le haga lo que voy á decirle. suplícole me oiga en confianza.

—Explíquese usted, porque no le entiendo.

—Estoy intranquilo, amigo Debrett. muy intranquilo. pero no puedo exponer todavía el motivo de mi intranquilidad. Usted está satisfecho con la boda de su hija; pues bien. yo tengo razones para dudar de la lealtad del duque. ¿Cuáles son esas razones? No puedo revelarlas; pero por el interés que me inspira la felicidad de Geraldine. debo

advertir á usted que ande con mucho cuidado en sus tratos con el prometido de su hija.

Debrett me contemplaba asombrado.

—Si fuera otro, dijo, el que se atreviera á hablarme así, le pondría en la puerta de la calle ahora mismo, amigo Head. ¿Comprende usted la gravedad de lo que acaba de decirme? Necesito conocer los motivos que tiene usted para hacer esa declaración.

—Por ahora es imposible. Sólo puedo manifestar que los motivos existen y que son gravísimos. Procure usted, por de pronto, conocer todos los antecedentes del duque.

—Nunca hasta hoy, amigo Head, y ya hace años que nos tratamos, le he visto á usted tan desacertado. Sus palabras me ofenden, créalo usted, y es imposible que esta situación se prolongue. Esta misma tarde, en cuanto vea al duque, le haré conocer lo que acaba usted de decirme.

—Espero que no lo hará usted así, repuse; acuérdese de que le he hablado en confianza.

—Es que no creo que puede hablarse de ese modo sin exponer al mismo tiempo los motivos.

—Los sabrá usted.

—¿Cuándo?

—El jueves por la noche. ¿Quiere usted tener en secreto nuestra conversación hasta entonces?

—Me han molestado mucho sus palabras, Head; pero, sin embargo, esperaré. Sentiría alarmar sin fundamento á Geraldine, y estoy seguro de que vive usted equivocado. ¿No conocía usted al duque hasta que le vió en mi casa?

—Repito que ahora no puedo decir más; tenga usted calma hasta el jueves por la noche.

Nos levantamos, y al despedirme noté cierta frialdad en Debrett.

De regreso en mi casa, y después de meditar profundamente, resolví, si no descubrir al duque, decir por lo menos lo que sabía de Mme. Koluchy. Si Geraldine llegaba á casarse con el duque, lo haría sabiendo su padre la conducta y los antecedentes de la mujer que lo presentó en su casa.

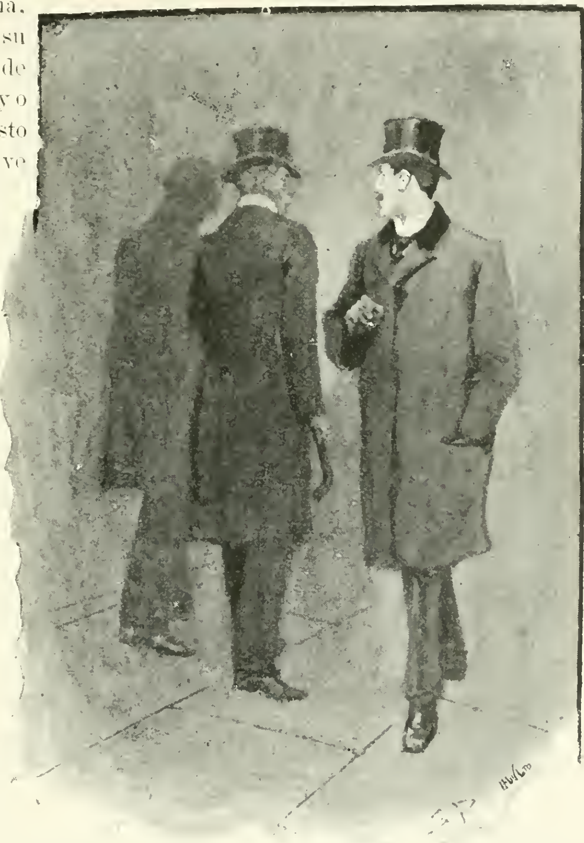
Al levantarme el jueves por la mañana encontré á Londres envuelto en una de las más densas nieblas que jamás se han conocido.

A primera hora recibí un telegrama de Debrett que decía así:

«Venga usted al Banco para las cuatro y cuarto lo más tarde».

Poco después de las tres salí de casa á pie, y sin hacer uso del

tranvía ni de ningún carruaje me dirigí al Banco. Llegué á la plazuela de Saint-Mark algo antes de la hora señalada, y ya me acercaba al edificio cuando, á consecuencia de la densidad de la niebla, dos hombres tropezaron violentamente contra mí. Uno de ellos se disculpó con cortesía, pero continuó su camino antes de que pudiera yo responderle. Esto no obstante, tuve tiempo suficiente para distinguir sus facciones: era el duque de Friedeck.



TUVE TIEMPO SUFICIENTE PARA DISTINGUIR SUS FACCIONES

Al otro lado de la estrecha plazuela, y enfrente del Banco, noté un rayo de luz que brillaba tenuemente en la oscuridad. Atravesé la plazuela para ver de dónde procedía, y vi con sorpresa que salía de la puerta entreabierta de una antigua casa de comidas llamada *El Gallo*. En el momento en que me acercaba á la puerta, los dos hombres que habían tropezado conmigo entraron en la casa.

Volví hacia el Banco, penetré en él y me dijo el director:

—Mr. Debrett tuvo que salir hace poco más de una hora, pero ha encargado que haga usted el favor de esperarle aquí. A más tardar, pensaba volver para las cuatro y media.

Me senté en el despacho del director, un ordenanza me trajo el *Times* y me acerqué á la chimenea.

De cuando en cuando oía decir á los dependientes que entraban y salían que la intensidad de la niebla aumentaba por momentos.

Una hora próximamente transcurrió así. El Banco, según costumbre, había sido cerrado á las cuatro, pero el personal estaba ocupado en arreglar los papeles y poniendo en orden las oficinas antes de retirarse. Vaciaron las diversas cajas, y los encargados depositaron el dinero en los sótanos, donde se hallaban las arcas.

Daban las cinco cuando se oyó el rodar de un carruaje, el cual se detuvo ante la puerta del Banco; era una magnífica berlina. Se apeó el lacayo y presentó una carta al portero, quien la trajo al despacho del director. Era para mí. Al ver que la letra era de Debrett, la abrí apresuradamente y leí las siguientes líneas:

«Querido amigo: Un asunto inesperado, pero de importancia, me obliga á detenerme en el Banco del Comercio, Broad Street. Por eso mando la berlina en busca de usted. Haga el favor de venir en ella, que le espero aquí. Pida usted á Derbyshire las llaves de la arquita. Se las entregará después que haya cerrado el cuarto-depositaría. Suyo afectísimo, *Henry Debrett*».

Me dirigí á Derbyshire (el director), hombre de edad avanzada y de aspecto grave, y le dije:

—Mr. Debrett me encarga que lleve las llaves de la arquita.

—Me extraña, contestó mirándome sorprendido, porque Mr. Debrett no las suele llevar nunca. Las llevamos siempre Mr. Frome ó yo. Mr. Debrett suele decir que le estorban.

—Vea usted lo que escribe en la carta, agregué entregándosela.

La leyó el director y me dijo:

—¿Me permitirá usted que la conserve? Es tan raro que Mr. Debrett lleve las llaves, que me gustaría guardar la carta...

—Guárdela usted, no tengo inconveniente.

—Gracias. Aun tardaremos unos minutos, porque todavía no están vaciadas todas las cajas. En la arquita guardamos siempre todas las llaves.

Los empleados se dieron prisa, acabaron pronto su trabajo y á las cinco y veinte entraba yo en la berlina con las llaves de la arquita en el bolsillo.

El carruaje tuvo que andar muy despacio, porque la niebla era cada vez más densa. De pronto, y cuando tomaba la dirección de Broad Street, comencé á notar una extraña sensación. Tenía la cabeza

mareada, y una extrema debilidad parecía querer apoderarse de mis nervios. La atmósfera de la berlina era malsana y despedía un olor muy desagradable. ¿Cómo no lo había notado antes? Me sentía cada vez peor y procuré llamar la atención del cochero, pero inútilmente: no me oía. Traté de abrir las portezuelas, la ventanilla... y no lo pude conseguir. ¿Qué era aquello? Intenté romper los cristales, pero me faltaron las fuerzas. En mi atolondramiento veía desfilar, como en horrible fantasmagoría, el Banco, Debrett, las llaves de la arquita, el recuerdo de Geraldine, el peligro que la amenazaba... hasta que perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí me encontré tumbado en un solar del barrio de Putney. Al principio no podía darme cuenta de nada, pero pronto lo recordé todo: el duque de Friedeck, el Banco, Geraldine. Me puse de pie, registré mis bolsillos y quedaron confirmadas mis más negras sospechas. ¡Me habían robado las llaves de la arquita! El dinero y el reloj estaban intactos, pero las llaves habían desaparecido. ¿Qué debía hacer?

Me dirigí á la estación más próxima y allí supe que eran poco más de las once. Sin duda había recobrado el conocimiento mucho antes de lo que habían calculado los autores de aquel infame y cobarde atentado.

Tomé el tren para la City y en el camino resolví lo que había de hacer. Avisar á Debrett era imposible, porque ya no estaría en Londres. Perder el tiempo yendo á visitar á Dufrayer no me convenía. Era indudable que el Banco se hallaba en peligro, y decidí volar al Banco. Se me ocurrió que los cómplices de Mme. Koluchy habían elegido la casa de comidas de la plazuela de Saint-Mark para punto de reunión, y resolví disfrazarme y entrar allí. Como sabía el santo y seña de *La Hermandad*, no esperaba hallar entorpecimiento ninguno. Lo demás, ya veríamos.

Al apearme del tren tomé un coche y me dirigí á un teatro, cuyo director era amigo mío. Le expliqué lo ocurrido, y se ofreció muy pronto á ayudarme en todo cuanto le fuera posible. Al cabo de unos momentos salí de allí completamente transformado.

Unos toques y rayas en la cara me hacían aparecer mucho más viejo; cubrí mi cabeza con una peluca negra, y con el cutis teñido de color aceitunado, y envuelto en un largo gaban con cuello alto de piel, apenas si yo mismo me hubiera conocido. Por último, metí en el bolsillo un revólver cargado, y creyéndome dispuesto para todo cuanto pudiera acontecer, me encaminé á la plazuela de Saint-Mark.

Era ya cerca de la una de la madrugada, y la niebla era aún más densa que durante el día. Pocos hombres hay que conozcan á Londres mejor que yo; sin embargo, en aquella peligrosa marcha me extravié más de una vez. Por fin, me encontré frente al Banco. Respiraba con mucha dificultad: la niebla me penetraba hasta los pulmones y me hacía daño en la garganta, mientras que me lloraban los ojos.

Cuando entré en la plazuela sentí las firmes pisadas del sereno encargado de vigilar el edificio durante la noche. Sin detenerme crucé la plazuela en dirección á la casa de comidas, cuya puerta estaba cerrada: por la ventana baja salía un débil rayo de luz. Llamé, acudió un hombré y abriendo la puerta me preguntó qué se me ofrecía. Pronuncié el santo y seña de *La Hermandad*, y fuí admitido en seguida sin vacilación de ningún género.

—¿Viene usted en busca de alguien? me dijo aquel hombre.

En el mismo momento que pronunció estas palabras, un rayo de luz iluminó mi mente. He dicho antes que, cuando el duque entró por primera vez en la sala de mi amigo Debrett, se me ocurrió que no era aquella la primera ocasión en que yo lo veía, y entonces, repentinamente, recordé muy bien quién era el tal duque. Durante mi estancia en Nápoles, un joven inglés, llamado Drake, frecuentaba los salones de Mme. Koluchy; pues bien, Drake y el duque de Friedeck eran uno mismo.



SALÍ DE ALLÍ COMPLETAMENTE TRANSFORMADO

—Vengo á ver á Mr. Drake, respondí con firmeza.

—Mr. Drake está arriba, añadió sin el menor asomo de recelo. ¿Subirá usted ó quiere que le avise que está usted aquí?

—Subiré solo. Está en el...

—En el cuarto del tercer piso que da á la calle.

Volvió al comedor y le oí cerrar la puerta. Yo, sin vacilar un momento, subí la escalera.

El primero y el segundo piso estaban completamente á oscuras; pero al llegar al tercero encontré entreabierta una puerta, por la que salía alguna claridad. Entré y vi que ésta procedía de la luz de un quinqué colocado sobre una mesa de pino, casi el único mueble que había en la habitación.



ME METÍ EN EL ARMARIO

Mientras meditaba qué debería hacer, oí voces y pisadas de hombres que subían por la escalera. Entonces me dirigí á un armario grande que ocupaba un rincón, y hallándole vacío me metí dentro.

Saqué del bolsillo el revólver y estuve esperando sin dejarle de la mano. Calculé que lo probable era que el portero había avisado al duque mi llegada, y que siendo así me buscarían y tal vez abrirían el armario. Eran tres ó cuatro por lo menos, y si me encontraban allí indudablemente entre todos no tardarían en quitarme la vida. ¿Por qué no habría yo avisado al sereno para que me hubiese ayudado?

Los hombres entraron en el cuarto y su conversación me tranquilizó. Hablaban como si yo no existiera. Comprendí que el portero

había creído suficiente que conociera yo el santo de *La Hermandad,* y ni siquiera se molestó en decirles que había venido alguien.

Uno de los hombres se acercó á la mesa, cogió el quinqué, y dándole toda la luz posible, lo colocó en la ventana diciendo:

—Creo que será suficiente para nuestro objeto. Con esta niebla tan densa se necesita una buena luz; de lo contrario, el gancho pudiera errar.

—Cuanto mayor sea la intensidad de la niebla más seguro será el éxito, repuso una voz, que en seguida conocí era la del duque. Cuando ustedes quieran, señores, añadió; por mi parte, estoy listo.

—Bueno, contestó el primero. Yo pasaré á casa de Bell y sujetaré la cuerda á la barra de la ventana. Pasará usted tan derecho como el péndulo de un reloj, Drake; no tenga usted cuidado. Caerá usted sobre la ventana con exactitud matemática. ¿Tiene algo más que decirme?

—Nada, exclamó Friedeck, sino que procure usted terminar pronto su trabajo. Distinguirá usted perfectamente esta luz. Yo esperaré aquí para recibir el pestillo de la ballesta con el hilo de bala.

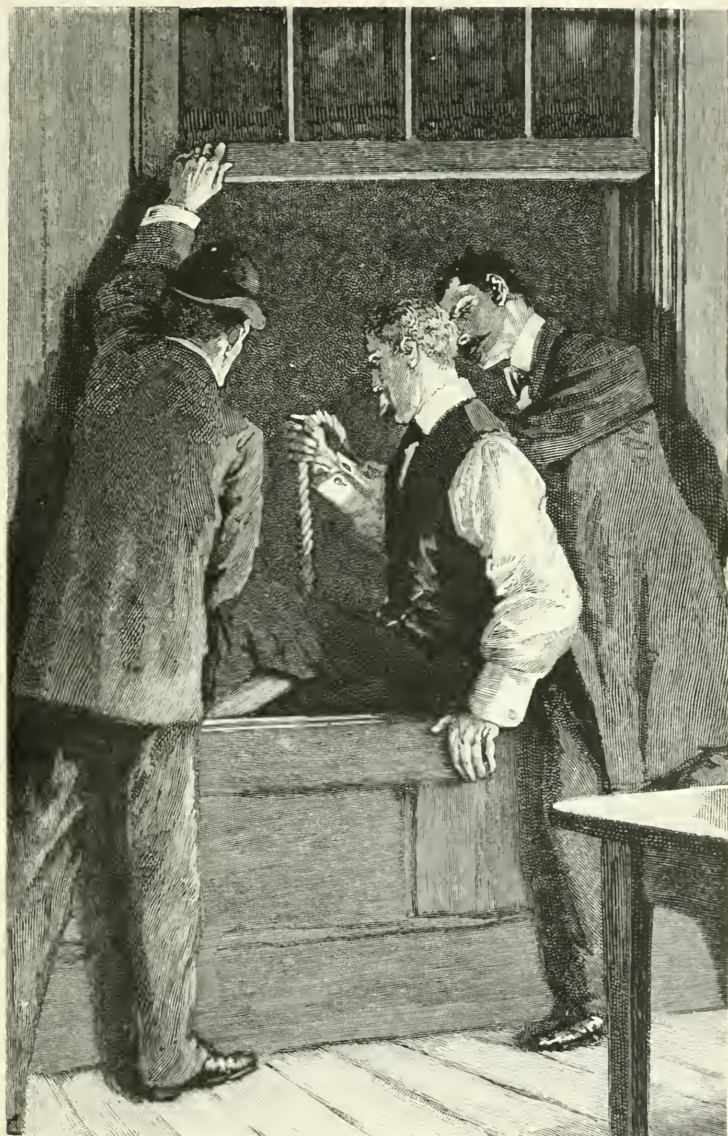
—Está bien. Cuando alcance el pestillo procure tirar con gran fuerza, pues la cuerda estará atada al hilo de bala. Aquí está el madero atravesado, no tienen más que hacer que sujetarlo fuertemente á la cuerda y pasará usted columpiándose hasta el otro lado.

El encargado de lanzar el pestillo á la ventana del cuarto salió y oí sus pisadas al bajar la escalera. Por una rendija del armario pude observar lo que hacían los tres restantes. Abrieron silenciosamente la ventana, y aunque procuraban disimularlo se adivinaba que estaban muy excitados.

Al cabo de unos momentos llegó á mis oídos una exclamación de alegría, lanzada por el duque, y vi que alguna cosa había entrado por la ventana. El y sus compañeros comenzaron á tirar de un hilo de bala, al que venía amarrado una cuerda gruesa de andamio. En seguida el duque se quitó la levita; sujetaron un madero atravesado á la cuerda; agarraron ésta por la parte de afuera de la ventana; Friedeck se subió al antepecho, pasó las piernas por encima del madero y desapareció.

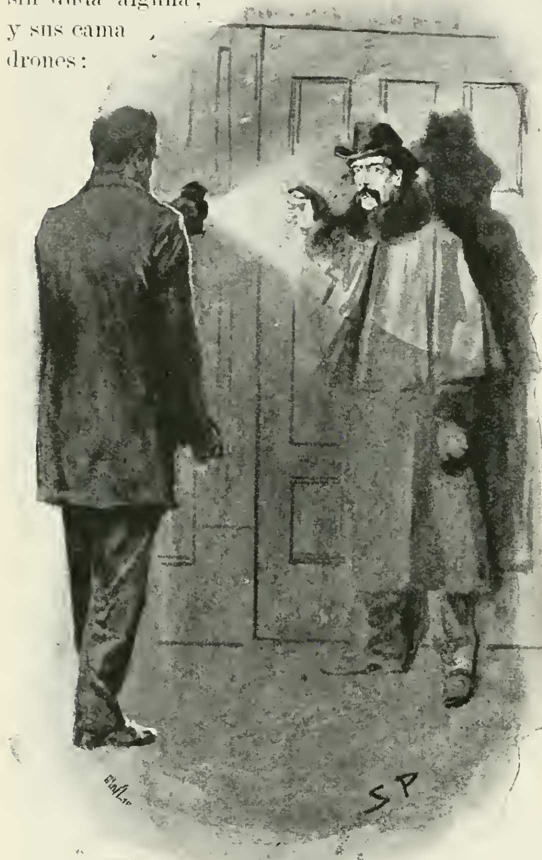
¿A dónde había ido? ¿Qué pensaba hacer? Ambas cosas eran un misterio para mí.

Los dos hombres que quedaron en el cuarto se detuvieron unos instantes cerca de la ventana, la cerraron luego y apagando la luz se marcharon. Les oí bajar la escalera, pero después un silencio sepulcral reinó en toda la casa.



EL DUQUE SE SUBIÓ AL ANTEPECHO Y DESAPARECIÓ

Escuché atentamente, salí del armario y me aproximé á la ventana. Tan densa era la niebla, que no se distinguía nada absolutamente. El Banco de Debrett peligraba sin duda alguna; el duque Friedeck y sus camaradas eran unos ladrones: pero no acababa de comprender la significación de la ballesta, de la cuerda, del pestillo, del madero atravesado ni de la desaparición del duque. Sin embargo, resolví en seguida lo que había de hacer: avisar inmediatamente al sereno, cuyas pisadas resonaban aún en la plazuela. Corrí escalera abajo, procurando hacer el menor ruido posible, y cuando ya había llegado á la puerta de la calle y tenía en la mano el pestillo, me detuvo una voz preguntando:



LEVANTÓ LA LINTERNA EN EL AIRE PARA VERME LA CARA

—¿Quién va?

—Voy en busca de Mr. Drake, respondí.

—Está ocupado, no se le puede ver, dijo acercándose con una linterna sorda en la mano.

Y antes de que yo pudiera evitarlo, la levantó en el aire para verme la cara.

Tal vez conoció que estaba disfrazado; pero sea como fuese, por

la expresión de sus ojos comprendí que mi presencia le alarmaba. Lanzó un silbido particular, y al instante aparecieron otros tres hombres. El primero les dijo algo que no pude oir, y entonces los cuatro se arrojaron sobre mí. Gracias á que la puerta no estaba cerrada con llave pude abrirla precipitadamente y salir á la plazuela.

Favorecido por la densa niebla me creía ya en salvo, cuando un terrible golpe, recibido por detrás en el cráneo, me dejó sin conocimiento por segunda vez en aquellas horribles veinticuatro horas.

Cuando recobré el sentido me encontré en la cama de una sala de hospital.

—¡Gracias á Dios! exclamó al verme abrir los ojos el médico que me asistía. Ahora ya me parece que no habrá nada que temer. ¡Vaya un golpe el que le dieron á usted en la cabeza! Pero no se apure usted, que pronto comenzará á mejorar.

Mis ideas eran tan confusas, que no acertaba á coordinarlas. Lo único que pude comprender fué que muchas personas se movían á mi alrededor y que era muy de día.

Transcurrido un rato se acercó una hermana y me preguntó cariñosamente:

—¿Que tal? ¿Se encuentra usted mejor? ¿Sufre usted?

—No, gracias, no sufro, hermana, respondí. ¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué me hallo en este sitio?

—El sereno oyó una exclamación y le encontró á usted sin conocimiento en la plazuela de Saint-Mark. Alguien debió darle á usted un golpe terrible en la cabeza. Lo extraño es que no le rompieran el cráneo. Pero, gracias á Dios, sigue usted mejor. ¿Quiere usted que se avise á algún pariente ó amigo?

—Necesito levantarme en seguida, hermana. Ha ocurrido un suceso muy grave y tengo que marchar inmediatamente.

—Sin permiso del médico no puede ser; pero, si usted quiere, podemos avisar que está usted aquí.

Nombré á Dufrayer. La hermana prometió mandar á buscarle en seguida, y tuve que armarme de paciencia. Por fortuna, el único daño que me produjo el golpe fué el de dejarme atolondrado, y como la herida no era grave, pronto recordé todo lo que había sucedido la noche anterior.

Poco más de una hora tardó Dufrayer en llegar. Estaba excitadísimo y se acercó á mi cama, diciendo cariñosamente:

—¿Qué ha sucedido, Head? ¿Cómo está usted aquí? ¿Se encuentra usted mal?

—No, no tengo nada. Pero oiga usted, Dufrayer, ante todo necesito salir de aquí. Tenemos que ir los dos, inmediatamente, á la plazuela de Saint-Mark.

—¿A la plazuela de Saint-Mark? ¿Ha oído usted algo?

—¿De qué?

—¡Si toda la ciudad está revuelta! Durante la noche han penetrado en el Banco de Debrett, y entre fianzas y dinero han robado diez mil libras esterlinas. No hay ni siquiera indicios de quién lo ha hecho. El mozo que fué de aquí á buscarme tuvo que ir al Banco, pues estaba yo allí con Debrett. El robo ha sido tan atrevido como ingenioso.

—Yo sé quiénes han sido los ladrones y cómo lo han hecho, Dufrayer. Hágame usted el favor de pedir permiso al médico, y vámonos; no se puede perder ni un instante. Yo se lo contaré á usted todo.

Dufrayer fué en busca del médico y poco después volvió con él. Declaró que no podía retenerme contra mi voluntad, pero dió á entender que lo que intentaba era una imprudencia.

Media hora después nos metimos en un coche, y en el camino referí á Dufrayer todo lo sucedido en aquella memorable noche.

—¿Pero cómo fué usted solo á aquella casa? ¿Cómo se atrevió usted?

—Conocía el santo y seña de *La Hermandad*, y la única esperanza de poder hacer algo estribaba en entrar allí solo. Gracias al cielo, la niebla ha desaparecido.

Un ligero airecillo se había levantado, y al entrar en la plazuela un rayo de sol alumbraba aquellos viejos edificios.

Subimos al Banco y encontramos allí á Debrett, el director, dos inspectores de policía y Tyler, el agente de Dufrayer, que nos esperaban con impaciencia.

—¡Vaya un golpe, Head! exclamó Debrett en cuanto me vió. ¡Me han arruinado de veras! El Banco no puede resistir tanto.

—Valor, Debrett, contesté, tal vez pueda arreglarse todo. ¿Tiene usted ahí la carta que Mr. Debrett me escribió anoche? pregunté al director.

—¿La carta que escribí yo anoche? interrumpió Debrett. ¿Qué carta es esa?

El director la sacó de su cartera y la puso en manos de su jefe, el cual la leyó con indescriptible asombro.

—¡Pero acaso escribí yo semejante necedad! exclamó. Jamás llevo

yo las llaves de la arquita. El director ó Frome son los que siempre se encargan de ellas. Esta carta es una superchería, Head. En nombre del cielo, ¿qué significa todo esto?

—Significaba para mí una berlina destinada á darme la muerte, y la más villana conspiración tramada para robar á usted y quizás



ESTO CONFIRMA LO QUE MR. HEAD ACABA DE REFERIRNOS

también asesinarle. Pero oiga usted, amigo Debrett, si es que puede oirme con calma.

Y referí los sucesos ocurridos durante la noche anterior.

—Y ahora, señores, añadí, lo mejor que podemos hacer es pasar á la casa de cuya ventana fué lanzado el pestillo. Es posible que allí veamos algo que nos explique la forma como penetró el ladrón en el Banco.

—Estoy á sus órdenes, Mr. Head, observó Tyler, pues me interesa

mucho este misterio. No acabo de comprender cómo pudo entrar un hombre por ésa ventana sin tener alas. Hay vigilantes de noche, de modo que sería imposible usar escaleras.

Llegamos á la casa situada entre el Banco y la antigua casa de comidas; no había más que oficinas en todo el edificio. Subimos al piso más alto, y encontramos cerrada con llave la puerta de la habitación que daba á la plazuela. Uno de los inspectores la abrió á fuerza de empujones, y al entrar en la habitación vimos que estaba vacía; pero al registrar detrás de la puerta, el inspector exclamó levantando del suelo una cuerda gruesa:



CROQUIS DE LA PLAZUELA DE SAINT-MARK

A. Ventana donde se fijó la barra de hierro que sujetaba la cuerda.

B. Ventana desde donde se lanzó el duque.

C. Ventana del segundo piso del Banco. El duque fué á parar al borde y cortó el cristal.

—Esto confirma lo que míster Head acaba de referirnos.

En un extremo tenía la cuerda sujeto un madero atravesado, y cerca hallamos una ballesta y un gancho de hierro.

—Ahora lo comprendo todo, dije; sí, todo lo que anoche no pude adivinar. Lo explicaré: Lanzaron primero esta cuerda, por medio de la ballesta, á la ventana de la casa de comidas. Al pestillo de la ballesta iba atado un hilo de bala, que á su vez llevaba la cuerda gruesa. El que anoche se balanceó desde la ventana hizo, como si dijéramos, el oficio de la plomada de un péndulo, y así llegó hasta la ventana del Banco. Balanceándose desde la ventana de la casa de comidas fué á parar á la del Banco, y allí sin duda se agarraría del armazón y cortaría el cristal con un diamante.

—Vámonos al cuarto de la casa de comidas, dijo el inspector.

Lo hicimos así, y con gran asombro vimos que toda la casa estaba desalquilada y completamente vacía.

Aunque con alguna dificultad conseguimos abrir la puerta, y subimos hasta el tercer piso, donde encontramos nuevas pruebas de la exactitud de mi relación. En el suelo estaba el hilo de bala á que fué amarrada la cuerda, y que lo cortaron antes de que el duque diera principio á la operación del balanceo.

—¿Pero quién lo ha hecho? exclamó Debrett. Hay que seguir la

pista de los ladrones, pues entre otras muchas cosas se han llevado los magníficos ¡brillantes del duque. Y á propósito, ¿dónde se hallará éste? Le puse un telegrama y creí que hubiera venido.

Un silencio sepulcral acogió estas palabras de Debrett, el cual prosiguió poniéndose lívido:

—¡Por Dios, Head, hable usted! ¿Sabe usted algo más?

—Aun le falta á usted saber lo peor, Debrett, dije acercándome á él y poniéndole una mano en el hombro. Tenga usted valor, amigo mío, y dé usted gracias al cielo que ha librado á su pobre hija de la horrible suerte que la esperaba. Quien ha cometido el robo no fué otro que el fingido duque de Friedeck.

Debrett retrocedió espantado. Fué un golpe terrible para él. De lívido que estaba se tornó amarillo.

—Ahora me explico los dos telegramas que recibí ayer, dijo balbuceando. El uno era de usted, diciendo que llegaría á Manor Forest un poco tarde, y el otro del mismo duque, el cual me manifestaba que un negocio inesperado le retenía en Londres. Sin duda fué él quien puso los dos.

—Indudablemente, respondí. Todo lo tenían bien meditado, hasta en sus menores detalles, para el más seguro éxito de su diabólico plan. Pero aun hay más, Debrett: el ducado de Friedeck no existe ni ha existido nunca. Cuando la policía haya echado mano á ese hombre, entonces declararé quién es.

Poco queda ya por decir. Algunos días después fué capturado el falso duque, pero no se consiguió recobrar todo el dinero robado. Lo probable sería que lo que faltaba en metálico y depósitos lo tendría Mme. Koluchy en su poder.

Gracias á la protección y á la eficaz ayuda de los amigos de la casa, el Banco de Debrett existe todavía y prospera.

En cuanto á Debrett, desde entonces es hombre más prevenido y menos confiado.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Hojas del diario del Doctor Moreno



Una cura inesperada

Muchas veces he pensado que en un porvenir no muy remoto han de ser descubiertos grandes secretos para la curación de ciertas enfermedades tenidas hoy por incurables. Me refiero principalmente á los brillantes éxitos obtenidos ya con las nuevas formas de inoculación de los virus seroterápicos. La siguiente historia servirá para comprobar la exactitud de mi afirmación.

Cierta noche, hacia mediados del mes de noviembre, me encontré por casualidad en el club con un antiguo condiscípulo, llamado Benigno Ibáñez. Ejercía su profesión en Segovia, donde tenía una clientela muy numerosa. Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto, y nos alegramos mutuamente del feliz encuentro. Después de un rato de charla, me dijo Ibáñez:

—Quería haber vuelto esta noche á Segovia, y hace un momento que estaba disgustadísimo porque se me había escapado el tren: pero ahora que me he encontrado con usted, casi me alegro de haberme quedado en tierra. Para decir la verdad, quiero consultarle sobre un caso que me interesa mucho, que podrá usted aconsejarme.

—Vamos á mi casa, Ibáñez, contesté; allí estaremos mejor. ¿Quiere usted aceptar una cama que le ofrezco muy gustoso para esta noche?

Ibáñez se detuvo un momento, pero por fin aceptó. Media hora después, sentados ante el alegre fuego que ardía en la chimenea de mi despacho, departíamos acerca de los azares de la profesión.

—Usted ha sabido aprovechar el tiempo, amigo Moreno, dijo Ibáñez. Muchas veces pienso que yo hubiera hecho mejor no casándome y estableciéndome en Madrid. Cierto que tengo mucha clientela, pero hay ocasiones en que me hallo aburrido. A Segovia los adelantos de la ciencia suelen llegar tarde, y allí parece que uno vive apartado del mundo. En mi juventud sentía grande entusiasmo hacia los nuevos descubrimientos, pero ya voy perdiendo hasta el gusto. Año tras año acudo á las mismas medicinas, á los mismos tratamientos, á los mismos... pero ahora reparo que no he venido aquí para hablar de mí mismo.

—¿Tiene usted algún caso particular, del que desea que nos ocupemos?

—Sí, y por cierto que se trata de un caso bien extraño, que no deja de preocuparme.

—Pues otro cigarro y puede usted empezar la historia.

—Gracias, no quiero fumar más.

Y mudando de postura en la butaca, prosiguió Ibáñez:

—En pocas palabras, el caso es el siguiente: Uno de mis más íntimos amigos, D. Roberto de Losada, marqués de Bornos, hombre riquísimo, posee en Segovia una magnífica posesión llamada *La Castellana*. Fué adquirida por su bisabuelo, quien vinculó sus bienes dejándolos al hijo mayor de la familia, pero si no había sucesión directa debían pasar á otra rama. Don Roberto tiene ahora unos cincuenta y seis años. Es viudo, con un hijo solo, Alberto, que es hoy capitán de artillería, tiene buena figura y es un perfecto caballero, y el más vivo deseo de su padre es verle casado.

Alberto estuvo con su regimiento en Filipinas, de donde regresó hace dos años con licencia por enfermo. Una vez en su país natal se restableció pronto, y poco después pidió y obtuvo la mano de la señorita Lola de San Miguel, una joven de muy distinguida familia, con la que vive en una posesión situada muy cerca de la del marqués. Lola es una preciosa joven, digna en todos conceptos de ser esposa del capitán. Los novios se querían apasionadamente, y los dos padres estaban contentísimos con la proyectada boda. El capitán tuvo que volver á Filipinas para incorporarse á su regimiento, pero se convino en que este año solicitase el retiro, que el enlace se verificaría en cuanto volviese y que el matrimonio viviría en *La Castellana* con el marqués.

Alberto marchó al archipiélago; ha transcurrido el tiempo, y ya estaban hechos los preparativos para la boda, que había de celebrarse á los quince días del regreso del novio. El marqués, que quiere mucho á Lola, la cual ha sido como una hija para él durante la ausencia del capitán, estaba entusiasmadísimo y amuebló de nuevo casi toda la casa, sin fijarse en el gasto y atendiendo sólo á que todo estuviera dispuesto para recibir á su hijo. Y á propósito, ¿á cuántos estamos hoy?

—A veinticuatro, contesté. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—Estaba pensando en que hoy era el día señalado para la boda.

—Continúe usted.

—Queda ya poco que decir. El capitán llegó hará unos quince días, muy bien de salud al parecer, pero muy triste y desanimado. Al día siguiente vino á Madrid, pasó aquí la noche y cuando regresó á Segovia fué directamente á ver á su prometida. Nadie sabe lo que pasó entre ellos, ni tampoco se sabe lo que aquella noche hablaría Alberto con su padre, pero lo cierto es que á la mañana siguiente recibí una cartita del marqués suplicándome que pasara á verle cuanto antes.

Le encontré muy intranquilo y disgustado. En cuanto me vió me dijo que la boda no se celebraba ya, porque su hijo se había negado á casarse con Lola ni con ninguna otra mujer. Añadió que la única razón que alegaba era que la salud no le permitía contraer matrimonio, y que nadie ni nada en el mundo le induciría á ser padre de familia. Ha sido un golpe terrible para todos. Y lo peor es que el capitán se niega rotundamente á decir qué es lo que tiene. No existe enfermedad hereditaria en la familia, y el aspecto del capitán no es el de un enfermo. El marqués me suplicó que le interrogara. Así lo hice, aunque casi parece imposible asociar la idea de enfermo con Alberto. Le rogué que me confiara su secreto y me dijera qué es lo que sufre, pero se negó abiertamente. Lo único que me dijo fué lo siguiente:

—Un grave peligro me amenaza, no hay manera de evitarlo, y lo más que puedo hacer es sobrellevarlo con la resignación y el valor con que un hombre, y sobre todo un militar, debe sobrellevarlo todo.

—¿Quiere usted insinuar que su vida peligra? le pregunté.

—Hasta cierto punto sí, aunque el peligro no sea inmediato. No hay nada en el mundo que pueda persuadirme á transmitir á mi posteridad lo que yo padezco. Lola y mi padre conocen mi resolución.

—Pero no el motivo que le induce á usted á proceder así.

—Prefiero que no lo sepan, me contestó resueltamente.

—¿Ha consultado usted con algún médico? ¿Está usted seguro de lo que afirma?

—Segurísimo. He consultado con el médico más reputado de España. Vamos, Ibáñez, añadió tratando de sonreirse, no insista usted, porque es inútil, me niego á decir ni una palabra más.

Se levantó bruscamente y salió de la habitación.

Esto sucedió ayer por la mañana. Por la tarde fuí á ver al marqués, á quien encontré bastante malo; no me gustó nada su semblante: parece haber envejecido una docena de años desde que tuvo noticia de la resolución de su hijo. No es sólo la misteriosa conducta de éste lo que le tiene afligido: es que ve por el suelo todos los sueños y las ambiciones todas de su vida: es que no casándose Alberto no podrá transmitir ni su apellido ni sus bienes á ningún nieto, así que el desencanto para él ha sido muy grande.

—¿Y en qué puedo yo ayudar á usted? pregunté á mi amigo.

—Creí que á usted le sería posible indicarme alguna manera de aclarar el misterio. El capitán se niega á cumplir su palabra de casamiento alegando que su salud no es á propósito para contraer matrimonio, y se niega también á decir cuál es la enfermedad que padece. ¿Cómo pudiera yo hacerle hablar?

—No hay modo de obligarle: me parece únicamente cuestión de táctica.

—Para la cual me considero inútil, completamente inútil. Si el caso estuviera en manos de usted, amigo Moreno, pronto obtendría usted la revelación del secreto del capitán.

—No veo por qué. No acostumbro nunca á violentar la confianza de nadie.

—Sin embargo, usted tiene sobrado talento y una habilidad especial para obligar á cualquiera á confiar en usted, sin que apenas se dé cuenta de ello el paciente. ¡Para decir la verdad, se trata de un caso muy grave. El capitán está sumamenta abatido y triste; su padre está afligidísimo, y la pena de Lola, según dicen, es tan grande que acaso no pueda resistirla.

—¿Cree usted que el capitán habrá confiado su secreto á la señorita Lola?

—Me confesó que no, que no lo sabrá nadie.

Esto me hizo pensar más y más en la inexplicable conducta del capitán.

—¿Está usted ahora muy ocupado? me preguntó de pronto Ibáñez.

—Bastante, contesté.

—¿No pudiera usted venir á pasar un día en Segovia?

—Aunque fuese de nada serviría mi presencia allí, amigo Ibáñez.

puesto que yo no puedo visitar á sus enfermos, á no ser que éstos pidan una consulta.

—Yo tengo mucha intimidad en la casa y á menudo como con el marqués. Si usted viniera un día le presentaría como amigo, y quizás notaría usted en el capitán algún síntoma que nos daría la clave de la enfermedad que padece.

—No puede ser, contesté. Si usted consiguiera que el capitán me consultase tendría sumo gusto en darle mi opinión. Por lo demás, no puedo mezclarme en el asunto.

Al día siguiente regresó Ibáñez á Segovia y yo procuré olvidar la historia que me había referido, pero no lo conseguí. Me interesaba aquel extraño caso y á cada momento me acordaba de él. No me sorprendía que Alberto se negara á casarse por motivos de salud, pero sí que no quisiera confesar, ni aun á su mismo médico, cuál era su enfermedad. Sin embargo, como no era cliente mío, nada podía hacer, y procuré, como digo, olvidarlo todo. ¡Cuán ajeno estaba yo entonces de pensar el importante papel que había de desempeñar en aquel asunto!

En la tarde del día siguiente recibí un telegrama de Segovia que decía así:

«Marqués de Bornos con ataque, deseo consultarle. Venga primer tren.—*Ibáñez*».

Quedé pensativo unos momentos. Luego cogí la pluma y contesté:

«Seré con usted lo antes posible.—*Moreno*».

Llamé á mi criado Juan, le mandé que inmediatamente llevara el despacho al telégrafo y me puse á arreglar mis cosas, por si acaso duraba más de un día mi estancia en Segovia, á cuya capital llegué sin novedad. En la estación me esperaba el coche del marqués, el cual en media hora me condujo á *La Castellana*. En cuanto se detuvo el carruaje se presentó Ibáñez, que me aguardaba con impaciencia.

—¡Cuánto me alegro de que haya venido usted! me dijo; ahora estaré más tranquilo.

—¿Cómo sigue el enfermo? pregunté.

—No está peor; antes por el contrario, se notan algunas señales de que empieza á recobrar el conocimiento.

—¿Por qué me ha llamado usted?

—Tenía más de un motivo para desear que estuviera usted aquí. Ayer me pareció que había pocas esperanzas de vida para el marqués; el capitán mostró deseos de tener una consulta, le nombré á usted, y como ha oído hablar mucho del doctor Moreno, me suplicó que le telegrafiara inmediatamente.

—Cuando usted quiera iremos á ver al marqués.

Entramos en la casa.

La antesala era espaciosa y de techo muy alto y abovedado. Una bonita galería la rodeaba por tres de sus lados, y el cuarto lo ocupaba una magnífica escalera de mármol blanco como la nieve, al pie de la cual había una hermosa estatua que tenía en la mano un gran foco de luz. Supe después que la escalera era una de las cosas más notables de la casa. Había costado mucho dinero, pero era realmente una obra de mérito. En el centro estaba cubierta por una rica alfombra, en la que se hundían los pies.

Al llegar al primer piso entramos en una amplia alcoba amueblada con lujo. Tendido en la cama que ocupaba el centro de la habitación vi al anciano marqués privado de conocimiento. Estaba echado de espaldas y respiraba con mucha dificultad. Me incliné para examinarle: pero antes de que tuviese tiempo de hacerlo, Ibáñez me llamó la atención tocándome suavemente en el brazo. Levanté los ojos y vi á un caballero como de treinta y cinco años, con todo el tipo y el porte de un militar distinguido. Era el capitán Losada, el cual avanzó hacia mí diciendo al tenderme la mano:

—Agradezco á usted mucho su venida y aguardo con impaciencia la autorizada opinión de usted acerca de la enfermedad de mi padre.

Al estrecharle la mano me pareció notar que se había estremecido como si sufriera algún agudo dolor; pero con mucha fuerza de voluntad procuró disimularlo, y poco después salió de la alcoba.

El marqués tenía la cara lívida y los ojos cerrados. La respiración, como ya he dicho, era muy penosa.

Después del reconocimiento convine con Ibáñez en que el ataque, aunque grave y peligroso, no sería fatal, y que lo probable era que el marqués mejorara muy pronto. Hice algunas observaciones referentes al tratamiento y salí de la alcoba con mi amigo, dejando al enfermo en manos de la monja que había venido para cuidarle. Terminada la consulta, que no fué larga, bajamos al comedor, donde nos esperaba el capitán.

—¿Qué opina usted, doctor? preguntó el capitán con marcada ansiedad en cuanto nos vió.

—El marqués no está tan grave como yo temía encontrarle, contesté. El ataque es peligroso indudablemente, pero el enfermo no ha perdido por completo la sensibilidad y tiene todavía alguna fuerza en el lado de la parálisis. Estoy convencido de que, al menos por

ahora, no hay hemorragia progresiva, y es muy probable que el marqués recobre el conocimiento dentro de algunas horas.

—¿De manera que ha pasado el peligro? dijo el capitán con visible satisfacción.

—Por ahora opino que sí.

—¿Y qué significa ese por ahora?

—Quiero decir, contesté clavando la vista en el semblante del capitán, que, en un caso como el del señor marqués, los órganos de la sangre están muy expuestos á dilatarse, y una vez heridos, cualquier cambio en la circulación los afecta en seguida. Un pequeño disgusto bastaría para producir de nuevo la hemorragia, lo que significaría otro ataque quizás más grave que éste. De manera que lo que á todo trance hay que procurar es que el marqués permanezca tranquilo, que no reciba ningún disgusto.

—Sí, sí, eso se comprende, contestó Losada con aparente calma. Y añadió: vaya, señores, vamos á almorzar, que creo que ya es hora.

Nos sentamos á la mesa, y durante el almuerzo, el capitán, que declaró estaba más tranquilo desde que oyó mi opinión, nos entretuvo agradablemente refiriendo su vida en Filipinas.

Ibáñez me suplicó que no regresase á Madrid aquel día y accedí á su súplica.

Terminado el almuerzo, el capitán me invitó á dar un paseo con él en el tílburi, y acepté la invitación con sumo gusto, pues el interés y la simpatía que me inspiraba el afable militar crecían por momentos. Salió del comedor para dar sus órdenes, y en cuanto quedamos solos me dijo Ibáñez:

—Su llegada ha sido providencial, Moreno. La ocasión que tan ardientemente deseaba se ha presentado de la manera más natural del mundo. Aprecio muchísimo á mi pobre amigo el marqués, y quizás más á su hijo, á quien he conocido y tratado desde niño. Por supuesto, habrá usted comprendido cuál ha sido la causa primordial de la enfermedad del marqués. Tal vez consiga usted hacer hablar al capitán, y de todos modos, si se presenta ocasión, le ruego que no la pierda.

—No creo probable que llegue esa ocasión, amigo Ibáñez, y no debe usted abrigar vanas esperanzas. Si el capitán me hablase por su propia voluntad tendría mucho gusto en escucharle, pero me es imposible llevar la conversación á ese terreno.

—Es una lástima; la ocasión se ha presentado sin buscarla, y creí que quizás hallaría usted el medio de aclarar un misterio que me

atormenta de día y de noche y que casi ha enviado al marqués á la sepultura. No hay más que decir. Únicamente quisiera saber, antes de retirarme, qué opina usted del capitán.

—Es un perfecto caballero.

—No me refiero á su carácter, sino á su aspecto. ¿Qué le parece á usted de su salud?

—No veo que tenga nada de particular, pero...

—¿Hay algún pero?

—Hablando metafóricamente, casi puede decirse que me he valido de lentes de aumento para examinarle; pero que nada, que absolutamente nada he conseguido en resumidas cuentas. Únicamente he notado que tiene algo hinchada la mano derecha, y que se estremece cuando se le toca.

—Pues yo no lo había notado nunca, lo confieso. La hinchazón provendrá de algún reuma, ¿no es así?

—Es muy probable.

—En aquel momento volvió el capitán diciendo que nos esperaba el tílburi. Montamos en él y salimos por la carretera á buen paso. El potro que nos conducía era muy vivo, y al bajar una cuestecita se hizo casi inmanejable. Al cruzar por debajo de un puente del ferrocarril, llegó el tren y lo atravesó con horrible estruendo. Se espantó el potro, que ya estaba excitado, y salió desbocado por la carretera.

—Tome usted las bridas, doctor, me dijo el capitán muy nervioso.

Así lo hice, y como estoy acostumbrado á manejar caballos pronto conseguí hacerme dueño del potrito y dominarle por completo. El capitán, que estaba lívido, sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente mientras decía:

—Me fastidia esta maldita mano. A no ser por usted, querido doctor, ¡quién sabe lo que hubiese ocurrido!

—Veo que tiene usted la mano hinchada. ¿Padece usted reuma? ¿Le duele á usted?

—Sí, á veces me duele mucho. ¿Cree usted que la hinchazón pudiera atribuirse al reuma? ¡Ya! Déme usted las bridas, que ya no hay cuidado de ningún género.

—Si le duele á usted la mano seguiré guiando.

—No, gracias; ya ha cesado el dolor.

Volvió á tomar las bridas y proseguimos el paseo, que resultó muy agradable.

—¿Cree usted de veras, doctor, preguntó de repente el capitán, que mi padre se restablecerá del ataque?

—Así lo creo. respondí.

—Mucho me tranquiliza el saberlo. Quisiera volver pronto al regimiento: pero si mi padre no se restablece. me será imposible.

—Espero que dentro de quince días se habrá restablecido por completo: pero será muy necesario. para evitarle una recaída, que no reciba disgusto ninguno. Un disgusto pudiera fácilmente matarle.

Al decir esto clavé la vista en el capitán. pero inútilmente: era impenetrable. y comprendí que sería muy difícil hacerle hablar contra su voluntad.

Al dar la vuelta á una curva de la carretera detuvo súbitamente el tílburi y me pareció que se hallaba emocionado. Por la carretera, y en dirección opuesta á la nuestra. venía una señorita acompañada de una sirviente.

—Hágame usted el obsequio de volver á tomar las bridas, doctor. Y diciendo esto saltó del carruaje y salió al encuentro de la joven. la cual, según pude observar, era alta, esbelta, de ojos negros y hermosos, de expresión dulce y simpática, de porte distinguido, aunque me pareció un poco altanera.

Como se pararon á bastante distancia de mí no pude oir la conversación, que no duró más que algunos minutos, al cabo de los cuales ella continuó su camino y el capitán volvió á ocupar su asiento en el tílburi.

Poco después regresamos á *La Castellana;* subí á ver al marqués. y apenas volví á ver á su hijo aquel día.

El enfermo seguía mejorando. pero no me pareció prudente dejarle aún.

Al anochecer, hallándome sentado cerca de la cama. vi con sorpresa que el marqués abría los ojos y me miraba fijamente. Ibáñez y el capitán estaban en el otro extremo de la alcoba. y hacia ellos dirigió luego su mirada el marqués. Al ver á su hijo. exclamó con acento muy débil:

—Ven acá. Alberto.

Este se acercó inmediatamente y fué á sentarse al otro lado de la cama.

—¿Qué ha pasado. Alberto? preguntó el enfermo. ¿Quién es ese señor? añadió mirándome á mí.

—He venido para ayudarle á usted á curarse, dije sin dar lugar á la respuesta del capitán. Soy doctor. y su amigo Ibáñez me avisó para consultarme acerca de la enfermedad de usted. Me causa verdadero placer el poder asegurarle que sigue usted muy bien. Ahora

lo que hace falta es que se tranquilice usted y procure no disgustarse.

—Ya, ya comprendo, añadió el marqués. He estado muy malo, ¿no es verdad, doctor? Tú tienes la culpa, Alberto, ya lo sabes.

—Tranquilícese usted, padre, dijo el capitán; no piense usted ahora en esas cosas.

—¡Que me tranquilice! repuso el marqués. Tú tienes la culpa de todo lo que me pasa. Tu terquedad y tu necia resolución son las que me han postrado en el lecho. Si quieres que me cure, marcha á buscar á Lola y haz que vuestra boda se celebre cuanto antes. Sé lo que estoy diciendo y no quiero callarme, no. Todo está listo, todo: de manera que no hay por qué esperar. Podéis casaros sin ruido ninguno en mi capilla. Yo no descansaré hasta que vuestro matrimonio se realice. ¡No, imposible! No podré descansar hasta que sepa que Lola y tú sois marido y mujer.

—Padre, tranquilícese usted, se lo suplico, agregó el capitán muy afligido.

—No puedo: ya te he dicho que no puedo, mientras sigas obstinado en tu resolución. ¿Vas á hacer lo que te pido?

La excitación del marqués era mayor á cada momento.

—Ya hablaremos de eso más tarde, padre; ahora no se acuerde usted de otra cosa que de ponerse bien.

En el tono de voz del capitán había algo muy en oposición con la calma que necesitaba el marqués. El disgusto que éste recibía con aquel diálogo no era ciertamente muy á propósito para la curación de su mal, y bien pronto vi aparecer en su frente esas manchas rojas tan temidas de los médicos en esta clase de enfermedades.

—Haga usted el favor de retirarse, le dije al capitán en voz baja.

Inmediatamente se levantó de la silla, y con la cabeza inclinada y el dolor pintado en su rostro salió de la habitación.

—¿Ha ido Alberto á buscar á Lola? preguntó á Ibáñez el marqués.

—Todo se hará como desea, dijo el médico; pero tenga presente que es imposible celebrar la boda estando usted en cama. Cuando se ponga bueno... Ahora procure usted dormir un poco.

Mandé á la monja que administrara un calmante y permanecí al lado del enfermo para observar los efectos que producía. Al cabo de un rato el marqués se durmió, pero su sueño no tenía nada de tranquilo. Comprendí que, si continuaba en aquel estado de excitación, se agravaría en vez de mejorar, pero procuré ocultar á todos mis inquietudes.

—No hay peligro inmediato, dije respondiendo á una pregunta que me hizo el capitán cuando bajé al comedor; pero el marqués no sigue tan bien como yo quisiera, porque hay algo que le tiene muy preocupado. Su padre tiene una idea: idea tan fija y tan persistente, que no puede pensar en otra cosa. ¿No sería posible tranquilizarle? añadí bruscamente.

—¿Haciendo lo que él desea? preguntó el capitán. No, doctor: es del todo imposible. Ni siquiera se puede hablar de ello. Vaya, señores, añadió, la comida nos espera.

Nos sentamos á la mesa, pero casi inútilmente, porque ninguno de los tres teníamos apetito; nuestra preocupación era grande.

Mientras tomábamos el café, Ibáñez y yo hablamos de cosas propias de la profesión. El capitán tomó un periódico y se puso á leer, sin que al parecer se fijase en nuestra conversación. Transcurrido un rato se levantó diciendo que iba á ver cómo seguía su padre.

Cuando volvió estaba yo refiriendo á Ibáñez algunos casos interesantes con que había tropezado últimamente en el hospital.

—Estoy seguro, le decía cuando entró el capitán, de que la inoculacion de virus atenuado será el futuro tratamiento para muchas de las enfermedades más peligrosas.

El capitán, que había atravesado una parte del comedor, cuando oyó mis frases se quedó parado, inmóvil como una estatua. Levanté la vista y nuestras miradas se cruzaron. En la expresión de sus ojos sorprendí un vivo interés en escuchar lo que decía. De repente se me ocurrió una idea. Volví la cabeza y continué hablando con calor:

—La inoculación, no lo dude usted, llegará á ser el tratamiento futuro para la tisis. Aun suponiendo que el procedimiento del doctor Koch no haya dado los resultados apetecidos, no por eso puede dejarse de comprender que en él estriba el verdadero remedio. Lo prueba también el nuevo tratamiento antitóxico contra la difteria, y aun puedo asegurar que se han curado ya ciertas clases de cáncer. Después de todo, no es más que la expulsión del veneno del cuerpo humano por medio de las inoculaciones.

—Bien; pero nosotros los médicos viejos tardaremos mucho en aceptar esas teorías, repuso Ibáñez. Muchos años pasarán antes de que ese tratamiento podamos emplearlo con confianza.

—¿Y por qué, exclamó el capitán, si empleándolo pudiera salvarse el enfermo?

Los dos nos volvimos á mirarle.

—¿Por qué no, si con ello puede curarse el mal? repitió.

—¿Por qué? dijo Ibáñez. Porque no nos atrevemos á arriesgarnos, porque seríamos responsables de la muerte de nuestros enfermos si aplicásemos remedios no bien comprobados en la práctica. Antes de que nosotros nos decidamos han de transcurrir muchos años.

—Pues bien, señores, añadió el capitán, no pretendo discutir con ustedes, pero opino que la generalidad de los médicos son demasiado tímidos. Me refiero, claro está, á los casos que se suponen incurables con el tratamiento ordinario. Si el paciente está dispuesto á someterse á un nuevo tratamiento, no veo por qué no ha de aplicársele.

—Un caso así es muy poco común, capitán, dije yo. Por lo general el enfermo prefiere seguir el tratamiento usual y corriente, ó bien no hace caso de esto y lo deja por completo en manos del médico.

—¿Cómo ha encontrado usted á su padre, Alberto? preguntó Ibáñez.

—Durmiendo, pero con sueño muy poco tranquilo. La monja cree que ha aumentado la fiebre.

—Voy á verle, dije yo levantándome.

No tuvimos ocasión de reanudar la conversación interrumpida. Ibáñez y yo pasamos la noche al lado del enfermo, cuyo estado era cada vez menos satisfactorio. El delirio aumentaba en vez de disminuir, y el marqués hablaba incesantemente de una boda inmediata. Si el capitán salía de la alcoba, en seguida preguntaba que á dónde había ido; si permanecía á su lado, la intranquilidad parecía mayor. No había manera de sosegarle.

Al amanecer era tan grande la excitación que temí que se presentara de nuevo la hemorragia, en cuyo caso las consecuencias podían ser tan rápidas como fatales.

Le indiqué al capitán que necesitaba hablar con él y juntos salimos de la alcoba.

—Veo, D. Alberto, le dije, que el disgusto que está sufriendo su padre le perjudica muchísimo. Sin andar en rodeos debo manifestar á usted que, si muy pronto no se hace algo para tranquilizarle, no podré responder de él. Estoy temiendo un nuevo ataque, y si se presenta probablemente será fatal.

—¿Y qué propone usted? preguntó el capitán procurando disimular su emoción.

—Se conoce que está muy apenado por algo que usted se niega á hacer. ¿No es posible complacerle?

El capitán sonrió amargamente.

—Pero, doctor, ¿cree usted que me falta resolución para acceder á

los deseos de mi padre si esto fuera posible? ¿No comprende usted que son grandes mis sufrimientos con lo que está pasando?

—Lo comprendo y no insistiré más. Ibáñez me ha referido algo de lo que sucede, y no se me oculta que sólo una causa muy grave le hace á usted negarse á cumplir la palabra dada á la señorita Lola.

—Tiene usted razón, la causa no puede ser más grave.

—¿Y no puede usted decirme cuál es? ¡Quién sabe si yo!...

—Gracias, no puedo. El fin es inevitable, á no ser que... Pero no, no debo abrigar vanas esperanzas. Atendamos á mi padre. ¿Dice usted que puede morirse si no ve satisfechos sus deseos?

—Es lo más probable. Se ve que está preocupadísimo con el casamiento de usted, y en el estado de debilidad en que se encuentra, la preocupación ha venido á constituir una manía.

—Pues entonces no queda otro remedio que engañarle.

—No creo que, en el lugar de usted, me atrevería á hacerlo yo.

—Sí lo haría usted, estoy seguro, conociéndole como empiezo á conocerle. A todo trance hay que salvar la vida de mi padre. Ea, no hablemos más, doctor: estoy resuelto.

Y sin darme tiempo para añadir ni una palabra más volvió á entrar en la alcoba del enfermo, que estaba agitadísimo y no cesaba de pronunciar palabras incoherentes.

El capitán fué á sentarse junto á la cama, y tomando una mano de su padre le habló así:

—Escúcheme usted, padre. He variado de parecer, y le juro á usted que, si vivo, me casaré con Lola.

—¿No me engañas, Alberto? preguntó el marqués.

—Empeño mi palabra de honor, padre mío.

—¡Cuánto me alegro! Verás qué pronto me pongo bien. ¿De manera que te has convencido de que no estabas en lo cierto al creer que tu salud no era buena?

—Sí, me he convencido.

—Jamás me has engañado, Alberto. ¿Es verdad lo que ahora me dices?

—Palabra de caballero y de militar.

El enfermo sonrió con satisfacción y estrechó cariñosamente la mano de su hijo.

—Te creo, hijo mío, exclamó, y te aseguro que es la mejor medicina que podías darme. ¿Cuándo se podrá celebrar la boda?

—No me parece que será necesario fijar la fecha esta noche. ¿No es así, padre mío?

—No, no, no importa; confío en tu palabra.

—Y ahora á ver si duerme usted un rato.

—Sí, espero dormir, porque he recobrado la tranquilidad, y espero más todavía: espero que Dios me dará salud para ver á mis nietos jugar á mi alrededor. Alberto, hijo mío, quédate á mi lado hasta que me duerma, y mañana á primera hora enviaremos recado á Lolita para que venga á verme. ¡Pobrecilla! ¡Qué contenta se pondrá!

Durmió bien aquella noche y á la mañana siguiente estaba mucho mejor. Habían desaparecido los síntomas peligrosos, y comprendí que el marqués se restablecería rápidamente.

Lo primero que preguntó al despertar fué si se había avisado á Lola.

—Voy á buscarla, dijo el capitán: estaba esperando á que despertara usted.

Salió en seguida con el tílburi, y á la hora y media próximamente volvió con la señorita Lola y la mamá de ésta, las cuales entraron en la alcoba y saludaron al marqués.

—¡Ay cuánto me alegro de que esté usted mejor! dijo la joven. ¿No sabe usted? Ya lo tenemos todo arreglado Alberto y yo.

La señorita Lola aparentaba una satisfacción y una alegría que no dejaron de extrañarme. ¿La habría dicho el capitán la verdad? ¿La habría engañado á fin de salvar la vida de su padre? Así lo pensé al principio; pero después, al fijarme bien en ella, vi que tenía suficiente valor para desempeñar su papel.

—Sí, hija mía, sí, todo está arreglado, contestó el enfermo. Alberto está bueno. Ha resultado que lo que tenía no era más que aprensión. ¡Ya verás, ya verás qué boda más alegre!

—Pero es preciso que se ponga usted bueno, añadió la joven acariciando la mano del marqués. Ya sabe usted que no puede haber boda hasta que se haya usted restablecido por completo.

—Dios te bendiga, hija mía. Viéndote á ti y á Alberto juntos á mi lado ya me siento bien. ¿Dónde está la monja? Dila que me traiga algo de comer, tengo apetito. Y volviendo la cabeza hacia donde yo estaba, añadió: Ya ve usted, doctor, qué bien estoy. Alberto me ha puesto así.

Poco después salí de la alcoba y encontré al capitán en el pasillo.

—Hace usted su papel perfectamente, le dije, y el efecto ha sido el que era de esperar. ¿Ha considerado usted bien las consecuencias que pudieran sobrevenir?

—Lo he considerado todo, doctor, contestó Alberto, y estoy dispuesto á cumplir mi palabra. Si vivo me casaré.

Le miré con asombro, pero una ojeada fué suficiente para comprender que por entonces no tenía intención de decir más.

Aquella tarde regresé á Madrid, después de haberme prometido Ibáñez darme cuenta del curso de la enfermedad del marqués.

A primera hora de la mañana siguiente salí á visitar á mis enfermos y no volví á casa hasta las seis, á cuya hora solía yo comer siempre.

Al entrar en mi despacho vi con sorpresa que me esperaba el capitán.

—¿Trae usted malas noticias? le pregunté. ¿Ha empeorado su señor padre?

—Nada de eso, doctor, respondió: al contrario, mi padre sigue mejorando. Vengo á consultar con usted sobre mi enfermedad.

—Me alegro muchísimo. Primero me hará usted el obsequio de comer conmigo y después nos ocuparemos del objeto de su viaje.

—Necesito volver á Segovia esta misma noche, dijo, pero creo habrá tiempo de sobra después de comer.

Mientras comimos, Alberto estuvo silencioso y triste, y como yo no quise molestarle mucho con mi charla, la comida no fué ciertamente de las más alegres.

Así que hubimos terminado de comer le conduje á mi gabinete de consulta, y en seguida dió comienzo á la relación de su enfermedad.

—Había resuelto, dijo, llevar mi secreto á la tumba, pero en vista de las circunstancias he tenido que proceder de otra suerte. Tengo doble motivo para confiar en usted, D. Arturo: el primero, por lo que ocurrió ayer; el segundo, por unas palabras que pronunció usted durante la conversación que sostuvo con Ibáñez. Cuando escuché lo que decía usted, confieso que lo encontré algo exagerado; pero cuanto más lo pienso, más vivo es el deseo que tengo de hablar con usted acerca del particular. En fin, que aquellas palabras me han infundido alguna esperanza.

—¿Pero qué es lo que usted tiene? ¿Cuál es su enfermedad?

—Haga usted el favor de ayudarme á quitar la levita, D. Arturo.

Le ayudé con todo el cuidado posible, y sin embargo vi que se estremecía cuando le tocaba el brazo derecho.

—¿Se ha fijado usted en esta mano? dijo tendiendo la derecha. Creo que sí la vió usted cuando dimos el paseo en el tílburi.

—La vi y me pareció que está algo inflamada.

—Lo cual pudiera ser efecto del reuma ó de la gota; ¿no es verdad, doctor?

—Es verdad: podrá ser motivada por alguna de esas dos cosas, pero supongo que otra será la causa.

—Sí, es otra. Usted lo verá por sí mismo: pero antes voy á decirle cuál es mi enfermedad. Bien sabe Dios que me había propuesto no revelarlo á nadie; pero el estado en que mi padre se encuentra y la pena de mi prometida, me han obligado á presentarme aquí. Ante todo debo manifestar á usted que mi madre murió de un cáncer. Todavía hoy recuerdo con horror lo muchísimo que padeció en los últimos días de su vida, y eso que entonces era yo un niño. El temor de haber heredado tan terrible mal ha sido en mí una especie de obsesión desde el fallecimiento de mi pobre madre. Hace dos años, cuando estuve con mi regimiento en Filipinas, me caí del caballo y recibí el golpe en el hombro derecho. El brazo me estuvo doliendo durante mucho tiempo, pero por fin parecía que se había curado. Al cabo de un año volvió el dolor y el hombro empezó á hincharse. Consulté con varios médicos y todos lo atribuyeron al reuma, y me recetaron las medicinas propias de esa dolencia; pero el dolor, en vez de disminuir, iba en aumento: se me fué hinchando el brazo poco á poco, hasta que por fin, como usted ve, llegó la hinchazón hasta las extremidades de los dedos. Hace unos seis meses que tengo la mano así. Sabía que en casa se habían hecho todos los preparativos para la boda; pero comenzaron á mortificarme diversos y funestos presentimientos, y por eso, en cuanto regresé á la península, vine directamente á Madrid para consultar con el gran especialista don Eduardo de la Morena. Me dijo este señor que padecía osteosarcoma en el hombro derecho y que la enfermedad había ya hecho grandes progresos, que la amputación del brazo y del hombro podría quizás salvarme la vida; sin embargo, como el mal había ya invadido las glándulas, lo más probable era que, aun con la amputación, volviera á presentarse la enfermedad al cabo de cierto tiempo. Conocido el parecer del facultativo, puede usted suponer el rato que pasaría. Al volver á Segovia, mi resolución estaba tomada: rompería el compromiso que tenía contraído y me marcharía lejos de casa á morir en un rincón. Ni mi padre ni Lola debían enterarse de mi padecimiento: yo no tenía valor para anunciárselo. Sería necesario decirles que el estado de mi salud no me permitía contraer matrimonio, pero nada más: no revelaría á nadie mi secreto. Y ya lo sabe usted todo.

—¿Me permite usted examinar el brazo? le dije.

Al verlo comprendí en seguida que el gran especialista no había exagerado el diagnóstico.

—Siéntese usted, capitán, añadí; de todo corazón le compadezco á usted. ¿Sufre usted mucho?

—A veces muchísimo. Hay ratos en los que me es muy difícil, casi imposible, ocultar el intenso dolor que me atormenta; por ejemplo, anteayer cuando estuve guiando. Pero ya se fijó usted.

—Es cierto, me fijé. Le vi á usted estremecerse y no me choca. Admiro su valor, Alberto; es usted un héroe.

—No tanto, doctor; muy al contrario, soy un cobarde para ciertas cosas. La enfermedad, no sólo me atormenta, sino que también me humilla. Desde que supe la verdad no he tenido más que un deseo: el de marcharme lejos de todos y morir en la soledad; pero en vista de lo que ocurrió ayer, todo ha cambiado.

—¿Cómo que todo ha cambiado? pregunté sorprendido.

—No comprende usted lo que quiero decir. Empeñada mi palabra de honor, comprometido solemnemente á casarme, no hay nada en el mundo que me libre de este compromiso, á no ser la muerte.

—No acabo de comprender...

—¿No recuerda usted lo que habló con Ibáñez acerca de un nuevo remedio que se ha descubierto para curar enfermedades como la mía? Pues bien, quiero que ese remedio lo emplee usted en mí.

—¿Está usted loco?

—Es mi única esperanza. En un caso tan desesperado como el mío, un hombre debe plegarse á todo. Cualquiera que sea el peligro, estoy dispuesto á correrlo. Por mí, por mi padre, por Lola, doctor. ¿Que ese tratamiento tal vez me mate? Pues moriré. ¿Pero y si llegara á curarme? Calcule usted cuán grande sería mi dicha. No debemos perder ni un momento, D. Arturo. ¿Cuándo podrá usted operarme?

—Me deja usted pasmado, capitán. Siento que se enterara usted de mi conversación con Ibáñez. Hablé con él como un médico puede hablar con otro acerca de un tratamiento no bien comprobado todavía.

—Sin embargo, ¿tiene usted confianza en él?

—Confío en el éxito final.

—Se ha ensayado ya, ¿no es cierto?

—En Francia, sí; en España, no.

—¿Y con buen resultado?

—En algunos casos, sí.

—Pues quiero que lo ensaye usted conmigo.

—Capitán, casi estoy por decir que me exige usted un imposible.

—No diga usted eso, D. Arturo. En un caso tan grave, tan desesperado como el mío, no se puede hablar de imposibles. Piénselo

bien, doctor: procure usted formarse una idea de lo triste de mi situación. Tengo delante la perspectiva de una muerte penosa, terrible: mi padre no tiene más hijos que yo, y si muero su fortuna y su título pasarán á manos extrañas. Para salvar la vida á mi padre le prometí casarme, si vivo, y una de dos: ó tengo que casarme ó tengo que morir. Creo que en tan crítica, en tan difícil situación, bien puede arrostrarse cualquier peligro. El tratamiento podrá matarme ó podrá curarme, ¿no es así? Pues ó me cura usted ó me mata.

—El tratamiento significa la muerte irremisiblemente por envenenamiento de la sangre si no se consigue matar la enfermedad sin matarle á usted.

—Estoy dispuesto á todo, porque todo es preferible á esta incertidumbre horrorosa.

—¿Sabe la señorita Lola lo que usted se propone?

—Sí, esta mañana se lo dije, y lejos de acobardarse, me infundió valor para dar este paso. De modo que usted es ya el único que tiene que atreverse. ¿Se atreverá usted?

—Debiera decir que no: debería confesar á usted que el suyo no es un caso para mí: debería aconsejarle que se pusiera en manos de los médicos franceses que se dedican especialmente á esta clase de enfermedades, pero...

—Pero no me lo aconsejará usted, ¿no es cierto, D. Arturo?

—Puede usted volver mañana, dije después de unos momentos de silencio: necesito tiempo para pensarlo.

—¿Me dará usted mañana la contestación definitiva?

—Se la daré.

El capitán se levantó de su asiento, le ayudé á vestirse y le acompañé hasta la puerta.

En cuanto se marchó fuí á ver á un íntimo amigo mío, facultativo muy afamado, tanto ó más que el mismo especialista don Eduardo de la Morena; le expliqué el caso y le rogué que me diera su opinión.

—Se trata de un caso gravísimo, le dije: en circunstancias ordinarias no hay remedio para el capitán, el cual está dispuesto á correr el riesgo, por muy peligroso que sea.

—Desde el punto de vista que yo lo miro, el capitán no corre riesgo ninguno, dijo.

—¿Cómo? ¿Por qué? pregunté sorprendido.

—El capitán morirá irremisiblemente si no se le opera.

Es cierto.

—Pues entonces opino que se le debe operar. Por pequeña que sea, siempre hay una esperanza.

—Tiene usted razón, lo haré. Mañana saldré para París, y allí haré todas las investigaciones necesarias.

A la mañana siguiente, á la hora señalada, se presentó el capitán en mi gabinete, y le referí el resultado de mi entrevista con Cortejo.

—En vista de la opinión de mi amigo, le dije, he resuelto emplear en usted el nuevo tratamiento, siempre que mis investigaciones en París sean satisfactorias. Esta misma noche salgo para la capital de Francia; estaré de vuelta el lunes; venga usted por aquí el martes, y hablaremos.

—No encuentro palabras con que expresar á usted mi agradecimiento, doctor, repuso el capitán. Yo vuelvo esta noche á Segovia, donde esperaré armado de paciencia...

—No abrigue usted todavía confianza absoluta hasta que yo vuelva de París...

—Está bien.

Por más que procuró disimularlo, pude observar que se asomaba á su semblante la satisfacción del que espera con fe.

Fuí á París y mis investigaciones resultaron altamente satisfactorias. Visité á uno de los más renombrados doctores de la nueva escuela y hablamos largamente del antitóxico. Sus observaciones me animaron mucho. El doctor opinaba que, indudablemente, la seroterapia llegaría á ser el futuro remedio para el cáncer. Me dijo que se habían ya registrado tres notables casos de curación; me dió el virus atenuado, y me aconsejó que operase al enfermo inmediatamente.

Regresé á Madrid con las instrucciones necesarias; vino el capitán, le enteré de todo y le indiqué la conveniencia de que se hospedara en el hotel de París, á fin de estar más cerca de mi casa.

Así lo hizo, y por la noche volvió á decirme que había tomado dos buenas habitaciones con gabinete.

—Muy bien. Pues mañana daremos principio al tratamiento. Le inocularé á usted tres veces al día.

—¿Cuántos días han de pasar antes de saber el resultado, doctor?

—Muy pronto conoceré si el virus produce envenenamiento de la sangre ó no. Lo que tiene usted que hacer ahora es no preocuparse de nada ni por nada, tener muchas esperanzas y pensar en usted y en la enfermedad lo menos posible. Y á propósito, ¿cómo sigue el marqués?

—Perfectamente. Cree que he venido á Madrid á ultimar mis asuntos para la boda.

—Más vale así. ¿Y la señorita Lola?

—Muy buena y muy alegre. Tiene mucha fe en usted.

—Si conseguimos el resultado apetecido, observé, no sólo habrá usted salvado la vida de su padre y la suya misma, sino que además habrá prestado un importantísimo servicio á la ciencia en España.

A la mañana siguiente di comienzo á las inoculaciones, inyectando tres veces al día pequeñas cantidades de virus atenuado. El paciente necesitaba un cuidado especial, y por esta razón fué necesario obtener los servicios de dos monjas de mi clínica particular, á fin de observar muy detenidamente los síntomas que se presentaran durante el día y durante la noche. También era preciso tomarle el pulso con frecuencia y atender con el mayor cuidado á su salud en general.

El primer día no hubo reacción; pero el segundo la temperatura fué elevándose gradualmente, el pulso se alteró y por la noche tenía el capitán mucha fiebre. En vista de esto disminuí la dosis de virus, y pronto desaparecieron los desagradables síntomas.

Ocho días después comenzóse á notar el efecto del tratamiento en el brazo. La hinchazón y el dolor cedieron mucho, y el capitán podía moverlo con más soltura; la mano quedó casi curada. Por lo demás, Alberto parecía gozar de perfecta salud; comía y dormía bien y estaba lleno de esperanzas.

Empecé á inyectar mayores cantidades de virus y el paciente las resistió sin experimentar reacción ninguna. Yo había rogado á Cortejo que me acompañara en el tratamiento, y juntos tomábamos todas las noches interesantes notas acerca del progreso de la curación.

El médico francés me había dicho que el tratamiento tardaría en causar efecto unos cuarenta días, y no habían transcurrido veinte cuando el capitán comenzó de súbito á perder las esperanzas; se desanimó por completo, y pasaba el tiempo observando los síntomas que iban presentándose. Estaba nervioso y cabizbajo, y acabó por perder el sueño y el apetito. Decía que el remedio no llegaría á producir efecto y que la muerte era segura.

—Esta inacción me mata, doctor, díjome un día. No temería colocarme á la boca de un cañón, porque moriría rápidamente, pero me es imposible soportar las agonías de esta horrible incertidumbre. Ya le indiqué á usted que para ciertas cosas soy un cobarde, y ahora lo estoy confirmando.

Durante aquellos días de ansiedad todas mis observaciones resultaron inútiles. El capitán estaba tan abatido, tan desesperanzado, que casi se negó á dejarme continuar el tratamiento. Pasaba con él todo

el tiempo posible, procurando no descuidar ningún detalle, y llegó á ser mi constante preocupación, mi pesadilla.

—Haga usted por animarse, le dije una mañana. El remedio va produciendo sus efectos, y hay grandes motivos para creer que dentro de tres días estará usted completamente curado.

—¿De veras lo cree usted así? preguntó.

—Sí lo creo, pero es necesario que deseche usted sus aprensiones.

Me miró fijamente, como si tratara de averiguar si le engañaba, y me pareció que se animaba un poco. Indudablemente mis palabras le habían impresionado. Por la noche le encontré menos abatido, y desde aquel día fué recobrando el ánimo y la salud.

—El resultado del tratamiento no puede ser mejor, le dije un día después del reconocimiento de costumbre.

—Pronto se podrá celebrar la boda, me atreví á decirle una semana más tarde.

Por fin llegó el ansiado día en que no hubo cáncer que curar. El brazo y el hombro habían vuelto á su primitivo estado, y lo único que quedaba de la enfermedad era un endurecimiento casi imperceptible. Inyectaba ya grandes dosis de virus sin que sufriera el paciente la menor reacción.

Una mañana el capitán pasó á verme á mi casa muy temprano.

—D. Arturo, me dijo, ayer comprendí, ó mejor dicho creí comprender por su mirada algo muy importante para mí.

—¿Qué fué ello?

—Que estoy curado.

—Es verdad, repuse.

—¿Curado del todo, doctor? ¿Cree usted que el veneno ha sido expulsado completamente de mi cuerpo?

—Aunque á mí mismo me parece maravilloso, contesté, creo firmemente que sí.

—¿Entonces podré casarme?

—Indudablemente.

—Y si tuviera hijos, ¿no sería de temer que heredasen la horrible enfermedad que me estaba consumiendo?

—No, no lo sería; puede usted estar tranquilo.

—Gracias, D. Arturo, muchas gracias, exclamó abrazándome muy conmovido. Mi padre es ya anciano, añadió, por lo cual supongo que de la enfermedad que acaba de sufrir le quedarán huellas para toda su vida.

—Es lo más probable.

—Pues entonces no ha de saber nunca lo que he padecido ni cuán expuesto estuve á que mi dolencia me llevara á la sepultura. En cuanto á usted, no encuentro palabras con que expresarle mi gratitud, que durará cuanto dure mi vida. Prometí á mi padre que, si vivía, me casaría con Lola, y me casaré. En su última carta me dice Lola que mi misteriosa ausencia durante estas seis semanas le ha intrigado mucho á mi padre, el cual ha llegado á manifestar que vendría á buscarme personalmente. Resuelto á poner fin á su incertidumbre cuanto antes, mañana volveré á Segovia y me casaré al día siguiente. ¿Nos hará usted el obsequio de acompañarnos, D. Arturo? Creo que bien necesita usted unos días de reposo y distracción.

Prometí asistir á la boda y cumplí mi palabra.





Cuentos del Continente oscuro

* * *

El escudo oculto

I

Tenga paciencia, sahib, dijo el guía Hassán dirigiéndose á Federico, quien mostraba claramente el enojo que le producía no poder continuar la marcha.

—¡Paciencia! exclamó Federico ¿Pero usted cree que mi paciencia es inagotable? Debíamos haber adelantado cincuenta leguas más en nuestro camino, y hace tres días que estamos detenidos haciendo los honores á este jefecillo africano.

—El sahib siempre tiene prisa, repuso Hassán con cierta gravedad. Bien sea en la marcha durante el día ó bien escuchando los cuentos de su esclavo, el fin es lo que busca. Si Alá hubiese permitido que el sahib fuese árabe, sabría esperar con más paciencia; pues, como ha declarado el gran profeta, no por mucho madrugar amanece más temprano.

—No lo dudo, replicó Federico; pero si Mahoma hubiese tenido que tratar con ese Kwembi, quizás hubiera cambiado de opinión y hubiese tenido tantos deseos como nosotros de salir de esta parte del Africa.

—Lo creo también así, Federico, dije yo, pues Kwembi es, sin duda ninguna, el más exigente de todos los reyezuelos con quienes hemos tenido que tratar. Cuando, según costumbre, le enviamos nuestros regalos, en seguida reclamó tres veces más que nuestra dádiva, y tan pronto como obtuvo lo que había pedido, declaró que perseguíamos algún secreto cuando tanto empeño teníamos en pasar por su territorio. Además, usted, Hassán y yo hemos hecho todo lo posible para obtener una audiencia de Kwembi, y hasta ahora no lo hemos conseguido.

—Kass, exclamó Federico dirigiéndose al jefe de nuestra escolta de wadigos, que bajo la sombra de un corpulento makoondee se había reunido con nosotros, te enviamos á conferenciar con el mayordomo de Kwembi para que, seduciéndole con la promesa de unas varas de paño, lograses para nosotros una entrevista con su jefe, y ¿qué es lo que ha dicho?

—Kwembi prohibe que avancemos. Exige un buen rifle, y á cambio de él recibirá á los blancos en su palacio. Esta es la única manera de que podáis proseguir vuestro camino.

—De modo que ese jefecillo, reyezuelo ó lo que sea nos considera como prisioneros suyos, añadió Federico. Si Kwembi nos detiene un poco más, trataremos de forzar el paso á través de su territorio sin esperar su permiso, y en cuanto al rifle, que venga á buscarlo.

—El sahib se equivoca, dijo Hassán con ceño adusto, pues Kwembi no es ningún jefecillo. Tiene un gran número de hombres muy diestros en la lucha con lanza y escudo, y si es verdad lo que vuestro humilde servidor ha oído, el regalo de un rifle será bien poca cosa si se consigue llevar á los sahibs á presencia de Kwembi.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Hassán? preguntó Federico, viendo que el árabe demostraba grande interés en que se hiciese el regalo.

—Mirad, interrumpió Kass, señalando unos cuantos indígenas que venían hacia nosotros. Kwembi envía á buscar la contestación.

—Entreguen ustedes el rifle, sahibs, añadió Hassán. Hoy Kwembi sólo pide uno; quizás mañana, antes de dejarnos avanzar, pida tres.

El árabe calló de repente, pues los indígenas se habían acercado á nosotros y repetían la demanda de su jefe, diciendo que éste no esperaba y que debíamos mandar en seguida la contestación.

El mensajero que así se expresaba en nombre de Kwembi no llevaba más ropa que una piel de leopardo; los brazos estaban cubiertos de correas de la misma piel. Rodeábale el cuello una cadena de cobre, torcido en formas extrañas, y el pelo, que era negro, estaba peinado en alto y entrelazado con filas de perlas. En una mano empuñaba una pesada lanza, calzada de hierro, y en la otra una varita de madera negra bruñida, la cual acreditaba su calidad de mensajero del rey.

Sus seis compañeros tenían cinturones y delantales de piel de gacela y collares de perlas rojas y negras en el cuello. Todos llevaban brazaletes de hierba trenzada y tocaban instrumentos musicales, cuyo ruido nos aturdía.

Apresuradamente mandé á Hassán á la tienda que nos habían cedido en busca del rifle, y tomando éste en una mano, con la otra indiqué que

aceptábamos las condiciones de Kwembi. Federico también accedió á ello, porque el aumento del impuesto que habíamos pagado era insignificante.

Conducidos por el mensajero y los músicos avanzamos hacia el palacio seguidos de Hassán y de Kass, y pasamos por entre las filas de hombres que esperaban nuestra llegada.

Tan pronto como estuvimos en presencia de Kwembi y contemplamos la escena que se ofrecía á nuestra vista nos convencimos de la exactitud de lo que antes había dicho Hassán.



LOS MENSAJEROS DE KWEMBI

El salón principal del palacio de Kwembi era muy elevado y la techumbre estaba cubierta de juncos. Las paredes se hallaban forradas con maderas de rosal y pendían de ellas gran número de armas, principalmente escudos y lanzas, tomados según creímos á otras tribus derrotadas en la guerra.

Rodeaba asimismo el trono buen número de guerreros, cuyo aire militar merecía nuestra admiración, que expresamos llenos de asombro al encontrarnos en presencia de Kwembi y de su esposa. Esta, á juzgar por el color de su cutis, pertenecía á una raza africana; era una mujer muy hermosa. Sus vestiduras, ricamente adornadas, parecían más propias de una europea que de una reina indígena. Las magníficas filas de perlas entrelazadas en su abundante pelo negro hacían resaltar sus perfectas facciones y la brillantez de sus hermosos ojos.

Sin embargo, nuestro inesperado encuentro con la reina no nos extrañó

tanto como el tipo de Kwembi. Este vestía al estilo árabe, con todos sus detalles, pero su cutis era tan blanco como el turbante que cubria su cabeza, y cuando nos dirigió algunas palabras para darnos la bienvenida, aunque no muy cariñosa, no pude menos de exclamar:

—¡Qué! ¿Acaso es usted español?

Kwembi, con suma gravedad, contestó afirmativamente, y después, en voz baja, murmuró algunas frases al oído de la reina, la cual, tendiéndonos la mano, dijo en correcto español:

—¿Por qué nuestros mensajeros no se enteran mejor? Anunciaron la llegada de unos mercaderes árabes con sus dependientes, y sólo uno de ustedes es árabe.

—Es nuestro guia, dijo Federico algo desconcertado al ver la gran reserva con que Kwembi nos acogia, y entregando el arma al extraño jefe, añadió: Hemos traido el rifle que usted tanto deseaba.

Kwembi lo examinó detenidamente, y en seguida lo devolvió diciendo con frialdad:


ES MUY PROPIO PARA UN SALVAJE, DIJO

—Será muy á propósito para un salvaje; pero, por mi parte, sentiría tener que hacer uso de él.

Y comenzó á exponer los defectos del rifle, con tal conocimiento del arma que comprendimos que no podíamos burlarnos de él.

—Bien, exclamó Federico, después que hubieron traído y colocado delante del trono unos taburetes cubiertos con pieles de leopardo, en los que tomamos asiento; la contribución que hemos pagado ha sido muy

aceptable, y por esa razón nos parece exagerada vuestra última exigencia. Ahora que, con gran sorpresa, hemos descubierto que es usted español y jefe de esta tribu africana, le daremos un magnífico rifle, pero con la condición de que nos permita atravesar su territorio.

Kwembi no respondió á este ofrecimiento, sino que procuró por todos los medios posibles cambiar de conversación.

Enviamos á Hassán á nuestra tienda, con encargo de traer algunas de las mejores armas de las pocas que nos quedaban, y esto le agradó mucho á Kwembi, aunque procuraba mostrar indiferencia.

Federico insistió en que nos permitiera continuar la marcha; pero aunque Kwembi nos dió permiso para retirarnos de allí, se negó rotundamente á acceder á la petición de mi amigo.

—¿Por qué se opone usted tanto á nuestra expedición? preguntó Federico algo amoscado al ver la terquedad de Kwembi, el cual, á su vez, interrogó:

—¿Y por qué ustedes tienen tanto empeño en atravesar mi territorio?

—Se lo he explicado ya, repuso Federico. Antes de emprender este viaje formamos el itinerario que nos proponíamos seguir, y, naturalmente, no quisiéramos alterarlo.

—¿Pudiera usted demostrarme que es cierto eso?

—No comprendo por qué desconfía usted de sus compatriotas, continuó Federico, y para probar que no nos guía segunda intención en este viaje, puede usted examinar este mapa. Y sacando del bolsillo un pliego de papel forrado de tela, se lo presentó desdoblado á Kwembi.

—En este mapa, dijo el reyezuelo examinando detenidamente una línea roja que marcaba nuestro camino, veo dos señales un tanto extrañas; ¿qué es lo que significan?

Tienen por objeto indicar los sitios donde más inesperadas aventuras nos han ocurrido.

—De modo que no van ustedes buscando el escudo...

—¿El escudo? No comprendo...

—Sí, buscando el escudo; para lo cual algunos mercaderes árabes han armado últimamente expediciones, y ocultando su verdadero objeto han tratado de obtener permiso á fin de atravesar mi territorio.

—De nada de eso estamos enterados, replicó Federico mirándome con sorpresa; pero supongo que no será esa la causa por la cual se opone usted á que avancemos.

—Sin duda ustedes no están enterados del rumor que circula entre los árabes, los cuales abrigan la creencia de que yo sé acerca de ese extraño escudo más de lo que quiero decir.

Y Kwembi púsose á hablar en voz baja con su esposa, la cual se levantó para dirigirse á otro departamento del palacio, mientras el reyezuelo, con una indicación, despedía á los guerreros que hacían la guardia al trono.

—No puedo fiarme de los árabes, prosiguió, y el permitir que pasara por mi territorio otra expedición destinada á buscar el escudo, después de



TAMBIÉN YO DUDÉ...

lo que me ha ocurrido, sería una simpleza. Si ustedes me diesen palabra de buscar el escudo para mí yo les permitiría continuar su camino, que precisamente atraviesa el sitio donde el escudo está escondido.

Al decir esto Kwembi se sacó del dedo una sortija muy rara y se la ofreció á Federico, quien se la devolvió después de examinarla.

—Es de usted, añadió Kwembi: tomadla y aceptad mis condiciones.

—Estamos enteramente á vuestra disposición y haremos lo posible para encontrar el escudo, dijo Federico; pero, ¿comprende usted bien la extrañeza que nos causa vuestro regalo?

Kwembi contestó afirmativamente, y cuando Federico entregó la sortija á Hassán para que la guardase, continuó el reyezuelo:

—¿Se extrañan ustedes de cómo la obtuve? La encontré en un sepulcro, y su forma y dimensiones corresponden exactamente con las de un anillo que perteneció á Menes, el primer rey de Egipto.

Haciendo una mueca de incredulidad, se atrevió á decir Federico:

—Por supuesto, usted no pensará que nosotros vamos á creer ese cuento. A menudo nuestro guia árabe...

—Pueden ustedes creerlo ó no, como gusten, replicó Kwembi, y dirigiéndose á la entrada del palacio se puso á dar una orden.

Poco después entraron unas mujeres indígenas llevando una artística mesa hecha de juncos, y cuando se hubieron retirado Kwembi nos dejó solos por unos momentos, al cabo de los cuales volvió á entrar y echó sobre la mesa un pergamino muy viejo y algo deteriorado que estaba lleno de jeroglíficos.

—Cuando encontré este pergamino y me enteré de su contenido, exclamó Kwembi, creí también que sería la invención de algún anciano egipcio. También yo dudé, pero oigan ustedes lo que pasó á consecuencia del hallazgo de este pergamino; y aunque les parezca increíble, aunque lo encuentren verdaderamente extraordinario, yo les aseguro que tendrán ocasión de comprobar su certeza.

Cuando hubimos examinado el pergamino á nuestro gusto, Kwembi lo cogió en la mano, y sentándose en el trono invitó á Federico á ocupar el asiento de la derecha, mientras Hassán y yo nos sentamos en los taburetes. Kass, sin abandonar su escudo y su lanza, se sentó en el suelo á estilo de los wadigos.

Kwembi, haciendo continuamente referencia al pergamino, dió comienzo á la historia, que nosotros escuchamos atentamente, convenciéndonos de que creía á pie juntillas todo cuanto relataba.

II

—De los sucesos que dieron lugar al descubrimiento de este pergamino les diré poco, empezó diciendo; solamente declararé que, durante algunos años, otro español y yo nos dedicamos á examinar las tumbas de Meydum, dentro de las cuales se habían encontrado unas esculturas muy antiguas. Nuestro empeño tuvo tan buen éxito que seguimos examinando las tumbas situadas en el valle del misterioso Nilo, hasta que un día descubrimos un sarcófago, y entre los tesoros enterrados con la momia de una mujer hallamos buen número de perlas. Algunas de éstas adornaban el cabello

de mi esposa cuando ustedes entraron en mi palacio. Además hallamos la sortija que les regalé á ustedes, la cual está minuciosamente descrita en los jeroglíficos del pergamino, muy difíciles de descifrar hoy. Como el documento contiene algunos detalles extraños de la vida de Menes el egipcio, nos interesó mucho el conocerlos.

Muchas historias se cuentan de ese rey, y aunque el pergamino pueda referirse á Menes, no por eso es seguro que el que trazó los jeroglíficos presenció los acontecimientos relatados en ellos, pues pudieron haber sido escritos muchos años después de que ocurrieron, aunque también es posible que estén fundados en la tradición, de lo que su autor había oído referir.

Menes fué visitado una vez por una reina de un país lejano, más bella, según el pergamino, que la famosa Cleopatra, la cual tuvo que navegar por un mar desconocido hasta entonces. Su escuadra estuvo durante muchos días á merced de las olas, hasta que por fin llegó á la embocadura del Nilo, que cruzaron la reina y su séquito.

Encantada la soberana ante la hermosura y esplendidez de aquellos paisajes, más de una vez alargó la mano para coger preciosas flores de las que crecían en las orillas del misterioso río.

Aun más hermosa que los paisajes era la reina, como hubiera podido atestiguar un príncipe que se hallaba sentado á sus plantas y que se hubiera considerado muy dichoso con alguna de aquellas miradas de admiración dirigidas por la soberana á todas partes menos á quien la idolatraba.

Menes celebró la visita de la reina con grandes festejos, y enamorado de ella la pidió por esposa, á lo que accedió la soberana.

Entre los muchos regalos hechos por ésta al rey egipcio cuando por primera vez visitó su territorio figuraba un escudo de oro, muy artístico, el cual llevaba incrustada una serpiente de tres cabezas, formadas por magníficos brillantes, y cuyos ojos y lenguas eran de rubíes.

Cierto día, hallándose el rey en su trono, un esclavo permanecía á su lado de pie con el escudo en la mano, mientras que á los pies de la reina su esclava favorita cantaba, acompañándose con los dulces acordes de su lira. Los cantos de la esclava eran los de la tierra natal de la reina, cuyo país gobernaba á la sazón un príncipe nombrado por ella.

Mucho antes de todo esto, el príncipe que acompañó á la reina en su primera visita al país de Menes había indicado sus deseos de casarse con ella, pero en vano, porque la reina le rehusó.

Tan pronto como Menes y la reina se casaron, el príncipe desdeñado comenzó á formar planes contra ellos y quiso promover una revolución, pero inútilmente, porque nadie le hizo caso.

Entonces resolvió tomar otra venganza, y al efecto, el día á que antes me he referido, penetró en el salón del trono provisto de un puñal, y aproximándose á Menes, como si pretendiera comunicarle al oído alguna noticia de importancia, levantó el puñal con ánimo de herirle. El esclavo, que advirtió á tiempo la maniobra, interpuso el escudo y recibió el golpe



LEVANTÓ EL PUÑAL CON ÁNIMO DE HERIRLE

en él. Veloz como el rayo, el príncipe se volvió hacia la reina y trató también de darla una puñalada, cosa que pudo evitar la esclava, aunque á costa de su vida, pues habiéndose interpuesto para esquivar el golpe, recibió la herida en el seno y cayó muerta lanzando un terrible grito. El escudo cayó de las manos del esclavo, y cuando éste lo recogió estaba manchado con la sangre de la esclava.

—¡Prendedle! exclamó Menes.

Y los guardias se llevaron al príncipe, mientras el rey condujo fuera

del salón á la reina, que se había desmayado al ver el escudo manchado con la sangre de la esclava que la había salvado la vida.

El príncipe, fuertemente amarrado, fué conducido á un sepulcro lejano, cerca de un manantial del río Nilo, donde le enterraron vivo, juntamente con el escudo y el puñal con que había dado muerte á la esclava. Esta fué enterrada, después de embalsamado su cadáver, con las perlas y un anillo del rey. En su tumba fué depositado este pergamino para que en todo tiempo pudiese quedar patentizado el cariño que sintió hacia la reina hasta sus últimos instantes.

—¿Y ustedes hallaron la tumba? pregunté á Kwembi al llegar á esta parte de la historia.

—Fué lo menos asombroso de cuanto sucedió. Tan persuadido estaba mi amigo en aquel tiempo de la exactitud de todo cuanto se consignaba en el pergamino, que no paró hasta convencerme para que le ayudara á buscar el sepulcro del príncipe con quien había sido enterrado el escudo, el cual, como es de suponer, era de gran valor. Largo tiempo pasamos registrando tumbas, hasta que al fin...

Calló de repente Kwembi. Le miré á la cara y vi que se había vuelto pálido, y que su frente estaba bañada en sudor.

—¿Al fin la hallaron ustedes? preguntó Federico, extrañado de aquella mudanza de Kwembi.

—Es muy extraña, contestó éste, la terminación de la historia; tan extraña, que quizás no la creerán ustedes. En efecto, encontramos la tumba del príncipe desconocido, la cual, como otros antiguos sepulcros, tenía una especie de antesala. Al entrar por ella hallamos el pozo á nuestros pies. Dos criados nos ayudaron á bajar por medio de una soga, y en el fondo encontramos una cueva. Encendimos en seguida una antorcha, y nos pusimos á reconocer el sitio en busca del sarcófago. ¡Figúrense ustedes cuál sería nuestra sorpresa al ver que no lo había! De súbito se le ocurrió á mi compañero una idea, y llamando á los criados mandó que nos bajaran un picachón, con el que se puso á golpear las paredes de la bóveda hasta que por fin consiguió hallar lo que buscábamos. En el mismo momento en que me disponía á renovar la antorcha, que estaba acabándose, exclamó mi compañero:

—¡Aquí está! El sarcófago ha sido cubierto con una muralla.

Continuó golpeando con más fuerza y con bastante éxito, pero la nueva antorcha se acababa por instantes. Tan grande fué la impresión que esto nos produjo, que sólo tuvimos valor para pensar si el sarcófago habría sido colocado verticalmente, y pronto pudimos convencernos de que era así, pero la antorcha estaba ya casi por completo agotada.

Entonces levantamos la tapa del sarcófago, y se presentaron ante nuestra vista la momia y el escudo con las brillantes joyas. Precisamente en aquel momento se consumió la antorcha y nos quedamos á oscuras. ¿Qué sucedió luego? continuó Kwembi, levantándose del trono y cubriéndose la cara con las manos, como si pretendiera apartar su vista de alguna escena horrible. *¡¡Vi el rostro de la momia que avanzaba hacia el mío. Caímos juntos y sentí que dos manos huesudas me apretaban el cuello!!* No pude gritar, porque casi había perdido el conocimiento: pero no me faltaron fuerzas para revolverme contra mi agresor y luchar con él en aquel lúgubre recinto, en medio de la más profunda oscuridad, sin que ni la más pequeña exclamación saliera de mis labios. Al fin conseguí verme libre de la momia, y corriendo hacia el sitio donde pendía la soga me até ésta á la cintura y mandé á los criados que me subieran.


DOS MANOS HUESUDAS ME APRETARON EL CUELLO

Tan pronto como vieron los hombres la expresión de terror pintada en mi semblante, y las señales que conservaba de aquella terrible lucha, huyeron asustados, y hoy es el día en que no he vuelto á saber de ellos.

Entonces pensé en mi compañero. Preocupado con poner en salvo mi vida no me había acordado de él, lo confieso. Me puse á llamarle, dando gritos desde el borde del pozo, pero no obtuve contestación.

Cansado de llamar, horrorizado, medio loco, abandoné aquel sitio, y

durante muchos días, quizás semanas enteras, anduve errante sin saber á dónde dirigirme. Después, lo único que recuerdo es que, al despertar como de un sueño largo y profundo, me encontré con una mujer indígena arrodillada á mi lado. Según me dijo, habíame encontrado en una cueva y trataba de ocultarme de los hombres de su tribu.

Cuando me restablecí por completo, la indígena me instó para que volviese por el mismo camino que había traído; pero me negué á ello y opté por dirigirme al territorio de su tribu, á cuyo jefe, llamado Kaika, fuí presentado por dos indígenas que me hicieron prisionero en cuanto me vieron.

Hacía tiempo que aquella tribu se hallaba en guerra con otra, y un día, hallándome yo con Kaika en este mismo palacio, llegó un mensajero diciendo que los guerreros se habían visto obligados á retirarse casi derrotados. Me era insoportable la vida, y con la idea de perderla me ofrecí á Kaika para pelear á su lado contra la tribu enemiga; pero tantas veces había sido engañado, que le costó algún trabajo el decidirse á aceptar mi ofrecimiento. Por medio de uno de sus servidores, que por su frecuente trato con los mercaderes árabes conocía algo mi idioma, logré hacerme entender del rey, á quien prometí encargarme de una división de sus hombres y conducirlos á la victoria.

Cuando Kaika reunió á los guerreros para defender el palacio y las viviendas de su gente elegí unos cuantos, los que más resueltos me parecieron, y los llevé conmigo. El rey me regaló un rifle, que por cierto me hizo muy buen servicio; los indígenas se persuadieron pronto de que el hombre blanco les traía la suerte, y hasta se creyó que la lluvia que cayó durante la noche anterior al combate era de buen pronóstico.

Dos horas antes del amanecer emprendió el ataque el enemigo, al que en muy poco tiempo cogí por retaguardia con mis hombres, y antes de que saliera el sol huyó aterrorizado, sin poder resistir el empuje vigoroso de aquellos valientes. Las pérdidas por ambas partes fueron muchas, y entre los heridos más graves se hallaba el mismo Kaika, á quien encontré tendido en el suelo y ya moribundo. Al verme hizo un esfuerzo para incorporarse, y entregándome su lanza cayó muerto en presencia de todos.

—¡El rey ha elegido al blanco para ocupar su puesto! gritaron los guerreros, y aquel mismo día, en el campo de batalla, me hicieron jefe de la tribu, á la que sigo gobernando y de la cual no me apartaré, pues he llegado á encariñarme con ella.

La indígena que me encontró en la cueva es hoy mi esposa, y mis hombres se han adiestrado tanto en el manejo de las armas, se han hecho

tan aptos para la guerra, que el poder de las cinco tribus vecinas de mi territorio ha sido anulado por completo.

—Los mercaderes árabes han tratado varias veces de obtener mi permiso para atravesar este territorio, pues han llegado á saber, ignoro de qué manera, la existencia del misterioso sepulcro, aunque desconocen cuál es el punto donde se halla, pero nunca he querido otorgárselo, y en cuanto al escudo, no he tenido valor para entrar en la tumba á buscarlo, porque no he olvidado que el príncipe con sus huesudas manos me apretó el cuello. ¿No se han convencido ustedes todavía? Pues acuérdense de que el pergamino dice claramente que no estaba muerto cuando le encerraron en el sarcófago.

—¿Pero cómo es posible que el príncipe haya vivido en aquella tumba desde el tiempo de Menes? preguntó Federico con cierta sonrisa irónica. Nuestro guía Hassán, como he dicho antes, es capaz de idear una buena historieta, pero la de usted...

Viendo que Kwembi había terminado, se levantó de su asiento mientras que el rey continuó:

—Opino que no conocemos la mayor parte de la misteriosa ciencia del antiguo Egipto. ¡Quién pudiera asegurar las condiciones en que fué encerrado allí el príncipe! Respecto de la lucha, si tuvo lugar ó no, que respondan estas señales.

Kwembi soltó el manto por el cuello, y mostrando algunas cicatrices, añadió:

—¿Están ustedes conformes con lo que les he propuesto? Ya que han aceptado ustedes el anillo de Menes, si me dan palabra de recobrar el escudo, que es mío por derecho de descubrimiento, designaré un cuerpo de guerreros para que les acompañen en la expedición. Una vez que lo obtengan, pueden ustedes remitírmelo. Unicamente así permitiré que continúen ustedes el viaje: de otro modo, tendrán que volverse atrás.

—¿Y si no encontrásemos el sepulcro? preguntó Federico.

—Eso no puede suceder, puesto que les diré el sitio exacto donde se halla.

Así lo hizo y quedamos conformes.

—Partiremos mañana al salir el sol, observó Federico cuando todo quedó arreglado á satisfacción nuestra.

En seguida nos condujeron á una tienda preparada para nosotros, en la que permanecimos conversando hasta media noche. Hassán y Kass atendieron al bienestar de los servidores.

A la mañana siguiente, guiados por los guerreros que Kwembi había elegido para que nos acompañasen, emprendimos la marcha.

A las dos semanas próximamente de haber salido del palacio de Kwembi nos hallábamos á poca distancia del sepulcro, hacia el cual avanzamos Federico y yo acompañados de Hassán y de Kass, y de dos guerreros encargados de hacerse cargo del escudo si teníamos la suerte de hallarlo. El resto de la comitiva hizo alto y estableció el campamento.

III

A pesar de las muchas veces que Federico y yo habíamos discutido el asunto, ninguno de los dos podíamos calcular cuál sería el término de aquella aventura, así es que nos cogió enteramente de sorpresa.

Después de recorrer un estrecho sendero que subía por las escarpadas rocas llegamos á una angosta entrada, por la que penetramos agachados. Siguiendo á Hassán, que marchaba por delante alumbrando con una antorcha, llegamos á una especie de cueva bastante alta.

—He aquí la entrada del sepulcro, sahibs, exclamó el árabe cuando nos pusimos á su lado, admirando las fantásticas formas de las diversas rocas que sobresalían de las paredes y del techo. Federico encendió otra antorcha, y entregando su rifle á Kass hizo una indicación á Hassán para que avanzase.

Muy pocos metros habíamos avanzado cuando Hassán se detuvo, diciendo:

—Mirad, he aquí la bajada. Y nos indicaba un pozo cuya oscuridad infundía espanto.

Inmediatamente descendimos por medio de unas gruesas cuerdas, sostenidas por Kass y dos indígenas, hasta llegar á la bóveda de que nos había hablado Kwembi, y que no era ninguna excavación hecha de prisa.

Inmensas columnas de granito talladas con extraños dibujos sostenían el techo, y las paredes ostentaban caprichosas y diversas pinturas de no escaso mérito. Á la luz de las antorchas vimos una cara de esfinge medio borrada por la acción del tiempo, de mirada impenetrable y resuelta, que parecía volver los ojos con desdén para no ver los rostros suplicantes de las figuras que la rodeaban. Más allá estaba pintada una procesión, en cuyo centro marchaba un hombre, probablemente el príncipe, como si fuese conducido al cautiverio ó á la muerte.

Después de andar un buen trecho, á veces sorteando las columnas derrumbadas que nos cerraban el paso, llegamos á la pared del lado opuesto, en la que no encontramos entrada ninguna, á pesar de lo que se nos había asegurado.

—¿Si habremos sido engañados? exclamó Federico cuando nos dirigíamos hacia otra pared. Es tan extraño este sitio que casi me parece...

Calló de repente al ver que Hassán, que marchaba delante de nosotros, se había parado y estaba examinando algo en el suelo.

—El esclavo de los sahibs ha encontrado lo que buscaba, exclamó el árabe.

Lo que Hassán examinaba era una abertura, como de siete pies de alta, hecha en la pared. Al pie se hallaban amontonados los materiales procedentes de la abertura, así como también un antiguo sarcófago roto, cuyos pedazos estaban entremezclados con trozos de madera. Estos procedían, sin duda. de la caja interior de la momia que había caído cuando el compañero de Kwembi arrancó la tapa.

Amarilla como el pergamino, aunque admirablemente conservada á pesar del tiempo, se hallaba la momia. No hubiera podido asegurarse si estuvo ó no estuvo envuelta en paños, pero ello es que entonces sólo tenía una venda muy gastada en la frente. La cara relucía de un modo extraño y el cabello se hallaba mezclado con abundante polvo. Toqué la mano que estaba más cerca de mí, y tras de mis dedos se fué una parte del brazo. Al aproximar la antorcha de Federico para examinar la momia más de cerca se desprendió una chispa, y al momento la mano y el brazo quedaron convertidos en cenizas, llenando el aire de olor á betún.

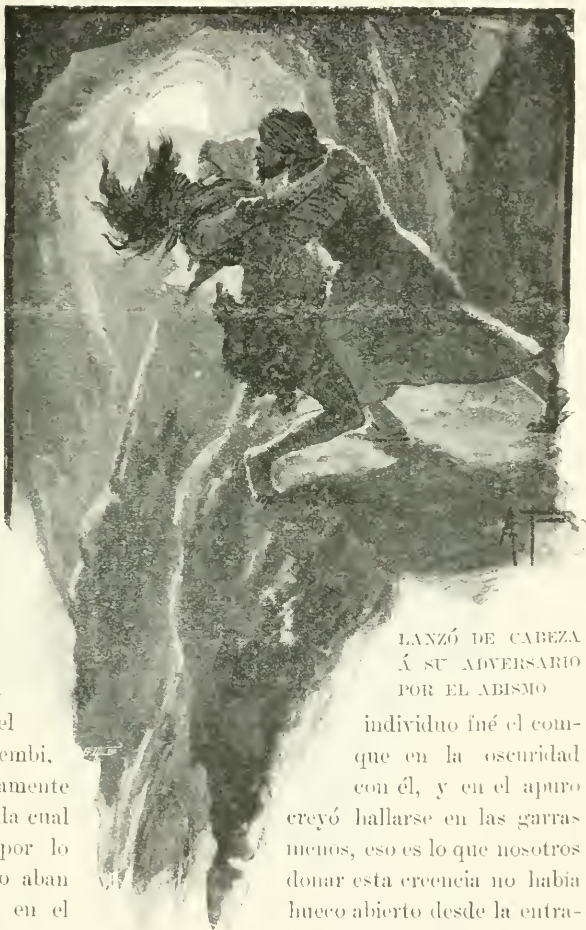
—¿Y el escudo? le dije á Federico al oído. ¿Dónde estará el escudo? Porque por más que lo buscábamos no podíamos dar con él, y al fin decidimos proceder con orden en el examen y reconocimiento de la bóveda. Federico y yo comenzamos por un lado y Hassán por otro.

La antorcha del árabe se distinguió perfectamente durante unos momentos, y no bien hubo desaparecido cuando le oímos dar voces invocando al gran Alá y á Mahoma.

Nos dirigimos apresuradamente al otro lado de la bóveda y hallamos un hueco que parecía conducir hacia arriba. Delante de nosotros marchaba Hassán corriendo y con la antorcha en alto. A poca distancia vimos la luz de afuera que alumbraba el hueco, y en seguida nos encontramos en el sendero que conducía á la tumba, aunque un poco más alto que el sitio donde habíamos estado antes. Oímos á nuestros pies un ruido como de alguna cosa que pegaba contra la roca, y nuevamente llegaron hasta nosotros las invocaciones de Hassán.

Mirando hacia arriba vimos al árabe luchando en un saliente con un individuo cubierto de harapos, cuya figura hacían más repulsiva sus enmarañados cabellos y su desgreñada barba. La lucha en aquella altura causaba espanto. Ambos combatientes, con tenacidad que infundía miedo, procu-

raban colocar al enemigo de espaldas al precipicio para despeñarlo. Por un momento vimos á Hassán en una postura muy peligrosa; pero cuando ya le creíamos vencido y á punto de perecer, dió una rápida vuelta y lanzó á su adversario de cabeza por el abismo.



LANZÓ DE CABEZA Á SU ADVERSARIO POR EL ABISMO

Nunca pudimos comprender cómo se las arregló para ello, pero es el caso que al caer se agarró al saliente de una roca, permaneció en él por un instante y lanzando una especie de aullido apretó á correr hasta ocultarse en uno de los muchos huecos formados en el peñascal. Tampoco hemos sabido nunca si aquel individuo fué el compañero de Kwembi, que en la oscuridad luchó equivocadamente con él, y en el apuro del momento cada cual creyó hallarse en las garras de la momia; por lo menos, eso es lo que nosotros creímos. Para no abandonar esta creencia no había más que fijarse en el hueco abierto desde la entrada del sepulcro hasta la entrada del peñascal, y que fácilmente podía haber sido hecho con la herramienta de que nos habló Kwembi. Por otra parte, era casi seguro que las facultades mentales de uno de los exploradores se habían trastornado con motivo de aquella horrible y fatal equivocación.

—Sahibs, exclamó Hassán acercándose al sitio donde le aguardábamos formando mil conjeturas acerca de lo que había sucedido, el gran profeta

me sugirió la idea de penetrar por uno de los huecos. Allí encontré á un hombre que, empuñando el extraño escudo, salió á impedirme el paso. Cuando acerqué la antorcha á la cara de aquel hombre huyó precipitadamente, y viendo que yo le perseguía marchó en dirección á la roca saliente. Allí, después de arrojar el escudo por el precipicio, se puso á luchar conmigo.



ARROJÓ EL ESCUDO POR EL PRECIPICIO

—Pues bien, Hassán, observó Federico mientras el árabe nos ayudaba á limpiar el escudo, que al caer se había estropeado algún tanto, á nuestro humilde servidor, como usted suele decir, le ha faltado muy poco para rodar por el precipicio y hacerse pedazos.

—El gran Alá y Mahoma su profeta protegieron á Hassán, agregó éste con gravedad.

En seguida colocamos el escudo sobre dos lanzas cruzadas, sujetamos

éstas á las espaldas de dos hombres de Kwembi y les dimos orden de que lo llevaran al campamento.

—Se conoce, sahibs, continuó el guía, que el destino de vuestro servidor es salvarse de todos cuantos peligros le amenazan, á fin de poder servir á los señores españoles y contarles de cuando en cuando los grandes hechos del gran profeta.

—Ojalá sea así, dijo Federico sonriendo. Ahora cuidaremos de que Kwembi se entere de la parte que ha tenido usted en los hechos realizados para recobrar el escudo, y cuando esta noche descansemos en nuestra tienda nos leerá usted algo del Korán ó nos contará una historia.

—Sahibs, para Hassán, el oir es obedecer.

Y nos dirigimos al campamento.

Al día siguiente enviamos á Kwembi el escudo con los indígenas y proseguimos nuestro viaje.

C. J. Mansford.





Cuentos del Coronel



El Rey en manos del Brigadier

Apesar de todo cuanto os he contado, amigos míos, creo que jamás llegaréis á comprender quién era yo en aquellos tiempos. Me habéis conocido siempre de paisano, con cierto aire y ciertos modales, es verdad, pero siempre de paisano, lo cual es muy distinto que si me hubierais conocido de militar. Si me hubieseis visto en la puerta de la taberna de Alamo el día 1.º de julio de 1810, entonces sabríais hasta dónde puede llegar un húsar. Hacía un mes que estaba detenido en aquella aldea, á consecuencia de una lanzada que recibí en el tobillo del pie derecho y que me impedía ponerlo en el suelo. Al principio éramos cuatro: el viejo Bouvet, de los húsares de Berchany; Jacques Regnier, de los coraceros, y un capitancillo alegre y gracioso, cuyo nombre no recuerdo; pero todos se curaron y habían marchado apresuradamente á sus respectivos cuerpos, dejándome allí consumido de tedio y tan apenado que más de una vez ¿por qué no decirlo? asomaron las lágrimas á mis ojos, al pensar en mis húsares de Conflans y en la deplorable situación en que se hallarían faltándoles su coronel. No había llegado todavía á brigadier, y aunque era el coronel más joven del ejército, mi regimiento venía á ser para mí lo que la esposa y los hijos son para otros. Se me partía el corazón al considerar que no tenían jefe. Verdad es que Villaret, el comandante, era un excelente militar; pero ¡qué queréis! aun entre los mejores, no todos son buenos.

¡Ah, que día tan feliz aquel en que pude salir cojeando hasta la puerta de la taberna y permanecer allí un rato recibiendo los ardientes rayos del sol de España! ¡Qué hermoso me pareció todo aquello!

La noche anterior había recibido noticias de mi regimiento, y sabía que se hallaba haciendo frente á los ingleses en Pastores, pueblecito situado en el otro lado del monte. La distancia no era muy larga, ¿pero cómo llegar hasta mis húsares? La lanza que me destrozó el tobillo había dado muerte á mi caballo. Consulté con Gómez, el tabernero, y también con un cura que se hospedaba en la casa, y lo único que pudieron decirme fué que no quedaba ni un solo caballo en toda aquella comarca. El tabernero no quería ni oir que yo estaba dispuesto á atravesar el monte sin escolta ninguna, pues me aseguró repetidas veces que el Cuchillo, jefe de una partida de bandoleros, andaba por allí con su gente, y que, con la disculpa de ser guerrilleros y aliados de los ingleses, saqueaban y degollaban á todo el que caía entre sus garras.

El cura observó que no creía que un militar francés se detendría por tan poca cosa, y, por supuesto, si yo hubiese tenido idea de vacilar en mi propósito, su observación hubiera bastado para decidirme con entera resolución. Pero un caballo, ¡un caballo! esto era lo que yo pedía. ¿Cómo sería posible procurármelo?

Aquella mañana, de pechos en el balcón, forjaba yo mil planes y proyectos, cuando de pronto oigo ruido de herraduras, y levantando los ojos veo que se acercaba un individuo, envuelto en la capa azul de los de la Intendencia militar. Montaba un hermoso caballo negro, con una mancha blanca en la mano derecha.

—¡Hola, amigo! exclamé.

—¡Hola! contestó secamente.

—Soy el coronel Gerard, de los húsares de Conflans, añadí. Llevo aquí un mes curándome de una herida que recibí en el tobillo, pero ya estoy bien y quisiera incorporarme cuanto antes á mi regimiento, que está en Pastores.

—Yo soy Vidal, de la Comisaría, dijo, y marcho á Pastores. Me alegraré de ir en su compañía, coronel, pues tengo entendido que el camino no es muy seguro.

—¡Ay, cuánto lo siento! amigo Vidal, repuse; pero no puedo acompañarle, porque no tengo caballo. Si usted quiere venderme el suyo, le prometo enviar una escolta de húsares á buscarle.

Ni quiso aceptar mi proposición ni produjeron en él ningún efecto las terribles historias que le refirió el tabernero acerca de Cuchillo y

su gente, de aquellos bandoleros encubiertos con la capa de guerrilleros que no suelen faltar en ninguna guerra. Lo que hizo fué llamar en alta voz para que, inmediatamente, le sirvieran un vaso de vino.

Con cierta diplomacia le invité á que se apeara y lo bebiese conmigo, pero debió de leer en mis ojos lo que tramaba y se negó. Luego, cuando me acerqué con la idea de hacerle apear por la fuerza, metió espuela al caballo y marchó á galope tendido, envuelto en una nube de polvo.

—¡Qué rabia me dió verle correr tan alegremente á unirse con los barriles de carne y las barricas de coñac, mientras yo pensaba en mis valientes húsares, que se veían privados de su jefe! De pie en el balcón de la taberna le seguía con la vista, llena la imaginación de amargos pensamientos, cuando siento que me tocan en el codo. Me vuelvo y me encuentro con el cura de quien antes hablé.

—Soy yo, dijo, el que puede servirle.

Le abracé con efusión, y como en aquel crítico momento se resintiera mi tobillo, fué milagro que no cayéramos los dos rodando juntos por el suelo.

—Haga usted que me lleven á Pastores, exclamé, y le regalaré á usted un rosario con cuentas de oro.

Había tomado uno en el convento del Espíritu Santo, y entonces me venía muy bien. Con esto comprenderéis cuán conveniente es tomar todo lo que se pueda cuando uno está en campaña, y cómo llegan á ser útiles aun las cosas que menos lo parecen.

—Yo le llevaré, dijo, hablando un francés muy correcto, no por la recompensa, sino porque me place servir á todo el mundo.

Y sin más me condujo á una vaquería de la aldea, donde hallamos una especie de diligencia deteriorada y muy antigua, como las que se usaban á principios del siglo XIX en nuestros más apartados pueblecillos. Había también tres mulas viejas, ninguna de las cuales era bastante robusta para llevar á un hombre, pero que juntas podrían quizás arrastrar al destartalado carruaje. Al ver sus flacas costillas y sus patas llenas de esparabanes sentí un placer más grande que el día que en Fontainebleau admiré los doscientos cincuenta caballos árabes del Emperador, verdaderamente magníficos.

Diez minutos después su dueño las aparejaba, aunque de mal talante, pues tenía un miedo horroroso al Cuchillo. Sólo á fuerza de prometerle riquezas en esta vida, mientras el cura le amenazaba con la condenación en la otra, conseguimos que subiera al pescante y tomase las bridas entre las manos. Luego tenía tanta prisa para marchar, que

apenas me dió tiempo para renovar mis votos y promesas á la hija del tabernero. En este momento no recuerdo cómo se llamaba la muchacha, pero sí que era muy guapa, y aun me parece estar viendo cómo lloramos al separarnos. Comprenderéis, amigos míos, que cuando un hombre que ha peleado con los hombres y ha tratado con las mujeres de catorce países distintos pondera á los unos ó á las otras, es porque realmente lo merecen muy de veras.



SOY YO, DIJO, EL QUE PUEDE SERVIRLE

El cura se puso un poco serio cuando nos dimos el beso de despedida, pero una vez en la diligencia resultó un compañero muy agradable. Durante el camino me entretuvo contándome historietas de su parroquia, allá en lo alto del monte, y yo, en cambio, le referí algunas de mis aventuras en campaña; pero ¡caracoles! tuve que andar con mucho tiento, porque cuando decía algo que no era de su agrado se revolvía en el asiento y me lanzaba miradas que no me hacían gracia ninguna.

Por supuesto, no es de caballeros ni de personas bien educadas el hablar de mala manera á un religioso; pero á veces, aunque se ponga el mayor cuidado del mundo, las palabras se escapan sin querer.

Venía el señor cura, según me dijo, del Norte de España, y se encaminaba á una aldea de la provincia de Extremadura para visitar á su madre. Cuando me habló del caserío donde se había criado, y del placer, de la alegría inmensa que recibiría su madre al abrazarle de

nuevo, me conmovió tan profundamente que se asomaron las lágrimas á mis ojos.

Además me enseñó los regalitos que la llevaba; pero tan sencillo, tan franco y tan amable, que no me extrañó oirle decir que le apreciaban todos cuantos le conocían.

Examinó mi uniforme con la curiosidad de un niño, admirando la pluma de mi morrión y pasando los dedos por la piel con que estaba adornada mi chaqueta. Me desenvainó también el sable para mirarlo, y cuando le dije cuántos hombres había matado con él, y señalé el nudo hecho con la paletilla de un ayuda de cámara del emperador de Rusia, se estremeció y ocultó el arma bajo el cojín de cuero, declarando que le horrorizaba sólo el contemplarla.

Así entretuvimos el camino, charlando amistosamente, cuando al llegar á la estribación del monte oímos hacia la derecha el estampido de algunos cañonazos. Comprendí que debía ser Massena, el cual, según las noticias que había recibido, estaba sitiando á Ciudad Rodrigo.

Hubiera tenido sumo gusto en ir á verle, pues le quería mucho, pero no podía ser, y hube de consolarme pensando que un sitio resulta siempre algo aburrido, y que mayores glorias me esperaban haciendo frente á los ingleses con mis valientes húsares.

A cada legua que recorríamos iba en aumento mi alegría, hasta que comencé á cantar como un tenientecillo recién salido de Saint-Cyr.

Al empezar el ascenso del monte, el camino se hacía más escabroso y el viaje más difícil. Al principio habíamos tropezado con algunos tratantes en mulas, pero ya todo el país parecía estar enteramente desierto; cosa que no era de extrañar si se tenía presente que los ingleses, los franceses y los guerrilleros habían pasado por allí.

Harto de cantar y cansado de ver siempre el mismo paisaje, que no ofrecía atractivo ninguno, dejé de mirarlo y quedé silencioso pensando, ya en las mujeres á quienes había querido, ya en los caballos que había manejado. Salí de aquella especie de abstracción al observar los esfuerzos que hacía mi compañero de viaje, el cual, con algo así como un punzón de hierro que había sacado del bolsillo, procuraba hacer un agujero en la correa de su frasco de agua. Mientras así trabajaba con manos temblorosas, la correa se le escapó de entre los dedos y el frasco cayó á mis pies. Me incliné para recogerlo, y antes de que pudiera levantarme, el fingido cura saltó sobre mis hombros y me clavó el punzón en un ojo.

Como sabéis perfectamente, amigos míos, estoy muy acostumbrado

á toda clase de peligros. Cuando uno ha servido desde los tiempos de la cuestión de Zurich hasta el último día fatal de Waterloo, y ha ganado la medalla especial de valor, que con el mayor cuidado conservo en su estuche, bien se puede confesar cuándo se recibe un susto. Conque podéis consolaros, si alguna vez os asustáis, recordando haber oído decir al brigadier Gerard que también á él le costó asustarse una vez.

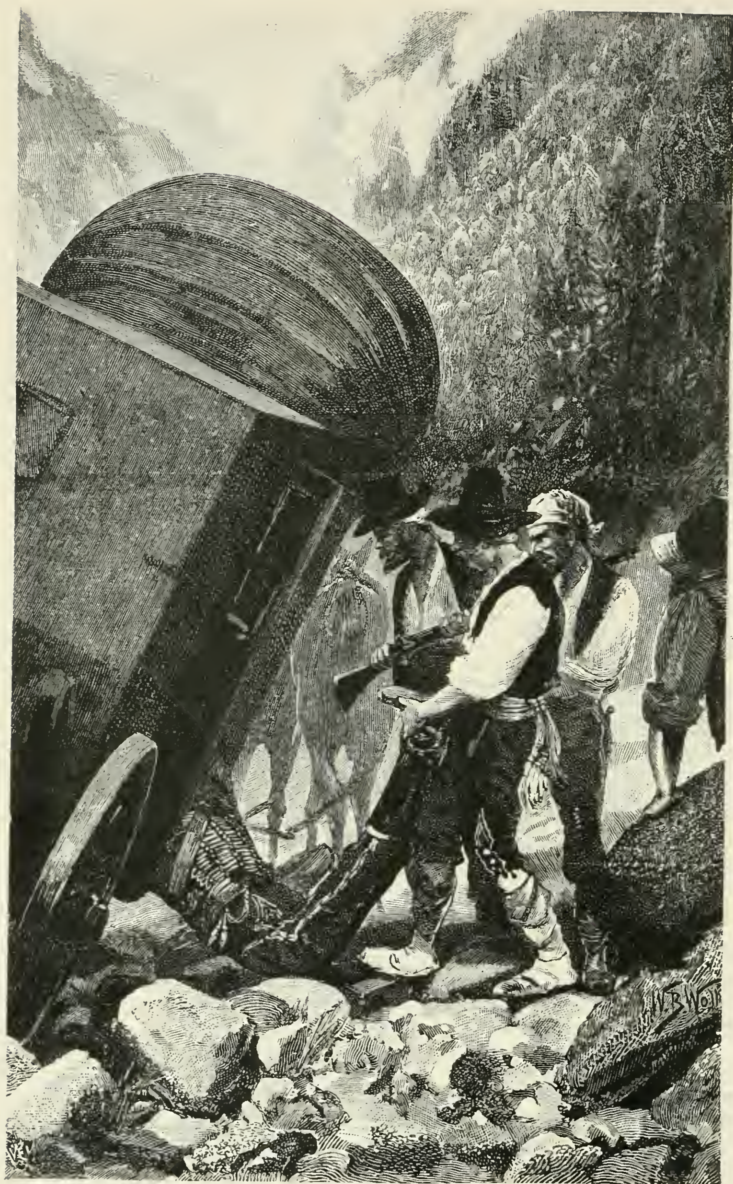
Además del miedo que me dió tan inesperada acometida y del rabioso dolor que sentí, mi repugnancia fué tan grande como la que pueda experimentarse cuando algún reptil asqueroso hunde sus colmillos en la carne.

Le agarré con las dos manos, y arrojándole violentamente al suelo del carruaje le pisotee con mis pesadas botas. Dentro de la sotana ocultaba una pistola; pero conseguí arrebatársela, y me dejé caer de rodillas sobre su pecho. Entonces comenzó á dar gritos horribles, mientras yo, ciego de coraje, buscaba el sable, que tan astutamente había ocultado el pseudocura.

En el momento en que lo empuñé con una mano, y con la otra apartaba la sangre que me cubría los ojos para ver la postura en que se hallaba mi enemigo, el carruaje volcó, y con el brusco movimiento se me escapó el arma. Antes de que acertara á darme cuenta de lo que había ocurrido abrióse con violencia la portezuela, y entre varios hombres me arrastraron del coche por los talones.

A pesar del dolor del ojo y del golpe que recibí al caer sobre un montón de piedras indescriptible alegría invadió todo mi sér, pues en la lucha que sostuve con los bandoleros se me subió la chaqueta hasta la cabeza, cubriéndome uno de los ojos, el sano. Con el otro pude ver á los bandoleros, lo cual me demostraba que no había perdido la vista para siempre. Esta cicatriz os probará cómo pasó el punzón por entre la córnea y la niña del ojo. Sin duda mi enemigo tuvo la intención de hundírmelo hasta el cráneo, y lo que sí consiguió fué aflojar una parte del hueso interior de la cabeza. Tan es así, que me costó más trabajo y más tiempo curarme esa herida que ninguna de las diez y siete que he recibido.

En medio de horribles blasfemias me arrastraron un buen trecho golpeándome con los puños y pisoteándome con los pies, que afortunadamente, como solía usarse en aquel país, llevaban calzados con albarcas. Después de un rato, al ver la sangre que me cubría la cara y que permanecía tranquilo, creyeron sin duda que había perdido el conocimiento y me dejaron en paz. Pero no había tal cosa, pues lo



ENTRE VARIOS HOMBRES ME ARRASTRARON POR LOS TALONES

que hacía yo era fijarme bien en todos ellos por si algún día llegaba la ocasión de encontrármelos frente á frente y hacerles pagar cara su hazaña.

Eran hombres gruesos y altos, de tez morena y pelo negro. Llevaban pañuelos amarillos en la cabeza, y en la cintura fajas rojas, por las que asomaban pistolas y navajas.

Habían colocado en el camino dos enormes piedras, las cuales, rompiendo una de las ruedas del carruaje, le habían hecho volcar. En cuanto al infame que, fingiéndose cura, me había engañado tan villanamente con las historias de su madre y de la parroquia, supo, por supuesto, con anticipación, dónde estaba la emboscada, y procuró inutilizarme antes de que llegáramos á ella.

No puedo explicaros la rabia furiosa de que dieron muestra cuando, al sacarle del carruaje, vieron el daño que le había hecho. Si bien no recibió de mis manos todo cuanto merecía, conservaba por lo menos un recuerdo de su encuentro con Etienne Gerard, pues al ir á ponerle de pie cayó de golpe sentado en el suelo. Aunque estaba sufriendo horribles dolores, no cesaba de lanzarme con sus ojillos negros, que tan inocentes y tan simpáticos me habían parecido antes, feroces y profundas miradas; parecía un tigre herido.

Cuando me pusieron en pie y me arrastraron por el estrecho camino, comprendí que iba á llegar el momento en que necesitaría todo mi valor y todos mis recursos. Por detrás venían dos de los bandoleros llevando en hombros á mi enemigo, que no cesaba de dirigirme toda clase de injurias y maldiciones.

Calculo que tardaríamos una hora, poco más ó menos, en subir la cuesta, y entre la herida del tobillo, el dolor del ojo y el temor de haber quedado desfigurado para siempre, recuerdo que pasé un rato atroz, el peor de mi vida.

No fuí nunca muy aficionado ni muy ágil para trepar montes; sin embargo, cuando se va entre dos bandoleros y con una navaja de nueve pulgadas arrimada á cada lado de la sien, de todo se siente uno capaz.

Por fin llegamos á un punto donde el camino, después de rodear la cumbre, descendía por el otro lado entre hileras de pinos á un valle que se extendía hacia el Sur. Al ver aquello, en seguida comprendí que los bandoleros en tiempo de paz eran contrabandistas, y que por aquel sitio pasaban la frontera de Portugal. Vi marcas de mulas en la tierra, y después de unos momentos noté con sorpresa las huellas de un caballo grande, que al llegar á un claro entre los pinos vi atado á un árbol. En seguida le reconocí. Era el caballo que había pedido

aquella misma mañana en la taberna. ¿Qué había sido de Mr. Vidal? ¿Sería posible que algún otro francés se hallase en el mismo trance, en el mismo apuro en que yo me veía?

Engolfado me hallaba en estos pensamientos cuando los bandoleros se detuvieron, y uno de ellos lanzó un silbido particular, que fué contestado por otro igual, que parecía venir de unos zarzales situados al pie de un peñasco, en un lado del claro. Un momento después salieron otros diez ó doce bandoleros y las dos cuadrillas se saludaron amistosamente.

Los recién venidos rodearon al pseudocura, dirigiéndole frases cariñosas, mientras que á mí me lanzaban miradas terribles, blandiendo las navajas. Indudablemente había llegado mi último momento, y ya estaba disponiéndome para hacer frente á la muerte de manera digna, cuando de pronto uno de ellos dió una orden y me llevaron hasta los zarzales del peñasco, en el que se abría una cueva. Al entrar en ésta, cuyo interior alumbraban dos antorchas, vi sentado al lado de una ruda mesa de pino á un hombre de aspecto singular. Por el respeto con que los demás le trataban comprendí en seguida que era el jefe de los bandoleros, el terrible Cuchillo.

El que había venido conmigo en el carruaje estaba sentado sobre un barril, con las piernas inutilizadas, y de la conversación que sostuvo con el jefe saqué en consecuencia que él era el segundo de la banda, y que una parte de sus obligaciones consistía en atraer á los viajeros, como yo, con su dulce conversación y su traje talar. Cuando pensé en los muchos oficiales cándidos que probablemente habían sido engañados por aquel monstruo, me alegré muchísimo de haber puesto fin á sus villanías, por más que creí sería á costa de mi vida, que ni á mi país ni á mi Emperador les convenía que se acabara.

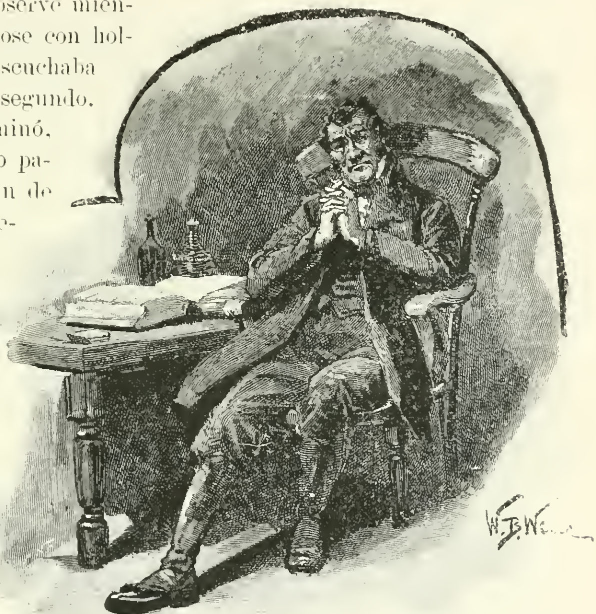
Mientras el herido, sostenido por dos compañeros, refería al jefe lo que había ocurrido, otros tres me tenían á mí sujeto delante de la mesa á que el jefe se hallaba sentado; así que pude observarle á mi gusto.

Jamás he visto hombre con menos cara de bandolero, sobre todo de bandolero que por su extremada crueldad se había ganado el siniestro mote que llevaba.

Tenía el rostro ancho, grueso y de aspecto benigno, con buen color y unas patillas que, más que de bandolero, le daban aires de tendero de ultramarinos bien acomodado. No llevaba en la cabeza el pañuelo amarillo, ni en la cintura la faja roja que llevaban los demás: antes por el contrario vestía una chaqueta larga de buen paño, y á excep-

ción de las polainas, nada se descubría en él que indicase la vida de monte que hacía. Con su aspecto correspondían las cosas que le rodeaban, pues encima de la mesa tenía una caja de rapé y un libro grande, parecido á un diario de comercio. Sobre una tabla colocada entre dos barriles de pólvora que la servían de sostén había montones de libros y papeles distribuídos por todas partes. Algunos contenían versos.

Todo esto lo observé mientras él, reclinándose con holgura en la silla, escuchaba la relación de su segundo. Cuando éste terminó, dió orden Cuchillo para que lo retiraran de allí, y yo me quedé entre mis tres guardianes esperando lo que viniese. El jefe tomó una pluma, y dándose con ella en la frente encogió ligeramente los labios, mirando por el rabillo del ojo al techo de la cueva.



EL JEFE

—¿Podrá usted, dijo después de unos momentos de silencio, indicarme un consonante para la palabra Covilha?

Contesté que mi conocimiento de la lengua española era muy limitado, y que por lo tanto me era imposible complacerle.

—Es una lengua riquísima, añadió, aunque menos abundante en rimas que el inglés, el francés y el alemán. He ahí el por qué se escriben nuestras mejores obras en verso libre, forma de composición que es desconocida en vuestra literatura, pero que resulta admirable. En fin, estas cosas no son para la inteligencia de los húsares.

Estuve á punto de replicarle que, si un jefe de bandoleros tenía bastante talento para comprenderlas, mejor podría tenerlo un húsar;

pero vi que no me hacía caso, pues estaba preocupado con la terminación del verso que tenía entre manos.

Después de un rato de trabajo arrojó la pluma y se puso á declamar en alta voz unos cuantos versos de su composición, los cuales fueron acogidos con ruidosos aplausos por mis guardianes. El Cuchillo quedó muy complacido, y hasta se ruborizó como una joven á quien se piropea por primera vez.

—Parece que los críticos me favorecen, dijo dirigiéndose á mí. Y añadió con visible deleite: Cuando las noches son largas, las pasamos recitando nuestros propios versos. Tengo suma facilidad para hacerlos y no pierdo la esperanza de ver impresas algunas de mis composiciones. Pero dejemos esto ahora. ¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre?

—Etienne Gerard, contesté.

—¿Rango?

—Coronel.

—¿Regimiento?

—Húsares de Conflans.

—Es usted muy joven para ser coronel.

—Mi carrera ha sido muy brillante.

—Tanto más triste. ¡Qué lástima! Y sonrió con cierta hipocresía.

No repliqué nada, pero procuré darle á entender que estaba dispuesto á todo.

—A propósito, continuó empezando á hojear el libro mayor ó que así al menos lo parecía. Creo que hemos tenido entre manos á alguno del cuerpo de usted. Procuramos anotar siempre nuestras operaciones, y veo aquí un apunte fechado el 24 de junio. ¿No tenían ustedes un oficial llamado Soubiron, muchacho alto, delgado y rubio?

—Sí, contesté secamente.

—Veo que le enterramos aquel día.

—¡Pobre muchacho! exclamé conmovido. ¿Y cómo murió?

—Lo enterramos.

—Pero moriría...

—No me entiende usted, señor coronel. Cuando le enterramos no había muerto. En tiempo de guerra hay que tratar duramente á quienes se atreven á invadir un país que no es el suyo. ¿Qué fué una atrocidad? Váyase por las muchas que los franceses han cometido con pobres españoles.

—¿Le enterraron vivo? exclamé loco de horror.

Y sin más me lancé sobre aquel monstruo que me contemplaba

con la más apacible de las sonrisas. Le hubiera matado si no me contienen mis guardianes.

Una y otra vez volví á atacarle echando maldiciones y deshaciéndome cuándo de uno cuándo de otro de los que me sujetaban, pero nunca libre del todo.

Por fin, con la chaqueta casi arrancada del cuerpo y la sangre



ME LANCÉ SOBRE AQUEL MONSTRUO

cayendo á chorros de las muñecas me echaron hacia atrás y me sujetaron los brazos y los pies con gruesas cuerdas.

—¿Conque os atrevéis á tratar así á nuestros hombres? exclamé furioso y fuera de mí. Todavía habéis de aprender que mi Emperador tiene la mano muy dura, y por más que estáis bien escondiditos aquí os hará pagar cara vuestra osadía.

Di rienda suelta á mi lengua, y creo que solté cuantas palabras feas y mal sonantes aprendí en mis catorce campañas, y que no repetiré ahora; pero él, sin hacerme caso ninguno, continuaba dándose en

la frente con la pluma y mirando al techo, como si buscara allí la inspiración. Esto me hizo comprender cómo podía herirle.

—¡Qué infamia, dije, y qué entretenimiento para un jefe de bandoleros dedicado á escribir malas coplas!

¡Ah, si le hubierais visto, amigos míos, cómo saltó de la silla al oir esta exclamación! Se tornó lívido y me dirigió una mirada amenazadora.

—¡Muy bien! señor coronel, dijo ahogándose de rabia. Basta con lo que ha dicho usted. ¿No es cierto que su carrera ha sido brillante y distinguida? Pues le prometo que la muerte lo será también. Etienne Gerard, coronel de los malditos húsares franceses, recibirá una muerte digna de su conducta.

—Por mi parte, añadí, sólo pido que la conmemoréis con unas coplas tan inspiradas como las que brotan de vuestra péñola.

Se me ocurrió decirle algunas otras cositas, pero no me dió tiempo. Obedeciendo un gesto furioso que hizo con la mano, los tres guardianes me sacaron de la cueva.

La entrevista había durado más tiempo del que yo creía, pues cuando salimos de la cueva era ya muy de noche y los rayos de la luna alumbraban el valle. Los bandoleros habían encendido una hoguera con las ramas secas de los pinos y en un enorme caldero de cobre preparaban la cena. El cuadro que ofrecían sentados en derredor del fuego era muy pintoresco y no pude menos de admirarlo, á pesar de las circunstancias.

Algunos oficiales no tienen ni pizca de afición al arte, pero yo no soy así: siempre me han llamado la atención estas cosas. Recuerdo, por ejemplo, que cuando Lefevre vendía el botín de guerra, después de la toma de Dantzig, compré un magnífico cuadro titulado «Ninfas sorprendidas en el bosque», y lo llevé conmigo durante dos campañas enteras, hasta que por fin mi hermoso Rataplán me lo pisoteó. Os digo esto, para probaros que nunca fuí un militar ordinariote como Napp y como Ney.

Por desgracia, allí en el campo de los bandoleros tuve poco tiempo para pensar en el arte ni en cosas parecidas. Mis guardianes me hicieron sentar al pie de un pino, y rodeándome los tres se pusieron á fumar tranquilamente. ¿Qué hacer? No lo sabía. Durante mi carrera no creo haberme hallado ni seis veces en situación tan desesperada. Sin embargo, procuraba animarme, diciendo para mis adentros: ¡Valor, muchacho! Ten ánimo y valor. No te han hecho coronel á los veintiocho años, sencillamente, porque sabes bailar el coti-

llón. Eres un hombre singular, Etienne; hombre que ha corrido mucho mundo y se ha visto en grandes apuros. ¿Has de permitir que sea esta tu última hora?

Y me puse á buscar algo que me indicara la manera mejor de huir de allí cuando hice una observación que me llenó de asombro.

Ya os he dicho que los bandoleros habían encendido una hoguera en el centro del claro. Con el resplandor de las llamas que salían del fuego y el brillo de la luna, la claridad era muy grande: parecía de día. En el otro extremo, y casi enfrente de mí, vi un pino alto que tenía el tronco y las ramas bajas enteramente secos, como si recientemente se hubiera quemado algo alrededor de él. Un montón de zarzas que crecían delante ocultaban de mi vista la base; pero fué grande mi sorpresa al ver colgado, por encima del zarzal, un buen par de botas de montar con las puntas hacia arriba. Después de fijarme bien me enteré de que las botas no estaban atadas, sino clavadas al pino con enormes clavos. No estaban vacías, y al volver un poco la cabeza hacia la derecha pude distinguir quién era el que se hallaba colgado por los pies. Harto sé, amigos míos, que no es agradable hablar ni pensar en estas cosas; pero al contar la historia no puedo menos de referirla tal y como sucedió, sin quitar ni poner nada.

En verdad que los bandoleros trataban harto duramente á los franceses que caían en sus manos. Sin duda el odio que nos tenían á los invasores no reconocía límites.

De todo corazón compadecí al pobre Vidal, y me eché á pensar si habría hecho frente á tan cruel castigo con el ánimo y el valor propios de todo buen francés, aunque esto, de todos modos, no podía servirme de mucho consuelo.

Cuando estuve en la cueva con el jefe me impresionó tanto lo que me dijo de Soubiron (que por cierto era un muchacho muy alegre y muy valiente), que en todo pensé menos en mí mismo. Tal vez hubiera sido mejor darle buenas palabras, atraerse sus simpatías; pero la cosa ya no tenía remedio y había que pagar con la muerte aquel atrevimiento, aquella osadía. Y si al inofensivo comisario le habían tratado de aquel modo, ¿qué podría esperar yo, que le había roto la espina dorsal al segundo de aquella gavilla? En fin, de todos modos era hombre sentenciado, y no me pesaba haberme conducido con valor hasta el último instante.

Me puse á pensar en mi madrecita querida, en las muchachas que llorarían mi muerte, en lo mucho que sentirían ésta mi país y mi Emperador... y no me avergüenzo al confesaros que derramé amargas

lágrimas al considerar la general consternación que causaría mi prematuro fin.

Pero no por eso dejé de fijarme en todo para ver si hallaba la manera de escapar de las garras de aquellos malos españoles.

Por lo pronto no cesaba de dar estironcillos, primero á la cuerda que me sujetaba las muñecas y luego á la que tenía á los pies, mientras que mis ojos procuraban husmearlo todo.

Como un húsar no es nadie, por decirlo así, sin el caballo, no hacía más que mirar y remirar á uno que estaba paciendo tranquilamente á unos treinta metros de mí, y también me fijé en que el camino por donde habíamos subido al monte era tan empinado y tan escabroso que, para recorrerlo, sería preciso llevar de la brida al animal, y aun así ofrecía algunos peligros; pero en cambio, el sendero del otro lado era más llano y más abierto y conduciría, sin duda alguna, á un valle dilatado y ameno.

Mientras así pensaba salió de la cueva el jefe, y acercándose á su segundo, que estaba echado en un jergón cerca del fuego, habló unos momentos con él. Hizo el segundo un gesto de aprobación, y mirándome los dos rompieron á reir á carcajadas. En seguida dirigió el jefe algunas palabras á sus hombres, los cuales respondieron con exclamaciones de alegría y grandes risotadas. Indudablemente las cosas se ponían graves, muy graves para mí; pero tuve la satisfacción de notar que había conseguido aflojar las cuerdas de las manos, de manera que podía deshacerme de las ligaduras cuando quisiera. En cambio, los pies estaban tan sujetos como antes, pues al hacer algún esfuerzo para soltarlos, el dolor de la herida del tobillo era tan agudo que tenía que morderme los labios para no quejarme, hasta que me convencí de que no había más remedio que esperar los acontecimientos y me dediqué á observar á los bandoleros.

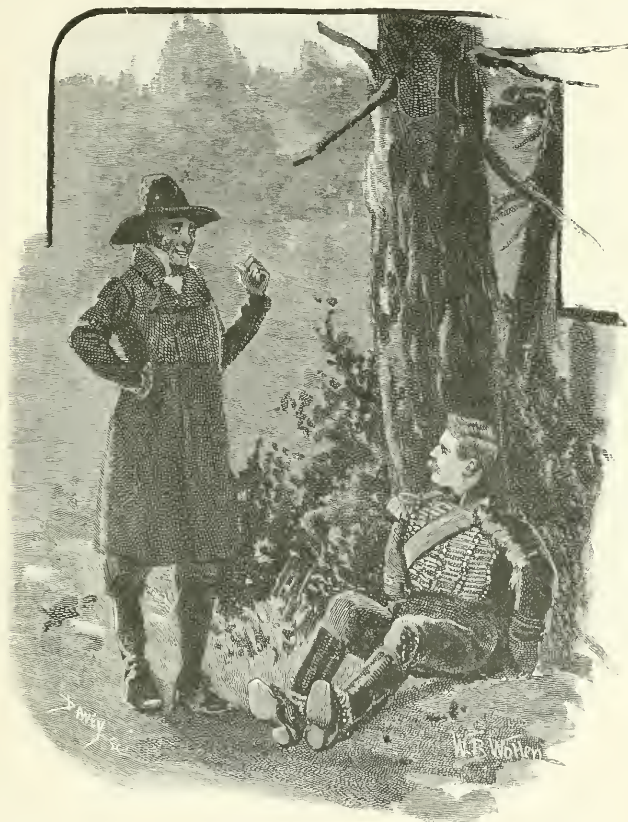
Al principio no podía formar idea de lo que intentaban, cuando vi que uno de ellos se encaramó en un pino que crecía en un lado del claro y ató en la punta una soga; en seguida se dirigió á otro pino en el otro lado, y ató también en la punta otra soga. Quedaron colgando las extremidades de las dos sogas, y sentí curiosidad por saber qué pensaban hacer con ellas. Después se agarraron todos á una de las extremidades, y tirando con fuerza doblaron el árbol hasta formar una curva muy violenta y ataron la soga á un madero.

La misma operación hicieron con el otro árbol y la otra soga, y entonces fué cuando comprendí el horrible suplicio que pensaban imponerme.

—Supongo que es usted fuerte, coronel, díjome el jefe, acercándose con su sarcástica sonrisa.

—Si hace usted el favor de soltarme estas ligaduras, respondí, pronto podrá usted verlo.

—Vamos á ver si tiene usted tanta fuerza como estos arbolillos,



SUPONGO QUE ES USTED FUERTE, CORONEL

añadió. Nos proponemos atarle á usted un pie á cada soga, y cuando esté usted bien sujeto, por supuesto cabeza abajo, soltaremos los árboles. Si tiene usted más fuerza que ellos... pues nada sucederá, es claro: pero si los árboles son más fuertes que usted... entonces dejará usted un recuerdo suyo en cada lado de este claro.

Se echó á reir y todos los bandoleros le imitaron, dando palmadas para aplaudir el ingenio del inventor de aquel suplicio.

He oído decir muchas veces, y yo mismo lo he notado, que en el momento en que vemos acercarse una muerte tan prematura como inesperada es cuando más vivimos, por decirlo así. Todos nuestros sentidos están más despiertos que nunca; así que yo olía, veía y oía como jamás olí, vi ni oí, á no ser en circunstancias análogas. Por esta razón no es de extrañar que mucho antes que los bandoleros lo notasen, y de que el jefe comenzase á hablar, oyera yo á lo lejos un zumbido que á cada momento era menos confuso y se acercaba más y más.

Cuando el jefe concluyó de dictar mi sentencia, y cuando los bandoleros me soltaban las ligaduras para conducirme al patíbulo como si dijéramos, el zumbido se convirtió en ruido de herraduras, en chis-chas de bridas y en rechinar de sables contra el estribo. ¿Sería posible que yo confundiese todo aquel estrépito de tropas de caballería en marcha con ningún otro?

—¡Auxilio, socorro, compañeros! grité.

Y por más que, dándome golpes en la boca, procuraban los bandoleros hacerme callar, arrastrándome hacia los árboles, continué gritando con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Auxilio, camaradas, ayudadme, que matan á vuestro coronel!

El dolor de las heridas que venía sufriendo y los hondos disgustos habían producido en mi imaginación una especie de delirio, el cual me hizo ver á la entrada del claro á mis quinientos húsares, con clarines y todo; pero lo que vi de veras era muy distinto de lo que me había imaginado.

Por el camino que conducía al valle apareció de pronto un joven, jinete en magnífico caballo. Avanzó á galope tendido, y pude ver que su porte y su aire eran tan elegantes como distinguidos.

Era alto, esbelto y de un conjunto sumamente agradable y simpático. Vestía chaqueta roja, de uniforme, la cual, á consecuencia de hallarse expuesta constantemente á los rayos del sol, había perdido el color. Su tahalí era de encajes, y el casco de metal muy reluciente, con una elegante pluma en la cimera. Seguíanle cuatro militares, todos con el mismo uniforme, á excepción de los encajes y de la pluma blanca; los cuatro limpios de cara y tan frescachones y robustos, que más bien parecían frailes que dragones.

Obedeciendo una orden bien dada por su jefe se detuvieron todos con ruidoso estrépito de armas, adelantándose el joven para hablar con el capitán de la cuadrilla. En seguida comprendí que los recién llegados eran ingleses, y me bastó una ojeada para convencerme de que eran buenos militares.

—¿Qué pasa aquí? preguntó el joven, hablando un francés muy imperfecto. ¿Quién pedía auxilio y qué se proponían ustedes hacer con él?

En aquel momento bendecí los meses en que Obriante, el descendiente de los reyes de Irlanda, estuvo enseñándome el inglés. Los



¿QUIÉN PEDÍA AUXILIO?

bandoleros acababan de soltarme los pies, y sólo necesité un buen estirón para aflojar las ligaduras de las manos. En seguida salté de un brinco al otro lado; recogí el sable, que estaba en el suelo, monté el caballo del pobre Vidal, de un tajo rompí la correa que le tenía sujeto y fuí á colocarme al lado del oficial inglés, antes casi de que nadie se diera cuenta de lo que hacía.

—Me entrego á usted, caballero, le dije en un inglés que no era ciertamente mucho mejor que el francés que él conocía. He tenido la

desgracia de caer en manos de estos *caballeros*, quienes pensaban imponerme un suplicio terrible.

Tan satisfecho, tan alborozado me sentía yo al verme de nuevo montado y con el sable en la mano, que lo blandí en el aire dando vivas de alegría.

El jefe de la cuadrilla avanzó, siempre con su irónica sonrisa en los labios, y dirigiéndose al oficial inglés, le dijo:

—Su excelencia observará que este militar francés es mi prisionero.

—Aunque lo sea, replicó el inglés, esa no es manera de castigar á nadie. Si lord Wellington opinara como yo, tendríamos por aliados á los españoles, sí, á los bandidos no, por muy españoles que fuesen.

—¿Y mi prisionero? agregó el bandido.

—Vendrá con nosotros al campamento inglés.

—Una palabra antes que se vaya, continuó diciendo.

Y acercándose al oficial, sacando el brazo por encima de su hombro, con la rapidez del rayo me disparó su pistola en la cara. Afortunadamente no hizo el blanco que se proponía, pues únicamente consiguió agujerearme el morrión con el proyectil. Viendo que no me había acertado levantó nuevamente el arma con intención de disparar otra vez, cuando uno de los ingleses que ostentaba los galones de sargento sacó el sable y le dió un tajo tan tremendo que casi le dejó colgando la cabeza.

Al ver esto, todos los bandoleros se echaron sobre nosotros; pero unos cuantos tajos y mandobles bastaron para hacerles retroceder, y marchamos á galope tendido por el mismo camino que habían traído los ingleses. Como eran muchos más que nosotros, no nos determinamos á detenernos hasta que llegamos á un campo abierto, á bastante distancia de la madriguera de los bandidos.

A pesar de mis dos heridas y de lo fatigado que me encontraba, confieso que me sentía orgulloso al pensar que yo, Etienne Gerard, había dejado á los bandoleros tan buen recuerdo de mí. Con seguridad que habrían de meditarlo bien antes de volverse á meter con un húsar francés.

Tan entusiasmado estaba, que me permití dirigir un discursito á los ingleses diciéndoles quién era aquel á quien habían salvado. Quise hablar también de la gloria y de la satisfacción que experimenta un hombre valiente al salvar á otro: pero me interrumpió el oficial, diciendo así:

—Bien, sí: todo eso ya lo sabemos.

Y volviéndose al sargento, le preguntó:

—¿Hemos sufrido algún quebranto?

—El caballo de Jones ha recibido un balazo en una rodilla, contestó el sargento.

—Bien, que venga Jones con nosotros. El sargento Hallidey, acompañado de Harvey y de Smith, que marche siempre á la derecha hasta encontrar las avanzadas alemanas.

Con esto se adelantaron los tres, y el oficial y yo, seguidos á bastante distancia del soldado con el caballo herido, tomamos la dirección del campamento inglés.

Desde un principio simpatizamos mutuamente y pronto entablamos conversación. Díjome que era hijo de una de las más nobles familias de Inglaterra, que militaba por puro patriotismo y por amor al ejército, y que estando á las órdenes de lord Wellington, habíale mandado explorar por si los franceses avanzábamos por los montes.

Como he viajado siempre mucho y fuí muy aficionado al conocimiento de los idiomas, puedo pronunciar perfectamente el nombre del joven aristócrata. Llamábase lord Sir George Russel Bart, siendo este último nombre honorífico, como el don en España. Yo comencé llamándole Bart, pues me pareció más sencillo y más breve.

Como teníamos casi la misma edad y las mismas ambiciones, además de pertenecer ambos á la caballería de nuestros respectivos ejércitos (dragones del 16 era su regimiento), llegamos pronto á intimar. Me hizo conocer el nombre de una joven á quien amaba, y que vivía en los jardines de Vauxhall, y yo le hablé de la pequeña Coralie de la Opera. Sacó del pecho una trencita de pelo y yo le enseñé un guante.

Después de esto casi llegamos á reñir disputando sobre si eran mejores los húsares ó los dragones. Estaba orgulloso de su regimiento, y deberíais haberle visto cómo torció el labio con desdén y echó mano al sable cuando le dije que ojalá mis húsares no llegaran á verse nunca frente á sus dragones.

Por último comenzó á hablarme de lo que los ingleses llaman *sport*, y me dejó pasmado cuando me dijo el dinero que había perdido en apuestas. A cualquier hora estaba dispuesto para apostar, y como por casualidad viese yo una estrella errante, quería apostar 25 francos por estrella á que él veía más estrellas que yo. Solamente desistió cuando le manifesté que mi portamonedas había quedado en manos de los bandoleros.

Proseguimos caminando toda la noche y charlando hasta el ama-

necer, cuando de repente vino á sorprendernos el eco de una terrible descarga de fusilería. El terreno por donde marchábamos era accidentado y pedregoso, y aunque no se veía nada, llegué á creer que se había entablado un combate general. Así se lo indiqué á Bart. el cual se echó á reir, y me manifestó que el eco procedía del campamento inglés, donde se acostumbraba á descargar las armas todas las mañanas á primera hora, á fin de asegurarse de que la pólvora se hallaba bien seca.

—Nos falta próximamente una milla, dijo, para encontrar á los centinelas británicos.

Al oir esto dirigí una mirada hacia atrás y vi que estábamos solos. En todo el pedregoso valle no veía un alma más que Bart y yo. Sin duda la herida del caballo de Jones era más grave de lo que se creyó en un principio y se habría quedado á la zaga. Entonces empecé á preguntarme si verdaderamente era muy necesario que recorriera yo la milla que nos faltaba para llegar al campamento inglés.

Amigos míos. debo explicaros bien este punto. pues no quisiera que creyerais que era un ingrato y me portaba mal con un hombre que me había salvado de las garras de los bandidos. Acordaos de que el primer deber de un oficial es cuidar de sus hombres. y de que la guerra es una partida que se juega con reglas fijas. Cuando se quebranta una de estas reglas. debe exigirse la multa inmediatamente. Si se me hubiese exigido mi palabra. hubiera sido un infame en querer escaparme; pero no había nada de eso, ninguna palabra se me había exigido. Por ser demasiado confiado, y á consecuencia de haberse quedado atrás, por casualidad ó sin ella, el jinete con el caballo herido, nos veíamos solos Bart y yo en aquella especie de desierto.

Creo que si yo hubiese sido el salvador en lugar del salvado, hubiera tratado á Bart con la misma cortesía con que él me trató á mí; pero no por eso hubiera dejado de procurar que estuviese desarmado y de tener buen acompañamiento, por lo que pudiera ocurrir.

Deteniendo el caballo le expliqué todo esto, preguntándole si tenía inconveniente en que me separase de él y marchara por otro lado.

Lo meditó un poco, pronunciando varias veces las dos palabritas que en inglés equivalen á nuestro *¡Mon Dieu!* y luego me dijo:

—¿Conque piensa usted marcharse?

—Si no tiene usted inconveniente...

—No hay más inconveniente que uno... ¡Que le cortaría á usted la cabeza en el acto!

—Amigo Bart. dije, somos dos para jugar á eso.

—Bien, pues vamos á ver quién juega mejor, contestó, desenvainando el sable.

Yo también saqué el mío, aunque resuelto á no tocar á aquel admirable joven que había sido mi salvador.

—Considere usted, le dije, que soy su prisionero y que también yo



ME DIRIGIÓ UN SABLAZO Á LA CABEZA

pudiera alegar que lo es usted mío. Aquí estamos solos, y aunque no dudo que tira usted bien, no creo que pueda resistir al mejor tirador de las seis brigadas de caballería ligera.

Por toda contestación me dirigió un sablazo á la cabeza.

Le rechacé, cortando por la mitad la blanca pluma de su casco. Volvió á atacarme, dirigiéndose al pecho: volví yo á rechazar la nueva acometida, y además le corté la otra mitad de la pluma.

—¡Al diablo con sus artificios! exclamó muy furioso cuando retiré mi caballo.

—Pero ¿por qué se empeña usted en herirme, si ve que yo no quiero reñir con usted?

—Bien, todo eso está muy bien, pero usted tiene que venir conmigo al campamento de las tropas inglesas.

—No veré jamás el campamento.

—Le apuesto nueve contra cuatro á que está usted allí antes de mucho tiempo, dijo, acercándose á mí blandiendo el sable.

¿Qué se proponía aquel joven? ¿Era que no podíamos decidir la cuestión de otra manera que batiéndonos?

De tal modo se iban poniendo las cosas, que para evitar que él me hiriera á mí me vería obligado á herirle á él. Su sable no distaba ni una pulgada de mi cuello, pero pude parar el golpe.

—Tengo algo que proponer, le dije. Vamos á echar á suertes para ver quién es el prisionero, si usted ó yo.

Entonces se echó á reir. Sin duda mi proposición lisonjeaba sus invencibles aficiones al *sport*.

—¡Vengan los dados! exclamó.

—No los tengo.

—Ni yo; pero tengo naipes.

—Bueno, pues que sea con naipes.

—Y ¿á qué jugamos?

—A lo que usted quiera.

—¿Al *ecarté*?

No pude menos de sonreirme al aceptar, pues no creo que en toda Francia hubiera podido hallar tres hombres que me ganaran jugando al *ecarté*. Así se lo manifesté al inglés mientras nos apeábamos, pero me contestó con cierto orgullo:

—En casa de Watier tengo fama de ser el mejor jugador de *ecarté* de toda Inglaterra: de modo que si gana usted la partida, bien merecida tendrá usted la libertad.

Atamos los caballos y fuimos á sentarnos uno á cada lado de una enorme piedra. Bart sacó del bolsillo de su chaqueta los naipes, y sólo con verle barajar comprendí que no era ningún novicio. Alzamos, y le tocó dar las cartas. ¡Vaya una puestecilla la que teníamos! Nada menos que la liberted de Etienne Gerard.

El inglés quería añadir á la puesta una moneda de oro por cada partida, pero no acepté, pues ¿qué valía el dinero comparado con la vida de un arrogante militar?

A mí me parecía que todos los que tenían motivos para interesarse en el resultado de la partida (mi madre, mis húsares, el sexto cuerpo de ejército, Ney, Massena y aun el mismo Emperador) formaban un círculo á nuestro alrededor en aquel desolado valle. ¡Cielos, qué golpe tan terrible para todos si la suerte se mostraba esquiva conmigo!

La primera partida la gané sin dificultad, más que por otra cosa porque me tocaron las mejores cartas. En la segunda estuve muy bien y saqué una baza por casualidad, pero Bart hizo más que yo.

¡Cáspita y qué excitados estábamos! El inglés se quitó el casco y yo el morrión.

—Mi caballo contra el suyo, exclamó.

—Aceptado.

—El sable.

—Aceptado.

—La silla, las bridas y los estribos.

—Aceptado, todo aceptado.

Me había infundido algo de su afición; tanto es así que, si hubieran sido míos, hubiera apostado mis húsares contra sus dragones.

Entonces comenzó el gran partido.

Jugó bien, muy bien; pero yo, ¡ah, amigos míos! estuve superior. De las cinco bazas que me faltaban hice tres seguidas. Bart se mordía de rabia el bigote, y yo por mi parte me parecía estar ya á la cabeza de mis pícaros húsares.

En la segunda descubrí el rey, pero perdí dos bazas; de manera que yo tenía cuatro y él dos.

Cuando vi las cartas que me tocaron en la tercera, no pude reprimir un gesto de alegría.

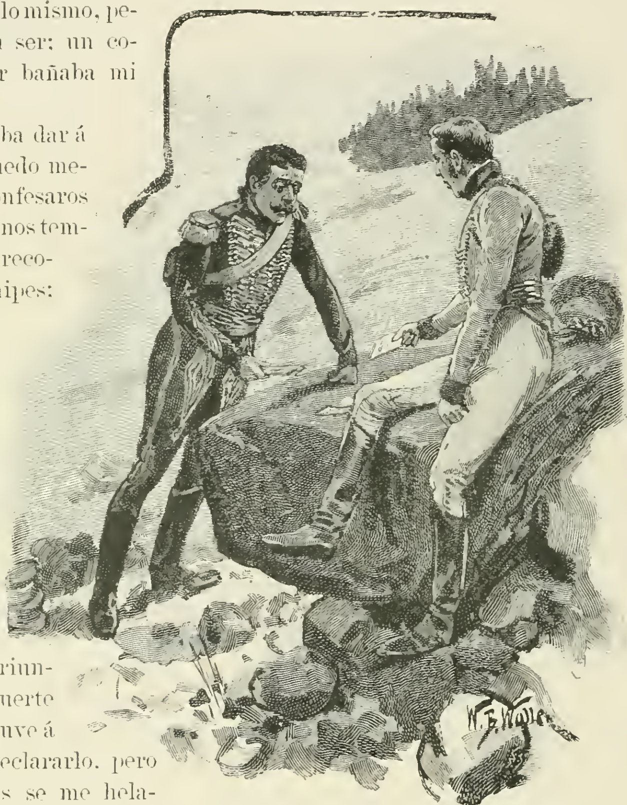
Si con esto no gano mi libertad, me dije, mereceré estar encerrado toda mi vida. Dadme los naipes y os indicaré cómo jugamos. Estas eran mis cartas: sota y as de bastos; reina y sota de oros, y rey de copas. Tened en cuenta que los bastos eran triunfos. De modo que sólo había un punto entre mi libertad y mi cautiverio. Empezó Bart con el diez de bastos y lo tomé con el as de triunfo. Un punto ganado. Siguiendo el juego correcto, continué con triunfos para deshacerme de ellos y puse la sota. La tomó con la reina y quedamos iguales. Puso el ocho de bastos y no tuve más remedio que perder mi reina de oros. En seguida salió con el siete de bastos y se me erizó el pelo. Al final tiramos un rey cada uno. Bart había hecho dos puntos, y á pesar de tener peores cartas que yo me ganó aquella partida.

Indudablemente, en casa de Watier jugaban en el año 1810 un

ecarté muy superior. Lo digo yo, Etienne Gerard, uno de los mejores jugadores de Francia.

De aquella manera teníamos cuatro bazas cada uno; así, que una partida más y asunto concluído.

El inglés demostraba gran calma y mucha indiferencia, y yo procuré hacer lo mismo, pero no podía ser; un copioso sudor bañaba mi frente.



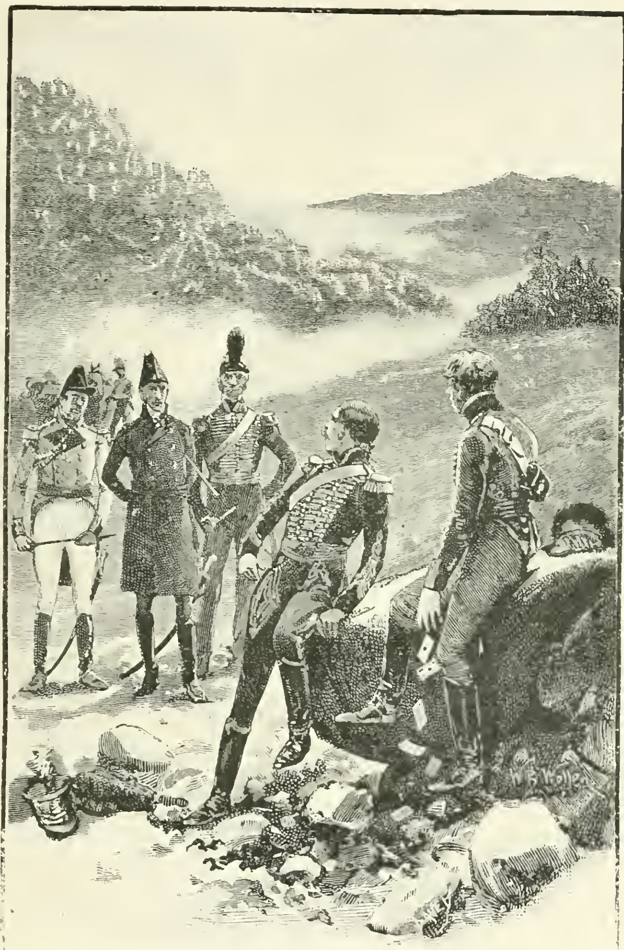
AL FINAL TIRAMOS UN REY CADA UNO

Le tocaba dar á él, y no puedo menos de confesaros que mis manos temblaban al recoger los naipes; pero en cuanto los levanté, ¡cuál no sería mi regocijo al hallarme con el rey de triunfo, el glorioso rey de triunfo! ¡Qué suerte la mía! !Estuve á punto de declararlo, pero las palabras se me helaron en los labios al ver la cara que ponía el inglés.

Tenía los naipes en la mano, y con ojos que parecían querer saltar de las órbitas miraba por encima de mi hombro con terrible expresión de sorpresa y horror. Di media vuelta y quedé casi tan pasmado como él.

Tres hombres estaban cerca de nosotros, á unos quince metros próximamente. El de en medio era de buena estatura, pero no demasiado alto; seríamos casi de una misma estatura. Vestía uniforme

oscuro y sombrero de tres picos, con una pluma blanca á un lado, pero me fijé poco en el traje. Lo que me llamó más la atención fué su cara. Sus casi escuálidas mejillas, su puntiaguda nariz, sus azules ojos,



LOS NAIPES SE LE CAYERON DE LA MANO

de mirada dominante, y sus delgados labios, me hicieron comprender que aquel era un hombre maravilloso, único entre un millón. Frunciendo las cejas dirigía tan terrible mirada al pobre Bart, que los naipes se le cayeron de la mano.

De los otros dos, el uno era moreno, con cara arrugada y dura, como si fuera de roble. Vestía chaqueta roja.

El otro era alto, bien formado y con patillas rubias. Vestía chaqueta azul con galones dorados.

Un poco más atrás tres asistentes sujetaban otros tantos caballos, y más atrás todavía veíase una escolta de lanceros.

—¡Hola, Cranford! exclamó el del sombrero de tres picos. ¿Qué demontres es esto?

—¿No oye usted? gritó el de la chaqueta roja. Lord Wellington quiere saber qué hace usted ahí.

El pobre Bart refirió lo que había sucedido, pero su relato no causó en nadie la menor impresión.

—¡Vaya una escena bonita! general Cranford, exclamó lord Wellington. Es necesario mantener la disciplina de este regimiento; caballero, ¡vaya usted preso al cuartel general!

Bart montó en su caballo y cabizbajo se retiraba de allí; pero yo me impresioné tanto al verle, que resolví pedir su perdón. Al efecto supliqué al general inglés que le perdonara, diciendo que yo podía atestiguar que se había portado bien.

¡Oh, amigos míos! Mi elocuencia hubiera conmovido al corazón más duro. Las lágrimas brotaron de mis ojos, pero no de los suyos. No se conmovió ni lo más mínimo, y lo que únicamente hizo fué preguntarme con cierta ironía:

—¿Cuánto peso ponen ustedes á las mulas en el ejército francés?

—Doscientos kilos, respondí.

—Pues hacen ustedes mal, repuso lord Wellington, añadiendo en seguida: Conducid al prisionero á retaguardia.

Me rodearon los lanceros.

Yo me puse furioso al considerar que el triunfo había estado en mis manos y que en aquel momento debía ser hombre libre.

Levanté los naipes á la vista del general, y le dije:

—Mirad, mi general. Jugué para alcanzar mi libertad y la alcancé, puesto que, como veis, tengo al rey en la mano.

—Al contrario, señor coronel, replicó sonriéndose. Soy yo el que ha ganado, puesto que queda usted en manos de mi rey.

A. Conán Doyle.



El Kaid burlado



Siempre me ha gustado el trato con los marinos, en los que he visto fortaleza, valor y nobleza; excelentes cualidades que ellos pulen en sus travesías por los mares, con sus lejanos puntos de desembarco en tierras muchas veces ingratas; pero nunca he saboreado mejor el placer de la amistad con la gente de mar que aquel año que veraneé en Mundaca, en aquel puñado de casas situadas cerca de Bermeo, en la costa Cantábrica, siempre hermosa, casi en el golfo de Gascuña, siempre digno de respeto.

Después de la siesta, en las horas en que el sol se hacía molesto, aun fuera del alcance de sus rayos, dirigía mis pasos hacia el mar, para contemplar los rizos de espuma que las fuertes olas levantaban al quebrarse contra las rocas, molestado apenas por las miradas de hombres extraños; pero pocos días después de mi llegada encontré en mis solitarias excursiones á un viejo simpático, con su boína en la cabeza, su traje holgado, su andar lento, el pelo enteramente blanco, con señales, en todo su aire y aspecto, de un hombre que ha vivido mucho y que espera la hora de la muerte con calma, con la tranquilidad del que ha cumplido siempre con su deber y ha terminado su misión en la tierra.

Siempre que me encontraba con él me saludaba cortésmente y llegamos á ser amigos.

Era un viejo capitán de la marina mercante, nacido en aquel pueblo, donde vivía con una hija viuda y dos nietos.

Su mujer había muerto; tenía dos hijos navegando en brillantes puestos; desde niño había vivido en el mar, y hacía algunos años que,

sintiendo que comenzaban á faltarle las fuerzas para el rudo trabajo de capitán, vegetaba en Mundaca entre sus parientes y amigos. Pero gustando de la amistad con gente joven, la hizo muy sincera conmigo y me refería sus viajes, que yo escuchaba con deleite.

Un día discutíamos amistosamente acerca de la diferencia de energías entre los jóvenes fin de siglo y la juventud de su tiempo. Aquéllos, hombres sanos, con ideas grandes y nobles en su mente, supieron hacernos adelantar en el camino del progreso; mientras que los de hoy, acostumbrados á la molicie, sólo aspiran, salvo raras y honrosas excepciones, á conseguir por influencias un empleo oficial donde ganar un modesto sueldo con que tapar el hambre, pasando sus mejores años en esos panteones de la juventud llamados oficinas, en lugar de lanzarse al mundo para vivirlo y adquirir con sus esfuerzos una holgada y digna posición.

Discutíamos sobre esto, y me decía con entusiasmos del espíritu á los que no respondía el cuerpo:

—Joven, á su edad debe usted huir de hacerse lo que se llama un señorito. Procure usted ser fuerte en todo, y así, cuando algún día necesite el bastón para apoyarse en él, como yo lo hago ahora, se apoyará usted contento. Y no tema usted que de este modo llegará antes la muerte, no: antes se muere en la atmósfera del vicio de los cafés que luchando en el mundo contra los rigores de la vida. Yo, en esta lucha, he creído morir muchas veces, y algunas, como esta que ahora le voy á contar, estuve casi á las puertas de la tumba, pero la Providencia ayuda á los valientes.

Después de hablar así, y haciéndome sentar en una roca, encendió su pipa y me contó lo que sigue:

—Mandaba yo entonces el *Vasconia*, un bonito brikbarca, más seguro que la tierra que estamos pisando, y hacíamos la carrera desde Dakar á Pasajes, con escalas en Marruecos y en España. Llevábamos telas, herramientas, fusiles y aguardientes, y á la vuelta traíamos ganado, arroz, huevos, dátiles y otros productos. Entre todos los puntos donde anclábamos ninguno llamaba más mi atención que Mogador, donde rara vez bajaba yo á tierra por prudencia, pues conociendo á aquellos moros de kabila, sabía que cuando cogían á algún capitán de barco (y procuraban cogerlo) hacían pagar caro su rescate.

Una mañana estaba yo sentado en un banco, debajo del puente, vigilando la carga de seras de dátiles que entraban en el buque. Nos ayudaban algunos sucios árabes á colocarlos sobre cubierta lo mejor posible, cuando observé que uno de los cargadores me miraba con

insistencia y demostrando deseos de hablarme. Como entre ellos la curiosidad es mal apreciada en un europeo, y el ser indiferentes nos hace aparecer á sus ojos mucho más superiores, seguí observándole, aunque aparentemente engolfado en el examen de un puñado de cuentas que tenía en la mano.

El hombre se decidió por fin, y acercándose á mí me hizo una profunda reverencia. Le miré fijamente, y le dije en un árabe bastante incorrecto:

—¿Qué hay?

No pareció comprenderme, pero procuraba que no le viesen sus compañeros, y cuando creyó haberlo conseguido, volviéndoles la espalda, sacó de su amplio jaique, no sé de qué manera, un papel plegado, y con el mayor disimulo lo echó sobre mis rodillas.

—Si eres algún prestidigitador desocupado á mal sitio vienes, pensé yo; pero al ver que se retiraba sin volver la cabeza desplegué el papel y me encontré con unos cuantos trazos de lápiz, en los que pude adivinar la letra de mi piloto Gutiérrez.

El papel decía así:

«Querido capitán: Me he metido en un lío, del que no sé cómo podré salir. Si me salva usted, no lo olvidaré nunca. He bajado á tierra y en una callejuela, á la izquierda de la mezquita, me han tapado la cara con un trapo y me han metido en un calabozo, no sé dónde. El portador podrá, quizá, decirle dónde estoy y quién me ha quitado el reloj y mi caja de pinturas. Todo ha sido por una chiquilla muy bonita á quien retraté. ¡Ya ve usted!...»

Aquí terminaba la carta. Figúrese usted cómo me quedaría yo, que entonces tenía muy mal genio, al enterarme del lío en que me metía mi piloto.

Me mordía de rabia los labios, mientras maldecía á los hombres que tienen aficiones artísticas.

El buen Gutiérrez no era tonto ni borracho, y allí no podía encontrar muchachas con quienes divertirse. Solamente su pícara afición á dibujar y pintar todo lo bonito, todo lo bello, le había hecho cometer aquella imprudencia, que tan cara podía costarnos.

Pensaba castigarle, poniéndole una mala nota que retrasara su ascenso á capitán; me proponía desquitarme de algún modo de aquel disgusto que me estaba causando; pero como el perder tiempo podía sernos muy doloroso, me fuí á mi camarote, me puse mi mejor traje de dril y me acicalé como el petimetre más almibarado que va á ver á la novia.

Llamé al contramaestre, y le dije así:

—Voy á tierra y le dejo á usted encargado del barco. Despida usted á esos mozos y no permita que vengan á bordo más de dos á la vez. Cierre usted todo con llave por abajo y diga al mayordomo que haga lo mismo en las cámaras.

Al salir del barco le pregunté al segundo:

—¿Sabe usted qué es de Gutiérrez?

—No, señor, me contestó.

—Se ha metido en un lío muy gordo por querer retratar á una mora y voy á ver al Kaid.

Un tripulante que nos oía, exclamó sonriendo sin poderse contener:

—¿Por pintar ó por faldas?

Al oirle me enfadé todavía más, y aunque sin oportunidad para que se rompieran nuestras relaciones oficiales, me contenté con gritar:

—Cuando termine el arresto que pienso imponerle, él se lo contará á usted; ni la casa ni yo tenemos pilotos para que se diviertan de esa manera, comprometiéndonos á todos, en lugar de cumplir con su deber. Ya le haré yo pagar las consecuencias. Estaré de vuelta para la hora del café.

De muy mal humor salté á un bote, y pocos minutos después, no habiendo todavía sitio donde atracar por estar baja la marea, bajé á tierra en hombros de un morazo.

En el trayecto tuve tiempo para pensar en muchas cosas, y hasta se me ocurrió que podía suceder que no volviese al barco, el cual hacía escala en Mogador por indicación mía. Pero... ¿quién dijo miedo?

Entré en Mogador y pregunté por un moro influyente y de prestigio con quien aquella mañana había tenido ocasión de tratar para el ajuste de un cargamento, y no sin sorpresa supe que se hallaba en casa de uno de los principales jefes de tribu.

Me dirigí allá y me hicieron pasar á una sala, donde sobre una tarima, cubierta con tapices, estaba mi buen moro sentado á la mahometana y fumando una gran pipa, de esas que descansan en el suelo. Al verme se retiraron algunas mujeres que le rodeaban, ricamente vestidas y con velos hasta los ojos. Me recibió haciendo muchas zalemas, con cierta seriedad y demostrándome mucho respeto, y una vez sentado como él, me instó á que le imitara fumando otra pipa que me trajo un negro (algún esclavo sin duda), juntamente con un café delicioso y unos dulces de dudoso aspecto.

Poco era el árabe que yo sabía, pero sí el suficiente para hacerme comprender, y conociendo las costumbres marroquíes comencé hablándole de todo menos del asunto que me había llevado á verle. Hablamos de comercio y nos hicimos muchos cumplidos, algunos en francés y en español, pues conocía algunas frases de estas lenguas, y cuando no podíamos entendernos bien nos valíamos de la mímica, de las manos y de los ojos.

Cuando ya llevábamos una hora de plática, durante la cual el negro había renovado el café y los dulces, le dije, como por incidencia, que un oficial de mi barco se había enredado algo en el pueblo.

—Poca cosa, añadí, y quisiera que me indicaseis dónde está, en lugar de ir á ver al Kaid. Quiero evitar dilaciones, y además necesito que el oficial se halle esta noche á bordo.

A lo cual replicó con mucha calma:

—El Kaid estarlo yo, y de su hombre saber mucho.

Procuré ocultar mi sorpresa, y sabiendo que la maquinaria de la ley marcha bien por allá *untándola* con aceite de palma, ó sea con buenas monedas, y que un Kaid lo puede todo, me llevé la mano al bolsillo y le miré como interrogándole.

Entonces movió la cabeza en señal de asentimiento; cogió las monedas que yo le ofrecía, mirándolas y sonándolas con mucho detenimiento (llegó hasta á morderlas), y acabó por elegir tres de cinco duros que entre ellas había. Sin decir una palabra las metió en un bolsillo secreto de su blanco jaique y continuó fumando tranquilamente.

Al ver su cachaza se me subió la sangre á la cabeza y le dije:

—Oye, Kaid del demonio, si te dejo coger esas monedas es para que á mi piloto le vea yo cuanto antes. No tengo ganas de perder el tiempo; conque habla pronto, pues de lo contrario puede costarte caro.

—Yo saber mucho, contestó sin inmutarse, pero no poder...

Y siguió fumando imperturbablemente.

Entonces no pude ya contenerme y comencé á gritar:

—Mira, morazo sin decoro, yo he cumplido la ley mora como hombre honrado, para que tú lo cumplas también y me devuelvas mi piloto. Si no lo haces, dentro de unas horas destruiré á cañonazos este puñado de casucas.

Se levantó, haciéndome una reverencia con los brazos cruzados, y pretendió salir como si fuera á buscar al preso; pero yo, que sabía muy bien cómo suelen gastarlas los moros, le detuve diciendo:

—No, llama á algún subordinado tuyo y dale tus órdenes.

Y le cogí del brazo con tal fuerza, que al dar un violento paso hacia atrás se le cayó una bolsa, de la que salieron rodando buen número de hermosas perlas.

Entonces el Kaid, haciendo rechinar los dientes, pretendió herirme con un puñal que sacó como por encanto; pero yo le paré el golpe, ó más bien se contuvo al ver que con mi revólver, que tenía preparado, le apuntaba al pecho.

Luego, con mucha calma, le dije así:

—No soy ningún ladrón ni yo tengo la culpa de que tus tesoros rueden por el suelo. Recoge tú mismo las perlas y guarda el puñal, si quieres que yo guarde el revólver, y seamos buenos amigos. No pierdas el tiempo en cosa tan sencilla como ésta: avisa para que el piloto recobre la libertad, y volveré al barco tranquilamente.

Dió tres palmadas y se presentó un negro, al cual comunicó una orden en algún dialecto marroquí, pues no pude comprender ni una palabra. Se la hice traducir, y aunque aparenté conformarme, la vehemencia con que se había expresado me hizo entrar en suspechas. Sin embargo, nos pusimos nuevamente á fumar, pues me pareció, después de todo, que en la actitud del Kaid se había realizado un cambio, hijo más que de otra cosa de ese temor con que los pueblos inferiores suelen mirar á los de raza superior.

Una hora permanecimos así en silencio, sólo interrumpido por los pasos de una esclava, que de cuando en cuando entraba para llenar nuestras pipas y poner esencias en los pebeteros del salón.

Por fin regresó el negro á quien había comunicado la orden y le dirigió algunas palabras. Al oirlas el Kaid, se levantó exclamando:

—Su hombre estar en el salón, en el lado otro: va á estar juzgado; podemos ir.

Creyéndole de buena fe, le di la mano y le dije:

—Espero que será absuelto, aunque no tengo gran confianza en vuestros jueces. De todos modos, celebro esta solución, pues de lo contrario, y aunque trajeras aquí todas tus tropas, y el piloto y yo lo pasáramos mal, pronto asistirías á tu propio entierro.

Me escuchó sonriente primero y luego sumiso, y me invitó á salir con él por una galería. Cruzamos dos suntuosas habitaciones y otra galería de hermosas columnas con filigranas de arquitectura, donde los oídos se deleitaban con el susurro de una artística fuente, cuyas aguas rompían en cristales de mil colores. De pronto el moro detuvo su paso arrastrando sus bordadas sandalias y se volvió despacio hacia

mí. ¡Cuál sería mi sorpresa al sentir que el pavimento se hundía y que, recibiendo un golpe fuertísimo en la cabeza, iba cayendo en una profundidad como de seis metros, cuya abertura se cerraba detrás de mí, dejándome en la oscuridad más completa!

Afortunadamente no recibí daño de importancia, aunque sí sentía fuertes dolores en todo el cuerpo.

Palpé el suelo donde estaba y noté que era de losas de piedra y que en parte estaba cubierto de paja larga. Busqué en mis bolsillos cerillas, y por casualidad encontré una caja, la cual, desgraciadamente, apenas contenía media docena.

Encendí una, y á su débil luz pude ver que estaba metido en una especie de ratonera. No tenía puerta por ningún lado ni ventana por ninguna parte. Revestida de ladrillo, iba estrechándose hacia arriba, donde terminaba en una trampa perfectamente disimulada, que fué por donde caí.

Mi desesperación era horrible. Si en aquel momento hubiera asomado por allí, le hubiese recibido á tiros de revólver. Este era el que me infundía algún aliento con sus cinco cápsulas, además de las doce que llevaba en el bolsillo, dispuesto á emplearlas bien.

Me tumbé un poco sobre la paja, procurando calmarme para pensar lo que debía hacer, pero no me dejaban descansar los dolores que sentía en casi todo el cuerpo.

Luego comencé á examinar mi prisión apresuradamente, á fin de economizar las cerillas, y al arrojar una de éstas encendida al suelo vi con sorpresa que la apagaba algo así como una corriente de aire. ¿Iría á ayudarme la casualidad? Encendí otra, la penúltima, sobre el mismo sitio y al instante se me apagó, pero pude orientarme. Me arrojé al suelo á flor de tierra, palpé con las manos y sentí que las refrescaba un ligero vientecillo. Sin duda alguna había comunicación con el exterior. Saqué una navajita, que afortunadamente llevaba en el bolsillo, y comencé á destruir el tabique, pero al poco tiempo se me rompió la improvisada herramienta.

Maldiciendo estaba de mi suerte, cuando no lejos de mí oigo pronunciar mi nombre con voz muy débil.

—¿Quién anda ahí? pregunté.

Y á través de la pared del lado opuesto siento la voz del buen Gutiérrez, que me decía:

—¿Pero es usted, mi capitán? ¿También le han traído á usted aquí? Supongo que usted no habrá retratado á ninguna chiquilla.

Al oir esto no pude menos de decirle:

—¡Sin vergüenza! Hable usted con más respeto á su capitán. Cuando salgamos de aquí le tendré una semana encerrado en la bodega del barco para que se acuerde del lío en que me ha metido.

El tal Gutiérrez, que era un andaluz muy capaz de estar de broma en su propio entierro, me contestó muy tranquilamente:

—No se incomode usted, mi capitán, dispénseme y oiga: Uno de esos tíos hambrientos que andan por ahí á ver si cae algo se acercó á la boca de mi celda ofreciéndose á llevar al barco la noticia de mi encierro si le daba lo que tuviera en los bolsillos y el reloj con la cadena. Me echó una cuerda y le di un papel escrito, que no pude terminar porque temía que me sorprendiesen; pero yo no esperaba que viniese usted á hacerme compañía.

No pude menos de reirme para mis adentros, y humanizándome un poco le conté cómo había llegado hasta allí. A lo cual me contestó:

—Pues señor capitán, me parece que, á pesar de que el pintar una hembra de esta tierra es cosa prohibida por la ley de Mahoma, estamos aquí porque el Kaid quiere quedarse con los rifles ingleses y los remingtons que traemos á bordo.

—¿Qué rifles?

—Los que vienen en las cajas que dicen «Maquinaria» y que debemos entregar, hoy ó mañana lo más tarde, al falucho que, según declaración, vendrá á recogerlos. Aunque usted no lo sepa, esas cajas que vienen de Londres son, por lo que he oído, armas para una kabila vecina del Kaid, la de Rad el Moussa, con las que éste quiere hacerle la guerra para apoderarse de sus hermosas mujeres y de sus joyas y caballos. El Kaid que nos ha enchiquerado es un pillo de marca mayor, á quien odian todas las kabilas de estos contornos, porque les roba todo cuanto puede. Su audacia llega hasta á asaltar las carabanas que pasan por aquí con regalos para el Emperador, de los cuales las despoja cuando cree que merecen la pena. Conque ya ve usted en qué manos hemos caído. Me parece que ya podemos entonar el *¡De profundis!*

—¡Mil rayos! repuse fuera ya de mí. Si son rifles, yo no lo sé ni me importa. Yo entrego las mercancías á las personas para quienes me las han dado. Aunque fuesen bombas, ese es mi deber. Por lo tanto, si el Kaid las quiere, ya puede esperar; pero saldremos de aquí, ¡voto á cien mil de á caballo! y usted, mal piloto, sufrirá las consecuencias de estos malos ratos por venir á tierra sin mi permiso.

En seguida, sin escucharle más, seguí destruyendo la pared por el sitio de antes, casi al ras del suelo, ya á puntapiés, ya con las manos,

hasta quedar éstas destrozadas: en esto que se abre el techo-puerta de mi encierro, y oigo con asombro á un hombre que en buen español me decía:

—Oye, capitán: mi señor el Kaid dice que si das orden para que nos entreguen en tu barco las armas que llevas, saldréis de aquí en cuanto lleguen.

La impresión que recibí al oir hablar á un español fué muy grande, pero no impidió que le contestase diciendo:

—Renegado, ¿quién eres tú para hacerme esa indicación?

—Soy cubano, naufragué cerca de aquí y me prendieron los moros; pero vieron que les podía ser útil, y soy ahora su secretario. Tengo caballo, una gran casa y cuantas mujeres quiero: ayer compré una nueva. Estoy aquí mejor que en nuestra tierra, conque no pretendas comprarme. Si nos entregas los rifles, saldréis de aquí; si no no los entregas, vais á morir achicharrados.

—¡Infame! exclamé lleno de ira. Di á tu amo que los rifles que llevo servirán, dentro de unos días, para que os destrocen á balazos; pero que antes, con el cañón que llevo á bordo, procuraré reducir á polvo vuestras casas.

Entonces aquel canalla se echó á reir estrepitosamente, y viendo que sería inútil toda pretensión de entrar en tratos conmigo cerró la trampa.

Momentos después sentí que con una gruesa tela quedaban tapadas todas las rendijas, y al poco rato me pareció notar que por las junturas de los ladrillos de una de las paredes penetraba en mi calabozo un humo acre y nauseabundo.

Al mismo tiempo oí á Gutiérrez que me decía:

—Mi capitán, ¿por qué no ha aceptado usted? Están quemando estiércol de camello y nos van á matar por asfixia. Yo, por mi parte, lo confieso, no quisiera morir ahumado como el jamón; hubiera preferido otro género de muerte.

—¡Vaya usted noramala! le contesté, y proseguí mi interrumpida tarea de destrucción, hasta que por fin conseguí abrir un agujero suficiente para que pasara mi cuerpo, aunque con mucha dificultad, y logré salir de aquella cárcel maldita, donde comenzaba á perder la razón, cubierto de sudor, tosiendo y casi asfixiado por el humo, y aunque no sabía si en el sitio á donde iría á parar tropezaría con alguien que de una vez concluyera conmigo, escapé de allí lo más de prisa posible.

El sitio á donde llegué era un lugar oscuro, enlosado como el que

acababa de dejar, y de cuyo techo, según pude ver alumbrándome con mi última cerilla, pendía una escala de cuerda, dejada allí sin duda por olvido. Subí por ella, levanté con toda precaución la trampa y me encontré solo en la alegre galería de antes.

Allí llamó mi atención una gruesa alfombra, que era indudablemente la que cubría nuestras celdas: la retiré y pude luego levantar las otras dos trampas, la de mi celda y la de Gutiérrez.

Llamé á éste repetidas veces, pero no me respondía.

Con el disgusto y el humo que salía por aquellas dos bocas de nuestras prisiones comenzaba á perder la cabeza, cuando llegó hasta mí un débil lamento. ¡Era Gutiérrez! Le arrojé la escala que á mí me había salvado y acertó á cogerla. Al poco rato estábamos los dos respirando aire puro.

Ibamos ya á escapar, cuando por una puerta, oculta por un tapiz, salió un hombre vestido con rico traje de moro, quien lleno de asombro nos dijo:

—¡Ah perros!

Era el cubano, á quien, en menos tiempo del que empleo para contarlo, y ayudado por Gutiérrez, le cogí por la cintura y le arrojé á la celda que el piloto acababa de abandonar. Retiramos la escala y echamos la trampa, cubriéndola con la alfombra, para hacer en seguida lo mismo con mi prisión.

—Ya no seremos nosotros los jamones, díjome Gutiérrez con su buen humor habitual. Y ahora vámonos al barco.

—No, le contesté seriamente, tengo que ver al Kaid: sígame usted.

Y emprendimos el mismo camino que había recorrido antes.

El zorro Kaid se hallaba solo en el salón, medio tumbado, fumando su pipa con la mayor tranquilidad.

Al vernos abrió desmesuradamente los ojos y no acertaba á pronunciar ni una frase.

Le mandé que se levantara y me obedeció sumiso.

Me senté en su diván, y mientras Gutiérrez le vigilaba le hablé en estos términos:

—Astuto moro, ahora soy yo el juez y quiero hacer justicia. Has pretendido engañarme y quitarme la vida, sin saber que á un español y vascongado no se le hace traición impunemente. Tu delito merece un castigo muy duro, pero no quiero tu vida. Tienes tres monedas de oro y un saquito de perlas: pues bien, me quedaré con ellas. A ver, piloto, añadí dirigiéndome á Gutiérrez, ate usted los brazos á ese hombre.

Así lo hizo, mas no sin que el Kaid pretendiera herirnos; pero sa-

qué el revólver, le amenacé con levantarle la tapa de los sesos y se dejó desarmar.

Rompí su puñal en dos pedazos y Gutiérrez me entregó las monedas y las perlas.

Le tapamos la boca para que no gritase, le echamos en el diván con unos cuantos cojines encima, cerramos las dos puertas del salón y salimos con mucha calma.

Los negros armados que custodiaban la salida de la casa del Kaid nos saludaron como cuando entré. Llegamos á la plaza, y media hora después estábamos á bordo.

Una vez en mi *Vasconia*, entré en mi cámara seguido de Gutiérrez y le hablé así:

—Amigo Gutiérrez, estas perlas (las del Kaid) valdrán de 15 á 20.000 pesetas. Ahí tiene usted algunas, que bien valdrán mil duros. Tómelas usted, pues constituyen su parte, y no tenga escrúpulos, porque ya sabe usted que proceden, unas y otras, de la multa impuesta por mí al Kaid por su traición. ¿No cree usted que las hemos ganado?

—Sí, mi capitán, me contestó. Las hemos ganado, pero no las merezco. Muchas gracias, pues yo no puedo admitir perlas, pocas ni muchas, á cambio de malos ratos.

—Una cosa son las perlas y otra la disciplina, añadí. Y llamando al contramaestre le dije: Está usted encargado del barco por dos ó tres días. El Sr. Gutiérrez tiene que sufrir una semana de arresto en su camarote y yo estoy algo enfermo.

Gutiérrez siguió dándome las gracias á pesar de lo del arresto, y el contramaestre me dijo que el cargamento de mercancías estaba terminado y que las cajas de maquinaria habían sido ya recogidas por sus dueños. Y viendo que nada teníamos ya que hacer allí, mandé levar anclas.

Al anochecer, el brikbarca, empujado por el viento que nos era favorable, salió de aquel mal puerto de Mogador. Fumando mi pipa en el puente y contemplando aquellas casas blancas con sus azoteas, decía yo para mí, pensando alegremente en la carga que llevábamos y en las perlas que tan duramente había ganado: El mes próximo mandaré un transatlántico y tendré algunos pesos más de sueldo para mantener á mis hijos.

Efectivamente, veinticinco días después mandaba yo un magnífico vapor, el *Begoña*, de 1.500 toneladas, que hacía la travesía de Bilbao á Méjico.

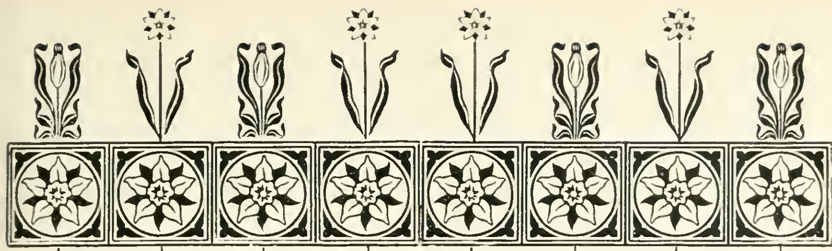
Así concluyó el capitán Múgica su narración, y como yo permaneciese callado, exclamó seguidamente:

—Vamos á ver, joven, ¿tiene la juventud de hoy energías para salir por sí sola de sus apuros?

Le contesté no recuerdo qué y proseguí defendiendo á mi generación lo mejor que pude, mientras tomábamos unos vasos de sidra en un caserío próximo.

Acompañé después al veterano marino hasta su casa y me despedí de él hasta el día siguiente; pero al quedarme solo, ya de noche, marchando despacio hasta mi vivienda, iba pensando que tenía razón en decir que la mayoría de los jóvenes de hoy prefieren una vida más tranquila á la que tuvo él, sin fijarse en que sea más ó menos provechosa.





El Hombre Eléctrico





Nunca se da por satisfecha la inventiva de los americanos. Constantemente están ideando algo sorprendente, algo fuera de lo común, fuera de lo ya conocido.

Uno de los últimos caprichos del ingenio de los mecánicos ha sido la construcción de un hombre gigante, obra realizada por Luis Felipe Perew, de Tonawanda, pequeña ciudad de la provincia de Nueva York, el cual, con todo el entusiasmo de un inventor americano, ha procurado *humanizar* su hombre, por decirlo así. No sólo tiene la forma exterior de un hombre, sino que en el interior lleva ocultas algunas maquinitas que le dotan de *facultades* casi iguales á las de un sér inteligente.

Nikola Tesla construyó recientemente una máquina llamada *Telautomaton*, que lo hacía todo menos pensar, pero Perew ha ido más lejos. La gran obra de Tesla no tenía forma humana. El frankenstino de Tonawanda ha fabricado un autómata de madera, goma y metal, que habla, anda, corre, salta y mueve los ojos, imitando perfectamente casi todas las acciones de un individuo. Lo único que falta para poder decirle al autómata: *Eres un hombre*, es la respiración.

Hace algunos años que Mr. Perew se dedicaba á idear nuevas y diversas reformas aplicables á su invento. Es hombre que conoce perfectamente las distintas ramas de la mecánica y tiene ideas tan originales como sorprendentes.

En el año 1891, el inventor del hombre autómata construyó un modelito sumamente ingenioso. Era una figurita de madera, de dos y medio pies de altura, y estaba sujeta á un carrito, del que tiraba con asombrosa perfección. Fué entonces muy celebrado el ingenio de Mr. Perew, el cual, animado por el éxito que alcanzó con aquella figurita, concibió la idea de construir otra mucho más notable. Si podía funcionar un autómata tan pequeño, no había motivo para que no lo hiciese uno de tamaño natural; antes por el contrario, debía hacerlo mejor.



(De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Búfalo, N.-Y.)

EL AUTÓMATA Y SU INVENTOR

Algunos capitalistas de Tonawanda, viendo un negocio en la fabricación de autómatas tan ingeniosos, quisieron asociarse con Mr. Perew y facilitarle dinero en abundancia, pero él no se decidió todavía.

Al principio se exageraba mucho en cuanto se decía respecto de los usos á que pudiera ser destinado el hombre máquina. Asegurábase que llevaría cargas enormes por los sitios más inaccesibles á los carruajes ordinarios, que escalaría alturas imposibles para el hombre, que dejaría atrás al andarín más suelto y de mayor resistencia, en fin, que haría cosas con las cuales no se atrevería ningún hombre de carne y hueso.

¡Quién sabe, seguía imaginando el inventor, si con el tiempo

pudiera ser aplicado á la guerra, haciendo de él un aparato que llevase la muerte y la destrucción en su mecanismo! Impulsado por una corriente eléctrica, ¿por qué no había de servir aquel *individuo* para conducir cañones de tiro rápido? Cubierto de ropas impenetrables para las balas, resultaría un enemigo invencible y peligroso, y si se pudiera hacer que se moviese, el tiro, al llegar á ciertos sitios, podría ser dirigido desde el autómata por un individuo que llevase oculto.

Pensando en todas estas cosas, Mr. Perew creyó ver un brillante porvenir para su autómata. Interesó en el negocio al millonario Mr. Charles A. Thomas, de Cleveland, en la provincia de Ohio, y éste no tardó en constituir una verdadera sociedad, á la que se dió el nombre de *Sociedad de autómatas de los Estados Unidos*, cuyas principales oficinas están en Búfalo, Estado de Nueva York.

Dícese que el capital de la sociedad es muy considerable y que se fabricarán autómatas para surtir á diversas partes del mundo.

¿No será mayor el coste de un motor como éste que el de un automóvil común? ¿En qué será preferible al caballo? ¿Podrá andar por las calles de las grandes poblaciones? ¿No espantará á los caballos y los hará salir desbocados, constituyendo un peligro para los transeuntes? ¿No asustará á los niños y á las mujeres nerviosas?

Hasta que se hayan hecho ensayos prácticos no será posible contestar á estas preguntas.

Se ha llevado con mucho sigilo la fabricación, porque Mr. Perew no quería que se hablase de su autómata hasta que estuviera casi concluído: creyó que el mundo llegaría á tenerle por loco. Pero ahora que el problema está ya resuelto á satisfacción del inventor, éste ha permitido que sea examinado.

Lo que más impresiona al ver el autómata es su naturalidad. Si no fuera por lo exagerado de su altura, pues tiene 7 pies y 5 pulgadas, casi podía confundirse con un hombre vivo. Es verdad que su mirada carece de expresión, pero no se olvide que muchos ojos humanos tampoco la tienen. Viste el autómata un traje completamente blanco, y en la americana lleva una condecoración (bien fantástica, por cierto), un bonito *boutonnière*. En la enorme cabeza lleva un gorro de gigantescas proporciones. Es de tela blanca, como el traje, y se dice que nunca se ha fabricado un gorro tan grande.

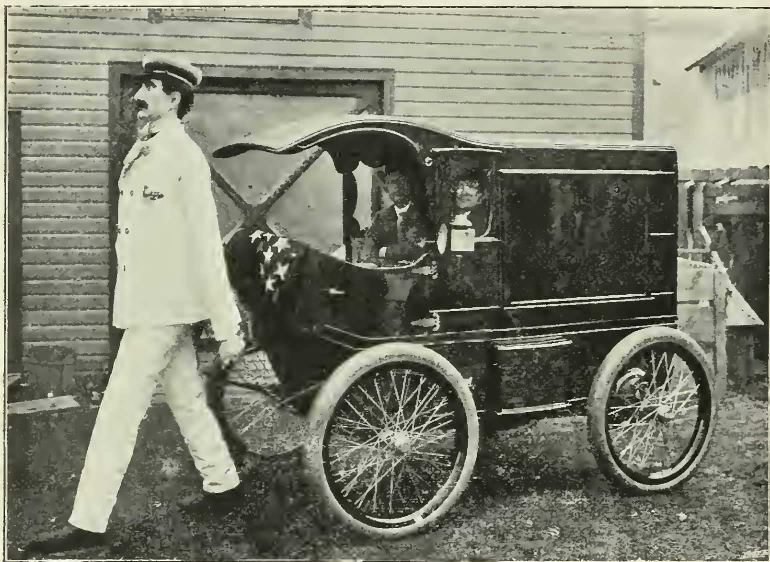
Los pies del autómata miden trece y media pulgadas de largo, son de goma hueca y llevan enormes zapatos de charol hechos *ad hoc*.

Las manos están modeladas con perfección asombrosa, parecen propiamente naturales. La imitación de la piel es una maravilla. Su color

bronceado, como si constantemente estuvieran á la intemperie y acostumbradas á un trabajo duro, completa la ilusión, así como también otros detalles que se observan en los dedos.

Por lo general el autómata lleva en las manos unos pequeños aros de metal unidos á dos cadenas, que á su vez están sujetas al carruaje colocado detrás y que viene á ser el apéndice del hombre eléctrico.

Visto por primera vez en actitud de descansar no parece tan natural, pues carece del reposo muscular del cuerpo humano; pero cuando



(*De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Búfalo, N.-Y.*)

EL AUTÓMATA TIRANDO DEL COCHE

por medio del mecanismo interior se le pone en movimiento, su semejanza con un hombre vivo es verdaderamente notable.

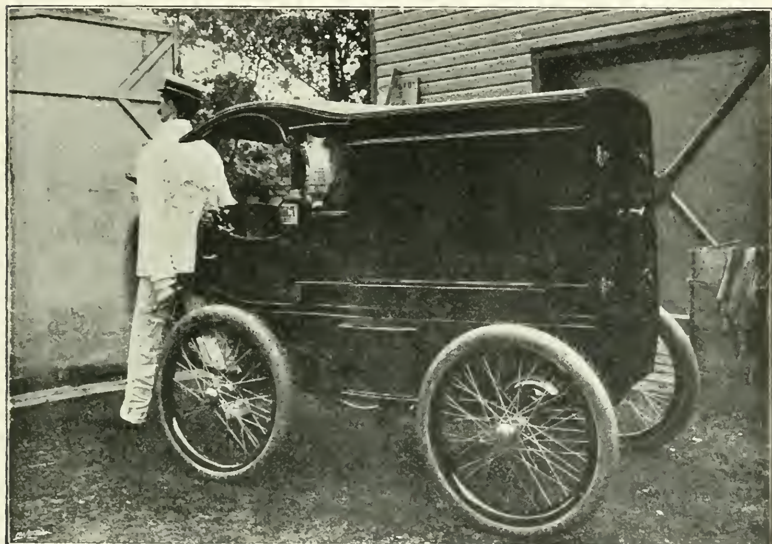
Los primeros ensayos se hicieron en un gran salón de Tonawanda, en el que la figura dió un paso algo indeciso adelantando el pie derecho y poniéndolo en el suelo con una especie de salto. Este movimiento fué acompañado de un ruido semejante al que produce un reloj al darle cuerda. Colocado el pie derecho hacia adelante, el autómata pareció levantarse sobre la planta del pie; alzó el izquierdo, lo avanzó y lo puso en el suelo con más seguridad que el primero. En seguida comenzó á andar y marchó suavemente y con muy poco ruido. Las pisadas eran firmes, ligeras y elásticas. Impulsado por una batería eléctrica dió dos

veces la vuelta al espacioso salón sin detenerse. La marcha fué rápida, y al término del viaje las pisadas eran tan firmes como al principio.

El inventor asegura que el autómata puede llevar por tiempo ilimitado el mismo paso que llevó en el salón de pruebas; pero en cuanto á este particular, digamos lo que dijo el hombre eléctrico:

—Voy á pie desde Nueva York hasta San Francisco.

La voz es firme, clara y concisa, y parece proceder de un gra-



(De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Búfalo, N.-Y.)

EL AUTÓMATA VISTO POR DETRÁS

fófono. Oculta en el seno lleva una máquina parlante el hombre eléctrico, al cual se le puede enseñar á decir lo que se quiera.

La Sociedad de autómatas de los Estados Unidos ha anunciado que el hombre eléctrico emprenderá pronto su primer viaje á través del continente, y que arrastrará un carruaje en cuyos asientos irán los señores Michaels y Dechinges.

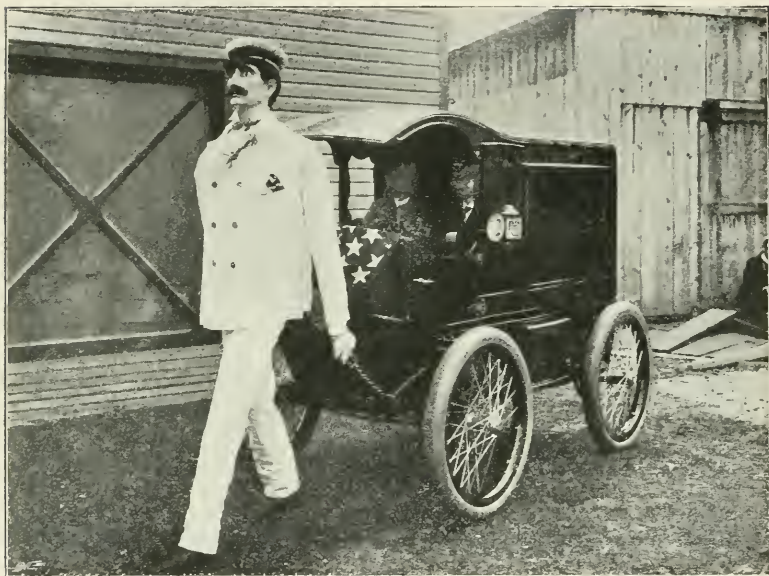
El inventor asegura que puede andar á razón de veinte millas por hora, ó sea cuatrocientas ochenta millas en un día, con tres paradas de una hora cada una.

El tren expreso entre Nueva York y San Francisco recorre el trayecto (3.250 millas) en ciento veinticuatro horas y treinta minutos. El hombre eléctrico tardaría en recorrerlo ciento sesenta y dos horas y

treinta minutos, ó sea treinta y ocho horas y treinta minutos más que el tren. No es mala marcha para hacerla *á patita*.

Cuando el autómata hubo dado algunas vueltas en el salón de ensayos, el inventor le hizo ejecutar varias maravillas que fueron el asombro de los espectadores, á quienes les parecía imposible que el hombre eléctrico no fuese un hombre con vida.

Se colocó un trozo grande de madera en un punto por donde for-



(*De fotografía, por Oscar A. Simon Bros. Búfalo, N.-Y.*)

EL AUTÓMATA DE PASEO

zosamente tenía que pasar el autómata, y cuando éste llegó al obstáculo bajó los ojos y lo miró como si pretendiera calcular la mejor manera de salvarlo. En seguida levantó el pie derecho y lo puso sobre el madero, hizo luego lo mismo con el otro pie y pasó al otro lado. Aquella escena parecía tener algo de sobrenatural que casi infundía espanto, que causaba miedo. Los espectadores sentían el impulso de huir ante aquellos ojos deslumbradores, cuyos movimientos dirige una maquinita colocada dentro de la cabeza.

Mr. Perew ha ocultado con grande interés el mecanismo interior de su hombre eléctrico; pero al exterior se ve que la piel, como si dijéramos, es de aluminio, metal elegido por su ligereza, y que un

fuerte armazón de acero sostiene al autómata desde dentro. El interior contiene, sin duda, una poderosa batería eléctrica.

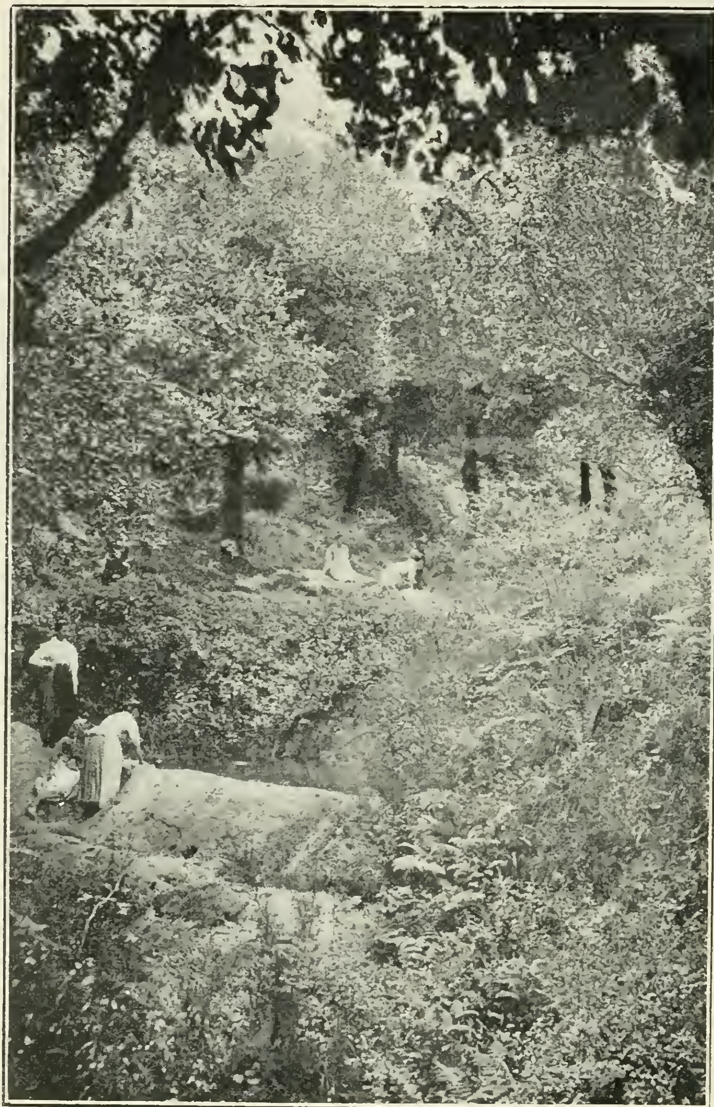
En la espalda, por la parte de la cintura, tiene el hombre de Perew un tubito de metal, de media pulgada próximamente de diámetro; tubito que está en combinación con la persona que dirige al autómata desde el carruaje zaguero, y por el que pasa la corriente que impulsa y regula sus diversos movimientos. Las cadenas de que antes hemos hablado y este tubito constituyen las únicas combinaciones que existen entre el autómata y el carruaje. Todo lo demás es obra del mecanismo interior.

Si el inventor de esta maravilla no fuese hombre práctico, poco caso se hubiera hecho de sus lucubraciones, pero no sucede así. Por eso ha encontrado hombres de negocios que, si han adelantado el capital, ha sido porque comprenden que han de sacarle un interés elevadísimo, después del reembolso.

Pronto se construirán nuevos hombres eléctricos del mismo tamaño y de la misma forma que el modelo, porque está plenamente demostrado que el triunfo de Mr. Perew ha sido grandísimo en cuanto á los detalles de su invento. Ahora lo que hace falta es probar la utilidad de éste.

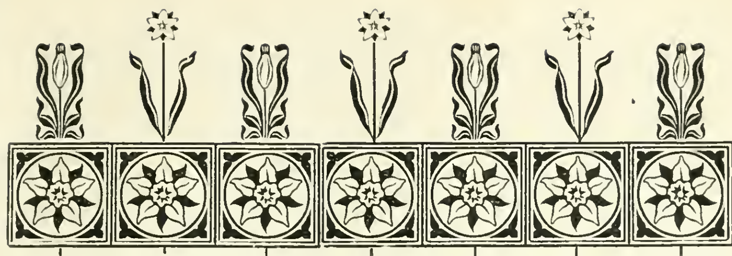


Las Lavanderas



Fotografía de D. Víctor Felizat

(Premiada en el Concurso de fotografía del Almanaque Bailly-Baillière).



La Hermandad de los Siete Reyes



La copa veneciana

Con el transcurso del tiempo, Mme. Koluchy llegó á ser objeto de todas las conversaciones de Londres. Tenía intrigadísimos á los médicos con las maravillosas curas que hacía. Bajo su influencia y tratamiento, los débiles recobraban sus fuerzas; los que se habían visto á las puertas de la muerte, volvían al ajetreo del mundo completamente restablecidos. Donde quiera que ella ponía la mano desaparecía todo dolor. Pero qué era lo que hacía para obtener tan asombrosos, tan increíbles resultados, continuaba siendo un secreto. Ella misma preparaba los medicamentos, y por más que algunos fueron sometidos al más escrupuloso análisis, nada, absolutamente nada, pudo descubrirse, fuera de lo común y regular. De modo que las curas no consistían en las drogas administradas. ¿En qué, pues, podían consistir? Esto se preguntaban á todas horas los médicos, pero ninguno hallaba una respuesta satisfactoria.

El interés por consultar á Mme. Koluchy aumentaba de día en día, hasta llegar á constituir una especie de furor. Sus enfermos la adoraban, y todas cuantas personas la trataban no podían menos de reconocer la sugestión que sobre ellas ejercía aquella mujer singular.

Mientras tanto Dufrayer y yo permanecíamos arma al brazo y sin dejar de vigilarla. Los agentes de Scotland Yard, sabiendo el concepto que teníamos formado de ella, trabajaban á su vez incesantemente para obtener algún indicio de sus malvados hechos; pero á pesar de sus esfuerzos, nada averiguaban, nada oían, sino elogios y bendiciones. Era considerada como una bienhechora universal. Cierto que sus honorarios eran muy altos para los ricos, pero en cambio asistía y curaba con el más generoso y caritativo desprendimiento á todos aquellos enfermos cuyos medios de fortuna eran escasos. Cuando ella pasaba por alguna calle, todos los transeuntes se quedaban mirándola para admirarla, no sólo por su extraordinaria belleza, sino también por su talento, que era grande, y por su reconocida bondad. Todos la colmaban de bendiciones, y si acaso correspondía ella con una mirada de sus preciosos y brillantes ojos negros, la persona á quien iba dirigida se contaba desde luego entre las más dichosas.

Hacia mediados de enero del año siguiente, la atención pública de Londres se apartó algún tanto de Mme. Koluchy para fijarse en un crimen muy misterioso cometido en la capital.

La víctima fué un caballero llamado Delacour, senador del reino. Un día, en las primeras horas de la mañana, un guardia encontró el cadáver en Saint James Park, cerca de Marlborough House. La muerte debió de ser instantánea, pues la puñalada, asestada por la espalda, le había atravesado el corazón. Yo conocía á Delacour y quedé aterrado cuando lo supe. Era un hombre en la flor de la edad, de muchísimo talento y de carácter tan excelente que se granjeaba la amistad de todos cuantos le trataban. ¿El móvil del crimen? Según se dijo, el de robarle ciertos secretos de Estado que poseía. Regresaba á su casa después de haber asistido á un *meeting*, cuando fué asesinado. Unos documentos referentes á un préstamo hecho á un Gobierno extranjero, le fueron sustraídos del bolsillo; pero el

reloj, una sortija de valor que llevaba en un dedo y el dinero, estaban intactos. Inmediatamente la policía comenzó á practicar diligencias para descubrir al criminal, pero todo fué inútil; no se pudo obtener ni el menor indicio.



UN GUARDIA ENCONTRÓ EL CADÁVER

La señora de Delacour y su única hija estaban desoladas. Tan conocido era el infortunado caballero por su posición de senador, que no sólo su familia, sino todo el mundo, estaba indignado y horrorizado con tan sangriento crimen, y se deseaba muy de veras que fuera descubierto el asesino, para imponerle el duro castigo á que se había hecho acreedor.

Quince días después, al bajar yo por Welbeck Street, y en el momento de pasar por delante de la magnífica casa de Mme. Koluchy, vi á una señorita en las escaleras de la entrada. Vestía de riguroso luto y se detuvo en la acera mirando de uno á otro lado, como si buscara un coche.

Al principio me fijé en ella sin interés; pero cuando se cruzaron nuestras miradas y me reconoció, adelantóse hacia mí con una exclamación de alegría.

—¡Mr. Head! ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿Cómo está usted?

—Apenas si la había conocido, miss Delacour, dije. Tengo mucho gusto en verla buena. Nuestro inesperado encuentro me trae á la memoria la temporada que pasamos juntos en el hotel de Bellevue, en Bruselas.

—¡Ay, algo más contenta vivía yo entonces! contestó con infinita tristeza. Supongo que ya estará usted enterado de la horrible tragedia...

—Sí, con harto sentimiento. Y crea usted, Vivien, que con todo mi corazón tomo parte en su profundo dolor.

—Gracias. Mi pobre madre está inconsolable. Fué una cosa tan horrible, tan inesperada, tan misteriosa... Si no fuera por...

—¿Mme. Koluchy?

—Sí, Mr. Head. Mme. Koluchy es la amiga más querida y más cariñosa. Cuando ocurrió el horible suceso madame asistía profesionalmente á mamá, y desde entonces la visita todos los días. Aquel en que se cometió el crimen no abandonó nuestra casa un momento. No sé qué hubiera sido de nosotras sin ella; tiene un corazón de oro. Además, y por indicación suya, se han puesto en práctica algunos medios para encontrar al infame que privó de la vida á mi pobre padre.

—Pues tampoco tiene usted aspecto de estar muy buena, miss Delacour, la dije fijándome en la extrema palidez de la joven. ¿Va usted ahora á su casa?

—Sí, acabo de ver á Mme. Koluchy, á quien he traído un recado de parte de mamá, y estaba esperando un coche. Si usted me hiciera el obsequio de avisar á uno...

Así lo hice, y añadí:

—Si en algo más puedo servirla, Vivien, no vacile usted en indicármelo. Ya sabe que tendré muchísimo gusto...

El cochero se había detenido con el carruaje al lado de la acera.

Vivien clavó en mí sus ojos llenos de amargura y contestó:

—Si fuera posible hallar al asesino de mi padre... No viviremos tranquilas hasta que sepamos quién fué.

—¿Me permite usted que vaya mañana á visitarlas?

—Mamá no recibe á nadie absolutamente: pero si quiere usted verme á mí. con mucho gusto.

—Bueno. iré á ver á usted. A las once estaré en su casa.

Di la mano á Vivien para ayudarla á subir al coche. y despidiéndome hasta el día siguiente la perdí pronto de vista.



VIVIEN CLAVÓ EN MÍ SUS OJOS LLENOS DE AMARGURA

En camino para mi casa, muchos y diversos pensamientos me asaltaron. Un año antes. cuando yo viajaba por Bélgica. se habían hospedado en el mismo hotel de Bruselas donde yo me hallaba, no sólo la familia Delacour. sino también la de Pitsey, con la que la primera tenía algún lazo de parentesco. Allí nos conocimos y llegamos á ser muy buenos amigos. Los

Pitsey, que eran de origen italiano, tenían una magnífica posesión en Tunbridge Wells, cerca de Londres. Entonces Vivien, que no tenía más que diez y siete años, era una muchacha simpática, sumamente alegre y muy buena. Muchas veces me hablaba de sus esperanzas, de sus ambiciones, y por ella supe que los de Pitsey tenían en su casa, llamada Pitsey Hall, una hermosa colección de antigüedades, entre las cuales había algunas de muchísimo valor. Desde aquella fecha estaba invitado á pasar unos días en Pitsey Hall, pero aun no me había sido posible cumplir la promesa que hice al aceptar la invitación.

El recuerdo de aquella alegre temporada se agolpó en mi imaginación al regresar á mi casa, pero entremezclado con los recientes sucesos y las manifestaciones que Vivien acababa de hacerme. ¿Por qué Mme. Koluchy era tan amiga de la esposa y de la hija de Delacour? Tal horror me inspiraba aquella mujer, que no podía menos de asociar su nombre á cualquier crimen que en Londres se cometiera. Sería una obsesión, sería lo que fuese, pero á mí no me era dado remediarlo.

Al entrar en casa me dijeron que me esperaba Dufrayer.

—¿Traes alguna noticia? le pregunté en cuanto nos saludamos.

—Si te refieres al asesinato de Delacour, sí que la traigo, respondió.

—¿Pues á qué esperas para comunicármela?

—Acaba de ocurrir un extraño suceso que tal vez pudiera facilitar el descubrimiento del autor del crimen. Eso es lo que me trae aquí.

Yo sabía que á Dufrayer no le agradaba que se le interrumpiera; así es que me limité á escuchar con atención, sin pronunciar ni una palabra.

—Ayer, prosiguió mi amigo, fué detenido un individuo sospechoso cerca de la casa de Delacour. Esta mañana se le ha tomado declaración y dijo llamarse Walter Hunt, y ser dueño de un pequeño despacho de bebidas en Houndsditch. Los agentes le han visto varias noches vagando por los alrededores de la casa. Al interrogarle no pudo ó no supo contestar á satisfacción del inspector y le detuvieron. En un bolsillo se le encontró una carta en blanco, con sobre dirigido á sí mismo.

con sello interior y fechada el mismo día en que se cometió el crimen. Creyendo que la carta podría ser tal vez un documento de importancia le fué entregada á Lambet, el empleado del Gobierno que tiene á su cargo estas cosas, para que la examinase. Lambet ha hecho todo lo posible á fin de averiguar si contiene algo escrito con tinta simpática ó alguna cifra secreta, pero sin resultado. Lambet asegura que la carta en blanco no tiene valor ninguno. Todos estos detalles los he sabido por Ford, el inspector encargado del asunto, y sabiendo los grandes conocimientos que tú tienes en química y los curiosos é interesantes datos que posees acerca de estas cosas, he obtenido permiso para que vengas conmigo á Scotland Yard y sometas el papel á las pruebas que quieras. Supongo que no tendrás inconveniente en hacer esto.

—Ninguno. ¿Quieres que vayamos ahora mismo?

—Cuanto antes mejor. Conviene saber lo más pronto posible si el papel contiene alguna cifra secreta.

—Un momento, dije deteniéndole. Acabo de ver á Vivien Delacour, que salía de casa de Mme. Koluchy. Es extraño cómo esta mujer llega á tener amistades con todos nuestros amigos y conocidos.

—Había olvidado que conocías á la familia Delacour.

—Sí, la conocí por primera vez en Bruselas, donde la traté mucho, y pronto fuimos buenos amigos. Esta tarde tenía Vivien muy mal semblante y aspecto de haber sufrido mucho. ¡Pobrecilla! Cualquier cosa daría por aliviar su pena, pero siento en el alma que Mme. Koluchy se halle entre el número de sus amigas. Tal vez sea aprensión mía, pero hace algún tiempo que no puedo oir hablar de un crimen cometido en Londres sin asociar á Mme. Koluchy con él. Tiene en sus garras á esa pobre Vivien, y ella misma me ha dicho que Mme. Koluchy visita diariamente á su madre. De una cosa podemos estar bien seguros, amigo Dufrayer: de que ningún buen fin persigue esa mujer. Si se ha hecho tan amiga de la familia Delacour, sus razones tendrá para ello.

Mientras me escuchaba mi amigo, vi aparecer en sus ojos aquella mirada fría y dura que de antiguo conocía yo, pero no dijo ni una palabra.

—Espera un momento, añadí: tengo que coger en el laboratorio unos papeles que necesito llevar conmigo.

Un momento después tomamos un coche y partimos para Scotland Yard, donde nos esperaban el inspector Ford y don Jorge Lambet, hombre de rostro muy inteligente.

—He oído hablar de usted muchas veces, Mr. Head, dijo con la mayor cortesía, y celebraré que consiga usted lo que yo no he podido conseguir. El pliego de papel de que se trata es ciertamente de la clase del que se usa para escribir cifras secretas, pero mis pruebas no dieron resultado ninguno. Lo que temo es que, si las cifras han existido realmente, hayan desaparecido con las drogas empleadas por mí.

—Pudiera ser, contesté; pero si hace usted el favor de llevarme á su laboratorio, someteré el papel á unas pruebas especiales por mí descubiertas.

Lambet tomó inmediatamente la delantera y le seguimos Ford, Dufrayer y yo. Cuando llegamos al laboratorio, Lambet puso á mi disposición todas cuantas pruebas había hecho. Una simple ojeada al papel bastó para que comprendiera que se había ya probado el cobalto, el cobre, etc., etc.

Lo probable sería que aquellas pruebas sirvieran para anular el efecto de cualquiera preparación química que yo pudiese emplear, y aun suponiendo que las cifras secretas hubiesen existido, era de temer que hubieran desaparecido con los procedimientos empleados por Lambet.

Un buen rato pasé haciendo las más delicadas y menos conocidas pruebas, pero sin obtener ni el menor resultado.

—Es inútil, dije abandonando el trabajo; no se puede hacer nada. Y en verdad que era un atrevimiento por mi parte el intentarlo, Mr. Lambet, después de las pruebas realizadas por usted. Indudablemente, el papel no tiene valor ninguno.

Lambet se inclinó y una mirada de satisfacción se escapó de sus ojos. Poco después nos despedimos Dufrayer y yo.

—Por ahora, dijo mi amigo, no hacemos más que perder el tiempo inútilmente, pero no por eso debemos desanimarnos. Alguna vez tienen que triunfar la justicia y la ley.

Le acompañé hasta su casa y me retiré después á la mía.

Al día siguiente y á la hora convenida fuí á ver á Vivien

Delacour, la cual me recibió con mucha amabilidad en el gabinete de su mamá. Todas las cortinas estaban corridas, todas las ventanas cerradas y la casa tenía un aspecto muy sombrío. La pobre Vivien estaba pálida, desencajada y triste. Aparentaba



FUÍ Á VER Á VIVIEN DELACOUR

tener diez años más que en aquellos felices días pasados en Bruselas, donde era la más animada y alegre de todos.

—Mamá siente mucho no poder recibir á usted, Mr. Head, dijo la joven. Cuando ayer supo que me había encontrado con usted se alegró muchísimo, pero la pena que sufre es tan inmensa que no puede recibir á nadie. Tome usted asiento, Mr. Head. Usted y mi padre se hicieron muy buenos amigos

en aquellos felices días de Bellevue. Sí, estoy segura de que simpatiza usted con nosotros.

—De todo corazón, Vivien, contesté. Mi mayor placer sería servirlas de algo y aliviar su pena. ¿Sería cruel el suplicar á usted que me diese algunos detalles del crimen?

Vivien se estremeció visiblemente.

—Creo, añadió, que por los periódicos se habrá usted enterado de todo; no puedo decir á usted más. Mi padre salió aquel día para asistir al *meeting* de Downing Street y no volvió. La policía busca vanamente al criminal. No parece que existió ni el menor motivo para cometer el crimen. Mi padre no tenía enemigos; era querido de todos.

Y la desventurada niña no pudo proseguir. Rompió á llorar amargamente. Cuando se calmó un poco, la dije así:

—Escúcheme, Vivien. Doy á usted mi palabra de no omitir ningún esfuerzo para ayudar á descubrir al hombre ó á la mujer que mató á su padre, pero es preciso que me auxilíe usted todo lo posible, para lo cual debe comenzar por serenarse. Harto comprendo cuán grande es la pena que sufre, pero así no hacemos nada. Vamos, Vivien, cálmese usted y procure contestar á mis preguntas. Dice usted que ningún motivo existió para el crimen, ¿pero no es verdad que desaparecieron algunos papeles del bolsillo de mi pobre amigo?

—Lo único que faltaba del bolsillo de papá fué una cartera en la que solía hacer apuntes; el reloj y el dinero estaban intactos. ¿Sería posible, Mr. Head, que mataran á mi padre sólo por obtener la cartera?

—Es probable. No olvide usted que los apuntes de la cartera podrían tal vez revelar importantes secretos de Estado.

Vivien apenas parecía comprenderme. De nuevo recayeron mis sospechas en Mme. Koluchy, en aquella mujer extraordinaria cuyos crímenes tenían tanto de horribles como de misteriosos. Su influencia se extendía á todas las clases de la sociedad, y para ella una vida más ó menos no tenía la menor importancia.

Y aquella terrible mujer, á quien hasta entonces las leyes de Inglaterra no habían podido coger en sus redes, era amiga íntima de la joven sentada á mi lado.

Vivien estaba inquieta, excitadísima. Bien se dejaba adivinar lo que sufría.

—Agradezco mucho, dijo después de unos instantes de silencio, que esté usted dispuesto á ayudarnos. Mme. Koluchy hace también todo lo posible, y es lo que yo pienso: cuanto mayor sea el número de los que nos ayuden, más esperanzas podemos tener. Por otra parte, todos sabemos que usted consigue siempre todo aquello que toma con verdadero empeño. ¿Por qué no habla usted con Mme. Koluchy?

—Eso no, contesté resueltamente: prefiero trabajar solo.

—Pero son ustedes amigos, ¿no es verdad? La dije esta mañana que había hablado con usted.

—Somos conocidos, contesté: amigos, no.

—Me sorprende usted. Yo no concibo que una persona que conozca á Mme. Koluchy no sea amiga suya. ¡Es tan buena! ¡Ha dado tantos pasos para ayudarnos! Y á propósito, mamá y yo salimos hoy de Londres.

—¿A dónde van ustedes?

—Al campo. ¡Nos da tanta pena quedarnos en esta casa, donde todo nos recuerda tan vivamente á mi pobre padre! Madame cree que un cambio de aire aquietará tal vez los nervios de mamá, y nos ha invitado á pasar una temporada en una casa que ha alquilado hace poco cerca de la posesión de mis primos los de Pitsey. ¿Se acuerda usted de ellos? Estuvieron en Bruselas con nosotros.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—Esta misma tarde saldremos para Frome Manor, pues así se llama la casa de Mme. Koluchy. No visitaremos ni recibiremos á nadie, pero por lo menos mamá estará á todas horas al cuidado de madame.

Poco después me despedí. Todo se presentaba oscuro y lleno de misterio, y ningún indicio fijo había obtenido.

Por aquella época llamó la atención en Londres una nueva tanda de valses, titulada *La Reina*. Gustaba muchísimo y apenas había baile ni reunión donde no se tocara. A mí, como á todo el mundo, me encaprichó. En aquellos compases vibrantes, en la repetición de aquellas dulces notas, en aquellas graciosas modulaciones de armonía y unísono había algo que fas-

cinaba, algo que seducía y llenaba de encantos. Nadie sabía fijamente quién había escrito aquella música, ni menos creyó ninguno que en la composición de tan armoniosos y seductores acordes se ocultaba una intención aviesa llena de astucia. Yo mismo, al escuchar en más de una ocasión las dulces melodías de aquellos valses, estaba muy lejos de calcular, de suponer el efecto que habían de producir. ¡Cómo había yo de figurarme que por aquel conducto, por decirlo así, llegaría á mis manos el indicio que con tanta impaciencia esperaba!

Seis semanas transcurrieron así. Los trabajos de la policía continuaban siendo infructuosos: no arrojaban ni el menor indicio por el cual se pudiera venir en conocimiento de quién había sido el asesino de Delacour. El crimen seguía envuelto en el más impenetrable misterio.

Durante aquel tiempo recibí dos ó tres cartas de Vivien, escritas siempre con la franqueza y sinceridad propias de una joven. Me decía que el estado de su madre la tenía muy intranquila, pues poco á poco iba debilitándose más y más. «Madame Koluchy, añadía, también está preocupadísima con la enfermedad de mamá, y no consigue aliviarla. Mamá, decía para terminar, no descansará, no vivirá hasta que el criminal sea descubierto. Sueña con él de día y de noche. De día no habla ni una palabra con nadie. Pasa las horas dando vueltas por la habitación y pidiendo á Dios que la ilumine para que pueda hallar al que tan villanamente privó de la vida á su esposo. ¡Ay, Mr. Head! ¡Qué vamos á hacer! Estoy desesperada».

Las cartas de Vivien me impresionaban mucho. Tenía que contestarlas con el mayor cuidado, porque sabía que Mme. Koluchy leería todas mis contestaciones; pero no por eso dejé de trabajar, según había prometido, para encontrar algo que nos diese siquiera una pequeña idea de quién fué el criminal.

Horas enteras pasé pensando en aquel misterioso plieguecillo de papel blanco. ¿Sería posible que, después de todo, contuviera algunas cifras secretas? ¿Estaría oculta bajo aquella superficie blanca una de aquellas claves que de antiguo usaba la *Hermandad de los Siete Reyes*? El recuerdo del papel no me dejaba descansar durante la noche ni me dejaba vivir durante el día. Mi desesperación era casi tan grande como la de Vivien,

y cuando cierta mañana, hacia fines de febrero, llegó á mis manos una carta aun más desconsoladora que las anteriores, resolví contestarla personalmente. Para verificarlo sólo necesitaba aceptar la invitación que los de Pitsey me tenían hecha. De modo que aquella mañana le puse dos letras á mi amigo Leonardo diciéndole que si no les servía de molestia ni á él ni á su señora tendría el gusto de visitarles el próximo sábado.

Al día siguiente por la tarde se presentó Pitsey en mi casa.

—Recibí su carta esta mañana, me dijo, y como tenía que venir á la City á un asunto particular, decidí contestarla personalmente. Tengo que tomar el tren de las cinco y treinta, así que no puedo detenerme. Sólo he venido para decir que tendremos muchísimo gusto en recibir á usted en Pitsey Hall. Mi familia y yo nos hemos acordado mucho de usted, Mr. Head, y le aseguro que su visita nos causará vivo placer. A propósito, ¿ha oído usted hablar del robo que se ha cometido en mi casa?

—No he oído nada, contesté.

—Pues los periódicos se han ocupado mucho del suceso, añadió. Por cierto que es un robo bien extraordinario al par que misterioso. Parece que la desgracia nos persigue de poco tiempo á esta parte. La semana última penetraron dos ladrones en mi casa con tanto atrevimiento como astucia. Se apoderaron de algunos objetos de plata, pero lo extraño es que dejaron intacta el arca donde guardamos la mayor parte. Se conoce que los ladrones tenían grande interés en penetrar en el salón grande, donde se halla la famosa colección de antigüedades, y al efecto envenenaron á Druco, el perro que dejamos suelto en casa durante la noche, y que apareció muerto al siguiente día. Afortunadamente, el despensero se despertó á tiempo y avisó, pero los malvados huyeron. Les persigue la policía de la localidad, pero hasta la fecha no ha podido averiguar absolutamente nada, y he venido á Londres para obtener los servicios de dos de los más listos *detectives* de Scotland Yard. Vienen á Pitsey Hall conmigo esta noche, y espero que pronto será aclarado el misterio y se capturará á los ladrones. Lo que temo es que, si esto no se consigue, harán otra tentativa, y por cierto que bien merece la pena, porque la casa está llena de antigüe-

dades de mucho valor. ¿Pero á qué molestar á usted con estos asuntos domésticos? Su visita no puede ser más oportuna, pues para el martes tenemos preparado un baile en honor de mi hijo mayor, que cumple aquel día veintiún años.



¿HA OÍDO USTED HABLAR DEL ROBO QUE SE HA COMETIDO EN MI CASA?

—¿Y cómo siguen los de Delacour? pregunté.

—Vivien está bastante bien, aunque muy demacrada, pero el estado de su madre deja bastante que desear: está completamente postrada la pobre señora. Mme. Koluchy y Vivien vienen casi todos los días á casa. Mrs. Delacour y su hija volve-

rán á Londres antes del baile, pero Mme. Koluchy asistirá á la fiesta, lo que no deja de ser una honra para nosotros. ¿La conoce usted? Es una mujer encantadora y muy linda.

—Sí, la conozco.

—Tanto mejor. Estoy seguro de que serán ustedes muy buenos amigos. Conque lo dicho, amigo Head; le esperamos á usted el sábado. Puede salir de Charing Cross á las cuatro y treinta; mandaré la berlina á la estación.

—Gracias, contesté. Tendré un verdadero placer en visitar á ustedes, aunque no sé si podré quedarme hasta la noche del baile.

—¡Pues no faltaba más! Una vez que le tengamos allí, no crea usted que le vamos á dejar escapar tan fácilmente. Todos mis hijos, y especialmente Antoñita, tienen grandes deseos de verle nuevamente en casa. Antoñita se acuerda mucho de usted y Vivien le considera como uno de sus mejores amigos. ¡Pobrecilla! La compadezco de todo corazón. Es una muchacha buenísima, angelical. El disgusto tan terrible que está sufriendo con la trágica muerte de su padre dejará en ella para toda la vida profundas huellas. El desventurado Delacour era uno de los mejores hombres que he conocido. A decir verdad, de buena gana atrasaría yo la fecha del baile solamente por ellos, aunque el parentesco no sea muy cercano; pero mi hijo Octavio no cumplirá los veintiún años más que una vez, y bien merece que festejemos el acontecimiento. Cuando pienso en la desgraciada Vivien, crea usted que pocas ganas de fiestas me quedan. Pero en fin, dejemos esto que no va á ninguna parte. Le esperamos á usted el sábado.

Diciendo esto cogió el sombrero para marcharse.

—Me voy, añadió, porque estoy citado con los dos *detectives* en Charing Cross.

El sábado, día 27 de febrero, llegué á Pitsey Hall, donde obtuve un recibimiento tan sincero como afectuoso. El baile había de celebrarse el martes siguiente, día 2 de marzo; había ya muchos convidados, y el reciente robo constituía el tema de casi todas las conversaciones.

Después de comer, y cuando ya las señoras se habían retirado, Pitsey y yo acercamos las sillas para charlar á nuestras

anchas, y bien pronto la conversación recayó, como era natural, sobre el robo.

—La policía, dijo Pitsey, está desorientada, y temo que no haga nada de provecho. Hoy mismo estuve hablando del caso con Mme. Koluchy, y aun ella, que cuando vino por primera vez á Frome Manor tenía algunas esperanzas de que sería aclarado el suceso, piensa ahora como yo. Me dijo también que Mme. Delacour está muy mala y que si continúa así fácilmente puede sobrevenir una enfermedad grave. Parece que se van agotando sus fuerzas.

—Lo comprendo. Mejoraría mucho si fuera descubierto el asesino de su esposo.

—Eso precisamente dice madame, á quien tiene muy preocupada el estado de Mrs. Delacour. Invité á Mme. Koluchy para esta noche, pero tenía otra invitación anterior y me manifestó que no podía desatenderla. ¡Qué mujer tan singular, amigo mío! Esta mañana pasó algunas horas examinando mis antigüedades y me refirió la historia de algunas de ellas, historia que yo mismo desconocía á pesar de creerme bien enterado. Causa verdadero placer el hablar con una señora tan inteligente, y si no tuviera tanto interés por obtener mi copa veneciana...

—¿Cuál? interrumpí. ¿La que me dijo usted que pertenece á su familia desde el año 1500?

—Esa misma, contestó Pitsey bajando la voz. Como usted acaba de decir ha pertenecido á nuestra familia desde el año 1500, y claro está que la tenemos en mucha estimación. Me ha extrañado sobre manera lo que ha ocurrido con madame Koluchy respecto de este particular.

—Explíquese usted, dije con cierta impaciencia.

—Madame vió la copa por primera vez en el mes de noviembre último, cuando vino á visitarnos con la familia Delacour. Jamás olvidaré el asombro de que dió muestras cuando la vió ni la impresión que la hizo. Se quedó mirándola fijamente durante algunos minutos, y cuando se volvió hacia nosotros estaba muy pálida. Me preguntó cómo la había obtenido, y cuando le conté la leyenda que de la copa se refiere me ofreció al punto por ella 10.000 libras esterlinas, si quería vendérsela.

—¡Bonita suma!

—Contesté un poco amoscado que no pensaba venderla: es más, que no lo vendería por todo el dinero del mundo. Por cierto que me pareció que estuvo muy poco oportuna.

—¿Le dijo á usted por qué tenía tanto empeño en adquirir la copa?

—Sí: dijo que en su colección tiene una muy parecida, y que hace años anda buscando ésta para completar la más notable colección de objetos antiguos de cristal veneciano de toda Europa. Debe ser riquísima, pues de otra suerte no se comprende que, á pesar de su afición á estas cosas, pueda ofrecer por mi copa una cantidad tan exagerada. Desde que se halla en Frome Manor ha venido á vernos muchas veces, y nunca deja de dar á conocer el interés que siente por la copa. Con frecuencia la trae á cuento durante la conversación y dice que el cristal, al tocarlo, produce un sonido musical sumamente agradable. Pero venga usted, amigo Head; quiero que la vea.

Se levantó y juntos atravesamos la antesala central hasta llegar al salón interior. Era una habitación soberbia, magnífica, deslumbradora.

—Como usted sabe, continuó diciendo D. Leonardo, hace siglos que la copa pertenece á nuestra familia. La llamamos «La suerte de Pitsey Hall», tomando el nombre de la balada de Ohland, inspirada en la antigua tradición de Cumberland. Por supuesto, conocerá usted la traducción de Longfellow. Aquí está la copa, Head... ¿No es una verdadera obra de arte? Fíjese usted bien: merece ser examinada con atención.

Sobre un pedestal de malaquita, de unos seis pies de altura, estaba la copa. Una ojeada fué suficiente para comprender que en verdad era una maravillosa obra de arte. Tenía ocho pies de diámetro y era de cristal muy fino, de un delicado color de rubí. Grabadas en el exterior tenía unas letras misteriosas, de las que sólo se veían algunas, pues la mayor parte estaban ocultas entre los caprichosos adornos de metal que la rodeaban, como frecuentemente se ve en las copas venecianas antiguas. Sólo rompiendo un pedacito de metal pudieran haberse distinguido claramente las letras. El pie de la copa era también de metal, artísticamente trabajado en calados y filigrana y ador-

nado con esmaltes de varios colores: se hallaba colocado sobre una base del mismo metal, todo ricamente dorado é incrus-



AQUÍ ESTÁ LA COPA. HEAD

tado de ópalos, ágatas, rubíes, perlas y turquesas. En el centro del pie llevaba una columnita de cristal de un precioso color verde pálido, que también estaba grabado, con lo que á primera

vista parecían dibujos genealógicos. Acercándome más, toqué suavemente la copa con la uña, y como había dicho Pitsey, sonó una nota musical extraordinariamente dulce y clara. En seguida examiné el pie y vi que los dibujos formaban una serie de coronas separadas unas de otras. Casi sin darme cuenta las conté: *eran siete*. Aquella cifra me hizo entrar en sospechas. La serie de acontecimientos recientes cruzó rápidamente por mi imaginación, y comencé á relacionarlos unos con otros y á sacar consecuencias.

—¿Puede usted decirme, pregunté á mi amigo, cómo llegó esta copa á manos de su familia?

—Somos, como bien sabe usted, descendientes de una antigua familia de italianos llamada Pizzis. El apellido que llevamos ahora viene á ser una corrupción del primitivo y verdadero. Mis hijos y yo tenemos nombres italianos todos y nuestro amor á Italia raya en pasión. En el siglo XVI los Pizzis eran grandes personajes en Venecia. En aquella época, la ciudad gozaba de muchísima fama por los objetos que se fabricaban allí, y los fabricantes, formando gremios, guardaban religiosamente el secreto de sus manufacturas. Entonces fué cuando Catalina de Médicis, con su gobierno tirano y arbitrario, hizo que se rebelaran contra ella gran número de católicos. Púsose al frente de la rebelión el cuarto hijo de la misma reina, el duque de Alençon, y entre los que secundaban y protegían á éste se hallaba mi antecesor Giovanni Pizzi. Se sabía fijamente que la reina Catalina había mandado construir á uno de los más afamados fabricantes esa copa que ve usted ahí. Una vez terminada, la envió Catalina, no se sabe con qué objeto, á casa de un químico de Venecia, donde la encontró Giovanni Pizzi. Desde entonces ha pertenecido á nuestra familia.

—¿Pero qué significan esas siete coronas?

—No lo sé. Probablemente, si es que algo significan, no tendrá grande importancia.

Yo pensaba de otro modo, pero no insistí.

Al retirarnos de aquella estancia llegó á mis oídos una preciosa voz que parecía llenar el espacioso salón. Me acerqué al piano y vi que era Antonia Pitsey, á quien escuché con deleite cuando cantó una melodía italiana con esa dulzura y esa pasión

con que sólo puede cantar quien lleve sangre italiana en las venas. Antonia era una joven muy preciosa, morena, con ojos negros y brillantes y de figura esbelta.

—¿Quiere usted decirme cómo sigue su prima Vivien? la pregunté cuando se levantó del piano.

—¡Ay, Mr. Head! No puede usted figurarse. contestó, cuánto daño me hace el ver sufrir á la pobre Vivien. La veo todos los días y observo con pena que está muy desmejorada. En cuanto á Mme. Delacour. el golpe ha sido tan terrible para ella que algunos dicen que tal vez no volverá nunca á ser lo que fué. Me alegro mucho de que haya usted venido. Vivien tiene grandes deseos de hablar con usted. ¿Quiere usted verla mañana?

—¿Viene aquí?

—No, no viene porque no quiere encontrarse con los convidados; pero cuando supo que venía usted. me suplicó le dijera que le esperará en el parque. Como todo el mundo estará en la iglesia, no hay temor de que se encuentre con nadie. ¿Me permitirá usted llevarle al *rendez vous*?

—Con mucho gusto. Yo también tengo deseos de hablar con Vivien.

Poco después se retiraron los convidados.

Aquella noche tres cosas absorbían mi atención: la historia ó leyenda de la copa. las siete coronas simbólicas de *La Hermandad de los Siete Reyes* y la emoción de Mme. Koluchy cuando la vió por primera vez y su ardiente deseo de obtenerla. Pensando en estas tres cosas no pude conciliar el sueño. Estaba seguro de que se intentaba una nueva diablura. ¿pero cuál sería?

Al siguiente día Antonia me acompañó hasta el parque, donde me esperaba miss Delacour. El desencajado semblante y la profunda expresión de tristeza de la pobre joven me impresionaron fuertemente.

—¿Ha averiguado usted algo? comenzó por decirme.

—Nada. contesté con desaliento.

—¡Ay, Mr. Head! continuó Vivien. Si muy pronto no se da con el criminal. mamá perderá el juicio. Mme. Koluchy está disgustadísima porque su tratamiento no produce efecto. pues mamá empeora en vez de mejorar. Y lo raro es que ha tomado

una antipatía terrible á madame, cuya sola presencia la pone nerviosa. Tanto ha cambiado, que se niega resueltamente á permanecer ni un día más en casa de Mme. Koluchy; así que mañana á primera hora volveremos á Londres.

—¿Y por qué esa antipatía?

—No lo sé, Mr. Head. Por mi parte sigo creyendo que madame es una de las mujeres más amables y bondadosas del mundo. Sin ella no sé lo que hubiéramos hecho.

Creí prudente guardar silencio.

—El estado de mamá, continuó diciendo Vivien, tiene muy preocupada á Mme. Koluchy. Ayer me estaba hablando de esto en la sala, cuando de pronto cambió de conversación y comenzó á elogiarme la copa veneciana. Poco después llegó Mr. Lewisham.

—¿Y quién es Mr. Lewisham?

—Un amigo de madame que casi todos los días viene á verla. Es muy amable y muy guapo. Yo no sabía que madame le esperaba ayer, pero llegó cuando precisamente hablábamos de la copa. Supongo que la habrá usted visto.

Incliné la cabeza. Me interesaba tanto aquello, que no quise interrumpirla.

—Mis primos la llaman «La suerte de Pitsey Hall». Madame tiene tantos deseos de obtenerla que ofreció por ella á Leonardo la suma de 10.000 libras.

—Pero Mr. Pitsey me dijo ayer que no la venderá por nada del mundo.

—Claro que no; la tiene en grandísima estimación.

—Es una preciosidad, un trabajo verdaderamente maravilloso, el único en el mundo tal vez.

—Nunca vi á madame tan poco razonable ni tan excitada. Ayer me rogó muchísimo que trate de convencer á Leonardo para que se la venda. Cuando la aseguré que era inútil, que mi primo no consentirá jamás en que la copa salga de su casa, se incomodó. Cogió en seguida un libro y se puso á leer sin hacer caso de mí, y yo fuí á sentarme al lado del balcón. Un momento después entró Mr. Lewisham, y sin fijarse en mí se acercó apresuradamente á madame diciendo: ¿Qué tal, lo ha conseguido usted? En cuanto nos apoderemos de la copa todo estará seguro.

La habrá ayudado á usted esa niña, ¿verdad? Comprendí que se refería á mí, y para no escuchar su conversación me levanté y me puse delante de ellos. Entonces madame, sin mirarme siquiera, llevó á Mr. Lewisham á su gabinete. ¿Qué significaría tanta reserva, Mr. Head?



ME PUSE DELANTE DE ELLOS

—No lo sé, Vivien. Voy á pedir á usted un favor.

—Usted dirá.

—Que no diga á nadie nada de lo que acaba de referirme. Lo sucedido ayer puede tener mucha transcendencia ó no tener ninguna. ¿Me lo promete usted?

—Sí, por cierto. Pero qué raro me parece todo esto.

No hallé contestación y poco después me despedí de la joven.

Por la noche recibió Antonia una carta de Vivien, diciendo que su madre, Mme. Koluchy y ella salían juntas para Londres á primera hora de la mañana. Ella y Mrs. Delacour no volverían á Frome Manor, pero Mme. Koluchy regresaría el martes para asistir al baile. Iba á la City para ver el estreno de una obra titulada *Por una corona,* pues hacía tiempo que tenía tomado un palco en el Liceo.

Nadie hizo gran caso de la carta; pero yo, que estaba muy preocupado, al enterarme de su contenido resolví lo que había de hacer. Iría también á Londres, y regresaría el martes para asistir al baile que había de celebrarse en Pitsey Hall.

Al siguiente día por la mañana me hallaba en el despacho de Dufrayer, á quien le dije:

—Estoy seguro, amigo mío, de que se trama algo muy importante. Madame alquiló casa en Frome Manor después del asesinato de Delacour, y sus razones tendría para ello. Ofrece 10.000 libras por una antigua copa veneciana perteneciente á los de Pitsey, y en el teje maneje que ahora se trae la ayuda un individuo que dice llamarse Lewisham, pero que casi seguramente tendrá otro nombre. Madame ha venido hoy á la City, y no vendrá á humo de pajas.

—Bien, sí, concedido, contestó Dufrayer, ¿pero qué adelantamos con eso? Lo que necesitamos son hechos, pruebas evidentes. Vas á perder el juicio si sigues formando castillos en el aire. Madame habrá venido á Londres para ir esta noche al Liceo. ¿No es eso?

—Sí.

—Y tú piensas seguirla para ver si intenta algo contra alguno de los actores, continuó con cierta ironía.

—Iré también al teatro, contesté gravemente, porque quiero averiguar quién es ese Lewisham. Tal vez no me sea desconocido.

Dufrayer se encogió de hombros y se volvió haciendo un gesto de impaciencia. En el mismo momento se me ocurrió una idea loca.

—¿Qué dirías, exclamé, si yo propusiera un medio por el cual obligásemos á Mme. Koluchy á ofrecernos un indicio?

—Diría que fantaseabas mucho.

—Pues escucha, continué sentándome á su lado, tengo una idea que tal vez nos dé algún resultado práctico. Por supuesto, sería pura casualidad; pero, sin embargo, es posible que algo averigüemos. Madame va esta noche al teatro, y probablemente la acompañará ese tal Lewisham. Iremos también nosotros, y si es posible tomaremos un palco enfrente del de Mme. Koluchy. Llevaremos á Robertson, el director del colegio de sordos-mudos, á quien conozco bastante.

Dufrayer me miró con asombro y dando muestras de inquietud. Sin duda llegó á creer que comenzaba á perder el juicio.

—No comprendes mi idea, proseguí. Robertson entiende lo que habla cualquiera sólo con observar el movimiento de los labios. Haremos que se siente detrás de nosotros para que no se fijen en él, y en uno de los entreactos, aprovechando el momento en que el teatro esté bien alumbrado, enviaremos á madame una cartita diciendo que se ha conseguido leer las cifras secretas del pliego de papel. La cartita la escribiremos de manera que crea ella que es un anónimo. Mientras la lee, la observaremos con mucha atención, y por medio de Robertson oiremos, sí, Dufrayer, oiremos lo que dice. Él comprenderá por el movimiento de los labios todas las frases que madame pronuncie, y nos las irá repitiendo una por una. Todo dependerá de la casualidad, es cierto; pero ¡quién sabe, amigo Dufrayer, quién sabe!

—¡Magnífico! exclamó Dufrayer levantándose. Eres un hombre extraordinario, Head: á nadie se le hubiera ocurrido otro tanto. Yo iré ahora mismo al Liceo y tomaré, si es posible, un palco frente al de madame. Si no encontrase palco ninguno, adquiriré los mejores asientos posibles. Mientras tanto á ver si encuentras á Robertson y ofrécele una buena suma, aunque sea exagerada; el caso es que podamos contar con sus servicios. Me parece una idea luminosa. Si te hubieras dedicado á *detective*, creo que pocos crímenes quedarían sin descubrir. A las ocho menos cuarto nos encontraremos en la puerta del teatro. Vamos, que no hay momento que perder.

Tomé un coche y salí en busca de Robertson, á quien tuve la suerte de encontrar en su casa. Le dije lo que quería de él, y

con mucha amabilidad y mostrando vivo interés en el asunto consintió en ayudarnos sin aceptar honorario alguno.

A la hora convenida nos encontramos en la puerta del teatro con Dufrayer, el cual nos dijo que había adquirido un palco en el segundo piso, frente al de madame, aunque ésta tenía el suyo en el primero. Yo había decidido que la carta le fuera entregada durante el segundo entreacto.

Al poco tiempo de haber tomado asiento vimos entrar á Mme. Koluchy. Vestía un magnífico traje de terciopelo de color de rosa y estaba cubierta de brillantes. La acompañaba un hombre alto, moreno y bien parecido. Madame saludó á dos ó tres conocidas, y en seguida se sentó apoyando el brazo en el borde del palco.

Robertson no apartaba la vista del semblante de madame, y al oir las palabras que nos repetía de la conversación que sostenían ella y su acompañante me sentí casi seguro del éxito.

Comenzó la función, y en el segundo entreacto vi á madame volverse para recibir la cartita con un gesto de sorpresa. La abrió, y aunque estábamos bastante lejos de ella pudimos ver cómo mudó de color al enterarse del contenido. Robertson no apartaba la vista de madame ni de Lewisham.

En cuanto leyó la carta se la entregó á su acompañante, quien se quedó asombrado. Robertson nos fué repitiendo las siguientes palabras, pronunciadas por madame:

—*Imposible... alguna trampa... muy seguro... copa... clave de la cifra... mañana noche...*

Hubo algunos momentos de silencio, y luego añadió:

—*Para nosotros... vida ó muerte... firmado... mi nombre...*

Volvieron á enmudecer. Vi que madame estrujaba el papel entre las manos nerviosamente; miré á Dufrayer y él me miró á mí.

Estaba lívido de coraje; yo no podía reprimir mi excitación. La espantosa verdad y su explicación iban revelándose poco á poco. El pliego de papel, cuyo contenido no acabábamos de descubrir, encerraba una cifra secreta escrita por Mme. Koluchy y firmada con su nombre. Sin duda la comprometía en el proceso del asesinato de Delacour. La copa veneciana, que probablemente había pertenecido alguna vez á la *Hermandad*, con-

tenía la clave de la cifra. He aquí por qué mostraba tanto empeño madame en obtenerla.

—*Mañana... noche*, referíase á la noche en que se celebraba el baile en Pitsey Hall y al que madame había prometido asistir. Era tan manifiesta la explicación de sus pala-



VI QUE MADAME ESTRUJABA EL PAPEL

bras, que Dufrayer y yo comprendimos en seguida la combinación.

Quedaba mucho que hacer y abandonamos el teatro. Yo tenía que tomar el primer tren de la mañana para ir á Pitsey Hall, examinar nuevamente la copa, referir á mi amigo Leonardo todo lo que sabía y suplicarle que guardase la copa en lugar seguro, retirándola de aquel donde se hallaba.

El martes, á las diez, llegué á Pitsey Hall, y como me había figurado, encontré la casa bastante desordenada. El mismo Pitsey estaba muy ocupado, dirigiendo el trabajo de los hombres que adornaban el salón de baile. Tuve que esperar un buen rato para poder hablar á solas con él.

—¿Qué se le ofrece, amigo Head? me dijo.

—Vamos á la biblioteca y se lo contaré á usted.

—Por la expresión de su mirada comprendí al momento que sería muy difícil convencerle de la verdad de lo que le decía.

—Hace tiempo tenía mis sospechas, añadí para terminar. No es esta la primera vez que encuentro en mi camino á madame Koluchy, quien hasta ahora ha conseguido burlar todos mis esfuerzos para ponerla al alcance de la ley, pero creo firmemente que se acerca su hora. Créame usted, amigo Pitsey, la copa que en tanta estimación tiene usted, y que durante tantos siglos ha pertenecido á su familia, corre peligro. ¿La retirará usted á un lugar más seguro?

—No puede ser, amigo Head, contestó Pitsey. ¿Cómo quiere usted que retire la copa en una noche como la de hoy? Imposible. Usted ve visiones, amigo mío. No sucederá nada con la copa. La orquesta estará situada delante del pedestal, de modo que nadie podrá acercarse á ella. ¿Tiene usted algo más que decirme?

—Encarecidamente le suplico que retire la copa. ¿Cree usted que vendría á molestarle si no supiera fijamente que corre peligro? Conozco bien á esa terrible mujer.

—Para dar á usted gusto, amigo Head, colocaré esta noche dos criados, uno á cada lado del pedestal, con orden de no moverse de allí y de no permitir que se acerque nadie absolutamente. ¿Está usted satisfecho?

No tuve más remedio que conformarme.

Aquella mañana pasé más de una hora examinando la copa nuevamente. Las misteriosas palabras grabadas en su exterior, y casi ocultas por el adorno calado de metal, merecieron mi más profunda atención, pero me fué imposible comprenderlas. ¿Estaría equivocado después de todo? ¿O contendría aquella bellísima obra de arte entre sus filigranas la clave de la cifra misteriosa escrita en el pliego de papel blanco, y que ser

viría para probar la complicidad de Mme. Koluchy en el horrible asesinato de Delacour?

Por fin vino la noche, y á eso de las nueve comenzaron á llegar convidados. Apenas había terminado el primer baile apareció Mme. Koluchy. Llevaba un precioso vestido de color de plata y estaba bellísima.

Al cruzar el salón, cogida del brazo de un conde, todos se volvían para mirarla. Cuando pasó por mi lado contestó á mi brusco saludo con una ligera inclinación de cabeza, mientras me dirigía una mirada dura y de triunfo. Creí notar que sus hermosísimos ojos no se separaban de la copa, situada en el otro extremo del salón.

Poco después se acercó á mí Antonia Pitsey, diciendo:

—¡Qué bonito está todo! ¿No es cierto, amigo Head? ¡Y qué preciosa está Mme. Koluchy! ¿Ha visto usted nunca una figura más esbelta ni más elegante que la de ella? El vestido que lleva esta noche le da la apariencia de una reina. ¿Se ha fijado usted en el programa? Después de cenar tocará la orquesta la famosa tanda de valses titulada *La Reina*. ¿Y á que no sabe usted quién la ha escrito? Se lo voy á decir en confianza: ha sido Mme. Koluchy.

No pude reprimir un gesto de sorpresa.

—Ignoraba que fuese aficionada á la música.

—Ha compuesto varias piezas y ésta es una de ellas. Nos expuso sus deseos de que figurase en el programa y ella misma nos la trajo. Me alegro mucho, porque realmente es muy bonita.

Vinieron en busca de Antonia y volví á quedar solo, resuelto á no tomar parte en el baile.

Fué transcurriendo el tiempo, y después de la cena dejáronse oir los primeros acordes de la tanda de valses. En cuanto los preludió la orquesta acudieron las parejas en tropel al salón. Y en verdad que la tanda era encantadora.

Volví á fijarme en Mme. Koluchy, la cual en aquel momento bailaba con Octavio Pitsey; estaba lindísima, preciosa.

Yo me hallaba de pie á poca distancia de la orquesta, y me llamó la atención la nota dominante de la famosa tanda, la cual, repetida en dos compases seguidos, cuando todos los ins-

trumentos tocaban á la vez, sobresalía resonando con una insistencia particular, apasionada.

De repente, y dejando pasmados á todos los que bailaban, resonó en el salón un terrible estallido. La orquesta dejó de



¡LA SUERTE DE PITSEY HALL! EXCLAMÓ ANTONIA

tocar. La copa veneciana, la famosa copa que durante tantísimos años había pertenecido á la familia de Pitsey, estaba en el suelo hecha añicos.

Reinaron unos momentos de silencio profundo, interrumpido por una indefinible exclamación de Leonardo y luego por el

susurro de muchas voces, mientras los convidados iban acercándose al lugar del desastre. El espanto y la consternación eran indescriptibles.

Pitsey, pálido como la misma muerte, contemplaba horrorizado las ruinas del preciado tesoro de familia.

Los dos criados, colocados uno á cada lado lado del pedestal, estaban alelados. Abriéndome paso por entre la gente me acerqué más. De la copa no quedaba otra cosa que el pie y la base incrustada de joyas, las que permanecían sobre el pedestal de malaquita como siempre.

Silenciosa y contemplando atentamente las ruinas, como si soñara, estaba Mme. Koluchy. Antonia, profundamente impresionada, enteramente lívida, se había acercado á su padre.

—¡La suerte de Pitsey Hall! exclamó con voz aterrada. ¡Y precisamente esta noche!

Yo estaba como loco y no acertaba á proferir ni una frase, pero vi que un criado recogía los pedazos de la copa.

Ya nadie pensó en bailar; toda diversión era imposible, y poco después los convidados se retiraron.

¿La explicación de la catástrofe? La más admisible me pareció ésta, cuando tuve calma para reflexionar:

La nota dominante de la tanda de valses repetida en dos compases, cuando todos los instrumentos tocaban al unísono, tenía que ser la nota correspondiente á la de la copa, la cual había destrozado tocada de aquella manera, respondiendo á las inflexibles y bien conocidas leyes acústicas.

Al día siguiente se procuró unir los pedazos, pero faltaban algunos. ¿Quién los había quitado y de qué manera? No se supo jamás. Sin duda alguna las letras tan hábilmente ocultas con los adornos de metal encerraban la clave de la cifra misteriosa: pero una vez más Mme. Koluchy había logrado escapar de nuestras manos, amparada por su incomparable talento y su ingenio peregrino, que tan mal, desgraciadamente, empleaba.

Aun no se ha conseguido vengar la muerte del infortunado Delacour.

¿Se sabrá algún día toda la verdad?

L. J. Meade y Roberto Eustace.



Hojas del diario del Doctor Moreno



Un presentimiento

Entre todos los convidados que nos reunimos en «Villa Olea», magnífica posesión que cerca de Avila tenía mi amigo Jorge Echegaray, ninguno tan divertido, tan alegre ni tan simpático como Juanito Romero. Todo el mundo le admiraba, y lo mismo jóvenes que viejos, hombres que mujeres, todos solicitaban su amistad y su compañía. Nadie hablaba de él sin ponderarle y alabarle, y su nombre estaba como quien dice en boca de todo el mundo. Desde la mañana hasta la noche reinaban la alegría y la diversión en aquella casa, y nosotros los viejos no oponíamos resistencia ninguna al bullicio general, olvidando gustosos, siquiera fuese por unos días, la parte seria de la vida.

Mi amigo D. Jorge era un hombre de cincuenta y cinco años de edad, muy aficionado á reunir en su casa, sobre todo durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo, á buen número de sus amigos y conocidos, y D.ª Emilia, su señora, que hacía los honores con amabilidad y buen gusto, se esforzaba siempre en procurar á sus convidados todas las comodidades posibles. Sólo

un defecto la encontraba yo, que ponderaba demasiado al héroe del día, á Juanito Romero. Por muy simpática que sea una persona, llega á resultar pesado el estar escuchando á todas horas elogios y ponderaciones pronunciados en honor suyo, si bien hay que confesar que el tal Juanito no se envanecía nunca. Le había sonreido la fortuna y creía, sin duda, que seguiría sonriéndole siempre.

Entre las amigas de D.ª Emilia figuraba una lindísima joven llamada Gracia Salcedo, de cuya belleza quedó Juanito prendado muy pronto. Enamoradísimo de Gracia, la seguía á todas partes. En los salones, en los bailes, en cualquiera fiesta que se celebrase, siempre se le veía á su lado, y pronto nos convencimos todos de que la señorita Gracia, lejos de serle indiferente Juanito Romero, recibía muy gustosa sus obsequios y galantes atenciones.

La víspera del día en que debía regresar á Madrid para ocuparme de mis numerosos asuntos, D. Jorge y yo nos retiramos á hablar un rato en el saloncito de fumar, y cuando me levanté para dirigirme á mi alcoba, le dije bruscamente:

—Y á propósito, D. Jorge, no deje usted de participarme cómo siguen las cosas entre Romero y la Srta. Gracia. Es una pareja que me inspira vivo interés; parecen nacidos el uno para el otro, y creo que serían felices.

Al oir mis palabras Echegaray se puso serio, y después de unos momentos contestó:

—No es que me importe mayormente, pero se me figura que esas relaciones van tomando mal aspecto. Juanito es uno de los muchachos más simpáticos que he conocido.

—Sí que lo es, y así debe también creerlo la Srta. Gracia.

—Pues no es eso lo peor. Romero, sin duda alguna, está enamoradísimo de Gracia, y creo que ella le corresponde; pero hay un inconveniente para que se casen, y es que la señorita Salcedo tiene ya empeñada su palabra.

—¿Es posible? exclamé.

—Y tan posible. Hace dos años que un amigo mío, Felipe Baselga, pidió su mano. Es mucho más viejo que ella, pero la quiere muy de veras, y llegué á creer que harían una pareja feliz, verdaderamente feliz. Cuando Gracia vino aquí por pri-

mera vez no hice caso de las atenciones que Romero la dispensaba, pero ahora (he de ser franco con usted) me pesa no haberle advertido que Gracia estaba comprometida.

—No la he tratado mucho, pero casi me parece imposible que, con un carácter tan abierto como el suyo, haya podido ocultarlo. Probablemente lo sabrá Romero. Y repito que siento lo que ocurre, pues llegué á figurarme que serían felices.

—Así parecía, aunque espero que la cosa tenga todavía remedio. Mañana mismo pienso hablar á Juanito.

Poco después me retiré á mi cuarto. Aunque la hora era avanzada no tenía sueño; así que, cogiendo un libro, me senté en la butaca y me puse á leer para distraerme. Imposible, no podía fijar la atención en la lectura. Entre mis ojos y la página abierta se interponía con tenacidad la figura de Romero, aquella mirada franca y noble, aquellas facciones bien formadas, aquel porte varonil y distinguido. A su lado veía también las delicadas formas, el dulcísimo rostro de la joven á quien sin duda amaba el muchacho, pero con la que no podía casarse por el compromiso que tenía adquirido ya.

Estando en estas meditaciones vino á sorprenderme un ligero ruido que sentí en la puerta de mi cuarto. Fuí á abrirla y me encontré cara á cara con Romero.

—Si no le sirve de molestia, dijo, quisiera hablar un momento con usted, D. Arturo. Tengo mi cuarto frente por frente del suyo, y al ver luz por debajo de la puerta supuse que aun no se había acostado y tuve el atrevimiento de llamar.

—Pase usted, contesté. Precisamente no tengo sueño y procuraba distraerme un rato con un libro.

Toda mi vida me ha tocado ser el paño de lágrimas de desdichas ajenas. Hasta entonces aquel joven no me había demostrado ninguna amistad particular, pero una mirada fué suficiente para que comprendiera que venía á contarme sus cuitas.

Le indiqué una silla, pero comprendí que estaba demasiado excitado para sentarse, y viendo que no sabía cómo empezar á decirme lo que quería, procuré animarle.

—Vamos á ver en qué puedo servirle, dije alegremente. ¿Qué le pasa á usted?

—Ya sé, comenzó diciendo, que no tengo ningún derecho

para molestar á usted; pero me consta que es muy amable, muy bondadoso, y desde luego he supuesto que no se negaría á ayudarme á salir del apuro en que me encuentro. Apenas me atrevo á decirle cuál es... pero ¡qué diantre! á eso he venido. Amo con toda mi alma á la Srta. Salcedo y tengo la dicha de ser correspondido por ella.

Viendo que iba á interrumpirle, añadió:

—¡Por Dios, doctor, óigame usted y perdone la molestia! Tal vez habrá usted adivinado que algo muy grave existe que podrá perturbar nuestra felicidad, pero Gracia me ha dado su palabra y sé que la cumplirá. Así que estoy resuelto á todo.

—¿Y cómo Gracia ha podido dar á usted palabra de casamiento cuando tiene relaciones con otro? Por D. Jorge he sabido que hace dos años un amigo suyo, llamado Felipe Baselga, pidió la mano de Gracia.

—Sí, es cierto, repuso con amargura el joven; pero Baselga le dobla la edad á Gracia, y ella no le quiere. Prometió casarse con él porque su tía se lo exigió, pero repito que nunca le ha querido. Esta noche estuve con ella durante un momento en el pasillo, y cuando oyó su voz se puso blanca como el mármol. Entonces yo no pude contenerme: en pocas palabras la declaré mi amor y tuve la dicha de saber que soy correspondido. Ahora Gracia, naturalmente, quiere deshacer el compromiso con él, pero no sabe cómo decírselo y me rogó que viniera á consultar con usted para que nos dé un consejo.

—Le manifestaré á usted lo que yo haría en su lugar, le dije. Su situación es dificilísima ciertamente, pero ha hecho usted muy mal en quitarle la novia al Sr. Baselga. Lo que debe hacer ahora es marcharse de aquí y dar tiempo á la Srta. Salcedo para reflexionar bien, para meditar su situación y decidir lo que hará.

—Suponía yo que me iba usted á decir eso, replicó Romero, que se había vuelto casi lívido; pero créame usted, doctor, eso es imposible, eso no puedo hacerlo. Y sobre todo, de nada serviría, puesto que ni yo cederé á nadie á Gracia ni Gracia se casará con Baselga.

—Póngase usted en el lugar de él, Juanito, agregué. ¿Le gustaría á usted que, aprovechando su ausencia, viniera ninguno

á robarle el cariño de la mujer á quien amase? Acuérdese de que, antes de que la conociera, Gracia era la prometida de un hombre, y que esto lo supo usted.

—Es cierto, D. Arturo: reconozco que soy un miserable, pero ya no tiene remedio.

—Lo tiene hasta cierto punto. No es usted el primero que se encuentra en semejante situación. Por lo menos sepárese de la joven por una temporada y déjela en completa libertad para que piense lo que ha de hacer. Hasta ahora su conducta es perdonable, pero ha llegado el momento de que demuestre su valor.

—Lo siento, D. Arturo, contestó el muchacho con humildad, pero repito que no puede ser. Por nada del mundo abandonaré á Gracia.

—En ese caso nada más tengo que decir.

Romero permaneció quieto y pensativo durante unos minutos. Luego, sin atreverse á mirarme cara á cara, me tendió la mano diciendo:

—Buenas noches, doctor, y perdóneme usted que le haya molestado.

—No es molestia ninguna. Le he oído á usted con muchísimo gusto y le he expuesto mi opinión con entera franqueza.

El muchacho me dió un buen apretón de manos y se retiró.

Tuve que regresar á Madrid en el primer tren de la mañana y no creí probable que volviera á ver á Romero. D. Jorge salió á la puerta á despedirme y me dijo que Baselga había llegado la noche anterior, pero que había hecho un viaje muy largo y se retiró á su cuarto sin hablar con nadie.

—Hasta ahora, añadió, ni Romero ni Gracia saben que ha llegado; no sé lo que pasará cuando lo sepan, pero temo mucho que haya un disgusto muy serio para todos. Ya le comunicaré á usted lo que ocurra, terminó diciendo.

Nos dimos un abrazo y me metí en el coche que había de conducirme á la estación.

Pocos minutos faltaban para que arrancase el tren, y no bien había tomado asiento en un rincón de un coche desocupado, cuando el conductor abrió la portezuela apresuradamente para dar paso á una señorita acompañada de su doncella. Era Gracia.

—Tengo que pedir á usted mil perdones, D. Arturo, exclamó. Sabía que iba usted á Madrid en este tren, y me he tomado la libertad de entrar en el mismo coche.

—¿Pero cómo está usted aquí á estas horas? pregunté.

—Porque supe anoche á última hora que había llegado á «Villa Olea» el Sr. Baselga, y no quiero encontrarme con él. Hoy, después de almorzar, tendrán una entrevista Baselga y Juanito, y éste se lo dirá todo.

Noté una tristeza infinita en su voz al hablarme así y que suspiraba profundamente. Era una muchacha muy linda, pero de apariencia delicada, aunque no dejé de comprender que tenía muchísima fuerza de voluntad y que en aquello que pusiera empeño sabría salir adelante. No me tocaba á mí censurarla; así que, mientras su doncella la tapaba con la manta de viaje, me limité á preguntarla cómo había podido salir de la casa sin que lo supieran Echegaray y su mujer.

—Mi doncella me ayudó, respondióme. Anoche encargué que me prepararan el cochecito para traerme á la estación, y esta mañana, por casualidad, no vi á nadie más que á los criados. Pero he dejado una cartita para D.ª Emilia, explicándoselo todo.

No me pareció conveniente seguir hablando; tomé un periódico y me puse á leer.

Después de un rato levanté los ojos del papel y vi que Gracia, asomada á la ventanilla, estaba llorando.

—Vamos á ver, la dije, ¿quiere usted decirme lo que la pasa?

—No hay mucho que decir, D. Arturo, contestó. Que estoy resuelta á casarme con Romero, y que si no me caso con él no me casaré con nadie. ¿Que le di palabra de casamiento á D. Felipe? Verá usted cómo fué. Soy huérfana de padre y madre, y no soy rica ni mucho menos. He vivido muchos años con mi tía Julia, y cuando D. Felipe pretendió mi mano, como es millonario, mi tía se empeñó en que no le rechazara. Como entonces no quería yo á nadie, accedí á los deseos de mi tía; pero ahora comprendo que no puedo casarme con él, porque he aprendido á querer á otro. En estas circunstancias sería una falta muy grave contraer matrimonio.

—Tiene usted razón, dije, la situación es dificilísima, y lo

siento mucho, porque veo que sufre usted. ¿Qué piensa usted hacer cuando llegue á Madrid?

—Iré directamente á casa de mi tía Julia y se lo contaré todo. En seguida pienso escribir á D. Felipe, aunque es de suponer que para entonces ya estará enterado de cuanto ocurre.

—¿Y qué cree usted que dirá el Sr. Baselga?

Como permaneciese callada, añadí:

—¿Tiene mal carácter?

—Baselga es muy apreciado de sus amigos; pero si he de decir la verdad, á mí no me ha inspirado nunca confianza. Ya sé que no debía hablar así, pero ¡qué quiere usted! la verdad ante todo. Y no me pregunte usted más, D. Arturo, porque hay cosas que mejor son para calladas.

El tren se detuvo en una estación, otros viajeros entraron en el carruaje y no tuvimos ocasión de hablar más.

Al llegar á Madrid acompañé á la señorita Gracia á tomar un coche, di las señas de su casa al cochero y al despedirme de ella la dije:

—Si alguna vez puedo servir á usted en algo, señorita, espero que se acuerde de mí.

—Muchas gracias, doctor, contestó. Tal vez tenga necesidad de aceptar sus cariñosos ofrecimientos.

Pasaron ocho días sin saber nada de Romero ni de la señorita Gracia, hasta que una mañana llegó una carta de mi amigo Echegaray, satisfactoria hasta cierto punto.

Después de hablar de asuntos generales, decía así:

«Tendrá usted deseos de saber algo de lo que yo llamo el *enredo* de Romero. Y á propósito, creo que la tontita de Gracia fué á Madrid en el mismo tren que usted. ¡Qué ocurrencia la de marcharse de la manera que se marchó! Pero vamos al asunto. Creo haber dicho á usted que aprecio mucho á Baselga, aprecio que seguramente compartirá usted conmigo cuando sepa lo bien que se ha conducido. En la misma mañana que usted marchó tuvimos Romero y yo una entrevista muy larga. ¡Pobre muchacho! Me inspiró compasión. Después de todo, no tienen los jóvenes la culpa de lo que ha pasado. Romero me suplicó que comunicara la noticia á Baselga, que ya estaba muy incomodado con la precipitada marcha de Gracia. Pasé un rato muy

malo al comunicar tan desagradable noticia á mi amigo, y el caso no era para menos. La joven á quien él pensaba hacer su esposa amaba á otro. Al decirle yo que era imposible que le exigiera á Gracia el cumplimiento de su palabra, puso muy mala cara; pero á la mañana siguiente, sin duda después de haberlo reflexionado bien, me declaró que no sólo relevaba á la señorita del cumplimiento de su promesa, sino que haría cuanto pudiera por los novios. Aunque tarde, añadió, he comprendido que soy demasiado viejo para Gracia. Esto, verdaderamente, era más de lo que se podía pedir, y le dije lo que yo opinaba acerca del paso que acababa de dar. Aquel mismo día marchó á Madrid á ver á Gracia y á su tía, y nos escribe doña Julia diciendo que Baselga se ha portado admirablemente. Añade que está muy incomodada con su sobrina, porque no sabe disimular la antipatía que siente hacia Baselga, el cual, sin hacer caso de la mala acogida que le dispensó Gracía, la habló cariñosamente así:

—Veo, niña, que ya no puedo ser tu esposo; pero como te quiero muy de veras (esto lo confesó muy conmovido), me dedicaré á labrar tu felicidad y seré para ti y para tu futuro esposo un verdadero padre. Para que conozca yo bien á Romero tenéis que venir con D.ª Julia á pasar unos días en mi casa de Manzanares.

Y así quedó todo arreglado, aunque al principio la señorita Gracia se opuso firmemente á esto último. Creo que convendrá usted conmigo en que D. Felipe se ha portado muy bien.—Suyo afectísimo amigo, *Jorge Echegaray*».

Apenas había terminado la lectura de esta carta cuando mi criado Juan abrió la puerta para dar paso á un caballero. Me hallaba en aquel momento en el comedor, y al levantar la vista para ver quién era tendí la mano con placer á Juanito Romero.

—Ya habrá usted recibido la noticia, comenzó diciendo.

—Ahora mismo estaba leyendo la carta de Echegaray, le contesté. Pero siéntese, Romero. ¿Quiere usted almorzar conmigo?

—No, gracias, he almorzado ya. Pues bien, continuó, ya ve usted que soy el hombre más afortunado del mundo.

—Le deseo toda clase de felicidades. Tuvo usted un adver

sario muy generoso, amigo Romero. Pocos hombres hubieran hecho lo que hizo él.

—Así dicen todos.

Tomó una silla y se sentó enfrente de mí. No sé por qué, pero me pareció que estaba muy lejos de tener aire de hombre feliz.

—¿Qué pasará ahora? pensaba yo para mis adentros.

Apenas cruzó este pensamiento por mi imaginación, cuando Romero levantó la vista y me dijo:

—Le sorprende á usted mi actitud, ¿no es verdad? Por supuesto, tengo mucha más suerte que la que merezco. Adoro con pasión á Gracia y soy correspondido. Ni uno ni otro somos ricos, y tendremos que esperar á que conquiste una posición digna de ella; pero esto es lo de menos. D. Felipe se ha portado muy bien, aunque á decir verdad yo hubiera preferido que no hubiese sido tan condescendiente. Me disgusta tener que recibir favores de aquel á quien he robado su más preciado tesoro. Baselga no sólo quiere proteger á Gracia como si fuera una hija suya, y muy querida, sino que también hace lo mismo conmigo. Se pasa horas enteras hablándome de lo que conviene á mis intereses y promete ayudarme para obtener lo que deseo. Comprendo que debería quererle; pero lejos de ser así, he de confesar que le aborrezco, D. Arturo. No puedo remediarlo, y á Gracia le sucede otro tanto. Los dos estamos muy disgustados con el proyectado viaje á Manzanares, donde Baselga tiene una posesión.

—Todo lo comprendo perfectamente, amigo Romero, y si yo estuviera en su lugar, creo que me sucedería lo mismo. Pero dígame usted, ¿por qué ha aceptado la invitación?

—No hubo manera de rehusarla, D. Arturo. Baselga se lo hizo prometer á Gracia cuando fué á despedirse de ella como novio. Ya ve usted que el momento no era el más á propósito para negarle una cosa tan sencilla. Además, la tía de Gracia se empeña en mantener las amistades con D. Felipe. Doña Julia y Gracia van el lunes, y yo iré unos días después, aunque no de muy buena gana.

—Después de todo, no hay verdadero motivo para que se disguste usted tanto. Como muy bien dice usted, alguna atención le debe al Sr. Baselga, cuya generosidad reconoce.

—Sí que se la debo, y comprendo que hago muy mal en no estimarle, pero la verdad es que no me inspira gran confianza. Ha hecho más todavía que lo que usted sabe, doctor. Tiene un hermano en la Embajada de Londres y quiere que yo sea su secretario particular. Conociendo algunos idiomas como conozco, opina que sería para mí la mejor colocación.

—Pues mucho me temo que no tenga usted más remedio que aceptar.

—Es posible.

Guardó silencio durante un rato, y luego añadió:

—¡Pero qué torpeza la mía! Estoy robándole á usted el tiempo que indudablemente le hace falta para atender á sus obligaciones. No crea, doctor, que sólo he venido para hablar de estas cosas. He venido también á consultar con usted, porque estoy enfermo.

—¿Enfermo? exclamé sorprendido.

—A veces se me figura que el corazón no funciona bien. ¿Quiere usted hacer el favor de reconocerme? Cuando uno piensa casarse, creo que ante todo debe estar bien seguro de que su salud es perfecta.

—Si así lo desea usted, le reconoceré.

Pasamos al gabinete de consultas, ausculté á Romero y pronto tuve la satisfacción de decirle que el corazón estaba completamente sano y que hacía muy mal en ser aprensivo.

Sin embargo, no se animó; antes por el contrario me pareció notar en su semblante algo que denotaba angustia, algo que revelaba tristeza.

—No puedo remediarlo, exclamó por fin, forzosamente tengo que manifestar á usted lo que me pasa. Sabrá usted que en cierta ocasión me dieron por muerto y que faltó muy poco para que me enterrasen vivo.

—¿Sufrió usted algún ataque cataléptico?

—Supongo que ustedes los médicos lo llamarán así... ¿Me permite usted que le cuente cómo sucedió?

—Es un asunto que me interesa como médico y tendré sumo gusto en escucharle.

—¿Opina usted que pueden existir las muertes aparentes?

—¡Qué duda tiene!

—Me causa una satisfacción muy grande, D. Arturo, el oirle expresarse así. Cuantas veces he hecho la misma pregunta á varios médicos me han contestado con burlonas sonrisas.

—Las muertes aparentes no son tan frecuentes como algunas personas suponen, pero no puede negarse que existen y han existido por abandono de los médicos muchas veces. Puede usted empezar, amigo Romero.

—Cuando yo tenía diez y ocho años murió mi madre á consecuencia de un ataque al corazón. Era viuda y no tenía más hijos que yo. Me despedí de ella una mañana para ir á pasar el día con unos amigos y cuando volví había muerto. Fué un golpe terrible para mí: tan terrible, que caí enfermo. No recuerdo qué sentí ni de qué padecía, pero sé que estuve en cama sin querer alimentarme y mostrando por todo una indiferencia grandísima. La hermana que vino á cuidarme y el médico llegaron á creer que había perdido el conocimiento, pero no fué así. Oía hasta los ruidos más insignificantes, hasta la respiración más débil, y me enteraba de todo cuanto ocurría á mi alrededor. Sabía cuándo me visitaba el médico y percibía los sollozos y los lloros de la pobre anciana que sirvió durante muchos años á mi madre, hasta que llegó un día en que oí decir al médico:

—No tiene remedio, está agonizando; es inútil molestarle con medicinas. Dejará de existir dentro de un par de horas á lo sumo. Avíseme usted cuando muera y enviaré el certificado.

Y se retiró.

Yo no podía moverme; estaba como si me hubieran sujetado á la cama por medio de hierros, y me parecía tener sobre mí un peso que me oprimía cada vez más.

La hermana quedó conmigo un rato. Sé que se inclinó sobre mí, porque sentí su respiración en la cara, y además puso una luz casi pegando á mis ojos, para ver si pestañeaba. Después me dejó solo.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, pero me pareció una eternidad, hasta que entraron en mi alcoba algunas personas.

—¿Dice usted que ha muerto hace media hora? preguntó una voz que reconocí en seguida, pues era la de un médico joven con quien yo había tratado mucho.

—Sí, señor, contestó la hermana, una cosa así.

Yo estaba aterrado. Hice grandes esfuerzos para moverme, pero no pude conseguirlo. ¡Qué horrible situación la mía!

Se acercó el médico á la cama y me levantó los párpados. Yo le veía como á través de una densa nube. Me tomó el pulso y me auscultó. Hubo un largo rato de silencio, y luego dijo:

—Se ha equivocado usted, hermana. Juanito no está muerto. Aunque muy débiles, hay todavía señales de vida.

Hizo seguidamente algunas otras pruebas, y añadió:

—Este es un caso de catalepsia. Tenga usted cuidado de que no se enfríe la habitación, y de cuando en cuando déle un poco de alimento líquido con una pluma de ave. Mañana volveré á verle. Por lo pronto no está muerto.

Me dijeron después que permanecí en aquel estado durante tres días, y que por fin me aplicaron la electricidad, por medio de la cual conseguí incorporarme en la cama y abrí los ojos.

Y ahora, añadió Romero sacando el pañuelo para limpiarse el sudor frío que le cubría la frente, ahora comprenderá usted cuán expuesto estuve á que me enterraran vivo.

—Su historia me ha interesado mucho, le dije, pero se impresiona usted demasiado. Vaya, hablemos de algo más alegre.

—No puedo, doctor; tengo mis razones para contarle todo esto. Que se ría usted, que no se ría, le ruego que me oiga.

—No me reiré; al contrario, Romero, oiré con mucho gusto todo cuanto quiera decirme.

—Tenía diez y ocho años cuando ocurrió lo que acabo de referirle y ahora tengo veintiocho. ¿Qué pensó usted de mí cuando me vió por primera vez en casa de D. Jorge?

—Que era usted el mozo más alegre y divertido de cuantos he visto.

Romero sonrió amargamente y añadió:

—Con todos me sucede igual. Muchas veces me han dicho que parezco un muchacho, pero se equivocan. No soy ningún muchacho, soy un hombre atormentado constantemente por una horrible idea.

—No comprendo.

—La de que volveré á sufrir un ataque de catalepsia y me enterrarán vivo.

—¡Vamos, vamos! Ahora sí que está usted diciendo tonterías. Nunca hubiera creído que fuera tan aprensivo. Puesto que goza usted de perfecta salud, es joven y se ve correspondido por la muchacha á quien adora, hace muy mal en abrigar tan tristes pensamientos. Debería usted olvidarlos; es más, tiene la obligación de hacerlo.

—Tendré la obligación, pero me es imposible. Lo que yo sufrí durante aquellas largas y angustiosas horas en que comprendía y veía todo cuanto á mi alrededor pasaba, sin poder darlo á entender, no hallo palabras con que explicarlo. No pasa ni una noche sin que vuelva á mi memoria todo lo que entonces sucedió. A veces creo que voy á volverme loco ante el temor de que se repita el ataque. Hay momentos en que me parece estar viendo que se acerca la hora, y esto es lo que me preocupa pensando en nuestra visita á Manzanares. Estoy convencido de que allí ha de repetirse la catalepsia. No hay en el mundo nadie que pueda hacerme creer lo contrario.

Temblaba como un azogado, estaba lívido y tenía los ojos fijos en el suelo.

Después de unos momentos continuó:

—¿Comprende usted ahora cuánto sufro?

—Lo comprendo, dije, y le compadezco de todo corazón.

—Pues bien: voy á pedir á usted un favor grandísimo, y espero que no me lo niegue.

—Usted dirá.

—Que si alguna vez llegara á sus oídos la noticia de mi fallecimiento, me visite usted *personalmente* y procure comprobar la certeza, la evidencia de mi muerte.

—Lo probable será que yo muera antes que usted. Es usted mucho más joven que yo.

—En ese caso nada hay que decir; pero si vive y yo me hallo en España, prométame usted impedir el entierro hasta que me haya visto.

—Se lo prometo, contesté.

Tan emocionado estaba el pobre muchacho que las lágrimas se asomaron á sus ojos; pero eran lágrimas de gratitud, de agradecimiento profundo. Me levanté de la silla, y poniendo una mano en su hombro, proseguí:

—Escúcheme, Romero. En un caso como éste, pocas palabras bastan. Tiene usted mi palabra y la cumpliré. Ahora procure tranquilizarse y recobrar la alegría.

—Lo procuraré, doctor. Y de todos modos, le agradezco á usted en el alma su promesa.

Cogió el sombrero y se retiró.

Ocho días después recibí una carta suya en la que me decía.

«Don Felipe es un anfitrión agradabilísimo. Estamos aquí muy bien. Doña Elisa, la hermana de don Felipe, es también una excelente persona y ha simpatizado mucho con Gracia. Por mi parte me encuentro mejor de salud y estoy más alegre que nunca. La colocación de que le hablé á usted es casi segura. Baselga trata á Gracia lo mismo que si fuera su hija, y ella me dice que le gusta mucho más así que como novio. Con su permiso, querido doctor, pasaré á visitarle cuando regrese á Madrid.—Suyo afectísimo. *Juanito Romero.*—P. D. No he olvidado su promesa, doctor, y ella me hace vivir más tranquilo».

Recibí la carta por la mañana; pero en el momento en que la abría llegó un antiguo cliente y tuve que dejarla hasta cerca de las dos de la tarde, en que por fin tuve libres unos momentos. Sentí viva satisfacción al enterarme de que las cosas seguían bien para los jóvenes, y de que Romero iba dominando el terrible presentimiento que podría haber destruído su felicidad.

Por la noche, cuando me senté á la mesa para comer, me trajo el criado la prensa de la tarde. Cogí un periódico, y lo primero que me llamó la atención fué lo siguiente:

«Horrible desgracia. Un joven ahogado.—El conocido joven D. Juan Romero y Castañares ha sido encontrado muerto en las orillas del río que pasa por Manzanares. El triste suceso debió de ocurrir el miércoles por la mañana. Dícese que el señor Romero salió al amanecer á pescar, y que, á consecuencia sin duda de algún percance, cayó al agua y pereció ahogado. Cuando se le encontró tenía la cabeza fuera del río, pero estaba muerto. Esta horrible desgracia ha causado profunda impresión en casa de D. Felipe Baselga, donde el Sr. Romero se hallaba pasando una temporada».

El periódico se me cayó de las manos. ¡Qué horror! Hacía poco más de ocho días que Romero me había hablado de su presenti-

miento, de la idea de que algo grave, muy grave le iba á ocurrir bien pronto. ¡Pobre muchacho! ¡Había muerto ahogado! ¡Quién lo hubiera creído! ¿Pero sería cierto?

Me levanté lleno de impaciencia y de zozobra, y recordé mi promesa.

—Necesito averiguarlo, me dije. El muchacho confió en mí, y es preciso que yo compruebe la certeza de su muerte.

Recogí el periódico y volví á leer la fatal noticia. ¿Se habría repetido el ataque cataléptico? Había que averiguarlo á todo trance.

Llamé y entró el criado con una carta. Era de un antiguo cliente que me avisaba para que fuera á verle á su casa. ¡Qué contrariedad! Contesté que iría inmediatamente, y en seguida extendí el telegrama siguiente para la señorita Gracia:

«Acabo de enterarme de la horrible desgracia. No consienta usted que se verifique el entierro hasta que reciba otro aviso mío.—*Moreno*».

Poco después salí de casa. Encontré tan mal á mi cliente que no era posible que le abandonase, por lo menos en toda aquella noche.

A la mañana siguiente mi criado Juan me trajo el correo y un telegrama de la señorita Gracia que decía así:

«Venga en seguida. Felipe se niega á retrasar el entierro».

Inmediatamente puse otro telegrama para D. Felipe:

«Di palabra á Romero de reconocer su cuerpo después de muerto, pero estoy detenido con un enfermo muy grave. Mande usted que un médico abra una vena para cerciorarse bien de que ha fallecido el pobre muchacho. Tengo poderosas razones para exigir esto».

Despaché mi telegrama, pero mi inquietud iba en aumento. El enfermo seguía empeorando y agravándose por momentos, hasta que á las tres dejó de existir.

Entonces resolví salir para Manzanares en el tren de las 8,30. Cuando volví á casa me dijo Juan que un caballero había estado á verme, que se negó á dar su nombre, pero que advirtió que volvería pronto.

Entre las numerosas cartas que me esperaban, encontré un telegrama concebido en estos términos:

«¿Por qué no viene usted? Me están volviendo loca. El médico se niega á abrir la vena. Quieren cerrar la caja esta noche. No creo que haya muerto.—*Gracia*».

En el acto contesté con este otro:

«Salgo tren 8.30. De ninguna manera consienta usted que cierren la caja.—*Moreno*».

Cuando entregaba el telegrama á Juan para que lo llevase á la oficina de telégrafos llamaron á la puerta. Abrió mi criado y entró en el despacho un caballero alto. de porte distinguido y como de cuarenta años de edad.

—¿Tengo el gusto de hablar con el doctor Moreno? preguntó.

—Servidor de usted.

—Soy Felipe Baselga. añadió.

Me sorprendió muchísimo verle en mi casa. pero procuré disimularlo.

—Llega usted á tiempo, D. Felipe, dije. invitándole á que tomara asiento. Precisamente dentro de poco pienso ponerme en camino para Manzanares.

—Me lo suponía. y he venido expresamente para evitarle á usted el viaje. Recibí su telegrama en el momento de salir de casa para venir á Madrid, y á fin de que esté usted enteramente tranquilo. he mandado aviso de su extraña exigencia al médico de cabecera. el cual supongo lo habrá cumplido ya. Esta noche cerrarán la caja y mañana se verificará el entierro.

—Eso no puede ser. respondí con firmeza. porque di mi palabra de comprobar su muerte al desdichado Romero. Temí esta mañana que me sería imposible hacerlo personalmente: pero el enfermo que entonces me detenía ha muerto. y nada hay ahora que me obligue á permanecer en Madrid. Saldré en el tren de las 8,30 y examinaré el cadáver en cuanto llegue.

Al escuchar mis palabras, D. Felipe pareció impacientarse mucho. Tenía una cara que parecía una careta de cartón. con ojos grandes y bien formados y facciones correctas. No representaba la edad que tenía; pero aquella falta de expresión, la extrema delgadez de los labios y su mirada recelosa y siniestra. me hicieron desconfiar de él desde el primer momento. Al observarle con atención comprendí perfectamente la antipatía que había inspirado al pobre Romero. y me extrañó muchísimo cómo

la señorita Gracia pudo nunca dar á aquel hombre palabra de casamiento. Vi que fingía una calma que estaba lejos de sentir y noté en sus labios cierta contracción que dejaba revelar su contrariedad. Mientras yo estudiaba su carácter, él procuraba hacer lo mismo conmigo. De pronto me fijé en el reloj de la chimenea y vi que marcaba las ocho.

Comprenderá usted, prosiguió D. Felipe, que yo no puedo tener inconveniente ninguno en que examine el cadáver del infeliz Romero. Su trágica muerte nos ha causado á todos profunda impresión; pero una vez muerto, y que lo está nadie puede dudarlo, me parece inútil despertar esperanzas vanas y que pierda usted el tiempo en un viaje infructuoso.

—Lo comprendo, respondí, pero ¡qué quiere usted! Di mi palabra á Romero y la cumpliré. Agradezco la atención que ha tenido usted de venir para evitarme el viaje, pero no sirve de nada. Tal vez hubiera obrado de otro modo si se hubiese atendido mi telegrama de esta mañana.

—¿Y por qué presume usted que su telegrama no ha sido atendido?

Por única respuesta le entregué el telegrama que hacía poco había recibido de Gracia; al enterarse de su contenido vi que se estremecía como quien recibe un susto.

—¿De manera que se empeña usted en ir á Manzanares? preguntó.

—Me empeño, contesté, y usted me dispensará si le digo que no tengo momento que perder.

—Entonces no hay más que decir. Yo también vuelvo en el tren de las 8.30, pues vine á Madrid con el exclusivo objeto de encargar unas coronas y otras cosas necesarias para el entierro, y nada tengo ya que hacer.

—En ese caso tomaremos un coche.

Pocos momentos después nos dirigíamos á la estación.

El Sr. Baselga había variado por completo. Era ahora el hombre de mundo instruído y pensador que sabe hablar de todo, aunque me pareció observar que miraba mucho lo que decía y que no dejaba de seguir estudiándome.

Al llegar á la estación me dejó solo por unos momentos y poco después le vi salir del telégrafo. En seguida me figuré que

había puesto un telegrama revocando mi orden. Si así había sido y se cerraba la caja, todo había acabado.

No he solido nunca tener presentimientos, pero en aquella ocasión, desde que leí la trágica muerte de Romero, algo parecía advertirme que no había muerto. Había en los detalles una falta de exactitud que me llenaba de ansiedad, no sólo por la palabra que había dado al pobre Romero, sino también por mi decisión de evitar un sepelio prematuro como si dijéramos. Más de una vez se ha creído que una persona había muerto cuando en realidad no se trataba más que de un ataque de catalepsia. ¿No podría suceder lo mismo entonces, y con más razón, puesto que Romero había sufrido un ataque antes? Y si realmente era así, el hecho de encerrarle en la caja bien pronto causaría la muerte verdadera.

Cuando volvió Baselga faltaban sólo tres minutos para que arrancase el tren.

—¿Me dispensará usted, le dije, que le haga una pregunta?

—Pregunte usted lo que quiera, doctor.

—¿Ha puesto usted un telegrama revocando mi orden para que no se cierre la caja hasta que yo llegue?

—No he puesto semejante telegrama.

No quise insistir, pero se me figuró que no decía la verdad.

Mi intranquilidad era grande; pero comprendiendo que nada podía hacer hasta que llegáramos, me recosté en un rincón del coche y procuré dormir un rato. No me había acostado la noche anterior y estaba rendido; pero, sin embargo, no pude conciliar el sueño.

Dos viajeros que iban en el mismo carruaje dormían profundamente como si estuvieran en la mejor cama del mundo, pero Baselga estaba tan despierto como yo. Ocupaba el otro rincón enfrente de mí, y con un periódico en la mano fingía estar leyendo. La luz daba de lleno en su rostro, y al fijarme en él comprendí que no leía ni una sola línea. Noté también que, á pesar de la calma que aparentaba, era un hombre muy nervioso. Sin duda advirtió que yo le observaba porque, dejando el periódico é inclinándose hacia mí, me dijo:

—En verdad que ha sido una muerte muy trágica. ¡Pobre muchacho!

—¿Pero cómo sucedió? Porque yo no sé más que lo que el periódico decía.

—Pues sabe usted todo cuanto hay que saber, añadió. El martes Romero estaba más alegre que nunca, y por la tarde me dijo que, si el tiempo seguía tan hermoso, saldría al día siguiente al amanecer á dar un paseo en la lancha por el río. Viendo que á la hora de almorzar no parecía salí á buscarle, y calcule usted cuál sería mi sorpresa al encontrarle muerto en la orilla y agarrado á un sauce. Tenía la cara lívida y los ojos cerrados. Avisé á dos hombres y le llevamos á casa. Mandé en seguida buscar al médico, que vino inmediatamente y declaró que todo había concluído, que no podía hacerse nada. Como se le encontró con la cabeza fuera del agua, era de suponer que no había muerto ahogado. ¿Algún ataque al corazón? Eso es lo que cree el médico. Y no hay más que decir.

—Paréceme que falta algo. ¿Cómo fué para hundirse la lancha en que Romero paseaba por el río?

Eso es lo que no ha podido averiguarse. La lancha era mía y es de suponer que, como todas las demás, estaría en buen uso.

—¿De manera que no se sabe qué ha sido de la lancha?

—No. Nadie se ha ocupado de cosa de tan poca importancia.

—Al contrario, la lancha importa mucho. Con permiso de usted haré que la saquen del río lo más pronto posible, para examinarla.

—Verdaderamente, doctor, es usted muy escrupuloso, dijo Baselga, en cuyo rostro creí adivinar una mueca de disgusto. Verificado el entierro se hará lo que quiera, pues, por mi parte, no hay inconveniente alguno. ¿Piensa usted permanecer muchos días en Manzanares?

—Hasta que lo dé todo por concluído, contesté con frialdad.

Al llegar á la estación nos esperaba el coche de Balsega, y sin detenernos un momento marchamos á su casa. En la puerta nos esperaba la Srta. Salcedo.

—A estas horas, Gracia, dijo D. Felipe, estarías mejor en la cama.

Pero la joven, sin hacer caso de aquella observación, avanzó preguntando:

—¿Ha venido D. Arturo?

—Sí, ha venido. ¿Pero eso qué puede importarte? Repito que mejor estarías acostada.

—¿Cómo he de acostarme cuando todos sois tan crueles conmigo? Venga usted, D. Arturo, añadió al verme; venga usted á despertarle.

—Yo le acompañaré á ver el cadáver, doctor, interrumpió Baselga. Retírate, Gracia.

—¿Con qué derecho me manda usted á mí? respondió la joven. ¿Acaso no puedo ir con el doctor si me place? Ni usted ni nadie me lo impedirá. ¿Cómo tuvo usted la osadía de enviar un telegrama revocando la orden de D. Arturo? Pero, á pesar de todo, no han cerrado la caja: eso por lo menos he podido evitar. Ni he permitido tampoco que le dejen solo un momento.

Luego, volviéndose á mí, añadió:

—¡Ay, doctor! ¡No sabe usted cuánto me han hecho sufrir! Querían enterrarle y tengo la completa seguridad de que no ha muerto. Pero no perdamos tiempo: venga usted, venga usted.

Con gran sorpresa mía, en vez de conducirme á la casa, me llevó por un sendero en dirección opuesta.

—No pude evitar que le llevaran de casa, doctor, continuó diciendo, y sólo Dios sabe lo que he tenido que trabajar para que no le enterrasen.

Entramos en el cementerio, y allí, en el depósito de cadáveres, sobre una tosca mesa, vi á Juanito Romero metido en la caja mortuoria. Estaban velándole dos mujeres, una de ellas la vieja criada de la joven.

—¿Es este señor el doctor que esperaba usted, señorita? preguntó al vernos entrar.

—Sí, Luisa; éste es D. Arturo. Gracias á Dios, ha llegado á tiempo para evitar que Juanito fuese enterrado vivo.

—¡Pobre señorita! exclamó la sirviente. Cree con toda su alma que el desgraciado señor está vivo.

—Apártese un poco, dije con cierta severidad.

Me acerqué, y durante algunos minutos estuve examinando el rostro de Romero.

—¿Verdad, doctor, que no está muerto? preguntó la angustiada joven.

—Quítese usted, contesté; necesito examinarle más de cerca.

Tomé una de las manos de Romero entre las mías. Estaba helada y rígida, así como la cara, y me estremecí.

Después de todo, pensaba yo, mucho temo que mis sospechas hayan sido infundadas. Pero, ¡cielos! Esta rigidez no parece la de un cadáver. ¿Podré abrigar alguna esperanza? Levanté la vista y me encontré con la mirada escudriñadora de la joven.

—¿Qué me dice usted? murmuró.

—Veremos, veremos; voy á hacer una prueba. Pero no conviene que esté usted aquí. Llévese á la señorita, añadí dirigiéndome á la criada.

Se retiraron todas y quedamos solos Romero y yo. Saqué el estuche y elegí una lanceta finísima. En aquel momento sentí que abrían la puerta del depósito. Era D. Felipe, que se acercó diciendo con una sonrisa irónica:

—Supongo que por ahora se habrá usted convencido de la inutilidad de su viaje. Ni aun con todo su talento puede resucitar á los muertos. No se forje usted ilusiones, doctor.

—¿Acaso he dicho yo que está muerto? exclamé.

Descubrí el antebrazo de Romero y pinché con la lanceta en una vena.

Me pareció que Baselga seguía sonriendo irónicamente, pero ni tiempo ni deseos tuve de fijarme en él. Con el corazón oprimido esperé el resultado de mi prueba. ¿Volvería á su estado natural aquella sangre paralizada?

Los primeros minutos transcurridos desde la abertura de la vena me parecieron siglos. Al poco tiempo apareció la primera gota de sangre y respiré. Después se presentó otra, luego otra... hasta que la sangre comenzó á salir de la herida en abundancia. Con sumo cuidado levanté la cabeza de Romero, el cual tardó muy poco en incorporarse. El horror de Baselga fué indescriptible.

. . . .

Tres meses después vino Juanito Romero á visitarme á mi casa más alegre y más sano que nunca.

—No sólo me ha salvado usted la vida, D. Arturo, dijo después de un rato de conversación, sino que ha hecho usted más, mucho más. Ha conseguido hacer desaparecer el temor que tanto me ha hecho sufrir durante estos diez últimos años. No

creo que volverá nadie á tomarme por muerto hasta que realmente lo esté.

—Perdido ese temor, habrá usted perdido también la propensión á la catalepsia. ¡No sabe usted cuánto me alegro! Mi excursión á Manzanares fué bien aprovechada.

—¡Y tanto, D. Arturo! Pero, ¿sabe usted, añadió bajando la voz, que al reconocer la lancha se vió que tenía en el fondo un agujerito apenas perceptible?

Me estremecí, pero no hallé palabras con que constestar.

—Puedo asegurarlo, D. Arturo, pero no me atrevo á preguntar qué significaría aquello.

—Olvídelo usted, dije después de unos momentos de silencio. Ahora es usted feliz, tendrá un porvenir brillante y creo que no debe entrar en averiguaciones. Hay en la vida cosas que conviene ignorar. Lo que debe hacer es dar gracias á Dios por haberse dignado librarle de las garras de la muerte.





Cuentos del Continente oscuro

* * *

Los tesoros de la urna

I



Me parece, Federico, dije sin poder disimular mi enojo, me parece que Hassán nos ha metido en un enredo del que, ni empleando todo su ingenio, sabrá sacarnos. Cuando por primera vez llegamos á esta ciudad, las dos reinas y todo el pueblo nos recibieron bien. ¡Ojalá no hubiéramos traído al árabe! Dentro de veinticuatro horas tal vez hayamos muerto.

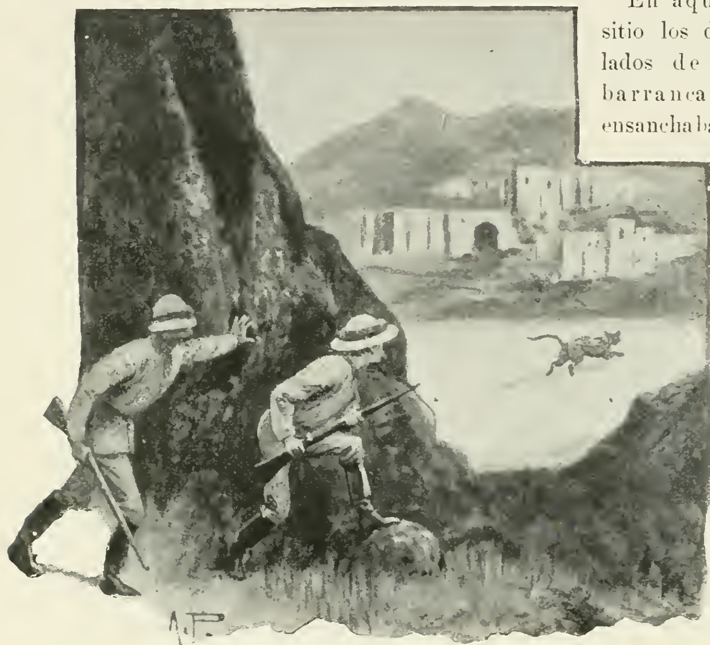
—En verdad que las cosas se presentan muy mal para nosotros, respondió mi amigo. Pero mira á Hassán: si es que piensa que nuestro fin está cercano, ha resuelto por lo visto aprovechar bien las pocas horas que le quedan de vida.

Y Federico indicó con la mano al árabe, que á poca distancia de nosotros conversaba alegremente con la más joven de las dos reinas que gobernaban la ciudad en que nos hallábamos.

Al salir de Trípoli habíamos tomado la dirección del Sudoeste, y después de una marcha de treinta días nos encaminamos á aquella ciudad, atraídos por la curiosidad que un mercader de esclavos había despertado en nosotros. Dos días después de habernos despedido del árabe, llamado Abu-Teleck, penetramos en una profunda barranca que parecía haber sido alguna vez el lecho de un río. Nos hizo

suponer esto la forma redonda de las piedras que hallamos en el fondo, entre diversas clases de vegetación y esparcidas entre los dos lados altos y perpendiculares de la barranca. Atravesamos ésta persiguiendo á un pequeño tigre que habíamos herido, cuando de improviso nos encontramos con que el animal corría por la empedrada plaza de una ciudad, cuya historia hubimos de conocer después.

En aquel sitio los dos lados de la barranca se ensanchaban,



EL TIGRE CORRÍA POR UNA PLAZA EMPEDRADA

formando cada uno graciosas curvas de peñascales, cuya árida desnudez quedaba compensada ampliamente con los maravillosos tintes de la piedra arenisca de que estaban compuestos.

Con el reflejo de los rayos del sol, las abigarradas peñas de la barranca parecían interminables filas de brillantes joyas de todos colores. Una de las filas formaba una especie de ancha cornisa plateada, con rayas de color de rosa y anaranjado, circundada de un precioso arco de color morado; había otras de gris y granate, y algunas de color verde y azafranado.

En la base del peñascal, la inclinación de las rocas formaba caprichosos huecos que estaban destinados á sepulturas, y había también otros muchos sin aplicación ninguna. En uno de estos huecos, que eran espaciosos, habíamos nosotros encontrado refugio el día en que comienza mi relato, dos semanas después de nuestra llegada á la ciudad, la cual extendíase á nuestros pies ricamente adornada por todas partes de esculturales cornisas y magníficas pilastras. Una elegante escalera, con su correspondiente barandilla, conducía á los huecos ó cuevas desde la ciudad, en cuyo centro elevábase un suntuoso palacio de piedra caliza blancuzca, que, aunque de antigua construcción, había resistido los estragos del tiempo y hallábase en tan buen estado como el día en que se edificó. Un poco más allá del palacio nos llamó la atención un gran anfiteatro descubierto, con millares de asientos formando círculos concéntricos.

En el centro del anfiteatro elevábase á grande altura una columna cuadrada de granito, de color gris muy pálido y de perfecta construcción. La parte superior de la columna tenía la forma de una urna enorme. Medía la columna unos 80 pies en cada uno de sus cuatro lados, completamente lisos y perpendiculares, y en uno de ellos veíanse señales inequívocas de que alguien había pretendido escalarla, aunque inútilmente, pues el osado trepador, habiendo sin duda perdido el equilibrio, había caído á la plaza desde una altura considerable.

Al llegar á la ciudad supimos que la gobernaban dos hermanas, hijas del difunto sultán, y que estaban obligadas, bajo pena de muerte, á ser leales una á otra. Tan pronto como nos recibieron en palacio, las dos reinas parecían haberse olvidado de nuestra presencia allí, ó á lo menos no les inspiraba interés ninguno, mientras que, por el contrario, á Hassán le colmaban de atenciones y obsequios. Para festejar un acontecimiento tan extraordinario como la llegada de unos extranjeros mandaron las reinas que se organizasen algunas diversiones públicas, entre las cuales debía figurar una lucha de dos hombres, á estilo de los gladiadores romanos, y una de un hombre contra alguna ó algunas fieras. Durante la celebración del espectáculo, Hassán desafió al más afamado luchador, á quien consiguió arrojar al suelo. Desde aquel momento el árabe se granjeó por completo las voluntades de las dos reinas, mientras que los jefes de la

ciudad comenzaron á fraguar planes para perderle y perdernos á nosotros también.

Pronto se enteró la gente de que nuestro juicioso guía prefería á la más joven de las reinas, para quien tuvo todo género de atenciones.

Pasó largas horas con ella, refiriéndola algunas de las aventuras que había corrido con nosotros, y envidiosa de estas atenciones la otra reina, dió gustosa oídos á las palabras de sus astutos consejeros, quienes declararon que el árabe, ayudado por nosotros, tramaba una conspiración para obtener el mando de la ciudad y casarse con la reina más joven, mientras ella sería destronada y desterrada del país.

Cierta noche, cuando Hassán conversaba con Ahillah, la reina más joven, y nosotros estábamos reclinados ociosamente á su lado en unos cojines, un tropel de hombres armados penetró en el salón, y á pesar de nuestros esfuerzos para impedirlo, la reina, Hassán, Federico y yo fuimos arrojados á la calle. Procuramos defendernos para rechazar aquella agresión, pero no pudimos hacer uso de las armas porque nos las quitaron. Después quisimos huir, pero las entradas de la ciudad, una á cada lado del valle, estaban tan bien guardadas que hubiera sido inútil el intentarlo. La idea de escalar los peñascales perpendiculares era descabellada; de manera que quedábamos encerraditos en la ciudad, hasta que resolvieran lo que habían de hacer con nosotros.

Ninguno de los habitantes se atrevía á darnos acogida ni hablar con nosotros; así que, juntamente con Ahillah, nos vimos obligados á buscar refugio en una de las cuevas de que antes he hablado. Era alta de techo y en parte se hallaba descubierta, de manera que la luz penetraba en ella libremente.

En el momento en que Federico iba á llamar á Hassán, sentimos ruido de gente que se aproximaba, y dirigiéndonos apresuradamente á la entrada, vimos que con gran pompa y verdadera solemnidad subía la reina rival las escaleras que conducían á nuestra cueva. Delante de ella marchaban numerosos esclavos esparciendo flores por donde tenía que pasar, mientras que otros enarbolaban grandes hojas de palmera para protegerla de los ardientes rayos del sol.

Formaban la comitiva de la reina buen número de árabes atezados y vigorosos, ocupando el puesto de jefe ó ministro el mismo á

quien Hassán había derrotado. Sus facciones eran marcadamente hebraicas, con el cutis moreno y el pelo negro. Preciosas joyas brillaban en la túnica, en el turbante y en la capa sin mangas que constituían las vestiduras del árabe, el cual en una mano llevaba un ancho sable curvo y en la otra un reluciente escudo. Tan pronto como Ahillah se fijó en los que se acercaban dijo que había sido decretado ya nuestro destino, y echó á correr gritando al otro lado de la cueva, á donde la siguió Hassán. Subió la comitiva y pocos minutos después nos encontramos delante de Sargona, la hermana de Ahillah, esperando conocer nuestra suerte.



UN TROPEL DE HOMBRES ARMADOS

El jefe árabe avanzó, y postrándose ante Sargona exclamó:

—Esos extranjeros han perjudicado y ofendido á nuestra amada reina; esperamos vuestra voluntad. Decid, señora, la sentencia que habéis decretado para ellos.

Sargona dirigió á nuestro guía una terrible mirada de odio con sus relucientes ojos negros.

—La muerte para el árabe que ha conspirado contra nosotros, contestó: la muerte para él y para los que conspiraron con él. He dicho.



¡SALVAD Á TODOS Ó Á NINGUNO!

Sin dar tiempo para que Federico ó yo pudiéramos responder, Ahillah se arrojó á los pies de su hermana.

—¡Salvad á todos ó á ninguno! exclamó. ¿A qué me habéis condenado?

Sargona la levantó del suelo haciendo un gesto de rabia.

—Tú vivirás, Ahillah, dijo; tú vivirás, pero desde este momento estás destronada. El Consejo ha resuelto que seas virgen consagrada al templo. Ve.

Sargona dió unas palmadas, y á pesar de la intervención de nuestro guía, que trató de impedirlo, Ahillah fué retirada de nuestra presencia.

—Esclavos, continuó Sargona, viviréis dos días para morir al tercero. Mas se os perdonará la vida si antes del tercer día conseguís procurar para nosotros los tesoros de la gran urna, que son inmensos, y prometéis salir de la ciudad inmediatamente; esta es la única condición. Muchos lo han intentado, pero ninguno ha conseguido llegar hasta la urna. Mañana al amanecer me diréis vuestra resolución: si queréis realizar la empresa ó preferís morir sin intentarlo.

Marchóse Sargona con su comitiva, y nosotros quedamos allí, bien convencidos de que las palabras de la reina, referentes á la urna, fueron pronunciadas sólo con el propósito de despertar, sobre todo en la imaginación de Hassán, una esperanza vana de eludir la muerte.

II

Federico y yo permanecimos durante un buen rato discutiendo acerca de nuestra crítica situación, pero inútilmente; no veíamos salida por ninguna parte.

Mi compañero llamó á Hassán, que en un rincón de la cueva lamentaba amargamente la pérdida de Ahillah, y cuando se acercó á nosotros le preguntó:

—¿Cree usted, Hassán, que habrá alguna manera de salir de aquí? ¿Puede usted indicarnos alguna?

—¡Que Alá y Mahoma guarden á los sahibs! exclamó el guía. Este mísero esclavo ha sido la causa de su infortunio. Por ahora vuestro servidor no conoce manera ninguna; si alguna le ocurriese, os lo diría en seguida. Por el momento, Hassán sólo puede desear que vuestra suerte hubiera sido muy otra; pero el agua se acaba alguna vez, y el saco de dátiles, por muy grande que sea, también se acaba. Los sahibs han llegado á su última aventura; vuestro fiel servidor lo deplorará hasta el día de su muerte.

—Que no tardará mucho en llegar, Hassán, observé. ¿Qué fué aquello que dijo Sargona acerca de la gran urna? ¿Cree por ventura que nosotros hemos de hacer lo que no ha hecho nadie? Si es

así, preferimos no intentarlo. Si la urna encierra tesoros, que suba ella á buscarlos, si quiere.

—Sahib, continuó el árabe, abrirse un camino para llegar hasta la urna en el tiempo marcado por Sargona es de todo punto imposible. Si teniendo todo el que quisieran no lo ha conseguido nadie, mucho menos habríamos de alcanzarlo nosotros en dos días solamente. Ahillah ha referido á vuestro servidor la extraña y curiosa historia de la urna, ¿tendríais gusto en oirla?

—Venga, exclamó Federico, lanzando chinitas á un escarabajo muy grande y rojo que pretendía subir á la cueva. En algo hemos de matar el tiempo.

Hassán se echó á nuestros pies y empezó.

—Sahibs, de todas las misteriosas ciudades diseminadas por el continente oscuro, ninguna tuvo origen ni historia más extraños que ésta. Dícese que allá, en los siglos pasados, llegaron unos edemitas al continente; que cerca de aquí cultivaron terrenos y se los repartieron, pero que acabaron por reñir. Los más fuertes dominaron á los débiles y los arrojaron del territorio. Al llegar á esta barranca y hallar en ella muchas cuevas que podrían servirles para habitar, resolvieron permanecer aquí y comenzaron á cultivar la tierra hacia el Sur. Tuvieron suerte, y andando el tiempo consiguieron obtener buenos pastos y enriquecerse con el ganado. Mientras tanto la desgracia había perseguido á sus opresores, los cuales acabaron por enviarles mensajeros diciendo que estaban dispuestos á echar un velo sobre el pasado y á compartir con ellos las riquezas del país. Los habitantes de las cuevas se negaron, y entonces los de la tribu enemiga, que eran mucho más numerosos, resolvieron vengarse. Hicieron un círculo en derredor del prado, y cuando los rebaños salieron á pastar le prendieron fuego. Las llamas se apoderaron de la corteza seca de los arbustos, los cuales ardieron hasta quedar reducidos á cenizas. Por otra parte, la abundante hierba seca de la tierra formaba ola tras ola de fuego que se acercaba cada vez más á los empinados lados de la barranca. El espacio se llenó de torrentes de chispas, de densas nubes de humo y de hojas encendidas, y los rebaños, espantados, corrían atropelladamente hasta los bordes de los peñascales. Allí se detuvieron hasta que llegó el fuego también, y entonces en horrible confusión se precipitaron á las profundidades, juntamente con los pastores, muriendo unos es-

trellados contra las rocas y otros entre las aguas de un caudaloso río que por aquella época corría por la barranca.

Sin embargo, y á pesar de todo cuanto sufrieron, los habitantes de las cuevas se negaron á hacer las paces y situaron en las entradas algunos hombres que consiguieron defender la barranca durante algún tiempo.

La tribu enemiga, viendo que todo era inútil, decidió interrumpir el curso del río, lo cual puso en grave aprieto á los habitantes de las cuevas. Merced al tráfico que habían mantenido con los árabes obtuvieron ricos tesoros y abundantes joyas preciosas, y convencidos de que ya no había salvación para ellos procuraron que las riquezas no cayesen en manos de sus enemigos. Comprendiendo que sería inútil ocultarlas en las peñas, reuniéronse para tomar acuerdo.

En medio del río había un enorme bloque de piedra, sobre el cual levantaron apresuradamente una columna muy alta formada con trozos de granito. En un lado dejaron un hueco por el cual podía subirse hasta la coronación, la cual, como ven los sahibs, tiene la forma de una urna. Por aquel hueco fueron subiendo las mujeres una por una y arrojando á la urna todas sus alhajas y todos sus tesoros. Terminada esta operación taparon el hueco y regresaron á sus cuevas.

La tribu enemiga no logró apoderarse de la barranca hasta que solicitó y obtuvo el auxilio de otra tribu cercana, la cual, como recompensa, exigió la mitad del botín. Entre las dos tribus derrotaron á los habitantes del valle. Las mujeres y los niños fueron reducidos á la condición de esclavos y muertos los hombres. Pero los conquistadores buscaron en vano las alhajas y los tesoros que pensaban haber hallado, y entonces sus aliados, creyendo que habían sido engañados, se lanzaron sobre la tribu victoriosa, la derrotaron y apoderáronse de la ciudad. A ellos les perteneció durante muchos siglos, hasta que por fin llegó Trajano, el emperador romano, la hizo suya. Algunos siglos después la reconquistaron los árabes y ellos son los que hoy la gobiernan.

Muchísimos son los que han pretendido llegar hasta la urna escalando la columna, pero ninguno lo ha logrado.

El último sultán, antes de morir, promulgó un decreto disponiendo que cualquiera que por cualquier motivo fuera condenado á

muerte podría elegir entre llegar á la urna y obtener para la ciudad los tesoros allí encerrados ó morir inmediatamente. A esto se refería Sargona cuando habló de la urna, pero vuestro humilde servidor calcula que es muy pequeñísima la esperanza que ofrece de eludir la muerte.

Y calló Hassán.

Tanto Federico como yo dudábamos de la exactitud de la historia. Tal vez en la urna habría tesoros encerrados, pero era el caso que en la base de la columna leíase la siguiente inscripción: *Trajanus edificavit*.

La idea que nosotros teníamos respecto de la erección de la columna se apartaba muchísimo de todo cuanto Hassán había referido en su historia, y nosotros éramos los que estábamos en lo cierto. De una manera tan singular como inesperada pudimos comprobarlo.

III

Poco antes del amanecer fuí despertado por Hassán, que me llamaba suavemente. Me incorporé en seguida, encontré á mi lado á Federico y con gran sorpresa ví delante de nosotros á la reina Ahillah.

—¡Silencio! dijo ésta levantando la mano. He venido porque la idea de que yo fuí la causa de vuestro infortunio no me permitía conciliar el sueño.

A la luz que despedían las dos antorchas colocadas en dos huecos de la pared vi que la reina destronada vestía un precioso traje de seda blanca, ricamente bordado de perlas. Su magnífico pelo negro le llegaba casi hasta los pies, y el calzado consistía sencillamente en unas sandalias adornadas también con perlas. Estaba bellísima. De sus hermosos ojos negros salió una mirada de compasión, que realzó su belleza y nos hizo mucho bien en medio de nuestras amarguras.

—Es imposible, añadió, que lleguéis á la urna escalando la columna, y en esto estriba vuestra única esperanza de salvación. He pasado largas horas pensando cómo podríais eludir la muerte, y Alá me ha inspirado una idea extraña. Aquí mismo, mientras esperaba yo que Sargona con sus ministros pronunciara vuestra sentencia,

vi escalando y cayendo, pero volviendo siempre á su tarea, al escarabajo rojo, muy raro en esta ciudad. Sólo aparece una vez en el transcurso de muchos años, y los supersticiosos aseguran que viene por mandato de Alá y para cumplir alguna voluntad suya. Se dice que el dia en que un escarabajo rojo llegue á la urna aquel día llegará también un sér humano. No hago caso de supersticiones, pero he ideado la manera de que el escarabajo venga en nuestra ayuda. El plan que he formado se lo comunicaré á Hassán, que me favoreció con sus atenciones y por esta causa se halla condenado á muerte. Los guardias duermen, pero os sería imposible huir por las puertas: no lo intentéis. Lo que he pensado lo sabréis de labios del ilustre árabe, el príncipe de los luchadores, el hombre á quien yo adoro. ¿Que no da los resultados apetecidos? Pues vuestra situación no será peor. ¿Que los da? Pues habréis salvado vuestras vidas.

Ahillah se retiró un poco con Hassán, y después de hablar con él un rato, se alejó de la cueva, no sin antes haberle entregado un paquetito que consigo había traído. Al salir indicó con la mano el escarabajo rojo, que se distinguía perfectamente por el brillante color de su cuerpo. Descansaba al lado de una de las antorchas. El agradable calor que despedía la llama fué sin duda la causa de que se detuviera en los esfuerzos que hacía para llegar al techo de la cueva.

La reina pasó sin entorpecimiento ninguno por entre los guardias, y nosotros nos acercamos al árabe para enterarnos del plan ideado por Ahillah. Al principio lo encontramos ridículo, pero examinado detenidamente creímos que tal vez pudiera resultar y esperamos con impaciencia la llegada del momento en que pudiéramos ponerlo en práctica.

Cuando amaneció, el jefe árabe, ministro de Sargona, vino á visitarnos y nos preguntó en tono de mofa si queríamos intentar la subida á la urna.

Con gran asombro oyó la siguiente respuesta de Hassán:

—Alá nos ayudará. Mirad, esto ha enviado para demostrarnos que nos protege; he aquí el escarabajo rojo.

Estas palabras causaron impresión en el árabe. Al principio se desconcertó por completo, pero reponiéndose pronto preguntó con fingida indiferencia.

—Esclavos, ¿qué queréis?

—Ser conducidos á la columna de la gran urna, respondió Hassán.

—Venid, pues, añadió el árabe.

Y sin más le seguimos por la escalera á través de varias calles de la ciudad, en las que se había reunido el pueblo para vernos pasar, hasta que por fin llegamos al anfiteatro. Una vez allí nos colocamos al pie de la columna coronada por la extraña urna.

El pueblo, enterado de lo que pensábamos hacer, ocupó en muy poco tiempo los asientos del anfiteatro, y al lanzar en derredor una mirada, vimos que se habían reunido miles de espectadores.

Si Hassán llegaba á fracasar, ¿qué sería de nosotros? Por las miradas de aquellos fanáticos comprendimos que si resultaba vana la curiosidad que habíamos despertado nos lo harían pagar muy caro.

Al poco rato entró la reina Sargona acompañada de sus ministros y esclavos y fué á sentarse en su palco, situado enfrente de la columna y desde donde veía perfectamente todo lo que hacíamos. Pocos minutos después apareció su hermana Ahillah, la cual ocupó un asiento más modesto, más cerca del redondel. Noté que desde allí nos lanzaba cariñosas miradas de compasión, y una vez que una de aquellas miradas se cruzó con la de Hassán señaló un enrejado al otro lado de la plaza. Nuestro guía siguió con la vista la dirección señalada por Ahillah y se estremeció.

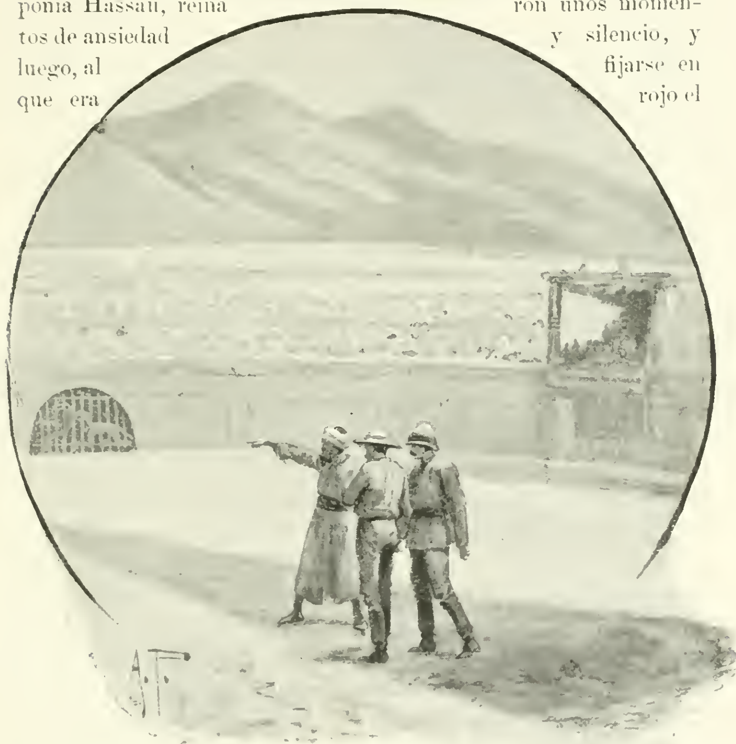
—Sahibs, murmuró en voz baja, mirad: si no logramos dar cima á esta difícil empresa, pronto quedará decidida nuestra suerte. ¡Que Alá nos proteja!

Dirigimos la vista hacia el enrejado que señalaba Hassán y comprendimos lo que nos esperaba si el plan de Ahillah no daba resultado. ¡El pueblo, chasqueado, soltaría los leones y seríamos devorados por ellos! Las fieras estaban ya impacientes por asegurar su presa, pues no hacían más que dar vueltas y más vueltas en la jaula, lanzando imponentes rugidos.

Hassán desató el paquete que Ahillah le había entregado y descubrió una cuerda muy larga y delgada, á cuyo extremo sujetó fuertemente una hebra de seda. Luego echó mano al turbante y sacó el escarabajo rojo que tanto había trabajado durante la noche anterior por llegar al techo de la cueva. El animalito, asi como otros insectos de su especie, era muy fuerte y resistente, pues al cogerlo

Hassán con el pulgar y el índice levantó con las patas el turbante. En seguida ató al extremo libre de la hebra de seda el cuerpo del escarabajo y colocó éste sobre los pulimentados trozos de granito de la columna.

Cuando los espectadores comprendieron qué era lo que se proponía Hassán, reinaron unos momentos de ansiedad y silencio, y luego, al fijarse en que era rojo el escarabajo, la impresión fué tan grande que parecían no atreverse ni á respirar, mientras observaban los esfuerzos que hacía para obligarle á subir por la columna.



¡MIRAD, PRONTO QUEDARÁ DECIDIDA NUESTRA SUERTE!

Cuando al principio el escarabajo, encontrando que tenía alguna cosa atada al cuerpo, se dejó caer de la columna y apretó á correr, Hassán lo recogió del suelo y volvió á colocarlo en la columna. El insecto repitió la operación varias veces, pero tantas otras lo reco-

gió Hassán con admirable paciencia y volvió á colocarlo en la columna. Por fin el insecto no cayó más y empezó á correr desaforadamente por la columna, pero Hassán le cerraba el paso con las manos por todos lados menos por el de la subida á la urna. Después de muchas tentativas, el escarabajo, viendo que no había otra salida, echó á correr columna arriba, arrastrando con su cuerpo la hebra de seda.

Tan grande era el insecto y tan vivo su color, que se distinguía perfectamente según iba subiendo. Ya había llegado á más de la mitad de la columna cuando el fino pulimento del granito le hizo perder el apoyo, y con gran disgusto de todos cayó al suelo.

Instintivamente mis ojos se volvieron hacia el sitio donde estaban encerrados los leones. ¿Tendrían paciencia para esperar? pensé para mí.

En seguida volví la vista hacia la columna y me enteré de que el árabe había vuelto á colocar el escarabajo sobre el granito. Seis veces cayó y otras tantas volvió á colocarlo Hassán. El pueblo comenzaba á alborotarse, pero nuestro guía, con una paciencia asombrosa, lo colocó por séptima vez, y entonces el animalito, corriendo velozmente, llegó por fin á la base de la urna.

Federico y yo palidecimos de ansiedad. Una mueca de enojo se dibujó en el rostro de Sargona; Ahillah aplaudió alegremente y el árabe permaneció imperturbable. Tanta fe tenía en las supersticiones que le pareció lo más natural del mundo que el escarabajo llegara á la urna, por cuya base circular vimos correr al insecto mientras la hebra de seda ondulaba en el aire.

— ¡Que Alá nos guarde! exclamó Hassán, observando que el escarabajo había dado una vuelta por la urna y se disponía á dar otra; si tira de la hebra con demasiada fuerza somos perdidos.

Se agachó el árabe, y cogiendo un puñado de chinitas se las lanzó al insecto, pero no acertó á tocarle. Al repetir la operación tuvo más suerte, y vimos que el escarabajo se agitaba en el espacio sin más apoyo que la hebra de seda que tenía sujeta al cuerpo, la cual iba quedando arrollada en la base de la urna mientras el animalito iba descendiendo por su propio peso. En cuanto llegó al suelo lo cogió Hassán y rompió la hebra. Cuando Ahillah vió al escarabajo saltó de su sitio, y levantándolo con la mano delante de su hermana exclamó con marcada alegría:

—Mirad, decía bien la antigua leyenda. ¡Juro por el escarabajo rojo que los tesoros de la urna serán nuestros hoy!

Al oir esto, muchos de los que rodeaban á Sargona la dirigían miradas que no tenían nada de tranquilizadoras. Se arrepentían ya de haber tratado con tanto despego á la joven reina, pues por lo visto llegaron á creer que ella era quien había trazado el plan ejecutado por Hassán.

Este tiró suavemente de la hebra de seda, hasta que la cuerda quedó enroscada en la base de la urna y las dos puntas en manos de Hassán.

Bien poco tiempo tardó éste en preparar la cuerda de manera que pudiéramos elevarle á él, y efectivamente, Federico y yo tiramos de buena gana del extremo libre de la cuerda; pocos minutos después el árabe llegó á la base de la urna, y trepando por una de sus enormes asas desapareció de nuestra vista. Cuando de nuevo apareció traía en la mano un magnífico collar de perlas, el que agitó en el aire exclamando:

—¡Ahillah, que venga Ahillah! Y tras ella que vengan los sahibs.

Nadie se atrevió á preguntar por qué había de subir la reina destronada, la cual, casi de un salto, se colocó en la base de la columna. Inmediatamente Federico y yo la subimos por medio de la cuerda, hasta que el árabe pudo cogerla de la mano y entrarla en la urna.

Pocos momentos después Federico y yo, elevados por tres hombres que se prestaron gustosos á ayudarnos, entrábamos también en la urna, en la que descubrimos una especie de escalera de caracol que por la columna, la cual resultó estar hueca, conducía hasta más abajo de la superficie de la tierra, mucho más abajo.

Siguiendo á Hassán, que había improvisado una especie de antorcha con algunos trozos de la cuerda, fuimos bajando, hasta que llegamos á una galería abierta en la misma peña y en la que llamaron poderosamente nuestra atención los cientos de momias allí amontonados. A Federico y á mí se nos había antojado que la urna, más que para otra cosa, había servido alguna vez para sepulcro de los reyes de la ciudad. Fuera como fuera, bien pronto nos convencimos de que la galería en que nos hallábamos había sido profanada y saqueada por manos impías. A excepción del collar

de perlas que había encontrado Hassán en la urna, ningún otro tesoro hallamos en aquella mansión de los muertos, en la que por todas partes reinaba la desolación y la ruina. De los grandes nichos abiertos en la peña, de los departamentos en que estaba dividida la galería y de los sarcófagos profanados y rotos, habían sido arrastrados los cadáveres hasta el centro de aquella lúgubre mansión para despojarles allí de todo cuanto ostentaban. Habían sido robadas las telas en que fueron envueltos, arrancados inhumanamente los brazos y las piernas... ¡Todo había sido destrozado!



EL ÁRABE LA COGIÓ DE LA MANO

—¡No hay tesoro ninguno! exclamó Ahillah con amargura y desconsuelo: y en seguida, levantando la mano, añadió: Escuchad, el pueblo se inquieta.

Tan absortos estábamos contemplando aquel horrible cuadro, que hasta nos habíamos olvidado de los espectadores que esperaban con ansia nuestra reaparición en la urna.

—Voy creyendo, dijo Federico, que no fué Trajano quien hizo

esculpir la inscripción; debió ser una broma de algún viajero. Pero, ¿qué vamos á hacer? Si volvemos atrás serán capaces de echarnos las fieras para que nos devoren.

—Lo mejor será que examinemos bien esta galería á ver si hay algún medio de escapar por ella.

El vocerío, que llegaba á nuestros oídos, aumentaba por momentos. Sin duda el pueblo se impacientaba cada vez más, esperando los tesoros que no parecían por ninguna parte.

Atravesamos la galería, y en el lado opuesto hallamos una puertecilla. Pasamos por ella y vimos que la galería se ensanchaba allí, á donde no llegaban los rayos del sol. El terreno era fangoso y se hallaba cubierto de una vegetación completamente blanca. A cada paso nos hundíamos más y más en el fango, y apenas habíamos andado cien metros por aquella especie de subterráneo cuando el fango, que despedía un olor fétido, nos llegaba hasta la cintura. Hassán me entregó la antorcha; Federico cortó otro trozo de cuerda, y encendiéndolo tomamos la delantera él y yo seguidos del árabe, que traía en brazos á Ahillah.

Siguiendo adelante con verdadero empeño llegamos á un sitio donde fantásticas figuras nebulosas parecían mofarse de nuestros tenaces esfuerzos para encontrar un sitio por donde salir de aquel hediondo y asqueroso pantano subterráneo.

Unas tres horas continuamos andando trabajosa y pausadamente, casi asfixiados por los malos olores, cuando de pronto advertimos la presencia de una fuerte corriente entre las cenagosas aguas. Procuramos evitarla, pero el mismo deseo de apartarnos de ella parecía que nos arrastraba al peligro. Súbitamente faltó la base del pantano, no hallamos sitio donde poner el pie y un momento después luchábamos por salvar la vida en un remolino de aguas. Se apagaron las antorchas y quedamos sumergidos en la más profunda oscuridad, iluminada de cuando en cuando por una brillantez fosforescente.

Era imposible resistir el impulso de aquella corriente que nos arrastraba hacia adelante, hacia su término, en el cual, á juzgar por el ruido que oíamos, debía caer en forma de catarata por un precipicio.

La rapidez de la corriente era cada vez mayor; arrastrados por ella, Hassán y Ahillah pasaron por mi lado, y yo marché dando

vueltas y más vueltas sobre una roca, envuelto en una masa de espumosas aguas... hasta que perdí el conocimiento.

Cuando logré darme cuenta de lo ocurrido me encontré tendido sobre un banco de arena, á alguna distancia de la catarata. Federico había corrido la misma suerte que yo, pero estaba menos herido y no había perdido el conocimiento. Había podido agarrarme al llegar al fondo, donde el agua se precipitaba, y me arrastró á lugar seguro.



CAÍ ENVUELTO EN UNA MASA DE ESPUMOSAS AGUAS

¿Qué había sido de Ahillah y de Hassán? Dos días pasamos buscándolos; pero viendo que era en vano, nos encaminamos al campamento guiados por el sol. Al llegar, lo primero que vimos fué á Hassán que salía á nuestro encuentro. Su presencia allí nos sorprendió extraordinariamente, pues estábamos en la creencia de que él y Ahillah habían perecido ahogados.

—Sahibs, exclamó, si la suerte por una parte ha sido adversa,

pues ha muerto la reina Ahillah, por otra ha permitido que vivan los sahibs para ser la luz de su humilde servidor.

Y se inclinó respetuosamente.

—Pues bien, Hassán, observó Federico cuando el guía nos refirió cómo había logrado salvarse y cómo llegó al campamento antes que nosotros, está visto que no hemos de morir ahogados.

—Es imposible asegurar eso, sahibs, añadió el árabe con gravedad, pues más fácil es que un camello ciego encuentre el oasis del desierto que el hombre consiga desenredar la enmarañada madeja de su destino.

C. J. Mansford.





Cuentos del Coronel



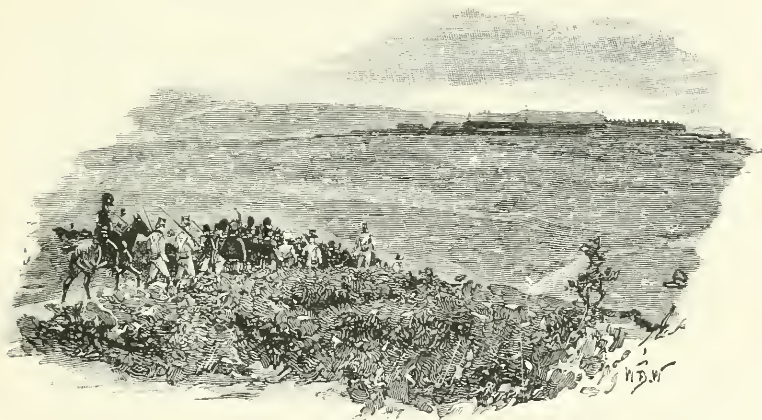
El Brigadier en manos del Rey

No puede negarse que Murat era un excelente oficial de caballería, aunque tenía una falta, que por cierto es muy común entre los militares, y que muchas veces echa á perder aun á los más distinguidos: era muy fanfarrón. Lasalle era también un oficial atrevido y valiente, pero se maleó con la bebida y otros vicios. En cambio yo, Etienne Gerard, no tenía nada de fanfarrón, y á no ser á la conclusión de algún combate en que alcanzábamos la victoria, ó cuando me encontraba con algún antiguo amigo y compañero de armas, era sumamente sobrio. Si no hubiera sido por mi natural timidez, me hubiera creído con derecho á considerarme como uno de los mejores militares. Cierto que nunca llegué á ser más que jefe de brigada: pero bien sabido es que, á excepción de los que tuvieron la suerte de acompañar á Napoleón en sus primeras campañas, á ninguno se le presentó ocasión de ascender mucho. Los únicos que ascendieron después de la campaña de Egipto fueron Lasalle, Lobau y Drouet; yo, á pesar de mis brillantes cualidades, sólo pude alcanzar la jefatura de mi brigada y la medalla especial de honor que recibí de manos del mismo Emperador y que conservo cuidadosamente

en un estuche. Y sin embargo, á pesar de no haber llegado á ocupar posiciones más altas, los que sirvieron conmigo, y aun los mismos ingleses, conocían bien mi talento excepcional.

Después que los ingleses me hicieron prisionero de la manera y en la forma que os referí hace pocas noches me llevaron á Oporto, donde me encerraron con grandes precauciones para que no pudiera escaparme de sus manos: me tenían por un enemigo terrible.

El día 10 de agosto fuí conducido con otros prisioneros á



CONDUCIDOS Á LA CÁRCEL DE DARTMOOR

bordo del transporte que había de llevarnos á Inglaterra, y antes de que finalizase el mes ya estaba *enchiquerado* en la cárcel que nos tenían preparada en Dartmoor. *L'hôtel français et pension* la llamábamos nosotros con nuestro habitual buen humor, pues ya comprenderéis que los que allí estábamos éramos todos hombres valientes á quienes la prisión no acobardaba.

La mayor parte de los prisioneros de Dartmoor eran marinos, ó bien pertenecían á las filas, pues únicamente como excepción llevaban allá á los oficiales que se negaban á empeñar su palabra. Me preguntaréis quizás que por qué me negué yo á empeñarla, puesto que así hubiera disfrutado de los mismos beneficios y del mismo trato que mis camaradas, y os lo diré: tenía dos poderosos motivos para no empeñarla.

En primer lugar, abrigaba tal confianza en mí mismo, que estaba seguro de que, tarde ó temprano, me escaparía de allí, y en segundo, mis deudos, aunque descendientes de una de las mejores familias de Francia, no eran ricos y no quise mermar nada de la pequeña renta de mi madre. Por otra parte, no me parecía bien que un hombre como yo quedara oscurecido por los burgueses de una capital de provincia de Inglaterra, ni quería verme privado de los medios necesarios para hacer la corte á las damas á quienes llegase á agradar. Por estos dos motivos preferí estar prisionero en la cárcel de Dartmoor.

Voy á referir ahora mi aventura en Inglaterra y veréis hasta dónde llegaron á resultar ciertas las palabras de lord Wellington cuando dijo que yo quedaba en manos del rey.

Primeramente he de manifestar que, si no hubiera resuelto contaros lo que me sucedió, os podría entretener refiriendo lo que ocurría en la negra prisión de Dartmoor. Era uno de los sitios más extraños del mundo, pues allí, en medio de aquel desierto, se reunían siete ú ocho mil hombres, todos militares por supuesto y gente de experiencia y de valor.

El edificio estaba rodeado de dos gruesas murallas, á poca distancia una de otra. Además, y como es de suponer, había guardias y centinelas; pero ¡qué caramba! no era posible tener enjaulados á los hombres de aquel modo, como si fueran ratones en una ratonera. Así que las escapatorias se verificaban á pares, á docenas... ¡qué se yo! En cuanto se enteraba el gobernador mandaba repicar las campanas, disparar cañonazos y que la tropa saliera en busca de los fugitivos, y entonces los que quedábamos allí reíamos, bailábamos y nos poníamos á gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones: *¡Vive l'Empereur!* hasta que los de las guardias perdían la paciencia y nos amenazaban con los fusiles. Otras veces nos alzábamos en rebelión y... ¡cataplúm! venían á escape la infantería y algo de artillería de Plymouth, lo que nos hacía gritar con más fuerza que antes: *¡Vive l'Empereur!* como si pretendiéramos que nuestras voces llegaran hasta el mismo París.

Allí los prisioneros tenían tribunales propios que juzgaban é imponían castigos. Aunque se castigaban el robo y las riñas muy severamente, el más duro castigo se reservaba siempre

para la traición. Esta no se toleraba de ningún modo ni por ningún concepto.

Cuando yo llegué á la prisión hubo un tal Mennier, de Reims, que delató una conspiración ó confabulación fraguada para escapar; pues bien, cuando llegó la noche faltaba no sé qué fórmula que llenar, y por más que rogó y suplicó que no le dejaran entre sus compañeros, nadie le hizo caso y quedó encerrado con aquellos á quienes había traicionado. Aquella misma noche se formó el tribunal; la acusación y la defensa fueron hechas cuchicheando y hallándose amordazado el traidor, y un juez á quien nadie veía dictó la sentencia. A la mañana siguiente, cuando vinieron á buscarle con los documentos necesarios para ponerle en libertad, estaba hecho pedazos. Eran muy ingeniosos aquellos prisioneros y tenían una manera muy singular de plantear y resolver sus asuntos.

Nosotros, los oficiales, ocupábamos otra ala del edificio, y por cierto que formábamos un grupo bien extravagante. Nos habían dejado los uniformes, y apenas había cuerpo de ejército que no tuviera allí su representante, ya hubiera servido á las órdenes de un general, ya á las de otro. Es más, había algunos desde el tiempo en que Junot fué derrotado en Viniera.

En aquel famoso grupo se veían cazadores con sus túnicas verdes, húsares como yo, dragones de chaquetas azules, lanceros de pechero blanco, granaderos, ingenieros y artilleros; en una palabra, había allí un poco de todo. Los oficiales de marina eran en mayor número, pues los ingleses nos ganaron muchísimos combates navales. Nunca pude comprender el por qué de esto hasta que me condujeron desde Oporto á Plymouth, cuando pasé siete eternos días con sus siete noches tumbado de espaldas, tan mareado, tan mal, que aunque me hubiesen puesto delante de los ojos el estandarte del regimiento no hubiera podido moverme para tomarlo en mis manos. Era en aquellos tiempos en que Nelson hacía de nosotros lo que quería.

Tan pronto como entré en Dartmoor empecé á imaginar la manera de salir, y bien podéis comprender que con el ingenio aguzado durante doce años de campaña no tardé mucho en comprender por dónde tenía la salida.

En primer lugar, yo llevaba una gran ventaja á los demás

oficiales, porque conocía la lengua inglesa. La aprendí durante los meses que estuve en Dantzig con Obriant, del regimiento irlandés y descendiente de los reyes de Irlanda. Muy poco tiempo necesité para hablarla, porque puse mucho empeño en aprender. En tres meses no sólo sabía expresarme con perfección, sino que también hacía uso de las frases y exclamaciones populares. Obriant me enseñó á decir en inglés ¡cáspita! ¡caracoles! y otras interjecciones más fuertes. ¡Cuántas veces he visto sonreir de gusto á un inglés al oirme explicar con tanta gracia!

En la prisión de Dartmoor nos ponían á dos en cada celda, lo que no me hacía ninguna gracia, y menos porque mi compañero era hombre silencioso y taciturno, llamado Beaumont. Era muy alto y pertenecía á la artillería volante: fué hecho prisionero por la caballería inglesa en Astorga.

Harto sabéis que mi carácter y mi modo de ser son muy á propósito para entablar amistades con cualquiera, pero aquel hombre era distinto de los demás. Nunca tenía una sonrisa para mis bromas ni jamás escuchaba mis pesares. Si me ponía á contar algo se quedaba mirándome fijamente como un idiota, hasta que llegué á creer que sus dos años de cautiverio le habían vuelto loco. ¡Ay, amigos míos, cuántas veces suspiré por la compañía del viejo Bouvet, ó cualquiera de mis antiguos camaradas, en lugar de aquel hombre momia, como le llamaba yo! Pero no tuve más remedio que conformarme con él tal como era, pues fácil es comprender que me era imposible hacer ningún preparativo para la huída sin que él se asociara á mí. ¿Qué podría hacer sin que él me viera? Nada. Por consiguiente, comencé por indicarle mi intención, y poco á poco hablé claramente, hasta que al fin creí que le había convencido y que estaba dispuesto á compartir mi suerte. Hecho esto, di principio á mis trabajos.

Primeramente probé las paredes, el techo y el suelo; pero por más golpes que di, por más que palpé, todo parecía sólido y duro como una roca. La puerta de la celda era de hierro, se cerraba con un cerrojo de muelle y tenía en medio un enrejadito, por donde nos miraba el carcelero dos veces en la noche. Dentro de la celda había dos camas, dos banquillos y dos lavabos nada más, cosas muy suficientes para mis necesidades. ¿pues

cuándo durante las doce campañas tuve otro tanto? Pero ¿cómo salir de aquel sitio? Esto era lo que me tenía muy preocupado.

Noche tras noche pensaba en mis quinientos húsares, y tuve unas pesadillas horribles, en las que soñaba que todos los caballos carecían de herraduras, ó bien que se habían hinchado á fuerza de comer forraje malo, ó bien que seis escuadrones enteros se habían perdido á la vista del Emperador. Entonces me despertaba bañado en sudor frío y me ponía nuevamente á golpear y palpar, pues no dejaba de reconocer que una imaginación viva, servida por dos brazos fuertes y dispuestos á todo, había de vencer cualquier obstáculo por muy grande que fuera.


BEAUMONT

La ventana de la celda era tan pequeña que no cabía por ella ni un niño, y además estaba protegida por una reja de hierro en forma de cruz. Como muy bien comprenderéis, aquello era para desesperar á cualquiera y hacerle perder toda esperanza; pero, sin embargo, cada vez me convencía más y más de que mis esfuerzos debían dirigirse á la ventana. Para que por todas partes tropezara con dificultades la ventana daba al patio de recreo, que estaba rodeado de dos altas murallas. No obstante, y así se lo hice comprender á mi taciturno compañero, harto tiempo había para pensar en el Vístula cuando se había cruzado el Rhin.

De manera que, después de haber sacado un hierro del armazón de la cama, me puse á horadar la pared arriba y abajo de la verja de la ventana. Trabajaba durante tres horas se-

guidas, y cuando sonaban en el pasillo las fuertes pisadas del carcelero me metía á escape en la cama. En cuanto se marchaba volvía á mi tarea y trabajaba por lo menos otras tres horas, y á veces más, pues me convencí de que Beaumont era tan torpe que sólo podía contar con mis propios esfuerzos.

En algunas ocasiones se me figuraba que allá fuera me esperaban mis húsares con trompetas, estandartes y todo completo, y esta idea me hacía trabajar como un desesperado, hasta que el hierro que me servía de herramienta quedaba manchado con la sangre de mis manos.

De este modo, y noche tras noche, fuí poco á poco horadando la pared y ocultando los productos de mi tarea entre la lana de la almohada y la paja del jergón, hasta que por fin llegó la hora en que la verja se movía, y cierta noche, al dar un buen tirón, se me quedó entre las manos. Estaba dado el primer paso para obtener mi libertad.

Me preguntaréis que qué había ganado con aquello, puesto que la ventana era tan pequeña que ni un niño podía haber pasado por ella. Os lo diré. Había ganado dos cosas: un arma y una herramienta. Esta me facilitaría el medio para aflojar la piedra que flanqueaba la ventana, y la primera me serviría para defenderme cuando me viese fuera de la prisión.

Hecho esto me puse á trabajar en la piedra, y con la punta más aguda de una de las barras de la verja abrí un agujero. Comprenderéis, por supuesto, que durante el día volvía á dejarlo todo en su sitio, teniendo muchísimo cuidado de que el carcelero encontrara siempre el suelo completamente limpio.

Al cabo de tres semanas había separado de su sitio la piedra, y tuve el gusto de retirarla, quedando un boquete por el que se veían diez estrellas donde antes se habían visto sólo cuatro.

Ya estaba todo listo y sólo tenía que esperar una noche sin luna. Llegar al patio no me parecía difícil, ¿pero y después? ¿Tendría que volver á la celda por no poder pasar de allí ó me cogerían los centinelas para encerrarme en uno de esos calabozos subterráneos reservados para los presos que tratan de escaparse?

Bien sabéis que nunca he tenido ocasión de demostrar mis aptitudes como general, pero, sin embargo, algunas veces después de tomar unas copitas me encuentro capaz de idear las

más sorprendentes combinaciones, y se me ocurre que si Napoleón me hubiese confiado un cuerpo de ejército, no hubiera tenido que arrepentirse.

Aquí de mi ingenio, pensaba yo entonces, aquí de mi inventiva, y no cesaba de discurrir.

La muralla interior que tenía que escalar era de ladrillo, de doce pies de altura y coronada por una hilera de clavos. La exterior sólo la había visto un día en que, hallándome en el patio, quedaron las puertas abiertas durante un momento; pero poco más ó menos, me pareció igual que la otra. Entre las dos murallas habría un espacio de veinte pies próximamente, el cual supuse que estaría vigilado por los centinelas de las puertas. He aquí, amigos míos, el problema que tenía que resolver sin más ayuda que estas dos manos.

Una de las cosas con que contaba era la gran estatura de Beaumont. Medía por lo menos seis pies, y creí que si podía subirme á sus hombros y agarrarme á los clavos de la muralla me sería más fácil escalar ésta. ¿Tendría fuerza y maña para subir á mi compañero? Esta era una cuestión grave, pues por nada en el mundo le hubiera abandonado. Si yo llegaba á escalar la muralla y él no podía seguirme me vería obligado á volver á buscarle. Consulté el caso con Beaumont y vi que no le preocupaba poco ni mucho, por la sencilla razón de que tenía confianza en su agilidad y sus fuerzas.

Otro inconveniente, y de importancia, podía ser el centinela á quien le tocara estar de guardia frente á mi ventana en el momento de intentar la escapatoria. Los cambiaban cada dos horas á fin de asegurar una vigilancia rigurosísima; pero yo, que los venía observando con atención todas las noches, sabía que entre ellos existía gran diferencia. Algunos eran tan listos que ni una rata hubiera podido cruzar el patio sin ser vista por ellos, mientras que otros se cuidaban más de su comodidad que de otra cosa y apoyados en el fusil dormían tan á gusto como si estuvieran echados en un colchón de plumas.

Había sobre todo uno tan grueso y tan pesado que se retiraba á la sombra de la muralla y dormitaba tan profundamente que más de una vez había yo arrojado á sus pies trocitos de yeso sin que se enterara.

Quiso mi buena estrella que á éste le tocara estar de guardia de doce á dos en la noche que había fijado para la escapatoria.

Durante las últimas horas estaba yo tan excitado y tan nervioso que no podía contenerme, y pasé el tiempo recorriendo incesantemente la celda de un lado á otro como un ratón que ha caído en la ratonera. Se me figuraba que el carcelero se iba á fijar en los preparativos hechos para la fuga ó que el centinela iba á entrar en sospechas. ¡Qué horrible ansiedad! En cuanto á Beaumont, era indudable que tramaba algo gordo, pues sentado en un borde de la cama me dirigía de cuando en cuando miradas significativas, y se mordía las uñas como pudiera hacerlo uno que se pierde en profundas meditaciones.

—¡Animo, amigo mío! exclamé tocándole en el hombro. Antes de un mes se verá usted al frente de sus artilleros.

—Bueno, sí, todo eso está muy bien; ¿pero quiere usted decirme á dónde piensa dirigirse cuando se vea libre?

—A la costa, repuse. Para un hombre valiente no debe haber obstáculos. Yo iré directamente á incorporarme á mi regimiento.

—Más probable me parece, añadió Beaumont, que vaya usted derecho al calabozo subterráneo ó á las bodegas de Portsmouth.

—El militar resuelto se arriesga siempre, solamente el pusilánime piensa en lo peor.

Al oir esto se puso furioso. Por primera vez desde que le conocía le vi entonces dar señales de carácter y de hombre de genio. Alargó la mano para coger el jarro del agua, como si pensara arrojármelo á la cabeza, pero en seguida cambió de idea, y encogiéndose de hombros tornó á su silencio, volvió á morderse las uñas y á mirar al suelo con cara de muy mal humor. Al verle en aquella actitud se me ocurrió que tal vez hacía mal en sacarle de allí.

Nunca como entonces me han parecido tan largas las horas, Al anochecer se levantó un fuerte viento que acabó por convertirse en vendaval furioso. Cuando miré por la ventana, grandes y negros nubarrones cubrían el cielo y no se veía ni una sola estrella. Llovía á cántaros, y entre el ruido del agua que caía y los silbidos del viento me era imposible oir los pasos del centinela.

—Si yo no le oigo á él, me dije, tampoco él me oirá á mí.

Y esperé, aunque con grande impaciencia, á que el carcelero viniera, según su costumbre, á inspeccionar por el ventanillo.

Después de asegurarme bien de que, por la oscuridad que reinaba, no se veía en ninguna parte al centinela, el cual sin duda estaba acurrucado en algún rincón para librarse del aguacero, comprendí que había llegado el momento crítico. Solté la verja, saqué la piedra é indiqué á mi compañero que pasara adelante.

—Después de usted, coronel, dijo.

—¿No quiere usted ir delante?

—Prefiero que me enseñe usted el camino.

—Corriente, pues allá voy. Sígame usted; pero si en algo aprecia la vida, procure hacerlo con el mayor silencio.

La celda estaba muy oscura y no pude distinguir sus facciones, pero oí que le rechinaban los dientes de miedo y me eché á reir. ¡Vaya un tipo!

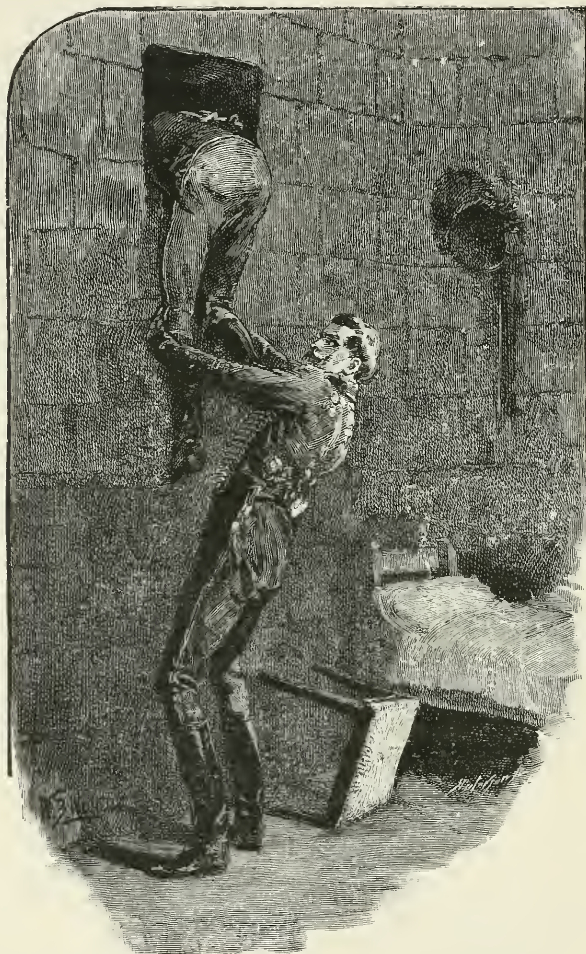
Subiéndome sobre el banco, metí la cabeza y los hombros por la ventana, y ya me había introducido hasta la cintura, cuando de repente Beaumont me agarró por las rodillas y comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro, auxilio! ¡Que se escapa un preso!

Podéis comprender, amigos míos, qué impresión recibiría yo al oir aquellos gritos. Por supuesto, inmediatamente comprendí cuál era mi situación, qué era lo que se proponía aquel malvado. ¿Por qué había de arriesgarse él escalando muros y sufriendo contrariedades cuando aseguraba su libertad impidiendo la huida de un preso mucho más distinguido que él? Yo había comprendido que era un cobarde, pero no pude figurarme que sería también un canalla. El que ha pasado la vida entre caballeros y hombres de honor, no piensa en estas cosas hasta el momento en que suceden. Aquel estúpido no parecía comprender que él perdía más que yo.

Volví atrás como mejor pude, y á pesar de la oscuridad le agarré por el cuello y le descargué dos golpes en la cabeza con una de las barras. Cuando recibió el primero aulló como un perro cuando le pisan una pata; al segundo cayó al suelo lanzando un quejido.

En seguida me senté en la cama para esperar los acontecimientos; pero pasó un minuto, pasaron dos y nada se oía más que la respiración del insensato que estaba tendido en el suelo.



¡SOCORRO, AUXILIO! ¡QUE SE ESCAPA UN PRESO!

¿Sería posible que con el vendaval y la lluvia no se hubieran sentido sus gritos? Al principio aquel pensamiento fué para mí una esperanza pequeñísima; un minuto más y me pareció pro-

bable; dos más y era seguro que así había sido. Ningún ruido, ningún movimiento se advertía en el pasillo ni en el patio. Me enjugué el sudor frío que cubría mi frente y me pregunté qué debía hacer en aquella situación.

Una cosa creí inevitable: la muerte de aquel malvado Beaumont. Lo más probable sería que, en cuanto recobrase el conocimiento, avisaría inmediatamente y sin darme tiempo para huir. No me atreví á encender luz: alargué la mano hasta encontrar la cabeza del traidor. Levanté la barra en el aire... pero algo había, amigos míos, que detenía mi brazo, que no me permitía dar el golpe fatal. En el ardor de la pelea, en los campos de batalla, he matado á muchos hombres que ningún daño me habían hecho á mí y que serían honrados. Pues bien: á aquel ente despreciable, á aquel traidor que estaba tendido á mis pies, no me atreví á romperle el cráneo, porque el rompérselo me parecía indigno de caballeros y de militares.

Me puse á escuchar, y por su pesada respiración llegué á creer que, después de todo, tal vez tardaría un buen rato en volver en sí. Por lo tanto comencé por amordazarle y luego le até á la cama, sujetándole bien los pies y las manos con tiras que hice de la manta.

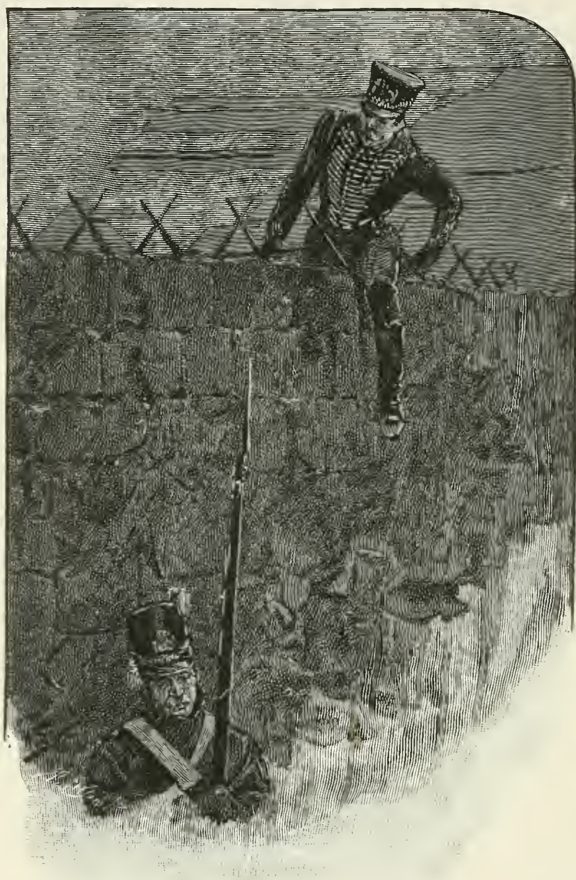
Con esto tenía la seguridad de que allí estaría amarrado hasta la próxima visita del carcelero. Pero se me presentaban nuevas dificultades.

Recordaréis que había contado con la altura de Beaumont para poder escalar la muralla. ¿Qué hacer ahora? Por un momento me desalentó esta contrariedad, pero el recuerdo de mi querida madre y del Emperador vino á mantener mis esperanzas. ¡Animo! dije para mí. Cualquiera que no fuese Etienne Gerard se amilanaría tal vez, pero Etienne no; Etienne va siempre adelante.

Me puse á hacer tiras de las cuatro sábanas de las dos camas, y después de trenzarlas me encontré con una excelente soga, cuerda ó como quiera llamársele. El caso es que la até fuertemente á la barra de hierro que tenía en la mano y que bajé por la ventana al patio, donde me enteré de que había arreciado la lluvia. Me arrimé á la pared, pero la noche era tan oscura que no veía ni mi mano al levantarla delante de mis ojos. Calculé

que á no ser que tuviera la mala suerte de tropezar con el centinela había poco que temer.

Cuando llegué á la muralla lancé la barra al aire y tuve la



ERA LA BAYONETA DEL CENTINELA

satisfacción de comprender que quedaba enganchada en los clavos. Subí poco á poco por la improvisada cuerda, la recogí luego y bajé por el otro lado. En seguida escalé la segunda, y cuando estaba sentado á horcajadas en la coronación veo, en medio de

la oscuridad, relucir un objeto á mis pies. Era la bayoneta del centinela; tan cerca de mí estaba (ya he dicho que la segunda muralla era bastante más baja que la primera) que fácilmente, inclinándome un poco, hubiera podido sacarla del cañón.

Allí estaba el pobre muchacho cantando en voz baja, arrimado á la pared para librarse un poco de la lluvia. ¡Cuán lejos estaría de figurarse que tan cerca tenía un hombre desesperado y dispuesto á bajar y matarlo con su propia arma!

Ya estaba preparándome para el salto cuando se echó al hombro el fusil y marchó. Esperé hasta que cesó el ruido de sus pisadas y entonces bajé, dejé la cuerda colgando y apreté á correr.

¡Cielos, cómo corrí! El viento me zumbaba en los oídos, la lluvia me abofeteaba la cara. Caí, me levanté, tropecé con arbustos y zarzales... Tenía ensangrentadas las manos, la boca seca y los pies como el plomo... El corazón me latía con violencia. Y sin embargo corrí, corrí siempre adelante como un loco.

Pero no creáis que había perdido la cabeza, ¡quiá!

Sabía muy bien que los fugitivos se dirigían siempre á la costa y yo resolví hacer lo contrario, internándome cada vez más en el país para dirigirme al Norte, puesto que me buscarían en el Sur.

¿Cómo conocí cuál era el Norte en una noche tan tempestuosa como aquélla? Lo conocí en el viento. Estando en la cárcel había observado que venía del Norte; así que, haciendo frente al aire, no podía equivocarme.

Continuaba corriendo como un desesperado, cuando de repente aparecieron delante de mí dos luces amarillas y me detuve no sabiendo por el momento qué debería hacer. Como sabéis, vestía aún el uniforme de húsar, y me pareció que lo más importante, lo más conveniente, era procurarme alguna ropa para ocultarlo. Se me ocurrió que, si las luces procedían de algún caserío, tal vez hallaría allí lo que necesitaba, y con esta idea me acerqué sintiendo en el alma no haber traído conmigo la barra de hierro, puesto que estaba resuelto á defenderme hasta morir, antes que dejarme apresar de nuevo.

Pronto vi que no existía tal caserío. Las luces eran las de los faroles de una berlina, y con su resplandor pude enterarme de que delante de mí tenía una ancha carretera. Oculto en un zar-

zal observé que dos hermosos caballos tiraban del carruaje, que un postillón les sujetaba por las bridas y que una de las ruedas se hallaba tendida en la carretera. Aun me parece estar viendo aquel cuadro, amigos míos. Los caballos inquietos, el postillón sujetándolos y la berlina, pintada de negro, balanceándose sobre las tres ruedas restantes. Mientras así observaba sin ser visto asomóse á la ventanilla un rostro muy bonito, al parecer muy joven, envuelto en un gran capuchón.

—¡Dios mío! ¿Qué voy á hacer yo? exclamó la dama sin poder reprimir su disgusto. Estoy segura de que sir Charles ha perdido el camino y tendré que estarme aquí toda la noche. ¡Qué horror, Dios mío!

—Tal vez pueda yo tener el honor de servir á la señora, dije saliendo de las zarzas y presentándome de modo que la luz de los faroles me diera de lleno.

Para mí una mujer que se halla en cualquier apuro es cosa sagrada, sobre todo cuando es bonita, tan bonita como lo era aquélla. No olvidéis que por más que era ya coronel acababa de cumplir los veintiocho años.

¡Cáspita! ¡Cómo gritó la señora y cómo me miró el postillón! ¡Ya se ve! Después de una carrera tan larga en la oscuridad, cayendo y tropezando á cada momento, tenía sucia la cara, roto el morrión, el uniforme manchado y destrozado y el agua caía á chorros del pelo y de la ropa. ¡Bonita figura para inspirar confianza á nadie!

Sin embargo, pronto comprendió la dama que nada debía temer de mí, y hasta me pareció que mis ademanes y mi porte la habían impresionado favorablemente.

—Señora, siento en el alma haberla asustado, dije inclinándome con el mayor respeto. Por casualidad llegaron á mis oídos sus primeras frases, y no pude menos de salir para ofrecerla mis servicios.

Ya sabéis cómo hablo yo en casos tales, y os podéis figurar el efecto que mis palabras producirían en el ánimo de la dama.

—Muchísimas gracias, caballero, respondió dando muestras de tranquilidad. Hemos tenido un viaje horrible desde que salimos de Tavistock hasta que por último se ha roto una de las ruedas del carruaje, y aquí estamos sin poder movernos. Mi

esposo, sir Charles, ha ido en busca de auxilio, pero mucho me temo que con la oscuridad de la noche haya perdido el camino.

En el momento en que buscaba palabras para animarla vi á su lado un abrigo negro de viaje con solapas de astrakán, que sin duda había dejado allí su esposo. Era precisamente lo que me hacía falta para cubrir mi uniforme. Cierto que al tomarlo comprendí que me portaba como el más vulgar de los bandidos, pero ¿qué queréis? la necesidad carece de ley y yo me hallaba en un país enemigo.

—Supongo, señora, dije, que ese abrigo es de su esposo. Me dispensará usted, sin duda, que me vea obligado á...

Sin terminar la frase metí la mano en el carruaje y saqué el abrigo por la ventanilla.

La mirada de sorpresa, de temor y de desprecio que me dirigió la dama llegó hasta lo más profundo de mi corazón.

—¡Ay de mí! exclamó aterrada. ¡Qué equivocación más lamentable! Creí que venía usted en mi ayuda y ha venido sólo para robar el abrigo de mi esposo. ¡Y á mí que se me había figurado que era usted todo un caballero!

—Señora, añadí con voz compungida, la ruego que no me juzgue hasta que se entere usted de la verdad, de toda la verdad. Es necesario que me lleve yo este abrigo; pero si se digna decirme el nombre del caballero que tiene la dicha de ser su esposo, me honraré en devolvérselo lo antes posible.

—Mi esposo, dijo ablandándose un poco, aunque sin abandonar el tono de severidad, es sir Charles Meredith, y se dirigía á la cárcel de Dartmoor para despachar un asunto muy importante de gobierno. Sólo le pido á usted que se vaya sin llevarse nada de lo que á él pertenece.

—Sólo una cosa de su pertenencia es la que envidio.

—Y por eso se la ha llevado usted.

—No, queda todavía en el carruaje.

Se echó á reir franca y sencillamente y añadió:

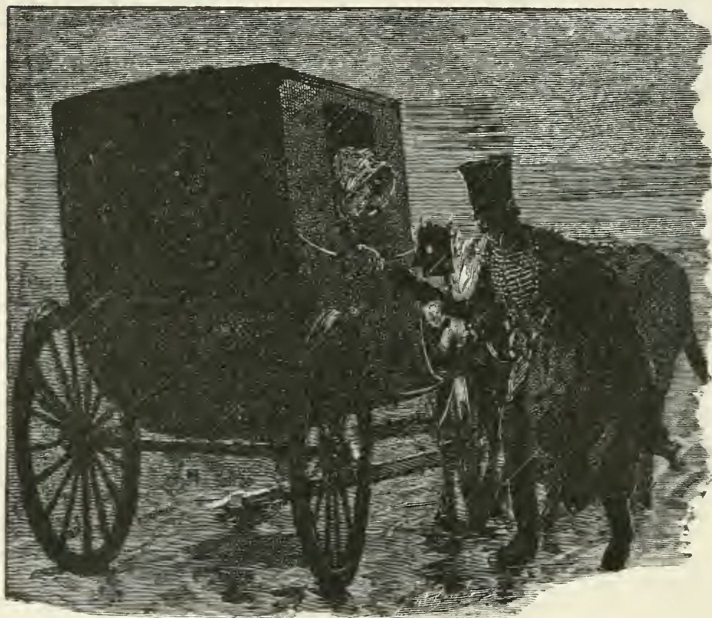
—Más que las flores me agradaría que me devolviese usted el abrigo.

—Señora, lo siento mucho, pero me es imposible. Si me permitiera usted entrar en el carruaje, le contaría cuán necesario es para mí el abrigo de su esposo.

En aquel momento llegó á mis oídos un silbido penetrante lanzado á lo lejos, que fué contestado por un grito del postillón.

A pesar de la oscuridad y de la lluvia pude distinguir una luz tenue que iba acercándose cada vez más al sitio donde nos hallábamos.

—Siento en el alma, señora, verme obligado á dejar á usted,



ME DETUVE PARA ESTRECHAR LA MANO DE LA DAMA

dije como queriendo despedirme. Puede asegurar á su esposo que cuidaré bien el abrigo.

Y por más que tenía mucha prisa, pues la luz estaba ya muy cerca, me atreví á detenerme un momento para estrechar la mano de la dama y llevarla á mis labios. Ella, fingiendo haberse ofendido de mi atrevimiento, la retiró apresuradamente. En seguida, y como el postillón mostrara deseos de no dejarme marchar, metí el abrigo bajo el brazo y apreté á correr, decidido á poner entre mi persona y la cárcel de Dartmoor toda la

distancia que me fuera posible en las horas que aun quedaban hasta el amanecer.

Y dando frente al viento como antes corrí, corrí mucho hasta caer rendido de fatiga. Me detuve unos cinco minutos para recobrar fuerzas y seguir corriendo con mis piernas de acero y con el cuerpo endurecido con mis doce años de campaña.

Tres horas duró mi correría desenfrenada, en las cuales calculo que anduve unas veinte millas.

Iba á amanecer y me oculté en un bosquecillo para descansar hasta que nuevamente se hiciese de noche.. Para mí no era ninguna novedad el dormir entre la lluvia y el viento, así que abrigándome lo mejor que pude pronto cogí el sueño. No fué tranquilo, como es de suponer, pues no hice más que dar vueltas y más vueltas, molestado por una serie de pesadillas horribles. Soñé que con un solo escuadrón bastante rendido cargaba sobre un cuadro cerrado de granaderos húngaros, como años atrás había hecho en Elchingen. Me puse de pie en el estribo para gritar: *¡Vive l'Empereur!* y... desperté.

De un brinco me levanté de aquella dura cama, y mientras me frotaba los ojos preguntándome si me había vuelto loco llegó á mis oídos el mismísimo grito: cinco mil voces en un prolongado alarido. Miré por entre las zarzas, y con asombro y horror indescriptibles vi lo que menos podía pensar, lo que menos hubiera querido ver: ¡la cárcel de Dartmoor! Allí, á un metro de distancia, destacábase el feo y destartalado edificio. De haber corrido un poco más hubiera tropezado con él. Tan honda impresión me causó esto que al principio no podía calcular lo que había ocurrido. Luego lo comprendí todo y me tiré de los pelos por necio y por torpe.

Durante la noche el viento había cambiado del Norte al Sur, y yo, marchando siempre de frente, había corrido diez millas hacia el Norte y otras diez hacia el Sur. De modo que, después de estar corriendo toda la noche, había ido á parar al punto de partida. Cuando recordé la prisa que había tenido, las caídas, los tropezones y el ímpetu loco que me llevaba siempre hacia adelante, me pareció tan ridículo lo que había hecho que solté el trapo y me dejé caer sobre los arbustos del bosquecillo, riendo

estrepitosamente. Después me envolví en el abrigo, que venía á ser como una manta, y me puse á pensar qué era lo que debía hacer.

Una cosa he aprendido, amigos míos, en mis aventuras y percances, y es que no se debe llamar desgracia á ningún suceso hasta ver cómo termina. ¿No ocurre que á cada paso suelen mirarse las cosas desde distinto punto de vista? Así me sucedió á mí entonces. Pronto me convencí de que aquella equivocación tendría para mí el mismo resultado que la más refinada astucia. Mis perseguidores, como era natural, comenzarían á buscarme desde el sitio en que me encontré con el carruaje de sir Charles, y así fué efectivamente. Después de un rato de observación les vi marchar precipitadamente hacia aquel punto. A buen seguro que nadie se figuraría que desde allí me había vuelto atrás: así que comprendí que podía permanecer donde me hallaba sin temor de ser inquietado, y no intenté moverme.

Los prisioneros, por supuesto, se habían enterado de mi fuga, y durante todo el día no cesaron de oirse gritos parecidos al que me había despertado por la mañana, llevando á mi alma una especie de saludo de mis camaradas tan simpático como afectuoso. ¡Qué poco se figuraban que en la colina que ellos veían desde sus ventanas se hallaba el compañero cuya huida celebraban tan ruidosamente! Yo, por mi parte, veía desde mi escondite á buen número de prisioneros, unos paseando en el patio y otros reunidos en grupos, charlando por los codos. Cuando vi á Beaumont, que con la cabeza vendada atravesaba el patio entre dos guardias, hice un ademán como para lanzarme sobre aquel miserable. No puedo explicar, amigos míos, cuánto me alegré de verle, pues por una parte me demostraba que no le había hecho mucho daño y por otra que mis compañeros, los demás presos, podían muy bien comprender lo que había sucedido. Harto me conocían para suponer ni por un instante que hubiera abandonado al artillero.

Todo el día permanecí en mi escondite escuchando las campanadas del gran reloj cuando daba las horas.

Tenía los bolsillos llenos de pan, que con toda idea había ido separando de la ración diaria, y al registrar el abrigo, ¡oh felicidad! encontré un frasco lleno de muy buen coñac mez-

clado con un poco de agua. Esto fué suficiente para sacarme de apuros. Además del frasco encontré un pañuelo grande de seda encarnada, una cajita de concha con rapé y una carta dentro de un sobre azul, con sello rojo, dirigida al gobernador de la cárcel. Los tres primeros objetos resolví devolverlos juntamente con el abrigo, pero la carta me daba qué pensar, porque el gobernador me había tratado siempre con cortesía y me parecía indigno y poco noble el interceptar su correspondencia. Se me ocurrió primeramente dejarla debajo de una piedra, á poca distancia de la puerta de la cárcel; pero comprendiendo que esto podría comprometerme y ofrecer además á mis perseguidores una idea del camino que había seguido, la guardé en el bolsillo interior, con la esperanza de encontrar pronto algún medio de hacerla llegar á su destino.

Alumbró el sol todo el día, y gracias á esto se me secó la ropa; así que cuando cerró la noche estaba dispuesto á emprender otra caminata. Buen cuidado tuve de no equivocarme por segunda vez. Las estrellas me sirvieron de guía, y andando á buen paso durante toda la noche recorrí unas ocho millas.

Me proponía obtener como mejor pudiese un traje completo para sustituir el que vestía y dirigirme después á la costa Norte, donde indudablemente encontraría algunos contrabandistas ó pescadores dispuestos á ganarse la cantidad que pagaba el Emperador á quienes conducían hasta el otro lado del canal á los prisioneros fugitivos. Me quité el plumero del morrión á fin de no llamar la atención de nadie, aunque temía que, á pesar de esta precaución y del hermoso abrigo que me cubría el uniforme, sería descubierto más ó menos pronto.

Cuando amaneció ví á mi derecha un río muy grande y á mi izquierda una ciudad. Mucho me hubiera complacido entrar en ella, pues me interesaba observar las costumbres de los ingleses, tan distintas de las de otros países, pero comprendí que era peligroso, porque el morrión, el bigote y el habla bastarían para descubrir mi nacionalidad. Continué, pues, marchando hacia el Norte, pero deteniéndome con frecuencia para ver si era perseguido.

Hacia el mediodía llegué á un valle situado donde todo era campo abierto, y allí vi una casa aislada de todo otro edificio.

Era una casa de campo muy bonita, con su jardín lleno de flores y muchísimas aves. Tendíme sobre la hierba entre unas zarzas y me puse á observar, pues me pareció muy probable que allí encontraría lo que necesitaba. Se me había acabado el pan y la larga caminata de la noche me había despertado el apetito: así que decidí practicar un pequeño reconocimiento, dirigirme luego á la casa, mandar á sus habitantes que se entregaran con armas y todo y apoderarme de lo que tanta falta me hacía. Por lo menos, obtendría allí una tortilla y un pollito. ¡Ay! sólo al pensarlo se me hacía agua la boca. ¡Cáspita, qué hambre tenía!

Mientras así meditaba, pensando quién viviría en una casa tan solitaria, salió un hombrecillo joven, vigoroso y fuerte, acompañado de otro de más edad que llevaba algunos objetos de gimnasia en las manos. Se detuvieron á poca distancia de la casa y el más viejo entregó unos palos al joven, el cual comenzó á lanzarlos al aire, á cogerlos y á ir colocándolos alternativamente en diversos sentidos. El otro le contemplaba con marcada satisfacción y de cuando en cuando le daba algún consejo. Por último, tomó el joven una cuerda y se puso á saltar como una chiquilla.

Aquellas cosas me llenaban de asombro, y la única explicación que les encontraba era que el uno era médico y el otro el paciente, que pensaba curarse de alguna dolencia con aquel tratamiento tan especial.

Al poco rato el más viejo entró en la casa, y sacando un abrigo largo y pesado se lo puso al otro y se lo abotonó hasta el cuello. Como el día era muy caluroso, aquello me dejó más asombrado. Por lo menos, pensé, habrán terminado los ejercicios: pero lejos de ser así, el joven apretó á correr en dirección al sitio donde yo estaba escondido entre las zarzas. Su compañero volvió á entrar en la casa, de lo que me alegré, pues estaba resuelto á apoderarme de la ropa del joven y marchar escapado á la ciudad, donde me procuraría algo que comer. Cierto que me tentaba la idea del pollito; pero como sabía que por lo menos había dos hombres en la casa, probablemente armados, y yo no tenía arma ninguna, creí lo más prudente apartarme de allí.

Después de unos momentos sentí los pasos del hombrecillo y

le vi cerca de mí bien tapado con su gran abrigo y sudando copiosamente. Parecía un hombre muy fuerte, aunque pequeño: tan pequeño, que llegué á temer que no me serviría su ropa. De un brinco salí de mi escondite, y al verme se detuvo mirándome con asombro.

—¡Caramba! exclamó, ¿qué es esto? ¿De dónde demontres ha brincado usted? ¿Estamos acaso jugando al escondite?



CON HARTO SENTIMIENTO, CABALLERO, DIJE

Añadió algo más, pero ni pude comprenderlo entonces ni ahora puedo explicarlo.

—Con harto sentimiento, caballero, dije, me veo en la necesidad de suplicarle que inmediatamente me entregue la ropa.

—¿Que le entregue qué? preguntó con sorpresa.

—La ropa que tiene usted puesta, el traje completo.

—¿Y para qué y por qué he de entregársela?

—Porque me hace falta, porque la necesito.

—¿Y suponiendo que no me diera la gana de entregársela?...

—¡Rayos y truenos! exclamé. Me vería obligado á tomarla.

Con las manos metidas en los bolsillos de su enorme gabán me contemplaba fijamente, y poco á poco fué apareciendo en su cara de perro de presa una sonrisa burlona y despreciativa.

—De modo que la tomará usted. ¿no es así? Lo que me parece que va á tomar es algo que no le agrade. ¡Vaya un tipo extravagante! No hacen falta ojos de lince para comprender que usted es un franchute escapado de allá abajo. ¡Pero no sabe con quién habla! Sepa usted que soy nada menos que el luchador campeón de Brístol y que estoy ensayando para la próxima lucha.

Todo esto lo dijo como creyendo que, al oirle. me iba á quedar pasmado; pero mirándole con la sonrisa en los labios y retorciéndome el bigote. contesté:

—No dudo. caballero. que será usted un valiente; pero cuando le diga que se halla en presencia de Etienne Gerard. de los húsares de Conflans, comprenderá sin duda ninguna que no tiene más remedio que entregarme la ropa.

—¡Vaya. vaya! exclamó, prosiga usted su camino, pues de lo contrario va á pasar aquí algo gordo.

—¡La ropa inmediatamente! grité avanzando hacia él.

Por toda respuesta se quitó el gabán y se colocó en una postura muy rara: con un brazo extendido y el otro cruzado sobre el pecho. Mientras tanto continuaba mirándome con una sonrisa provocativa.

Aunque nada sabía respecto de la manera de batirse que tiene la gente de la catadura de aquel individuo. siempre estuve dispuesto á defenderme, sea á pie ó á caballo y con armas ó sin ellas.

Comprenderéis que un militar no puede en todas ocasiones elegir el modo de pelear y que no debe chillarse hasta que le toquen á uno. Así. pues, avancé furioso, y á falta de otra cosa mejor comencé á patalear con los dos pies, cuando fué y me descargó tan tremendo golpe en el ojo izquierdo que me hizo ver todas las estrellas del firmamento, y caí de espaldas, pegando con la nuca en una enorme piedra.

Cuando recobré el sentido me encontré en una especie de camastro. en una habitación mezquina y pobremente amueblada. Un ruido semejante al zumbido de una campana grande

en el momento de dejar de tocar resonaba en mis oídos, y palpándome la frente con la mano me enteré de que tenía sobre el ojo un bulto del tamaño de una nuez. Notaba además un olor poco agradable, hasta que comprendí que la frente la tenía vendada con un trapo mojado en vinagre.



ME HIZO VER TODAS LAS ESTRELLAS DEL FIRMAMENTO

En el otro extremo de la habitación vi al terrible hombrecillo con la rodilla descubierta, y á sus pies el compañero dándole fricciones con una pomada. Este último parecía tener un humor del diablo, pues no hacía más que regañar al joven, quien le escuchaba con cara tristona.

—¡Qué barbaridad! exclamó. Hace un mes que te estoy preparando, y cuando ya estabas más listo que un pájaro te peleas sin más ni más con un extranjero.

—¡Vaya, vaya, Jim! no hables tanto, repuso el otro. No puede negarse que preparas bien, admirablemente, pero ¡qué diantre! eres demasiado parlanchín. ¡Menuda lata me estás dando!

—Me parece que ya es hora de que charle, prosiguió el más viejo. Si no te se cura la rodilla para el miércoles, dirán que á última ahora te has acobardado y que no te has atrevido á presentarte.

—Quisiera yo que quien se atreva á decir eso estuviera aquí ahora. He triunfado en veinte luchas y triunfaré en otras tantas: ¿pero qué querías que hiciera cuando el hombre se empeñaba en que le entregase la ropa que llevaba puesta?

—¡Y qué vale la ropa! Bien sabes que lord Fulton tiene apostadas á tu favor cinco mil libras. Lo mismo podías haber avisado á la policía entonces que ahora, y bien pronto le hubiesen obligado á que te devolviera la ropa.

—Digo y repito que, ni por triunfar en la lucha ni por lord Fulton, tengo yo calma para despojarme de la ropa y entregársela al primero que me la pida. ¿Quién hubiera creído que iba á patalear?

—Creerías que iba á luchar con todas las reglas del arte, ¿verdad? ¡Pero hombre, si los franceses no saben lo que es pelearse!

No pude aguantar más.

—Amigos míos, dije incorporándome en el catre, no son más que tonterías lo que están ustedes hablando. Tan bien conocemos los franceses el arte de pelear, que hemos visitado casi todas las capitales de Europa y pronto vendremos también á Londres. Pero es de advertir que nosotros peleamos como soldados y no como chiquillos. Usted me da un golpe en la cara y yo le doy un puntapié en la rodilla. ¡Bah, eso es juego de niños! Pero tome usted un sable, déme usted otro á mí y verá qué pronto le enseño cómo nos batimos al otro lado del canal.

Los dos me miraban con esa mirada fija y firme con que suelen mirar los ingleses.

—Celebro que no se haya usted muerto, *monsieur*, dijo el más viejo. Daba bien pocas señales de vida cuando le entramos aquí.

—Es valiente á pesar de ser *franchute*, observó el otro. Vino á atacarme como un galguito furioso, pero le metí uno en un ojo que le hizo caer redondo antes que se diera cuenta de lo que había ocurrido.

—Por lo menos, continuó el más viejo, tendrá usted la satisfacción de decir que se las ha visto con el famoso campeón de Brístol, el mejor boxeador de toda Inglaterra.

Por lo visto, creían los dos que para mí constituía un gran favor el haber recibido un golpe del hombrecillo.

—Esto no es nada para mí, dije. Estoy acostumbrado á recibir golpes mucho más graves.



LES ENSEÑÉ LA HERIDA DEL OJO

Y me desabroché la túnica para enseñarles las heridas de mosquete; luego descubrí el tobillo, en el que aun tenía sin cicatrizar la herida, y seguidamente el ojo derecho, donde el bandolero me dió con el punzón.

—¡Vaya si ha visto algo! exclamó el campeón.

—¡Qué buena figura para el coro! añadió su compañero. Con seis meses de aprendizaje dejaría atolondrados á los de medio peso. ¡Lástima grande que tenga que volver á la cárcel!

Esta última observación no me hizo ninguna gracia.

Me levanté, me abotoné la túnica y les dije:

—Con su permiso voy á continuar el viaje.

—Lo siento, monsieur, replicóme el más viejo, pero no puede ser. El negocio es negocio. Ofrecen 20 libras al que le entregue á usted en manos del gobernador. Esta mañana estuvieron aquí á buscarle: creo no tardarán en volver.

Estas palabras me estremecieron.

—¿Pero han sido ustedes capaces de venderme por 20 libras? exclamé furioso. Pues bien, prometo enviarles el doble en cuanto llegue á Francia ¡Lo juro por mi honor de militar y de caballero!

Por toda respuesta hicieron con la cabeza una señal negativa.

Rogué, discutí, hablé del compañerismo que debe existir entre los hombres valientes... todo en vano. El mismo resultado hubiera obtenido dirigiéndome á dos trancas que había en el suelo.

—El negocio es negocio, repitió el más viejo. Además, ¿cómo he de presentar á mi discípulo el miércoles si le apresan antes por haber auxiliado á un prisionero de guerra? Yo tengo que mirar por él y no quiero arriesgar nada.

¿Había de ser aquél el final de todos mis esfuerzos, de todos mis apuros, de todas mis molestias? ¿Sería devuelto á la cárcel como un cordero escapado del rebaño?

Poco me conocían los que pensaban que había de someterme á semejante suerte. Había oído lo suficiente para comprender cuál era el flaco de aquellos hombres, y entonces quedó demostrado una vez más que Etienne Gerard nunca es tan terrible como cuando ha perdido toda esperanza.

En menos tiempo del que se necesita para contarlo cogí una de las trancas y la levanté en el aire sobre la cabeza del campeón de Brístol.

—Venga lo que venga, dije, suceda lo que suceda, usted no ha de presentarse el miércoles.

El hombre quiso levantarse, pero su compañero le sujetó con los brazos y no le dejó moverse.

—¡No, no, nada de eso! Márchese el *franchute*, que no nos hace falta aquí para nada. Pero váyase pronto, corriendo, que no voy á poder sujetarle.

No me pareció mal el consejo. Corrí á la puerta, pero la ca-

beza comenzó á darme vueltas en cuanto salí al aire libre y tuve que apoyarme en la pared para no caer.

Acordaos de todo cuanto había sufrido: la ansiedad de la huida la carrera tan larga como inútil durante una noche entera y en medio de una horrorosa tempestad, un día entero echado entre hierbas y zarzas sin más alimento que pan seco... y para colmo de desdichas el golpe que recibí al querer quitar la ropa al hombrecillo. Hice todo lo posible, pero no podía más.

Un momento después oí un ruido estrepitoso. Levanté la cabeza y vi al gobernador de la cárcel seguido de seis carceleros, jinetes todos en buenos caballos.

—¡Hola, señor coronel! exclamó con voz de trueno. Por fin hemos dado con usted.

Cuando un hombre valiente ha hecho todo lo posible por lograr su objeto y no lo ha conseguido, demuestra su valor conduciéndose con nobleza con su adversario. Saqué, pues, la carta, y adelantándome se la entregué diciendo:

—He tenido la desgracia, señor gobernador, de retener involuntariamente una carta suya.

Me miró sorprendido, tomó la carta é hizo una indicación á sus hombres para que me prendieran.

Al enterarse del contenido de la carta, una sonrisa apareció en sus labios mientras decía:

—Esta debe ser la que perdió sir Charles Meredith.

—La encontré en el bolsillo de su abrigo.

—¿Y la ha llevado usted consigo estos dos días?

—Desde anteanoche.

—¿Y no la ha leído usted, señor Gerard?

Con un gesto le hice comprender que aquella pregunta me ofendía.

El, por su parte, soltó el trapo á carcajada tendida y añadió:

—Verdaderamente, coronel, nos ha causado usted no pocos trastornos y molestias. ¡Y todo para nada! Permítame le lea la carta que durante dos días ha llevado usted en el bolsillo.

Y leyó lo siguiente:

«En cuanto reciba usted esta orden se servirá poner en libertad á Etienne Gerard, de húsares de tercera, que ha sido canjeado por el coronel Mason, de artillería».

Al terminar la lectura el gobernador se reía más que antes, los carceleros también se reían y los hombres del caserío les imitaban de buena gana. ¿Y qué había de hacer yo, á fuer de galante, sino reirme como todos?



PONDRÁ USTED EN LIBERTAD Á ETIENNE GERARD

Y creo que ninguno podía reir más á gusto que yo, puesto que tenía delante á mi querida Francia, á mi madre, al Emperador y á mis húsares, mientras que á la espalda dejaba la negra cárcel y la pesada mano del rey de Inglaterra.

A. Conán Doyle.



El piloto



Vosotros los que habéis viajado y recorrido las hermosas costas de España, habréis apreciado seguramente la incomparable belleza del litoral comprendido entre la Coruña, Vigo y la frontera de Portugal, y si en vuestro amor á la soledad y huyendo del mundanal ruido, que dijo fray Luis de León, habéis buscado los sitios menos frecuentados por el hombre, habréis descubierto en aquella costa un puñado de casitas situadas en lo alto de unas abruptas rocas y que se destacan con valentía de un precioso marco de verdura. En aquel agreste paisaje, lejos de carreteras y de ferrocarriles, apenas unido por un mal camino á un pueblecillo de la provincia de Pontevedra, se respira un ambiente delicioso, un ambiente que ensancha el alma y la inunda de inefables dulzuras.

No os diré cómo se llama el casi pueblo formado por aquellas casitas. Llegamos á él un día dos pintores, un poeta y yo, triste observador de la naturaleza, y quedamos admirados de aquel hermoso rincón de España, casi virgen. En nuestro egoísmo de hombres amantes de la belleza nos prometimos ir á recrearnos en él cuantas veces pudiéramos, pero sin revelar á nadie aquel descubrimiento, con objeto de que los elegantes de Madrid no lo profanaran poniéndolo de moda.

Aquellas casitas estaban habitadas por algunos pescadores

con sus familias. Bajando por las rocas se llegaba á una playa de finísima arena que, al día siguiente de una tempestad, cubríase de millares de conchitas.

El día que nosotros la descubrimos, á la puesta del sol, el horizonte, coloreado por sus rayos, aparecía radiante de hermosura: allá, en los lejanos límites del mar, parecía sumergirse en sus ondas. El ruido de las olas al romperse formaba casi un concierto en aquel crepúsculo de una tarde del mes de septiembre. Creeríase imposible que aquel tranquilo y sosegado mar, aquella aureola de colores, pudieran nunca convertirse en los grises, oscuros y siniestros tonos de la tempestad y el desastre.

Me encantaban aquellas cuatro docenas de casas pobres, pero airosas, con sus balcones de madera pintados de verde y sus ventanas casi siempre solitarias, á excepción de los domingos, en que las redes que durante la semana habían servido para las rudas faenas del pescador colgaban de ellas á lo largo de sus muros, y me encantaban, no por ellas solas, sino por verlas agrupadas alrededor de una iglesia nueva, de construcción reciente, destacándose del paisaje y como protegiéndolas. Al oir por vez primera el sonido de la cascada campana de aquella iglesia una tristeza infinita invadía el alma, respondiendo así al objeto que se había propuesto la persona que hizo donación de la iglesia para evocar siempre el recuerdo de un grande amor que vivió sin esperanza.

Cierto que á los habitantes de las modernas ciudades nos parecen imposibles los grandes cariños entre seres humildes y pobres como aquellos, entre aquellas mujeres de miserables trajes, llevando las cestas de pescado á los pueblos próximos, cuidando de sus pequeñuelos, agarrados constantemente á sus faldas, descalzos como ellas, medio desnudos la mayor parte del año, y entre aquellos hombres sombríos, curtidos por el mar; pero ¡cuánta hermosura en sus amores, en sus rudas pasiones, faltas de delicadeza, sí, pero sanas; en sus almas piadosas, ignorantes, resignadas con su destino, llenas de fe y de valor, libres de las frenéticas ambiciones y de los torpes sueños que atormentan á los moradores de las grandes capitales!

En aquel humilde pueblecillo vivía una mujer joven, casi una niña, que por su hermosura era el encanto de todos. Es-

belta, fuerte, llena de natural elegancia, la más linda en diez leguas en contorno, era la más pobre entre los pobres de aquella agrupación de seres. Sus ojos grandes y serenos, sus diminutos pies desnudos, sus pequeñas y bonitas manos, juntos con su afable carácter y su excesiva bondad, la hacían respetada de todos. Aristócrata por naturaleza, sus diez y ocho años tenían el esplendor de un sol naciente. Amada de todos, quería ella con amor fuerte, inconmovible como las rocas de la costa, á un joven pescador de veintitrés años, alto, de nobles sentimientos, de pensamientos delicados, muy superiores á la rudeza de su oficio, tranquilo y confiado, con orgullosa melancolía en su rostro y valiente entre los valientes. Su carácter soñador le hacía buscar distracción en las conversaciones con gentes instruídas, en lugar de las que los domingos y días de fiesta son corrientes en los pueblos de escaso vecindario, en las aldeas. En aquellos días solía dar largos paseos á orillas del mar, gozando con el ruido y el estrépito de las olas y soñando con más mundo y mayores riquezas.

Rara vez se veían los amantes, no siendo los domingos por la mañana en la iglesia ó en la hora de vísperas. Mientras ella rezaba silenciosa al pie del altar, él la contemplaba vagamente á la incierta luz de la lámpara.

Cómo habían llegado á comprenderse y amarse, era signo natural de que habían nacido el uno para el otro. Por otra parte, les unía su pobreza, además de su falta de padres, pues ambos eran huérfanos. Carlos se había ganado la vida como tripulante en algunas lanchas pescadoras, hasta que pudo adquirir una: pero ¡qué lancha! La más vieja y la más estropeada de toda la matrícula. En cuanto á Carmen, había sido educada por su tía Mariquita, una solterona que, aun queriéndola con ternura, estaba dispuesta á no consentir que su sobrina se casara con ningún hombre que no pudiera asegurarles una posición, tanto á Carmen como á ella. Siempre hay un poco de egoísmo en nuestros afectos.

El hombre á quien la tía de Carmen había elegido para esto era Matías, el piloto, á quien quería y respetaba todo el pueblo. A pesar de sus cincuenta años era fuerte y alegre. Su rostro, curtido por el sol y las tempestades, denotaba salud y viveza.

Conocía á Carmen desde su infancia; de niña la había tenido muchas veces sobre sus rodillas, la había visto crecer con grande y cariñoso interés, y Mariquita, que tenía la intuición natural de todas las aldeanas, había llegado á adivinar que el piloto estaba enamorado de aquella graciosa flor que lentamente se desarrollaba ante sus ojos. Pero Matías no era ningún necio, y cuando recordaba su edad se reía de su locura y se convertía en una especie de padre con la pobre niña, que tan inocentemente ignoraba la pasión del viejo marino. Cuando hablaba con él se mostraba siempre tal y como era: franca, sencilla, candorosa, y á veces hasta cruelmente encantadora, venerándole como á un patriarca.

Toda su ternura la reservaba para Carlos, y sabiendo que su tía se oponía á que se casara con él, resolvió permanecer soltera toda su vida antes que consentir en ser la esposa de otro hombre. Hizo este voto una tarde en que los dos amantes se habían citado á la orilla del mar, á esa hora tan llena de encanto para los enamorados, cuando la suave luz del crepúsculo parece ensanchar sus almas y les alienta para confiarse el uno al otro, uniendo sus corazones en el mismo concierto de pasión y sinceridad. Aquella cita de amor fué para ellos tristísima, cuando poniendo Carmen en un dedo de Carlos un anillo de bronce que el obispo había bendecido en la última confirmación le prometió amarle siempre, mientras que con voz entrecortada por la emoción le decía:

—Delante de Dios soy tu premetida y sólo la muerte podrá separar mi corazón del tuyo.

Vertiendo lágrimas los dos juráronse amor eterno, y arrancando él de entre las hendiduras de la roca una flor silvestre se la entregó á su amada después de haber sellado sus labios con un ardiente beso. Púsola Carmen en el libro de oraciones que llevaba en las manos, en las páginas donde tenía una estampa de la Virgen con la inscripción *Ave María Stella*, y mirando á una de las relucientes estrellas que comenzaban á brillar en el oscuro azul del firmamento sonrió placentera, como creyendo encontrar allí á la Virgen que había de protegerles. Besó él su mano y se retiraron, poniendo fin á la entrevista, sin pronunciar más palabras, pero confiado el uno en el otro y sin

esperar nada de los hombres. En su fe creían que alguna maravillosa y celestial intervención no permitiría que su risueño porvenir fuese para siempre destruído, convirtiéndose sus esperanzas de felicidad en tétrico sueño que fuera la desesperación de sus vidas.

Después de aquella entrevista, sus ansiedades parecían haberse calmado. Carlos, día tras día, arriesgaba sin descanso la vida en su pobre lancha para obtener sólo ganancias miserables, y Carmen repasaba las redes de los pescadores por un puñado de dinero, que apenas permitía á la tía Mariquita hacer algunas economías, después de atender á los gastos de la sobria existencia de ambas.

Un día se celebraba en la aldea una gran fiesta. El piloto Matías se retiraba de su profesión y se despedía del mar, de sus compañeros, de sus trabajos y de sus hombres. Sus camaradas habían organizado una serie de festejos en su honor y en agradecimiento á los servicios que les prestara. Al amanecer fueron á su casa á tocar el tamboril y la gaita y á lanzar al espacio unas docenas de cohetes. Luego las muchachas trajeron un hermoso ramillete de flores que le fué presentado por Carmen, lo que hizo sonreir de satisfacción al viejo piloto, que se ruborizó lleno de timidez ante aquella niña. Se sirvieron después tortas de maíz y vasos de sidra, una sidra de la de los días de gala, que había sido cuidadosamente elaborada y embotellada en la última recolección de manzanas y que sembró la alegría entre aquella gente, la cual rompió á cantar aires del país entre ruidosos vivas al decano de los hombres de mar.

Carlos no era de los que menos parte tomaban en la fiesta. Sentía hacia Matías una admiración infantil mezclada con una simpatía que llegaba hasta la confianza, y muchas veces había estado á punto de confiarle sus sentimientos hacia Carmen y pedirle su consejo, pues no era capaz de comprender que pudiera tener por ella otro afecto que no fuera el paternal. Los jóvenes á los veinte años creen que los hombres de cincuenta tienen ya jubilado el corazón y los sentidos.

Aquella fiesta no dejó de tener su parte risible, gracias á la tía Mariquita, que ofreció al piloto un par de zapatillas bordadas en oro y seda, con dibujos de flores que se parecían á las coles

de su huerta y pájaros que tenían trazas de mosquitos. La tía Mariquita había servido en Pontevedra y en Madrid en casas de grandes señores, y allí había aprendido ciertas labores y costumbres de gente pudiente. Como el viejo marino en su vida había llevado otra cosa que zuecos de madera, soltó una carcajada mientras decía á Mariquita:

—Si te da lo mismo, me las pondré de guantes los domingos para ir á misa y á echármelas de señorito.

Y en señal de agradecimiento, cogiéndola en sus brazos, la dió dos besos prolongados y sonoros en sus mejillas de vieja solterona.

Todo el pueblo se regocijó aquella mañana. Después hubo baile y un abundante almuerzo, amenizado por el tamboril y la gaita, y así transcurrieron las horas hasta el mediodía en que todos acompañaron hasta las lanchas, en forma de procesión, á los hombres en activo servicio que iban á ganar el sustento de la mayor parte de los que quedaban en tierra.

El tiempo, al parecer, nada dejaba que desear. Al amanecer apareció el sol rodeado de nubes, pero éstas pronto quedaron disipadas con el ardiente calor de sus rayos. El intenso azul del zenit palideció en el horizonte, donde el azul del mar parecía unirse al del firmamento en largo y hermoso contacto cual beso amante entre la realidad y el ensueño, la región de las estrellas y la de las violentas tempestades.

El aire era suave, demasiado caliente para un fin de septiembre, agradable de respirar, lleno de vitales perfumes; pero al ver las pocas nubes rosadas que habían aparecido en lás primeras horas de la mañana, los astrónomos populares dijeron que antes de terminar el día habría tormenta. Si el peligro existía realmente, parecía haber desaparecido ó haber sido olvidado entre el regocijo general.

Alegremente los hombres de mar colocaron las velas en los mástiles, los cuales estaban engalanados con banderas que cada patrón de lancha guardaba cuidadosamente para las ocasiones solemnes. Todo era contento y alegría, cuando tan rápida como inesperadamente fueron sorprendidos por un fuerte vendaval, que hinchó las velas antes de que estuvieran completamente colocadas, mientras el horizonte iba oscureciéndose.

—Hijos míos, dijo Matías, mirad cómo andáis: se aproxima la tempestad.

—¡Qué bien has hecho en retirarte! exclamó Mariquita dirigiéndose al piloto.

Carmen contemplaba tristemente la escena, mientras Carlos colocaba la vela de su lancha para salir al mar. Trabajaba en silencio, con el corazón oprimido por extraña é indefinible melancolía. Cuando había intentado bailar con Carmen le había echado tales miradas la tía Mariquita, que el pobre muchacho no se atrevió á invitarla. Además, en la mesa les habían separado de tal manera, que mientras todos disfrutaban, ellos sufrían sin poderse hablar, casi sin verse. Nunca se le vió tan abatido; por eso Carmen, al mirarle así, aprovechó la ocasión cuando Mariquita ofrecía un poco de rapé al piloto, y se acercó á Carlos diciéndole:

—Carlos, no salgas hoy al mar; yo te lo ruego.

—Déjame, Carmen, contestó el joven, déjame, quiero morirme.

Profunda tristeza, que contrastaba con la alegría de la mañana, acompañó la salida de los pescadores. De muchos ojos salieron furtivas lágrimas al despedir á aquellos hombres que marchaban á buscar el pan de sus familias. La predicción del piloto Matías había entristecido hasta á los más valientes. ¡Conocía tan bien todos los cambios y las traiciones del mar! Pero todos tenían lanchas fuertes y ligeras para resistir el empuje de las olas, y además no irían lejos; no se apartarían mucho de la costa, á fin de poder volver rápidamente en caso de apuro. La única lancha que corría algún peligro era la de Carlos.

—Mejor sería que tomases mi lancha, Carlos, le había dicho Matías con cariñoso acento; pero como por primera vez aquel día había notado la frecuencia con que el viejo dirigió miradas tiernas á Carmen, contestó fríamente:

—Gracias, Sr. Matías, no la necesito.

Y con una mirada final llena de amor hacia el ídolo de su vida saltó á la lancha y comenzó á maniobrar con brío. Poco después su pequeña vela se divisaba á lo lejos entre las brumas del horizonte.

El huracán arreciaba por momentos y ya las lanchas pesca-

doras se habían perdido de vista. Matías y Mariquita se volvieron á casa de ésta, que le atraía con el último vaso de espumosa sidra, no encontrando manera mejor de llevar á su casa á quien le parecía admirable para sobrino. Además, aquel era el momento más oportuno para explorarle. El viejo marino estaba decidido á no volver al mar; era ya tiempo de que buscara esposa, y en el pueblo no había mujer más bonita que Carmen ni hombre más rico que Matías.

No se le ocultaba á Mariquita que Carmen y Carlos habían nacido para amarse: pero dominada por las ideas positivistas, tan arraigadas en las personas para las cuales el amor puro y desinteresado dejó de tener atractivos, comenzó á preparar el terreno con una detallada exposición de las virtudes de su sobrina.

El corazón de Mariquita se ensanchó al ver el entusiasmo con que Matías declaró que todavía elogiaba poco á la joven, pues según dijo, Carmen valía mucho más que lo que ella manifestaba.

Durante esta conversación, Carmen paseaba sola por la playa, con los ojos humedecidos por las lágrimas y con la mirada fija en el horizonte, cubierto por aquella nube plomiza que iba extendiéndose y agrandándose por momentos. Poco después la nube se rasgaba por varios puntos para dar paso á grandes relámpagos, aunque todavía la distancia no hacía perceptibles los truenos. La tormenta estaba aún lejos, pero ella sentía ya toda su intensidad y se estremecía violentamente, mientras su corazón, sobrecogido, latía con fuerza.

El horizonte se oscureció casi por completo: grandes gotas de agua empezaron á caer sobre la arena, y algunos minutos después la tempestad estaba ya encima.

Las lanchas volvían á tierra apresuradamente en vista de que el temporal era más temible de lo que los pescadores esperaban. Volvían á toda vela, y desde la playa parecían más bien volar que marchar sobre las olas enfurecidas. Media hora después todo el pueblo estaba en la orilla del mar, á donde corrieron también Mariquita y Matías. Entre exclamaciones y gritos de loca alegría, lanzados por las familias de los pescadores que llegaban, fueron entrando todas las lanchas, todas menos una, la

de Carlos, la cual se veía no muy lejos de la tierra con la vela rota en lo alto del mástil, donde flotaba como una bandera. Todos le contemplaban luchando con denuedo, casi con furia, procurando dominar su pobre embarcación para llegar como los otros; pero todos comprendían que, á pesar de su sangre fría y de su valor, aquellos pocos cientos de metros que le separaban de la orilla ofrecían grandes peligros para salvarlos. ¡Y nadie podía socorrerle! ¡Qué angustia! ¡Qué horrible situación!

Momentos después una ola enorme, una ola gigantesca, puso el espanto en todos los corazones. ¡Está perdido! exclamaron casi á coro, mientras decían en voz unánime: ¡Sólo Matías le podría salvar!

Matías, que hasta entonces había contemplado impávido, mudo, aquel horrible cuadro, con vivísimo interés que se traslucía en su mirada, miró en derredor y vió á su lado á Mariquita, la cual tenía cogida del brazo á Carmen, pálida como el mármol y sollozando en silencio. Procuraba dominar su terrible angustia; pero al oir aquella voz unánime, avanzó rápida hacia el piloto, y al oído, en tono entre cariñoso y revelador de esperanzas, le dijo así: ¡Sálvale y seré tu esposa!

Matías la miró asombrado. Hay momentos en la vida en que una mirada es más poderosa que el más elocuente lenguaje. La miró atentamente, y sin pronunciar una palabra exclamó dirigiéndose á la multitud:

—¿Hay cuatro hombres que me acompañen á salvar á un compañero?

No se hizo esperar la respuesta, y momentos después la sólida lancha de Matías cruzaba las embravecidas olas al impulso de ocho remos vigorosos dirigidos por el piloto, que hacía de timonel. Diez minutos tardaron en llegar, diez minutos que parecieron diez horas á los que presenciaban la escena.

Por fin la lancha del piloto se acercó á la de Carlos, que ya estaba sin gobierno y á merced de las olas. El pobre muchacho, extenuado y sin fuerzas, se hallaba tumbado en el fondo de la lancha esperando el momento de morir. Por medio de un cabo fué atraída hacia la lancha salvadora, y entonces Matías, saltando á la débil y desmantelada embarcación, cogió en sus brazos á Carlos y mandó poner proa á tierra.

Cuando los salvadores pusieron pie en la playa, calados hasta los huesos, rendidos, jadeantes, pero habiendo robado al mar su presa, fueron recibidos con atronadores vivas y ruidosos aplausos.

Dejando sobre la arena el cuerpo inanimado de Carlos, que apenas daba señales de vida, todos se arrodillaron para dar gracias al cielo. Poco después tomaron el camino del pueblo, llevando entre varios al desdichado joven. Siguen todos en silencio aquella especie de procesión, y marchan los últimos cerrando la comitiva Mariquita, Carmen y el piloto. Este dirige á Carmen tiernas miradas, como demandando una frase de agradecimiento, y ella contesta con una dolorosa sonrisa.

El sacrificio del corazón de Carmen estaba hecho.

Seis semanas después Carlos estaba casi por completo restablecido; había vencido su fuerte constitución. Albergado en casa de Matías, que le atendió con cariñosa solicitud, iba recobrando poco á poco la salud y las fuerzas, aunque se le veía melancólico y taciturno.

Mariquita sólo permitió que le viese Carmen una vez, con la aquiescencia de Matías, aunque parezca extraño. Carlos, durante su delirio, había pronunciado tantas veces el nombre de Carmen, y con tan infinita ternura, que el viejo piloto temía ver en ellos, no un amor pasajero y débil, sino uno grande, apasionado, inmenso.

Carmen, sin embargo, á quien veía todos los días en casa de su tía, estaba resuelta á cumplir su promesa y permitió que Matías pidiera oficialmente su mano. Hizo más: se puso á preparar su modestísimo equipo, y hasta escuchaba los planes de felicidad formados por el piloto, á quien contestaba con una sonrisa que él llegó á tomar por el lado que más le convenía y agradaba, hasta que un día la encontró arrodillada ante un cuadro de la Virgen, con un libro de oraciones en las manos.

Ella no le esperaba á aquella hora, y al levantarse llena de sorpresa, cayó al suelo la flor marchita que guardaba en el libro. Matías se adelantó por recogerla; pero Carmen, con rapidísimo impulso, la levantó presurosa y la ocultó en su seno.

—¿Quién te ha dado esa flor? la preguntó Matías con visible ansiedad.

—Carlos, dijo ella, y al ver la pena del piloto, que no la pudo reprimir, añadió casi balbuceando: Dios no prohibe el recuerdo.

—No, contestó Matías; pero acortando la entrevista volvió cabizbajo á su casa, y acercándose al lecho del convaleciente Carlos le dijo:

—Carlos, ¿qué me contestarías tú si yo te pidiera ó preguntara una cosa?

—Le contestaría con la franqueza de siempre, respondió Carlos. Mi vida es de usted, señor Matías; disponga usted de ella como guste.

Después de unos momentos de penoso silencio, Matías, sin poder ocultar su emoción, añadió:

—No quiero tu vida, que la he salvado con gusto, pero sí quisiera que me dieses en recuerdo esa sortija humilde que llevas siempre puesta, que jamás abandonas.

Al oirle Carlos palideció, y sentándose en la cama exclamó con toda su energía:

—Señor Matías, es imposible; eso no lo haré nunca.

—¿Es que te la ha dado Carmen? preguntó el piloto ahogándose de dolor.

—¿Para qué me lo pregunta usted si lo sabe?

Volvió á echarse Carlos abrumado por el peso de aquella emoción, y el piloto se levantó con los ojos llenos de lágrimas. Al cabo de un rato observó que Carlos se había dormido. Se acercó nuevamente á él y besó su pálida frente murmurando:

—Perdóname, y en seguida cayó de hinojos ante un crucifijo colocado en la cabecera del lecho, pidiendo á Dios que le diera valor.

Cuando hubo recobrado la calma, con admirable resignación salió de su casa para encaminarse á la de Mariquita, á quien encontró ayudando á Carmen en la preparación del humilde vestido de novia.

—¿Cuándo estará terminado todo el equipo? preguntó procurando dar á la pregunta el tono más alegre.

—¿Para cuándo necesita usted que lo esté? dijo Mariquita en el mismo tono.

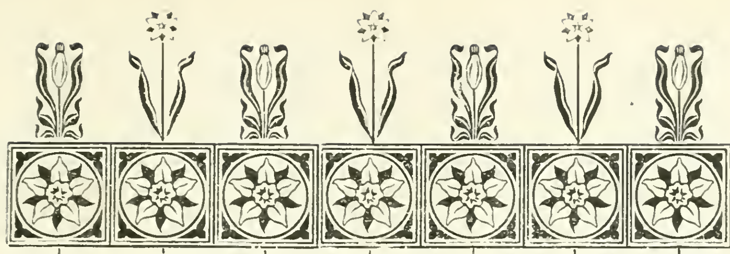
—Para el día en que Carlos esté completamente bien y pueda

casarse con Carmen, añadió, haciendo un gran esfuerzo para dominar su emoción.

Así fué. Matías. como regalo de boda, obsequió con su lancha á Carlos y costeó con largueza todos los gastos del casamiento. Aun hizo más: para conmemorar el sacrificio de su corazón mandó reconstruir á sus expensas la iglesia del pueblo, en cuya torrecilla colocó una campana rota que sonase lúgubremente para que todos recordaran siempre el caso y sirviera de ejemplo á los futuros hombres de su edad.

He aquí el por qué de aquella campana de tan triste son, y por qué, á pesar de las bellezas de su mar, de la costa y de la hermosa vegetación del pueblo, las gaviotas huyen de sus cercanías y los pájaros no anidan en los bosques vecinos.





La Hermandad de los Siete Reyes



Veinte grados.

Comenzaba á caer la tarde de un bochornoso día del mes de junio. En cuanto terminé de comer volví al laboratorio para reanudar un trabajo espectroscópico en que me ocupaba cuando entró mi amigo Dufrayer, á quien hacía más de una semana que no veía. Al verme tan preocupado con aquella labor, cogió un puro de una caja que se hallaba sobre la mesa y se sentó sin decir una palabra.

—¿De qué se trata esta noche, Head? preguntó después de un rato, al notar que dejaba á un lado los aparatos. ¿Del elixir de la vida ó de la piedra filosofal?

—Ni de una ni de otra cosa, amigo Dufrayer, respondí. Estoy haciendo ensayos con una muestra de hemoglobina reducida que me han enviado. ¿Pero dónde has estado metido toda la semana?

—En Eastbourne. Tuve que ir allá á practicar una diligencia relacionada con el crimen de Disney. Estoy encargado de la defensa y se verá la causa el jueves ante el Tribunal Supremo.

Pero no he venido para hablar de mis asuntos. En Eastbourne me ocurrió una cosa singular y quería hablarte de ella.

—¿Hay más indicios? pregunté alarmado al oir el tono de su voz, que era aún más grave que el de costumbre. Vamos á la terraza, tomaremos café y al mismo tiempo charlaremos.

Salimos á la terraza y tomamos asiento en las butacas de mimbre.

—¿Te se ha ocurrido alguna vez, Head, empezó diciendo mi amigo mientras aspiraba el humo del cigarro, que tú y yo vivimos rodeados de peligros? Es una tontería que procuremos disimularlo, declarando que estas cosas no suceden hoy; pero lo que á mí me extraña es que Madame no haya intentado nada contra nosotros antes de ahora. El recuerdo de esa mujer me persigue constantemente. Mme. Koluchy cuenta con medios inexplicables é irresistibles, y nunca sabemos desde qué punto pudiera venir el dardo lanzado por ella para herirnos.

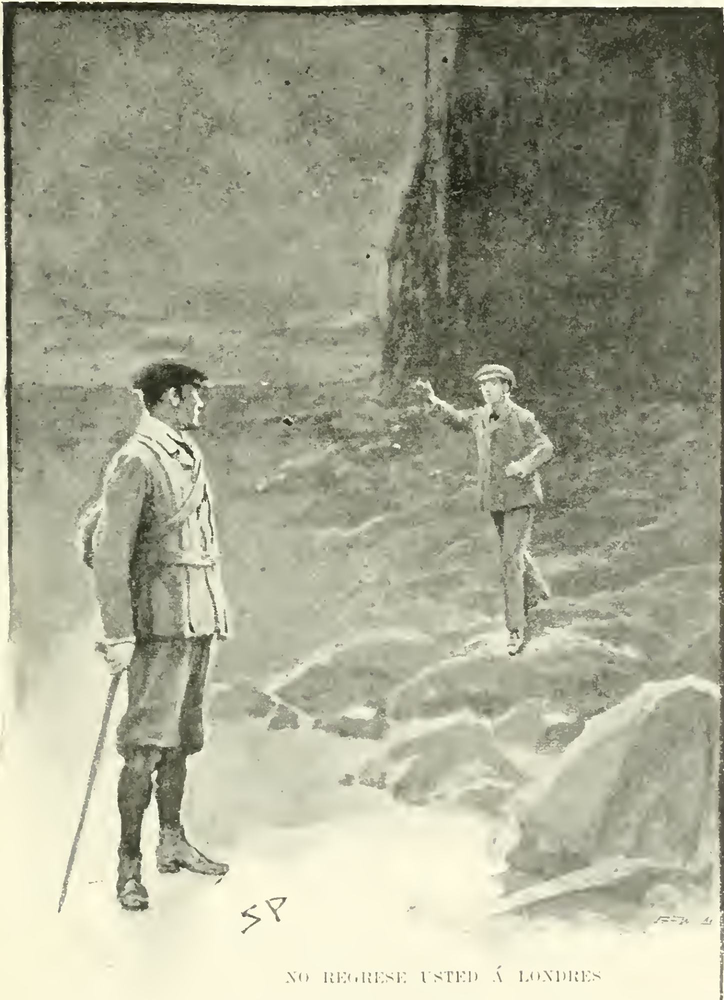
—¿Tienes algún motivo para expresarte así? ¿Te has enterado de algo en Eastbourne?

—Es posible que lo que he visto tenga algo que ver con ella, aunque no puedo asegurarlo. Creo, amigo Head, que en todo Londres no habrá dos hombres que se hallen en situación tan crítica como la nuestra.

—De todos modos, nosotros nos lo hemos buscado, dije.

—Es verdad. Pues bien, voy á decirte lo que sucedió en Eastbourne y la secuela de hoy. Terminados allá mis trabajos, resolví pasar dos ó tres días tranquilamente paseando por las peñas, llevado de mi afición al estudio de la geología. El martes último salí con dirección á Burling Cap. Estaba tan preocupado con el descubrimiento de unas piritas de hierro y azufre que, cuando quise darme cuenta, empezó á anochecer. Afortunadamente estaba baja la marea y no había nada que temer. En el momento en que doblaba el cabo donde se levanta el faro oí con sorpresa una voz clara y penetrante que me llamaba por mi nombre. Me detuve, miré por todos lados, pero no vi á nadie, hasta que, transcurridos unos instantes, salió de entre las sombras una persona que, saltando ligeramente de peña en peña, venía hacia mí. Cuando se acercó más pude observar que era un muchacho que vestía traje gris y gorro del

mismo color. Abrí la boca para preguntarle por qué me llamaba, pero me cortó la palabra con un gesto, levantando la mano como



NO REGRESE USTED Á LONDRES

para imponerme silencio. En seguida, hablando rápidamente en voz baja, me dijo:

—No regrese usted á Londres; su vida peligra; quédese aquí.

—¿Por qué? pregunté. ¿Qué quieres decir con eso?

Sin responder ni darme tiempo para repetir la pregunta dió media vuelta y se marchó por donde había venido. Le perseguí gritándole que se detuviese un momento para decirme quién era, pero no me hizo caso y pronto le perdí de vista. Sin duda se ocultó detrás de algún peñasco. Comprendiendo que sería inútil buscarle, regresé á la villa sin otra novedad.

—¿Y desde entonces no has sabido nada del misterioso muchacho?

—Nada absolutamente. ¿Qué te parece de lo que me dijo? ¿Será posible que esté en peligro mi vida? ¿Crees que en todo esto andará la mano de Mme. Koluchy?

Tardé en contestar unos momentos, durante los cuales estuve meditando profundamente, y luego repuse con tranquilidad:

—Ya que Madame existe, y que el muchacho, sea quien fuese, conocía tu nombre, es posible que el suceso tenga que ver algo con esa diabólica mujer. De dos maneras pudiera explicarse lo ocurrido: ó que te dijo aquello para obligarte á que te quedaras en Eastbourne con algún fin malévolo ó que el consejo fué amistoso y que la persona que te lo dió no halló mejor modo para dártelo.

—Precisamente esas dos cosas son las que yo he pensado también. No soy aprensivo y sé defenderme cuando llega la ocasión, pero confieso que lo ocurrido en Eastbourne me ha impresionado. Por supuesto, yo no puedo salir de Londres. La causa, según he dicho, se verá el jueves, y como es muy complicada, durará la vista unos días; mas hablando con franqueza, amigo Head, no puedo olvidar las palabras del muchacho. Y ahora escucha. Ya he manifestado que existe una secuela: pues bien, aquí está. Esta misma tarde recibí esto por el correo interior.

Dufrayer sacó del bolsillo una carta y me la entregó. Acercándome con ella á la luz del laboratorio leí lo siguiente:

«Espero á usted bajo el Arco de mármol esta noche á las diez. De ninguna manera deje de acudir. A pesar de que no ha hecho caso de mi consejo, tal vez pueda ayudarle todavía».

—¡Vaya un sitio el que ha elegido para el *rendez-vous!* exclamé devolviendo la carta á mi amigo. ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué harías tú en mi lugar? dijo Dufrayer eludiendo la respuesta y mirándome fijamente.

—No iría, contesté. La carta es anónima, y lo mismo pudiera ser un lazo tendido para meterte en algún peligro que un consejo amistoso como pretende ser. Creo que debes hacer la vida de siempre, como si no existiera Mme. Koluchy.

Dufrayer estaba indudablemente intranquilo y disgustado. Al cabo de un rato se levantó diciendo:

—Creo que tienes razón. Haré de la carta el mismo caso que hice del consejo del muchacho en Eastbourne. No me agradan las cartas anónimas, y la persona que ha escrito esa me esperará inútilmente. Me voy; tengo muchísimo trabajo con la defensa que estoy preparando. Buenas noches, amigo Head. Ya aclarará el tiempo todos estos misterios.

Después de despedirme de él quedé durante un largo rato pensando y meditando profundamente. No me pareció bien dar importancia delante de mi amigo á los consejos que había recibido, pero harto comprendía yo que encerraban gravedad. Sabía que á Dufrayer le era imposible salir de Londres por entonces, pero no me gustaba nada el aspecto que tomaban las cosas. Estaba convencido de que algún peligro nos amenazaba, aunque no era fácil adivinar cuál era; pero conociendo como conocía yo á Mme. Koluchy, no se me ocultaba que era capaz de todo para lograr sus fines.

Entré en casa, pero ya no tenía gusto para proseguir mis trabajos en el laboratorio y los abandoné.

El calor era cada vez más sofocante y vi que amenazaba una fuerte tempestad. Serían próximamente las once y media, y ya me disponía á retirarme á mi cuarto cuando sentí un recio campanillazo en la puerta. Los criados se habían acostado ya. Sorprendido de que viniese alguien á casa á aquellas horas salí yo mismo á abrir. En el umbral estaba una mujer envuelta en una capa negra, con un capuchón que la cubría por completo la cabeza. Antes de que pudiera pronunciar una palabra se metió dentro y con voz muy agitada me dijo:

—No me tenga usted en la puerta. Me persiguen y hay mucho peligro. Mr. Dufrayer no ha querido acudir á la cita y me he visto obligada á venir aquí. Le conozco á usted, Mr. Head, y

también á Mr. Dufrayer. Necesito hablar con usted inmediatamente, tengo algo de suma importancia que comunicarle. No se asombre tanto y cierre la puerta. ¡Por favor, ciérrela pronto! Le aseguro que nos observan y me persiguen muy de cerca.



ME LLAMO ELISA FANCOURT

La mujer, por su figura, parecía una vieja, pero la voz la tenía de joven. Tan asombrado estaba yo que no acertaba á pronunciar palabra. Cerré la puerta y entonces ella dejó caer la capa y el capuchón que la cubría. Era joven, alta y esbelta; de cutis moreno, ojos muy negros y facciones bonitas.

—Me llamo Elisa Fancourt, dijo, y vivo con mi madre, que es viuda. Mi padre fué abogado. Las señas de nuestra casa son Gloucester Gardens, núm. 5, Henley. ¿Se acordará usted?

—Me acordaré, contesté.

—Haga usted el favor de tomar nota de las señas.

—No es necesario, repuse, no se me olvidará.

—Bien, tal vez las necesite usted algún día. Comprendo, Mr. Head, que está usted pensando muy mal de mí, pero no soy lo que usted cree. La causa de mi venida es de suma importancia. Soy una señorita y me hallo en una situación dificilísima, en circunstancias muy lamentables. Estoy desesperada, y en mi desesperación resolví venir á ver á usted por dos razones. La primera, porque creo que me ayudará usted; la segunda, porque debo advertirle que tanto á usted como á su amigo Dufrayer les amenaza un peligro muy grave. ¿Da usted crédito á cuanto le digo?

Y así diciendo levantó la vista y me miró cara á cara. En sus hermosos ojos negros me pareció ver que era la pura verdad cuanto decía.

—Verdaderamente, la dije tendiendo la mano, la hora no es muy oportuna para que ande usted sola por las calles de Londres, y confieso que su visita me ha sorprendido. Comprendo, sin embargo, que alguna razón muy poderosa tendrá usted para hacer lo que ha hecho, y estoy dispuesto á confiar en lo que me dice. Vamos á ver, ¿qué es lo que desea de mí? Pase usted acá y hable sin temor ninguno.

—El asunto que me trae aquí es de vida ó muerte, comenzó diciendo. Dos veces ha desatendido Mr. Dufrayer mis leales advertencias, aunque para hacérselas arriesgué mi libertad y acaso mi vida. Cuando vi que no acudía á la cita de esta noche comprendí que no tenía más remedio que venir aquí para solicitar la ayuda de usted, Mr. Head. Le aseguro que no hay un momento que perder. Nuestra enemiga común es... (aquí bajó la voz, como si temiera que oyesen las paredes) es Mme. Koluchy, la cual me ha causado un gran perjuicio. Ha hecho conmigo lo que ninguna mujer digna puede perdonar, y estoy resuelta á vengarme ó á morir.

—¿Es posible, pregunté cada vez más asombrado, que fuera usted quien habló á Dufrayer de aquella misteriosa manera en las peñas de Eastbourne?

—Sí, yo fuí, respondióme. Me vestí de muchacho para mayor seguridad, y sin embargo aquella noche me persiguieron hasta

la casa donde me hospedaba. Si Mr. Dufrayer hubiese acudido á la cita de esta noche no me hubiera visto obligada á venir aquí. Mr. Head, su amigo de usted, se halla en peligro inminente. Ignoro cómo ha de recibir el golpe, pero estoy segurísima de lo que digo. Fuera de Londres pudiera quizá librarse de ese peligro; dentro de Londres, será de todo punto imposible. Fíjese usted bien en esto: la *Hermandad de los Siete Reyes* ha condenado á muerte á los dos, y Mr. Dufrayer será la primera víctima. No hay nada en el mundo que pueda salvarle, ni aun en esta ciudad tan grande y tan bien vigilada. Es posible que la persona que dé el golpe caiga en poder de la justicia...

Una expresión de angustia se dibujó en su semblante al decir esto, y calló por unos instantes, al cabo de los cuales continuó:

—Pero aunque eso suceda, ¿de qué alivio le serviría á la víctima? Nadie más que los socios de la *Hermandad* conoce los grandes recursos, los poderosos medios de que ésta dispone para aniquilar á sus enemigos, y es imposible, lo repito, que Mr. Dufrayer eluda la muerte que le espera si permanece en Londres. Es necesario que salga de la capital inmediatamente.

—Eso es imposible, dije con gravedad. Mi amigo no es ningún cobarde. Además, está encargado de la defensa de una causa importantísima, que ha de verse ante el Tribunal Supremo, y la vida de un acusado depende de su presencia aquí. Creo que no necesito decir más.

La joven palideció horriblemente; hasta los labios perdieron su color.

—Todo eso lo sé perfectamente, repuso. ¿Acaso no he seguido paso á paso la tramitación del sumario? También madame Koluchy está enterada de todos los asuntos de Mr. Dufrayer y sabe que esta semana se ve obligado á permanecer en Londres. Los planes están formados en combinación con todo ello. ¡Ah, Mr. Head! ¿cree usted que yo arriesgaría la vida, como lo hago ahora, por una simpleza? ¿No se convence usted de que el peligro es muy grave?

—Estoy convencido, contesté. Tengo la completa seguridad de que es cierto cuanto usted me dice, y conozco bastante á Mme. Koluchy para comprender toda la gravedad de la situación: y porque la comprendo buscaré á mi amigo, le diré lo que

acaba usted de referirme y trataré de persuadirle para que busque un abogado que se encargue de la defensa que á Dufrayer le está encomendada, uno que haga sus veces en el Tribunal.

—¿Le verá usted esta misma noche? preguntó la joven con visible ansiedad.

—No tengo inconveniente.

—Muchas gracias.

—Le haré presente sus indicaciones, aunque estoy segurísimo de que no las atenderá.

—En ese caso será necesario adoptar otras medidas, y yo quisiera saber lo más pronto posible lo que decide. Escuche usted: si es que su amigo se niega á salir de Londres mañana, le ruego me envíe una notita dirigida á E. F., oficina general de Correos. Bastará con que ponga usted la palabra «No», sin firmar: nada más. ¿Me hará usted este favor?

—Lo haré. En el caso que Dufrayer se niegue á salir de Londres, tendrá usted en Correos esa notita.

—Entonces yo tendría que verme con usted nuevamente.

Viendo que no decía nada, continuó:

—Es imposible que comunique usted conmigo, porque de seguro lo sabría Madame. Me vigilan de día y de noche, á todas horas. No sé si me habrán visto venir aquí hace un momento, pero de ninguna manera me atrevería á volver. Necesito pensar el modo de que nos veamos.

Estuvo meditando durante un largo rato, y luego preguntó:

—¿Es usted aficionado á la música?

—Un poco, respondí.

—Pudiera usted, por ejemplo... Vaciló un momento, y añadió sonriendo tristemente: ¿Pudiera usted afinar un piano?

—¿Y por qué me pregunta usted eso?

—Me explicaré brevemente. Yo había encargado al afinador que viniera mañana á afinar el piano, pero me sería fácil avisarle que deje de venir hasta nueva orden. ¿Quisiera usted venir en su lugar? La criada pensaría que realmente era usted el afinador, y nadie sospecharía nada. Le aseguro, Mr. Head, que no me fío de nadie. Estamos rodeados de espías por todas partes. ¿Tendría usted inconveniente en hacer lo que digo?

—Ninguno, contesté. No creo que estropearía el piano.

—Gracias. Pues en el caso de que Mr. Dufrayer se niegue á salir de Londres me envía usted esa notita. y luego va á mi casa á eso de las tres de la tarde. La criada creerá que es usted el afinador y le recibirá inmediatamente. Lo demás corre de mi cuenta.

Prometí hacer lo que proponía la joven y poco después se retiró.

Unos minutos más tarde me dirigía á casa de Dufrayer. Siempre se retiraba muy tarde, y vi con satisfacción que había luz en sus habitaciones. Él mismo salió á abrirme la puerta.

—¿Tú por aquí á estas horas? exclamó al verme. Pasa. en seguida hablaremos.

Luego. volviéndose á un joven que estaba con él, y que era uno de sus dependientes, añadió:

—¿Ha apuntado usted eso. North? Murchisson y Jaime Wast servirán de testigos. Estaré en la oficina muy temprano mañana.

El joven, que era alto. flaco. con ojos pálidos y poco expresivos. recogió los papeles. é inclinándose respetuosamente se retiró.

—Ese joven es el mejor oficial mayor que he tenido en mi casa, dijo Dufrayer en cuanto cerró la puerta. Ha recibido una educación esmeradísima y conoce varios idiomas. No te puedes figurar cuán grande alivio es para mí el tener á mi lado un hombre inteligente. Pero traes noticias. ¿no es así?

—Las traigo. amigo Dufrayer. y un poco graves. Después de todo, me he convencido de que la persona que te escribió la carta dice la verdad. El muchacho que te habló en las peñas de Eastbourne ha resultado ser una joven que se disfrazó de muchacho porque no se atrevía á visitarte en tu casa. Viendo que esta noche no acudías á la cita vino á verme. Hace unos momentos me he despedido de ella. y no me queda duda de que dice la pura verdad. ¿Quieres escuchar lo que me ha dicho?

Sin contestar una palabra. Dufrayer me ofreció una silla y escuchó con interés y frunciendo el entrecejo cuando le referí lo que había sucedido. En cuanto hube terminado se encogió de hombros y exclamó:

—Pero después de todo. esa muchacha no ha revelado nada.

—Porque, por ahora, sólo tiene sospechas.

—¿Y fué á tu casa nada más que para pedirte que me aconsejes que abandone á última hora á mi cliente y salga de Londres?

—Estoy convencido de que ella cree cuanto asegura y de que corres un peligro muy grande.



EL JOVEN SE RETIRÓ

—Pues sea lo que Dios quiera. No puedo salir de Londres.

Se acercó al balcón, y después de mirar unos momentos á la calle, añadió:

—¡Hasta dónde hemos llegado! ¡Que un hombre se vea perseguido de esta manera! Un respetable abogado de Londres se ve convertido en una especie de Damocles moderno, con la espada de Mme. Koluchy pendiente sobre su cabeza. ¡Esto es una ini-

quidad! No podemos continuar así. Mi deber, mis obligaciones, me retienen en Londres, y aquí permaneceré. Tengo mucha más confianza en el Departamento de investigaciones criminales que en todas las diabluras de Mme. Koluchy. Mañana á primera hora iré á Scotland Yard y hablaré con Ford. Esto ya es insoportable.

—Ya indiqué á la joven que no saldrías de Londres.

—Hiciste muy bien.

—Pero, sin embargo, tengo fe en lo que dice.

—Siempre has sido muy crédulo, añadió dirigiéndome una mirada seria. Si he de ser franco, te diré que yo no la tengo; y aunque la tuviera, necesito todas mis fuerzas, todas mis energías para la defensa de ese desgraciado, cuya vida depende de que pueda probar su inocencia.

Poco después me despedí de mi amigo. Antes de regresar á casa escribí la palabra «No» en un papel, y metiéndolo en un sobre lo dirigí á la oficina de Correos á E. F., según me había indicado la joven.

Me parecía de todo punto inútil meditar sobre el problema que me había presentado la joven; pero, sin embargo, me fué imposible desecharlo de la imaginación, y aquella noche no pude conciliar el sueño. Así que fué grande mi satisfacción cuando á la tarde siguiente, y en el momento que daban las tres, llamaba en la puerta de la casa número 5 de Gloucester Gardens, Henley.

Era una casita sencilla. Una criadita muy limpia y bien arreglada me abrió la puerta y me introdujo inmediatamente en la sala. Después de preguntarme si necesitaba algo se retiró, dejándome solo. Apenas había hecho sonar algunas notas en el piano, que por cierto era muy antiguo, se presentó la joven de la noche anterior.

—Siento mucho interrumpirle, dijo hablando en voz fuerte, pero mamá está sufriendo un horrible dolor de cabeza y me encarga suplique á usted que deje de afinar el piano por hoy. Sin embargo, no consentiré que se retire usted sin tomar algo.

Había dejado la puerta abierta, y detrás de ella entró la criada trayendo una bandeja con pastas y jerez.

—Deje usted eso sobre la mesa, Susana, añadió la joven, y vaya usted en busca de la medicina para la señora. Si acaso llamaran, yo misma saldré á abrir.

Y se retiró la criada.

—Susana, prosiguió la joven, tardará por lo menos media hora en volver; así que podemos hablar sin miedo de ser interrumpidos. Mamá fingió el mal de cabeza á fin de tener una disculpa para mandar fuera á la criada. Le aseguro á usted, Mr. Head, que todas las precauciones son pocas. Esta mañana vino á la puerta un individuo y estuvo interrogando á la criada acerca de quién entra y quién sale en la casa. ¿De manera, dijo cambiando de tono, que Mr. Dufrayer se niega á salir de Londres?

—Se niega, contesté, como yo suponía; ya se lo indiqué á usted anoche.

—Sí, es verdad; y en vista de todo, he resuelto hablar á usted con franqueza. Voy á decirle todo cuanto sé, aunque primero necesito que me dé usted palabra de que lo que yo le diga no ha de revelarlo á nadie.

—Eso no lo puedo prometer, repuse; únicamente diré que si veo que sus trabajos van encaminados á mi bien y al de mi amigo, nosotros la ayudaremos á usted.

Me miró fijamente, como si pretendiera leer en mi pensamiento, y prosiguió:

—Eso no basta. Hace muchos años que conoce usted á Mr. Dufrayer, ¿no es verdad?

—Sí, es mi más íntimo y querido amigo.

No pudo disimular la satisfacción que experimentaba al oir esto, y sus hermosos ojos negros brillaron de alegría.

—Su vida peligra, dijo; tanto es así, que para mañana á estas horas...

Vaciló. Vi que temblaba y que se había puesto lívida.

—¡Por Dios! hable usted, exclamé con impaciencia.

—Estoy segura de que cuando lo sepa usted todo me dará la palabra que es tan necesaria para salvar á su amigo, á mí y á otra persona á quien quiero más que á mi vida. Hace seis semanas que di palabra de casamiento á un amigo nuestro llamado John North.

—¡North! ¡North! dije. Me parece haber oído ese nombre antes de ahora.

—Quiero á John con toda mi alma, continuó. Si fuera necesario, daría gustosa mi vida por la suya. Arriesgaré cualquier cosa por salvarle de la peligrosísima situación en que se halla.



QUIERO Á JOHN CON TODA MI ALMA

Mientras así hablaba la joven, enlazó las manos fuertemente y noté que le costaba trabajo disimular su emoción.

De repente recordé donde había oído este nombre.

—El oficial mayor de la oficina de Dufrayer, dije, se llama North.

—Lo sé, repuso: él es de quien hablo. Ahora escúcheme usted con atención. Mr. North fué de muy joven á Italia, donde vivió durante algunos años con unos tíos suyos. Cuando murieron éstos vino aquí colocado en una casa importantísima, de

la que salió en la primavera última para entrar en la oficina de Mr. Dufrayer con aumento de sueldo.

—Vi anoche á North, dije: me pareció un muchacho inteligente y Dufrayer le elogió mucho. No sé á dónde va usted á parar con todo lo que me está contando, pero lo que es North me pareció una persona honrada.

—Permítame usted que continúe, y verá qué serie de complicaciones. Poco después de haber entrado en relaciones con North ingresó éste en la secta de Mme. Koluchy. Ignoro de qué modo ni quién fué el que le presentó á tan terrible mujer, aunque á veces se me figura que debieron conocerse en Italia. Lo que tengo casi por seguro es que ella le fascina y le maneja á su gusto. Nunca se cansa de hablar de Madame, de su magnífica casa, de su incomparable belleza, de su fama y de la extraña influencia que ejerce sobre todos cuantos tratan con ella. Un día me dijo que por recomendación de Madame, aunque su nombre permanecía oculto, había obtenido una excelente colocación: la de oficial mayor de la oficina de Mr. Dufrayer.

Me estremecí. Hasta entonces había escuchado con cierta indiferencia, pero ya la relación comenzaba á interesarme.

—Hace tres meses que sucedió esto, Mr. Head, y en esos tres meses todo ha cambiado para mí. Soy la mujer más desgraciada del mundo.

—No adivino...

—Ha dicho usted que anoche vió á North.

—Sí, anoche le vi por vez primera.

—¿Le gustó á usted su cara?

—No diré que me gustase precisamente. Me llamó la atención porque me pareció la cara de un hombre inteligente.

—Y lo es muchísimo. Hace seis meses, cuando empezaron nuestras relaciones, era un hombre de los más vivos y simpáticos que pudiera haber; pero ahora su semblante está desencajado, ha envejecido mucho, siempre está inquieto y de mal humor. Su mirada noble y franca va tomando una expresión siniestra... Algo le está consumiendo la vida, la juventud y el alma. Para mí ha cambiado completamente; creo que ha perdido el gusto de quererme y de querer á nadie. Y, sin embargo, yo no dejo de amarle, porque no se me oculta que no tiene voluntad

propia, porque comprendo que obra impulsado por una fuerza irresistible para él, porque está fascinado. Hace tres semanas, y sin que él se enterase, resolví averiguar á todo trance lo que pasaba. Con el mayor sigilo le seguí hasta una casa situada en Mayfair, en la que le vi entrar con otras personas, una de las cuales era Mme. Koluchy. La casa, según he podido averiguar, es el punto de reunión de los consumidores de opio, cosa que saben muy contadas personas. Averiguado esto, en seguida comprendí qué es lo que poco á poco le está quitando la vida al hombre á quien amo. Usted, que es hombre de ciencia, sabe demasiado lo que significa para cualquiera el vicio del opio: es el que ha destruído la vida y el alma de North.

—Todo eso es muy triste, dije, aunque no comprendo qué tiene que ver con mi amigo.

—Ahora lo sabrá usted. Cuando averigüé que North frecuentaba la casa del opio le observé con mucho cuidado, y pronto me convencí de que le atormentaba un secreto horrible: creí leerlo en sus ojos, en sus ademanes. Se volvió triste y taciturno, ninguna cosa le alegraba, se estaba consumiendo. Hace muchos años que mi madre vive aquí; pero como yo soy profesora de piano necesito estar en la ciudad para atender á mis lecciones, y sólo vengo á este sitio á pasar los domingos: tengo alquiladas habitaciones en Soho Square. Me cuidé muy bien de que supiera North que había descubierto su secreto, y un domingo de que ahora voy á hablar á usted le invitamos mi madre y yo á que viniera á pasar la tarde con nosotras. North se estaba portando muy mal conmigo: no venía á visitarme, no contestaba á mis cartas y se mostraba indiferente á todo. Había dejado de hablar de nuestra boda, y lo único que le interesaba eran las ocupaciones de su oficina y los ratos que pasaba en compañía de Mme. Koluchy y su secta. No obstante, viendo que yo tenía grande empeño, prometió venir aquel día. Mamá y yo le estuvimos esperando hasta más de las cuatro y media, pero no vino. A esa hora me puse el sombrero y salí á su encuentro. Inútilmente, no le vi por ninguna parte. Entonces tomé la resolución de ir á la casa donde se hospeda, á donde llegué entre las seis y las siete de la tarde. La patrona me dijo que estaba en su gabinete. Llamé á la puerta, y al oir la palabra «adelante» entré. Es-

taba sentado en el sofá, y sin mostrar la menor sorpresa me preguntó qué quería en voz baja y llena de languidez. Le dije que ya que él no había ido á mi casa, como había prometido, venía yo á la suya para saber qué le pasaba, si estaba enfermo ó por qué había faltado á su promesa. Mientras así hablaba eché una ojeada por la habitación. Ya me había fijado antes en que tenía en la mano una pipa larguísima, y entonces noté que la atmósfera del gabinete era desagradable y que había un olor particular, casi asfixiante. Encima de la mesa vi una maquinilla de extraña forma, y en seguida comprendí lo que estaba haciendo: estaba absorbiendo opio, y no le agradó que fuera á interrumpirle.



ESTABA ABSORBIENDO OPIO

Pero yo estaba resuelta á averiguarlo todo; estaba decidida á salvarle, aunque para ello tuviera que comprometer mi vida, y

sólo había un medio de hacerlo: necesitaba saber la verdad, necesitaba descubrir el secreto que le estaba aniquilando: de repente se me ocurrió que, dada la situación de su ánimo en aquel momento, me sería fácil arrancárselo. Era preciso animarle á fumar: así que, en vez de afearle el vicio, me senté á su lado y le hice algunas preguntas relacionadas con el opio, y le rogué que continuara disfrutando de aquel placer que yo había interrumpido. Se negó al principio, pues aun conservaba suficiente amor propio para no aparecer vicioso á mis ojos, pero por fin accedió. Le ayudé á llenar la pipa. El humo me repugnaba y me causaba mareos, manteniéndome temblorosa y como aturdida, pero no vacilé. Cuando, pasado un rato, vi que el opio ejercía cada vez más su fatal influencia, observé la dilatación de sus pupilas y empecé á interrogarle. Hice las preguntas con la mayor habilidad posible, y deliberadamente le arranqué el terrible secreto.

Bajo la influencia del opio me reveló una conspiración terrible, infernal, de cuyo éxito estaba tan seguro que apenas pude contenerme mientras le escuchaba. Se relaciona con usted, Mr. Head, con su amigo Dufrayer y más que nadie con el mismo North. En el momento en que pronunció las últimas palabras cayó hacia atrás privado de sentido.

Salí de su gabinete, y como conozco bastante los efectos del opio, estaba segura de que á la mañana siguiente no se acordaría de lo que me había dicho. Hablé con la patrona de North, á quien conocía de antes, la hice las indicaciones necesarias para asegurar su silencio y volví á casa.

Desde aquella memorable tarde no he tenido un momento de tranquilidad. Mme. Koluchy quiere servirse de mi novio como instrumento para realizar sus inicuos planes. Ha ideado un golpe infame y John North es el encargado de darlo. No sé cuál será ese golpe ni cómo se realizará el plan de Madame, pero su amigo de usted está sentenciado y North es el designado por la infernal mujer para llevar á cabo su venganza. A ella le importa muy poco el castigo que la justicia imponga al autor material del crimen, pues con su reconocida astucia ha arreglado las cosas de manera que no se vea comprometida.

¿Comprende usted ahora mi horrible situación, Mr. Head?

Quiero salvar á John, quiero impedir que cometa un crimen; quisiera salvar á Dufrayer; pero como usted reconocerá, para mí el primero tiene que ser John... ¿Me comprende usted?

—La comprendo y compadezco con toda mi alma, respondí.

—Pues bien, si me compadece usted, me ayudará.

—Con todas mis fuerzas.

Lo suponía, y eso me daba algún aliento.

—¿Pero qué podemos hacer? Es verdad que sabemos que el peligro existe, ¿pero cómo evitarlo?

—Lo único que yo puedo asegurar es que el golpe ha de darse en el mismo Londres. Por eso rogué á Mr. Dufrayer que no regresara aquí. Debería haber hallado otro medio de hablar con él, pero por el momento no se me ocurrió otro. Viendo que el primero había sido ineficaz, se me ocurrió escribirle aquella carta rogándole que acudiera al Arco de mármol. Me importaba muy poco lo que pensara de mí, con tal de salvar á North. Dufrayer tampoco hizo caso de aquella segunda carta, y entonces me vi obligada á ir á casa de usted.

—Me alegro de que lo hiciera usted así. ¿Ha pensado en algún plan sobre el que podamos empezar á trabajar?

—Sí, lo tengo todo pensado; pero antes de decírselo necesito su palabra de honor de que, suceda lo que suceda, no se presentará usted nunca como testigo en contra de John.

—Sólo puedo decirla que no seré yo el que le ponga en manos de la justicia; no puedo prometer más. ¿Se conforma usted con eso?

—Tengo que conformarme. Y Mr. Dufrayer, ¿prometerá lo mismo?

—Respondo de él.

—Bien. Pues ahora, Mr. Head, es posible que aun salgamos vencedores. Sé que North recibe con frecuencia cartas de Mme. Koluchy, y lo único que nos hace falta para descubrir todos los detalles de la conspiración es apoderarnos de una de ellas.

—¿Pero cómo es posible hacerlo?

—Conozco bien las costumbres de John. Se retira todas las noches á su cuarto entre las diez y las once y no vuelve á salir hasta el día siguiente. No hay duda de que pasa un rato

fumando opio; es imposible que yo le visite otra vez, porque me vigilan, pero usted, Mr. Head, podría ir sin despertar la menor sospecha. Debiera ir esta misma noche.

—¿Pero de veras quiere usted que vaya?

—Sí, lo quiero, y es lo mejor que puede usted hacer. Como amigo íntimo de Mr. Dufrayer, nada tendrá de particular que lleve usted un encargo de él; una disculpa cualquiera. Una vez en presencia de North, estoy segura de que nadie mejor que usted sabrá lo que ha de hacer. Probablemente le hablará á usted bajo la influencia del opio y podrá obtener más detalles. En último caso, hallará usted, sin duda, alguna carta de Mme. Koluchy.

—Iré, dije después de meditarlo un momento, aunque advierto á usted que me parece muy poco probable que triunfemos.

—No soy de esa opinión; antes por el contrario, estoy segura de que con su talento y su perspicacia averiguará usted algo; no será infructuosa la visita. Si consigue apoderarse de una carta de Madame, el triunfo es seguro. Y á propósito, ¿conoce usted las cifras secretas?

—Conozco la mayor parte.

—Mejor que mejor. He averiguado que Mme. Koluchy escribe siempre en cifra. Vaya usted sin falta esta noche, Mr. Head. Aquí tiene las señas del domicilio de North. No vuelva usted á comunicar conmigo, ya sabré yo si obtiene algún éxito; y si no... pero no, no me atrevo á pensar en la disyuntiva.

Me tendió la mano y noté que temblaba.

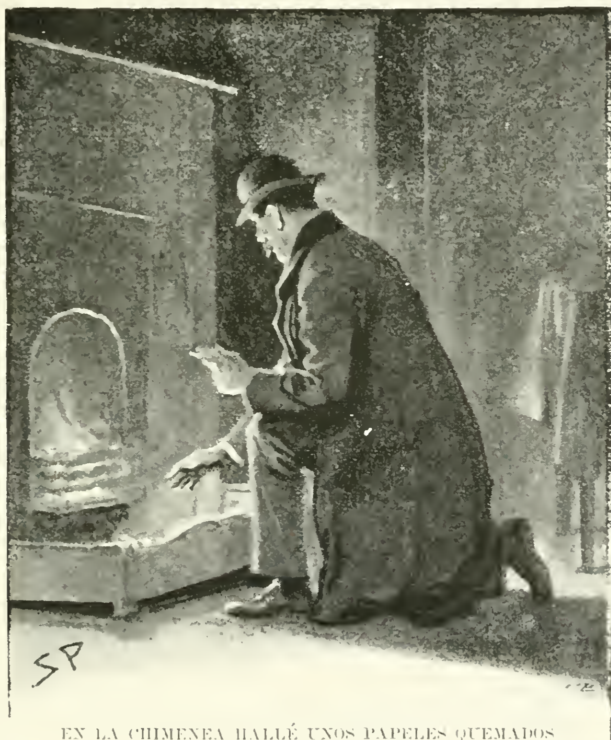
—Tiene usted valor y talento, añadió, y abrigo la seguridad de que saldrá bien. Váyase usted ahora, pues no conviene que la criada le encuentre aquí cuando vuelva.

Aquella noche, poco antes de las once, llegué á la casa donde se hospedaba North. La patrona me abrió la puerta y le pregunté si estaba en su cuarto, porque necesitaba verle en seguida para darle un recado importantísimo de su principal Dufrayer.

—No sé si está ó no, respondió la mujer; pero si quiere usted subir, su gabinete es el de la primera puerta de la derecha, en el segundo piso.

Subí en seguida y llamé en la puerta que la patrona me había indicado. Nadie me contestó. Entonces levanté el pica-

porte y pasé adelante. Una simple ojeada fué bastante para llenarme de aprensión. El pájaro había volado, pero dejando evidentes señales de lo precipitado que anduvo. En la chimenea había un montón de papeles quemados, aunque algunos no por completo. La puerta de la alcoba estaba abierta de par en



EN LA CHIMENEA HALLÉ UNOS PAPELES QUEMADOS

par. Entré allí y encontré vacíos cajones y armarios. Volví á la chimenea, recogí los papeles que no estaban quemados del todo y bajé. No vi á la patrona, así que sin hablar más palabra con nadie salí de la casa.

—Y ahora, pensé al llegar á mi casa, vamos á ver si he conseguido algo. Se conoce que el hombre se asustó y marchó escapado, pero dejando tal vez alguna huella. Ahora lo veremos.

Entré en el laboratorio; saqué un trozo de papel y lo extendí

sobre una mesita. Estaba arrugado y roto, y vi con gran disgusto que no era más que un trozo de periódico viejo. Iba á arrojarlo cuando recordé haber oído que un criminal en cierta ocasión se comunicaba del siguiente modo con sus cómplices: les enviaba de cuando en cuando periódicos con algunas letras pinchadas con una aguja; poniendo el periódico á la luz se distinguían perfectamente los agujeritos hechos con la aguja, y apuntando consecutivamente las letras pinchadas resultaban las palabras que se querían escribir. ¿Sería posible que con el papel que tenía en la mano se hubiera hecho lo mismo? Lo puse á la luz... y un nuevo desengaño; no contenía ningún agujerito.

Dando vueltas por el laboratorio estuve pensando largo rato lo que debería hacer, hasta que rendido de sueño (la noche anterior no había dormido) fuí á acostarme.

A la mañana siguiente me levanté á la hora de costumbre y bajé en seguida al laboratorio, preocupado con el trozo de papel que había estado examinando antes de retirarme á descansar. Casi instintivamente tomé la máquina y lo fotografié todo lo mejor que me fué posible. Entré á revelar la placa, y al inclinarme sobre ésta, en mi ansiedad de descubrir algo, me estremecí. ¿Sería que estaba soñando ó era realmente que en la placa aparecía algo más que las letras impresas en el papel? Hubiera jurado que en la placa resultaban unos puntitos que en el papel no se veían. ¿Tendría la placa alguna mancha? La fijé rápidamente, lo más rápidamente que pude, la expuse á la luz del día y una exclamación de triunfo salió de mis labios. Habían sido cubiertas con un líquido, con una sustancia, algunas de las letras impresas, las cuales sobresalían en la negativa más blancas que el mismo papel. Había allí algo que reflejaba los rayos ultramorados del espectro, algo fluorescente. Tal vez era una solución de quinina lo que se había empleado, que yo sabía que era invisible á simple vista.

Casi sin poder dominar mi emoción sequé la placa, saqué una prueba y, llevándola á la luz, la examiné con el microscopio. ¡Cielos, iba á enterarme de la diabólica conspiración! Efectivamente, se había comunicado á North una orden por aquel ingenioso medio. Las letras tocadas con la solución de quinina se destacaban claramente.

Como el periódico estaba roto y quemado no pude saber todos los detalles del horrible complot, pero las siguientes frases dejaban muy poca duda en cuanto á su resultado: *Sustituído aneroide... termómetro estalla... veinte grados Reaumur... salga Londres esta noche.*

Quedé anonadado.

—Termómetro estalla á los 20 grados, repetí maquinalmente.

Veinte grados en la escala de Reaumur, de Rusia, significan 77 grados Fahrenheit en nuestra escala inglesa. Durante los últimos días, el calor en Londres había sido tan intenso que el termómetro había marcado diariamente aquella temperatura. ¿Habría llegado á ella ya? Dufrayer tenía en su oficina un aneroide, y yo sabía que dentro de él había un termómetro. No necesité pensar más.

Salí de casa á escape, y un momento después un coche me llevaba á galope tendido á la oficina de mi amigo. No tardé en llegar arriba de veinte minutos. Salté del carruaje como un loco, atravesé el escritorio exterior donde estaban los escribientes y pasé al despacho particular de Dufrayer, á quien encontré sentado ante su mesa escritorio.

—¡Qué tarde viene usted hoy, North! exclamó, creyendo que era el dependiente que entraba. Tiene que ir inmediatamente...

Entonces vió que era yo, y al fijarse en la expresión de mi semblante exclamó lleno de asombro:

—¡Cielos, Head! ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—¡Vete, vete de aquí ahora mismo! contesté. No volverás á ver á ese bribón de North, pero no importa, sálvate.

Mientras decía esto cogí á Dufrayer por los hombros y le empujé al otro lado de la estancia, sin separar los ojos del termómetro que dentro del aneroide estaba colgado de la pared. El mercurio marcaba 76 grados. Cogí un jarro de agua que afortunadamente hallé sobre la mesa y arrojé su contenido sobre el instrumento. El mercurio descendió. Yo tenía razón y había tenido la suerte de llegar á tiempo para salvar á mi amigo. Un minuto más hubiera sido fatal para él.

—Pero Head, exclamó Dufrayer, ¿te has vuelto loco?

—¿Loco? Bien pudiera haberlo estado el que inventó una

máquina tan infernal, respondí. El mismo diablo no inventaría cosa semejante.

—¿Máquina infernal ese aneroide? Creo que has perdido el juicio, amigo Head. Hace años que ese aneroide está ahí colgado.



ARROJÉ EL CONTENIDO DEL JARRO SOBRE EL INSTRUMENTO

—No es ese el aneroide que tú crees. Hazme el obsequio de mandar que traigan un balde de agua ahora mismo; ¿no comprendes que puede estallar de un momento á otro? ¡Por Dios, no pierdas tiempo, que estamos expuestos á volar!

Se detuvo un instante como para adivinar el significado de mis palabras, se puso lívido y salió de la habitación apresuradamente.

—Vaya, dije un momento después descolgando el instrumento con el mayor cuidado y hundiéndolo suavemente en el balde de agua que trajo un muchacho, estamos salvados por ahora. Pero mira, Dufrayer, fíjate en esto.

Nos inclinamos para examinar más de cerca el aneroide. Fundida en el cilindro de cristal, en la línea que marcaba 77 grados, había una pequeñísima proyección metálica.

—¿Pero quién ha hecho esto, Head? exclamó Dufrayer lleno de agitación. Explícame cómo lo has sabido.

—En seguida, contesté mientras sacaba una navajita que tenía un destornillador, con el cual solté los tornillos de atrás y abrí el instrumento.

Dufrayer no hacía más que mirarme.

—¡Cielos! exclamé.

El hueco entre la madera y el cilindro estaba lleno materialmente de bolitas de fulmicotón, y más abajo había un acumulador pequeñísimo, pero muy completo, con sus alambritos finos en toda regla. Los corté uno por uno y arrojé todo al agua.

—¿Lo ves ahora? exclamé. Esta es la máquina más diabólica que puede imaginar la maldad, puesta al servicio de la venganza. Al llegar el mercurio á los 77 grados quedaría formado el círculo, estallaría el fulmicotón y el escritorio y tus dependientes volarían en el acto.

—¿Pero quién lo ha hecho? repitió Dufrayer. ¿Quién ¡Dios mío! ha podido cambiar el aneroide?

—Tu dependiente North, respondí. Tengo mucho que contarte, Dufrayer, pero no aquí.

—Vámonos inmediatamente á Scotland Yard. Esto es insoportable.

—Por ahora no puede ser; he dado palabra de no revelar nada.

Dufrayer me volvió á mirar, como si creyera que realmente había perdido el juicio.

—Esta noche te lo explicaré todo, dije. Vámonos de aquí y cierra con llave la puerta.

Mi amigo sacó de repente el reloj.

—Casi había olvidado á mi desgraciado cliente, dijo. Son ya las once y tengo que ir al Tribunal en seguida.

—Te acompañaré.

Al dirigirnos á Fleet Street pasamos por la tienda de un óptico, en cuyo escaparate había un termómetro. Lo miramos y vimos que el mercurio marcaba 80 grados.



EL MERCURIO MARCABA OCHENTA GRADOS

Aquella noche referí á Dufrayer la historia de Elisa Fancourt.

—Una vez más nos ha ganado Mme. Koluchy, dijo mi amigo cuando terminé. Y ese bribón de North ha logrado escapar.

—Madame no ha ganado esta vez, repuse, puesto que hemos podido salvarte la vida.

—Es verdad, agregó Dufrayer. En todo el plan se revela la más diabólica astucia. Ayer, cuando North estuvo en el escritorio, se fijó en que el aneroide no funcionaba bien, y me pidió permiso para llevárselo á un óptico de Fleet Street. Naturalmente se lo concedí en seguida. Por la noche lo trajo, diciendo que ya estaba arreglado y lo colgó en su sitio. Sí, no hay duda, se ha ideado el plan con toda habilidad. Estos últimos días el termómetro ha subido diariamente, y Madame sabía que hoy subiría á 77 grados antes de que saliera yo para el Tribunal. North mismo le diría tal vez que yo no necesitaba presentarme hasta las once y media. Pero gracias á ti, Head, y á miss Fancourt, Madame no ha conseguido mandarme al otro

mundo. Os debo la vida á miss Fancourt y á ti. ¡Pobre muchacha! la compadezco: no la merece ese malvado de North.

—¿Qué será de ella al fin? dije yo. No hay duda de que North está bien cogido en las redes de Madame, pero miss Fancourt cree que su misión en el mundo es la de traerle al buen camino. Son inexplicables las santas creencias de algunas mujeres nacidas para practicar el bien.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Hojas del diario del Doctor Moreno



El ojo del ídolo.



La familia de Palacios de los Ríos eran antiguos amigos míos, á todos les profesaba estimación; pero quien más merecía mi afecto era la preciosa Adelita, una niña de extraordinaria belleza, huérfana de madre, la cual, cuando apenas había cumplido diez y seis años, sufrió muchos disgustos con motivo de unos amores que no eran del agrado de su padre. Un joven llamado Ricardo Cárdenas, teniente de húsares, que vivía únicamente de su sueldo, se enamoró locamente de Adelita, la cual le correspondía con pasión.

Cárdenas pertenecía á una familia distinguida, pero era un atolondrado y muy poco formal. El conde de Avila le prohibió la entrada en su casa, y esto, unido á los anteriores disgustos, causó á Adelita una enfermedad bastante grave, durante la cual la asistí asiduamente. Un año después, la joven, no sólo había recobrado la salud, sino también su habitual alegría.

La noticia de su próximo enlace con el marqués de Medina, que parecía llenar todas las aspiraciones del conde para su hija, la recibí con verdadero placer. D. Antonio de Olavarría (este

era el nombre del marqués) tenía veinte años más que su prometida, pero la quería muy de veras y Adelita parecía corresponderle: en una palabra, era una buena boda. Debía celebrarse en los primeros días del mes de febrero, y dos noches antes fuí invitado á comer en casa de mi amigo. Entonces conocí al marqués, un hombre de rostro inteligente y noble, alto y de tipo distinguido, amabilísimo en el trato y muy cariñoso con su novia, á quien felicité de todo corazón, pues me pareció ver en ella una de las muchachas más dichosas.

Entre los valiosos regalos que la hizo el marqués figuraba un magnífico brillante de gran tamaño. Después de comer pasamos los convidados á ver la joya, que estaba colocada sobre una almohadilla encerrada en una caja de cristal, y ésta, á su vez, sobre una mesa que ocupaba el centro de la habitación, en la cual se hallaban también expuestos los demás regalos de boda. Un antiguo criado de la casa era el encargado de cuidar del brillante.

La joya era verdaderamente extraordinaria. Estaba cortada en forma de un ojo de cobra, con unos rayos centelleantes en el centro que figuraban la niña con bastante perfección, pero que le comunicaban una mirada repulsiva y siniestra. La piedra en sí, aparte de su extraña forma y magnífico tallado, era de un valor inmenso, pues pesaba más de treinta quilates. Una ojeada fué suficiente para convencerme de que era de primera agua y completamente exenta de toda nube ó imperfección. En ciertas luces despedía rayos azulados y en otras rojizos.

—Le gustaría á usted, D. Arturo, conocer la historia de esa extraña joya? me preguntó el marqués viendo que examinaba atentamente la piedra.

—Me agradaría mucho, marqués, contesté. Se me figura que la historia ha de ser tan extraña como el brillante.

—Es verdad, añadió Olavarría. La piedra es en realidad el ojo de un dios de los Bramines. Me la regaló el jefe de una tribu de negros á quien conocí en uno de mis muchos viajes á Filipinas, y á quien pude salvar la vida casualmente. Cuando me la entregó hízome una petición singular: Pertenece, dijo, á una tribu con la que mi pueblo y yo hemos sostenido una guerra continua por cuestión de razas. Supongo habrá usted compren-

dido que figura el ojo de una víbora. Es una piedra de inapreciable valor, mas para mí significa un peligro constante mientras permanezca en mi poder; así que me veré contento si la pierdo de vista. Si no tiene usted inconveniente en cargar con la responsabilidad, me causará un verdadero placer que la acepte. No soy hombre aprensivo, le dije, y mucho menos supersticioso; por tanto, acepto el regalo con muchísimo gusto. Usted me salvó la vida, agregó el jefe de tribu, y le debo muchísimo más que eso. La piedra es de usted, pero con una condición: que se llevará usted á mi criado Gregorio para que se la custodie. No quiero ser la causa de su muerte, y estoy seguro de que no llegaría usted vivo á España si no le acompañase Gregorio, muchacho excelente y fiel criado. Llévele usted consigo; mientras él permanezca á su servicio, el brillante está seguro.

Y hablando así el jefe de tribu ó rey, como allá les nombran, levantó un cortinón y llamó á su criado, el cual se presentó inmediatamente. Era alto, bien formado y fuerte, con la tez morena y los ojos relucientes. Sucedió que en aquel momento necesitaba yo un criado y acepté muy gustoso á Gregorio. Vino conmigo á España y me ha servido fielmente. Está tan encariñado conmigo y con la piedra, que no creo que me abandonará mientras su salud le permita vivir aquí.

—¿Y no tuvo usted ningún percance peligroso viajando con una joya de tantísimo valor? pregunté.

—¡No había de tener! Muchos; pero Gregorio acudía siempre á tiempo. No tengo la menor duda de que mi criado filipino me salvó la vida en más de una ocasión.

En aquel momento se acercaron otros convidados, y D. Antonio se vió obligado á repetir la historia de la joya. Yo no escuché más, pues estaba absorto por completo contemplando la maravillosa piedra.

—¿Qué tal, te gustará tener un criado negro? pregunté poco después á Adelita, que se había acercado.

—Es muy bueno, contestó la joven. Ya me voy acostumbrando á él, aunque al principio no me gustaba. Nunca se aparta mucho de la piedra.

—Me agradaría conocerle.

—Le llamaré.

Un momento después se presentó el criado. Era un hombre alto, y aunque algo delgado, pronto se veía que era fuerte y vigoroso. Vestía una elegantísima túnica de varios colores, á estilo oriental. Cuando la joven le llamó por su nombre contestó haciendo profundas reverencias. Sus relucientes ojos pasaron de Adelita á mí y fueron á parar luego á la piedra, á la que dirigió una mirada particular. Un instante después se retiró á un ángulo de la habitación, siempre con los ojos fijos en el brillante.

—Me parece, dije á Adelita, que esa magnífica piedra constituirá un peligro constante para ustedes.

—Antonio piensa mandarla engarzar de nuevo, contestó la joven, pues he de engalanarme con ella la primera vez que vaya á Palacio después que me case. Luego quisiera enviarla al Banco, porque no me parece bien tener en casa una joya de tantísimo valor.

—De ningún modo, repuse, por más que Gregorio es un guardián excelente.

—No sé si estará mucho tiempo con nosotros. Hace días le indicó á Antonio que quería regresar á su país, aunque todavía no se halla decidido. No creo que llevaré la piedra con mucha frecuencia, añadió Adelita; es demasiado grande, y además parece que impone algo.

—Tiene usted razón, contesté, á mí también me parece demasiado grande. Más bien creo que se debe apreciar por su valor en metálico que como adorno para una dama; y por otra parte, como muy bien dice usted, figura con harta propiedad el ojo de una cobra para llevarla á gusto.

—Precisamente es eso lo que le da tanto valor, interrumpió el marqués, añadiendo luego: ¿Sabes lo que he pensado, Adelita? Que sería una lástima el engarzarla de nuevo. Una joya como esa tiene que ser una herencia de familia. ¿No te parece?

Y D. Antonio dirigió una cariñosa mirada á la joven que pronto había de ser su esposa, la cual le correspondió con no menor cariño. Sus ojos, radiantes de felicidad, se encontraron por un momento con los de Olavarría, y luego volvió la cabeza. De repente noté que cambiaba toda la expresión de su lindo

rostro. Se puso blanca como el mármol y se apoyó en una silla temblando violentamente. Una señora se aproximó en aquel momento al marqués para hacerle una pregunta, y D. Antonio se volvió para responder. Entonces me fijé en un caballero alto, muy moreno, de ojos negros, de mirada expresiva, que se acercaba á nosotros. Le reconocí en seguida. Era Ricardo Cárdenas, el antiguo novio de Adelita Palacios. Se dirigió á ella sin vacilación y la tendió la mano sin pronunciar una palabra. Creció la expresión de angustia en los ojos de la joven, y pude observar que, á pesar de los esfuerzos que para ello hacía, apenas podía disimular su emoción. Sin embargo, cuando un minuto más tarde volvióse de nuevo el marqués, pareció dominarse con un último esfuerzo, y poniendo una mano en el brazo de su prometido, dijo en voz baja:

—Antonio, permíteme que te presente á un antiguo amigo nuestro, D. Ricardo Cárdenas. El marqués de Medina.

El marqués se inclinó cortésmente y dirigió una rápida mirada á Cárdenas. La excitación desapareció del semblante del militar, y recobrando la calma comenzó á hablar apresuradamente. Adela le imitó y la conversación volvió á recaer en el brillante. D. Antonio abrió la caja de cristal, y sacando la joya me la entregó para que la examinara más de cerca. Luego la pasó á manos de Cárdenas, y así nos entretuvimos haciendo observaciones acerca del valor y la extraordinaria rareza de la joya. Cuando Ricardo creía que nadie le observaba vi que seguía con los ojos á Adela, que se había apartado de nosotros con una decisión más marcada á cada momento. Fácilmente se dejaba adivinar que la pasión del joven era tan ardiente como antes.

Poco después Adela se aproximó con algunas amigas al sitio donde se hallaba Ricardo de pie, á poca distancia de otros convidados. Pasaba ella por su lado sin decir una palabra, pero él tendió la mano como para detenerla. Entonces se volvió y le miró fijamente: estaba muy pálida.

—He venido esta noche, dijo Ricardo, para devolverte tu promesa y tu regalo.

La puso una carta en las manos y pocos minutos después salió del salón.

Serían próximamente las doce cuando regresé á mi casa en la calle de Alcalá. Encontré á Juan esperándome, y después de decirle que se acostara, porque no necesitaba sus servicios, entré en mi laboratorio con intención de terminar unas fotografías que había sacado hacía unos días por medio de los rayos X. Por aquel entonces era un procedimiento completamente nuevo que me inspiraba profundo interés, puesto que me parecía ver en él un gran auxiliar de la medicina. Había adquirido el aparato necesario para producir la nueva luz, y nada me complacía tanto como pasar los ratos ociosos, que eran muy pocos, haciendo ensayos y pruebas. Poco después entré en el cuarto oscuro para revelar mis placas, cuando oí que llamaban á la puerta. Creyendo que sería algún aviso esperé con impaciencia, cuando á los pocos instantes se presentó el criado diciendo:

—Señor, D. Ricardo Cárdenas desea hablar con usted.

—¿Cárdenas? exclamé. ¿A dónde le has pasado?

—Al gabinete de consulta.

Abandoné mi ocupación y fuí inmediatamente á verle.

Cuando abrí la puerta del gabinete no pude reprimir un gesto de sorpresa: Cárdenas parecía un cadáver, no sólo por su palidez, sino también por la expresión de sus ojos y lo desencajado de su semblante.

—D. Arturo, dijo en cuanto me vió, dispénseme usted si vengo á molestarle á estas horas, pero el asunto que me trae aquí es particular y no profesional. Y á propósito, añadió cogiendo un periódico que estaba sobre la mesa, veo aquí un artículo escrito por usted y que me llama mucho la atención; se trata de un veneno completamente desconocido hasta ahora, ¿no es verdad?

—Sí, repuse, un veneno de los más activos que existen. El descubrimiento de los rayos X me atrae muchísimo, y aunque es muy raro el rato que tengo libre, siempre que tengo alguno lo aprovecho haciendo ensayos y pruebas con la nueva luz. Me parece que resultará muy útil para la medicina. Hace pocos días estaba ensayando con ferrocianuro de potasio y encontré que por casualidad había preparado una sustancia peligrosísima: ácido cianhídrico anhidro. Entonces escribí ese artículo, para demostrar el peligro que corre cualquiera que, al prepa-

rar el potasio. no se diera cuenta del veneno. Causa la muerte por inhalación. y aun el acto de hacerlo pudiera ser fatal sin ciertas precauciones.

—¿Y sufriría mucho la víctima?

—No. la muerte sería instantánea.

—¿Y usted mismo ha preparado la sustancia?

—Sí. pero por pura casualidad. Generalmente no soy muy aficionado á preparar sustancias. pero el descubrimiento de los rayos X me interesa muchísimo.

—No deja de ser interesante. observó Ricardo dejándose caer en una butaca. Hay momentos en la vida del hombre. continuó. en que el veneno en sus diversas formas parece como que le fascina á uno.

—Espero que nunca le sucederá á usted una cosa así. repliqué.

Hasta entonces no me había fijado en que no me miraba cara á cara. Tenía las manos fuertemente enlazadas y estaba nervioso y agitado.

—Voy á explicar á usted. dijo después de unos momentos de silencio. lo que me trae aquí. He venido, amigo Moreno. á pedirle un consejo.

—Se lo daré con muchísimo gusto. respondí.

—Tiene usted delante al hombre más desesperado del mundo.

—¡Vaya. vaya! no será tanto.

—¿Se acuerda usted de lo que sucedió entre Adela y yo hace tres años?

—Perfectamente. pero todo aquello ha debido de pasar ya al olvido.

—No hay tal cosa. Lejos de olvidarlo. estoy más decidido que nunca. He resuelto que no se verifique su boda.

—¿Cómo, qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que Adela no se ha de casar con el marqués de Medina.

—Habla usted como un loco. ¿Cómo es posible impedir la boda?

—Por lo pronto he hecho lo que podía para nublar la buena suerte del marqués. La carta que hace pocas horas entregué á Adela la hará. por lo menos. pasar una mala noche.

—Hizo usted muy mal.

—Lo hice en mi deseo de salvarla de una desgracia horrible, la mayor que puede ocurrirle á una mujer. El matrimonio es siempre una cruz muy pesada para el sexo débil, pero el casarse con un hombre á quien no se ama es la mayor de las desventuras.

—¿Nada más que á decirme eso ha venido usted?

—No; he venido para pedirle un favor. Usted tiene buen corazón y ha hecho mucho bien en el mundo. Siendo, como es, amigo íntimo y antiguo de la familia de Palacios, seguro estoy de que el conde le atenderá á usted. Quiero, amigo Moreno, que haga el favor de verle mañana y rogarle que no consienta la boda.

—Me parece, Cárdenas, que no se da usted cuenta de lo que está diciendo. ¿Cómo es posible que yo intervenga á última hora? ¿Cree usted que el conde permitiría que su hija faltase á la palabra dada? Es demasiado tarde para pensar en eso.

—Tal vez el conde cambiaría de opinión si supiera toda la verdad. Adela no ama al marqués, sino á mí.

—No tiene usted derecho á decir semejante cosa.

—Tengo todo el derecho del mundo, doctor, puesto que es la pura verdad. ¿No se fijó usted anoche? ¿No se enteró usted de que Adela palideció al verme?

Callé: no podía negar que lo había notado.

—Cárdenas, dije después de unos momentos de silencio, debo hablar á usted con entera franqueza. No se porta, me parece, como un caballero. Es verdad que hace tres años Adela le quería á usted, pero su familia no estaba satisfecha con que se casaran ustedes y puso fin á las relaciones. La pobre niña era entonces muy joven y sufrió muchísimo, pero ya había olvidado aquello. Déjela usted en paz. El marqués es digno de ella y la hará feliz. Lo mejor sería que se ausentara de Madrid por unos días.

—Acaso tenga razón en todo cuanto dice, pero mi resolución es inquebrantable. Una de dos: ó se deshace la boda entre el marqués y Adela ó me suicido.

—¡Vaya, vaya! Está usted hablando como un chiquillo, exclamé de mal talante. Esas son necedades, impropias de usted. Dice que quiere á Adelita, y sin embargo se siente capaz

de realizar una acción tan cobarde, que la haría desgraciada para siempre.

—No, doctor, no, no sucedería. Si se casa con el marqués nunca se enterará de mi horrible suerte. He dicho á su familia que vuelvo al regimiento. Si no puedo conseguir lo que me proponía al venir á visitar á usted esta noche, lograré que continúe en esa creencia. Pensará en mí, si alguna vez se acuerda de que existo, como se piensa en una persona que vive lejos y desterrada de su país, por la única falta de haber querido demasiado.

Calló bruscamente y noté que estaba emocionadísimo.

—Pero vamos á lo de antes, doctor, añadió después de unos momentos. ¿Me ayudará usted?

—Eso es imposible de todo punto, amigo Cárdenas, y además sería completamente inútil. Si estuviera más tranquilo lo comprendería así y se convencería de que es demasiado tarde para impedir la boda. Si se proponía dar ese paso, ¿por qué lo ha dejado usted hasta lo último?

—Porque he estado fuera con mi regimiento y no he sabido nada hasta hace tres semanas. Pedí licencia y vine á Madrid en cuanto pude. Pero no quiero molestar á usted más. Siento que se niegue á ayudarme. Si hubiera usted consentido en hablar al conde se hubieran facilitado las cosas. Ahora tendré que persistir en mi primera idea.

—¿Y se puede saber cuál es esa idea?

—La de hablar personalmente con el marqués de Medina: ya se lo decía á Adela en la carta que la entregué esta noche. Estoy resuelto á que Olavarría no se case con ella sin que antes sepa la verdad, toda la verdad. Antes de que se acueste le contaré todo lo que sucedió hace tres años.

—¿Y cree usted que la noticia le hará faltar á la palabra dada á la joven?

—Lo creo probable; de todos modos, lo intentaré.

—¿Y suponiendo que no haga caso el marqués de sus manifestaciones?...

—Entonces... no tendré valor para verlos casados. Y hablando de otra cosa, ¿cómo ha dicho usted que se hace uso del nuevo veneno?

—Eso no le importa á usted. Cuanto menos piense en venenos tanto mejor.

Y se levantó sin añadir una palabra. Era un tipo distinguido, alto, bien proporcionado y de aire resuelto.

—¿No sería mejor que desistiese usted de su propósito? me atreví á preguntarle.

—Imposible, contestó. Yo no puedo permitir que el marqués se case con la mujer á quien amo con toda mi alma; no hay fuerzas humanas que me obliguen á hacer eso.

Le estreché la mano y un instante después abandonó mi casa.

A la media hora, y al ir á guardar unos instrumentos, me fijé en el estuche que había dejado sobre la mesa momentos antes de haber llegado Cárdenas. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que faltaba uno de los frasquitos, precisamente el que contenía el veneno de que habíamos hablado! En seguida comprendí lo que había sucedido. Ricardo vió sin duda la palabra «veneno» estampada en la etiqueta, y con la obsesión de quitarse la vida cogió el frasco y se lo guardó en el bolsillo sin que yo lo advirtiera. ¡Qué horror!

Inmediatamente me puse el sombrero y salí á la calle, decidido á buscar á Cárdenas y obligarle á que me devolviera el frasco fatal. ¿Y las señas de su casa? Recordé haberle oído que pensaba visitar al marqués de Medina, y como sabía que se hospedaba en el hotel Inglés, resolví ir allá, y, si era necesario, penetrar á la fuerza en la habitación donde los dos rivales tuvieran la entrevista. Era preciso recobrar el frasco aquella misma noche.

Era más de la una de la madrugada cuando llegué al hotel, y sólo estaba levantado el portero, el cual se ofreció á subir á las habitaciones del marqués para preguntar si con él estaba Cárdenas. Le esperé en la antesala, á donde volvió á los pocos minutos diciendo que estaban apagadas las luces y que suponía que el marqués se había acostado ya.

Salí del hotel y pasé más de una hora yendo de café en café con la vana esperanza de encontrar á Cárdenas. Por fin, rendido de cansancio, comprendiendo que nada se podía hacer hasta la mañana siguiente, regresé á mi casa y me acosté. Pero no pude conciliar el sueño. Pasé las horas pensando en la acción

de Cárdenas y deseando que amaneciera pronto para indagar las señas de su domicilio.

Me levanté más temprano que de costumbre, mandé que me prepararan el desayuno y resolví ir inmediatamente, antes de comenzar las visitas, á ver al marqués en su hotel. Tal vez supiera él dónde vivía Cárdenas, y de todos modos, para enterarme del efecto que le habían causado las manifestaciones del joven militar.

Fuí al comedor, tomé una taza de café, y en el momento en que me levantaba de la mesa, oí sonar el timbre de la puerta. Un instante después entró Cárdenas más pálido que la muerte y con una expresión que me dejó mudo de asombro.

En cuanto se retiró el criado se acercó á mí, diciendo con acento solemne:

—No lo puedo realizar, amigo Moreno. No siento pena ninguna ni me importa nada, absolutamente nada. Sin embargo, sé que soy hombre perdido. El marqués de Medina ha muerto.

De un salto me puse de pie.

—¿Qué dice usted, Cárdenas? exclamé asombrado.

—Lo que usted oye, Moreno. Anoche estuve con él y le referí lo que sucedió entre Adela y yo hace tres años. Nuestra entrevista fué muy breve. Al principio se incomodó muchísimo y tuvimos una especie de altercado; pero después se aplacó, dijo que lo pensaría durante la noche y me rogó que hoy á las ocho de la mañana volviese al hotel Inglés. Llegué á la hora señalada y encontré alborotado el hotel. Parece que cuando el criado entró esta mañana en su alcoba, como de costumbre, le encontró muerto. Avisado un médico, éste declaró que la muerte no había sido natural. Por la manera como me miraban los criados comprendí que sospechaban de mí. Le dije al administrador que venía á ver á usted y aquí estoy. Ahora la cuestión es ésta: ¿qué hacemos?

—¡Pero esto es horrible! exclamé. ¡Si casi no me atrevo á creerlo! ¿Es posible que el marqués haya muerto?

—¡Y tan posible, doctor! ¡Figúrese usted lo comprometido que estoy yo en el asunto! Yo fuí la última persona que estuvo con él anoche. Terminamos nuestra entrevista riñendo; lo atestiguarán los criados del hotel, puesto que indudablemente oyeron

las voces que dábamos; me hará cargos el juez, me procesará... y para colmo de mis males tenía esto en el bolsillo...

Y sacó el frasquito que contenía el ácido cianhídrico anhidro.

—Démelo usted, dije alargando la mano.

—No, ahora prefiero conservarlo, contestó. Lo tomé anoche de esa mesa intencionadamente. Lo primero que vi al entrar en su gabinete fué este frasquito con la palabra «veneno» en la etiqueta, no pude resistir la tentación y lo metí en el bolsillo. Precisamente estaba buscando algo con que quitarme la vida. Cuando usted entró acababa de leer su artículo, y comprendí que el contenido del frasco era lo que necesitaba.

—Démelo usted. ¿No comprende que puede perjudicarle?

—Es demasiado tarde. Cuando en la antesala del hotel me dieron la fatal noticia algún demonio me tentó. Metí la mano en el bolsillo, y sacando el frasquito me quedé mirándolo como si me hubiera vuelto loco. El mozo que estaba á mi lado debió ver la palabra «veneno» en la etiqueta. La cosa no tiene ya remedio: tengo que hacer frente á todo lo que venga. ¿Qué cree usted que debo hacer, querido doctor?

—Siéntese, Cárdenas, y dígame lo que ocurrió anoche, pero sin omitir el menor detalle.

Cárdenas se quedó mirándome por un momento; luego se sentó en la silla más próxima, y apoyando la cabeza en la mano dijo así:

—Voy á confesarlo todo. Era muy tarde cuando llegué anoche al hotel Inglés y hacía muy pocos instantes que había regresado Olavarría. Pasé á su cuarto, le expuse todo cuanto tenía que exponerle, pero se negó rotundamente á ceder á Adela.

Detúvose el joven y se enjugó el sudor que le cubría la frente.

—Bien, ¿pero y el frasco?

—Regresé á la fonda donde me hospedo, y cuando entré en mi cuarto saqué el frasco del bolsillo. La resolución de Olavarría me había vuelto loco, y comprendiendo que de ninguna manera desistiría de su próximo enlace con Adela me acometió un deseo horrible de quitarme la vida. Destapé el frasco dispuesto á tomar el veneno, pero tuve miedo, me acobardé... ¿por qué no he de decirlo? Volví á tapar el frasco y lo guardé

en el bolsillo. Esto es todo, doctor. ¿Qué haría usted si estuviera en mi lugar?

Iba á contestarle cuando volvió á sonar el timbre. A los pocos momentos entraba el conde de Avila acompañado de dos guardias, uno de los cuales, dirigiéndose á Cárdenas, le preguntó:

—¿Es usted D. Ricardo Cárdenas y Acosta?

—Sí, yo soy, contestó el joven.

—Traigo orden de proceder á su detención con motivo de la muerte del marqués de Medina.

—Estoy á su disposición, añadió Cárdenas, pero he de manifestar que soy inocente.

—Yo no puedo hacer otra cosa que cumplir las órdenes que se me han dado.

Me tendió Cárdenas la mano, la estreché con cariño y salió de mi casa con los guardias.

—¡Miserable, infame! gritó el conde en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Me extraña mucho, Moreno, que le reciba usted en su casa. ¡Qué situación la nuestra! ¡Pobre Antonio!

—Amigo Palacios, es inocente Cárdenas, me atrevería á jurarlo; tan inocente como usted y como yo.

—Supongo que nada conseguiríamos con discutirlo, agregó el conde dirigiéndome una mirada muy particular, pero no puedo menos de decir que no opino como usted. Y á propósito, Moreno, la noticia ha impresionado tanto á mi pobre hija que no se encuentra nada bien. ¿Pudiera usted pasar á verla?

—Sí, por cierto; ahora mismo.

Me puse el sombrero y salimos juntos. El coche del conde esperaba en la puerta, y pocos minutos después marchábamos en dirección á su hotel, en el paseo de la Castellana.

Al pasar por el salón donde todavía estaban expuestos los regalos de boda de Adelita me fijé en la caja de cristal que ocupaba el centro de una mesa y vi con asombro que el brillante había desaparecido.

—Sí, exclamó mi amigo al notar mi extrañeza, el pobre Antonio tenía el capricho de llevarse la piedra por las noches. Esto me recuerda, añadió, que la joya está en el hotel Inglés y he de ir á recogerla en cuanto...

No terminó la frase, porque un ruido que sentimos detrás de nosotros nos hizo volver la cabeza. Había penetrado en el salón el criado Gregorio. En cuanto nos vió, lanzando una exclamación propia de la gente de su raza, corrió á postrarse á nuestros pies.

—Señor, exclamó, el brillante ha sido robado: he hallado el estuche vacío. Mirad.

Y alargó el estuche para que lo examináramos.

—¿Qué dice usted, Gregorio? preguntó el conde tomándolo. ¿Está usted seguro de lo que dice?

—Segurísimo, señor, respondió el negro. Alguien ha robado el magnífico ojo de víbora. Encontré el estuche vacío en la gabeta de mi amo, y he venido aquí directamente á comunicar á usted la triste noticia. No hay duda de que quien cometió el crimen robó también la joya.

Palacios se excitó muchísimo.

—Esto, verdaderamente, explica el hecho, dijo. Amigo Moreno, haga usted el favor de pasar á ver á mi hija. Gregorio, venga conmigo.

En cuanto salieron el conde y el negro toqué un timbre y se presentó un criado.

—Avise usted á la señorita Adela que estoy aquí, le dije, y pregunte si puedo pasar á verla.

A los pocos minutos volvió diciendo:

—La señorita Adela le ruega pase á verla ahora mismo.

Encontré á Adela levantada, pero muy nerviosa. Sin hacer caso á mi pregunta acerca de su salud, exclamó:

—¡Ay, D. Arturo, cuánto le agradezco que haya venido! No estoy enferma, pero deseaba ardientemente hablar con usted. No me compadezca, porque no lo merezco. Mi pena no es por lo que le ha sucedido al marqués, aunque era bueno y me quería. Ya sé que es horrible que diga lo que estoy diciendo, pero no lo puedo remediar. En este momento no pienso más que en Ricardo.

—Siéntate, Adela, dije procurando calmarla, y tranquilízate.

—¿Cómo es posible que me tranquilice, doctor? Acaban de decirme que ha sido detenido Ricardo, y comprendo que todo el mundo sospecha que él ha cometido el horroroso crimen. ¡Ay,

Dios mío, qué desesperación! ¿Es verdad, doctor, que en el bolsillo le han hallado un frasco que contiene veneno? Dicen que usted lo sabía...

—Desgraciadamente es verdad, repuse. Si me prometes escuchar con tranquilidad, te contaré lo que sucedió.

Entonces la referí cómo había llegado el frasco con el veneno á manos de Cárdenas.

—¿Y cree usted que lo tomó porque pensaba suicidarse?

—Tal fué su intención; pero, gracias á Dios, cuando llegó el momento no tuvo valor para realizar sus fatales propósitos.

—¿Prestará usted declaración?

—Indudablemente.

—¿Y le preguntarán á usted acerca del veneno?

—Con seguridad.

—Pero usted no dirá lo que acaba de referirme, ¿no es así?

La miré con asombro.

—No tendré más remedio que decirlo, Adela, contesté. Acuérdate de que tendré que declarar bajo juramento.

—Precisamente á eso voy, agregó como esforzándose para hablar. Quiero, doctor, que me prometa usted, que me dé su palabra de honor de no revelar lo que sabe.

—Adela, dije con seriedad, no te has fijado en lo que me estás exigiendo. ¿Cómo es posible que pretendas que jure en falso?

—Me fijo bien en lo que digo, D. Arturo, y lo tengo bien meditado. ¡Por Dios, doctor, exclamó cayendo de rodillas á mis pies, tenga usted compasión! Si usted declara lo que sabe, le condenarán seguramente: nada podrá salvarle.

La levanté del suelo y procurando tranquilizarla dije:

—¿No comprendes, Adela, que lo mejor que se puede hacer en obsequio de Cárdenas es probar su inocencia?

—Sí, lo comprendo; pero, ¿y si no se consigue probarla?

—¿Cómo si no se consigue probar?

—Temo lo peor, dijo sollozando. En la carta que me entregó anoche me decía que estaba desesperado y que sería capaz de todo. Hice mal, muy mal, en consentir en mi boda con el marqués. ¡Ay, Dios mío!

—Escúchame con calma, Adela, interrumpí. Si hubieras

hablado con Ricardo anoche y otra vez esta mañana, como hice yo, no temerías lo que temes. No pretendo negar que estaba desesperado y medio loco, pero fíjate bien en lo que digo: Ricardo no ha cometido ningún crimen: haces mal en sospecharlo.

—¡Cuánto le agradezco á usted esas palabras! ¡De cuánto consuelo me sirven!

—Si no creyese que es así no lo diría, Adela. Y ahora tengo otra noticia. Ha sido robado el brillante.

—¿Qué, qué dice usted?

—Lo he sabido hace un momento por Gregorio, y eso basta para probar la inocencia de Ricardo. El que ha robado la joya es, sin duda alguna, el que cometió el crimen. No era dinero ni joyas lo que buscaba Cárdenas. En tan críticos momentos, el brillante no tenía para él ningún valor.

La joven se tranquilizó mucho con estas manifestaciones, porque comprendió que el robo de la piedra ayudaría á Cárdenas á probar su inocencia.

—Y ahora, Adela, tengo que irme; pero antes voy á recetarte un calmante, que deberás tomar, según mis instrucciones, en cuanto lo traigan. Después procura dormir un rato. Ya veo que no has descansado nada esta noche. Ten la completa seguridad de que haré cuanto pueda en obsequio de Ricardo.

Prometió obedecerme y la dejé para atender á mis obligaciones.

Pasé el día intranquilo y muy disgustado, y al volver por la noche á mi casa me encontré con un aviso del Juzgado para que al día siguiente acudiera á prestar declaración.

Cuanto depusieron los testigos recaía en perjuicio de Cárdenas, y fué acusado como autor de un crimen premeditado. El juez mandó que permaneciera en la cárcel, privado de toda comunicación.

Tan preocupado estaba aquel día que apenas pude dedicar á mis enfermos toda la atención que necesitaban. A las seis de la tarde volví á casa para comer, y mi criado me entregó una carta urgente del conde, rogándome que fuera lo más pronto posible á ver á Adela.

Marché inmediatamente, y encontré tan mal á la joven que

temí que sobreviniera un derrame cerebral. Pasé más de dos horas á su lado, hasta que tuve la satisfacción de ver que el peligro inminente había desaparecido. Entonces, dejándola bastante tranquila, salí de casa del conde para ir á visitar á un enfermo grave. Cuando volví, Adela había dormido bien y seguía en estado satisfactorio.

Rendido de cansancio y muy disgustado me retiré á mi casa á eso de las diez de la noche. Apenas había tomado asiento cuando sentí el timbre de la puerta, y pocos momentos después vi con indescriptible asombro que entraba Gregorio, el criado negro del difunto marqués. Una simple ojeada me bastó para comprender que el hombre estaba enfermo.

—Señor, dijo acercándose á mí, me han dicho que usted es un gran doctor y vengo á que me cure. Me encuentro mal, muy mal.

—¿Qué siente usted? le pregunté.

—Sufro aquí muchísimo.

Y se llevó la mano derecha al costado.

Al fijarme en el movimiento que hizo, un siniestro pensamiento cruzó por mi mente. El dolor que sufría, el profundo cambio de su semblante... Hasta entonces nadie había sospechado en Gregorio... ¿Quién sabe, dije para mí, si éste sabrá algo que esté relacionado con el crimen? Yo no tenía duda de que el que había robado la joya había también causado la muerte del marqués. ¿Quién se atrevería á asegurar que la tentación de poseer una joya de tantísimo valor no habría sido irresistible para el negro?

Le reconocí detenidamente y vi que sufría una aguda peritonitis. Sospechando la causa de aquel padecimiento, resolví emplear los rayos X para asegurarme de si eran ciertas mis sospechas.

—Venga usted conmigo, dije á Gregorio.

Y le conduje al cuartito inmediato al gabinete de consulta, donde tenía el aparato. Lo puse en orden, coloqué al negro en la forma más conveniente y á los siete minutos estaba seguro de haber obtenido una buena fotografía.

—Espere usted aquí un instante, le dije, tengo necesidad de averiguar la causa de su padecimiento; no tardaré en vol-

ver. Entré en mi cuarto oscuro, revelé la placa y no pude reprimir una exclamación de alegría. En el sitio donde el negro había dicho que sufría mucho noté la presencia de un objeto del tamaño del brillante. No tuve duda alguna, en vista de su extraña forma, de que era el oro con que estaba engarzada la piedra. Esta no la veía, lo que me hizo suponer que era impenetrable á los rayos X.

Llamé á Juan y le dije que fuera inmediatamente á buscar al conde.

Volviendo al gabinete de consulta, administré un calmante al negro, que sufría atrozmente, y esperé con impaciencia la llegada de mi amigo.

No tardó en presentarse. En breves palabras le expliqué lo ocurrido, y cuando examinó la placa obtenida por medio de los rayos X, se convenció de la exactitud de mi explicación.

—El hombre no tiene remedio, dije, y en cuanto al brillante, no hay que pensar en extraerlo.

—A todo trance es necesario hacerle confesar la verdad, observó mi amigo.

Juntos entramos en el gabinete.

—Gregorio, le dije al negro, voy á ver si es posible extraer el brillante que se ha tragado usted.

Clavó en mí sus relucientes ojos, pero ni siquiera se atrevió á negar la acusación.

—¿Me curaré, doctor? preguntó.

—Si pudiéramos extraer el brillante... Y ahora cuéntenos usted cómo mató á su amo, el marqués de Medina.

—Con una droga que sólo conocen los de mi país, contestó el negro; pero ese secreto no lo revelaré. Traje el veneno conmigo desde mi tierra, y sólo esperaba una ocasión para emplearlo. Cuando me enteré de que mi señor disputaba con otro caballero me pareció que por fin había llegado tan esperada ocasión. Desde un principio tuve intención de apoderarme de la piedra, que era el ojo de uno de nuestros dioses, el cual me hubiera maldecido si no la recobraba. Tenía una llave secreta de la alcoba de mi señor. Cuando me pareció que dormía entré silenciosamente y puse la droga sobre su almohada. Sabía bien que moriría en pocos momentos. Esperé hasta que la droga produjo su inevita-

ble efecto, y entonces cogí las llaves de debajo de la almohada, abrí la gabeta, saqué el estuche y me apoderé del brillante. Si me lo tragué fué porque me parecía que de este modo sería imposible que fuera descubierto lo que había hecho.

El hombre quiso decir más, pero se lo impidieron los horribles dolores que sufría.

Hice todo lo posible por salvarle la vida, aunque desde un principio había comprendido que no tenía remedio.

Gregorio murió en las primeras horas de la mañana del día siguiente.

Después de muerto fué cosa fácil extraer la piedra, y esto, naturalmente, bastó para que fuese sobreseída inmediatamente la causa instruída contra Ricardo Cárdenas.





Cuentos del Continente oscuro

* * *

Los enanos de las cuevas

I

La noche en que dió comienzo esta extraña aventura escuchábamos una historia que nos refería Hassán, sentados alrededor del fuego que habíamos encendido en el campamento.

Durante muchos días caminamos por una extensión de arena finísima y movediza en dirección á una ciudad de la costa de Marruecos. El viaje fué tan largo como exento de atractivos, sin que en todo el tiempo que duró encontrásemos otros seres vivientes que los lagartos de arena que de cuando en cuando cruzaban por entre las patas de los camellos.

En la tarde de aquel día había cambiado por completo la decoración. A la interminable llanura arenosa había sucedido un terreno pedregoso, hasta que llegamos á un florido valle, donde acampamos para pasar la noche.

El valle estaba por todas partes rodeado de extraños y fantásticos montes, en cuyos flancos se vieron numerosas cuevas, pero no había señal ninguna de que estuvieran habitadas. Ningún sér humano parecía existir ni haber existido allí nunca. Toda la superficie del valle estaba cubierta de hierba de un precioso color verde;

flores de todas formas y colores brotaban á nuestros pies, y todas las cuevas hallábanse guarnecidas de plantas trepadoras y floridas. Satisfechos nos vimos al hallar un sitio tan pintoresco donde hacer alto después de una marcha tan pesada.

El fulgor de las llamas del fuego proyectaba extrañas luces y sombras grotescas sobre las rocas que por todas partes nos rodeaban. Estas últimas llamaron más de una vez la atención de Hassán, quien haciendo punto en su historia nos dijo:

—Sahibs, he visto algo que se movía en la hendidura de aquella roca.

Dirigimos la vista hacia el sitio indicado por Hassán, pero ninguna señal de vida se notaba.

—Prosiga usted su historia, Hassán, dijo Federico. El único sér viviente que además de nosotros y de nuestros camellos se encuentra en este valle es aquel lagarto. Vengo observando que, cuando llega usted á un punto difícil de su historia, inventa algo que le permite disponer de un momento para pensar.

Y diciendo esto señalaba Federico un lagarto negruzco que se había acercado al fuego y parecía observarnos con sus ojillos relucientes.

—El sahib sigue siendo tan incrédulo como siempre, contestó Hassán, pero he de decir más: su humilde servidor ha oído también un ruido extraño.

Federico se echó á reir.

—¿Qué ha oído usted, Hassán? preguntó.

—He oído algunas voces, añadió el árabe con tono de firmeza, y voy á probar á los sahibs que es cierto lo que digo.

Hassán se levantó, y dirigiéndose á donde estaban depositados los rifles cogió el suyo y marchó hacia el punto que había indicado.

Pocos minutos después volvió trayendo consigo á un individuo que hacía desesperados esfuerzos para desasirse de sus brazos.

De un salto nos pusimos de pie, contemplando con asombro al cautivo, á quien dejó Hassán en el suelo delante de nosotros, y que nos dirigía miradas de rabia y de temor.

Era un enano que á lo sumo mediría cuatro pies de altura, y llevaba por única vestimenta un calzón corto, cuya blancura contrastaba vivamente con el color moreno, casi negro, de su piel. El pelo abundante y lanudo que le cubría la cabeza era de un color

rubio muy pronunciado; las facciones, africanas; la cara, redonda y pequeña, y el cuerpo, bien proporcionado á su estatura.

Interrogado Hassán respecto de la captura del hombrecillo, nos dijo que, cuando le vió el enano, lanzóse sobre él con valor y demostrando fuerzas muy superiores á lo que podía esperarse, teniendo



HACÍA DESESPERADOS ESFUERZOS PARA DESASIRSE DE LOS BRAZOS DE HASSÁN

en cuenta su estatura. Entonces el guía habló al enano en árabe, cuya lengua pareció comprender perfectamente; pero en vez de contestar lanzó un silbido penetrante, al que en seguida respondieron otros silbidos desde los montes de alrededor.

—Ten cuidado, Julio, exclamó de repente mi amigo cogiendo su rifle y entregándome el mio.

No bien lo había cogido en las manos cuando con gran sorpresa vi que los peñascales estaban cuajados de enanos.

Rápida y ágilmente descendieron de las rocas y peñas y salieron en gran número de las cuevas que antes habían llamado nuestra atención, y en pocos minutos el valle estaba lleno de aquellos extraños hombrecillos todos armados.

Un grupo de ellos se apoderó de nuestras cabalgaduras, mientras otros muchos, lanzándose sobre nosotros, nos atacaron con arrojo y decisión. Al principio vacilamos en defendernos contra enemigos tan desiguales en estatura, pero bien pronto nos convencimos de que no había otro remedio, puesto que ponían en peligro nuestras vidas con los terribles ataques que nos dirigían.

Eran tan numerosos y luchaban con tanto valor y tenacidad que no tardaron mucho en vencernos, y después de bien amarrados y sujetos nos arrastraron á cada uno por distinto camino hacia las cuevas abiertas en la base del peñascón del Oeste.

A mí me llevaron por una especie de pasillo largo y estrecho abierto en la misma roca, y me obligaron luego á subir por una escalera ancha que terminaba en un segundo pasillo. Me hacían marchar apresuradamente, dándome de cuando en cuando algún golpe con las lanzas.

Al cabo de un rato llegamos á otra escalera, que también me hicieron subir, y atravesando luego un tortuoso pasillo entramos súbitamente en una enorme cueva situada en el interior del monte, y que después supimos era el punto de reunión de las mujeres y niños de la tribu.

La techumbre era altísima y abovedada, y en diversos puntos ardían fogatas de leña, á cuyo alrededor se hallaban cientos y cientos de enanos armados. En un extremo vi una fogata más grande que las demás, cuyas largas llamaradas llegaban casi hasta el techo, iluminando toda aquella parte como si fuera de día. A la izquierda de la enorme fogata se hallaba el rey de los enanos, de pie y rodeado de sus jefes, que interrogaban á dos prisioneros. Cuando me acerqué á ellos vi con inmensa alegría que eran Federico y Hassán, y comprendí que se trataba de averiguar á qué obedecía nuestra presencia en el valle. Cuando me colocaron al lado de mi compañero reinaron unos momentos de silencio, que aproveché para examinar al rey de los enanos.

Era algo más bajo que aquel á quien había cogido Hassán. Vestía una túnica blanca, la cual, recogida debajo del brazo

izquierdo, formaba una banda ancha, que á su vez pasaba por encima del hombro derecho, dejando así los dos brazos descubiertos. La tela era fina y caía formando graciosos pliegues, y en cuanto á los adornos de la túnica, los constituían ricas y primorosas joyas. Las facciones del rey no se diferenciaban de las del resto de la tribu. Tenía el pelo encanecido por la edad y en la mano llevaba una lanza de oro.

La cueva estaba llena de tesoros. Había montones de plumas de avestruz entremezcladas con diversos objetos de muchísimo valor, pero lo que más llamó nuestra atención fué el trono del rey. Era todo de oro macizo, y detrás del sillón destacaba un trabajo delicadísimo, formado por numerosas plumas de avestruz incrustadas de muchísimas joyas de gran valor.

—¿Son ustedes espías del Marabut? preguntó el rey dirigiéndose á Federico en árabe, mientras éste procuraba apaciguar la excitación que producía nuestra presencia allí.

—Nada sabemos, contestó Federico, del Marabut de quien habláis. Veníamos atravesando el desierto, y habiendo llegado á este delicioso valle nos detuvimos para pasar la noche en él.

—¡No es cierto! exclamó el rey: sois espías, sin duda ninguna. De un momento á otro esperamos al ejército del Marabut. El tiene la vaina y yo la espada. Cuando el uno consiga hundir la espada en el cuerpo del otro, entonces aquel será dueño de la espada y de la vaina. Aquel día quedarán vencidos los detestables moros y la religión del Islam desaparecerá para siempre.

Mientras así hablaba, los ojos del rey despedían lumbre. Por nuestra parte, nada comprendimos de lo que quería decir con todo aquello, y Hassán, á pesar de sus amenazas contra el Islam, procuraba no soliviantarle.

—Somos amigos, dijo, y no enemigos como creéis.

—¿Lucharéis á favor de mi tribu? preguntó el rey, dirigiendo á Hassán una mirada muy significativa.

—Si hay poderosos motivos para la lucha y podéis convencernos de que son justos, no tendremos inconveniente en ayudaros, respondió Federico.

—El hombre no tiene sino amigos ó enemigos, apoyó el rey, los que luchan á su lado y los que pelean en contra suya. Aquellos que permanecen neutrales son enemigos, puesto que al fin han de unirse

á la tribu victoriosa. Jurad que lucharéis con los míos y mandaré que os quiten las ligaduras; de lo contrario...

El rey no terminó la frase, pero fué significativo el gesto que hizo señalando las llamas de la inmensa fogata que ardía á su lado.



JURAMOS CON TODA SOLEMNIDAD

Estudiamos los tres la contestación que habíamos de dar al rey, y convinimos en que no había más remedio que acceder á su exigencia, puesto que disponía de nosotros á su antojo.

Hassán indicó al rey nuestra decisión, y entonces mandó que nos quitasen las ligaduras.

Para jurar nos hicieron coger á cada uno un tizón ardiendo, y levantándolo en el aire nos arrodillamos ante el rey de los enanos con la mayor solemnidad.

Terminada la ceremonia del juramento, el rey dijo en tono amistoso:

—Seguidme.

Se levantó, y obedeciendo sus órdenes le seguimos por una ancha escalera abierta en la roca, hasta que llegamos á una espaciosa estancia. Allí el rey dejóse caer sobre un montón de pieles y dió unas palmadas. Inmediatamente se presentó un esclavo, recibió una orden del rey y se retiró, para volver al poco rato con una magnífica espada morisca, cuyo puño estaba cuajado de preciosas joyas. La cogió el rey, despidió al esclavo y nos entregó el arma para que la examináramos. En la hoja, muy afilada y reluciente, tenía en árabe una inscripción, que Hassán leyó y tradujo así: «A los lobos del Atlas. La envía Houssa».

—Descansad, dijo el rey señalando los montones de pieles que había á su lado.

En cuanto le hubimos obedecido, reclinándonos cómodamente en tan extraños asientos, el rey, que sin duda había observado la curiosidad que la espada había despertado en nosotros comenzó á relatar su extraña historia, cuyo final fué todavía más extraño.

II

—Amigos de los lobos del Atlas, escuchad, empezó diciendo el rey. Muchos son los sabios que han tratado de conocer nuestra historia. Han hablado con los moros traidores, pero nada llegaron á saber. Alguna vez han hecho prisionero á uno de los nuestros, y por medio de amenazas han procurado arrancarle el secreto; pero en vano, pues de este modo supieron menos todavía. Somos una raza extraña y singular, y el país de los moros nos perteneció á nosotros mucho antes que los hijos del Islam se apoderasen de aquellas tierras. Somos un pueblo que vive siempre en cuevas y cavernas, porque descendemos de una raza que durante muchos siglos habitó debajo de la superficie de la tierra. Oid nuestra extraña historia.

En el Sur de este vasto continente tiene su morada la raza de la cual descendemos nosotros. El más ignorante de ellos conoce cuevas y cavernas que tienen pasillos de muchas leguas de largura, aunque son muy pocos los que saben á dónde conducen esos pasillos. En esas cuevas vivian una vez tres hombres, cada uno de los cuales poseía su kraal á poca distancia uno del otro. Dos de ellos,

el uno viejo y el otro joven, poseían una riqueza en ganados, pero el tercero era pobre. Este último tenía una hija, que era un portento de hermosura y amaba al joven, á quien la entregó su padre después de haber devuelto al viejo los ganados que éste envió para comprarla. Se casaron y vivieron felices.

Sagai (así se llamaba el viejo), convocó á los hombres de su tribu, que eran muy numerosos y valientes: afilaron las lanzas, celebraron el baile de guerra y al amanecer se lanzaron sobre el kraal del joven preferido. La lucha fué terrible y sangrienta hasta el anochecer, en que el joven quedó derrotado y su kraal destruído. Huyó á los montes con su esposa, llevando consigo á unos cuantos guerreros y á las mujeres que le fué posible, y aquella noche no pudo conciliar el sueño. Pasó largas horas contemplando las llamas de la fogata que habían encendido en la cueva donde fueron á refugiarse, mientras meditaba la resolución que había de adoptar, cuando se le acercó un guerrero diciendo que deseaba conversar con él.

—Talí, le dijo su jefe, tienes un corazón valiente y una lanza muy certera. Te llegaron á odiar los planeteros, porque lo que ellos presagiaban no siempre sucedía, mientras que tus profecías se realizan siempre. Tú eres el verdadero profeta. Habla, y en esta triste noche, en que las penas me abruman, dime qué es lo que ha de suceder.

El profeta, después de hacer una profunda reverencia á su jefe y señor, á quien quería con intenso cariño, se arrodilló ante el fuego y comenzó á soplar con su aliento hasta que las llamas rojas se convirtieron en llamas blancas. Examinó las extrañas formas y figuras de los tizones, y después, levantando una mano para imponer silencio á su jefe, empezó diciendo:

—He tenido un sueño, y he aquí que en los tizones ardientes véolo confirmado. Escuchad lo que soñé: Un joven jefe de tribu, derrotado en la batalla, pero victorioso en las lides del amor, se refugió con algunos de sus hombres en una cueva para descansar durante la noche de aquel día. Cuando amaneció, el jefe no sabia á dónde dirigirse, porque los enemigos habían quemado su kraal, asesinado el resto de sus hombres y le perseguían para asesinarle también á él y á su esposa. En la cueva donde se habían refugiado hallaron un pasillo muy largo, que el jefe resolvió explorar. Pene-

traron en él; siguieron marchando siempre adelante, y cuando salieron al otro lado se encontraron en un bellísimo país, de admirable fertilidad. Allí las riquezas y el poderío del jefe aumentaron tanto, que sus guerreros, que llegaron á ser numerosísimos, eran temidos de todos, por lo cual invadieron los territorios limítrofes y se apoderaron de todo cuanto quisieron.

—¿Y quién es ese jefe? preguntó el joven.

—Vos mismo, respondió Talí.

El jefe quedó pensativo y meditabundo.

Durante los tres días siguientes á la noche en que Talí explicó su sueño estuvieron almacenando cuantas provisiones pudieron obtener en los territorios limítrofes, y al cuarto día salieron para explorar el gran pasillo de la cueva, llevando antorchas de hierba seca trenzada.

Muchas leguas anduvieron y extrañas fueron las cosas que vieron, hasta que por fin llegaron á un punto donde el pasillo se dividía en dos, sin que supieran si echar por el de la derecha ó por el de la izquierda. Se equivocaron en la elección, y allí, debajo de la superficie de la tierra, se perdieron. Mucho después de estos acontecimientos hallaron en el monte un hueco, por el cual se deslizaba una corriente de agua fresca. En aquel sitio se establecieron, teniendo por único alimento los extraños reptiles que por allí andaban, con alas como los pájaros.

Así pasaron muchas generaciones. Privados de la luz del sol, mantuvieron constantemente encendidas inmensas hogueras para alumbrarse, quemando poco á poco los negros y relucientes árboles de un bosque subterráneo, pero la estatura de la raza fué disminuyendo palpablemente de generación en generación. Cierto día, por todas las brechas y todas las grietas de la tierra comenzó á salir humo y vapor, agua hirviendo y aun columnas de fuego, hasta que de repente se oyó un estallido horrible. Parecía que el mundo se había abierto por diversas partes á la vez.

Cuando pudieron darse cuenta de lo ocurrido encontráronse en la superficie de la tierra, á donde habían sido arrojados por alguna horrorosa convulsión del monte. Muchos murieron á consecuencia de aquel suceso geológico, otros resultaron heridos y otros desaparecieron para siempre.

Los supervivientes vinieron á parar á este país; con el tiempo

fueron poblándolo y llegaron á ser una nación poderosa, hasta que vinieron los moros y los arrojaron de sus posesiones, obligándolos á vivir en cuevas. En los montes vivía ya una raza fuerte, los rifeños, y á éstos envió el gran moro Houssa una vaina cubierta de preciosas joyas, mientras que á nosotros nos remitió la espada que tenéis delante.



MUCHOS MURIERON
Á CONSECUENCIA DE AQUEL SUCESO

Houssa en cierto tiempo fué el favorito del sultán, pero cayó en desgracia con él y la víspera del día en que fué ahorcado envió estos dos obsequios. Dotado con el don de profecía, como todo hombre á quien llama la muerte, Houssa declaró que, si mi tribu llegaba á apoderarse de la vaina durante la guerra con los rifeños, les venceríamos, y que desde entonces lucharían á nuestro lado. Añadió que, juntas las dos tribus, iríamos conquistando una por una las ciudades de los muslines, hasta que acabaríamos por arrojarlos del país de que nos lanzaron á nosotros.

—Y supongo, interrumpió Federico, que Houssa diría lo mismo al Marabut, el jefe de los rifeños.

—Así fué, en efecto, contestó el rey de los enanos.

—Me parece, Julio, añadió Federico dirigiéndose á mí, que lo que Houssa se propuso fué librarse de enanos y de rifeños, ofreciéndoles motivo para que luchasen unos contra otros hasta que quedaran destruídas las dos tribus.

—Creo que el sultán perdió un gran diplomático, dije, si realmente hizo ahorcar á Houssa.

—Los rifeños, prosiguió el rey de los enanos, han jurado quitarnos la espada, y aquellos que no saben trepar por los peñascales han ideado otra manera de penetrar en nuestras posesiones. Lo mismo que el valle, en el cual entrasteis, está rodeado de grandes rocas y peñascos, así también lo está el valle donde se halla nuestra morada. Las cuevas, por las cuales os trajeron aquí, atraviesan esta roca, que está situada entre los dos valles. Y basta, porque ahora debéis descansar. Está amaneciendo, y cuando hayáis dormido bastante.....

No pudo terminar el rey, porque en aquel momento penetraron atropelladamente en la estancia media docena de enanos sumamente apurados.

—¡Señor, exclamó uno, los rifeños!

—¡Los rifeños han asaltado el valle de la ciudad! gritó otro.

—¡Se han apoderado de todos los montes que nos rodean! añadió un tercero.

El rey de los enanos salió apresuradamente por un hueco abierto en la roca hasta una especie de plataforma situada sobre una de las peñas, desde la cual se dominaban la ciudad y las alturas. Le seguimos sin vacilar, y puestos á su lado pudimos contemplar una escena horrible. Invocando el nombre y la protección de Alá á voz en cuello, los rifeños descendían por las laderas de los montes atacando ferozmente á la bayoneta á los enanos armados de lanzas, con las cuales se defendían con valor, subiendo por las escabrosas peñas y procurando evitar á todo trance que el enemigo llegara á la ciudad.

III

—Me parece, Julio, me dijo Federico la noche de tan extraordinario acontecimiento, que hemos llegado ya al final de nuestras aventuras.

—Así lo creo, Federico, contesté; no daría mucho por las probabilidades que tenemos de escapar. Parece que estamos encerrados aquí con el rey de los enanos como en una ratonera.

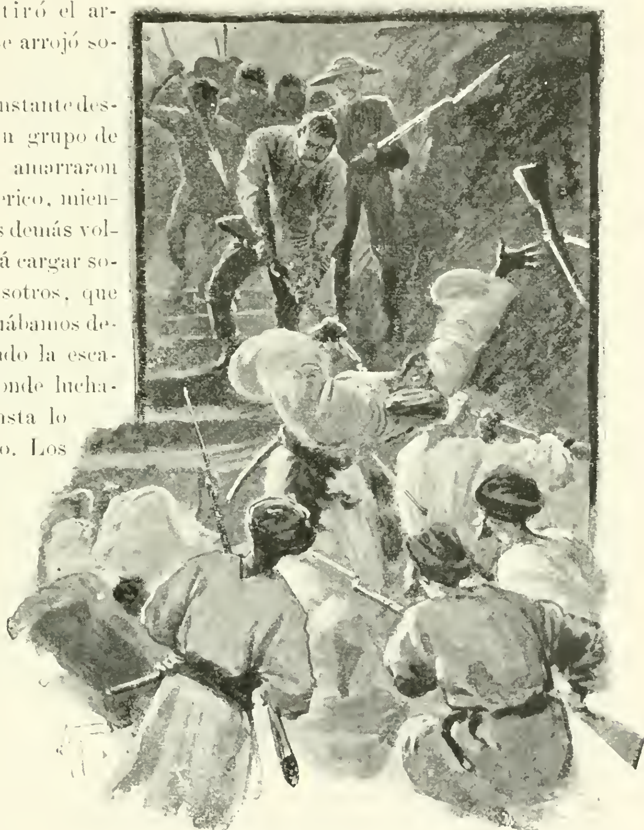
Durante todo aquel día los enanos habían luchado con los rifeños con ese valor que nace de la desesperación. Con armas desiguales y en número muy inferior habían disputado denodadamente y palmo á palmo el terreno al enemigo. La ciudad era mucho mayor de lo que nos habíamos figurado, y cuando los rifeños quisieron penetrar en las calles estrechas hallaron una resistencia tenaz: pero á pesar de los esfuerzos de los enanos hacia el anochecer cayó toda la ciudad en manos de los rifeños, y los edificios destruídos atestiguaban cuán reñida había sido la lucha.

El rey se retiró por fin al salón de audiencias, y allí unos cuantos enanos, Federico y yo hicimos el último esfuerzo defendiendo la entrada contra los rifeños, que en gran número subían por la ancha escalera que conducía á dicho salón. Habíamos perdido de vista á Hassán durante la lucha en la ciudad y llegamos á creer que había muerto. La tenacidad con que se batió sólo puedo atribuirla al odio feroz que sentía hacia los rifeños.

Estos se hallaban bien armados, con buenos rifles y bayonetas. De algunas de éstas nos apoderamos nosotros durante el combate, y con ellas nos defendimos hasta el último momento. Mi compañero avanzó hasta el cuarto escalón; detrás de él se colocaron un puñado de enanos, y un poco más atrás el rey y yo. Federico defendía la salida con valor asombroso y con mucho tacto: ni un solo rifeño consiguió pasar. En diversas ocasiones me había llamado la atención la extraordinaria fuerza de mi amigo, pero aquella tarde me dejó asombrado. Más de una vez tuvo que retirarse el enemigo desesperado por no no poder abrirse paso, pero volvió en medio de gran griteria y animándose unos á otros. Comprendimos que ya no les quedaban municiones, pues de haberlas tenido indudablemente que la muerte de mi amigo era segura, inevitable. Por fin, uno de

los más atrevidos se lanzó sobre Federico, quien le atravesó el corazón con una bayoneta; pero al caer el rifeño rodando hacia atrás, antes de que mi amigo tuviera tiempo de defenderse, otro rifeño tiró el arma y se arrojó sobre él.

Un instante después un grupo de rifeños amarraron á Federico, mientras los demás volvieron á cargar sobre nosotros, que continuábamos defendiendo la escalera, donde luchamos hasta lo último. Los rifeños mataron á todos los enanos, respetando únicamente al rey, á quien sin duda conocieron por su aspecto y sus vestiduras. Poco más tarde nos encerraron al rey, á Federico y á mí en el salón de audiencias. Todos estábamos heridos, y de bastante gravedad mi amigo. Después de desarmarnos quedaron custodiándonos algunos rifeños, y al poco rato llegó un aviso para el rey



FEDERICO LE ATRAVESÓ EL CORAZÓN

pidiendo la espada que había sido causa de la invasión. El rey contestó que no sabía dónde estaba, puesto que alguien se la había arrebatado de la mano durante la lucha.

—Me parece que se acerca nuestro último instante, díjome Federico.

—Sí, todo parece indicarlo así, contesté. Si hasta ahora no nos han matado será porque el Marabut ha calculado que si muriésemos nosotros no quedaría nadie para indicarle dónde se encuentra la espada. Tal vez se figura que nosotros la tenemos guardada, en cuyo caso procurará obligarnos á que lo declaremos.

Apenas terminé de decir esto entró un rifeño en el salón y nos mando que le siguiéramos. Comprendiendo que toda resistencia sería inútil, nos levantamos, y guiados por él atravesamos varios parajes de los que tanto abundaban en aquel monte, hasta que por fin llegamos á un salón que, según nos dijeron después, se llamaba el salón del Pozo. Era una estancia espaciosa y redonda abierta en la misma peña, cuyas paredes tenían un pulimento brillante. Filas de asientos daban á la estancia cierta apariencia de anfiteatro, y en una especie de palco, elegido sin duda para el jefe, hallábase el Marabut que nos había llamado á su presencia. En un ángulo de la estancia y al pie de la fila más baja de asientos vimos un trozo de tierra cubierto con baldosas, en cuyo centro se hallaba el pozo, seco á la sazón, y al que solían ser arrojados los prisioneros á quienes se ejecutaba públicamente.

El Marabut, que tenía las facciones y toda la apariencia de un moro, vestía túnica y turbante verdes, y de su cinturón pendía la vaina de la espada que deseaba poseer. Cuando el rey de los enanos fué conducido ante él, los ojos del africano brillaron de rabia.

—La vaina, dijo lleno de furia, está aquí; allí el pozo de la muerte. Entregadme la espada y os perdonaré la vida.

El rey de los enanos sabía que, al perdonarle la vida el Marabut, no se cumplía al pie de la letra la profecía en que ambos tenían tanta fe, y mirándole fijamente, contestó así:

—No me arrojaréis al pozo mientras viva. No abriguéis la esperanza de que se cumpla la profecía del gran Houssa hasta que halléis la espada y consigáis hundirla en mi pecho.

—Os haré matar, así como también á vuestros aliados, replicó el Marabut. El pozo os espera. Cuando encuentre la espada, en-

tonces mandaré sacar del pozo vuestro cadáver y os atravesaré con ella el pecho.

Obedeciendo una indicación del Marabut, dos de sus guerreros se apoderaron del jefe de los enanos y le obligaron á acercarse al



EL RIFEÑO SEPULTÓ LA ESPADA EN EL CORAZÓN DEL MARABUT

pozo; pero cuando le colocaban de cabeza sobre la boca, penetró en la estancia apresuradamente un rifeño y exclamó en voz alta:

—¡Mirad, ilustre Marabut, he hallado la espada!

Al oir esto, el Marabut dispuso que trajeran á su lado al rey de los enanos. Los guerreros le obedecieron, obligándole á arrodillarse ante el Marabut, mientras que el rifeño que había hallado el arma se postró humildemente para entregarla, diciendo:

—Dad muerte, señor, con vuestras propias manos al rey de los enanos, y entonces será cuando la espada permanecerá siempre en vuestra vaina, como símbolo de la conquista y de la gloria.

El Marabut quiso tomar el arma, y entonces el rifeño, con un movimiento rápido, se la sepultó en el corazón.

Los rifeños avanzaron para detener el brazo del asesino, pero llegaron tarde, pues el Marabut cayó muerto sobre la escalera del palco.

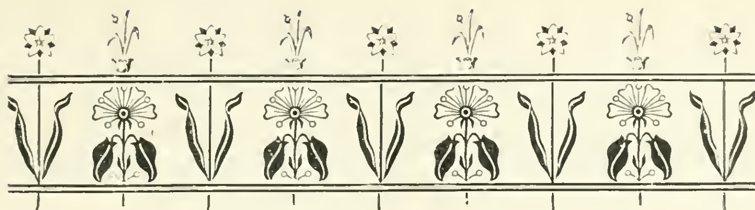
Apenas los rifeños se dieron cuenta de lo que había ocurrido cuando por varios sitios á la vez se levantaron las baldosas del suelo y aparecieron de repente cientos de enanos que atacaron ferozmente á sus enemigos. Por nuestra parte les quitamos las armas á los que nos rodeaban, y dirigidos por el hombre que blandía la espada luchamos contra los rifeños hasta que huyeron atropelladamente.

Debíamos la vida al que había encontrado el arma, y aquella noche, cuando reunidos con el rey de los enanos hablábamos de los sucesos del día, Federico le preguntó por qué había matado á su jefe. Por única respuesta el hombre se quitó el turbante que llevaba puesto, y entonces le reconocimos: ¡era Hassán!

Al día siguiente, después de despedirnos de la extraña tribu de enanos, el guía nos refirió sus aventuras en el monte de las cuevas, cómo encontró la espada y cómo, averiguado dónde se hallaba el Marabut, reunió á los enanos á fin de hacer un último esfuerzo para librarnos de nuestra crítica situación.

C. J. Mansford.





Cuentos del Coronel



La medalla de honor del brigadier

El duque de Tarentum ó Mac-Donald, como preferían llamarle sus antiguos compañeros, estaba de muy mal humor. Su cara de escocés, larga y ceñuda, parecía una de esas aldabas grotescas que se ven en el faubourg Saint-Germain. Al entrar en su despacho el mayor Charpentier y yo comprendimos que estaba irritadísimo.

—¡Brigadier Gerard, de los húsares! gritó con voz de cabo que habla con un recluta.

Saludé.

—¡Mayor Charpentier, de la caballería de granaderos!

Mi compañero contestó.

—El Emperador tiene un encargo para ustedes.

Sin más abrió una puerta, y haciendo una indicación para que entráramos, nos anunció en alta voz.

Por cada vez que he visto de pie á Napoleón, le he visto á caballo diez por lo menos, y á fe mía que hacía perfectamente en presentarse así ante sus tropas, pues de jinete era muy buena figura, pero de pie parecía otro. En todo el ejército apenas pudieran haberse hallado seis hombres de su estatura. A mí, que no soy exageradamente alto, no me llegaba más

que hasta el hombro. Con su cabezota redonda, los hombros inclinados y la cara limpia de bigote y barba, más bien parecía un profesorcillo de la Sorbona que el primer soldado de Francia.

Dícese que de gustos no hay nada escrito, pero por mi parte creo que si hubiese podido colocarle sobre el labio superior un bigotazo rubio como el mío no le hubiera sentado mal.

Sin embargo, el Emperador tenía una expresión firme y resuelta y unos ojos que despedían fuego. Solamente una vez me lanzó con ellos una de sus terribles miradas, pero fué bastante, y no puedo menos de confesar que hubiese preferido cargar sobre un cuadro cerrado con caballo rendido de fatiga que volver á resistir aquella mirada. Y eso que no soy hombre que se acobarda fácilmente.

Hallábase Napoleón de pie al lado del balcón, en el otro extremo de la estancia, examinando un mapa colgado de la pared. A su lado estaba Berthier con cara de sabio, y en el momento en que entrábamos, el Emperador le arrancó el sable y señaló con él un punto marcado en el mapa. Hablaba rápidamente y en voz baja, muy baja, pero oí las palabras el valle de la Mousa y Berlín repetidas dos veces. En cuanto nos presentamos el ayuda de cámara avanzó hacia nosotros, pero Napoleón se detuvo y nos indicó que nos acercáramos.

—Brigadier Gerard, dijo, creo que todavía no ha recibido usted la medalla de honor.

Le contesté que no la había recibido, y estuve á punto de añadir que no era por no haberla merecido, cuando me hizo callar con un gesto de impaciencia.

—¿Y usted, mayor? añadió.

—Tampoco, señor.

—Pues bien, ahora tendrán ustedes ocasión de ganarla.

Obedeciendo una indicación suya nos colocamos delante del mapa y puso la punta del sable de Berthier sobre el nombre de Rheims.

—Les hablaré á ustedes con franqueza, caballeros, dijo como si hablara con dos amigos íntimos. Han estado ustedes conmigo desde el tiempo de Marengo, ¿no es cierto?

El Emperador se sonrió con aquella sonrisa tan singular que parecía iluminarle la cara como un rayo de sol, y sin dejar

de señalar con el sable ni darnos tiempo para responder continuó:

—Hoy 14 de marzo tenemos el cuartel general aquí, en Rheims: muy bien. Aquí, á 25 leguas de nosotros, está París. Hacia el Norte tenemos á Blucher y á Schwaryenberg al Sur. Corriente. Cuanto más penetre esta gente en el país mejor podré aplastarlos. Piensan avanzar hacia París: pues bien, que avancen. Mi hermano les espera allí con 100.000 hombres. Han de ir ustedes á verle y le entregarán esta carta, una copia de la cual le confío á cada uno. La carta es para decirle que yo, dentro de dos días, iré á socorrerle con infantería, caballería y artillería. Conque derechos á París. ¿Me entienden ustedes?

¡Oh, amigos míos! ¡Si os pudiera explicar la satisfacción y el orgullo que sentí al ver la confianza que tenía el Emperador en Etienne Gerard! Al tomar la carta que nos entregó hice resonar las espuelas irguiéndome todo lo posible, á fin de hacerle comprender que era muy capaz de salir adelante en aquella empresa. Al ver mi actitud, el Emperador se sonrió ligeramente y puso una mano sobre mi hombro. ¡Qué alegría! Me sentí tan orgulloso que hubiera cedido la mitad de mis atrasos porque mi madre me hubiese visto en aquel momento.

—Voy á indicar á ustedes, dijo Napoleón, el camino que han de seguir. Irán ustedes juntos hasta Bazoches. Allí se separarán, y el uno marchará á París por Oulchy y Beuilhy y el otro por Braine, Soissons y Senlis. ¿Tiene usted algo que exponer, brigadier Gerard?

Soy un militar brusco, es cierto: pero, sin embargo, sé pensar y sé expresarme cuando llega la ocasión. Comencé á hablar de las glorias y de los peligros de Francia, cuando me vi interrumpido súbitamente.

—¿Y usted, mayor Charpentier?

—Sólo deseo preguntar á vuestra majestad una cosa: si nosotros viéramos que el camino indicado por vuestra majestad es peligroso, ¿podremos elegir otro?

—El soldado no elige, obedece, respondió Napoleón inclinando la cabeza, para darnos á entender que la entrevista había terminado. En seguida se volvió hacia Berthier, y cuando salíamos del despacho oí que hablaban y se reían alegremente.

Ya os figuraréis que tardamos muy poco en ponernos en camino. Media hora después bajábamos por la calle Mayor de Rheims, y daban las doce cuando pasamos por las cercanías de la catedral.



AL TOMAR LA CARTA QUE NOS ENTREGÓ ME ERGUÍ TODO LO POSIBLE

Yo montaba mi yegua *Violeta*, la que me quiso comprar Sebastiani después de la toma de Dresde. En las seis brigadas de artillería ligera no había un caballo que corriese como ella. Sólo una vez en su vida perdió una carrera con el caballo del duque de Rovigo.

Charpentier, por su parte, iba jinete en un armatoste digno sólo de un granadero de á caballo ó de un coracero. Era un ani-

mal de esos que tienen los lomos tan anchos como una cama, cuyas manos son parecidas á dos palos, y como Charpentier era pesado y encogido, resultaba una pareja bien extraña. Sin embargo, era tan grande su vanidad que se atrevió á guiñar el ojo á unas muchachas cuando salieron al balcón á saludarme á mí, y se retorcía su horroroso bigote, casi rojo, hasta que le llegaban á los ojos las guías, como si fuese á él y no á mí á quien las jóvenes dirigían sus atenciones.

Cuando salimos á las afueras tuvimos que atravesar primero el campamento francés, y más allá el campo donde se había librado la batalla el día anterior, el cual estaba todavía cubierto de cadáveres de nuestros pobres muchachos mezclados con los de los rusos. A pesar de todo era el campamento lo que más tristeza infundía. Nuestro ejército disminuía visiblemente; la guardia era la que mejor estaba, por más que el batallón nuevo se componía casi todo de reclutas. La artillería y la caballería no estaban del todo mal; pero la infantería, con sus tenientillos, cadetes todos, parecía una escuela grande de muchachos con sus maestros. Considerando que al Norte había 80.000 prusianos y al Sur 150.000 rusos, el hombre más valiente hubiera tenido poderosos motivos para ponerse triste. Por mi parte confieso que no pude reprimir la emoción y las lágrimas brotaron de mis ojos; pero de repente recordé que aun nos quedaba el Emperador y que aquella misma mañana había puesto su mano sobre mi hombro, prometiéndome la medalla de honor que tan ardientemente deseaba.

Animado con estos pensamientos hice correr tanto á mi *Violeta* que Charpentier tuvo que rogarme que me compadeciera de su animalote, el cual venía bufando y soplando como un camello rendido. La carretera se hallaba en muy mal estado y llena de baches de dos pies de profundidad, abiertos por la artillería; así que no pude menos de reconocer que tenía razón al decir que el sitio no era el más á propósito para galopar.

Nunca había tenido amistad con Charpentier, y durante las veinte leguas bien cumplidas que en aquella ocasión anduvimos juntos no pude sacarle una palabra. Cabizbajo y con el ceño adusto parecía estar sumido en la más profunda meditación. Más de una vez le pregunté qué era lo que tanto le

preocupaba, creyendo que podría quizás sacarle de aquel atolladero; pero siempre me dió la misma contestación: pensaba en el delicado encargo que nos había dado el Emperador. Esto me extrañó muchísimo, porque aunque sabía que no eran muy grandes su inteligencia ni su talento, me pareció muy raro que pudiera preocuparle una cosa tan sencilla y tan propia de militares.

Por fin llegamos á Bazoches, donde él había de tomar el camino del Sur y yo el del Norte. Antes de separarnos se volvió en la silla, y lanzándome una mirada singular me dijo:

—¿Qué le parece á usted, brigadier?

—¿De qué? pregunté.

—De nuestro encargo.

—Me parece muy sencillo y bien llano.

—¿Por qué nos habrá revelado sus planes el Emperador?

—Porque tiene confianza en nuestra lealtad y en nuestra inteligencia.

Charpentier se echó á reir, lo que me irritó mucho, y añadió:

—¿Me permite usted preguntarle qué piensa hacer si ve que las poblaciones están ocupadas por los prusianos?

—Cumpliré las órdenes que he recibido.

—Lo cual puede costarle la vida.

—Es posible.

Otra vez soltó la carcajada el mayor; pero tan intempestivamente y con tal insolencia que no pude menos de echar mano al sable y ya me disponía á decirle lo que pensaba de su descarada estupidez, cuando dió media vuelta al caballo y tomó la dirección opuesta. Le seguí con la vista hasta que desapareció su enorme gorro negro y entonces proseguí mi camino, muy extrañado de su conducta. De vez en cuando me llevaba la mano al pecho para asegurarme de que estaba allí la carta que me había confiado el Emperador y que en tan grande estimación tenía, porque me parecía estarla ya viendo convertida en la medalla especial de honor. Todo el camino desde Bazoches hasta Sermoise fuí pensando en lo que dirían mi madre y mi novia cuando la vieran.

Me detuve para dar de comer á *Violeta* en una venta situada en la margen del camino que por una cuestecita conducía á

Sermoise. Era una casa rodeada de corpulentos robles, en cuyas ramas armaban una algarabía espantosa numerosos cuervos.

El ventero me dijo que hacía dos días se había retirado Marmont y que aquella misma mañana habían cruzado los prusianos el Aisne. Una hora después, y á la luz crepuscular, vi



VI DESAPARECER SU ENORME GORRO NEGRO

dos centinelas en la cuesta, hacia mi derecha, y más tarde, al cerrar la noche, llamó mi atención el reflejo de las luces de un vivac.

Cuando supe que hacía dos días que Blucher se hallaba en aquel sitio, me extrañó mucho que el Emperador no hubiera sabido que el país por el que me mandaba pasar con la carta estaba ocupado por el enemigo; pero recordé el tono de su voz cuando dijo que el soldado no debe elegir sino obedecer, y resolví seguir el camino que me había indicado, aunque me costara la vida.

Durante el trayecto comprendido entre Sermoise y Soissons, en el que la carretera sube y baja formando curvas por entre bosques de pinos, llevé preparada la pistola y la mano en el sable, avanzando apresuradamente donde el camino era recto y marchando poco á poco al franquear las curvas, como habíamos aprendido en España.

Cuando llegué al caserío situado á la derecha de la carretera, á continuación del puente que cruza el Crise, cerca del sitio donde se levanta la imagen de la Virgen, una mujer me gritó desde el campo diciendo que los prusianos estaban en Soissons. Añadió que un escuadrón de lanceros había entrado aquella misma tarde y que antes de media noche era esperada una división. No esperé á oir el resto de lo que quería decirme, metí espuela á *Violeta* y cinco minutos después entraba en Soissons.

En la bocacalle central estaban tres hulanos conversando alegremente, cada cual con una pipa muy larga en la boca y los caballos bien atados á un poste. Yo les distinguí claramente á la luz que salía por una puerta entreabierta, pero estoy seguro de que ellos lo único que vieron de mí fué el color de mi *Violeta* y el revoloteo de mi capa.

Un momento más tarde pasé por entre una fila de hulanos que salían apresuradamente por una puerta de hierro. *Violeta* atropelló á uno y lo arrojó al suelo, y yo descargué un golpe tremendo sobre la cabeza de otro. ¡Pum! ¡Pum! sonaron dos tiros, pero yo había dado ya la vuelta á la esquina y ni siquiera sentí el silbido de las balas.

¡Oh, amigos míos! ¡Qué bien estuvimos mi yegua y yo! Ella corría como un galgo tras de una liebre, levantando con las herraduras una lluvia de chispas, y tan lleno de entusiasmo me sentía yo, que me puse de pies sobre los estribos blandiendo el sable. A uno de los prusianos que trató de coger las bridas le partí el brazo de un sablazo y le dejé atrás aullando de dolor y de rabia. Dos de los de á caballo me rodearon. Le tiré un tajo á uno y pude librarme del otro corriendo más que él. Dos minutos más tarde me vi fuera de la villa y volaba más que corría por la ancha carretera sombreada de álamos por ambas márgenes. Durante un rato sentí el ruido de las herraduras de los caballos de mis perseguidores, pero poco á poco se fué apa-

gando, hasta que por fin cesó por completo. Entonces me detuve para escuchar: todo estaba en silencio, nadie me perseguía.

Bien asegurado de que era así, me apeé y conduje á *Violeta* á un bosquecillo por el que corría un riachuelo. Allí la di una buena friega y dos terrones de azúcar remojados en coñac que llevaba en un frasco. Estaba rendida con aquella larga carrera, pero se repuso al cabo de media hora de descanso. Cuando volví á montar comprendí que no sería suya la culpa si no llegábamos á París sanos y salvos en muy poco tiempo. Al poco rato conocí que íbamos entrando en las líneas enemigas, porque al acercarme á una casa de postas oí las grandes voces que daban los prusianos cantando sus aires nacionales, y á fin de evitar el encuentro con ellos di la vuelta por el bosque. Un poco más adelante aparecieron de súbito dos jinetes (los vi muy bien con la claridad de la luna) y me gritaron algo en alemán, pero yo proseguí mi camino sin hacerles caso. No me dispararon sin duda porque no estaban seguros de si era yo uno de los suyos ó no lo era, puesto que sus húsares vestían igual uniforme que el nuestro. En tan críticos momentos lo mejor es hacerse el desentendido, porque así pueden creer que uno es sordo.

A la luz de la luna, que era clarísima, los árboles proyectaban sombras negras sobre la carretera. Yo veía el paisaje lo mismo que si hubiera sido de día, y por cierto que todo estaba muy pacífico: únicamente hacia el Norte vi las llamaradas de una inmensa hoguera. Con el silencio de la noche, sabiendo como sabía que estaba rodeado de peligros, la presencia de aquel fuego era imponente y amenazadora; pero yo no me acobardo fácilmente, así que me puse á cantar entre dientes y á pensar en la pequeña Lisette, á quien tal vez vería en París. Marchaba preocupado con este pensamiento cuando de pronto, al dar la vuelta á una curva, me encontré de manos á boca con media docena de dragones alemanes que estaban sentados alrededor de una hoguera en la orilla del camino.

Soy un militar excelente. No creáis que lo digo por ponderarme, sino porque es la verdad. Hago mis cálculos en menos de un minuto y los resuelvo con la misma seguridad que si los hubiera estado pensando una semana.

En aquel momento comprendí que, fuera como fuese, me habían

de perseguir, lo que no me agradaba mucho, considerando que estaba montado en una yegua que había corrido ya más de doce leguas, pero era más preferible avanzar que retroceder. En cualquiera de los dos casos no me quedaba otro remedio que deshacerme de ellos como mejor pudiera, y preferí que fuera cerca de Senlis que no en la vecindad de Soissons. Comprenderéis que estos pensamientos cruzaron por mi imaginación con la rapidez del rayo, pues apenas me fijé en aquellas caras barbudas y negruzcas y en aquellas cabezas coronadas por los tremendos cascos metí espuela á *Violeta*, la cual echó á correr desesperadamente. Tres de los seis dragones dispararon y los otros tres montaron en sus caballos á la carrera. Una bala pegó contra la grupa de la silla, y al sentir el golpe *Violeta* salió disparada. Por un momento creí que estaba herida, pero no fué más que un rasguño en la parte superior de la rodilla derecha.

Una alegría infinita invadió mi corazón cuando comprendí que se preparaba para aquel galope largo y fácil exclusivamente suyo, produciendo sus herraduras un ruido semejante al de las castañuelas de una bailarina andaluza.

¡Cáspita! ¡Qué griterío, qué carreras y qué ruido se armó detrás de mí! Llevado del entusiasmo que me inspiraba mi valiente animalito y de la seguridad que tenía de escapar de manos de los prusianos, me levanté en la silla y grité con toda la fuerza de mis pulmones: *¡Vive l'Empereur!* mientras me reía y mofaba de todas las injurias y blasfemias que me dirigían mis perseguidores.

Pero todavía no estaba libre. Seguro estoy de que si *Violeta* no se hubiera hallado tan rendida hubiera sacado la ventaja de un kilómetro por cada cinco, pero entonces fué muy poco lo que pudo adelantar. Un dragón, sobre todo, tenía mejor caballo que sus compañeros y venía persiguiéndome muy de cerca: los otros dos habían quedado lo menos 200 metros más atrás, y cada vez que volvía la cabeza veía que esta distancia iba creciendo por momentos. Los tres restantes que se detuvieron para tirar habían quedado muy lejos. El caballo del oficial que me perseguía más de cerca era un animal magnífico, y aunque no tenía comparación con *Violeta* llegué á temer que en unas cuantas leguas se notaría el cansancio de mi yegua. Esperé á

que estuviera muy separado de sus hombres, y entonces moderé el paso un poco, muy poco, con la intención de hacerle creer que realmente me estaba alcanzando. Cuando se puso á tiro de mi pistola la preparé para disparar, mientras esperaba á ver lo que hacía él. Me extrañó que no hiciera fuego, pero pronto comprendí el por qué.

El muchacho, con la inexperiencia de la juventud, había sacado las pistolas de sus fundas cuando acamparon alrededor de la hoguera, y al acercarse á mí lo único que hizo fué blandir el sable y gritarme algo en su incomprensible idioma; no parecía caer en la cuenta de que estaba á merced mía. Siempre moderando el paso de *Violeta*, esperé hasta que no había ni la largura de un sable entre la cola gris de mi yegua y el morro de su caballo.

—*¡Rendez vous!* exclamó entonces.

—Estoy admirado, monsieur, contesté, de lo bien que conoce usted nuestra lengua.

Y levantando el brazo izquierdo coloqué sobre él la pistola. Le apunté á la cara, y con la claridad de la luna pude ver cómo cambiaba de color; pero en el preciso momento en que mi dedo tiraba del gatillo pensé en su madre y desvié la puntería, hiriendo al caballo. Se me figura que al caer recibió mucho daño, porque el batacazo fué terrible.

Mas yo tenía que pensar en mi carta y volví á dar rienda suelta á *Violeta*. Sin embargo, no me deshice tan fácilmente de mis perseguidores. Los dos soldados que venían detrás hicieron de su oficial el mismo caso que si hubiera sido un recluta despedido del caballo en el picadero. Dejándole al cuidado de los que venían más atrás, continuaron persiguiéndome.

Me había detenido en una cuestecita creyendo que todo aquello había terminado, pero pronto vi que no había tal y de nuevo tuve que emprender el camino. *Violeta*, irguiendo la cabeza como con orgullo, y yo blandiendo el sable para demostrar qué era lo que opinaba de los dos dragones que trataban de darme alcance. Aun me estaba riendo de la pretensión de aquellos necios cuando de pronto mi corazón cesó de latir, pues en el otro extremo de la carretera divisé un grupo de jinetes que sin duda me estaban esperando. Tal vez un soldado sin

experiencia hubiera creído que aquello no era más que las sombras de los álamos, pero á mí me bastó una simple ojeada para



EL BATACAZO FUÉ TERRIBLE

asegurarme de que eran húsares.

¡Vaya una situación la mía! Delante, los húsares; detrás, los dragones. La muerte por uno y otro lado. Nunca, desde los tiempos de Moscou, recuerdo haberme visto así, entre dos fuegos; mas por el honor de

la brigada prefería yo recibir la muerte de manos de un soldado de la caballería ligera que no de uno de la otra caballería, por consiguiente no vacilé ni un momento. Recuerdo que, al avanzar hacia los húsares, quise rezar (pues me daba ya por muerto); pero había perdido la costumbre de tan santas cosas, y lo único que en aquel trance tuve presente fué la oración que repetíamos los chicos en las vísperas de vacaciones para pedir á Dios que nos diera buen tiempo.

A falta de otra cosa mejor me pareció que debía rezar aquella oración, y estaba murmurándola entre dientes cuando de repente oigo hablar en francés á los que tenía delante de mí. ¡Oh, *mon Dieu*, qué alegría! ¡Qué satisfacción tan inmensa! ¡Cómo se ensanchó mi corazón! ¡Aquellos pícaros húsares eran de los nuestros, de los de Marmont! Mis dos perseguidores huyeron á escape despavoridamente, mientras yo me acercaba á mis amigos sin prisa ninguna, para darles á entender que aunque un húsar se vea obligado á correr no acostumbra á huir. Sin embargo, es posible que las ijadas palpitantes de *Violeta* y su hocico cubierto de espuma les hicieran suponer otra cosa.

Para que mi alegría fuese mayor tuve la dicha de ver á la cabeza de los húsares al viejo Bouvet, á quien salvé en Leipzig. Cuando me reconoció sus ojillos grises se llenaron de lágrimas, lo que me impresionó vivamente.

Le referí la misión que llevaba, y cuando le dije que tenía que pasar por Senlis se echó á reir.

—¡Es imposible! exclamó, está ocupado por el enemigo; no puede usted pasar por allí.

—Prefiero pasar por donde está el enemigo, añadí; por el mismo Berlín pasaría si me lo hubiese mandado el Emperador.

—¿Pero por qué no va usted directamente á París con la carta? ¿Por qué ha de pasar usted precisamente por los sitios donde es casi seguro que le matarán ó por lo menos le harán prisionero?

—Un soldado no elije, contesté, un soldado obedece.

Repetí las palabras de Napoleón irguiéndome orgullosamente y con la misma entonación con que él las dijo.

Bouvet se echó á reir, y tan poca gracia me hizo su risa que para hacerle entrar en razón tuve que lanzarle una mirada.

—Bien, observó luego, más vale que venga usted con nosotros. Tenemos orden de patrullar de aquí hasta allá. Más adelante hay un escuadrón de lanceros polacos de Poniatowsky. Si tanto empeño tiene usted en pasar por Senlis, tal vez podremos acompañarle.

Y de nuevo emprendimos el camino, interrumpiendo el silencio de la noche con el chis chas de las cadenillas y el retintín de los sables, hasta que alcanzamos á los polacos, arrogantes soldados todos ellos, aunque algo pesados por los caballos. Sin embargo, daba gusto verlos, pues no se hubieran portado mejor ni aun siendo de mi regimiento.

Caminamos juntos y á primera hora de la mañana vimos las luces de Senlis. Un aldeano que venía por la carretera guiando un carro nos dijo cómo andaban allí las cosas.

Aseguró que todo cuanto nos refería era la pura verdad, pues un hermano suyo era cochero del alcalde y había hablado con él á hora muy avanzada de la noche anterior. En la casa del alcalde, el edificio más grande de la localidad, situada en la esquina de la plaza, se hallaba acuartelado un escuadrón de cosacos. En un bosque inmediato, hacia el Norte, había una división completa de infantería prusiana, pero dentro de Senlis no había más que cosacos. ¡Ah! ¡qué ocasión se nos presentaba para tomar venganza de aquellos bárbaros, cuyas brutalidades para con nuestros pobres campesinos habían llegado á ser el tema de las conversaciones en los campamentos!

Asaltamos la villa como un torrente devastador, echamos á rodar á los centinelas, pasamos por encima de los guardias y rompimos las puertas de la casa del alcalde antes de que pudieran darse cuenta de que en veinte leguas alrededor había ni un solo soldado francés. Se asomaban á las ventanas los horrorosos cosacos con sus caras barbudas, el pelo desgreñado y sus grandes gorras de piel, frotándose los ojos y abriendo una boca de lobo. Luego armaron un barullo infernal, dando gritos de ¡hurra! ¡hurra! y empezaron á hacer fuego con las carabinas; pero los nuestros les atacaron con arrojo, y los tenían cogidos por el cuello antes de que hubieran despertado del todo.

Era horrible el ver cómo se lanzaban sobre ellos los polacos; parecían lobos hambrientos, que se hallaban de repente con un

rebaño de ovejas bien cebadas. (Supongo que sabréis que los polacos sienten desde hace muchos años un invencible odio de raza hacia los cosacos.)

La mayor parte fueron muertos en las habitaciones del piso principal, y la carnicería fué tan espantosa que la sangre caía en abundancia al piso bajo, como lluvia que penetra por un techo agrietado. Son terribles los soldados polacos.

Pues bien, en aquel momento cometí yo un error muy grave, hay que reconocerlo. Hasta entonces había seguido al pie de la letra las órdenes y las instrucciones que se me habían dado; pero lo que hice después lo condenaría cualquier oficial, y apenas lo disculparía un soldado.

No cabía duda de que estaba rendida *Violeta*, pero también es verdad que podía haber continuado el viaje para haber llegado poco después á sitio donde ya no hallaría más enemigos en todo el resto del camino; ¿pero qué húsar puede pasar sin detenerse por donde haya una contienda? Es pedir demasiado, es casi un imposible. Además calculé que, si *Violeta* descansaba entonces una hora, ganaría luego por lo menos tres en el camino. Por otra parte, aquellas cabezas desgreñadas y los gritos de los cosacos eran para mí una tentación. Así que salté de la silla, sujeté á *Violeta*, atando las bridas á un poste, y corrí hacia la casa del alcalde con los demás. Cierto que llegué tarde para ser útil y que casi me hirió con su lanza uno de aquellos salvajes moribundos, pero siempre me ha parecido una verdadera lástima el perder la escaramuza más insignificante, porque nunca se sabe dónde está la ocasión de ganar nuevos laureles. En algunas de esas escaramuzas he presenciado más hechos de armas dignos de recompensa que en las grandes batallas dirigidas por el Emperador.

Cuando ya nos habíamos apoderado de la casa di de beber á *Violeta*, y el guía que llevábamos nos enseñó dónde guardaba el alcalde el forraje, que el pobre animal comió con muy buena gana. En seguida le di una buena friega con una esponja empapada en vinagre y agua, y dejándola otra vez bien atadita volví á la casa en busca de provisiones para mí, á fin de no verme precisado á detenerme más hasta que llegara á París.

Y ahora llego á la parte de mi historia que tal vez os pare-

cerá extraña, por más que pudiera contaros más de diez aventuras, más extrañas todavía, que he corrido en diversas épocas de mi vida. Bien podéis comprender que quien ha pasado muchos años en los campos de batalla habrá tenido muchas ocasiones de ver cosas extrañas, y aun de ser parte en ellas.

Bouvet me esperaba en la entrada cuando regresé á la casa y me invitó á beber un vaso de vino con él.

—Aunque tenemos que andar listos, dijo, porque en aquel bosque hay diez mil hombres de infantería.

—¿Dónde está el vino? pregunté.

—Me parece que dos húsares como nosotros no tardarán en encontrarlo, me contestó riéndose.

Y tomando una vela en la mano se dirigió á la escalera que conducía á la cocina, donde dimos con una puertecita que, por una escalera de caracol, conducía á su vez á la bodega. Las botellas vacías y rotas que vimos esparcidas por el suelo demostraban bien claramente que los cosacos nos habían precedido en la visita. Sin embargo, aun pudimos apreciar que el alcalde era amigo de los buenos vinos, y probablemente no tendré nunca mejor surtido donde elegir. Chambertín, Graves y Micanti, vinos blancos y vinos tintos, vinos chispeantes y vinos sencillos... de todo había. Las botellas estaban colocadas entre serrín, formando pirámides, que llenaban de alegría el corazón.

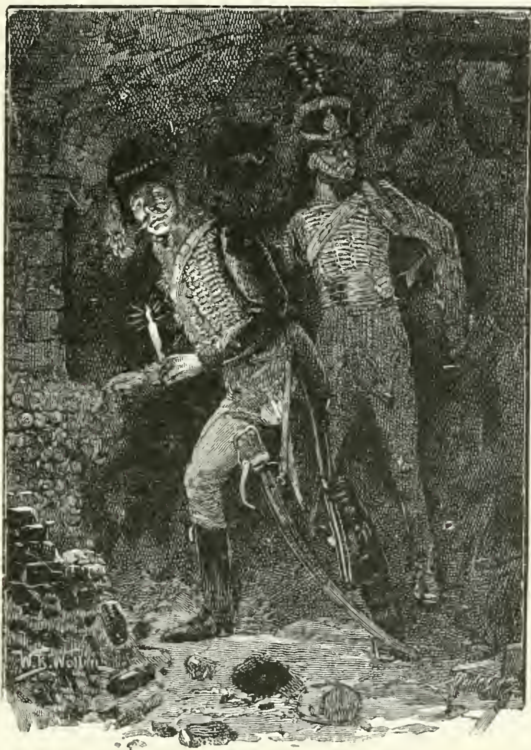
Bouvet, con la vela en la mano, miraba de aquí para allá susurrando de contento como un gato ante una cazuela de leche. Eligió una botella de Borgoña, y ya extendía la mano para cogerla cuando resonó arriba una tremenda descarga de mosquetes, seguida de un griterío infernal, como en mi vida lo he oído.

Bouvet era un hombre valiente, no hay por qué negarlo; desenvainó el sable y echó á correr escalera arriba. Yo le seguí, pero al llegar á la cocina una batahola espantosa, horrible, nos puso al tanto de que la casa había sido asaltada por la infantería prusiana.

—Se acabó todo, Bouvet, dije cogiéndole por la manga.

—Aun queda uno para morir, gritó, y subió precipitadamente la segunda escalera. En su lugar yo hubiera hecho lo mismo, pues se había descuidado al no colocar centinelas avanzados que le hubieran avisado la llegada de las tropas.

Mi primer impulso fué el de seguirle; pero luego pensé en la importante misión que se me había confiado y se me ocurrió que, si me mataban á mí, la carta no llegaría nunca á su des-



RESONÓ ARRIBA UNA TREMENDA DESCARGA DE MOSQUETES

tino. Por tanto, le dejé que se fuera solo, y volviendo á bajar á la bodega, entré y cerré la puerta con cuidado; pero tampoco allí era mi situación menos difícil.

Cuando llegó á nuestros oídos el estruendo de la descarga, Bouvet dejó escapar la vela de la mano, y como la bodega estaba completamente á oscuras, no hacía yo más que tropezar con las botellas rotas. Por fin logré dar con la deseada vela, que había ido á parar debajo de un tonel; pero por más que procuré encenderla con mi caja de yescas, no pude conseguirlo. La

mecha se había mojado en un hoyito de vino, y tuve que cortarla con el sable hasta que logré encenderla. Ya tenía luz; ¿pero qué hacer? Los prusianos se iban poniendo roncos con tanto gritar, y sin duda pretenderían remojar las gargantas; bajarían á la bodega, y ¡adiós carta del Emperador, adiós medalla, adiós Gerard!... Pensé en mi madre, pensé en Napoleón... y lloré, sí, amigos míos, lloré ante la idea de que la primera perdería á su hijo y el ejército su mejor oficial de caballería.

Meditando un instante recobré en seguida la serenidad y dije para mis adentros:

—¡Animo, muchacho! ¿Cómo se entiende que un militar que ha regresado de Moscou sin una simple herida se deje ahora morir en una bodega francesa?

Me puse de pie y llevé la mano al pecho, donde guardaba oculta la carta del Emperador. El crujido del papel parecía infundirme aliento.

Lo primero que se me ocurrió fué pegar fuego á la casa y escapar en el tumulto y la confusión que se armarían, y luego me pareció que lo mejor sería ocultarme en una barrica vacía. Comencé á buscar una, cuando por casualidad me fijé en una puertecita pintada del mismo color gris de las paredes. Estaba tan bien disimulada que sólo una vista tan excelente como la mía hubiera podido dar con ella. La empujé y me pareció que estaba cerrada con llave; pero después cedió un poquito, y pronto comprendí que alguna cosa impedía que se abriese por completo. Puse los pies sobre un barril, y dando un soberbio empujón se abrió de par en par tan de repente, que caí de espaldas todo lo largo que soy y la vela se me escapó de las manos. Me levanté, púseme á examinar la oscuridad en la misma entrada de la puerta y vi que en el otro extremo y por un hueco del techo penetraba un pequeño rayo de luz. Entonces comprendí que había amanecido y pude distinguir las curvas de buen número de barriles grandes, los cuales me hicieron suponer que allí guardaba el alcalde sus reservas de vinos hasta que se hicieran añejos. Fuera como fuese, aquel sitio me pareció el mejor para ocultarme. Me volví para cerrar la puerta y en el mismo momento vi algo que me llenó de asombro.

Ya he dicho que en el otro extremo de la bodega interior, y

por un hueco del techo, penetraba un pequeño rayo de luz: pues bien, en el instante en que me volví para cerrar la puerta vi á un hombre alto y grueso que, de un salto, pasó de la tenue claridad á lo más oscuro del otro lado. Pasó como una sombra, pero tuve tiempo de observar que llevaba en la cabeza gorra de cosaco y sable en la cintura. Confieso que me estremecí ante la idea de hallarme á solas en aquel lugar con semejante tipo. Pero mi temor no duró más que un momento. ¡Animo, muchacho! me dije. Ten en cuenta que eres un húsar, que eres todo un señor brigadier á los treinta y un años y que tienes que cumplir una misión de tu Emperador. Además se me ocurrió que aquel cobarde que se ocultaba detrás de unos barriles tenía más motivos para temerme á mí que yo á él, y entonces comprendí que tenía miedo de mí, un miedo terrible.

Claro estaba que por eso había ido á ocultarse como una rata perseguida por un gato, que él fué quien impidió que al principio se abriese la puerta y no un barril, como yo creía.

—¿Conque él era el perseguido y yo el perseguidor? ¡Hola, hola! De gusto se me erizaba el bigote al pensarlo. Era preciso enseñar á aquel perro del Norte que no trataba con ningún chiquillo, y me dispuse á hacerlo así.

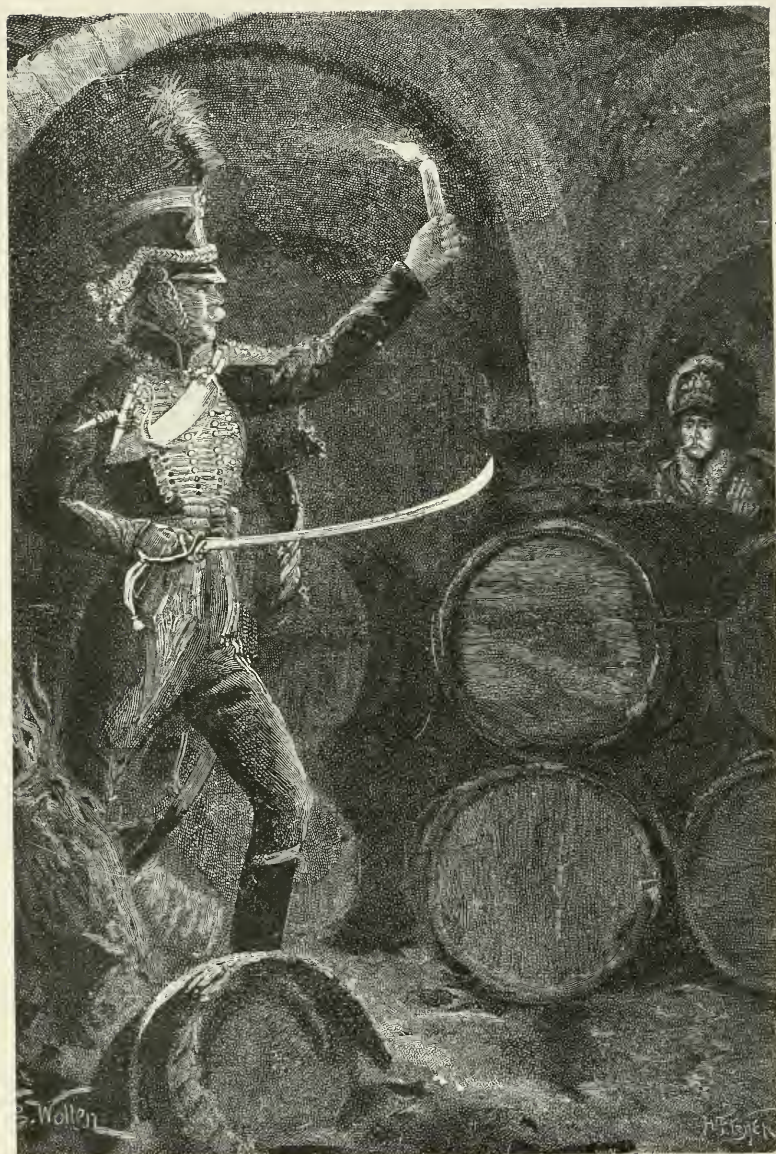
Al principio temí encender la vela, por si tal vez tenía algún arma de fuego y la luz le servía de blanco: pero cuando me di un golpe en un hombro contra un barril y se me enredaron las espuelas en un cañamazo, comprendí que sin luz no podría hacer nada y la encendí. En seguida, y blandiendo el sable, avancé hacia el cosaco gritando:

—¡Salga usted de ahí, grandísimo bribón! ¡Ya nada podrá salvarle! ¡Por fin hallará su merecido!

Levanté la vela en el aire, y después de un momento vi la cara de un hombre que me miraba fijamente por encima de uno de los barriles. En cuanto mis ojos se fijaron en él comprendí que era un hombre de educación y oficial de alto grado.

—Monsieur, contestóme hablando en correcto francés, me entregaré si me da usted palabra de respetar mi vida. De otra suerte, estoy dispuesto á luchar hasta lo último.

—Caballero, repuse, un francés sabe cómo debe tratar á un enemigo desgraciado. No tema usted por su vida.



¡SALGA USTED DE AHÍ! GRITÉ

Sin más me entregó el sable por encima del barril, y yo me incliné respetuosamente poniendo la vela sobre el corazón.

—¿A quién tengo el honor de hacer prisionero? pregunté.

—Soy el conde Boutkine, de los cosacos del Emperador. Salí con mi batallón para explorar hasta Senlis, y como no vimos rastro ninguno de vuestro ejército, resolvimos pasar la noche aquí.

—¿Y pecaría de indiscreto, añadí, si preguntara á usted cómo se encuentra en esta bodega?

—Nada más sencillo. Teníamos intención de ponernos en camino en cuanto amaneciera: sentí mucho frío después de vestirme, y creyendo que un vaso de vino no me sentaría mal bajé aquí á ver si lo hallaba. Cuando más engolfado estaba buscándolo fué tomada por asalto la casa: pero tan de repente que, al subir yo á la cocina, todo había terminado. Lo único que ya podía hacer era salvar la vida: volví á bajar aquí y me metí en la bodega interior, donde me ha encontrado usted.

Recordé cómo se había portado Bouvet hallándose en el mismo trance, y las lágrimas se asomaron á mis ojos al contemplar la gloria de mi país. En seguida me puse á pensar qué había de hacer. Era evidente que, no habiendo oído el conde las descargas desde el sitio en que se había refugiado, no sabía que la casa había vuelto á caer en manos de los prusianos. Si llegaba á enterarse de esto variarían por completo las cosas, y yo sería prisionero suyo en vez de serlo él mío. ¿Qué hacer? Pensándolo estaba cuando se me ocurrió una idea feliz.

—Señor conde Boutkine, dije, me encuentro en una situación dificilísima.

—¿Y por qué? preguntó.

—Porque he prometido respetarle la vida.

—¿Pero no retirará usted su palabra? dijo algo abatido.

—Si llegara á suceder lo peor, contesté, moriría defendiéndole, pero las dificultades son grandes.

—¿Pues qué ocurre?

—Le hablaré á usted con franqueza. Nuestros hombres, y sobre todo los polacos, sienten tal odio hacia los cosacos, que sólo la vista del uniforme los pone furiosos. Inmediatamente se arrojan sobre el que lo lleva y le descuartizan sin piedad. Ni aun nosotros los oficiales podemos contenerlos.

El conde palideció al oir mis palabras y la solemnidad con que las pronuncié.

—¡Pero eso es terrible! exclamó.

—Si subiéramos ahora juntos no respondería yo de poder protegerle.

—Estoy á su disposición. ¿Qué quiere usted que hagamos? ¿No sería preferible que me quedara aquí?

—Eso sería lo peor de todo.

—¿Por qué?

—Porque dentro de unos minutos los nuestros saquearán la casa y entonces le harían á usted pedazos. No. no; yo necesito subir y darles la noticia. Pero así y todo, en cuanto vean el maldito uniforme no sé lo que sucederá.

—En ese caso será mejor que me lo quite. ¿no le parece á usted?

—¡Excelente! Es una idea luminosa. ¡Ah! Ya sé lo que hemos de hacer. Se quitará usted el uniforme y se pondrá el mío. eso le protegerá contra todo francés.

—No es á los franceses á quienes temo, sino á los polacos.

—Lo mismo da; mi uniforme le servirá á usted de salvaguardia contra cualquiera.

—No sé cómo agradecérselo. ¿Pero y usted qué se pondrá?

—Me pondré su uniforme. Es mi deber arriesgarme. pero nada temo. Subiré vistiendo su uniforme. Un centenar de sables me rodearán. ¡Alto ahí! gritaré. ¡Soy el brigadier Gerard! Entonces me mirarán á la cara y me reconocerán. En seguida les hablaré de usted. Vestido con esta ropa será sagrado para todos.

Temblando de impaciencia comenzó á desabrocharse la túnica. Las botas y el pantalón eran casi iguales á los míos. así que no hubo necesidad de cambiarlos; pero le di mi chaqueta de húsar, mi túnica, mi casco. mi cinturón y mi sable, y él me entregó su gorra de piel con la chapa de oro. su largo gabán adornado con piel y el sable curvo. Harto supondréis que no me olvidé de cambiar también las chaquetas interiores ni de trasladar la carta de un bolsillo á otro.

—Con permiso de usted, dije cuando habíamos terminado, le ataré ahora á un barril.

Esto no le hizo mucha gracia. pero en mis muchas aventuras

he aprendido que no debe omitirse nunca ninguna precaución: y ¿quién me decía á mí que, en cuanto diera yo media vuelta, no se enteraría el conde del verdadero estado de las cosas, echando á perder todos mis planes?

En el momento en que le hablaba hallábase recostado contra un barril: di seis veces la vuelta con una gruesa cuerda y luego até un nudo bien fuerte atrás. Si se empeñaba en seguirme, tendría que traer á la espalda un barril de mil litros de buen vino francés. En seguida cerré la puerta de la bodega interior para que no oyese el ruido, y arrojando la vela subí la escalera hasta la cocina.

Sólo había unos veinte escalones; pero, sin embargo, mientras los subía, me pareció tener tiempo bastante para pensar lo que debia hacer. Me sucedió lo mismo en Eylán, cuando, tendido en el campamento con la pierna rota, vi que toda la caballería se me venía encima. Por supuesto, no se me ocultaba que, si me llegaban á conocer, me fusilarían en el acto por haberme puesto el uniforme del enemigo dentro de sus mismas filas. Pero después de todo sería una muerte gloriosa, encontrada estando prestando un servicio especial al Emperador, y en el *Moniteur* me dedicarían cinco ó seis líneas. A Palaret le dedicaron ocho, y eso que su carrera no fué tan brillante como la mía.

Cuando salí al pasillo, con toda la calma y el descaro que pude reunir, lo primero con que tropecé fué con el cadáver del pobre Bouvet, con las piernas encogidas y en la mano el sable roto. Por la mancha negra que tenía en la frente comprendí que le habían tirado á bocajarro. Hubiera querido detenerme para dedicarle el postrer saludo, porque fué un hombre digno, pero temiendo que alguien me viera pasé adelante.

Toda la antesala estaba llena de soldados prusianos ocupados en abrir troneras en las paredes, como si temieran un nuevo ataque. El oficial, un hombrecillo flaco, corría de aquí para allá dando órdenes. No se fijó siquiera en mí; pero otro que tranquilamente fumaba una larga pipa en la entrada de la puerta se me acercó, y tocándome en el hombro me señaló nuestros pobres húsares muertos y se echó á reir á carcajadas, diciendo algo que no supe entender. Yo también me reí mientras repetía las únicas palabras que sabía en ruso. Me las en-

señó la pequeña Sofía en Wilna, y significaban: «Si hace buena noche nos veremos bajo el roble grande, pero si llueve nos encontraremos en el establo». Para el alemán fué lo mismo como si hubiera comprendido todo lo que me dijo, y sin duda creyó que yo era muy gracioso, porque riéndose otra vez como un loco me dió unas palmaditas en la espalda, como si quisiera felicitarme por mi ingenio.

En seguida, inclinando la cabeza y riéndome á todo trapo, salí por la puerta con todo el aplomo que hubiera podido demostrar el comandante del regimiento. Afuera había más de cien caballos, pertenecientes en su mayor parte á los difuntos polacos y húsares. *Violeta* estaba entre ellos esperándome con paciencia, y el pobre animal al verme se puso loco de contento. Pero no quise montarle, ¡quiá! era demasiado listo para hacerlo. Muy al contrario, elegí un caballito ruso, el más peludo que vi, y le monté descaradamente. En el pescuezo tenía un saco lleno de botín; lo coloqué sobre *Violeta*, y tomándola por las bridas la conduje á mi lado.

Jamás se había visto retrato más fiel del cosaco que vuelve del saqueo. Por entonces la villa se encontraba llena de prusianos que inundaban las calles y paseos, y al pasar por entre ellos me señalaban diciendo, según pude adivinar por los gestos:

—Ahí va uno de esos diablos de cosacos. Esos sí que saquean de veras.

Dos ó tres oficiales me hablaron con aire de autoridad; pero yo, meneando la cabeza y sonriendo, les dije por toda contestación:

—Si hace buena noche nos encontraremos bajo el roble grande, pero si llueve nos veremos en el establo.

Al oir esto se encogieron de hombros y prosiguieron su camino sin ocuparse más de mí. También yo seguí la marcha sin más novedad hasta que llegué á las afueras, hacia el Norte de la villa. En la carretera vi dos centinelas, lanceros, con sus plumajes negro y blanco, y dije para mi capote: Si llego á pasar de aquí soy hombre libre.

Así pensando hice trotar al potrito, mientras *Violeta*, frotando el morro contra mi rodilla, parecía preguntarme qué había hecho ella para que aquel animalucho fuera preferido por

mí. Me faltarían unos cien metros para llegar á los centinelas cuando vi que venía galopando por la carretera un hulano.



ME ECHÉ Á REIR

¡Oh, amigos míos! Meted la mano en vuestro pecho y podréis apreciar lo que yo sentí cuando, después de haber vencido tantísimas dificultades, me encontré á última hora con una que parecía iba á desbaratarlo todo. Confieso que, al principio, casi

llegué á desanimarme y darme por vencido, pero luego cambié de parecer y resolví obrar como las circunstancias lo exigieran. Desabroché dos botones de la túnica á fin de poder sacar pronto la carta del Emperador, pues estaba decidido á tragármela en cuanto perdiera la última esperanza y morir con el sable en la mano. En seguida aflojé el sable del cosaco que llevaba en el cinturón y continué la marcha hacia los centinelas. Al principio querían detenerme, pero yo señalé al hulano, y creyendo entonces que salía á su encuentro, me dejaron pasar con sólo el saludo.

Inmediatamente metí espuela al potrito, calculando que, si mi encuentro con el hulano se realizaba fuera del alcance de los centinelas, no tendría gran dificultad en vencerle, y al irme acercando á él vi que, así como yo, era oficial y llevaba en la gorra una chapa de oro igual que la mía. Sin querer me ayudó deteniendo el caballo y esperando á larga distancia de los centinelas, cuando de pronto noté que, según avanzaba yo hacia él, la mirada de sorpresa de sus ojos trocóse en una de sospecha, que aumentaba más y más al fijarse en mi uniforme, en mi caballito y mi equipo. Ignoro qué era lo que le llamaba la atención, pero lo cierto es que veía algo que le causaba grande extrañeza. Me hizo alguna pregunta á voz en grito, y viendo que yo no contestaba desenvainó el sable. Me alegré mucho de que lo hiciera así, pues he preferido siempre batirme que destrozar á un enemigo sin precedentes. Avancé hacia él á galope tendido, y desviando el sablazo que me tiró hundí la punta de mi sable debajo del cuarto botón de su túnica.

Cayó desplomado, y tal era su peso que casi me arrastró con él antes de que pudiera desligarme.

No me detuve para ver si estaba muerto ó vivo, pero salté del potrito, monté á *Violeta* y con una sacudida de las bridas, despidiéndome de los centinelas con un grito, partí á todo galope. Por supuesto, me persiguieron gritando y chillando; pero *Violeta* había descansado y estaba tan ágil como cuando emprendimos el viaje. Tomé el primer camino hacia el Oeste y más allá el del Sur, que sabía me había de llevar fuera del país ocupado por el enemigo. Cuando llegué á un gran trecho de carretera ancha, y mirando hacia atrás no vi señal ninguna de

mis perseguidores, comprendí que habían terminado mis tribulaciones.

Mi corazón se ensanchaba ante la idea de que había cumplido las órdenes del Emperador al pie de la letra. ¿Qué me diría cuando me presentara en su despacho? ¿Qué palabras podría pronunciar que hicieran justicia á los grandes, á los increíbles esfuerzos por mí realizados para vencer tantísimas dificultades y tan graves peligros? A pesar de haber tenido que luchar con los húsares, los dragones, los cosacos, los lanceros y la infantería, había salvado la carta que me confió saltando por encima de todo.

Cuando llegué á Caumartín vi las primeras señales de los nuestros. En una cuestecita se hallaba un escuadrón de dragones, á quienes reconocí en seguida por los enormes gorros de crin. Avancé hacia ellos para preguntar si había algún nuevo peligro entre Caumartín y París, y al acercarme sentí tal orgullo por haber cumplido mi misión tan perfectamente que no pude menos de blandir el sable en el aire dando muestras de alegría. Al verme, un joven oficial salió á mi encuentro y correspondió cortésmente á mi saludo. Viendo que mi presencia despertaba tanto entusiasmo sentí una satisfacción vivísima: hice caracolear graciosamente á *Violeta* delante del oficial, y al juntarnos agité el sable con mal disimulada arrogancia: pero figuraos cuál sería mi asombro cuando el oficial me dirigió una cuchillada, que irremisiblemente me hubiera partido la cabeza si no me hubiese inclinado hasta ponerme casi al nivel de las orejas de *Violeta*. ¡Cáspita! El sable pasó silbando por encima de mi gorra.

Toda la culpa la tenía el maldito uniforme que llevaba puesto, y del que ya no me acordaba. Al verlo el dragón francés creyó que era yo un cosaco que venía desafiando á la caballería francesa.

¡Pero qué cara puso cuando le dije quién era yo y lo poco que había faltado para que matara al famoso brigadier Gerard!

El camino desde allí hasta Saint Denis estaba libre, y llegué allá á eso de las tres de la tarde; mas para ir de Saint Denis hasta París necesité más de tres horas, porque la carretera estaba ocupada con los carros de la intendencia y los cañones

de la reserva de artillería que se dirigían al Norte, donde se hallaban Marmont y Mortier.

No os podéis figurar la excitación que causó mi presencia en París con aquel uniforme. Tan grande fué el entusiasmo que, cuando llegué á la rue de Rívoli, no bajarían de mil las personas que me seguían.

Los dragones (dos de ellos habían venido acompañándome) esparcieron la noticia de mis aventuras y contaron cómo me había valido para procurarme aquel uniforme. Aquello fué un triunfo grande para mí. Los hombres gritaban y las mujeres agitaban los pañuelos desde los balcones y me enviaban besos.

Aunque soy hombre exento de toda vanidad, confieso que me era muy agradable en aquella ocasión la buena acogida que me dispensaban mis compatriotas.

Cuando en la bodega me puse el gabán del conde prusiano me venía algo ancho por delante, pero al hallarme en París me había hinchado tanto de orgullo que me estaba muy prieto. *Violeta* alzaba la cabeza no menos orgullosa que yo, como si quisiera decir: ¡Ahora sí que la hemos hecho! No hay quien nos gane á mi dueño y á mí para estas cosas. Al llegar á la puerta de las Tullerías me apeé y la di un beso en medio del hocico, lo que produjo un alboroto grande y armó un griterío, como si se hubiera leído un Boletín del gran ejército.

Mi uniforme no era el más á propósito para visitar á un rey: pero después de todo, cuando se tiene buen cuerpo y verdadero aire militar, no importa mucho la indumentaria. En seguida me condujeron ante José Bonaparte, á quien había visto muchas veces en España. Me pareció tan grueso, tan apacible y tan amable como siempre.

Talleyrand estaba con él cuando entré. Debería quizás llamarle el duque de Benevento, pero prefiero los nombres antiguos. Después que el rey hubo leído la carta se la entregó á Talleyrand, quien la leyó también. En seguida, mirándome con sus relucientes ojillos grises y sonriéndose de una manera singular, me preguntó:

—¿Ha sido usted el único enviado?

—Hubo otro, señor, respondí; el mayor Charpentier, de los granaderos de á caballo.

—Pues no ha llegado aún, observó José Bonaparte.

—Señor, añadí, si hubierais visto las patas de su caballo no os extrañaría la tardanza.

—Puede haber otras causas, dijo Talleyrand.



LOS HOMBRES GRITABAN Y LAS MUJERES AGITABAN LOS PAÑUELOS

Ambos me cumplimentaron afectuosamente, haciendo grandes elogios de mi persona, aunque podían haber dicho mucho más y aun hubiera sido muy poco. Inclinándome respetuosamente salí de la regia estancia lo más pronto que pude, pues detesto la Corte tanto como aprecio el campamento, y me dirigí á casa de mi amigo Chaubert, quien me entregó su uniforme, que me sentaba admirablemente.

Aquella noche cenamos juntos Lisette, él y yo, y pronto olvidé los peligros que había corrido.

A la mañana siguiente encontré á *Violeta* dispuesta para otra

tiradita de veinte leguas, y os aseguro que no tardé en ponerme en camino, pues estaba impaciente por oir las palabras de congratulación del Emperador y recibir mi medalla.

Ya comprenderéis que regresé por un camino bien seguro, pues estaba harto de prusianos y cosacos.

Pasé por Meaux y Thierry, y así pude llegar al anochecer á Rheims, donde se hallaba todavía el Emperador. Noté grandes cambios en el campamento. Habían sido enterrados todos los cadáveres, lo mismo los de nuestros hombres que los de los rusos: los soldados tenían aire de mejor cuidados; habían llegado más caballos para las fuerzas de caballería... en fin, todo estaba en perfecto orden. Es maravilloso lo que puede hacer un buen general en un par de días.

En cuanto llegué al cuartel general pasé á las habitaciones del Emperador, á quien encontré sentado ante una mesa, en la que había extendido un mapa grande, tomando café. Berthier y Mac-Donald, inclinados uno sobre cada hombro de Napoleón, escuchaban lo que decía, pero hablaba tan de prisa que juraría que no se enteraban de la mitad de sus palabras. Apenas sus penetrantes ojillos se fijaron en mí arrojó la pluma con un gesto de impaciencia y se adelantó hacia donde estaba, dirigiéndome una mirada que me dejó helado.

—¿Qué demontres hace usted aquí? me preguntó.

Cuando se incomodaba tenía una voz como un pavo real.

—Señor, dije, tengo el honor de manifestaros que he entregado vuestra carta al rey José.

—¿Qué, qué dice usted? gritó poniendo unos ojillos relucientes. ¡Ay qué ojos aquellos! Cambiando de gris á azul y de azul á verde, le penetraban á uno como si fuera una bayoneta.

En seguida, dirigiéndose á Berthier, añadió el Emperador:

—¿Qué ha sido de Charpentier?

—Está prisionero.

—¿De quién?

—De los rusos.

—¿Cosacos?

—No, señor: un cosaco solo le hizo prisionero.

—¿Se entregó?

—Sin resistencia.

—Es un oficial inteligente. Cuidará usted de que se le entregue la medalla de honor.

Cuando esto oí, tuve necesidad de frotarme los ojos para asegurarme de que estaba despierto.

—En cuanto á usted, continuó el Emperador acercándose como si hubiera querido pegarme, cabeza de chorlito, ¿para qué cree usted que le di semejante comisión? ¿Se ha figurado usted, ni por un momento, que hubiera confiado á sus manos una carta de verdadera importancia, grandísimo estúpido? ¿Cómo había de mandarle pasar por los pueblos que sabía estaban ocupados por el enemigo llevando semejantes noticias? Lo que no puedo calcular es cómo ha conseguido usted salir ileso, pero sí sé que si su compañero hubiera tenido tan poco talento como usted mi plan de campaña estaría completamente trastornado. ¿No llegó usted á comprender, necio, que la carta contenía noticias falsas, y que yo le envié para despistar al enemigo, mientras realizaba un plan enteramente opuesto?



¿QUÉ HACE USTED AQUÍ?

Cuando oí estas palabras y vi la cara pálida y los ojos de cólera que ponía el Emperador para mirarme tuve que apoyarme en una silla, pues todo parecía dar vueltas á mi alrede-

dor y las rodillas casi se negaban á sostenerme; pero después de unos momentos me animó la idea de que, por lo menos, era yo un caballero que sabía cumplir su palabra y que había pasado toda su vida trabajando para aquel hombre y para Francia.

—Señor, dije sin poder contener las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos, cuando tratáis con un hombre como yo haríais mejor en hablarle con franqueza. Si hubiese sabido que queríais que la carta llegase á poder del enemigo, hubiera procurado que llegase; mas como creí que debía ocultarla de todos, lo hice así, y estaba dispuesto á sacrificar mi vida por la carta. Señor, no creo que hombre ninguno en el mundo haya tropezado con mayores dificultades ni más peligros que los que yo he vencido, procurando cumplir lo que creí era vuestra voluntad.

Sequé las lágrimas de mis ojos, y con toda la energía y todo el ánimo que me fué posible referí cuanto me había sucedido. La carrera por Soissons, el tropiezo con los dragones, mi aventura en Senlis, el encuentro con el conde de Boutkin en la bodega, el cambio de uniformes, el último choque con el oficial alemán, la huída de los lanceros y cómo, cuando ya me creía libre de todos los peligros, faltó muy poco para que me matara un oficial francés.

El Emperador, Berthier y Mac-Donald escucharon mi relato con el asombro pintado en sus semblantes. Cuando terminé, se acercó Napoleón y me dió un pellizco en la oreja.

—Vaya, vaya, exclamó, olvide usted lo que antes dije. Hubiera hecho mejor en tratarle á usted con más confianza. Puede usted retirarse.

Me dirigí hacia la puerta, y ya tenía la mano en el pestillo cuando con una palabra me detuvo el Emperador.

—Cuidará usted, duque, dijo dirigiéndose al duque de Tarentum, de que se le entregue al brigadier Gerard la medalla de honor, pues aunque tenga la cabeza muy dura tiene también el corazón más valiente de todo mi ejército.

A. Conán Doyle.



Morir feliz



I



Confieso francamente que jamás me he arrepentido de una mentira que salió de mis labios en cierta época de mi vida.

Mas para explicar las razones que me obligaron á engañar á un querido amigo mío en su lecho de muerte necesito referir algunos detalles de nuestra historia mutua.

Gabriel Rodríguez era todo un genio. De jóvenes habíamos estudiado juntos en la misma Universidad, y ya de hombres ningún incidente ocurrió para enfriar nuestra amistad: nos queríamos como hermanos. Los dos teníamos algo de literatos y éramos muy aficionados á escribir. Mis versos resultaban excelentes coplas heroicas, pero los de Rodríguez eran muy inspirados, de verdadero poeta. Terminadas nuestras carreras nos establecimos, él de abogado y yo de médico; pero los pleitos le producían poco á mi pobre amigo, y después de algún tiempo comenzó á dedicarse á la literatura con algo de periodismo. Su poema titulado *Cantos de un alma* alcanzó algún éxito, aunque pasajero, y su novela lúgubre y tristona *Un corazón destrozado* obtuvo la suerte de ser rechazada por los principales libreros como *dudosa*. Sin embargo, estuvo en boga

durante seis semanas, y Rodríguez ganó con ella una pequeña suma, que le bastó para atender á sus necesidades unos tres años.

Era Gabriel un tipo singular: alto, delgado, con las mejillas muy hundidas. Aunque no precisamente guapo, tenía ciertos atractivos. Sus ojos negros relucían como chispas de fuego, y el color subido, propio de la tisis que padecía, prestaba animación á su rostro, haciendo que fuera vivo é interesante.

Las mujeres, unas veces le compadecían; otras, las menos, le apreciaban. A los hombres les atraía siempre con su imaginación de fuego, que ardía con incesantes energías en llamaradas de gracia y brillantez.

Éramos los dos amigos de D. Juan Blasco y de su hija Gloria, y les visitábamos con frecuencia: con el trato llegué á tener la presunción de que Gloria me quería, aunque nunca la había hablado de mi amor. Es verdad que Rodríguez iba á casa de D. Juan más á menudo que yo, pero no di importancia á sus visitas, porque me parecía natural que un hombre de sus aficiones y sus gustos buscase la compañía de un escritor, de un filósofo como el padre de Gloria, á la cual amaba yo en secreto, y como mi posición iba mejorando, cierta hermosa mañana del mes de junio resolví hablarla con franqueza. Ya sé que soy prosaico y que no puedo expresar mis sentimientos con la gala de la poesía, como hubiera hecho mi amigo; pero al pasear aquella mañana por el Retiro todo me pareció más bello, más encantador que otras veces. El sol brillaba más, los árboles ofrecían mayores atractivos, el aire era fragante y delicioso, el cielo parecía reflejar la felicidad de mi corazón. ¡Iba á ver á Gloria!

Con el alma llena de esperanza y de amor dirigí mis pasos á la calle de Goya, donde vivía con su padre. Al llegar á la esquina de la calle encontré á Rodríguez, cuyos ojos relucían más que nunca. El color de sus hundidas mejillas era más vivo, más encendido que de costumbre. Al verme vino corriendo hacia mí, agitado y nervioso, y me cogió la mano.

—Dame la enhorabuena, Luis, exclamó con su voz dulce y armoniosa. He visto satisfechos mis deseos. La he hablado y no me rechaza. Soy el más feliz de los mortales.

—¿Hablar? ¿Cómo? ¿A quién? dije llevando la mano á la frente. No te entiendo.

—A Gloria, hombre, á Gloria: ¿á quién había de ser? Voy ahora mismo á comprarla una sortija, contestó riendo como un histérico. Y á propósito, Luis, ¿llevas 100 pesetas en el bolsillo?

Saqué la cartera y se las di. No me las devolvió nunca ni yo pretendí que me las devolviera. Los préstamos que hacía al pobre Gabriel los daba siempre por perdidos.

Después de aquello me separé de él y fuí á pasar el día en la soledad, lejos del bullicio del mundo.

No puedo menos de confesar que sufrí mucho. ¡Quería tanto á Gloria! Y, sin embargo, desde el momento en que Gabriel me dió aquella triste noticia, resolví renunciar lealmente á la mano de Gloria.

Fué un golpe terrible, tanto más cuanto me había forjado la ilusión de que me quería á mí, á mí solo, y nunca se me ocurrió siquiera que amase á Gabriel; pero entonces que lo sabía comprendí que no podía ser de otro modo. Gabriel era poeta, era novelista, era un genio, mientras que yo no tenía talento más que para seguir trabajando en mi profesión. Y, no obstante, temí por Gloria. ¿Sería feliz con Rodríguez? Tenía la completa seguridad de que él, por su parte, procuraría que lo fuera, pero no pude menos de pensar si con su carácter y sus costumbres lo conseguiría.

Pensando en la suerte de Gloria sufrí mucho aquel día. Había elegido un alma noble y generosa, ¿pero habría acertado en la elección?

II

Transcurrieron tres años y no desaparecieron mis temores. Soy, sin duda, uno de esos hombres apocados, pero constantes, que no aman más que una vez en la vida, y ya que había puesto todo mi cariño en Gloria, decidí trabajar cuanto estuviera de mi parte para que fuera feliz.

Se casaron dos meses después, con la perspectiva de una novela inédita que nunca llegó á publicarse, y vivieron más de medio año con el producto de artículos para los periódicos

semanales. Murió el padre de Gloria y no dejó ni un céntimo. Gracias que todos sus notables trabajos literarios y filosóficos produjeron lo suficiente para los gastos del entierro. Así es el mundo, y hay que aceptarlo tal y como es

Más tarde nació el primer hijo de Rodríguez, un niño muy hermoso y muy robusto. Me invitaron á que lo sacase de pila y acepté la invitación con placer, porque siendo ahijado mío tendría derecho para comprarle todo aquello que sus padres no podían. Cuando escaseaban los recursos, Gabriel venía á pasar un rato conmigo. Yo sabía lo que aquello significaba, pero Gloria no. Cuando Gabriel salía de mi casa llevaba siempre la cartera más llena que cuando había entrado.

¡Pobre Rodríguez! Es, en verdad, una satisfacción muy grande el poder auxiliar á un amigo querido, sobre todo cuando la suerte no le acompaña. Y en aquella ocasión, además, el amigo era el marido de Gloria.

III

Pero las cosas no podían continuar así.

Al transcurrir un mes tras otro mes sin que se presentara ningún trabajo noté que mi pobre amigo iba quedándose muy pálido y desencajado. Sus libros no agradaban. Tenía una imaginación demasiado extravagante y harto áspera para hacerse popular. A los tres años de casados comprendí que el fin no tardaría en llegar, y yo sabía muy bien que Rodríguez sufría mucho pensando en el porvenir de Gloria.

Por supuesto, no había hecho ningún ahorro ni era posible; ¡para ahorros estaba la casa! Le consumía la tisis y moriría dejando sin recursos á su mujer y á su hijo. En tales circunstancias, la mayor parte de los hombres hubieran sufrido aún más que lo que él sufría, pero Gabriel era un soñador y moriría soñando. Cuando ya la tisis le tenía bien agarrado y pasaba la mayor parte de los días en el sofá, ideó un proyecto con que hacer dinero bastante para dejar bien á Gloria. Aquel proyecto llegó á ser una especie de obsesión. Escribiría una obra para el teatro, pero una obra grandiosa, que se representara todos los años y produjera una buena renta.

En cuanto trazó el plan, se puso á escribirla con tanto entusiasmo, con tanta vehemencia, que ya creía asegurado el triunfo. ¡Pobrecillo! Más valía que pensara así. Disfrutaba al calcular la riqueza que produciría su obra, y contaba tan seguros los millones que, con el tiempo, había de dar, que la mañana en que comenzó á escribirla me pidió 1.000 pesetas á cuenta. Se las di de muy buena gana; con ellas podría cuidarse más y alimentarse mejor.

Dóriga, exclamó al recibirlas, hay en el mundo pocos hombres como tú: eres un amigo fiel y verdadero. ¡Qué Dios te premie todo el bien que nos has hecho!

Era tan triste, tan melancólica la expresión de sus ojos al decirme esto, que casi lloraba, y tan cariñoso fué el apretón de manos que me dió, que no pude menos de responderle con un tierno abrazo.

Escribió la obra en tal estado de excitación que se acabó de consumir con ella. Puedo asegurar que era una obra magnífica, llena de vigor, de fogosidad, y en la que estaba retratada la nobleza de su alma.

Pocos escritores la hubieran hecho mejor, y esto mismo me hacía presagiar un desastre la noche en que fuera puesta en escena, pues hoy lo que priva en el teatro son las vulgaridades y chocarrerías ó los efectismos de mal gusto. Aquella producción era como el último destello de una luz que se apagaba. Mientras la escribió, la fiebre del entusiasmo le sostuvo.

—Hoy me encuentro mucho mejor, Luis, decíame con la triste esperanza del tísico condenado á muerte; esta obra me ha infundido una nueva vida.

Pero ¡ay! yo sabía que aquellos alientos serían pasajeros, y así sucedió. En cuanto la obra estuvo terminada, la fuerza traidora engendrada por el entusiasmo y la esperanza cedió completamente y mi pobre amigo quedó más postrado que antes. Ya no tenía más ilusión que presentar la obra y morir.

—Ya sé que me queda poco tiempo de vida, Luis, me dijo un día mientras le tomaba el pulso en una de mis visitas profesionales, pues tenía yo el honor y el placer de contar entre mis clientes á él y otros distinguidos hombres de letras.

—Sé que soy hombre condenado á muerte, continuó, y si por

fin la obra alcanzara un éxito y produjera lo suficiente para Gloria y mi pequeñuelo... Pero lo dudo, Luis, lo dudo, y si eso falta... que Dios les asista.

—Querido Gabriel, respondí procurando animarle, no te preocupe eso; es de esperar que el éxito sea grande. Además, bien sabes que yo haré cuanto pueda, así por Gloria como por mi ahijadito.

—No, no, no quiero que sean una carga para ti, querido Luis, agregó; harto has hecho ya por nosotros.

¡Una carga para mí! pensé. ¡Cómo era posible que Gloria fuese una carga! Siempre había procurado que ni uno ni otro supieran lo mucho que yo la quise; pero en aquel momento estuve á punto de decírselo todo, de contarle cómo aquel día memorable, tan feliz para él, iba yo, lleno de amor y esperanza, á declararme á Gloria, y cuán terrible golpe fué para mí la noticia que me dió; mas tuve fuerzas para contenerme, y ahora me alegro mucho de haberlas tenido. ¿Qué hubiera conseguido con decírselo? Además, comprendí que sería demasiada presunción por mi parte el pretender que, después de haber sido la esposa de un genio como Rodríguez, pensara ni por un momento en un simple médico como yo. Así que sólo contesté con todo el ánimo que pude:

—Gloria es joven y buena; hay muchas personas que la quieren y estiman, y seguramente entre todos la procuraremos una ocupación honrada y digna de su posición.

IV

Durante los días que siguieron á esta entrevista el pobre Gabriel vivió en continua agitación, ocupado en preparar la obra para que la leyesen las empresas.

Entre mis amigos figuraba D. Alberto Rosales, director del Teatro Español, y vacilando y con cierto temor le llevé una copia del drama de Rodríguez. Me recibió con la mayor amabilidad. Verdaderamente puedo decir que he tenido la suerte de tratar siempre con personas amables.

—¿Un drama de Rodríguez? exclamó.

—¿Quiere usted que lo lea?

—¡Ya lo creo! Con muchísimo gusto. Su poema *Idilios de Bohemia* me pareció delicioso, y opino que su novela *Un corazón destrozado* es un libro extraordinario.

Tres días después, Gabriel vino á mi casa loco de alegría. Los empresarios, generalmente, no suelen hacer de Quijotes, pero Rosales había aceptado *Los desengaños de la vida;* este era el título del drama.

Me sorprendió mucho, lo confieso, porque de ningún modo lo esperaba. La obra, aunque buena y abundante en situaciones de mucho efecto, tenia cierto sabor literario que concordaba mal con los degenerados gustos modernos; pero Rosales sabía, sin duda alguna, mejor que yo lo que le convenía, y siquiera por Gabriel me alegré con toda mi alma.

—Si alcanza un éxito feliz, dijo mi pobre amigo casi llorando, será una renta fija para mi pobre Gloria.

—Tiene que gustar, Gabriel, respondí procurando animarle, y si gusta, como es de creer, Gloria y tu pequeñuelo serán independientes.

Me miró con ojos en los que se leía la más viva satisfacción, y añadió:

—Tengo un proyecto para que el público se interese en el drama; ya he hablado de él á Rosales.

Sonreí, aunque mi corazón estaba harto afligido. Gabriel tenía aquel día muy mal aspecto, estaba muy malo, y era de temer que muriese sin saber qué suerte había corrido su obra.

Aquella misma tarde vino á verme Rosales.

—¿Qué le pasa á usted, le pregunté, que viene tan agitado?

—A mí nada me pasa, amigo Dóriga, contestó. Es ese pobre Rodríguez, que me ha alarmado terriblemente. Ya sabe usted que admití su drama *Los desengaños de la vida*, aunque, francamente, temo mucho que no guste. Además, contra mi voluntad, he fijado ya la fecha del estreno, que será dentro de seis semanas, á fin de que Rodríguez pueda ver su obra puesta en escena. La verdad es que el drama no resulta muy de mi gusto; pero se trata de Rodríguez, escritor de mis simpatías, y no puedo abandonarle. Después de todo, nunca se sabe cómo complacer al público. Pues bien, ¿qué le parece á usted que se le ha ocurrido á Rodríguez? Ha venido á mi casa en un coche de punto, con

una mañana tan fría, para decirme que ha ideado una manera admirable de anunciar su obra.

—¿Y qué es ello, Rodríguez? le pregunté.

—¡Ah! Una cosa que seguramente llamará la atención del público.

—Vamos á ver, dígame usted lo que ha pensado.

Vacilando y titubeando me dijo que como sabe fijamente que sus días están contados, y que unas semanas más ó menos de vida le importan muy poco, ha resuelto levantarse la tapa de los sesos la víspera del día del estreno, dejando una carta en la cual dirá que lo hace así para que sirva de reclamo de su obra.

—Esto, añadió, llamará extraordinariamente la atención del público, despertará el interés general y el drama obtendrá, sin duda, un éxito magnífico.

—¡Ay, amigo Dóriga! El pobre Rodríguez ha perdido el juicio, terminó diciendo Rosales. ¿Cree usted que será capaz de hacer semejante disparate?

—Si lo dijo, lo hará, amigo Rosales, contesté. Es el suyo un carácter tan especial que, con tal de conseguir lo que tanto le preocupa, esto es, un modo de vivir para su pobre esposa, es capaz de hacer eso y más.

—¿Y cómo podremos evitarlo? preguntó Rosales.

—Unicamente así: Vaya usted á su casa y ofrézcale cinco mil pesetas á cuenta de los productos. Yo le daré á usted un *cheque* por esa cantidad. Para evitar que sus últimos días se nublen haré cualquier cosa. Dígale que de ninguna manera permitirá que se pegue un tiro, que usted se encarga de anunciar bien el estreno. Yo se lo diré también, y tal vez entre los dos consigamos disuadirle. Después del estreno no habrá necesidad de impedírselo.

—¿Por qué no?

—Porque apenas durará las seis semanas. Sólo la ansiedad de ver representada su obra es lo que ahora le sostiene. Si no surge alguna complicación, quizás durará hasta la noche del estreno, pero entonces le matará la emoción.

Rosales hizo lo que le aconsejé y entre los dos pudimos tranquilizarle. Por fin me dió palabra de no suicidarse, por lo menos hasta saber cómo acogía el público su obra.

V

A pesar de mis temores duró Gabriel hasta la noche del estreno, pero completamente abatido y debilitado. Ya no podía levantarse de la cama: vivía, sí, pero sostenido únicamente por la esperanza de un triunfo, y en ese estado de excitación vivísima que con frecuencia suele prolongar la existencia de los tísicos. Su vida pendía de un hilo, por decirlo así, pero duraba. Yo le veía morirse por momentos: la respiración era lenta y penosa, el pulso apenas perceptible... No podía separarme de su lado. Y, sin embargo, se empeñó en que fuera al estreno.

—Eres el único, querido Luis, dijo, en quien puedo confiar. Vete y vuelve después á contármelo todo.

Miré á Gloria, la cual, entre sollozos y lágrimas, murmuró:

—¡Sí, vaya usted, vaya usted, por favor! Haga por el pobre Gabriel ese sacrificio.

Me levanté de la silla para obedecerla, y en el momento en que salía de la alcoba me estrechó la mano, diciendo profundamente conmovida:

—¡Cuánto, cuánto tenemos que agradecerle, Luis! ¡Qué bueno ha sido usted siempre para nosotros! Sin usted, ¿qué hubiera hecho mi pobre esposo?

Verdaderamente me avergüenzo á veces al ver cuánto agradecen algunas personas los favores más simples y sencillos.

Fuí al teatro, aunque con el disgusto y la intranquilidad que son de suponer. ¿Cómo era posible que me fijara yo en la representación, sabiendo que mi pobre amigo podía morir de un momento á otro y que Gloria sufría tanto? A cada instante veía reproducirse entre mis ojos y el escenario aquel triste cuadro que acababa de dejar en la alcoba, más triste que el drama cuyo estreno estaba verificándose.

El teatro se hallaba de bote en bote. Algunos críticos de los que asistían al estreno conocían el gravísimo estado de Rodríguez y vieron la obra en respetuoso silencio, pero los espectadores del paraíso y del anfiteatro no tuvieron la misma consideración. A los diez minutos el público se distrajo y comenzó á bostezar primero y á reirse después en los momentos más cul-

minantes. Lo patético de la obra no llegaba hasta ellos, y en cuanto á la moral que entrañaba aburríales soberanamente, porque no la entendían.

Los actores, aunque comprendían el aburrimiento del público, no desmayaron ni un instante, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Aquello fué un fracaso completo.

Cuando cayó el telón, algunos guasones comenzaron á llamar al autor, con objeto de silbarle sin duda. Entonces ya no pude contenerme: salté al escenario, y dije con voz clara y firme, aunque sin poder ocultar mi turbación:

—El autor no puede presentarse porque está en la agonía. Tal vez haya muerto ya.

Me retiré y el público salió silencioso del teatro.

En el pasillo me encontré á Rosales.

—¡Qué fracaso, amigo Dóriga, qué fracaso! me dijo con tristeza. ¿Ha visto usted? ¡Pobre Rodríguez! Esto acabará de matarle.

—Rosales, repuse con firmeza, hágame usted el obsequio de ir á su cuarto y escribirle una carta dándole la más cariñosa enhorabuena; yo se la entregaré.

—Lo haré, añadió, comprendiendo lo que me proponía: ¿pero está usted seguro de que morirá esta noche?

—Segurísimo: es imposible que vuelva á ver la luz del día, y de todos modos, mía será la responsabilidad de la carta.

VI

Cuando regresé á casa de Rodríguez encontré á éste incorporado en el lecho, esperándome con indescriptible impaciencia.

Siempre me ha costado mucho el fingir, pero en aquella ocasión me había preparado bien en el camino y llevaba el papel estudiado perfectamente.

—¿Qué hay? exclamó Gabriel al verme entrar. ¿Qué noticias me traes?

Cuando uno se encuentra obligado á mentir, lo mejor es hacerlo resueltamente.

—Buenas, contesté sin vacilar. Gabriel, continué, tomando una de sus manos calenturientas entre las mías y estrechándola

cariñosamente, me alegro mucho, mucho, porque sé que así lo deseabas. ¡Ha sido magnífico! La obra es una maravilla. Te traigo una carta de Rosales dándote la enhorabuena.

Hice mal tal vez, pero ¿qué remedio? ¿Quién en mi lugar no hubiera hecho lo mismo?

Abrió la carta y la leyó con avidez. Su cara pálida y desencajada se encendió de alegría.

—¿Y el público? preguntó temblando de emoción.

Haciendo un último esfuerzo, contesté:

—El público, Gabriel, no acertaba á manifestar su entusiasmo.

Cayó rendido sobre la almohada y moviendo nerviosamente las manos.

—Si otro me lo hubiera dicho, murmuró, hubiera creído que lo decía por complacer á un moribundo; pero tratándose de ti, sé fijamente que me dices la verdad.

Al escuchar sus palabras sentí por un instante profundo remordimiento de conciencia; pero volví á mirar á Gloria, vi que de sus preciosos ojos negros brotaban copiosas lágrimas y esto me sirvió de algún alivio.

—Gracias, Dóriga, muchas gracias, me pareció oirla murmurar, y entonces comprendí lo que sucedía. No es fácil engañar á una mujer. Gloria se había enterado de mi fingimiento, y lo aprobaba, lo que la agradecí infinitamente.

VII

Durante el resto de la noche estuvimos velando á Rodríguez, á quien la satisfacción del triunfo parecía haberle infundido nueva vida.

Habló mucho, en una fiebre de locura arrebatadora, formando planes para el porvenir. Había conquistado un modo de vivir para su querida esposa. Una obra como la suya dependía siempre de la primera impresión: si el público había aplaudido una vez, aplaudiría otra y otra, y los derechos de propiedad producirían lo suficiente para Gloria y su hijo. Moría tranquilo, con la seguridad de que, al menos, no les faltaria nunca para atender á las necesidades de la vida. Un drama como aquel duraría en

la escena años y años, sería siempre nuevo, los triunfos serían cada vez más grandes. Luego se representaría en provincias, en América, en el extranjero, traducida al francés, por ejemplo, y así sucesivamente.

—¿No quieres descansar un poco, Gabriel? le pregunté por fin con objeto de aliviar algo á su pobre esposa, que, pálida y llorosa, apenas apartaba la vista de Rodríguez.

—No, no, contestó rápidamente. Tengo que continuar, porque si permaneciera en silencio moriría en seguida, y quiero vivir aunque no sea más que para ver lo que dicen los periódicos.

Tenía muchísima razón. Si dejaba de hablar moriría inmediatamente, la reacción acabaría con su vida. Pero aquellas palabras me sobresaltaron. Si vivía hasta las seis de la mañana vería los periódicos, y entonces...

Dirigí una mirada interrogativa á Gloria y me comprendió inmediatamente. Veía el peligro lo mismo que yo. Si Rodríguez llegaba á ver la prensa y se enteraba de que yo le había engañado, ¿qué iba á suceder? Después de todo, aun en momentos tan críticos como aquellos es preferible decir la verdad; es siempre lo más seguro. ¿Qué hacer, Dios mío? Temblaba ante la idea del cruel desengaño que le esperaba á mi pobre amigo.

De repente se me ocurrió lo único á que se podía apelar. Miré el reloj y vi que eran cerca de las tres.

—Gabriel, dije, te voy á dejar un rato. Volveré antes de las cinco. Mientras tanto procura no hablar mucho.

Y me retiré silenciosamente. En la puerta llamé muy bajito á Gloria; se acercó en seguida y salimos de la alcoba juntos.

—Si se pone peor, la dije, avíseme usted en seguida; estaré en el comedor.

—Sí, sí, lo sé, he comprendido, contestó. En la mesita hay recado de escribir.

¿Cómo pudo adivinar lo que yo pensaba hacer?

Fuí al comedor y escribí como nunca había escrito, como tal vez nunca volvería á escribir. Escribí una crítica completa acerca de *Los desengaños de la vida*, inspirado, aguijoneado más bien por el deseo de hacer feliz á mi amigo en sus últimos instantes. Sin lisonjas ni adulaciones dije lo que yo opinaba de la obra: que era la mejor que había visto.

A eso de las seis de la mañana Rodríguez pidió un periódico, y mandamos traer *El Imparcial*. Estaba ya tan débil que apenas podía abrir los ojos.

—Luis, murmuró en voz baja, hazme el favor de leer lo que dice del estreno.

Coloqué lo que yo había escrito sobre el sitio más conveniente del periódico y lo leí sin vacilar.

Los primeros párrafos los escuchó con toda la ansiedad que le permitía su estado, y al llegar á una frase de remarcado elogio extendió los brazos exclamando:

—¡Mi querida Gloria, está asegurado tu porvenir y el de mi hijo! ¡Muero feliz!

Cayó de nuevo sobre la almohada, con la lividez de la muerte pintada en su desencajado semblante.

Gloria, tan pálida como él, me lanzó una mirada profunda.

—Sí, dije inclinando la cabeza, ¡todo ha terminado! ¡Gracias al cielo, ha muerto feliz!

Entonces la desdichada niña, pues apenas era más que una niña, rompió á llorar desgarradoramente.

VIII

Durante el año que siguió á la muerte de mi querido amigo Gabriel visité frecuentemente á Gloria, la cual vivió de lo que restaba de las cinco mil pesetas que Alberto Rosales había entregado á Rodríguez, pero sin enterarse de la verdadera procedencia de aquel dinero. Dió también algunas lecciones de piano. A fin de mitigar sus temores para lo futuro la aseguré que, una vez arreglados los asuntos de su esposo, tendría suficientes medios de vivir, y aunque no comprendió qué medios serían aquellos, dió entero crédito á mis palabras, con la sencilla confianza de la mujer.

Terminado el año, fuí un día á verla y la conté esta historia casi con las mismas palabras que la he contado aquí. Cuando lo supo todo, se levantó muy agitada y estrechó cariñosamente mi mano. No repetiré lo que dijo; solamente he de manifestar que estuvo muy amable, y que casi me avergonzó al mostrar su agradecimiento por lo poco que pude hacer por ellos.

—Y ahora, Gloria, repuse temblando y sin poder ocultar mi emoción, hablemos del porvenir. Tengo una posición buena y creo deberías compartirla conmigo. Siquiera por tu hijo, ¿me permites dirigirte la pregunta que no pude hacerte aquella mañana inolvidable en que me encaminaba á tu casa?

—¡Ay, Luis! contestó sollozando, ¡cuán bueno eres! ¡Qué dignamente te has portado conmigo! ¿Sabes lo que respondo á tu pregunta? Pues que, no sólo por mi hijo, sino por mí, que te quiero y que deseo hacerte feliz.

Y sin embargo, muchas veces pienso que, después de haber sido la esposa de un genio como Rodríguez, tiene que ser muy triste para Gloria el haberse casado con un hombre tan prosaico como yo.

L. L. Omega.



Cerdos buscando trufas.



Cerdos buscando trufas.

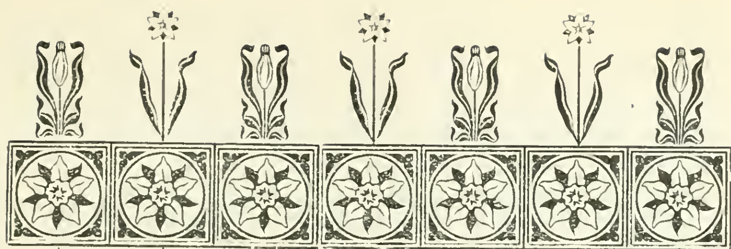


Cerdos buscando trufas.



Cerdos buscando trufas.





La Hermandad de los Siete Reyes



El niño perdido.

Cierto domingo de la primavera de 1897, cuando Dufrayer y yo paseábamos juntos en Hyde Park, nos encontramos con un amigo suyo llamado Loftus Durham. Era un artista que por aquel entonces estaba llamando la atención con sus trabajos de pintura. Sobre todo, los retratos hechos por él merecían la admiración general. Después de hablar un rato nos invitó para que fuéramos á su estudio al domingo siguiente, diciendo que aquel día esperaba á unos cuantos amigos que irían expresamente á examinar su último cuadro, el que destinaba á la próxima Exposición.

—El cuadro, añadió, es histórico; me fué encargado por una señora, y ella misma me ha servido de modelo para la figura principal. Espero que tendrán ocasión de conocerla el domingo. Me inclino á creer que el cuadro gustará, y ciertamente que no es para menos, dada la extraordinaria belleza del modelo. Pero no soy más explícito; ya comprenderán ustedes lo que quiero decir cuando la vean.

Pocos minutos después nos separamos de él.

—¡Pobre Durham! observó entonces Dufrayer. Me alegro de que empiece á olvidar la terrible desgracia que amenazaba destruirle la vida y el alma.

—¿Qué es ello? pregunté.

—Me refiero, prosiguió mi amigo, á la trágica muerte de su esposa. Estuvieron casados dos años solamente, y Durham quería con ciega pasión á su mujer. Un día salieron juntos á dar un paseo en coche; parece que los caballos se desbocaron, volcó el carruaje y la infeliz cayó con tan mala suerte que se rompió la espina dorsal y murió pocas horas después, dejando un niño de cuatro meses de edad. El pobre Loftus se impresionó tanto que algunos creyeron que perdería el juicio, pero afortunadamente veo que va reponiéndose y cobrando ánimos. ¡Ojalá sea afortunado con el cuadro! Aunque, si he de decir la verdad, mucho temo que no sea así. Entre diez mil pintores apenas hay uno que pueda pintar un buen cuadro histórico.

El domingo siguiente nos dirigimos Dufrayer y yo á los jardines de Lanchéster, donde estaba situada la casa de Durham, en la que se había ya reunido buen número de artistas afamados con sus esposas, á los que encontramos muy entretenidos examinando un cuadro de grandes dimensiones colocado en un elegante marco sobre un caballete cerca del balcón.

Dufrayer y yo nos acercamos, mirando en silencio el grupo representado en el lienzo. Si alguna duda tenía todavía mi amigo acerca del éxito de Durham, debió desvanecerse inmediatamente. El cuadro era una perfectísima obra de arte, y el asunto digno del talento y de la inspiración de un gran pintor. Se refería al hermoso poema de Walter Scott *La dama del lago*, y representaba á Elena Douglas en el cuerpo de guardia del castillo de Sterling, rodeada de los soldados de Jaime V de Escocia. Se titulaba «Soldados, atención»; las primeras palabras de Elena cuando, arrojando la capa, se reveló en toda la plenitud de su belleza á la admiración de los soldados. La actitud y la expresión de los ojos eran magníficas y acreditaban el gran talento de Durham, no menos que la perfecta belleza de su modelo.

Me volví para felicitarle afectuosamente cuando vi con sor-

presa á la misma Elena Douglas á mi lado. No había más que una diferencia: que la Elena del cuadro vestía el pintoresco



EN EL ESTUDIO

traje nacional de Escocia, mientras que la otra Elena, la viviente, llevaba un elegante, aunque sencillo, vestido de una señorita de la alta sociedad moderna.

El amplio sombrero de terciopelo negro, guarnecido de plumas de avestruz, favorecía su lindísima cara. Sin embargo, á la primera ojeada noté en las curvas de sus hermosos labios una expresión particular, que se adivinaba también en sus negros y relucientes ojos. Una secreta preocupación, una ansiedad oculta, aunque sobrado manifiesta para una persona acostumbrada á ver en el carácter de las gentes, revelábase en su rostro, cuya belleza avaloraba más y más aquella mirada de infinita tristeza.

Pensando en todo esto me hallaba yo cuando Durham me tocó suavemente en el hombro.

—¿Qué le parece á usted, amigo Head? preguntó señalando el cuadro.

—Que es una de las obras históricas más bonitas que he visto en mi vida. Doy á usted la enhorabuena de todo corazón, respondí.

—Todo el triunfo que pueda alcanzar, continuó Durham, se lo debo á esta señora, que me ha dispensado el alto honor de servirme de modelo para Elena Douglas. Permítame usted que le presente á lady Faulkner.

Me incliné cortésmente y lady Faulkner acogió mi saludo con amabilidad. Unos momentos después se apartó algo de los invitados, dándome á entender que la siguiera.

—Yo también me alegro de que guste el cuadro, dijo, cuyo asunto he tenido, ha muchos años, ardientes deseos de hacer pintar. Cuando le rogué á Mr. Durham que lo pintara, le expuse mi capricho de ser yo la Elena. Es un regalo que pienso hacer á mi esposo.

—¿Lo ha visto ya? pregunté.

—No: está en la India. Es una sorpresa que le reservo para cuando vuelva. Siempre tuvo afán de poseer un cuadro bien pintado que se refiriese á ese asunto, y, así como yo, tenía el capricho de que su mujer sirviera de modelo para la figura de Elena Douglas. Gracias á la habilidad de Mr. Durham he salido bien y estoy satisfecha.

Un invitado que acababa de llegar se acercó á ella en aquel momento y yo me retiré. Sin embargo, su lindo rostro me atraía de una manera irresistible, y me volví varias veces para mirarla. De repente la vi levantar la mano como para imponer

silencio y corrió hacia la puerta del estudio. Desde fuera llegaron á nuestros oídos los menudos pasos de una mujer, cuya voz parecía acariciar á un niño con visibles muestras de alegría. Un momento después volvió á presentarse lady Faulkner trayendo en los brazos al hijo de Durham.

Era una criatura angelical, que despertaba la admiración de todos. Un pelo rubio como el oro y rizoso coronaba su cabecita, y los ojos eran de un precioso color azul celeste. Estaba muy robusto, muy sano y sus formas eran encantadoras. Al ver tanta gente en el salón volvió la carita asustado, pero cuando lady Faulkner le habló sonrióse dulcemente y rodeó su cuello con sus bracitos.

—¡Hola, hola! exclamó Durham sin poder ocultar su alegría. ¿De modo que te has atrevido á venir sin permiso, Robín? Pero no permita usted, lady Faulkner, que ese bribonzuelo la canse tanto. Le mima usted demasiado.

—Eso no es cierto: ¿verdad, Robinito mío? dijo la señora: no es posible que nadie te mime demasiado.

Besó tiernamente al niño y se sentó en un diván al extremo del estudio. Yo fuí á sentarme á su lado. Estaba tan entusiasmada con el bebé que al principio no se fijó en mí, é inclinándose sobre él permitió que se pusiera á jugar con una larga cadena de oro que llevaba pendiente del cuello. De vez en cuando le besaba con pasión. De repente levantó la cabeza y notó que yo la observaba con interés.

—¿Verdad que es un encanto, Mr. Head? preguntó. Yo no sé cómo hubiera vivido estos meses sin este pequeñuelo. Tuve que venir á Londres por un asunto particular que me ha ocupado más de lo que creía, así que hace tiempo que no he visto á mi nene. Y mientras tanto este angelito me ha servido de mucho consuelo. Somos muy buenos amigos, ¿no es cierto, Robinito?

—Parece que el niño la quiere á usted mucho, dije.

—¡Que si me quiere! Ya lo creo; ¡me adora! ¿Verdad, nene, que me quieres mucho?

El niño levantó la cabecita y contestó con un gesto infantil. Luego, con una dulce sonrisa, ocultó la carita en su seno.

—¿El niño de usted tiene la misma edad que éste? pregunté.

—Sí, y por cierto que es el retrato fiel de este niño. Tienen la misma edad y el parecido es verdaderamente extraordinario. Pero juzgue usted por sí mismo.



DUFRAYER MIRÓ EL RETRATO DEL NIÑO

Sacó del pecho un medallón de oro, tocó un resorte y me enseñó el retrato, pintado en colores, de un hermoso niño. Podía haber pasado por el retrato de Robinito Durham. La semejanza era verdaderamente extraordinaria.

En aquel momento se acercó Dufrayer y le llamé la atención.

—¿Verdad que es notable? le dije. Mira, este es el retrato del

niño de lady Faulkner. Fíjate y verás qué semejanza tan grande con Robinito.

Dufrayer tomó el retrato: lo comparó con la cara de la madre del niño, y vi con sorpresa que lady Faulkner se sonrojó ante la mirada de mi amigo, la cual fué tan intensa y tan fija que casi rayó en falta de cortesía.

Diciendo fríamente que era verdad, que el retrato podía ser el del hijo de su amigo Durham, Dufrayer devolvió el medallón con gravedad á lady Faulkner y un momento después atravesó el salón.

Lady Faulkner le siguió con la vista, y noté que cambiaba la expresión de sus ojos, dando lugar á una mirada dura, provocativa y furiosa, que se borró rápidamente. Abrazó al niño con más efusión que nunca y le besó repetidas veces.

Poco después me despedí también, pero en unos días no pude olvidar á lady Faulkner ni al niño de Durham.

Había recibido una invitación para la Exposición de Bellas Artes, y recordando el cuadro de Durham resolví asistir á la inauguración.

Todos los salones estaban tan llenos de gente, que casi era imposible ver los cuadros: sin embargo, después de un rato encontré el de mi amigo. Ocupaba un puesto de honor, por lo cual comprendí que el éxito y el triunfo eran seguros. Había simpatizado con él y me alegré mucho de su buena suerte.

Por fin conseguí abrirme paso por entre el grupo de admiradores que contemplaban el cuadro, quienes impresionados por la escena que representaba, y más todavía por la gracia y la extraordinaria belleza de la figura principal, hacían toda suerte de observaciones lisonjeras para el artista.

Unos minutos más tarde, cuando aún permanecíamos admirando la obra, dos voces que al momento reconocí llegaron á mis oídos. Primero me estremecí y luego quedé inmóvil. Las voces eran las de Mme. Koluchy y lady Faulkner. Estaban juntas y hablaban reservadamente. Como no se fijaron en mí, pude escuchar las siguientes palabras:

—Lo haré mañana ó pasado. Mi esposo vuelve antes de lo que creí y no hay un momento que perder. ¿Ha arreglado usted lo de la niñera?

—Sí. respondió Mme. Koluchy: puede usted dejarlo en mis manos con toda confianza.

—¿Y estaré segura? ¿No habrá miedo de?...

Alguien se interpuso entre ellas y yo y no pude oir la terminación de la frase. pero era suficiente. Ya los cuadros no me interesaban y salí apresuradamente de la Exposición. Al bajar la escalera mi corazón latía con violencia. ¿Qué tenía que hacer lady Faulkner con Mme. Koluchy? ¿Tendrían una significación siniestra las palabras que involuntariamente había escuchado? Muy rara vez, casi puede decirse que nunca, entablaba madame amistad con nadie sin tener para ello motivos muy poderosos. Sin duda alguna la preciosa escocesa era antigua conocida suya, se veía en algún apuro y madame la estaba ayudando á salir de él. Una vez más estaba seguro de que Mme. Koluchy se disponía á dar algún nuevo golpe. tan atrevido como todos los suyos.

Sin detenerme marché á la oficina de Dufrayer y le dije lo que había ocurrido.

—La voz de lady Faulkner. añadí. era indudablemente la de una mujer muy afligida. Habló con mucha confianza á madame Koluchy y me pareció verla dispuesta á todo. por muy atrevido y peligroso que fuese. ¿Qué te parece. Dufrayer? ¿Será posible que Durham se halle en peligro?

—Es imposible saber eso. Head. replicó mi amigo. Las maquinaciones de Mme. Koluchy están fuera de mi alcance, no puedo luchar con ella; pero ya que me lo preguntas. te diré que de fijo está fraguando alguna nueva diablura. Y á propósito. noté que lady Faulkner excitó mucho tu curiosidad el día que la vimos en casa de Durham.

—Es verdad. contesté. ¿Y á ti qué te pareció?

—Me gustó. y sin embargo me causaba cierta repulsión. No me agradó nada la expresión de sus ojos cuando tenía al niño en los brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Apenas puedo explicarme. pero temo que Mme. Koluchy la está sometiendo á una extraña tentación. Cuál es. claro está que es imposible adivinarlo. Cuando hablaste del parecido que existe entre su hijo y el hijo de Durham. noté en sus ojos una mirada

por la que comprendí que sería capaz de todo con tal de conseguir sus propósitos.

—Se me figura que estás equivocado, dije levantándome para marchar; de todos modos, Durham ha obtenido un gran triunfo y se lo debe á lady Faulkner. Tengo que ir un día de estos á darle la enhorabuena.

Así lo hice dos días después. Por cierto que encontré al artista pintando el retrato de un ministro.

—¿Cómo está usted, amigo Head? exclamó. Me alegro muchísimo de verle. Tome usted asiento, pero dispénseme que siga trabajando. El triunfo obtenido con mi cuadro me ha proporcionado más encargos que aquellos á que buenamente puedo atender. ¿Ha leído usted las revistas?

—Sí, contesté, y también he visto agrupada á la multitud para admirar y ponderar el cuadro el día en que fué expuesto por primera vez. Es una magnífica obra de arte, amigo Durham. Desde hoy pertenecerá usted al número de los pintores más célebres.

Sonrió ligeramente y continuó pintando el fondo del retrato.

—Y á propósito, continué, sentí vivo interés por aquella dama que le sirvió á usted de modelo para la figura de Elena Douglas; es preciosa.

Durham me dirigió una mirada rápida, y luego, prosiguiendo su trabajo, dijo:

—Es una historia no exenta de curiosidad. Lady Faulkner vino á verme en el mes de noviembre del año último. Manifestó que había visto á mi hijo en Regent's Park y que le había llamado la atención por el extraordinario parecido con su nene. Preguntó el nombre de mi hijo, se enteró de que yo era su padre (parece què había oído hablar de mí como pintor de retratos) y se atrevió á visitarme para saber si me encargaría de pintar un cuadro histórico.

Nunca había yo ambicionado tanto honor y vacilé antes de aceptarlo; pero lady Faulkner tenía en ello mucho empeño, prometió ser el modelo para la figura de Elena Douglas y me ofreció 2.000 libras esterlinas por el cuadro en cuanto estuviera terminado.

No soy rico y no me convenía rehusar tan bonita suma. La

rogué que encargara el trabajo á un pintor más competente que yo: pero lejos de escucharme, declaró que precisamente quería que lo pintara yo y nadie más. Por fin me decidí y comencé á trabajar en seguida. Para un cuadro tan grande era corto el tiempo, y lady Faulkner venía tres ó cuatro veces por semana. Puso por condición que se había de permitir al niño que entrara y saliera del estudio como y cuando quisiera; Robinito se encariñó con ella desde el primer día, y ella por su parte le ha tratado siempre con el mayor cariño. El niño la ha ido queriendo más y más, y creo que ella no estaba nunca más contenta que cuando le tenía en los brazos.

Verdaderamente tengo mucho que agradecerla, pues á no ser por ella jamás hubiera yo pintado un cuadro como el que tan brillante triunfo me ha proporcionado.

—¿Está todavía en Londres lady Faulkner? pregunté.

—No, esta mañana precisamente ha salido para Escocia. El castillo de su esposo, llamado Bram Castle, en la provincia de Inverness, es una magnífica posesión, muy antigua, que data de la Edad Media. Viven allí casi siempre.

—¿Cómo está su niño, Durham? Veo que le tiene usted siempre en Londres. Es verdad que en este barrio se respira un aire muy puro.

—Sí, contestó, y además, Robinito pasa la mayor parte del día en Regent's Park. Por cierto que ya debería estar en casa. Generalmente toma el té conmigo todas las tardes. ¿Le molestará á usted que venga?

—Muy al contrario; tendré mucho gusto en verle, Durham.

El artista tocó el timbre y á los pocos momentos se presentó un criado.

—Traiga usted el té, Collier, dijo. ¿Ha regresado ya el niño?

—No, señor, respondió el hombre. Por cierto que me extraña mucho, pues Juana siempre vuelve antes de las cinco.

Durham, sin replicar una palabra, volvió á ocuparse en su interrumpida tarea. El criado trajo el té, pero el niño no apareció. Durham me sirvió una taza y se quedó pensativo por un momento. De repente oprimió de nuevo el timbre.

—Diga usted á Juana que traiga el niño, exclamó en cuanto se presentó el criado.

—No han vuelto todavía, señor.

Durham miró el reloj.

—Son las seis, dijo. ¿Si les habrá ocurrido algo? Voy á salir á ver si los encuentro.



¿CÓMO ESTÁ SU NIÑO? PREGUNTÉ

—Yo le acompañaré á usted, Durham, exclamé. Si va usted á Regent's Park, de camino me coge mi casa.

—La niñera, generalmente, le lleva al paseo ancho, añadió el artista: iremos en esa dirección.

Entramos en el parque, pero por ninguna parte vimos á la niñera con el niño. Interrogamos á varios guardas. pero nada pudieron decirnos.

—Estoy molestando á usted con todo esto, amigo Head, observó el pintor.

Le miré. Aunque no había expresado temor ninguno en sus palabras, comprendí que estaba intranquilo, que no podía disimular su inquietud y que el más profundo disgusto estaba en su semblante.

Una sospecha asaltó mi imaginación. y por más que lo procuraba no podía desecharla.

—Más vale que regresemos á su casa. Durham. dije: probablemente estará allí ya el niño.

Procuré dar á mis palabras un tono alegre, pero confieso que estaba lejos de abrigar esperanza ninguna.

Durham me lanzó una mirada escudriñadora.

—Quiero á mi hijo. amigo Head, dijo luego. más que otros padres quieren á los suyos, y tengo poderosos motivos para quererle así. ¿Conoce usted la horrible desgracia que sufrí hace dos años?

—Me la refirió Dufrayer, contesté.

—Toda mi alma y toda mi vida están concentradas en mi pequeñuelo, continuó. Vaya. espero encontrarle en casa. ¿Pero de veras viene usted conmigo?

—Por supuesto, si usted me lo permite. Yo tampoco estaría tranquilo sin saber si han regresado á casa ya.

Volvimos á casa de Durham. cuyo criado preguntó en cuanto abrió la puerta:

—¿Los ha encontrado usted, señor?

—No, no sabemos nada de ninguno de ellos. contesté.

—Esto no ha sucedido jamás. exclamó el artista. Juana sabe muy bien que no tolero que el niño esté nunca fuera de casa después de las cinco. y son ya cerca de las siete. ¿Está usted seguro. Pedro. de que no han traído ningún recado que motive la tardanza de la niñera?

—Estoy segurísimo. señor.

—¿Qué le parece á usted. Head? preguntó el artista dirigiéndose á mí.

—No sé qué decirle, amigo mío, contesté, pero creo que el retraso de la niñera pudiera achacarse á varias causas. Esperemos una hora más, y si para entonces no ha venido será necesario adoptar alguna determinación.

Volví la cabeza para que Durham no se fijara en la expresión de mi semblante, pues las palabras de lady Faulkner, volviendo en aquel momento á mi imaginación, me hacían aparecer inquieto y lleno de zozobra.

—«Lo haré mañana ó pasado, había dicho. ¿Ha arreglado usted lo de la niñera?»

Entramos juntos al estudio y Durham me ofreció un cigarro. Un momento después llegó á nuestros oídos un gran alboroto promovido en la cocina, y oímos el ruido de pasos precipitados y más de una exclamación de alarma. Durham se puso lívido.

—Ha ocurrido alguna desgracia, Head, exclamó. Estaba seguro de que algo había sucedido. ¡Dios me asista!

Corrió á la puerta y yo le seguí. En el momento de llegar á ella, alguien la abrió desde afuera, y la niñera, una mujer de treinta á cuarenta años de edad, cayó de hinojos á los pies de mi amigo, exclamando entre sollozo y sollozo:

—¡Ay, señor, qué horrible desgracia! ¡Nunca me lo perdonará usted! ¡Más quisiera haberme muerto!

—¡Levántese usted inmediatamente, Juana! gritó Durham agitadísimo. ¿Le ha sucedido algo al niño? ¡Hable usted, por Dios!

—¡Ay, señor! repitió la mujer sin poder contener el llanto. Mi nene, mi pobrecito nene, se ha perdido; no sé qué ha sido de él. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué hacer? Apenas me he atrevido á venir á decírselo.

—Eso es una tontería, contestó el pintor. Vaya, vaya, díganos usted qué ha sucedido.

La actitud de Durham había cambiado de repente. Una vez recibido el golpe era el hombre sereno, resuelto y decidido de siempre.

La mujer le miró sorprendida. Indudablemente la impresionaba la actitud de su amo: pero, siguiendo su ejemplo, procuró serenarse también.

—Sucedió de esta manera, señor, comenzó diciendo. Salí esta

tarde, como de costumbre, con el niño. y... ya sabe usted cuánto quería á lady Faulkner.

—Lady Faulkner no tiene que ver nada en este asunto. interrumpió Durham; continúe usted.

—La señora está en Escocia, señor. ó por lo menos así se supone. Vino anoche á despedirse de nosotras, y llegó á la sazón que yo estaba desnudando al niño. Le cogió en brazos y le besó repetidas veces. El niño la quiere muchísimo. Siempre la decía: Señora bonita, te quiero. Anoche cuando se marchó comenzó á llorar.

—Siga usted, siga usted, volvió á decir Durham.

—Fuimos al parque; yo le llevaba en el cochecito, pero le gusta mucho que le ponga en el suelo. Como el tiempo estaba tan hermoso, me senté en un banco mientras Robinito andaba jugando por allí. Una de las cosas que más le entusiasman es jugar al escondite conmigo, y esta tarde me pidió también que jugara con él. De prontó oí que gritaba: ¡Señora bonita, señora bonita! y echó á correr hacia el otro lado de los árboles. Estaba muy cerca de mí y yo iba á seguirle, pues en eso consistía el juego, cuando se acercó Mr. Ivanhoe. con quien he hablado dos ó tres veces, y no puedo menos de confesar que me distraje y olvidé al niño por un instante; pero corrí tras él en seguida para cogerle... y ya no estaba, ya no le he vuelto á ver. No sé dónde se halla, y tampoco sé lo que ha pasado. Sin embargo. estoy segura, señor, de que alguien lo ha robado. Quién puede ser. sólo Dios lo sabe. Se conoce que el niño creyó ver á lady Faulkner en el parque y corrió hacia ella gritando, como siempre: ¡Señora bonita, señora bonita! No puedo decir más, señor. Hubiera vuelto antes á casa, pero he estado buscándole por todas partes.

—Hizo usted muy mal en no volver inmediatamente, dijo Durham. ¿No vió usted á la persona que llamó la atención del niño?

—No vi absolutamente á nadie, señor. Sólo suena en mis oídos la alegre exclamación del niño al gritar: ¡Señora bonita. señora bonita!

—Debió usted haberle seguido.

—Sí. señor, ya lo sé, y siento profundamente no haberlo

hecho: pero no se me ocurrió que pudiera suceder algo, y el caballero estuvo tan amable conmigo que por un momento lo olvidé todo.

—¿Ese caballero dijo que se llamaba Ivanhoe?

—Sí, señor.



ME DISTRAJE UN MOMENTO

—Quisiera que me diese usted las señas de ese caballero, dije interrumpiendo la conversación.

La mujer me miró con sorpresa. Creo que ni siquiera se había fijado en mí hasta aquel momento.

—Era alto, moreno y de tipo distinguido. Por su acento al hablar parecía extranjero.

Miré á Durham. En su semblante se destacaba una profunda tristeza y gran perplejidad.

Mil temores y sospechas cruzaron por mi imaginación.

—Es inútil perder el tiempo en detalles insignificantes, dijo el pobre padre con marcada impaciencia. Lo que hay que hacer es buscar al niño en seguida. Juana, cálmese usted: con afligirnos, nada adelantaremos. ¿Ha hablado usted á los guardas acerca del niño?

—Sí, señor, hace más de dos horas.

—Durham, dije levantándome, vamonos á casa de Dufrayer; él mejor que nadie nos aconsejará lo que debemos hacer.

Durham, dirigiéndome una mirada escrutadora, salió al momento al pasillo y se puso el sombrero. Un minuto después salíamos de su casa.

—¿Qué opina usted de todo esto, amigo Head? me preguntó cuando en un coche de punto nos dirigíamos apresuradamente á casa de Dufrayer.

—Mucho temo, contesté, que el niño se halle en peligro. Pero no me pregunte usted más hasta que hayamos consultado con mi amigo.

Afortunadamente encontramos á Dufrayer en casa. Le referimos toda la historia de la desaparición del niño y nos escuchó, como de costumbre, prestando la mayor atención. Cuando Durham terminó de hablar, Dufrayer dijo pausadamente:

—Para mí está bastante claro lo que ha sucedido.

—¿Cómo? exclamó el pintor; ¿es posible que presuma usted lo que ha sido de mi hijo?

—Sí, amigo mío, tengo motivos muy poderosos para creer que usted es una de las numerosas víctimas de la criminal más osada de todo Londres. Me refiero á Mme. Koluchy.

—¡Mme. Koluchy! repitió Durham con indescriptible asombro y mirándonos alternativamente á mi amigo y á mí. ¿Qué quiere usted decir? ¿Cómo es posible que Mme. Koluchy tenga algo que ver con mi hijo si no la conozco más que de nombre? Supongo que habla usted de la famosa doctora.

—Ella misma, contestó Dufrayer. Para ser franco con usted, amigo mío, le diré que hace tiempo que Head y yo venimos siguiendo la pista á esa terrible mujer, de la que sabemos cosas

muy graves. Ahora no es la mejor ocasión para contarlas, pero le aseguro á usted que es capaz de todo con tal de conseguir sus propósitos. Solamente el conocerla constituye un peligro; ser amigo suyo significa asociarse con ella para algún crimen monstruoso. Lady Faulkner se trata con madame y se hablan con confianza. Las vió Head juntas en la Exposición de Bellas Artes. Head, cuéntale á Durham las palabras que le oíste pronunciar á lady. Así lo hice.

Durham, que me había escuchado con atención, movió la cabeza.

—No hacemos más que perder el tiempo en estas cosas, dijo. Nada hay en el mundo que me haga sospechar de lady Faulkner. ¿Por qué causa, por qué motivo me ha de robar ella á mi hijo, cuando tiene otro que tanto se parece á Robinito? No, Head, está usted equivocado. Lo que yo opino es que alguien ha robado al niño para obtener luego un buen rescate. Voy ahora mismo á la oficina de policía para que telegrafíen á las estaciones cercanas á ver si se averigua algo.

—Yo le acompañaré, dijo Dufrayer.

—Y yo iré á Regent's Park para preguntar si los guardas han obtenido alguna noticia.

Y nos separamos para marchar cada cual por nuestro lado.

Los siguientes días transcurrieron buscando inútilmente al niño. No se economizaron ni dinero ni esfuerzos: la policía trabajó bien, se ofrecieron grandes sumas por el rescate... todo en vano. Durham, con un *detective*, pasaba el tiempo corriendo de un sitio á otro. Se desmejoró muchísimo, no podía conciliar el sueño, se llegó á temer por su vida.

—Si continúa esta horrible incertidumbre, me dijo Dufrayer á los ocho días de la desaparición del niño, sospecho que Durham no podrá resistirlo.

A la mañana siguiente ocurrió un nuevo suceso inexplicable. Juana Cleaver, la niñera que había lamentado la pérdida del niño casi tanto como su padre, salió de casa y no volvió más. Inmediatamente se dieron los pasos para averiguar su paradero, pero todo fué inútil: no se pudo saber nada.

En la tarde de aquel día fuí á ver á Durham y le encontré medio loco de desesperación y dolor.

—Es imposible continuar así, amigo Head, me dijo; paréceme que acabaré por perder la razón. No puedo imaginar lo que me pasa. No es sólo la ausencia del niño lo que me aflige, es que sufro como si padeciera una cruel enfermedad. No puedo explicar á usted cómo paso las noches; tengo horribles pesadillas. A veces experimento una sensación abrasadora, como si el fuego me estuviera consumiendo. Por la mañana me levanto más muerto que vivo. Durante el día mejoro algo, pero viene la noche y vuelta á las andadas. La imagen del niño está siempre delante de mis ojos; le veo en todas partes, á todas horas estoy oyendo su voz, que parece llamarme para que le salve.

El pobre padre se sintió tan emocionado que no pudo continuar.

—Durham, dije después de unos momentos de silencio, he venido esta noche para decirle que estoy decidido á...

—¿A qué? interrumpió el pintor.

—He resuelto, continué, ir á Escocia mañana mismo, con objeto de visitar á lady Faulkner en su castillo de Bram. Es posible que ella sepa algo de lo que ha sucedido con el niño. Por lo menos nos consta que una dama que se parecía á ella llamó la atención de Robinito.

Durham sonrió como demostrando incredulidad.

—No opino como usted, dijo. Pondría la vida en favor de lady Faulkner, porque estoy segurísimo de que es incapaz de cometer tan vil acción.

—De todos modos, añadí, me permitirá usted investigar. Estaré ausente tres ó cuatro días, y tal vez podré traerle alguna noticia cuando vuelva. Mientras tanto, tenga usted ánimo y valor, amigo Durham.

A la mañana siguiente salí para Escocia, llegando por la noche sin novedad á Inverness. Me detuve en una aldea cerca de Bram Castle; me hospedé en la única posada que había, y á primera hora de la mañana del día siguiente me dirigí al castillo. Lady Faulkner estaba en casa y no pudo disimular la sorpresa que le causó mi visita. Al entrar yo en su gabinete mudó de color y noté que se hallaba consternada.

—Me ha asustado usted, Mr. Head, dijo. ¿Ocurre algo de particular?

—Sí, lady Faulkner, contesté; es muy particular lo que ocurre. ¿Pero es posible que no sepa usted la noticia?

—¿Qué noticia?

Recobró la calma en un momento, y sentándose en la butaca me miró cara á cara.



TRAIGO NOTICIAS, DIJE

—Traigo noticias que seguramente le causarán á usted pena. Usted quería mucho al hijo de Mr. Durham, ¿no es cierto?

—¿Al precioso Robinito? ¡Ya lo creo! Le quería muchísimo. ¿Le ha sucedido algo?

—¿Es posible que no lo sepa usted? repetí. El niño se ha perdido.

Y la referí lo que había pasado. Lady Faulkner me escuchó atentamente, expresando con la mirada y con los gestos la de-

bida sorpresa y la pena que mi relación podía causarla. Cuando terminé se asomaron las lágrimas á sus ojos.

—¡Pobre señor! exclamó; ¡cuánto lo siento! ¡Qué disgusto tan horrible! ¿Podrá resistirlo Mr. Durham? Pero seguramente se podrá encontrar el niño, ¿no es así?

—A la fuerza, á todo trance hay que encontrarle, respondí firmemente.

Mis sospechas se confirmaron en seguida. Lady Faulkner me miraba con una calma tan fría, tan impasible, que parecía mentira que pudiera fingir de aquel modo; indudablemente exageraba. La dura expresión que días antes había notado en sus ojos y en su boca volvió á hacerse perceptible, y me trajo á la memoria las palabras de Dufrayer cuando dijo que lady Faulkner no le había impresionado favorablemente.

—¡Es terrible! exclamó levantándose de la butaca. Compadezco de todo corazón al pobre Durham por este horrible suceso, que me afecta más todavía al recordar el gran parecido de Robinito con mi hijo. ¿Quiere usted conocerle?

—Me causará un verdadero placer. ¿Y tan grande es el parecido?

—Maravilloso; apenas puede distinguirse entre uno y otro niño.

Tocó un timbre y un momento después se presentó un criado.

—Diga usted al ama que traiga el niño.

A los pocos instantes se abrió la puerta y entró apresuradamente un precioso niño vestido de blanco, el cual, poniendo las manitas sobre las rodillas de la dama, la miró con el mayor cariño.

—¿Quién es el precioso nene de mamá? dijo lady Faulkner levantándole en los brazos.

Tenía los dedos llenos de sortijas, y noté que al estrechar al niño contra su pecho temblaba violentamente. ¿Sería posible que aquella emoción la produjera únicamente el sentimiento que la causaba la desgracia de Durham?

—Señora, dije poniéndome en pie, he de hablar á usted con toda franqueza; he venido aquí con una esperanza. La pérdida del niño está matando á su pobre padre. ¿Puede usted hacer algo para evitarlo?

—¿Yo? exclamó. ¿Qué quiere usted que yo haga?

Conocí que mis palabras la habían impresionado, sin duda porque no las esperaba.

—¿Puede usted hacer algo, repetí, para aliviar al pobre Durham? Permítame usted que mire á ese niño: es exactamente igual al que se perdió en el parque.

—Desde un principio dije que el parecido es verdaderamente extraordinario. Mira, nene, mira á ese señor y dile tú mismo quién es el nene de mamá, monísimo mío.

—Yo, yo, nene de mamá, exclamó el niño mirándome.

Y, sin embargo, yo no podía convencerme. Estaba seguro de haber visto antes aquellos ojos tan azules, aquellos rizos dorados, aquella sonrisa angelical. Lady Faulkner sacó el medallón, abrióle y me lo entregó diciendo:

—Todas las facciones, fíjese bien, Mr. Head, facción por facción, son exactamente iguales. Este niño es mi hijo. ¿Será posible, continuó, dejando la criatura, que sospeche usted de mí?

—Dispénseme usted, pero no puedo menos de decir que sí. Tengo motivos muy poderosos para mis sospechas y los considero muy fundados.

Haciendo un esfuerzo para dominarse se volvió á sentar.

—Su acusación es harto grave para que me ofenda, dijo, pero creo que no ha medido usted bien el alcance de sus palabras. ¿Sospecha usted de mí? ¿Sospecha usted que yo he robado el niño de Mr. Durham?

—¡Dios me asista, respondí, como eso es verdad!

—¿Y se puede saber en qué se funda usted para creerlo?

Volvió á coger el niño y le puso sobre sus rodillas. La criatura, volviéndose hacia ella, empezó á jugar con la larga cadena de oro que pendía del cuello de lady Faulkner, y al mirarle recordé haber visto al hijo de Durham jugar con la misma cadena en el estudio de Lanchéster Gardens.

Brevemente expuse las razones que tenía para sospechar de ella. La dije lo que había oído en la Exposición, y empleé palabras muy duras en contra de Mme. Koluchy.

—El mero hecho de ser amiga de esa mujer, añadí para terminar, la acusa y la condena á usted. ¿Está usted enterada de quién es madame?

Calló durante unos instantes.

—Cuando regrese mi esposo, dijo por fin tímidamente, sabrá protegerme contra tan infame acusación.

—¿Está usted dispuesta á jurar que es suyo el niño que tiene en los brazos?

—Sí, juraré, exclamó después de unos momentos de vacilación.

—¿Quiere usted prestar sobre la Biblia juramento de que es el hijo de usted?

Palideció visiblemente.

—No creo que sea necesario un paso tan grave.

—¿Pero lo hará usted? insistí.

Miró otra vez al niño, el cual, levantando los ojos, la contempló cariñosamente, exclamando:

—Señora bonita.

En el momento que pronunció estas palabras noté un cambio en su semblante. Se levantó y tocó el timbre. Una mujer de edad entró en el gabinete.

—Ama, llévese usted al niño, dijo lady Faulkner. Estoy dispuesta á jurar, añadió. En aquella mesa hay una Biblia; juraré en ella.

La tomó en la mano, repitió las frases usuales entre los escoceses y besó la Biblia diciendo solemnemente:

—Juro que el niño es hijo mío, nacido de mí.

—Gracias, respondí tomando de sus manos la Biblia y dejándola sobre la mesa.

—Creo, añadió en voz baja, que ya no puede usted exigirme más.

—Hay una nueva prueba, contesté, que pondrá fin al asunto. Si el niño que acaba de salir de aquí es hijo de usted no reconocerá á Mr. Durham, puesto que jamás le ha visto; pero si es hijo de mi amigo, reconocerá á su padre en cuanto le vea. ¿Quiere usted volver conmigo mañana á Londres y traer al niño? Si desconoce á Durham, me convenceré de que ha dicho usted la verdad.

Antes de que lady Faulkner pudiera responder se presentó un criado trayendo una carta sobre una bandeja de plata. La abrió, leyóla, y al terminar la lectura y levantar la vista me

pareció notar en su semblante una expresión de triunfo. Brillaban sus ojos y parecían desafiarme.

—Haremos la prueba, dijo. Iré con usted mañana á Londres.

—¿Pero llevando el niño?



JURO QUE EL NIÑO ES MÍO

—Sí, llevaré á mi hijo.

—¿Y permitirá usted que vea á Durham sin que esté usted delante?

—También accedo á eso.

—Está bien. Marcharemos mañana á primera hora.

Poco después salí de su casa, me dirigí á la oficina de telégrafos y puse un despacho á Dufrayer diciéndole que lady

Faulkner y yo iríamos en el primer tren de la mañana llevando al niño que aseguraba ella ser su hijo. Le encargaba que no anunciase nada á Durham.

Por la noche recibí contestación. «Ven lo antes posible, decía; Durham, muy grave.»

No me pareció conveniente hablar de la enfermedad del pintor á lady Faulkner, y á la mañana siguiente, según habíamos convenido, nos pusimos en camino para Londres.

Ningún ama acompañaba al niño, que pasó durmiendo casi todo el día. Lady Faulkner permaneció triste y silenciosa y apenas me dirigió la palabra. En una ocasión en que atendía yo á lo que necesitaba me miró fijamente diciendo:

—Como usted no me cree, Mr. Head, no me es posible tratarle con confianza hasta que deseche esas dudas tan injustas como ofensivas.

—No hallo palabras, lady Faulkner, contesté, para explicar á usted cuánto siento lo que está pasando, pero con la ayuda de Dios confío en que resplandecerá la justicia.

Se estremeció al oir mis palabras.

A las siete de la tarde llegamos á King Cross. Dufrayer me esperaba en el andén y se acercó al carruaje en cuanto nos vió. En la expresión de su rostro comprendí que traía muy malas noticias. ¿Habíamos llegado demasiado tarde para probar que el niño era de lady Faulkner?

—Anda listo, dijo con voz agitada. Durham se está muriendo. Mucho temo que lleguemos tarde.

—¿Qué es lo que tiene?

—Nadie puede averiguarlo. Langley Charton, el gran especialista de las enfermedades de los nervios, le ha visitado esta tarde y está desorientado. Sin embargo, atribuye la enfermedad al disgusto de haber perdido á su hijo.

Dufrayer pronunció estas palabras en voz baja y creyendo que ninguno más que yo las oía. Cuando terminó sentí que me tocaban suavemente en el brazo: era lady Faulkner.

—¿Qué dicen ustedes? preguntó aterrada. ¿Es verdad que Mr. Durham está muy grave, que peligra su vida?

—Tan grave está, señora, repuso Dufrayer bruscamente, que dudo que lleguemos á su casa á tiempo para verle vivo.

Lady Faulkner dió un paso atrás, como si le hubiesen clavado un puñal en el corazón, temblando al mismo tiempo como una azogada.

—Tome usted el niño ¡por favor! dijo con voz débil.

Cogí al niño en los brazos, nos metimos en una berlina y salimos á escape hacia Lanchéster Gardens.

Cuando entramos en casa del pintor, el doctor Curyon nos recibió en el pasillo.

—Llegan ustedes demasiado tarde, dijo. El pobre Durham ha perdido el conocimiento. Es el principio del fin, y dudo que viva hasta el amanecer.

Estas palabras fueron interrumpidas por una exclamación de angustia. Volví la cara y vi á lady Faulkner que había arrojado la capa y levantando el velo miraba fijamente al doctor.

—Repita usted esas frases, dijo.

—Señora, replicó el doctor, siento mucho causarla tan grave disgusto, pero la verdad es esa. Durham está gravísimo, ha perdido el conocimiento, se halla en la agonía.

—Necesito verle, exclamó. ¿Cuál es su alcoba?

—La que da á la escalera, primer piso, fué la respuesta del doctor.

Sin esperar á más subió la escalera precipitadamente. Nosotros la seguimos más despacio, llevando yo en los brazos al niño. En el momento en que llegábamos á la puerta, lady Faulkner salió, y al verme quedó inmóvil, como atontada; pero reponiéndose pronto, exclamó:

—Le he visto; una ojeada fué suficiente para convencerme de que el doctor decía la verdad. Necesito hablar con usted á solas ahora mismo, lléveme á donde no nos interrumpan.

Abrí la puerta de un cuarto contiguo y di la luz eléctrica.

—Deje usted al niño, continuó la señora, ó que le lleven de aquí. ¡Dios mío! ¡qué horror! ¡Esto es horrible! ¡esto es insoportable! ¡Jamás creí que llegaría este caso!

—Lady Faulkner, interrumpí, ¿se da usted cuenta de lo que está diciendo?

—¡Sí, sí, de todo! ¡Ay, Mr. Head! tenía usted mucha razón. Mme. Koluchy es la mujer más perversa del mundo. Ella me dijo que podía traer el niño á Londres con toda confianza, que

había arreglado las cosas de manera que el padre no conocería al hijo ni el hijo al padre. Añadió que trajera el niño aquí, á casa de Durham, sin preocuparme de nada; que lo dejara todo en sus manos, que todo corría de su cuenta. Nunca pude figurarme que á este extremo llegarían las cosas. Confié en su talento incomparable, pero no creí que sería capaz de algo tan horrible como esto. Acabo de ver á Mr. Durham y está cambiadísimo; hace estremecer la diferencia tan honda que se observa en su semblante. ¡Ay, Dios mío! esto le matará á él y á mí.

—Es preciso que me cuente usted todo lo que ha sucedido, dije con cierto énfasis, ahora que se ha comprometido usted y casi ha confesado la verdad. ¿De manera que mis sospechas se han confirmado? ¿De modo que ese niño es el hijo de mi amigo Durham?

—Sí, es el hijo de Loftus Durham, respondió, y yo soy la mujer más miserable y más desgraciada del mundo. Haga usted de mí lo que quiera. ¡Sí, sí! tuve valor para robar el niño, pero no puedo ni quiero llegar hasta lo último. ¡Esto es un crimen, un asesinato, Mr. Head! Si Mr. Durham muere, yo seré la responsable de su muerte. ¿No queda ninguna esperanza, no hay posibilidad de salvarle la vida?

—Es imposible decir ni hacer nada hasta que confiese usted toda la verdad.

—Pues la diré. Voy á referirlo todo en tan pocas palabras como me sea posible; mas para que comprenda usted por qué cometí tan horrible delito, es necesario que sepa algo de la historia de mi vida. Cuando yo era todavía muy joven murieron mis padres á consecuencia del hondo pesar que les causó la muerte de tres hijos más pequeños que yo, los cuales fallecieron uno después de otro cuando tenían un año de edad. Los tres sucumbieron de la misma dolencia. Yo me eduqué con una tía, que me trató siempre con despego, con severidad, sin la menor muestra de cariño. Cuando dejé de ser una niña, mi tía no pensó más que en casarme cuanto antes, á fin de quitarse de encima la molestia y la carga que yo representaba para ella. Sir John Faulkner se enamoró de mí cuando apenas había yo cumplido diez y ocho años y pidió mi mano. Yo le amaba también y accedí gustosa á su pretensión.

El mismo día en que quedé comprometida con él me encontré por casualidad al médico de mi casa, el que asistió siempre á mis padres y á mis hermanos. Tenía mucha confianza con él y le dije que pronto sería la esposa de sir Faulkner.

—Haces muy mal en casarte, me dijo con gran sorpresa mía, porque en tu familia ha existido una terrible enfermedad hereditaria.

Y me reveló que esa enfermedad era una parálisis muscular seudohipertrófica que es hereditaria, aunque sólo ataca á los varones. Supongo que habrá usted oído hablar de ella.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento, y añadí:

—Sí, una de las más terribles enfermedades hereditarias que se conocen.

Los ojos de lady Faulkner comenzaron á dilatarse; estaba agitadísima.

—El médico, prosiguió diciendo, me aseguró que mis tres hermanos habían muerto de aquella enfermedad, la cual heredaron de mi madre, cuyos hermanos fallecieron también de igual mal. Si te llegas á casar, añadió, tus hijos la heredarán irremisiblemente.

Le escuché asustada. Le conté á mi tía, cuando regresé á casa, lo que me había dicho, y se echó á reir.

—Esas son tonterías de los médicos, añadió, y harás muy mal en despreciar un partido tan excelente como sir John Faulkner.

En una palabra, hizo todo lo posible por apresurar la boda.

No puedo recriminarla del todo, porque yo también estaba deseosa de casarme para poner término á la triste vida que llevaba con mi tía, y además me costaba trabajo dar entero crédito á las palabras del médico.

Me casé para saber poco después, por mi desgracia, que no había entrado en ningún paraíso. Mi esposo, aunque es bueno y me quiere, á los ocho días de nuestra boda me dijo francamente que, más que por ninguna otra cosa, se había casado por tener un hijo que heredase su fortuna. Añadió que, siendo yo fuerte, como parecía serlo, mis hijos lo serían también. En los tres primeros años de matrimonio no tuve familia; un poco más tarde nació un nene. Mi esposo quiso volverse loco de alegría.

Había casi por completo olvidado las indicaciones del médico cuando un día, teniendo el niño en mis brazos, las recordé de repente. Sin embargo, parecía fuerte y robusto y abrigué la esperanza de que la terrible enfermedad no se presentaría.

Cuando Keith, mi niño, tenía cuatro meses, mi esposo se vió obligado á marchar á la India, de donde pensaba regresar dentro de un año. Mi hijo se crió muy sano y hermoso hasta que cumplió los doce meses; entonces aparecieron los terribles síntomas. La enfermedad se dejó ver primeramente en las venas de las pantorrillas, las cuales se hincharon mucho. El niño estaba muy débil, y para andar tenía que inclinar el cuerpecito primero á un lado y después á otro.

Llena de terror y día tras día fuí observando el desarrollo de los síntomas, hasta que tuve que avisar al médico, el cual me dijo que había desatendido sus consejos y que aquello era el principio de mi castigo. Antes de retirarse me aseguró que el niño no tenía remedio, que no era posible curarle y que á lo sumo viviría unos cuantos meses.

Me dejó aterrada. No me atreví á decirle la verdad á mi esposo, porque sabía fijamente que, si la llegaba á saber, mi vida con él sería un infierno, puesto que no llegaríamos nunca á criar un hijo.

No puedo explicar lo mucho que sufrí. El invierno anterior, que fué cuando comenzó la enfermedad, vine á vivir á Londres. Consulté con los más afamados doctores, pero fué inútil, hasta que oí hablar de Mme. Koluchy y de las maravillosas curas que hacía. Fuí á verla y la conté mi lastimosa historia. Cuando la hablé de los síntomas de la enfermedad, me dijo que aun no conocía la ciencia remedio ninguno para aquella clase de parálisis muscular, pero que estudiaría el caso y que volviera á verla dentro de unos días.

Al día siguiente, estando paseando en Regent's Park, vi al hijo de Loftus Durham. Me extrañó mucho, y con una exclamación de alegría avancé creyendo que iba á abrazar á mi adorado nene. Tenía los mismos ojos, las mismas facciones, la misma estatura..... Era el mismísimo Keith, con la única diferencia de que aquél estaba sano y robusto. Entablé en seguida amistad con el precioso Robinito, y cuando fuí á ver á madame

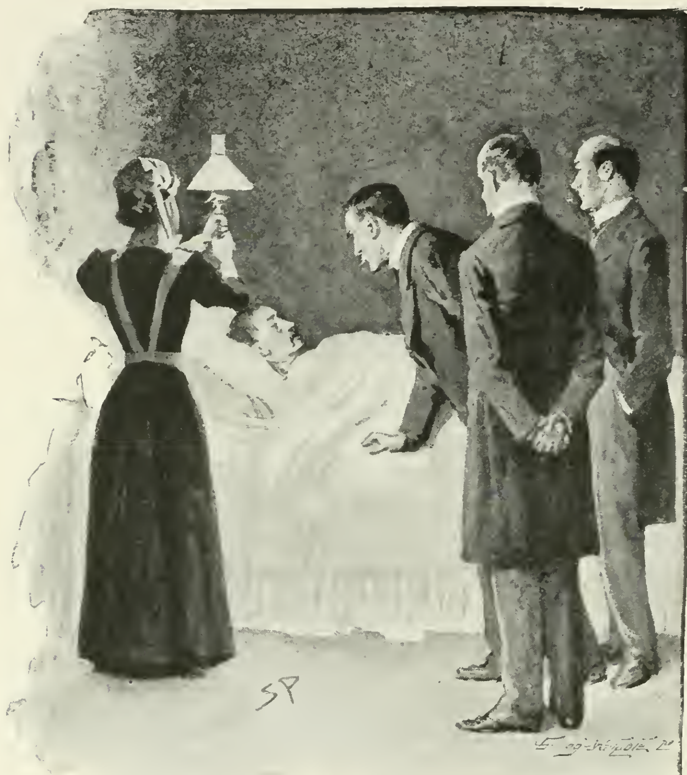
Koluchy la dije que había visto un niño idéntico al mío. Entonces ideó el plan que ha tenido tan fatal desenlace, y me aseguró que lo único que necesitaba yo para realizarlo era un poco de valor. Muy pronto averiguamos que el niño era hijo de un pintor viudo, muy renombrado por la perfección con que hacía los retratos y que se llamaba Durham. Lo demás ya lo sabe usted. Resolví hacer conocimiento con Mr. Durham, y al efecto le encargué el cuadro titulado «Soldados, atención».

Es imposible describir las angustias que yo he sufrido este invierno. Madame me convenció de que debía enviar á su casa á mi hijo moribundo, el cual falleció hace próximamente un mes. Dominando mis horribles sufrimientos, dediqué entonces todos mis esfuerzos, mis pensamientos todos, al rapto de Robinito. El día en que lo realicé le llamé la atención en el parque, mientras un amigo de madame entretenía al ama, la cual debería haber sido también raptada para enviarla á América. Conseguido esto, la única persona que podía reconocer al niño, y, por consiguiente, á quien había que temer, era á su padre. Tuve mucho cuidado en enseñarle á que me llamara mamaíta, y llegué á creer que ya había olvidado el nombre que me daba antes. Pero ayer en presencia de usted lo repitió, y esto indudablemente hizo aumentar las sospechas que tenía.

Cuando hube jurado en falso, renegando hasta de mi alma, llegó la carta de Mme. Koluchy, en la cual me decía tener noticias de que usted había salido para Escocia y que sospechaba sabía toda la verdad. Añadía que usted es su más temible enemigo y que en más de una ocasión la ha desbaratado sus planes, pero que ahora el triunfo era seguro. Es más, me proponía que accediese á la prueba que me estaba usted proponiendo en aquel momento.

Decía que lo había arreglado todo de manera que el padre no reconocería al niño ni el niño al padre, que tuviera confianza en ella, que trajese al niño aquí y que consintiera en que fuese presentado á Durham. El criado Collier, que también conocía al niño, fué despachado al campo por intervención de madame, la cual fingió una carta de la familia del muchacho. Ahora comprendo lo que pretendía hacer. Madame mataría á Mr. Durham, y así aseguraba su silencio para siempre; pero eso no es posi

ble, Mr. Head. Por muy mala que sea yo, no puedo consentir que por mi culpa se cometa un crimen; sería yo tan criminal como Mme. Koluchy. ¡Por favor, por piedad. salve usted la vida de Mr. Durham!



ME PUSE Á EXAMINAR AL ENFERMO

—Haré lo posible. contesté. En vista de lo que usted me dice, casi estoy seguro de que Durham está sufriendo las consecuencias de un envenenamiento. Hay que averiguar cuál es. Y dispense usted que la deje, lady Faulkner, porque tengo que ver al enfermo.

Y me dirigí á la alcoba, donde me esperaban Dufrayer y el

médico. Había muy poca luz. Dije á la enfermera que trajese una bujía y me puse á examinar á Durham.

Al notar el cambio de su semblante retrocedí espantado. Era poco menos que imposible reconocer al pintor: no parecía el mismo. Respiraba tan débilmente que al principio creí que había fallecido ya. Me llamó la atención el estado de la piel de la cara y del cuello, que estaba hinchada y muy roja. Llamé á Durham, pero no me oyó.

—¿A qué es debida esta extraña inflamación? pregunté al médico que se encontraba á mi lado.

—Eso es lo que no podemos comprender, contestó; nunca he visto cosa igual.

Saqué los lentes y reconocí atentamente la cara del pintor. Era en verdad muy extraño. Cualquiera que fuese la causa, la inflamación había comenzado en diversos puntos. Me chocó mucho la forma tan particular de las manchas. Durham tenía el rostro cubierto de figuras que parecían estrellas, las cuales parecían irradiar de diversos centros. Mientras las examinaba recordé haber visto, no hacía mucho, manchas idénticas, pero no sabía fijamente cuándo ni dónde. Pero el caso, el horrible caso era que Durham se estaba muriendo, y que, según la confesión de lady Faulkner, Mme. Koluchy le mataba por algún medio tan desconocido como inevitable. La situación era terrible. Indiqué al médico que me siguiera, y juntos salimos de la alcoba.

—No hay tiempo, dije, para referir todo lo que pasa. ¿Se fijó usted en la agitación de la señora que vino conmigo? Acaba de hacerme una terrible confesión. Resulta que el niño á quien hemos traído es realmente el hijo de Mr. Durham. La misma lady Faulkner lo robó por instigación de la seudodoctora madame Koluchy.

—¡Madame Koluchy! exclamó el médico muy asombrado.

—Ella misma, la mujer más temible y malvada de todo Londres, maestra en toda clase de crímenes. Sin duda ninguna que ella tiene la culpa de la enfermedad de Durham, á quien está envenenando poco á poco. ¿De qué manera? Eso es lo que tenemos que averiguar. Y ahora que sabe usted lo más importante, tenga la bondad de volver conmigo á la alcoba del enfermo.

El médico me siguió sin decir una palabra.

Nuevamente me puse á examinar al pintor, y en aquel momento recordé dónde había visto manchas muy parecidas á las suyas: en placas fotográficas que habían sido sometidas á la acción inductiva de una descarga del cepillo de fuerza electromotora obtenida del polo de alta tensión de una máquina reostática de Planté. Un profesor de electricidad me había enseñado las manchas en unas placas. llamando mi atención sobre el fenómeno.

—¿Han empleado ustedes algún remedio valiéndose de la electricidad? pregunté al médico.

—Ninguno, respondió. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque he visto manchas idénticas á éstas producidas en la piel á consecuencia de haber sido expuesta demasiado tiempo á los potentes rayos X, y la apariencia de la cara de Durham es la que pudiera ofrecer una que ha recibido una descarga fuerte de un tubo de gran foco.

—No se ha empleado para nada la electricidad, repitió el médico. ni nadie más que nosotros se ha acercado al enfermo.

Iba á continuar, cuando levanté la mano para imponer silencio.

—¡Chist! callad un momento, dije.

Profundo silencio reinó en seguida en la alcoba, en la que sólo se oía la respiración cada vez más débil del enfermo, cuyo semblante parecía ya el de un difunto. ¿Era yo víctima de alguna alucinación ó llegaba á mis oídos efectivamente el ruido de un zumbido muy distante que casi creía escuchar?

Una grande excitación se apoderó de mí.

—¿Oye usted, oye usted? le dije al médico, cogiéndole con fuerza el brazo.

—No oigo nada, respondió el médico. ¿Qué cree usted oir?

—¿Quién está en ese cuarto? pregunté inclinándome sobre el enfermo y tocando la pared de la cabecera de la cama.

—Esa habitación, señor, pertenece á la casa de al lado, contestó la enfermera.

—Entonces hemos dado con la solución, añadí. Dufrayer, doctor, vengan ustedes conmigo.

Salimos de la alcoba los tres apresuradamente.

—Es preciso, dije, que penetremos en la casa de al lado sin perder un momento.

—¿En la casa de al lado? exclamó el médico. ¿Pero es posible que la casa de al lado tenga algo que ver con la enfermedad? ¡Está usted loco!

—No, no estoy loco, contesté con severidad. Ya he dicho antes que aquí se está cometiendo un horrible crimen, y ahora manifestaré que de repente he comprendido cuál es la causa de la enfermedad de Durham. Ultimamente he dedicado mucho tiempo al estudio del efecto producido por los catodos de gran potencia y por los rayos X. Por lo pronto despiertan mis sospechas las manchas tan extrañas que aparecen en la cara de Durham. Hay que enviar á alguien á mi casa en busca de mi pantalla fluorescente.

—Yo mismo iré, dijo Dufrayer, el cual marchó en seguida.

—Ahora es necesario separar de la pared la cama del enfermo, continué.

—Así se hará, exclamó el médico mirándome con extrañeza.

Volvimos á entrar en la alcoba y media hora después tuve la pantalla en la mano. La acerqué á la pared, donde había estado la cama del enfermo, y se puso fluorescente en seguida.

—Me lo figuraba, dije sin poder ocultar la emoción.

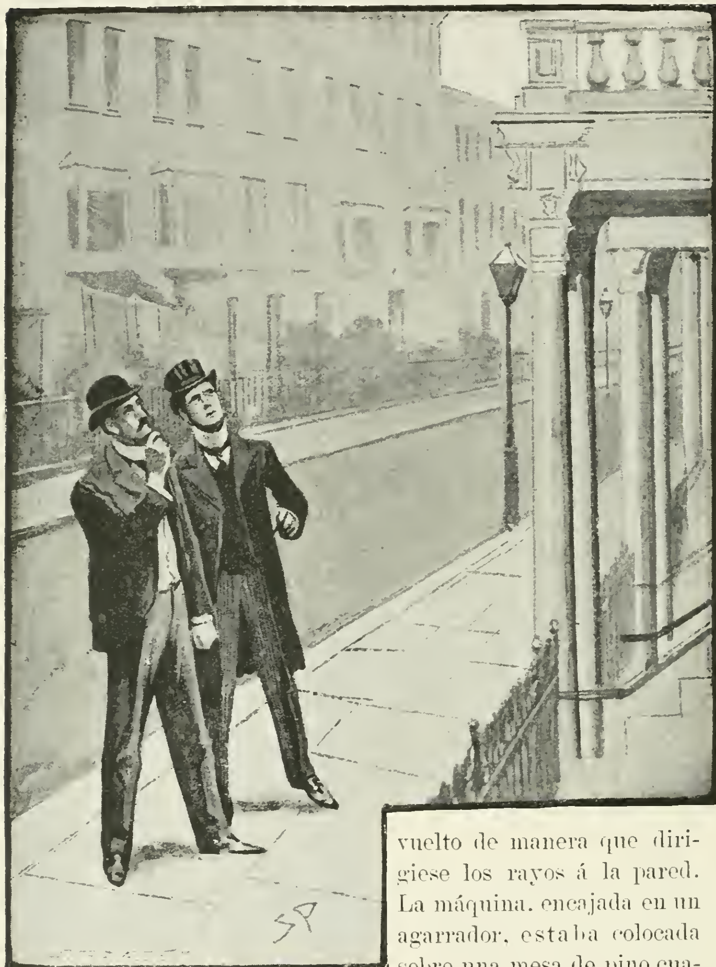
Bajé corriendo, interrogué á los criados y éstos me dijeron que la casa contigua había estado desalquilada durante mucho tiempo, y que hacía cosa de un mes que se alquiló, aunque todavía no se hallaba ocupada.

Dufrayer y yo salimos á la calle para examinar las ventanas de la casa, la cual era idéntica á la de Durham.

Mi amigo, viendo mi empeño, estaba tan excitado como yo, y sin decir una palabra marchó corriendo á la brigada más cercana, de la que regresó al poco rato con dos hombres que traían una escalera de incendios, la cual fué colocada y sujeta en una de las ventanas superiores.

No tardamos mucho en penetrar en la casa. En cuanto pusimos el pie en ella llegó á nuestros oídos el zumbido de una máquina de corrientes alternas. Entramos en la habitación correspondiente á la alcoba de Durham y allí encontramos la explicación del diabólico misterio.

Arrimado á la pared, á pocos pies de donde estuvo la cama del enfermo, había un enorme foco con el electrodo de platino



EXAMINAMOS LAS VENTANAS

vuelto de manera que dirigiese los rayos á la pared. La máquina, encajada en un agarrador, estaba colocada sobre una mesa de pino cuadrada, encima de la cual se hallaba el cable de inducción mayor que he visto en mi vida. Abastecían el cable varios hilos procedentes del motor de luz eléctrica que surtía la casa. Otros hilos aisladores atravesaban

la habitación hasta un agujero abierto en la pared del otro extremo que conducía al cuarto inmediato, donde estaba situada la máquina de corrientes alternas. Sin duda se había hecho esto para que el zumbido de la máquina estuviese alejado todo lo posible.

—Las fuertes descargas del catodo y de los rayos X, semejantes á las que ha recibido Durham durante algunas noches consecutivas, dije á Dufrayer, son tan perjudiciales para el cuerpo que casi no comprendo cómo ha podido resistirlas hasta hoy. De todos modos, no creo que hubiera vivido muchas horas. ¿Le podremos salvar? Opino que sí.

De repente cogí á mi amigo por el brazo y añadí bajando la voz:

—Creo, Dufrayer, que al fin tenemos suficientes pruebas para *empapelar* á Mme. Koluchy. Con la confesión de lady Faulkner y...

—Volvamos inmediatamente para hablar con ella, interrumpióme Dufrayer.

Sin perder momento regresamos á casa de Durham, pero lady Faulkner había desaparecido. Cuándo ni cómo marchó, nadie lo supo. Al día siguiente nos enteramos de que madame Koluchy había salido de Londres, pero no pudimos averiguar á dónde había ido ni cuándo volvía; y en cuanto á lady Faulkner, dimos por seguro que, después de haber confesado la verdad en un instante de arrepentimiento, había acudido á Mme. Koluchy buscando su protección. Desde entonces nada se ha sabido de aquella desdichada señora. Su esposo no omitió esfuerzo ni sacrificio alguno para encontrarla, pero inútilmente.

Alejado de la influencia fatal de los rayos X, Durham se ha restablecido por completo. La alegría, la inmensa satisfacción de haber recobrado á su hijo ha sido, sin duda, la mejor medicina para él.

L. J. Meade y Roberto Eustace.



En la Serranía.



I

Sepa el lector que á *Peñasquito*, el famoso contrabandista, le llegaron las duras, por cierta muerte que se le achacaba; pero yo sostengo, con informes de valer, que *Peñasquito* no hirió ni mató á nadie en su vida, ni ofendió á nadie tampoco ni de palabra ni de obra, como no fuese á los del resguardo, que estaban con él á la greña. Era *Peñasquito* derrochador, generoso, valiente; pero con la valentía especial del hombre que se arriesga á mil peligros para burlar á todo aquel que con él se ponga, escapando á uña de caballo sin hacer resistencia, sin derramar sangre, y volviendo después con doble terquedad y doble astucia, hasta salir airoso del gran empeño. De aquí la *gloria* que había alcanzado en todo el campo de Gibraltar y en las serranías rondeña y cordobesa.

Ya lo dije: nunca la mala suerte le puso en el trance de matar ó herir á un prójimo; le achacaron *aquello* por una delación misteriosa, y andaba el pobre á salto de mata; pero no había cuidado, era difícil que la Guardia civil le cogiese; le querían en la sierra como al chiquitín del hogar; no había cortijo donde no lo ocultaran; hasta decíase, aunque no lo creáis, que los mismos guardias civiles habían hecho la vista gorda en alguna ocasión... Y no digo la gente de la serranía, ni la Guardia civil, aunque es ya cosa de mayor aprieto; hasta los pedruscos de las

torrenteras se hubiesen admirado y enternecido, viéndole pasar en su magnífico potro cordobés, con su manta jerezana y su retaco á la concha; con su cuerpo de rey, muy entallado; con su graciosa cara morena; con sus ojos negros, que abrasaban como soles, y sin pelo de barba, sin apuntarle el bozo aún, que era lo que á las tiernas serranas más conmovía... ¿Y de la ropa, Virgen, qué voy á decir? ¿Y aquel calzón corto, con broches de plata á los costados, muy ceñido á la pierna, de elegante dibujo? ¿Y aquellas polainas de becerro, con pespuntes y correíllas? ¿Y los zapatos, de becerro también, con sus espuelas vaqueras que daban la hora?... ¿Y qué diré, válgame Dios, de la camisa de pechera cañoneada, de cuello bajo, cerradito, con broches, pero broches de oro y unos brillantes engarzados en ellos, que valían un potosí; ni de la corbata de nudo, larga, de seda azul, cogida con la faja... ni de la faja, de seda azul también, ni del chaleco de gran escote, ni del marsellés finísimo? ¿Y aquel tan rico pañuelo que le cubría de la frente á la nuca, atado atrás con primoroso lazo? ¿Y el sombrerito calañés?... Todo, todo en el mozuelo era fino, señoril, crujiente, estallante de lujo... ¿Y cómo iba nadie, sin dolor de su alma, por duro de alma que fuera, á atreverse con aquel querubín, salido de no se sabe qué cielo y bajado al mundo con no se sabe qué alas?

II

Pero, la verdad, no hay cosa perfecta, y la imperfección del contrabandista era su cariño á Rosario, la del lagar de *Los Murales*. Esto de la imperfección decíalo *Pepete*, un viejo garduño, fornido, feroz, de ojos redondos que echaban luces, de barba canosa, crespa como almohaza viejísima, y cejas formidables, cuyos pelos pinchaban como plumas de puercoespín.

No era pasión lo que *Pepete* sentía por *Peñasquito*, era locura; por eso rabiaba al pensar en el amor del mozo á la mozuela, creyendo que este amor iba á perderle. *Peñasquito* preguntábale alguna vez, riéndose:

—Pero qué, ¿no la quieres tú?

Y el garduño callaba, soltando un suspiro capaz de echar abajo un templo, y callaba, sin duda, por saber muy bien que

no amar á Rosario hubiera sido no tener corazón. Rosario, para que lo sepáis, era una flor de la sierra, con diez y siete años no cumplidos, garrida, briosa, que así se dan por aquellos andurriales; con una cara como una bendición, de divina y de blanca, porque el sol en diez y siete años no había tenido lugar de ponerla morena; con un pelo negro... con una cintura... con un busto... ¡Dios misericordioso! ¿Dónde aprendiste á modelar á las mujeres cordobesas? Y á todo esto sencilla como un niño, mansejona y humilde como si toda ella hubiese estado amasada con rosas de fuego, claveles blancos y gloria bendita.

A esta Rosario iba á ver *Peñasquito* con frecuencia, y cuando estaba algún tiempo sin darse la satisfacción gloriosa se moría, de tan mal morir, que el mismo *Pepete*, tragándose su rabia, tenía que decirle:

—¡A *Los Murales!*

Y allá iban los dos, al galope de sus caballos, y en *Los Murales* recibían á *Peñasquito* en palmas, mientras *Pepete*, gruñendo como nunca, quedaba á la puerta con los caballos del diestro, encomendándose á la Pastora divina para que en una de aquéllas la Guardia civil, que podía estar en acecho, no atrapase al imprudente.

Juan Antonio se daba á los profundos con esta amistad de Rosario y *Peñasquito*. Era Juan Antonio otro que tal en lo tocante á bravo y guapetón; no era contrabandista ni diablo que lo pensara, que era hijo único de un ricachote arrendador de *Las Umbrías*, cortijo próximo á *Los Murales*. Tenía fama Juan Antonio de correntón y campechano; viajó mucho, estudió un poco; en una fiesta era imprescindible por su gracejo; en un *cónclave* de mocitos, un rey por su rumbo; era valiente, cortés, comedido, dadivoso y muy popular en la sierra por tan humanas y generosas dotes.

Había sus dares y tomares entre Rosario y Juan Antonio: las mozas de los cortijos cercanos, y los mozos también, para que todo se diga, los habían visto en alguna ocasión juntos en *El Ribazo* y allá por los paredones del molino de *Los Roquetes*, muy encendida ella, con la vista inclinada, doblando con mucho primor los picos de su delantal y estirándolos luego cuidadosamente, como si otra cosa no hubiese tenido que hacer en el

mundo, y hablándola él bajo, muy bajo, como habla el hombre que entona de verdad por vez primera su gran himno. Hasta decíase que ella le oía temblando... porque Juan Antonio, sin calzón con broches de plata, sin polainas con pespuntes y correíllas, sin atavíos de seda y demás zarandajas primorosas, era un portento por lo guapo y por lo hombre, hasta el punto de haber muchas mozuelas en toda la serranía que hubiesen escogido á Juan Antonio á ojos cerrados si las dejaran escoger entre Juan Antonio y *Peñasquito*. ¡Ay, escoger! ¡Qué más hubieran querido ellas!

III

Por conducto de *Cachitas*—pronto sabréis quién era este sujeto—llegó á Juan Antonio la historia oscura de que Rosario estaba engañándole con *Peñasquito*. Juan Antonio aborreció á *Peñasquito* desde entonces, jurando y perjurando que se bastaba y sobraba para quitar de en medio, en un periquete, á cuantos contrabandistas hubiera en el mundo, empezando con mucho método, como supondréis; quiero decir, por el novio... ó lo que fuera de la sin par Rosario.

Dicho y hecho: sin pedir permiso á nadie, porque Juan Antonio era lo que Dios sabía y se callaba en poniéndosele algo entre ceja y ceja, con el cinto atiborrado de hermosas doradillas, que no faltaban entonces, porque mi historia ocurría, si no cuando Fernando VII gastaba paletó, cuando Isabel II gastaba cocas y miriñaque, y al hombro la escopeta, que era un primor de Dios con tanto arabesco de metal precioso y tanto ven que te vas de musarañas bonitas, allá traspuso á hacer un buen oficio á la Guardia civil, que no estaba en pormenores del *voluntario* que le salía para la persecución del justamente ponderado *Peñasquito*.

Y aquí tienen ustedes á la niña de *Los Murales* gimiendo y llorando porque Juan Antonio la dijo que era una infame engañosa con sus ojos de cielo, engañosa con su cara de Virgen, engañosa con su voz de sirena... ¡Engañosa con todo!... Y el sin ventura no se dió muerte, en su dolor, al decírselo, porque Rosario, la misma Rosario, se echó sobre él como una leona

para sujetarle, jurando después, con las manos en cruz, que ella no era capaz de una tropelía como la de hacer cara á dos hombres: que *Peñasquito* era *Peñasquito* y Juan Antonio Juan Antonio y allí estaba ella para mantenerlo, y que Dios la castigara si mentía: con cuya *verdad* se fué Juan Antonio por no matarla, pero jurando por Dios que donde viera á *Peñasquito* había de partirle el corazón de un balazo, sin más miramiento.

Con estas y con las otras, los padres de Juan Antonio andaban tristones; conocían al mozo y vivían sin vida, con el temor continuo de saber una desgracia. No pusieron mal cariz cuando les llegó la nueva, tiempo atrás, de quién era la moza en quien el niño puso los ojos, que era Rosario un dije por lo salada y honesta. Anduvieron además en secretas averiguaciones, de las cuales averiguaciones no resultaron datos profusos, pero sí los suficientes para comprender que aquellos tíos no eran tíos ni quien tal vió, y que detrás de la niña había quizás una carretada de peluconas que iba á meter miedo.

Tenéis, pues, que los padres andaban avispados y caritristes; Juan Antonio, con las de Caín, por cerros y cañadas; *Peñasquito*, cuidadoso, por tener noticia quizás del buen arrimo que con su rival iba á echarse; Rosario, sin saber á qué santo dirigir sus rezos, y sin saber nadie tampoco quién era, entre los dos de su devoción, el santo bonito á quien la mal aconsejada encendía velas; *Pepete*, encomendándose á la Pastora divina, con lo que hacía sonreir, sin que se supiera por qué, á *Peñasquito*, y esperando la gente, en unas cuantas leguas á la redonda, pues tal renombre tenían la zagala y los dos mozos, á que anocheciera alguno y no amaneciera, de una puñalada limpia ó un balazo en el corazón... Y metió también á Rosario, por pensar la gente que no era Rosario la que mejor iba á librar.

IV

Pues señor, bueno; llegó la *viaja* del Corpus y toda la serranía estaba de fiesta. Aquella mañana se levantó *Peñasquito* como un sol de hermoso en las ventillas de Alcolea, donde había pernoctado. Inmediatamente mandó á su garduño á Córdoba á un negocio de mucha gravedad, citándole para aquella

misma noche en el cortijo de *Los Cameros*, que estaba muy cerca de *Los Murales*, quedando entre los dos el molino de *Los Roquetes* y la hacienda de *Las Tres Cruces*, hacienda, precisamente, donde se había hecho un robo de consideración algunas semanas antes, sin que hubiese sido posible encontrar al ladrón ó los ladrones, sin que hubiese quedado rastro alguno: un robo misterioso, en fin.

El garduño se fué á Córdoba muerto de inquietud, porque sabía que aquella noche habría en *Los Cameros* un fandangazo de mil demonios, y que Rosario tendría que estar allí y Juan Antonio también, y que *Peñasquito* no iba á dejar de presentarse por eso... ni la Guardia civil tampoco, probablemente... Y, en fin, que hasta las hierbecitas del suelo iban á fenecer del tormentazo que amagaba.

Los datos verídicos son los que siguen: salir *Pepete* para Córdoba y tomar *Peñasquito*, al paso, en su potro cordobés, el camino de *Los Murales*, todo fué uno; estaba el cortijo cuando él llegó como corral alborotado de mozas y mozos, disponiéndose para ir á la fiesta. Allí estaba *Cachitas*, el pastor más embustero de los conocidos en toda la redondez del globo; allí le vió *Peñasquito* con su zamarra y sus calzones de zaleas, su sombrero de alas caídas, como embudo vuelto hacia abajo, sus ojillos de astuto y ardiente mirar y su bocaza de dientes enormes: allí podía vérsele, mandado por la Bastiana y el *Metidito*, arrendadores de *Los Cameros*, que bautizaban á su primer infante aquella noche, y el zagal iba, desde el día anterior, de cortijo en cortijo invitando á la fiesta, sin otra credencial de su embajada que el zurrón sucio y la gran caracola.

¡Y que no era jaleo el que había en el cortijo con las bromas al zagal y el pensamiento de la próxima fiesta! Los cortijeros, con las personas graves, habíanse metido en conversación referente al robo del cortijo de *Las Tres Cruces*, que estaba dando mucho que decir. «Sólo faltaba que se lo achacasen también á *Peñasquito*... ¡Rosario sí que se encendía con esto, hombre! ¡Hubiera sido cosa de morirse!». *Peñasquito* reíase oyéndola, aunque también estaba intrigado por lo misteriosamente que el robo había sido hecho; pero tenía seguridad de que nadie, ni aun la Guardia civil, sospechaba de él. Su reputación de hom-

bre honrado era mucha; él *en lo suyo* siempre, sin salirse de allí, y ya se sabe que en España robar al Gobierno no es delito, si moralmente se considera, y más bien que quitarlo da mucho honor, no sé si por un refrán que atañe á los ladrones, del que no quiero hacer mención aquí. En cuanto á la muerte que se le achacaba, he dicho ya que nadie creía en aquello.

Hallábanse el galán y la moza sentados en el poyete del cortijo, muy ajenos á la mirada traicionera que *Cachitas* dirigíales con sus ojillos ruines y al pensamiento en que sin duda se regocijaba; porque no saben ustedes hasta qué punto tenía el zagal el alma torcida por haber nacido así con ella, ni hasta qué punto se le había torcido más desde que se enamoró ¡Dios piadoso! de Rosario la de *Los Murales* y desde que dió en discurrir que Rosario no sería para él. En su chozón del monte pasábase las horas en una pura queja, rabiando y echando bilis de la herida de su corazón gangrenada; no tenía que meterse en averiguar lo cierto de su desventura preguntándoselo á Rosario, porque sabía demás que Rosario moriría mil veces antes de consentir que él tocara con las puntas de sus dedazos de uñas horribles uno de aquellos picos del delantal que ella torcía y destorcía tan confusa cuando Juan Antonio decíale ternezas.

Rosario, temblorosa, pálida, dolíase en tal ocasión, entrecortadamente, de la temeridad del mozuelo. «Algunas parejas de la Guardia civil habían pasado por *Los Murales* con frecuencia sospechosa; alguna vez se habían detenido con un pretexto... ¡Y echaban unos ojazos á todos los rincones!». Y *Peñasquito* reía, reía siempre, llenándola de requiebros, que hacían sonreir á la niña de *Los Murales* á través de sus lágrimas, acabando siempre también el testarudo del mozo con el mismo estribillo de que aquella noche la llevaba en su caballo á la fiesta de *Los Cameros*, para hacer rabiar á todo el mundo, y á las florecillas de la tierra, y á los luceritos de la altura.

V

Oyó el zagal á *Peñasquito* y se fué con el corazón amargado. Caminaba, caminaba, sin dejar de ver á la pareja del poyete, no en *Los Murales*, sino allá en un oscuro rincón de su cerebro,

como una estrella lejana que lucía más cuanto más diminuta hacíase, hasta parecer el rayo de luz de un diamante, pero un rayo que atravesaba sus sienes como un cuchillo y le partía el corazón y le rasgaba los pulmones.

Fué en *Las Tres Cruces*, aquel cortijo del robo, donde encontró al niño de *Las Umbrías*: allí había también una gran marejada de la gente que iba á *Los Cameros*. Bien pronto hízose visible *Cachitas*. Juan Antonio corrió á él, preguntándole:

—¿Y Rosario?

La respuesta fué inmediata: «A Rosario la había visto en *Los Murales* sentadita en el poyete, dándose el agua á buches con *Peñasquito*... ¡Válgame la Virgen, qué tierno estaba aquello!».

—¡Con *Peñasquito!* fué lo único que habló Juan Antonio: se escapó la frase de su boca en una vibración lúgubre: sus ojos llameaban: cogiendo la escopeta salió sin decir más: iba á *Los Murales*... Y alejáronse también los otros camino de *Los Cameros*, con *Cachitas* delante tocando su caracola...

Los últimos ecos de la caracola llegaban al corazón de Juan Antonio quejumbrosamente. Era al oscurecer, cuando las estrellas empiezan á lucir, cuando el reposo del campo llena el alma de quietud: cuando el hombre, en la inmensidad silenciosa, cree estar más cerca de Dios.

Iba Juan Antonio sin oir el rumor de sus pisadas siquiera: sólo tenía pensamiento para acordarse de que la noche anterior habló con Rosario: fué en el molino de *Los Roquetes*: ella estuvo extremosa, apasionada: le convenció. «A nadie en el mundo podía amar como no fuese á él: no había hombre tan valiente, tan hermoso»... Le parecía sentir la voz de Rosario, vibrante y dulce, su aliento suavísimo, la presión de su mano fina; á la luz de la luna había visto su cara serena, sus ojos pensativos; la vió mover los labios blandamente, como dos flores que se besan, para decir quedo, muy quedo, en un suspiro, que él era el hombre de su amor... «¡Como él no la quisiera, ella moriría!» ¡Y le engañaba... le engañaba ella!

Apretó el paso y apretó la escopeta en sus manos crispadas... Pero al llegar al molino desfalleció de pronto: su sangre dejó de circular, su corazón no latía... Allí fué donde Rosario le hizo sus juramentos la noche antes: en aquel lugar misterioso, lleno

de adelfas con sus florecillas rojas: entre aquellos álamos que se inclinaban levemente al impulso del viento: junto á aquellas aguas, despeñándose sin cesar y resonando con ecos graves, como la voz de Dios, en el silencio de la noche.

Sacándole de sus ideas, oyó de pronto la voz alegre de *Peñasquito* animando á su caballo. Y apareció el contrabandista... ¡Gran Dios!... ¿Era verdad? ¿No era Rosario la que iba á la grupa? ¿No estaba loco? ¿No era ella, rodeando con su brazo, para sostenerse, el cuerpo de su rival? Por un instante, el cielo, la campiña, el molino con sus piedras enormes, con sus muros, con sus aguas despeñándose, todo se metió en su cerebro, chocando, destruyéndose allí. ¡Era ella!... ¡Y qué grupo tan singular y artístico el de Rosario y el contrabandista en el noble potro andaluz!

Se echó la escopeta á la cara... fué á disparar... Pero tirando la escopeta lejos de sí, en un súbito arranque del generoso corazón, queriéndose rasgar las ropas en su locura para exponer el pecho desnudo, gritó á *Peñasquito* desoladamente:

—¡Mátame, por Dios! Un balazo en el pecho será mejor para mí que ver á esa mala hembra en tu caballo contigo.

—¡Aparta! gritó también el contrabandista.

Rosario, temblorosa, anhelante, transida de terror, murmuraba:

—¡No, no, Juan Antonio!

Pero él no la oía... no la oía, diciéndole á *Peñasquito:*

—¡Mátame ó deja que te mate yo! ¡Por la Virgen, que me escuches! Si no quieres aquí, dime dónde; los dos solos, para que esa mujer, que es mi ruina, no se ponga por medio.

—¡Habla... habla! decía Rosario á *Peñasquito* en voz moribunda. ¡Ay! ¿Pero no ves que está loco?

—¡Aparta! repitió el contrabandista fieramente.

—¡No: el sitio y la hora! ¡Dímelo ó mátame aquí delante de ella!

—Ni sitio ni hora. Donde primero nos veamos.

—Bueno... Pronto, esta misma noche será.

—Sea esta noche.

Y todo esto acompañado de los suspiros, de las lágrimas, de los ayes de Rosario. Y de pronto unas voces duras, imponentes:

—¡Alto... alto á la Guardia civil!

—¡Salta, caballito de fuego! gritó el contrabandista, clavando la espuela en el ijar. Y el ardiente bruto dió un bote resoplando furioso, se plantó del bote allá en la espesura y se perdió al segundo con la sin par Rosario y *Peñasquito* el famoso, cual visión trágica de luz y sombra, en las soledades de la sierra.

VI

La Guardia civil pidió informes á Juan Antonio del lugar adonde *Peñasquito* pudiera haberse encaminado; él no contestó, pero *Cachitas*, presentándose de pronto, señaló hacia *Los Cameros*: «*Peñasquito* llevaba á la fiesta á la niña de *Los Murales*. Lo ofreció y lo cumpliría».

Y allá traspuso la Guardia civil por una senda, á paso regular, en el cumplimiento de su deber; allá traspuso por otra Juan Antonio rápidamente, empujado por sus celos, y allá traspuso, en fin, el zagal por la espesura del monte, en carrera loca, empujado por sus celos, por su maldad y por su envidia.

¡Y que no era barullo el de *Los Cameros* cuando llegó *Peñasquito!* Había debajo del emparrado, y fuera de él, un personal de mozas y mozos que metía miedo. La niña de *Los Murales*, silenciosa, abatida, bebíase sus lágrimas, como quien dice, para que su dolor no se trasluciera, y *Peñasquito*, febril, nervioso, traducíase su impaciencia y nerviosidad en risas y requiebros á las mozas.

—¿Y *Pepete*? había preguntado cuando llegó. Le dijeron que no había ido, y desde entonces fué de un lado á otro, metiendo bulla como nadie; pero á Rosario, que le conocía bien, no se le escapaba la ansiedad de que era presa. Volvía sin cesar los ojos al camino de Córdoba, en medio del alegre frenesí á que parecía entregado, como si esperase ver llegar su salvación por aquel camino.

Pero lo que iba á llegar era la benemérita con sus carabinas y sus tricornios, y no ya una pareja, sino varias, y no ya por un camino, sino por varios también; de lo que se trataba sencillamente era de coparle con todas las de la ley. Los mozuelos últimos que llegaron estaban allí para jurar que los habían visto

por sus propios ojos... No era necesario, por otra parte, hablar del niño de *Las Umbrías.*

A todo esto, las mujeres, sin sacar una, procesaban, sentenciaban á muerte y ejecutaban la honra de Rosario por aquel trance en que había puesto á dos hombres de tanto valer, y *Cachitas*, en un rincón desde hacía pocos segundos, como reptil apretado entre dos piedras, miraba á Rosario jadeante, con ansiedad de furia, con los ojillos flamígeros, y miraba también al contrabandista, relamiéndose como perro de presa próximo á dar la dentellada.

Bueno, señor, á *Peñasquito* que no le fueran con *embages*; él no se movía de allí aunque se descolgaran en el cortijo toda la Guardia civil española, Juan Antonio y todos los mocitos en celo de la España y sus Indias; lo que él quería era bailar; si alguna moza de rumbo estaba en lo mismo, allí le tenía á él, digo, si él era bastante, y si no que cantara Rosario, por dar gusto y nada más que por eso. Se aproximó Rosario, muerta de inquietud, á una silla que *Peñasquito* colocó junto al de la guitarra. Empezó el *tocaor*, empezaron á jalear, empezó la fiesta; pero *Peñasquito*, muy alegre al parecer, no estaba en lo que hacía, sino en aquel camino de Córdoba, por donde *Pepete* no llegaba nunca. «¡Ay, garduño, garduño mío!». Y retorcía sus manos con desesperación, sin que nadie le viera, y lloraba... lloraba, ni más ni menos que una infeliz mujer.

Cantó Rosario y el cortijo iba á hundirse; la flor de *Los Murales* sería todo cuanto se antojara, y habría dado que decir con Juan Antonio y *Peñasquito* lo que hubiera dado, pero era la moza andaluza de más rumbo y más fina que hombre ninguno vió: cuando cantaba, el campo alegrábase; cuando bailaba, la tierra se estremecía; los palillos en sus manos eran campanillas de oro tocadas por serafines; había que verla en una fiesta, pero había que verla y oirla también, al echar su copla, sentada en el trillo y restallando el látigo al son de los cascabeles de las mulas; el campo y el cielo sonreían, y hasta los granos de trigo escapábanse de las granzas, como cuentecitas de oro, para ponerse en su corona de reina.

En la copla estaba, y con un tal gorjeo, que todos los ruiseñores quedáronse callados, muertecitos de envidia, y todo el

mundo oyéndola suspenso, sin respirar, con el corazón encogido; un gorjeo tan de la gloria, tan puro, tan sutil, que hasta se oía el gotear de la alcarraza en las losas del poyete... Pero de pronto cortó Rosario la copla, lanzándose á la vez, como una fiera, á Juan Antonio, que acaba de presentarse blandiendo su cuchillo, cuya hoja relucía siniestramente á la luz de la luna...

¡El revoleo que hubo! Otras mujeres lanzáronse también á Juan Antonio, las demás á *Peñasquito*... Y ahora viene á punto hacer observar el valor de estas hembras para plantarse entre dos ó más hombres que se acometen, y luchar con ellos á brazo partido hasta desarmarlos y hacer concluir la pendencia. ¡Ay, cuántas acabaron trágicamente, para gloria y honor suyos, en trances así! ¡Ay, cuántas veces la sangre brava y generosa de la mujer andaluza selló la paz entre dos hombres que combatían, muriendo feliz ella por haberles evitado la muerte!

Juan Antonio se revolvía fiero; *Peñasquito*, cruzado de brazos, sonreíase con tan amarga piedad, que parecía imposible en aquel rostro de mozolejo, aprendiz de la vida; las mujeres gritaban, los hombres interponíanse también, la niña de *Los Murales* moría de terror, y sus ojos de muerta tenían unas lágrimas paradas en los párpados, á medio abrir, como dos estrellas grandes, de las más grandes que había en el cielo... Y de repente, como un terror sobre otro, como una herida sobre otra, la Guardia civil por todas partes: acá, allá, rodeándolos, apuntándolos con las carabinas, y vibrando aquí y allí, tétricamente, aquellas voces:

—¡Alto!... ¡Alto!...

Fué un instante de quietud inmenso, de frío en el alma, de pánico absoluto. Juan Antonio bajó el cuchillo; Rosario, entre las mujeres, parecía en las últimas; el contrabandista mordíase los labios con rabia, mirando siempre al fatal camino, y la consternación de las hembras mostrábase en las lágrimas silenciosas y los desmayados ánimos. ¡Qué segundo! ¡Entonces sí que se oían los alientos y hasta el gotear de la jarra en las losas del poyo! Los nardos y los alelíes de las cabezas de las mujeres y las otras flores de los tiestos y los arriates perfumaban la escena. La luna, en todo su fulgor, los alumbraba.

Los cañones de las carabinas y las fundas de charol de los

tricornios despedían risillas siniestras, arrancadas por la luz, como aquella otra risa del zagal de *Los Cameros*, metido siempre en un rincón, con su zamarra y sus calzones de zaleas y escondida la espantosa cara de bruto del Apocalipsis en el embudo particular de su sombrero derrotado.

Pero aquel segundo formidable lo cortó también el furioso galopar de un caballo. Lanzó el contrabandista una exclamación ansiosa, y preguntó en un grito, cuyo eco vibró en toda la campiña:

—¿Lo traes?

—¡Sí! contestó *Pepete*. Y al instante, la cabalgadura que llega, *Pepete* que salta al suelo, que corre á *Peñasquito* y le da un papel doblado.

El contrabandista estaba entre los civiles, que se disponían á atarle codo con codo; las mujeres protestaban con lágrimas y lamentos; los hombres tragaban bilis de coraje por la situación de *Peñasquito* y por su terquedad, que le puso como á un infeliz en poder de los guardias; la niña de *Los Murales* transida de dolor, sin pensar en Juan Antonio, miraba á *Peñasquito*, como si con él fueran á írsele los pocos hálitos que ya tenía; Juan Antonio apretaba el cuchillo, viendo á Rosario mirar á su rival, y *Cachitas* revolvíase en su cubil con espantosa convulsión de alegría, y revolvíanse sus ojillos, centelleantes de perversidad y locura... cuando *Peñasquito* cogió el papel y, sin mirarlo, sin desdoblarlo, lo entregó al sargento, diciéndole risueñamente, con una voz de armonía maravillosa:

—Estoy libre. Es mi indulto.

VII

Fué cosa de enloquecer. ¡El indulto! ¡Sí, el indulto! Los guardias se alejaron después de saludar. *Peñasquito* quedaba libre. Las mujeres alzaban los brazos con frenesí espeluznante para dar gracias á Dios; los hombres se daban las manos y jaleaban á *Peñasquito*. ¡Qué barullo! El *tocaor* dió cuatro golpes al guitarro; una moza salió como un demonio, con una copla que parecía una bala; todos gritaban y reían... Hasta cantó el gallo.

La niña de *Los Murales* salió de su estupor de muerte y corrió

á *Peñasquito*, abrazándole, colgándose de su cuello, sollozando, mirándole con sus ojos de Dolorosa... ¡Ah, pero estaba allí Juan Antonio! Tal latigazo sintió en su sangre al ver aquello, que se lanzó para herir de firme y acabar de una vez. ¡Derecha iba la hoja, Cristo piadoso! *Peñasquito*, que le observaba, empujó atrás á Rosario prontamente, y él se echó atrás también en un movimiento de pantera. Salváronse por milagro.

Fué el niño de *Las Umbrías* sujeto por los hombres y bramaba de coraje, pero con razón sobradísima al decir de algunas escandalizadas hembras, por el desgarramiento y poca compostura de Rosario. Un grito de súplica de Rosario, dirigido al contrabandista, hizo sonreir á éste: pero no ya con la anterior amargura, sino de placer franco, que destelló como el sol en sus ojos y en su boca. Riéndose aún, dijo muy gentilmente á los que sujetaban á Juan Antonio:

—Vamos, lo que no pasó antes va á pasar ahora: venga aquí esa fiera: á soltarla pronto, pronto, que tengo también un indulto para librarme de su cuchillo.

Rosario se lanzó á Juan Antonio con rostro divino de indulgencia y piedad, diciéndole:

—¡Pero mira á *Peñasquito!*... ¡Mírale bien!... ¡Ay!... ¿No estás viéndole?

Peñasquito exclamaba entonces con voz temblorosa de risas y lágrimas:

—¡Que venga la fiera! ¡Que venga y mate á una mujer!

Y quitándose el sombrero de paredilla, y arrancándose de un tirón el dique del pañuelo de seda, dejó rodar por sus hombros y espaldas, en bellas ondas, un mar desbordado de cabellos negros.

Fué un instante indescriptible. Era ya demasiado. Los corazones retorcíanse queriendo saltar de impaciencia. ¡*Peñasquito* una mujer! Juan Antonio tiró el cuchillo, como si la luz se hubiese hecho de pronto en su cerebro, y aproximándose á *Peñasquito*, decíale en voz trémula:

—¡Pastora!... ¡Eres Pastora, la hermana de Rosario!

Y *Pepete*, limpiándose unos lagrimones como puños, exclamaba acongojado de felicidad:

—¡Válgame la Pastora!

—Sí, Pastora soy.

¡Con qué sal habló después que se hubo recogido graciosamente el pelo! Dirigíase á Juan Antonio al hablar, pero la escuchaba un inmenso círculo con atención religiosa.

—Soy aquella hermana de quien Rosario te habló tantas veces, diciéndote que era su única familia y que estaba lejos, muy lejos. Contrabandista fuí porque Dios lo quiso, pero no quise que lo fuera mi hermana menor, este pimpollo que aquí ves. De la misma Córdoba, que es nuestra tierra, la traje á guardar á personas de mi confianza, que no son tíos nuestros, sino parientes de *Pepete*, el garduño que ves aquí también; y ya pude navegar más tranquila con mi ropa de hombre y mi garduño, el criado, el amigo fiel de nuestros padres; de nuestros padres, que tenían riquezas y fueron pobres de pronto por azar de la suerte; de nuestros padres, muertos en la juventud de tristeza, de dolor tal vez, dejándonos tan niñas y tan desamparadas. ¿Por qué fuí después contrabandista? Por gratitud á *Pepete* que nos crió, sin poder, con mil penas; por cariño á Rosario; por ganar pronto y mucho, y, en fin, ¿no lo dije antes? porque Dios quiso. ¿Qué más? Se calló que éramos hermanas, previniéndonos, para evitar que la justicia molestase en alguna ocasión á Rosario. Se guardó también el secreto contigo hasta saber primeramente si de verdad la querías, y para castigarte después por tu desconfianza. Cuanto más desconfiado eras, más cólera sentía yo y más te hice penar. Hasta le prohibí á Rosario que te revelara el secreto, bajo pena de no casarse contigo si desobedecía. Pero ya acabó todo, mi indulto es la señal de paz; como no maté ni herí á nadie, como no robé, se pidió, se trabajó con ganas y me lo consiguieron, quitándome de encima también el achaque de aquella muerte. ¡Y en qué hora tan buena llegó el papelito, Santa Madre! ¡Ea, y se acabó mi cuento!

—Perdóname, Pastora, suplicó Juan Antonio tristemente.

—Que te perdone ella, que fué la ofendida.

¡Perdonar á Juan Antonio! No solamente eso, sino que tuvo Rosario ocasión para decirle todavía bajo, muy bajo, como en un suspiro:

—Perdóname tú, pero lo mandaba Pastora... y ya ves, ya ves el castigo que me prometía.

De los comentarios, de los aspavientos de hombres y mujeres... no quiero decir; pero la nota más bella y humana fué el estallido de todos los pechos henchidos de ternura en una aclamación á la niña de *Los Murales*. Nadie supo, nadie dijo por qué, pero estaba latente en todos: aquella aclamación había sido para absolverla.

—Vamos, gritó Pastora, siga la bulla... Y desde mañana á vivir en paz, sin aperreos, y á casar á los chiquillos.

—¿Y tú, Pastora? exclamó de pronto uno de la fiesta.

—Si yo no encuentro con quién, contestó ella con viva gracia, me quedaré para vestir santos, con mi hermanita de mi corazón y con este tonto que ha querido matarme. Conque una copla es lo que aquí hace falta.

VIII

Se armó el jaleo; cantaron algunas mozuelas, cantó también Rosario, pero esta vez tampoco pudo acabar su copla. Interrumpió la fiesta la Guardia civil, que regresaba con un preso, para tomar otra dirección, desde el cortijo. ¡Y qué preso, buen Dios! Era *Cachitas*.

Cachitas se volvió loco, y el alma y el corazón, aunque sea mucho decir, se le salieron por la boca cuando supo que *Peñasquito* era una mujer, que la historia se acababa, que no iban á matarse dos hombres rivales, porque la rivalidad era ya imposible. Mientras aquella rivalidad existió pudo vivir, pensando que podrían matarse ó matarla á ella: todo menos saber que tenía un dueño. Arrastrándose como un reptil salió á la campiña: se revolvió allí, golpeando el suelo con pies, cabeza y puños, haciéndose pedazos, escupiendo veneno y maldiciones como bestia rabiosa. Lo encontró la Guardia civil, tomándole quizás por un monstruo que abortó la noche en el camino. Le cogieron con mil fatigas entre todos, magullado, estropeado, con los ojos saliéndosele de las órbitas, la cara horrible, cayendo la sangre y el sudor de la frente para unirse con la viscosidad blanquizca de su bocaza enorme; en el maquinal impulso de aquella momentánea y aterradora expansión de sus facultades de hombre y bestia, con gritos horribles, sin

aguardar á que le hablaran, lanzó de sus labios esta verdad, la única que dijo mientras vivió:

—¡Que me cojan y me ahorquen! ¡Soy *Cachitas!* ¡Yo hice la muerte que á *Peñasquito* le achacaban! ¡Yo lo delaté para perderle! ¡Yo soy el ladrón de *Las Tres Cruces!*

Y cuando convenció á la Guardia civil de que debían atarlo y llevárselo, entró ya en una calma siniestra, como al pensamiento de haber cumplido su misión. ¿Sería un filósofo á su modo? ¿Se habría vengado de su odio á la Humanidad en sí mismo?

¡No fué tira de cuerda la que le liaron! Pasó por *Los Cameros* cuando la niña de *Los Murales* echaba su copla, bien ajena de haber sido el destino de aquel hombre. ¡Qué mundo! Allá iban... allá iban hasta que se perdieron en la sombra... hasta que se perdieron, con las risitas calladas, siniestras, de los cañones de las carabinas, del charol de los tricornios y de los ojillos flamígeros.

¡Ay, Dios! ¡Conque fué por *Cachitas* por quien Pastora tuvo que andar á salto de mata! ¡Conque fué *Cachitas* quien hizo la muerte! ¡Conque fué *Cachitas* el delator! ¡La que hubo allí de felicitaciones á Pastora, porque al fin se veía libre de verdad del achaque de aquella muerte!

Como la desgracia de *Cachitas* no apuró á nadie, porque de nadie se había hecho querer, y como la Humanidad no es perfecta, pidieron á Rosario que cantara y cantó al fin, y acabó la copla y empezó y acabó otras muchas, y no fueron primores los que allí hizo, sin contar los otros primores que las demás hicieron, hasta que allá á la media noche lleváronse á las dos hermanas como en procesión á *Los Murales* con un parrandazo que ardía la sierra...

Y cuéntase que Rosario y Juan Antonio se quedaron un poco atrás, cuando pasaban por el molino de *Los Roquetes*: y allí, en aquel lugar misterioso, en aquella majestad de la noche, ante aquella decoración fantástica y peregrina de árboles susurrantes, con aquel fondo del molino, cuyos muros viejos blanqueaban vigorosamente á la luz de la luna, y aquellas aguas saltando con estrépito de un cauce en otro, salpicando con sus diamantes las adelfas, las juncias, las hiedrecitas humildes;

en aquel lugar, en fin, arca santa de los recuerdos apenadores ó alegres de la niña de *Los Murales*, exclamó ella muy conmovida:

—Fué esta misma noche: aquí, aquí me dijiste mala hembra.

—Sí, respondió él tristemente, y aquí mismo te dije anoche que eras una santa. Pero ahora... ¿qué te podré decir ahora? De cualquier modo, la lección no puede ser más dura. Rosario, añadió después con noble dignidad, no será con promesas con lo que me excuse: me excusarán mis actos, yo te lo juro, mis actos... y el tiempo.

Volviéronse prontamente al oir hablar á su espalda. Era Pastora.

—Vamos, exclamó ella, por lo que has dicho hacemos las paces para siempre... Porque no creas, tenía mi inquietud. Pero óyeme, Juan Antonio; óyeme tu también, Rosario: no es una muchacha de vuestra edad, poco más ó menos, la que os lo dice; es una mujer que trabajó en lo que supo y pudo para que su hermanita menor no pasase miseria, y que aprendió más de lo conveniente tal vez en sus recios trabajos; no os guiéis por apariencias si deseáis vivir tranquilos. Las apariencias engañan y esos engaños pueden traer desdichas grandes. Ya ves, Juan Antonio, lo que has sufrido guiándote de apariencias al tomarme por un hombre; ya ves, Rosario, que estuviste á punto de perder tu honra, porque los demás, como Juan Antonio, se guiaron de apariencias también: por apariencias y nada más que por eso se me ha creído hombre, y hombre capaz de todas las valentías; y no sé lo que hubiera podido acarrearme mi celebridad á seguir así, cuando sólo soy una pobre mujer que estaba siempre loca de miedo al pensar en lo que podría ocurrirme á cada hora y el abandono en que mi Rosario quedaría. No, apariencias no. El hombre, tanto como la mujer, deben vivir seguros de sí mismos, con un corazón independiente, sin orgullos necios, sin prejuicios vanos, cogidos á la verdad y á la razón como el único apoyo que les evite caer ó les alivie la caída al andar por el mundo. Creedme, niños míos: si eso no es la felicidad, porque la felicidad no se encuentra ni con candil, le anda muy cerca... Y no hay que preguntar á *Peñasquito* quién le enseñó estas cosas; no hay que

preguntárselo, porque vosotros no sabéis lo que se aprende corriendo por el mundo como yo lo hice. Que Dios me lo perdone por la buena intención. Mucho aprendí, pero sin dejarme atrás lo más hermoso que una mujer, para serlo como Dios quiere, ha de tener muy guardado: la ternura del alma y la buena opinión de hembra. He dicho. ¿Hay un abrazo para mí?

Abrazáronse. Las aguas seguían saltando espumosas y salpicando sus diamantes heridos por la luz de la luna. Los juncos de las acequias, las hiedras del pie del muro, las flores silvestres, las hierbecillas, hasta las hojas de los álamos, todo susurró con suavidad, como si comentase á la vez el discurso de Pastora... Un diamante de las aguas saltó sobre una margarita, deteniéndose tembloroso en su botón amarillo. La margarita derritió al diamante en un beso, diciéndole á la par misteriosamente:

—¿Oíste?... ¿Oíste?... ¡Ay Dios, qué cosas!

M. Martínez Barrionuevo.





Cuentos del Continente oscuro

* * *

Nioko, el mago del rey Swazy.

I

Algunas semanas después de nuestra extraña aventura con los enanos de las cuevas acampamos en una isla situada en medio de un lago hermosísimo, con intención de permanecer allí unos días para descansar de las fatigas de nuestra pesada marcha.

Los wadigos nos habían construído con cortezas de árboles unas barquitas, en las cuales pasamos desde la costa á la preciosa isla, llena de magníficas palmeras.

En la segunda noche de nuestra llegada le tocaba á Kass hacer la guardia, y necesitando consultarle acerca de un asunto me acerqué al wadigo. Terminada la consulta, los dos quedamos allí contemplando en silencio y llenos de admiración aquel hermoso trozo de aguas azules, en las que se reflejaban los pálidos rayos de la luna. Grupos de plantas y flores blancas y rojas elevaban sus corolas por encima de la ondulante superficie del lago.

De repente Kass, cuyo dialecto entendía yo entonces muy bien, me puso una mano en el hombro y señaló con la otra un puntito negro que se movía sobre el agua.

—Mirad, dijo en voz baja; alguna cosa se mueve allí sobre el lago.

Aquella cosa fué acercándose más y más, hasta que por fin, por la manera en que la proa partía el agua, pudimos distinguir que era una canoa. Observando con atención vimos poco después que la persona que la ocupaba era una mujer, y que remaba rápidamente, casi con furia.

—¿Qué hará en el lago sola y de noche? pregunté á Kass.

No contestó á mi pregunta porque estaba fijándose en la mujer, la cual, aunque todavía lejos de la orilla, nos había divisado, y levantándose en su frágil embarcación, agitaba los brazos como demandando auxilio. En seguida volvió á sentarse, y cogiendo nuevamente los remos, dirigió la canoa hacia donde estábamos con toda la rapidez que le fué posible. En cuanto se acercó bastante salió á la pedregosa orilla, y un momento más tarde se postró á nuestros pies.

Kass la levantó cuidadosamente, y mientras yo la examinaba con curiosidad, la preguntó por qué había venido á buscarnos.

Juzgando por las numerosas conchas que adornaban su vestidura de piel de leopardo, y más todavía por los brazaletes hechos con dientes de león que llevaba, supuse que pertenecía á una tribu de que Kass nos tenía hablado; pero las facciones eran distintas, y á pesar de las dos enormes muelas que la desfiguraban las orejas, parecía ser de una raza africana más distinguida. De cuerpo era esbelta y bien formada, la cabeza pequeña y redonda, mientras que la piel, de un color aceitunado, hacía resaltar el intenso negro de su pelo abundante y rizoso.

Kass, después de hablarla en el dialecto wadigo, cambió éste por otro del que yo no entendía ni una palabra.

Transcurridos unos minutos, Kass se volvió hacia mí, preguntando:

—¿Querrían los jefes blancos hacer un viajecito para salvar la vida de un hombre?

—¿A dónde y cuándo quiere usted que vayamos, Kass? dije, contestando á su pregunta con otra.

—A dónde, no lo sé, sahib; pero sé que si la luna desapareciese del horizonte antes de que llegásemos al sitio, será ya demasiado tarde.

—No puedo comprometerme hasta consultar con Federico. Venga usted conmigo á su tienda; le despertaré, y entonces nos explicará lo que desea esa mujer.

Juntos nos dirigimos á la tienda; y despertando apresuradamente á mi compañero y á Hassán, tuvimos una corta discusión. Según afirmaba Kass, no había un momento que perder si decidíamos



SE POSTRÓ Á NUESTROS PIES

arriesgarnos, puesto que tendríamos que ir bastante lejos. No pudimos comprender claramente qué era lo que la mujer quería de nosotros. Parece que se había enterado de que estábamos acampados en la isla, y que, teniendo una idea muy exagerada del valor y del poder del hombre blanco, había venido á buscarnos, y nos rogaba encarecidamente que echáramos al agua una canoa y la siguiéramos á un punto que nos indicaría.

—Es una petición algo singular, Julio, dijo Federico. Esa mujer debe creer que, porque somos blancos en vez de negros, tenemos la vida asegurada.

—Kass dice que se llama Micha, y que declara que nuestras

serpientes son buenas, contesté sonriendo, lo cual significa que estamos bondadosamente protegidos por la suerte contra las lanzadas de los africanos. ¿Iremos con ella ó no iremos?

—Sí, vamos, repuso; si acaso nos metemos en algún compromiso, procuraremos salir de él como hemos salido de otros. Si se presenta ocasión en el camino, trataremos de hacer que nos explique qué es lo que quiere de nosotros, y sobre todo, no olvidemos los rifles.

Dejando á Hassán encargado del campamento pronto lanzamos una canoa al agua. ¡Cuán poco nos figuramos que al despedirnos por un rato del árabe habíamos de volver á verle en circunstancias tan extrañas!

La indígena se colocó en la popa y Kass en la proa de la barquichuela. mientras que Federico y yo, tomando los remos, remamos todo lo más rápidamente que pudimos.

Pasamos al otro lado del lago, y á la sombra de los árboles que guarnecían la orilla empujamos nuestra frágil embarcación hacia adelante por espacio de más de una hora. De repente el silencio de la noche fué interrumpido por un rugido espantoso, tal como nunca lo habíamos oído en todos nuestros viajes por el Continente oscuro. Micha se inclinó inmediatamente y me cogió las manos. Comprendí su indicación y cesé de remar. Federico hizo lo mismo.

El cabrilleo de las aguas contra la proa se dejó sentir agradablemente durante unos momentos, mientras la barquilla, aunque privada del impulso de los remos, continuó su curso; pero muy pronto se detuvo, y de nuevo reinó profundo silencio, silencio que duró pocos minutos, pues de nuevo vino á sorprendernos el terrible rugido que habíamos oído antes.

Tomando un remo de la mano de Federico, Kass lo colocó convenientemente en la orilla, y entonces desembarcamos los cuatro, dejando bien amarrada la lancha á un tronco viejo.

Avanzamos silenciosamente entre una vegetación exuberante, en la que abundaban las cañas acuáticas que nos llegaban al pecho, hasta que salimos á un gran claro, más allá del cual se elevaban grandes arboledas.

—¡Abajo, Julio, agáchate! murmuró de pronto Federico. ¡Mira, mira allí!

Quedamos inmóviles, ocultos entre el espeso ramaje, y entonces,

mirando al centro del claro, comprendimos de pronto cuál había sido la causa de aquel terrible rugido. Tumbada sobre la tierra vimos una leona con su cría. A su lado, y en actitud arrogante, estaba el macho. Tenía la cabeza vuelta hacia nosotros, y mientras le contemplábamos volvió á rugir de una manera imponente. Levantamos los rifles para tirar, pero Micha se apoderó del cañón del mío, y señalando un enorme tronco en el otro lado del claro, murmuró en mi oído algunas palabras que no pude comprender.

—Esperad y observad, interpretó Kass. Hemos llegado á tiempo al sitio de los leones. Tal vez venza la fiera. ¿Quién puede decirlo?

Un instante después pudimos observar un pequeño movimiento detrás del tronco que había señalado Micha: vimos que la leona se alarmaba, y cogiendo á su cría en la boca corrió á ocultarse, pasando de un brinco por encima de nuestras cabezas.

El león quedó parado y con la cabeza vuelta hacia el punto donde había nacido el movimiento, dispuesto á hacer frente á cualquier peligro que se presentara. Un momento después salió de entre el follaje un hombre armado únicamente de un escudo de piel y una lanza de punta muy afilada, y fué á colocarse delante de la fiera. Tenía un aspecto muy singular, extravagante. El pelo, desgreñado y encanecido por la edad, le caía hasta la cintura, y en la cabeza llevaba un tocado fantástico. La especie de túnica que le cubría el cuerpo era de piel de tigre y estaba adornada con numerosas perlas ordinarias y curiosos objetos, destinados á servir de salvaguardia contra los malos encantos. Aunque tenía la espalda inclinada por el peso de los años y la piel arrugada sobre los desgastados brazos, hizo frente sin temor ninguno al enfurecido animal.

—Es Nioko, el gran mago del rey, exclamó la indígena. Primero matará al león y luego al hombre para que el rey pueda prolongar su vida. ¡Ojalá se rompiera su lanza y cegaran sus ojos, y sus pies resbalaran en los charcos de su propia sangre, y la luna alumbrase al león para que devorara su cuerpo cuando aún respirara!

—¡Vaya unos deseos tan cariñosos! dijo Federico cuando Kass nos explicó las palabras de Micha. Me parece que es muy probable que los vea satisfechos, pues Nioko se halla indudablemente muy expuesto á perder la vida, á no ser que, aprovechando un momento en que el león se distraiga, y cuando veamos que el mago va saliendo mal, podamos dar muerte de un tiro á la fiera. Pero ¡mira, mira!

Y calló bruscamente. El combate entre el hombre y la fiera había comenzado.

De un brinco terrible se lanzó el león sobre Nioko; pero éste, apartándose á un lado con agilidad asombrosa, fué instantáneamente á colocarse de nuevo frente á su enemigo.

Teniendo el escudo de manera que le cubría casi todo el cuerpo, esperó el mago otro ataque de la fiera con la lanza en ristre y la mirada fija en el animal. Este no tardó en dar otro brinco, y por segunda vez la agilidad de Nioko prestóle excelente servicio. Aprovechando el momento en que el león pasó por su lado dirigióle algunas lanzadas, pero no llegó á tocarle. Retrocediendo apresuradamente unos cuantos pasos se colocó en posición de defensa contra el tercer ataque. En aquel momento estuve á punto de descubrir nuestra presencia, porque apenas pude reprimir una exclamación de horror al ver las maniobras de la fiera.

Dando otro espantoso brinco en el aire, el león se abalanzó sobre el escudo del mago, el cual cayó en tierra y vióse acometido por la fiera. Entonces Nioko, con indescriptible asombro nuestro, sacando un brazo por entre el escudo, única cosa que le protegía, consiguió hundir la lanza en el cuerpo de su enemigo casi hasta el mango.

Un profundo rugido de dolor y de rabia pareció hacer temblar la tierra bajo nuestros pies, y un instante después vimos al mago salir de debajo del escudo, sobre el cual cayó el cadáver del león, de cuyo cuerpo sacó la lanza con pasmosa serenidad. En seguida se puso á quitarle la piel, que echó sobre el hombro, y recogiendo el escudo, desapareció por entre las sombras del bosque que teníamos delante.

—¿Le seguiremos? pregunté á Federico.

Antes de que mi compañero pudiera contestar, Micha la indígena, que parecía haber comprendido la pregunta, volvióse hacia el sitio donde habíamos dejado la canoa, mientras hacía algunos gestos como si quisiera decirnos que debíamos ir por el lago. Kass la siguió inmediatamente, y nosotros, sabiendo cuánta falta nos hacía su dirección en aquellos parajes tan desconocidos, fuimos detrás de él. Entramos en la canoa y la empujamos rápida aunque cautelosamente hacia adelante.

Después de andar un rato nos encontramos en una parte de la orilla en que todo era pantano y por donde emergían las aguas del

lago. Con suma dificultad empujamos la barquichuela por un estrecho brazo de agua, y de repente nos sorprendió Micha diciendo:

—Deteneos, no es necesario andar más. Cuando pase por aquí el mago le seguiremos á pie.

Inmediatamente hicimos alto.

—Kass, dijo Federico al wadigo, que había cambiado de sitio en la canoa para poder hablar mejor con Micha, ¿á qué venimos aquí? ¿Qué es lo que se pretende de nosotros?

—Pronto lo sabréis, sahibs, contestó el wadigo. Hemos cruzado ya el temible y temido pantano de Swazy, y Micha acaba de declarar por qué pide nuestro auxilio. Extraño es el motivo, y más extraño aún lo que los sahibs oirán y verán. Escuchad, pues.



HIZO FRENTE AL LEÓN

II

—No pertenezco á la tribu que gobierna Swazy, rey de la tierra que lleva su nombre, aunque he vivido en la cabaña de uno de sus jefes, comenzó Kass, repitiendo las mismas palabras de la indígena. Tan numerosos como las hojas de los árboles del bosque son los jóvenes de Swazy, cuyas lanzas se enrojecen frecuentemente con la sangre de sus enemigos.

Tan temidos son, que las tribus que habitan cerca del lago no se atreven á hacerles frente en la batalla, pues su fuerza se debilita y se quebranta cuando los escudos de los swazys chocan contra los suyos. Así sucede que gran número de tribus han reconocido el gobierno de Swazy por puro temor, y le envían buenos regalos y le pagan grandes tributos para que les deje vivir, para que no les haga desaparecer de la faz de la tierra.

Entre las numerosas tribus que Swazy redujo á la obediencia contábase la de los wanas, que fué la que más duramente se resistió hasta que murió su rey. Entonces no tuvieron más remedio que ceder, y Swazy nombró jefe de la tribu á Chika, el cual debía estar siempre bajo sus órdenes. Por mucho que deseaba Chika sacudir el yugo de Swazy no le fué posible conseguirlo, porque los wanas se volvieron como criaturas, dejaron de afilar las lanzas y hasta dejaron de matar á las fieras del bosque, á fin de que sus endurecidas pieles sirvieran para hacer escudos.

Viendo esto Swazy quedó satisfecho, y según fueron haciéndose más numerosos, el ambicioso rey tomó á unos para esclavos de su corte, mientras que vendía otros á los comerciantes árabes dedicados á este tráfico.

Más y más pesados, más duros cada vez eran los tributos que exigía Swazy, y por fin, no contento con esto, envió un jefe al territorio de los wanas con orden de que mataran á Chika, bajo el pretexto de que le era desleal. Ordenó también que todo el ganado de la tribu fuese enviado al territorio de Swazy para que él pudiera repartirlo entre los suyos.

Chika, el jefe de los wanas, escuchó en silencio la demanda de su muerte y la orden de despojar á su tribu; pero cuando el fatal mensajero hubo terminado, contestó severamente:

—Id ahora y decid á Swazy, nuestro gran rey, que dentro de tres días le daré la respuesta.

—Swazy no espera, replicó el mensajero; necesita vuestra contestación inmediatamente.

—¿No ha de permitirme que viva siquiera tres días? preguntó Chika. Id de aquí antes que os mande degollar. He pronunciado ya la respuesta que habéis de llevar á Swazy.

Entonces el mensajero regresó al lado de su rey y decidieron esperar los tres días.

Mientras tanto Chika, en la llanura que hoy es pantano, pero que entonces era terreno seco y fértil, reunió á los hombres y á las mujeres de la tribu de los wanas, y enristrando la lanza les refirió la nueva demanda de Swazy.

—Vosotros, esclavos wanas, ¿hasta cuándo consentiréis en ser vendidos y comprados como rebaños? ¿Hasta cuándo permaneceréis sumisos á las exigencias de Swazy? ¿Quién de vosotros no ha perdido á alguno de su casa, á quien él ha querido llamar y vosotros habéis entregado? Día tras día trabajáis la dura tierra, cuando debíais pensar en empuñar la lanza y el escudo contra el opresor. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que la palabra wana hacía temblar á los swazys! Hasta tal punto habéis descendido que ahora pide Swazy vuestro ganado, porque cree que obtendrá de él más ganancia que de vuestros cuerpos. A pesar de todo, el rey se acuerda de que alguna vez habéis sido hombres, y temiendo que volváis á serlo, manda que me matéis á mí, no sea que yo os guíe contra él y entre todos no dejemos vivo á ningún individuo de su tribu.

Y extendiendo el brazo en que tenía la lanza, continuó Chika:

—¡Matadme! Lo deseo, lo pido para que pueda morir como mueren los hombres dignos y de valor.

Nadie aceptó la lanza que les ofrecía, y viendo que poco á poco iban animándose con el fuego de sus palabras y con sus expresivos ademanes, prosiguió:

—Aun habéis de sufrir mayores y más crueles indignidades, pues cuando las tribus de alrededor busquen un equivalente en cobardía, se acordarán del ultrajado wana y contarán cómo Swazy el temido rey os borró de la superficie de la tierra. ¿Por qué tanto temor, vosotros que descendéis de una raza valiente? Si es tan grande vuestro apocamiento que no os atrevéis á contestarme, que hablen las mujeres y que me digan cuál de las dos cosas ha de ser.

—¡Lucharemos! contestaron por fin los wanas á una sola voz y agitando los brazos.

—Pues volved á vuestros hogares y trabajad incesantemente para hacer, como mejor podáis, lanzas y escudos, pues dentro de tres días sabrá Swazy que los wanas se han cansado de ser oprimidos.

Toda la tribu se ocupó aquella noche en hacer y arreglar lanzas, y al siguiente día, al amanecer, dieron muerte á casi todo su ganado

cuyas pieles pusieron á secar al sol á fin de que después sirvieran para hacer escudos.

Al cabo de los tres días, Swazy, que no había recibido ni el cadáver de Chika ni el ganado, envió una partida de guerreros al territorio de los wanas.



¡MATADME, WANAS!

De todos ellos, sólo uno volvió á su tribu para decir al rey que los wanas se habían sublevado y habían dado muerte á los guerreros que fueron con él. Entonces Swazy mandó afilar las lanzas y condujo á su gente, que era muchísima, contra la tribu revolucionaria.

Durante todo aquel día, escudo contra escudo, mano á mano y lanza contra lanza, lucharon las dos tribus. Sí, mataron y murieron, hasta que la verde hierba del campo tornóse roja con la sangre de los cadáveres. También quedaron rojos la tierra, los pozos y las aguas del lago, tan horrible fué la carnicería.

Aunque entre los muertos contábase á Chika, que cayó de los

primeros, los wanas continuaron peleando desesperadamente: ¡hasta las mujeres empuñaron las lanzas y acometieron al enemigo!

Avanzaron los hombres de Swazy ganando terreno palmo á palmo, hasta que no quedó ni un solo wana. El rey mandó á sus guerreros terminar la obra comenzada, y mujeres y niños fueron degollados sin piedad. La tribu fué borrada de la superficie de la tierra.

Abandonada por muerta entre un montón de cadáveres (Kass continuaba refiriendo la historia de la indígena como si fuera ella misma), salí con grandes precauciones y pude contemplar aquel horroroso cuadro. Las fieras devoraban ya á los de mi tribu y á los de mi cabaña, pues de entre todos ellos era yo la única que vivía.

Con un abatimiento que parecía matarme me albergué en una choza para permanecer oculta, pues no sabía hacia dónde dirigirme. Las tribus vecinas no se atrevían á recibirme por temor á Swazy.

Amaneció, me levanté y me dirigí al bosque, donde una partida de guerreros enviada por Swazy me hizo prisionera.

—¿Por qué ha de quedar una wana en la tierra? exclamó uno.

Y levantando la lanza me acometió con ella, mientras otros me sujetaban. La punta me había tocado ya cuando un jefe de Swazy, joven y valiente, apartó el arma exclamando:

—No la matéis. Es lástima que muera una mujer tan bella.

Obedeciéronle inmediatamente, y cuando los guerreros de Swazy regresaron á su tribu, el joven jefe solicitó del rey una recompensa por los méritos contraídos en la guerra. Interrogado acerca de lo que quería, pidió para mí una cabaña y que me fuese permitido vivir en ella. Yo accedí gustosa, pero Swazy se negó al principio á otorgar el permiso. Insistió el jefe y por fin consintió.

Algún tiempo después de esto, Swazy salió á cazar leones en el terreno que hoy es pantano y que antes fué el territorio donde habitaban los wanas, y por la noche se echó á descansar en el sitio donde se dió la batalla. Habiendo visto allí cosas extrañas, llamó á Nioko el mago para que se las explicase. Nioko, que ejercía grande influencia en el rey y era ambicioso, se presentó inmediatamente.

—Hablad, gran Swazy, exclamó. Vuestro esclavo necesita saber lo que habéis visto para deciros luego lo que veréis.

Entonces Swazy pronunció estas extrañas palabras:

—Nioko, gobernador de la lluvia y hacedor y protector contra los malos hechizos que amenazan á tu rey, óyeme. Era de noche; la luna

se mostraba clara y resplandeciente; entre los sauces y las cañas precipitábanse las aguas del lago; las fieras que odian el día y aman la noche andaban errantes de aquí para allá; la calma era completa; yo, cansado y lleno de fatiga, me dormí. De repente vino á despertarme un ruido que será siempre grato para los oídos de Swazy: el choque de escudos y de lanzas. Me puse á escuchar y sentí los ayes de los guerreros moribundos y los gritos de los que eran precipitados al lago y perecían ahogados. Me levanté, y tomando mi lanza y mi escudo fuíme á la batalla. Allí me encontré con miles y miles de wanas que luchaban contra mis guerreros. Confundido con los combatientes luché durante toda aquella noche. Las lanzas de los wanas quedaban rotas y destrozadas al dar contra mi escudo; ninguno pudo herirme. Por fin, y dirigido por mí, empezaron mis hombres á triunfar, cuando de repente una mujer levantó el arma al aire y me tocó en el pecho con la punta. Ningún dolor sentí ni ningún daño me hizo, pero desde aquel momento comencé á envejecer. El brazo me falló, cayeron de mis manos la lanza y el escudo; ya no pude luchar. Mis guerreros, al ver esto, se desanimaron, cesaron de combatir, y he aquí que los wanas empezaron á ganar terreno, hasta derrotar á mis guerreros, á quienes golpearon con los escudos, hirieron con las lanzas y los echaron por tierra como arroja el viento las hojas de los árboles. Entonces se desbordaron las aguas del lago y tuve que retroceder para poner en salvo mi vida.

Me alejé del lugar de la batalla buscando un sitio donde apoyar mi cabeza y morir, cuando tropecé con un objeto: era uno de mis guerreros. Me incliné, di vuelta á su cuerpo para examinar las heridas y reconocer sus facciones, y vi que no estaba muerto. Se levantó y me miró cara á cara. Le pregunté cómo había podido salvar la vida cuando todos los de su tribu habían muerto en la batalla, y me contestó pronunciando estas extrañas palabras:

—Los hombres de la tribu de Swazy viven, gran rey; sí, viven para cumplir vuestra voluntad.

Y señaló á los que habían ido conmigo á cazar leones.

Toqué á otro guerrero swazy y también se levantó extrañándose de que le despertara.

Oyeme, Nioko, tú que sabes grandes cosas: digo y repito que no ha sido un sueño, pues mis ojos vieron pelear á los wanas con los swazys y yo mismo conduje á mis hombres á la lucha. Pero

hace ya bastante tiempo que borramos á los wanas de la superficie de la tierra. ¿Estaban, pues, vivos los guerreros que yo vi? ¿Estaban muertos? Di, mago del rey, lo que esto significa.

Entonces Nioko se fijó en la lanza y en el escudo de Swazy, y vió que no estaban manchados de sangre. Un enemigo tenía el mago que se reía de sus encantos y hechicerías, y era el jefe Alí, el que me habia llevado á la cabaña, del cual resolvió vengarse en aquel momento, aunque para ello tuviese que engañar al rey.

—Tarea grande y difícil, dijo, es el adivinar lo que significa aquello que se ha presentado á vuestros ojos; no obstante, dentro de tres días os lo explicará vuestro esclavo.

Con esto Swazy regresó á su tribu, mientras Nioko, recogiendo hierbas del campo, torturaba su imaginación para estudiar lo que había de decir al rey. Encendió una fogata, y después de observar las fantásticas y maravillosas figuras que se dibujaban entre las llamas y el humo, volvió á ver á Swazy y le habló de esta suerte:

—Sabed, gran rey, que he adivinado lo que queréis conocer. Es lo siguiente: Cuando borrasteis de la superficie de la tierra á los wanas, ¿murieron todos? No tal. Una mujer quedó, y ella fué la que os tocó con la lanza aquella horrible noche, cuando vuestros guerreros resucitaron para luchar de nuevo. Estáis hechizado, y si no se deshace el hechizo, envejeceréis en menos de un año. Ninguna mujer wana tiene poder para causaros un mal tan grande, pero ella ha enseñado á uno de vuestros jefes la manera de perjudicaros de ese modo. ¡Quién sabe! Tal vez ese jefe aspira á gobernar la tribu después de vuestra muerte. Decid, gran Swazy, ¿quién podrá ser ese jefe?

Swazy comprendió qué era lo que se proponía el mago, y en vista de lo bien que le había servido Alí se negó á escuchar el consejo de Nioko, que sólo buscaba la muerte del joven jefe.

Después de esto una horrorosa tempestad trastornó las aguas del lago, que invadieron el terreno convirtiéndolo en un pantano.

De nuevo se presentó Nioko ante el rey, diciendo que era el encanto de Alí el que había causado aquel desastre.

—Ya veis, gran rey, exclamó, cuán cierto ha resultado lo que yo profeticé, pues el pantano que se ofreció á vuestros ojos en aquella terrible noche es ya un hecho real y positivo. Donde contemplasteis la batalla no hay ya otra cosa que agua encenagada. ¿Tuvo razón Nioko ó no la tuvo? ¿Acaso no murmuran los hombres de Swazy

que su rey envejece de día en día? Escuchad antes que sea tarde y permitid que Nioko desvanezca el maléfico hechizo que os rodea.

Swazy se atemorizó al oir que le creían viejo, pues entre ellos es costumbre inveterada el dar muerte á los viejos, á fin de que no sean una carga para los demás; aun los reyes mueren de esa manera.

—¿Y cómo podré evitar la muerte? preguntó.

—El que os ha hechizado, contestó Nioko, es uno de vuestros cuatro jefes. Tal vez no sea Alí, pero esto no puedo asegurarlo. En el sitio de los leones se ven todas las noches terribles fieras. Reunid esta noche á los swazys y mandad que enciendan el fuego de prueba, tal y como se hace en nuestras grandes ceremonias. Yo solo, sin ayuda de nadie, mataré un león y llevaré su piel y su cabeza allí donde estén reunidos esperando vuestra palabra. A cada uno de los cuatro jefes entregaré una muela del león y con la muela un encanto. Aquellos que no os han hechizado nada deben temer, pues al lanzar al fuego lo que yo les entregue desaparecerá sin producir llama ninguna, mientras que el regalo de aquel que os ha envuelto en su hechizo será consumido inmediatamente por una enorme llama. Mandad á vuestros guerreros que le prendan y haced que le maten en el acto: así viviréis muchos años para llevar el escudo ante vuestra tribu. Si no dais crédito á mis palabras, entonces la tribu de Swazy será borrada de la superficie de la tierra, tal y como la visteis en aquella horrible noche, ¿pues quién será capaz de dirigirlos después que os hayáis muerto?

Obedeciendo á Nioko, Swazy ha reunido á sus hombres alrededor de una gran hoguera encendida en el bosque, y allí esperan á que llegue el mago con la piel del león y con sus encantos. ¿A quién ha de tocar aquello que, al lanzarlo al fuego, produzca llama, sino á Alí, el jefe en cuya cabaña habito?

¿Salvaréis, pues, sahibs blancos, al jefe á quien amo? Si Nioko no temiese las aguas del pantano hubiera venido por aquí, pero...

Y Kass calló súbitamente.

No tuvimos tiempo para reflexionar acerca del peligro de semejante empresa, porque en aquel mismo instante la indígena salió de la canoa, y ocultándose detrás de un árbol, señaló al mago que se encaminaba hacia la tribu.

—¡Venid! exclamó.

Y nosotros, rifle en mano, la seguimos por el espeso bosque.

III

Nioko el mago, sin sospechar que fuera seguido de nadie, continuó su camino durante una hora próximamente, cuando de pronto aparecieron ante nosotros las cabañas de la tribu de Swazy.

Siempre ocultos avanzamos algo más, hasta que por fin llegamos á un sitio desde donde veíamos entre el ramaje un claro, en cuyo centro había una hoguera rodeada por los hombres de la tribu.

Tan pronto como apareció el mago le saludaron en alta voz y haciendo chocar las lanzas contra los escudos. Silenciosamente y con la mayor cautela avanzamos más, hasta que pudimos distinguir claramente al mismo rey, que estaba colocado de manera que las llamas alumbraban perfectamente sus facciones. Nioko, sin duda, le había persuadido de que empezaban á faltarle las fuerzas; pues aunque parecía un hombre en la flor de la vida, se apoyaba pesadamente sobre la lanza.

Cuando avanzó el mago, á quien el rey dirigió una mirada llena de inquietud, se retiraron á derecha é izquierda los guerreros, y entonces vimos que cuatro de ellos no llevaban arma ninguna.

—Mirad, gran Swazy, exclamó Nioko levantando la piel del león, á la que iba sujeta la cabeza, el león ha muerto.

Extendió la piel á los pies del rey, y con la punta de la lanza arrancó cuatro muelas de la boca del león y las colocó cada una en un manojito de hierbas. Hecho esto, el rey dirigió á sus hombres la palabra, explicando el motivo de haberlos reunido allí, y terminó (según interpretó Kass) del siguiente modo:

—Sí, el inocente vivirá y morirá el culpable.

Toda la tribu con voz unánime repitió estas palabras.

Mientras tanto el mago se acercó á los cuatro guerreros desarmados y les entregó un manojito á cada uno. Luego fué á colocarse al lado del rey y dió comienzo la ceremonia de las extrañas pruebas.

Avanzó el primer guerrero, y sin poder ocultar su ansiedad ni su temor lanzó su manojito al fuego. Al ver que no salía ninguna llama, sus amigos prorrumpieron en gritos de alegría; por lo menos á él no le tocaba morir. Avanzó el segundo, arrojó su manojito y

resultó lo mismo. En seguida presentóse Alí, el tercero de los cuatro jefes. Era un hombre alto y bien formado, y adelantóse con paso firme, irguiendo la cabeza y sin dar la menor señal de temor. Lanzó también su manojito á la hoguera, y al ver que inmediata-



EL MAGO LEVANTÓ LA LANZA

mente se levantó una gran llamarada roja, dirigió una mirada de desdén y desprecio al mago.

—¡Prendedle! gritó éste. Es Alí el que ha hechizado á vuestro rey. Si sois hombres y guerreros valientes, prendedle y matadle en seguida.

Toda la tribu quedó convencida de la culpabilidad de Alí. Avanzaron algunos para prenderle, pero dos cayeron inmediatamente al suelo con dos terribles golpes que les descargó. Mas era inútil que

pretendiera defenderse, pues en seguida se apoderaron de él entre todos y le sujetaron.

Alí no se dignó siquiera dirigirse al rey para que le perdonase la vida, pues continuó mirando con orgullo y desprecio al mago, el cual, levantando la lanza por encima de la cabeza, avanzó hacia él para quitarle la vida, cuando Micha, la indígena que nos había llevado allí, salió al claro y cogió los brazos al mago antes que tuviera tiempo de hundir el arma en el cuerpo de su enemigo, pero fué separada y Nioko se preparó nuevamente para dar el golpe.

Mientras tanto Federico, que estaba esperando el momento oportuno, apuntó su rifle con tanto acierto que el mago, separando los brazos, pero conservando aún en una mano la lanza, cayó muerto á los pies del jefe cuya perdición había tramado.

—¡Buena la hemos hecho, Julio! exclamó mi amigo al ver que los swazys, poniéndose en movimiento, nos rodeaban por todas partes.

Kass nos ayudó á rechazarlos, pero inútilmente, pues tuvimos que sucumbir ante la inmensa superioridad del número.

—¿Por qué habéis venido aquí? preguntó el rey cuando fuimos conducidos á su presencia.

Kass contestó, pero la respuesta, como nos habíamos figurado, no satisfizo á Swazy.

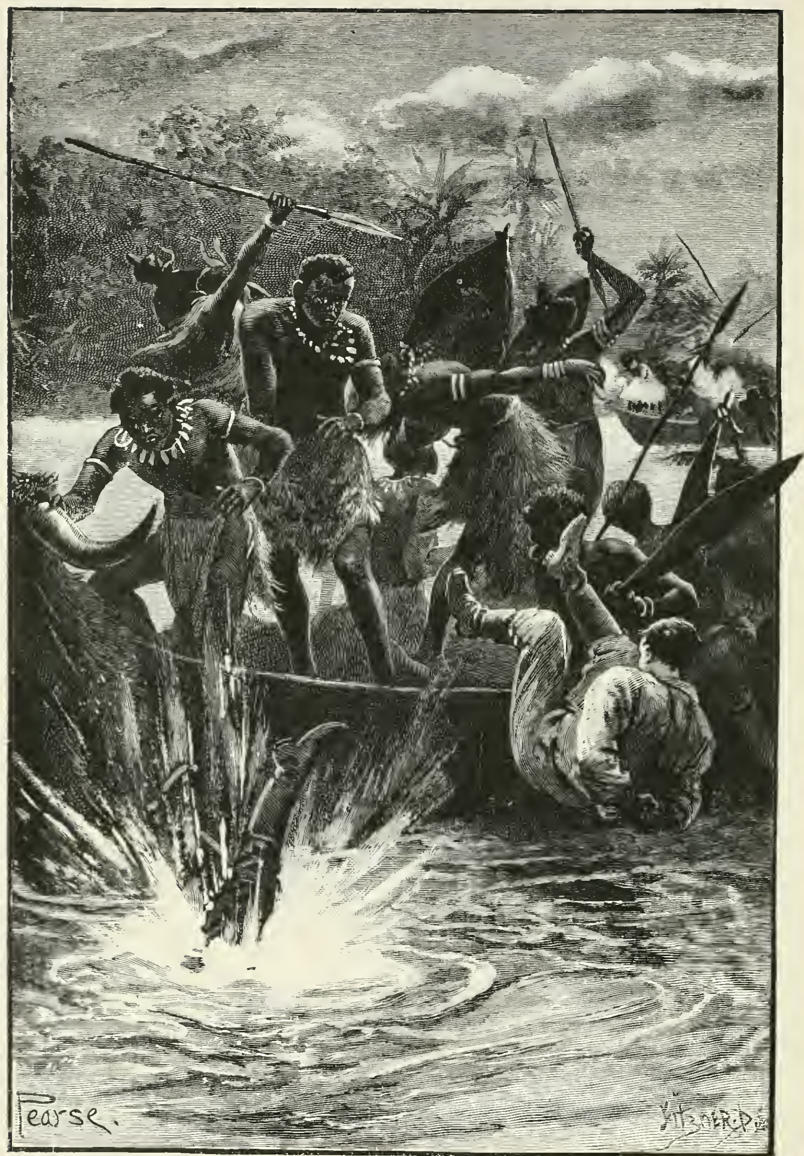
—¿Por dónde habéis venido? continuó éste.

El wadigo le explicó que vinimos atravesando el pantano.

—Pues por el pantano moriréis, como también morirá aquel á quien vinisteis á salvar.

Obedeciendo una señal del rey nos retiraron de su presencia para encerrarnos en una cabaña, donde quedamos bien custodiados hasta el amanecer. Entonces, atravesando el bosque, nos condujeron por el camino que habíamos traído hasta llegar á una parte del pantano donde había amarradas algunas barquichuelas. La mayor tenía remos para veinte hombres y ostentaba en la proa dos cuernos de búfalo. Nos obligaron á entrar en ella, y mientras unos nos sujetaron fuertemente otros remaron hacia el centro del pantano. Cuando ya nos habíamos alejado bastante de la orilla los swazys nos amarraron con correas, con intención de arrojarnos luego á las asquerosas aguas del pantano.

De repente uno de ellos lanzó una exclamación, mientras hacia



LOS SWAZYS NOS ARROJARON Á LAS NEGRAS AGUAS DEL PANTANO

una indicación con la mano hacia el otro lado del lago. Hasta nosotros llegó el ruido de los remos de una embarcación que se acercaba, y oímos con alegría la voz de nuestro fiel guía Hassán que metía prisa á los wadigos para que avanzasen á toda velocidad. Los swazys, desesperados, no esperaron más; entre todos nos arrojaron á las negras aguas, y comenzaron á remar huyendo de los wadigos, que les perseguían con empeño.

—Hassán, dé usted orden para que se retiren los nuestros, dijo Federico en cuanto nos metieron en la barca del árabe.

Hassán obedeció, aunque de muy mala gana.

Volvimos á atravesar el pantano, y un momento después nuestras canoas entraron en las tranquilas aguas del lago.

—Los sahibs, observó Hassán con gravedad, han tenido suerte después de todo, pues han salvado á aquel en cuya defensa salieron.

Y señaló una barca que se acercaba á la nuestra y en la que vimos á Alí. A su lado estaba Micha la indígena.

—¿Cómo es que se encuentran aquí? pregunté.

—Sahib, contestó Hassán, Micha supo que los swazys os arrojarían al pantano al amanecer, y por segunda vez salió oculta de la tribu y se dirigió á la isla. Al enterarse Hassán, vuestro humilde servidor, de lo mal que les iba á los sahibs, mandó que los wadigos preparasen las canoas y esperó á que los swazys trataran de realizar sus malvados propósitos. Alá y Mahoma nos han protegido. Lo demás ya lo saben los sahibs.

—Su valor y su diligencia nos han salvado la vida, Hassán, dijo Federico con agradecimiento. Y ahora, ¿qué va á ser del jefe Alí y de su esposa Micha?

—Permitid, sahibs, que, por de pronto, vengan con nosotros, contestó Hassán, pues debemos partir inmediatamente, antes de que Swazy envíe gente en nuestra persecución.

En cuanto llegamos á la isla tuvimos que mudarnos, pues la ropa que llevábamos puesta estaba llena de fango del pantano, y después de unas horas de descanso emprendimos de nuevo el viaje.

A los ocho días entrábamos en el territorio de una tribu amiga. Hicimos unos regalos de telas y rifles al rey, el cual accedió gustoso á que Alí y Micha ocuparan una cabaña y vivieran entre su gente.

C. J. Mansford.



Cuentos del Coronel



El coronel contra el mariscal Millefleurs.

Massena era un hombrecillo flacucho y de muy mal carácter. Había perdido un ojo en la guerra; pero cuando lanzaba sus miradas penetrantes con el que le quedaba, poco había en el campo de batalla que pasara inadvertido para él. Colocado delante de un batallón, con una sola ojeada podía decir si faltaba una hebilla de la casaca de un soldado ó un botón de los borceguíes.

Ni la oficialidad ni la tropa le querían mucho porque era muy miserable, y á los soldados les gusta que sus jefes sean generosos y liberales: pero en cambio, cuando se trataba de pelear, todos le respetaban y preferían estar á sus órdenes más que á las del mismo Emperador. Después de todo, si bien es verdad que agarraba con tenacidad la bolsa y no la soltaba fácilmente, también lo es que hubo un día en que con igual tenacidad agarró á Zurich y á Génova.

Cuando recibí el aviso de que me llamaba acudí muy contento á su cuartel, pues siempre fuí favorito suyo: en todo el ejército no había otro hombre á quien apreciara tanto como á mí. Era una ventaja grande la de pelear á las órdenes de aquellos generales veteranos, porque sabían elegir un buen soldado de entre muchos que no lo eran.

Le encontré solo en la tienda, sentado, con la cara entre las manos y el ceño tan arrugado como lo ponía cuando alguien acudía á pedirle algo para una subscrición; pero cuando me vió entrar sonrió afablemente.

—Buenos días, coronel Gerard, dijo.

—Muy buenos los tenga usted, señor mariscal.

—¿Qué tal están los húsares de tercera?

—Setecientos hombres incomparables, jinetes sobre setecientos caballos excelentes.

—¿Y sus heridas, se han curado?

—Mis heridas no se curan jamás, señor mariscal.

—¿Pues y eso?

—Porque cuando unas van ya curándose vienen otras nuevas á reemplazarlas.

—Veo que el general Rapp tendrá que cuidar de sus laureles, dijo sonriendo hasta que la cara parecía toda una arruga. Ha recibido veintiuna heridas de bala y otras tantas de navajas y punzones. Pues bien: sabiendo que estaba usted herido, señor coronel, me he abstenido de llamarle.

—Lo cual me ha dolido más que todas las heridas juntas.

—¡Quiá! ¡quiá! Desde que los ingleses se retiraron á retaguardia de las líneas de Torres Vedras hemos tenido muy poco que hacer. Bien poco perdió usted durante el tiempo que estuvo prisionero en Dartmoor, pero ahora estamos en vísperas de una acción.

—¿Avanzamos?

—No: retrocedemos, nos retiramos.

Sin duda, en la expresión de mis ojos conoció la sorpresa y el disgusto que me causaba aquella noticia. ¡Retroceder ante aquel perro llamado Wellington, ante aquel que había escuchado mis ruegos sin conmoverse y me mandó al país de las nieblas!... ¡Cómo escuchar aquello con calma!

—¡Qué quiere usted! prosiguió Massena con impaciencia; cuando uno se encuentra con tantos obstáculos, es necesario mover el rey.

—Hacia adelante, observé.

Meneó la cabeza.

—Es imposible forzar las líneas, dijo. He perdido al general

Sainte Croix y más hombres que los que puedo reemplazar. Por otra parte, hace más de seis meses que estamos aquí, en Santarem, y ya no queda ni un kilo de harina ni un jarro de vino en toda esta parte del país. No hay más remedio que retroceder.

—En Lisboa hay vino y harina, contesté.

—¡Bah! Habla usted como si un ejército pudiera salir y entrar en cualquier parte lo mismo que un regimiento de húsares. Si Soult estuviera aquí con treinta mil hombres... pero no quiere venir. En fin, vamos al grano. Le he llamado á usted, coronel, para encargarle de una expedición tan singular como importante.

Ya podéis calcular la atención que yo pondría al oir esto.

El mariscal desarrolló un mapa grande, y con sus velludas manos lo extendió sobre la mesa. En seguida empezó diciendo así:

—Este es Santarem.

Incliné la cabeza.

—Y aquí, á 25 millas hacia el Este, se encuentra Almeixal, notable por sus viñedos y su inmenso monasterio.

Volví á inclinarme, aunque sin poder siquiera imaginar la significación de aquel preámbulo.

—¿Ha oído usted hablar, coronel, del mariscal Millefleurs?

—He servido á las órdenes de todos los mariscales, pero no tenía noticia que existiera uno de ese nombre.

—Es el mote que le pusieron los soldados, continuó diciendo. Si no hubiera usted estado ausente de nosotros durante algunos meses no sería necesario que yo se lo explicase. Es inglés y hombre de gran educación. Le pusieron ese mote por sus modales excesivamente finos. Quiero que haga usted una visita á ese aristocrático inglés en Almeixal.

—Está muy bien.

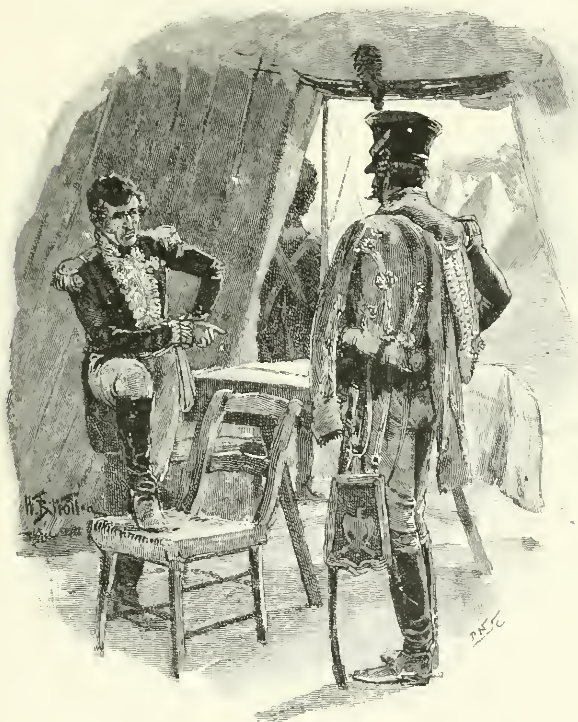
—Y que le ahorque usted en el árbol más próximo.

—Con mucho gusto.

Me volví á escape, pero antes de que llegara á la puerta de la tienda me detuvo el general.

—Un momento, coronel, dijo. Antes de ponerse en camino debe usted saber cómo están las cosas. He de advertirle que

el mariscal Millefleurs es muy valiente y hombre de mucho talento. Fué anteriormente oficial de la Guardia real inglesa, pero le castigaron por hacer fullerías en el juego y se retiró del ejército. Consiguió reunir una partida de desertores ingleses y



AHÓRQUELE USTED EN EL ÁRBOL MÁS PRÓXIMO

marchó con ellos al monte, donde no tardaron en unírsele unos cuantos vagabundos franceses y algunos bandidos portugueses: en resumen, que hoy se encuentra al frente de quinientos hombres, con los cuales se ha apoderado del monasterio de Almeixal, ha despachado á los frailes, ha fortificado el edificio y ha recogido el botín de todos los pueblos del contorno.

—Por todo lo cual es ya tiempo de que se le ahorque, dije dirigiéndome otra vez hacia la puerta.

—Un instante más, gritó el mariscal sonriendo al ver mi impaciencia. Queda por saber lo más grave. La semana última, la condesa de Ronda, una de las mujeres más ricas de España, al regresar de la corte del rey José, adonde había ido á visitar á un nieto suyo, fué sorprendida y hecha prisionera por los bandidos. La tienen encerrada en el monasterio, y lo único que le salvará la vida será...

—Su condición de abuela, interrumpí.

—La facilidad con que podrá pagar un rescate elevado. De modo que tiene usted tres misiones que cumplir: primera, salvar á esa desgraciada señora; segunda, castigar á ese malvado inglés; tercera, deshacer, si es posible, ese nido de bandidos. Para esas tres cosas no puedo darle á usted más que medio escuadrón, pero creo que le bastará.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Como que había contado, por lo menos, con mi regimiento de húsares.

—No puedo cederle más fuerzas, prosiguió Massena, porque la retirada comenzará hoy mismo, y Wellington está tan bien provisto de caballería, que todos cuantos caballos podamos nosotros reunir serán pocos. Así que no puedo darle ni uno más. Usted verá lo que puede hacer. Y ha de presentarse en Abrantes, donde le esperaré, mañana á las ocho de la noche, lo más tarde.

Indudablemente me honraba mucho al poner mi habilidad en tan alta estimación; pero aquello, al mismo tiempo, era un poco embarazoso para mí. Yo debía salvar á una señora anciana, ahorcar á un inglés y deshacer un nido de quinientos bandidos... todo con cincuenta hombres; pero ¡qué diantre! después de todo, aquellos cincuenta hombres eran húsares de Conflans y había de dirigirlos nada menos que Etienne Gerard.

Para cuando salí de la tienda de Massena y sentí el calor del hermoso sol de Portugal había recobrado toda la confianza en mí mismo, y no tenía duda de que cumpliría mi misión mejor aún que lo que se esperaba.

Elegí cuidadosamente mis cincuenta hombres, todos ellos soldados veteranos que habían servido desde la guerra de Alemania. Algunos tenían tres estrellas y otros dos. A la cabeza de mis hombres puse á Oudien y Papilette, dos de los más hábiles

tenientes de mi regimiento. Cuando los hube formado en líneas de á cuatro, todos con el uniforme gris plateado, jinetes en hermosos castaños, con sus mantas de piel de leopardo y sus penachitos rojos, mi corazón latió de orgullo al contemplar el magnífico cuadro que ofrecían. Sentí una gran satisfacción al fijarme en sus rostros curtidos por la intemperie, con los largos bigotes que se destacaban por encima de los barboquejos de los chascás, y creo firmemente que la satisfacción de ellos no sería menor cuando vieron á su coronel tan gallardo y tan joven, jinete sobre su magnífico caballo negro, rompiendo la marcha.

A poco de salir del campamento cruzamos el Tajo. Entonces despaché mis avanzadas y mis flanqueadores, guardando yo mi posición al frente del cuerpo principal. Mirando hacia atrás desde los montes de Santarem veíamos las líneas negras del ejército de Massena, con el brillo de sables y bayonetas que se movían de un lado á otro hasta quedar en posición para la retirada. Hacia el Sur destacábanse las manchas rojizas de las avanzadas inglesas, y más atrás la nube de humo que se elevaba del campamento de Wellington; humo grasiento y espeso, que á nuestros pobres hombres, medio muertos de hambre, les parecía llevar el rico olor de calderas hirvientes de buen rancho. Hacia el Oeste distinguíase el mar con sus aguas azules, formando una bonita curva guarnecida con las velas blancas de los buques ingleses.

Comprenderéis que, como íbamos al Este, nos apartábamos cada vez más de los dos ejércitos. Sin embargo, yo sabía que el país que atravesábamos estaba lleno de avanzadas inglesas, y dado el escaso número de mi tropa, era necesario tomar toda clase de precauciones.

Durante todo el día caminamos por los desolados flancos de los montes, cuya parte inferior estaba cubierta de nacientes viñas. La parte superior, cuándo gris, cuándo verde, ofrecía aspecto caprichoso.

Frecuentemente hallábamos riachuelos que, cruzando nuestro camino, corrían en dirección al Tajo, y una vez tropezamos con un río profundo, de fuerte corriente, que parecía cerrarnos el paso; pero observando los sitios donde antes hubo casas en

cada orilla, pronto di yo con el vado. Nadie había que pudiera informarnos de nada, pues en toda la expedición no vimos más seres vivientes que un buen número de cuervos.

El sol empezaba ya á ocultarse cuando llegamos á un vallecito en cuyo centro había un claro grande, cuyos lados se hallaban sombreados de corpulentos robles. Juzgué que ya no podíamos estar lejos de Almeixal, y, por lo tanto, convenía caminar por entre las arboledas, pues el follaje era bastante espeso para ocultarnos. Ibamos, pues, en orden abierto por entre los árboles, cuando de pronto vi que se acercaba á galope tendido uno de los flanqueadores.

—Mi coronel, dijo saludando, en el otro lado del valle hay ingleses.

—¿Caballería ó infantería?

—Dragones, mi coronel. Vi el brillo de sus cascos y sentí el relincho de un caballo.

Di la voz de alto á mis hombres y marché apresuradamente á la orilla del bosque. Efectivamente, una partida de caballería inglesa caminaba en línea con nosotros y en la misma dirección. Distinguí el color rojo de las chaquetas y el brillo y el movimiento de las relucientes armas por entre los árboles, y cuando pasaron por un pequeño claro vi el desfile de la fuerza entera, que juzgué debía ser, poco más ó menos, la misma en número que la que mandaba yo: medio escuadrón á lo sumo.

Vosotros, que habéis oído referir tantas de mis aventuras, sabéis que fuí siempre rápido en concebir y no menos rápido en ejecutar: pues bien, he de confesar que en aquella ocasión me hallaba en un conflicto. Por una parte veía llegado el momento de lucirme en una bonita escaramuza con los ingleses, y por otra no podía olvidar la misión que me esperaba en Almeixal, misión que, á mi juicio, era superior á mis fuerzas. Si llegaba á perder uno solo de mis hombres, me imposibilitaba completamente para cumplir las órdenes que había recibido. Sentado en la silla del caballo, indeciso y pensativo, meditaba qué sería mejor hacer, cuando de pronto uno de aquellos ingleses de chaqueta roja salió de entre los árboles señalándome y gritándome, como si yo hubiera sido la zorra que venían persiguiendo para darle caza. Inmediatamente se juntaron á él otros

tres, y uno tocó con la trompeta la llamada que les hizo salir en seguida al claro. Como yo había presumido, eran medio escuadrón, y formaron dos líneas de á 25, con el oficial (el que primero me vió) á la cabeza.

Por mi parte hice otro tanto con mis hombres; de modo que dragones y húsares quedamos formados del mismo modo, á unos



ME DIRIGÍ Á LA ORILLA DEL BOSQUE

doscientos metros unos de otros. Los ingleses eran tipos muy distinguidos y ofrecían un cuadro pintoresco con las chaquetas rojas, los plumajes blancos, los cascos plateados y relucientes y sus largos sables, y estoy seguro de que ellos, por su parte, no podían menos de reconocer que nunca vieron mejores jinetes que aquellos 50 húsares de Conflans. Los dragones eran más pesados que nosotros, pero tal vez presentaban un aspecto algo más elegante, ya que Wellington les obligaba á sacar el

brillo al metal que llevaban encima, lo que no era costumbre entre nosotros. Por otro lado, bien sabido es que las túnicas ó chaquetas inglesas eran demasiado justas en las mangas para permitir el libre manejo del sable, y en esto teníamos una gran ventaja. En cuanto á valor, el pueblo ignorante y necio cree siempre que los soldados de su nación son más valientes que todos los demás. No hay en el mundo pueblo que no tenga esta idea; pero cuando uno ha visto tanto como he visto yo, se convence de que no es grande la diferencia que existe, y aunque los ejércitos varían mucho en cuanto á la disciplina, todos son casi iguales en valor, con la única excepción de que los soldados franceses son los más valientes del mundo.

Pues bien: en cuanto nos colocamos en la forma que ya he dicho, el oficial inglés avanzó por el césped á galope tendido, blandiendo el sable como si viniera á desafiarme. ¡Cáspita, y qué cosa tan bonita es un hombre esbelto, jinete sobre un hermoso caballo! Estoy seguro de que nada hay que le iguale.

Hubiera querido quedarme allí parado observándole mientras avanzaba con aquella soltura, aquella gracia y aquella agilidad; pero no me tocaba á mí el estar quieto. Etienne Gerard podrá tener sus faltas, pero ¡rayos y truenos! aun no ha podido nadie acusarme de ser perezoso para defenderme. Mi viejo Rataplán me conocía tan bien, que echó á correr antes de que tuviera tiempo de dar una sacudida á las bridas.

Hay en el mundo dos cosas que no podré olvidar jamás después de haberlas visto una sola vez: la cara de una mujer bonita y un buen caballo; así que al ir acercándonos uno al otro, pensaba yo para mis adentros: ¿Dónde he visto ese hermoso roano? ¿Dónde he observado antes esa rápida marcha? Lo recordé de repente, y levantando la vista para encontrarme con la mirada provocativa y la altiva sonrisa del militar inglés, ¿á quién había de reconocer sino al hombre que me libró de las garras de los bandidos y que me jugó la libertad, al honorable sir Russel Bart?

—¡Bart! exclamé con alegría.

Tenía el brazo levantado como para descargar un golpe, dejando tres cuartas partes de su cuerpo á merced de la punta de mi sable. Indudablemente no estaba bien instruído en el

manejo del arma. Cuando oyó mi voz dejó caer el brazo y me miró fijamente.

—¡Hola! exclamó á su vez. ¡Si es Gerard!

Cualquiera hubiera creído, por el tono de su voz, que nos habíamos dado cita allí. Yo estaba deseando abrazarle, pero como no avanzó ni un paso más, me detuve también.

—¡Vaya! creí que nos íbamos á divertir, dijo.

—¡Cuán lejos estaba de figurarme que sería usted!

Hablaba como si hubiese recibido un chasco muy grande, y francamente, aquello no me hizo mucha gracia. En vez de sentirse contento por haber encontrado un amigo, estaba disgustado por haber perdido la ocasión de batirse con un enemigo.

—Tendría muchísimo gusto en compartir su diversión, mi querido Bart, repuse, pero me sería de todo punto imposible volver el sable contra el que me salvó la vida.

—¡Bah! contestó: eso no vale nada.

—Repito que es imposible: nunca me perdonaría á mí mismo.

—Da usted demasiada importancia á una cosa tan sencilla.

—El más vivo deseo de mi madre es el de abrazarle, Bart. Si en alguna ocasión se encontrara usted en Gascuña...

—Wellington viene allí con 60.000 hombres, interrumpióme.

—En ese caso, contesté, alguien podrá sobrevivirle. Mientras tanto, guarde el sable en la vaina.

Nuestros caballos estaban muy arrimados, y Bart, alargando el brazo, me tocó cariñosamente en el hombro diciendo:

—¡Qué simpático es usted, Gerard! ¡Cuánto siento que no haya usted nacido al otro lado del Canal!

—Gracias, estoy muy satisfecho de haber nacido á este lado.

—¡Pobre Gerard! exclamó entonces con tanta compasión que me hizo reir como nunca. Pero mire usted, continuó, ¡qué diantre! se me figura que nos apartamos del asunto. Ignoro qué diría Massena, pero sé que nuestro general saltaría sobre la silla si nos viera así. No nos han mandado aquí para pasar juntos el rato, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted, pues?

—Tal vez se acordará usted de que tuvimos un altercado sobre si eran mejores los dragones que los húsares; pues bien, nunca mejor ocasión que ésta para comprobarlo. Tengo allí 50 del 16.°,

todos impacientes por oir la orden; usted tiene otros tantos buenos mozos. que también parecen estar inquietos. Si tomáramos los flancos derechos no nos estropearíamos mucho, por más que en este país el derramar sangre es señal de amistad.

En verdad que no me parecía mala la idea. Por de pronto, la condesa de Ronda. Mr. Alexis Morgan y el abad de Almeixal desaparecieron de mi memoria, y sólo acertaba á pensar en la magnífica escaramuza que podríamos tener.

—Muy bien. Bart. dije. Hemos visto la delantera de sus dragones, ahora veremos las espaldas.

—¿Apostamos algo? preguntó con ansiedad.

—La apuesta, contesté altivamente, es nada menos que el honor de los húsares de Conflans.

—Bueno, pues allá va, exclamó. Si nosotros los destrozamos á ustedes, sea enhorabuena. Si ustedes nos destrozan á nosotros... tanto mejor para el mariscal Milletleurs.

Cuando dijo esto me quedé mirándole lleno de asombro.

—¿Cómo para el mariscal Milletleurs? pregunté.

—Es el mote que le dan á un bribón que vive por aquí, respondióme Bart. Lord Wellington me ha enviado con mis dragones expresamente para ahorcarle en el árbol más próximo.

—¡Qué casualidad tan extraordinaria! dije. Precisamente mis húsares y yo tenemos el mismísimo encargo.

Los dos nos echamos á reir á carcajadas, y en vez de pelearnos guardamos los sables en sus vainas correspondientes. Un ruido estrepitoso de aceros nos hizo comprender que los soldados habían hecho lo mismo.

—Somos aliados. exclamó Bart.

—Por un día.

—Es necesario unir nuestras fuerzas.

—Indudablemente.

De modo que, dando á nuestros medios escuadrones la voz de ¡de frente! descendimos por el valle formando dos columnas: los dragones á un lado y los húsares al otro. Los hombres examinaban á sus vecinos de pies á cabeza, como perros de presa que han aprendido á respetarse mutuamente.

La mayor parte de ellos estaban muy divertidos con nuestra decisión, pero algunos ponían muy mala cara y parecían que-

rer desafiar á todos los demás. Sobre todo el sargento inglés y Papilotte no podían avenirse á cambiar de modo de pensar de un momento á otro. Además Papilotte no olvidaba nunca que su único hermano había muerto en Busaco.

En cuanto á Bart y yo, caminábamos juntos charlando alegremente de todo cuanto nos había sucedido desde el día de la memorable partida de ecarté de la cual ya tenéis noticia. Por mi parte le referí mi aventura en Inglaterra.

Verdaderamente los ingleses son estrambóticos. Aunque Bart sabía que yo había servido en doce campañas, tengo la seguridad de que, más que por esto, me admiraba por la cuestioncilla que tuve con el campeón de Brístol.

Me dijo que el coronel que presidió el Consejo de guerra en que fué juzgado por haber jugado á las cartas con un prisionero le absolvió en cuanto á la negligencia en el cumplimiento de su deber, pero que faltó poco, muy poco, para que le expulsara del ejército por haber jugado los triunfos antes de tiempo. Sí, no hay duda de que los ingleses son muy extravagantes.

En el extremo del valle, el camino, formando curvas, ascendía por una cuestecita para conducir luego á otro valle mucho más extenso en el otro lado.

Al llegar á la cima hicimos alto, pues próximamente á tres leguas del sitio donde nos hallábamos vimos una pobre aldea de casuchas feas y negruzcas, con un enorme edificio en el flanco del monte que la dominaba. Allí debía de ser donde se albergaban los facinerosos cuya desaparición se nos había encomendado. Creo que hasta entonces no nos habíamos dado cuenta exacta de la tarea que se nos había impuesto. El edificio era un verdadero fuerte, y bien pronto comprendimos que la caballería poco ó nada podía hacer allí.

—No importa, exclamó Bart. Massena y Wellington se encargarán de arreglar eso.

—Valor, exclamé. Piré tomó á Leipzig con 50 húsares.

—Si hubieran sido dragones hubiera tomado á Berlín, contestó Bart. Pero vamos, usted es el oficial mayor. Dirija usted y veremos quién es el primero que retrocede.

—Pues bien, dije, no hay momento que perder, porque tengo orden de presentarme mañana por la noche en Abrantes. Ante

todo necesitamos informarnos. Y por cierto que aquí debe de haber alguien que pueda indicarnos algo.

En un lado de la carretera había una casa blanca que, á juzgar por una rama de árbol colgada en el balcón, debía de ser una taberna de las que tanto frecuentan los muleteros. En el portal vimos un farol que despedía una luz tenue.

Nos acercamos, y poco después pudimos distinguir dos hombres que conversaban con mucho interés en la entrada. Uno de ellos vestía el hábito de fraile capuchino y el otro un delantal grande, por el que se deducía que era el dueño de la taberna.

Tan grande era el interés con que conversaban, que no se fijaron en nosotros hasta que llegamos á la misma puerta. En cuanto nos vió el tabernero quiso echar á correr, pero se lo impidió sujetándole uno de los ingleses.

—¡Por piedad, gritó, soltadme! Mi casa ha sido saqueada por los franceses y asolada por los ingleses, y los bandidos me han quemado los pies. Juro por lo más sagrado que no me queda ni dinero ni pan, como lo puede atestiguar el reverendo padre capuchino que en la puerta de mi taberna se muere de hambre.

—Pueden ustedes creerlo, señores, dijo el capuchino hablando en francés muy correcto; el hombre no dice más que la pura verdad. El infeliz es una de las numerosísimas víctimas de estas guerras crueles, aunque ciertamente sus pérdidas son muy poca cosa si se comparan con las mías. Soltadle, añadió en un inglés tan correcto como el francés en que había comenzado á expresarse. El pobre hombre está demasiado débil para huir, aunque quisiera hacerlo.

A la luz del farol vi que el capuchino era un hombre guapísimo. Alto, moreno, de barba muy negra y ojos relucientes como chispas. Tenía aire de haber sufrido mucho, pero se conducía como un rey. De su educación pudimos formarnos idea cuando le oímos hablar en nuestra lengua correspondiente con la misma perfección que si hubiera nacido en el país.

—No tema usted nada, le dije al tabernero, que temblaba de miedo. En cuanto á usted, padre, creo que podrá sernos útil para lo que necesitamos saber.

—Todo cuanto soy, hijo mío, respondió el fraile humildemente, está á vuestra disposición; pero mis vigilias son siempre

muy pobres, y este año han sido tan escasas que, si he de tener fuerza suficiente para contestar á vuestras preguntas, he de pediros antes un pedazo de pan.



¡POR PIEDAD, SOLTADME! EXCLAMÓ EL TABERNERO

Llevábamos raciones para dos días, así que pronto pudimos satisfacer sus deseos. Daba pena ver el afán con que comió el pedazo de pan y el trozo de carne de cabra que pude ofrecerle.

—No tenemos un momento que perder, añadí. Queremos que nos diga usted todo cuanto sepa acerca de los puntos flacos del

monasterio de allá abajo y de las costumbres de los bribones que se guarecen en él.

Con las manos enlazadas y los ojos puestos en el cielo pronunció unas palabras que á mí me parecieron latín, y en seguida añadió en francés:

—La oración del justo halla siempre su recompensa, pero yo no creí que la mía fuese atendida tan pronto. En mí ven ustedes al infortunado abad de Almeixal, que ha sido vilmente echado de su monasterio por los despojos de tres ejércitos mandados por un jefe diabólico. ¡Dios mío, cuánto he sufrido!

Y rompió á llorar amargamente.

—Animo, señor, interrumpió Bart. Apuesto nueve contra cuatro á que mañana para estas horas le hemos colocado de nuevo en su puesto.

—No es precisamente mi propio bienestar, ni el de mi pobre rebaño esparcido por los montes, lo que me preocupa, contestó. ¡Todo sea por el Señor! Lo que tanta pena me causa es el recuerdo de las sagradas reliquias que han caído en manos sacrílegas.

—Casi apostaría á que no se ocupan de ellas, dijo Bart. Conque vaya, enséñenos el camino para llegar á las puertas y pronto dejaremos el edificio libre para usted y los suyos.

En breves palabras nos dijo el bueno del abad lo que necesitábamos saber, pero todo cuanto decía nos demostraba más y más las dificultades de la empresa. Las murallas del monasterio tenían cuarenta pies de altura, las ventanas bajas estaban atrincheradas y todo el edificio muy bien dispuesto para hacer fuego desde adentro. La gavilla conservaba la disciplina militar, y los centinelas eran demasiado numerosos para pensar en sorprenderlos. Indudablemente lo que allí hacía falta era un batallón de granaderos y dos buenas piezas de artillería. Yo levanté los ojos para demostrar mi opinión y Bart lanzó un silbido prolongado.

—Suceda lo que suceda, dijo, tenemos que hacer una tentativa.

Los hombres habían desmontado ya, y después de dar agua y forraje á los caballos se habían puesto á cenar tranquilamente. Bart y yo, acompañados del reverendo padre, entramos

en el comedor de la taberna-posada para discutir nuestros planes. El poquito de coñac que me quedaba en el frasco lo repartimos entre los tres.

—No es posible, dije, que esos bribones se hayan enterado de que veníamos, y además no hemos hallado exploradores en el camino; así que creo que deberíamos ocultarnos en un bosque cercano, y cuando abran las puertas cargar sobre ellos y sorprenderlos.

A Bart le pareció bien la idea; pero cuando nos pusimos á discutirla con el abad, nos hizo éste ver que el plan tenía grandes dificultades.

—En todo el rededor del monasterio, dijo, sólo por la parte de la villa hay un sitio donde pudiera ocultarse algún hombre y algún caballo. En cuanto á los habitantes del país, no es posible fiarse de ellos. Temo, hijo mío, que su plan no resultaría, teniendo en cuenta la vigilancia que ejercen esos hombres.

—No veo otro medio, añadí. Los húsares de Conflans no abundan tanto como para arriesgar medio escuadrón contra una muralla de cuarenta pies de altura, defendida por quinientos hombres de infantería.

—Yo soy hombre de paz, dijo el abad, y no debo meterme en esas cosas. Sin embargo, tal vez podría dar á ustedes un consejo. Conozco bien á esos bribones y sus costumbres. ¿Quién mejor, habiendo vivido durante un mes en este solitario lugar, observando día tras día, con el corazón entristecido y las lágrimas en los ojos, el monasterio que fué mío? Así que me permitiré decirles lo que en lugar de ustedes haría yo.

—Hable usted, padre, exclamamos los dos á la vez.

—Continuamente se presentan aquí grupos de desertores con sus correspondientes armas. Pues bien: ¿qué puede impedir que os presentéis como tales, y así hallaríais francas las puertas del monasterio?

Quedé asombrado de la sencillez del proyecto y abracé con efusión al buen abad, pero Bart no se entusiasmó tanto y puso algunos inconvenientes.

—La idea no es mala, dijo; pero si esos hombres son tan recelosos como parece, no creo probable que admitan en su madriguera á cien individuos armados. Según he oído, Morgan

ó el mariscal Millefleurs ha de tener algo más talento que todo eso.

—Bueno, pues que entren sólo cincuenta, repuse, y que al amanecer franqueen las puertas á los otros cincuenta, que estarán esperando afuera.

Largo rato y con la mayor discreción estuvimos discutiendo el plan desde sus diversos puntos de vista. Seguramente que ni los mismos Massena y Wellington lo hubieran pensado mejor. Por fin convinimos Bart y yo en que uno de nosotros entraría con sus cincuenta hombres bajo el pretexto de ser desertores, y que al amanecer abriría las puertas para dar paso á los otros cincuenta. El abad opinaba que era peligroso dividir nuestras fuerzas; pero viendo que los dos estábamos de acuerdo, se encogió de hombros y cedió diciendo:

—Permítanme ustedes que les dirija una pregunta. Si llegaran á coger al mariscal Millefleurs, ¿qué harían con él?

—Ahorcarle en seguida, respondí.

—Es demasiado poco, agregó, es muerte demasiado buena. Si yo pudiese... Pero ¡ay, Dios mío, qué pensamientos tan indignos de un humilde siervo del Señor!

Y llevándose las manos á la frente como uno que se vuelve loco de tanto sufrimiento salió precipitadamente de la estancia.

Quedaba todavía por decidir un punto importante: cuál de los dos medios escuadrones, el de dragones ó el de húsares, había de entrar el primero.

Era mucho pedir á Etienne Gerard que cediera á nadie su puesto en aquella ocasión; pero el pobre Bart rogó tanto y tanto insistió en que tuviera en consideración las pocas é insignificantes escaramuzas á que él había asistido, para compararlas con las setenta y cuatro batallas en que había yo tomado parte, que por fin accedí, consintiendo en que fuese él quien primero entrara en el monasterio. Acabábamos de darnos un buen apretón de manos para sellar aquella especie de pacto, cuando vino á sorprendernos un griterío y ruido de armas que resonó en el camino fuera de la taberna. Con los sables desenvainados salimos precipitadamente, convencidos de que los bribones del monasterio nos habían atacado antes de que nosotros pudiéramos atacarles á ellos.

Imaginaos cuál sería nuestra sorpresa, nuestro asombro, al ver á la débil luz del farol una veintena de húsares y dragones unos encima de otros, confundidos en informe montón de chaquetas rojas y chaquetas azules, de cascos y chascás, todos gol-



HÚSARES Y DRAGONES CONFUNDIDOS UNOS CON OTROS

peándose y peleando como mejor podían. Muchísimo trabajo nos costó el separarlos, y por fin, cuando lo hubimos conseguido, quedaron allí jadeantes y ensangrentados, lanzándose terribles miradas de odio. Sólo amenazándoles con los sables pudimos evitar que volvieran á enzarzarse.

El pobre capuchino, con los brazos levantados, imploraba piedad á todos los santos del cielo.

Interrogando á uno de mis hombres supe que el mismo fraile había sido inconscientemente la causa de aquella pelea. El pobre abad, no comprendiendo el efecto que á los militares les hacen estas cosas, había manifestado al sargento inglés que era una gran lástima que su escuadrón no fuera tan excelente como el francés. No bien había terminado de decirlo cuando el inglés, irritado, de un tremendo golpe arrojó al suelo al húsar que tenía más cerca, é inmediatamente se lanzaron unos sobre otros con la ferocidad de tigres.

Después de esto no podíamos dejarlos juntos; así que Bart se llevó á sus hombres á un lado de la posada y yo conduje á los míos al lado opuesto. Cada escuadrón demostraba perfectamente los tradicionales caracteres de su país, pues mientras los ingleses iban silenciosos, pero lanzando terribles miradas á sus enemigos, los húsares charlaban y amenazaban sin cesar.

Como ya teníamos formado el plan, nos pareció lo mejor llevarlo á cabo cuanto antes, por si surgía alguna nueva cuestión ó motivo de riña entre nuestros hombres. De manera que Bart se dispuso á marchar, después de arrancarse los galones de las mangas, la faja y la gola del uniforme, á fin de pasar por un simple soldado. Explicó á sus hombres qué era lo que necesitaba de ellos, y aunque no vociferaron ni blandieron las armas con entusiasmo, como tal vez lo hubieran hecho los míos, vi pintada en sus curtidos rostros una expresión que me llenó de confianza. Desabrocháronse las túnicas y mancharon de polvo y barro los relucientes cascos, á fin de tener el aspecto de desertores sin orden ni disciplina.

Convinimos en que al dar las seis de la mañana habían de franquear las puertas y que mis hombres estarían esperando afuera. Bart y yo nos dimos mutuamente palabra y en seguida marchó con sus dragones. Mi sargento Papilotte, con dos individuos de tropa, les siguió á bastante distancia, y al cabo de media hora volvió con la noticia de que, después de mucha palabrería y de examinarlos á la luz de faroles y antorchas, habían sido admitidos en el monasterio.

Hasta allí, pues, todo nos había salido bien. La noche estaba

oscura y lluviosa, lo cual nos favorecía, puesto que así no había tanto peligro de que fuese descubierta nuestra presencia en aquel sitio. Coloqué centinelas en todas direcciones, á doscientos metros uno de otro, para evitar una sorpresa, y al mismo tiempo para impedir que cualquier aldeano que pasara por allí comunicase la noticia al mariscal; encargué á Oudet y á Papilotte que hicieran la guardia por turnos, y al resto de mi gente la alojé en un espacioso granero. Fuí á dar una vuelta para cerciorarme de que todo estaba en orden, y entonces me eché en la cama que me había preparado el tabernero, quedando pronto profundamente dormido.

Estoy seguro de que habréis oído decir que he sido un soldado perfecto, en toda la extensión de la palabra. No sólo lo confiesan los paisanos, sino también los oficiales veteranos de las grandes guerras que compartieron conmigo las glorias y las penalidades de las campañas; pues bien, la verdad y la modestia me obligan á declarar que no es cierto del todo. Algo me falta, carezco de alguna cualidad necesaria para ser un perfecto militar, pero no he de negar que me aproximo bastante á la perfección. De valor y de intrepidez nada he de decir; los que me han visto en campaña son los que mejor pueden hablar de eso. Muchas veces á los soldados reunidos alrededor del fuego les he oído discutir acerca de quién era el hombre más valiente del gran ejército de Napoleón. Unos decían que era Murat, otros que Lasalle, que Rey... pero cuando me preguntaban á mí, me encogía de hombros y sonreía. Hubiera sido ridícula vanidad el decir que no existía hombre más valiente que Etienne Gerard; pero los hechos son innegables, y cada cual sabe mejor que nadie cuáles son sus buenas y malas cualidades. Además del valor hay otras cosas muy necesarias á un buen soldado, y una de ellas es que tenga el sueño ligero. Desde niño he tenido yo el sueño pesadísimo, y siempre costó mucho trabajo el despertarme una vez dormido. Esto fué lo que me perdió en aquella noche fatal.

Serían próximamente las dos de la madrugada cuando me despertó una angustiosa sensación de asfixia; parecía que me estaba ahogando. Traté de gritar, pero algo me lo impedía; no podía pronunciar ni una sola palabra. Entonces procuré incor-

porarme y tampoco pude. A los pocos momentos me di cuenta de lo que me pasaba; estaba amordazado, y sujeto además por los tobillos y las muñecas. Sólo los ojos tenía libres, y al pie de mi cama ¿á quién había de ver sino al abad y al tabernero? La cara torpe y pálida de éste me había parecido la noche anterior exenta de toda expresión, menos de la estupidez y del terror; pero entonces todas sus facciones denotaban ferocidad, jamás he visto hombre de rostro más horroroso. En la mano tenía un cuchillo enorme.

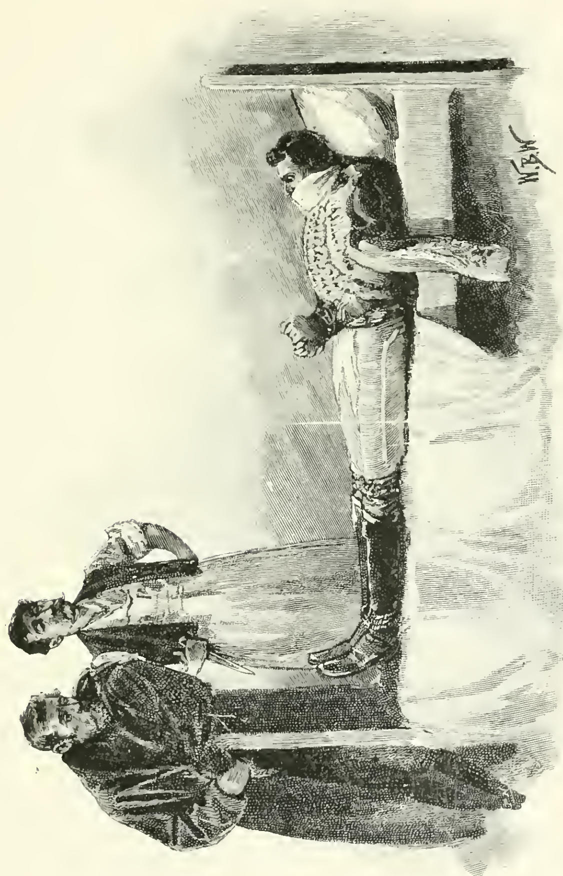
El abad, por su parte, estaba tan pulido y tan fino como siempre. El hábito de capuchino lo tenía abierto y dejaba ver el uniforme de oficial de infantería inglés. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se apoyó en la cabecera de la cama y se echó á reir á carcajadas.

—Mi querido coronel Gerard, dijo, suplico á usted me dispense que me ría, pero no lo puedo remediar. Para decir la verdad, la expresión de sus ojos al darse usted cuenta de la situación era muy singular. No dudo que sea usted un militar excelente, pero apenas le creo capaz de luchar con el mariscal Millefleurs, mote que me han puesto los de su país. Parece que ha querido usted tenerme por un hombre de poquísima inteligencia, lo cual, si me es permitido decirlo, denota gran falta de agudeza por su parte. Hablando francamente, con la única excepción de mi compatriota el torpe dragón británico que vino con usted, creo que hubiera sido muy difícil encontrar un hombre menos competente que usted para cumplir la misión de que estaba encargado.

Ya podéis figuraros cómo escucharía yo aquella charla insolente, pronunciada con los ademanes finos y corteses que caracterizaban á aquel bribón. No podía decir nada, pero sin duda leyeron en mis ojos la amenaza que hubiera querido lanzarles, pues el que hizo el papel de tabernero se acercó al mariscal y murmuró á su oído algunas frases.

—No, no, mi querido Chenier, contestó el mariscal, para nosotros vale mucho más vivo que muerto. Y á propósito, coronel, continuó, le felicito á usted por tener el sueño tan pesado, porque le aseguro que si hubiera usted intentado escapar de las garras de mi amigo, le hubiera degollado inmediatamente; es

un poco brusco en las maneras. Tiene esa falta, ¡qué quiere usted! Por lo tanto, le recomiendo que haga usted lo posible por granjearse su amistad, pues el sargento Chenier, de la



AL PIE DE LA CAMA VI AL MARISCAL Y AL TABERNERO

infantería imperial, es mucho más temible que el capitán Alexis Morgan, de la guardia de su majestad.

Y se echó á reir.

También se echó á reir Chenier, mientras yo procuraba expresar con los ojos el desprecio y la repugnancia que me

inspiraba un soldado del emperador envilecido hasta aquel punto.

—Tal vez le hará mucha gracia, continuó el mariscal con su voz dulce y melodiosa, saber que las dos expediciones fueron vigiladas desde que salieron de sus respectivos campamentos. Creo no podrá usted menos de reconocer que Chenier y yo hemos desempeñado bien nuestros papeles. En el monasterio estaba todo dispuesto para recibir á ustedes, aunque hubiéramos querido que entrara todo el escuadrón en vez de la mitad. Una vez bien cerradas las puertas, detrás del dragón y su tropa se encontrarán éstos en una especie de plazoleta circundada de un ciento de fusiles que les apuntan desde las ventanas del edificio, y podrán elegir entre rendirse ó morir fusilados. Aquí, donde todo lo que digamos quedará entre nosotros, puedo asegurar que no tengo duda de que se habrán entregado con armas y bagajes; pero suponiendo que, naturalmente, tendrá usted interés en saber cuál ha sido la elección, creo que le gustaría venir con nosotros para verlo por sí mismo. Me parece poder prometer que encontrará usted á su amigo Bart con una cara tan larga y tan compungida como la de usted.

Entonces volvióse para hablar con Chenier, y se me figuró que discutían sobre cuál sería la mejor manera de pasar por entre los centinelas.

—Voy á asegurarme de que todo está libre al otro lado del granero, dijo el mariscal. Usted se quedará aquí, Chenier, y si el prisionero le molesta, ya sabe usted lo que ha de hacer.

De modo que aquel renegado y yo quedamos solos. El, sentado en un extremo de la cama, se entretenía afilando el cuchillo en la bota á la luz de una lamparilla portuguesa. Lo que me extraña es cómo no me volví loco de desesperación y de rabia viéndome sujeto allí, sin poder moverme ni pronunciar una palabra, sabiendo que mis cincuenta hombres estaban tan cerca y me era imposible avisarles. No era ninguna novedad para mí el estar prisionero; pero el estarlo de aquellos renegados, para ser llevado al monasterio entre sus insolencias y burlas, era más de lo que podía aguantar. Menos daño me hubiera hecho una herida con el cuchillo que afilaba Chenier.

Di un tironcillo á los tobillos y otro á las muñecas; pero el

que me amarró estaba, sin duda, bien acostumbrado á aquel género de trabajos, y no me fué posible mover ni un dedo. Entonces procuré destaparme la boca, pero Chenier levantó el cuchillo con un ademán tan amenazador, que á la fuerza tuve que desistir.

Estaba fijándome en su cuello de toro y meditando si alguna vez tendría yo el gusto de apretárselo con una corbata de cáñamo, cuando de repente sentí ruido de pasos en el corredor de la taberna y oí luego que alguien subía la escalera que conducía á mi cuarto. No dudé que sería el mariscal. ¿A qué vendrá? me preguntaba. Si se había convencido de que sería imposible salir sin ser visto por los centinelas me mataría quizás allí mismo. No me importaba gran cosa. Entre ser llevado al monasterio ó morir deshonrado por aquellos dos renegados no había mucho donde elegir. Miré á la puerta, queriendo expresar con la mirada el desprecio que hacia ellos sentía, y calculad, amigos míos, cuál sería mi alegría cuando, en vez del rostro altivo y sarcástico del mariscal, vi el bigotazo de mi sargento Papilotte.

El militar francés de aquellos tiempos había visto demasiado para que nada le cogiera de susto; así que en cuanto Papilotte me vió amarrado allí, al momento comprendió lo que había sucedido.

—¡Rayos y truenos! gruñó desenvainando el sable y avanzando apresuradamente hacia la cama.

Chenier dió un paso saliendo á su encuentro, pero se volvió en seguida y comenzó á dirigir golpes á mi pecho. Afortunadamente, antes de que pudiera tocarme me deslicé por el otro lado de la cama, y el cuchillo se hundió en la sábana y la manta.

Un instante después oí caer al suelo una cosa pesada, y casi simultáneamente un objeto ligero, pero más duro, rodó debajo de la cama. No quiero, amigos míos, horrorizaros con detalles; baste decir que Papilotte era muy buen tirador y que su sable era pesado y fuerte.

Al cortar las ligaduras que me sujetaban dejó una mancha roja en mis muñecas y en los tobillos, y en cuanto me quitó la mordaza, lo primero que hice fué besar con efusión á mi querido sargento.

Después le pregunté si había ocurrido alguna novedad, y me contestó que no, que todo estaba tranquilo: mis húsares no se habían enterado de nada. Oudin acababa de relevarle y él venía á recibir mis órdenes... ¿Que si había visto al abad? No, no había visto á nadie.



LUCHÓ CON LA FUERZA DE UN TIGRE

Convinimos entonces en que era necesario rodear la casa para que no se escapase. Nos dirigíamos ya á dar las órdenes convenientes, cuando en el corredor oí un paso firme y seguro. Papilotte, lo mismo que yo, comprendió en seguida quién era.

—No hay que matarle, dije en voz baja, y señalando un rin-

cón oscuro detrás de la puerta para que se ocultara, me coloqué yo en el otro lado.

Apenas apareció su hábito marrón en el dintel de la puerta nos lanzamos sobre él como lobos hambrientos, y... ¡cataplún! caímos los tres al suelo. Mucho tuvimos que trabajar para vencerle, porque se defendía y luchaba como una fiera. Tres veces consiguió levantarse y otras tantas volvió á rodar, hasta que por fin Papilotte le hizo ver que su sable tenía buena punta. Entonces el hombre comprendió que todo había terminado y se quedó quieto, mientras yo le amarré con las mismas cuerdas que antes me sujetaban á mí.

—Amigo mío, le dije, ha cambiado el juego, y esta vez le haré ver que soy yo el que tiene los triunfos en la mano.

—Siempre la suerte acompaña á los necios, contestó. Y después de todo más vale que sea así, pues de otro modo el mundo quedaría completamente á merced de los astutos. ¿Conque habéis matado á Chenier? No importa. Fué siempre perro revoltoso y apestaba á ajo á todas horas: era la comida que más le agradaba. ¿Me haréis el favor de colocarme sobre la cama? El suelo de estas tabernas portuguesas no es á propósito para los que gustamos de la limpieza.

No pude menos de admirar la sangre fría de aquel hombre, que conservaba su aire insolente á pesar de haber cambiado las circunstancias. Mandé á Papilotte en busca de dos húsares para que nos ayudaran, y mientras tanto permanecí vigilando al mariscal, sin apartar la vista de él ni un instante y con el sable desenvainado, pues su audacia me inspiraba respeto.

—Espero, coronel, dijo después de unos momentos, que sus hombres me tratarán como deben tratarme.

—Eso es, repuse; le tratarán como usted se merece.

—No pido otra cosa. Tal vez ignora usted que nací en alta cuna, pero mi situación es tal que no puedo nombrar á mi padre sin hacer traición ni á mi madre sin escándalo. No puedo exigir los honores reales que me corresponden, aunque después de todo son cosas que honran más cuando se conceden sin exigirlas. Las ligaduras me lastiman. ¿Me hace el favor de aflojarlas?

—Me tiene usted por un hombre de poquísima inteligencia, dije repitiendo su propia frase.

—*Touché*, exclamó como si nos estuviéramos batiendo en duelo. Pero ya llegan sus hombres, de modo que poco importa que me las afloje ó no.

Cuando entraron los soldados mandé que le quitaran el hábito y después cuidé que estuviera bien vigilado. Hecho esto, y como empezaba ya á amanecer, era necesario pensar en algo de realización inmediata. El pobre Bart y sus dragones habían caído en el lazo que nos tenía tendido aquel bribón; lazo que, si hubiéramos escuchado los consejos del abad, nos hubiera cogido á todos. Lo que quería yo ante todo era libertar al medio escuadrón inglés, aunque tampoco debía olvidar á la anciana condesa de Ronda, que estaba presa en el monasterio. En cuanto á éste, claro es que ya era inútil pensar en ocuparlo. Comprendí, pues, que todo dependía de la estimación en que aquellos renegados tuvieran á su jefe y que sólo me restaba jugar la última carta. Voy á deciros con qué astucia y con qué osadía la jugué.

Apenas había amanecido cuando sonó la trompeta y se reunió mi medio escuadrón; colocamos al preso sobre un caballo y le llevamos en medio de la tropa. Sucedió que á la entrada principal del monasterio había un árbol grande, á suficiente distancia para que no alcanzaran las balas de fusil, y al pie de aquel árbol nos detuvimos. Yo estaba dispuesto, si acaso abrían las puertas, á cargar sobre ellos; pero como me había figurado optaron por la defensiva, y reuniéndose atropelladamente sobre las paredes, nos saludaron con gritos, carcajadas é insultos. También sonaron unos tiros; pero viendo que estábamos fuera del alcance de sus balas, desistieron de gastar tontamente las municiones.

¡Vaya un grupo tan singular el que formaban ingleses, franceses y portugueses vociferando como locos y amenazándonos con los puños!

Cuando abrimos las filas y les dejamos ver á quién traíamos prisionero reinaron unos momentos de silencio; pero en seguida, ¡válgame Dios qué griterío, qué exclamaciones de desesperación y de rabia! Debía de ser un hombre especial el mariscal Millefleurs para haberse granjeado de aquel modo la amistad de tanto perdido.

Yo había mandado traer de la taberna una soga y di orden de que la colocaran en una rama del árbol.

—¿Me da usted permiso, señor mariscal, observó Papilotte en tono de mofa, para soltarle el cuello del uniforme?

—Si tiene usted las manos perfectamente limpias, contestó Milleflenrs, cuya respuesta produjo grandes risotadas entre mi gente.

Al apretar el nudo que rodeaba el cuello del mariscal llegó á mis oídos un nuevo griterío, que procedía del monasterio, por una de cuyas puertas, que se abrió en aquel instante, salieron tres hombres corriendo en dirección á nosotros y trayendo en las manos banderas blancas. ¡Ah, cómo latió de alegría mi corazón al ver aquella señal! Sin embargo, no quise avanzar ni un solo paso á fin de que todo el interés estuviera por parte de ellos. Lo único que hice fué permitir que tocara el trompeta para darles á entender que esperaríamos á que se acercaran. El mariscal, con las manos amarradas y el nudo en el cuello, conservaba su sitio en la silla del caballo, sonriendo como suele sonreir uno cuando se encuentra aburrido y procura disimularlo por pura cortesía. Si alguna vez me hallara yo en situación semejante no quisiera más que portarme como él se portó; no puedo decir más.

Los parlamentarios formaban un trío muy singular. El uno era cazador portugués, con uniforme oscuro; el segundo *chasseur* francés, de uniforme de color verde, y artillero inglés, de azul y oro, el tercero. Los tres saludaron y el francés tomó la palabra.

—Tenemos en nuestro poder treinta y siete dragones, dijo; juramos solemnemente que, si el mariscal es ahorcado, morirán todos á los cinco minutos.

—¿Treinta y siete? grité. Tienen ustedes cincuenta y uno.

—Murieron catorce en la escaramuza.

—¿Y el oficial?

—Se negó á entregar el sable si no era con la vida. No tuvimos la culpa de su muerte; no fué posible salvarle.

¡Adiós mi pobre Bart! Sólo dos veces me había encontrado con él, pero habíamos simpatizado y sentí mucho la suerte que había tenido. Hombre más valiente ni tirador más fatal no he visto nunca.

Ya os podréis figurar que no me fié de la palabra de los emisarios. Papilotte, con dos hombres, marchó con uno de ellos y volvió al poco tiempo diciendo que, por desgracia, era verdad lo que decían: de modo que tenía que pensar en los que quedaban.

—¿Y si yo pongo en libertad á su jefe harán ustedes lo mismo con los dragones? pregunté.

—Cederemos diez. fué la respuesta.

—¡Arriba con él! exclamé.

—¡Veinte! gritó el *chasseur*.

—¡Basta de charla, tirad de la soga!

—¡Todos! exclamó entonces, viendo que el nudo comenzaba á apretar el cuello del mariscal.

—¿Con armas y caballos?

Comprendieron que no era yo hombre para andar en chanzas, y contestaron:

—Todo completo.

—¿Y además la condesa de Ronda?

En esto hallé mayor resistencia, pues de ninguna manera prometían ceder á la condesa.

Apretamos la cuerda, movimos el caballo... lo hice todo menos dejar colgado al mariscal, cuya muerte tenía gran significación tanto para ellos como para mí, puesto que, una vez muerto, morirían también los treinta y siete dragones.

—Con permiso de usted, dijo el mariscal con su acostumbrada cortesía, debo manifestar que me están poniendo en ridículo. Ya que existe una diferencia de opinión sobre este punto, me parece que lo mejor sería consultar á la misma dama, á quien todos deseamos complacer.

Nada más fácil. Ya podéis suponer que no vacilé en aceptar una solución tan sencilla.

Diez minutos después se presentó ante nosotros una respetable dama, muy digna, con el cabello algo cano y la cara amarilla.

—Este caballero, la dijo el mariscal, se muestra muy deseoso de llevaros adonde no nos veáis más. A vos toca decidir si queréis ir con él ó permanecer aquí conmigo.

Seguidamente se acercó á su caballo, y poniendo una mano en la brida contestó:

—No existe en el mundo poder ni fuerza bastante para separarnos.

El mariscal me lanzó una mirada de desprecio y de ironía, diciendo:



SEGUIDAMENTE SE ACERCÓ AL CABALLO

—Mi querido coronel, ha cometido usted lo que se llama un *lapsus linguæ*. No existe la condesa de Ronda. La señora á quien tengo el honor de presentaros es mi querida esposa Mrs. Alexis Morgan, ó si lo preferís madame la mariscala Millefleurs.

En aquel momento fué cuando comprendí que trataba con el hombre más listo y menos escrupuloso que he conocido en mi vida.

Cuando miré á la desgraciada señora, mi corazón se llenó de

asombro y de aversión. Ella, por su parte, contemplaba á su esposo con una mirada muy parecida á la que un recluta pudiera dirigir á su emperador.

—Así sea, contesté. Entrégueme usted los dragones para que pueda retirarme. Poco después trajeron á los ingleses con sus armas y caballos, todo completo, y entonces mandé quitar la soga del cuello del mariscal.

—Adiós, mi querido coronel, dijo éste. Me parece que cuando vaya usted á referir á Massena el resultado de su expedición no será la relación muy brillante. Sin embargo, no puedo menos de reconocer que ha sabido usted vencer las dificultades con más habilidad de la que yo le creía capaz. Supongo que no habrá nada en que pueda servirle antes que se retire.

—Hay una cosa, repuse.

—Usted dirá.

—He de pedirle que mande enterrar de manera digna al oficial inglés y á sus hombres.

—Le doy á usted mi palabra.

—Aun hay algo más, añadí.

—Veamos.

—Que me conceda cinco minutos al aire libre en su compañía, con un buen sable en la mano y un buen caballo cada uno.

—¡Bah, bah! exclamó. Una de dos: ó me vería precisado á desbaratar su brillante carrera ó tendría que despedirme de mi linda esposa. Es muy injusto el pedir semejante cosa á un hombre que está saboreando las primeras dulzuras del matrimonio.

Reuní á mis húsares y los dragones y les mandé formar en dos columnas.

—*Au revoir*, señor mariscal, le dije blandiendo el sable. Tal vez no se escape usted tan fácilmente en nuestro siguiente encuentro.

—*Au revoir*, contestó. Cuando se canse usted de servir al Emperador, siempre tendrá el coronel Etienne Gerard á su disposición un puesto digno en el servicio del mariscal Millefleurs.

A. Conán Doyle.



Quico.



I

Atardecía. El sol, próximo á expirar en el ocaso, enviaba sus últimos rayos á un pueblecillo cercano de la heroica ciudad de Zaragoza, y un tropel de arreboladas nubecillas rasgábanse al soplo de un viento suave y se iban disolviendo como fugitiva bandada de querubines.

Corrían los primeros días de octubre.

Dejando el pueblo á su espalda avanzaba por un camino, con pretensiones de carretera, un gallardo joven de apostura varonil, mirar de fuego, rostro curtido por el sol y facciones enérgicas, pero bien modeladas. Al hacer un recodo el camino, el joven baturro se volvió para dirigir una última mirada al pueblo que lo había visto nacer, y después de una corta pausa exclamó á media voz, como si tratase de darse ánimos á sí mismo:

—¡Ea, Quico, á lo hecho pecho!

Y echó á andar resueltamente con paso firme y ligero.

Próximamente llevaría una hora de marcha cuando entró en Zaragoza, á tiempo de que la noche cerraba por completo y la luna aparecía en el firmamento, disipando en parte las tinieblas nocturnas con su luz clara y poética.

Nuestro personaje, ó sea Quico, se dirigió en derechura á la estación del ferrocarril, esperó pacientemente la llegada del

mixto que debía llevarle á Madrid y montó en tercera, resuelto á pisar por primera vez en su vida la hermosa villa del oso y del madroño.

Lo primero que hizo al llegar (sin duda guiado por algún alma caritativa) fué dirigirse á una prendería, donde, á cambio de su ropa de baturro clásico, le dieron un traje de chaqueta en bastante buen uso. Después buscó una posada donde pasar la noche y se lanzó á la calle dispuesto á probar fortuna.

Sepamos quién es Quico. Pues ante todo Quico no es Quico, es un diminutivo de Francisco; pero por Quico le conocían en el pueblo, y él estaba muy satisfecho de que así le llamaran.

—Más ahorro de letras, se decía; en entendiéndose las personas, sobran todas las demás.

Según esta económica teoría debiera ser nuestro vocabulario infinitamente menos extenso. Pero volvamos á nuestro héroe.

Quico, que así vamos á seguir llamándole, frisaría en los treinta años; era huérfano de padre; su madre había contraído segundas nupcias, lo cual él llevó muy á mal, con un hombre irascible y despótico, que tiranizaba al hijastro en cuanto el hijastro se dejaba tiranizar.

Quico era de familia pobre, pero contaba con una pequeña parte de tierra de labranza que cultivaba él mismo y daba sobradamente de sí para poder vivir sin escasear en el pueblecillo donde había visto la luz primera.

Tenía un corazón de oro y una voluntad de hierro, rasgos característicos en la mayoría de los aragoneses.

Era trabajador y honrado hasta la médula, pero no podía resistir que nadie se le impusiera, y como su padrastro tratase de hacerlo, el baturro se declaró en rebeldía, formando la firme resolución de abandonar á su pueblo y marcharse á Madrid, donde, Dios mediante, podría encontrar una colocación provechosa y ganarse el pan nuestro de cada día.

Tales eran las intenciones de Quico. Intenciones que puso en práctica, alejándose, como sabemos, de su tierra querida y llegando á Madrid en tercera del tren mixto en uno de los primeros días de octubre.

Pero Quico no tenía ni un pelo de tonto y sabía de sobra que en la capital de España no se atan los perros con longaniza.

—Yo, se había dicho, necesito una persona que me ayude; no hay hombre sin hombre, y á mí me hace falta una especie de padrino que no me deje de la mano y que me guíe en medio de este tropel de gente para que logre hacer algo de provecho.

Esto había pensado Quico, lo cual hay que convenir en que estaba bien pensado; pero como no conocía á nadie en Madrid, claro es que no podia llevar á cabo su pensamiento.

¿Que no? Una persona cualquiera se hubiera, desde luego, cruzado de brazos á la vista de una idea descabellada en el fondo; pero un baturro... ¡bah! para un baturro no hay nada imposible: se alaban de ser tercos y lo prueban hasta morir.

Ya hemos visto dirigirse al joven á una prendería, cambiar la *ropica* del pueblo por una de capital, con la sana intención de pasar desapercibido *como uno de tantos*, buscar luego una casa de huéspedes para dormir por la noche y lanzarse á la calle en busca de fortuna.

Quico tenía una idea metida en su cerebro, una idea arriesgada; mas por dudoso que sea el éxito, los aragoneses se imponen la obligación de no abandonar nunca su plan de campañas

El no temía ni á perderse por Madrid, ni á que lo atropellara un coche, ni á nada absolutamente. Tenía su idea y ella debía ser antepuesta á todo. Y así lo hizo.

Una vez en la calle se puso á pasear con las manos metida. en los bolsillos, coordinando sus pensamientos.

Absorto estaba en sus meditaciones cuando acertó á pasar por su lado un señor correctamente vestido, y Quico, cogiéndole por un brazo, lo increpó de esta suerte sin pizca de reparo:

—Oiga, señorico: yo vengo del pueblo, quiero trabajar y necesito que alguien me ayude. ¿Quiere usted servirme de guía?

El señor, por toda respuesta, se echó á reir, y desasiéndose bruscamente de la mano que lo aprisionaba prosiguió su camino.

El mozo no se desanimó, sin embargo, repitiendo su cantinela á cuantos transeuntes se le figuraban personas decentes, con igual éxito que el primero y llegando á recibir de algunos calificativos poco lisonjeros. Pero Quico era inflexible y acariciaba su pensamiento con más ahinco cada vez.

Así transcurrieron varios días, y una noche quiso la casualidad que nuestro protagonista diese el primer paso hacía la

fortuna. Se hallaba apostado á la puerta de un teatro viendo salir la gente, cuando apercibió á una joven rubia y gallarda, acompañada de una señora respetable y distinguida.

Ambas iban elegantemente ataviadas, y al irse á subir la joven en el coche que las esperaba á la puerta del coliseo se le cayó un precioso pañuelo de encaje que llevaba en la mano.

Un lechuguino fatuo, que desfilaba á la vez que ellas, se agachó para recogerlo; pero con la agilidad de la pantera á la que le arrebatan sus hijos se abalanzó á él Quico, dió un empujón al *dandy* y recogió el pañuelo.

El pedante mancebo juzgó aquello una ofensa y estampó una bofetada en el carrillo del atrevido usurpador de su presa.

Pero el baturro, con la misma agilidad que había desplegado para arrebatar el pañuelo, dió un terrible puñetazo á la chistera de su agresor, la cual cayó rodando por el suelo, despeluznada y maltrecha, entre las risotadas de gran número de personas.

Tal vez se hubiera empeñado más la contienda á no haber prudentemente intervenido un guardia de orden público, con lo que todo se quedó apaciguado, alejándose de allí el pollo elegante tragando bilis y rebosando vergüenza.

Ya habían montado la joven y su madre en su carruaje, esperando á ver en qué paraba aquello, y Quico, aproximándose á la portezuela, les dijo resueltamente:

—Hagan el favor de icirme dónde viven.

En medio del asombro que le causó aquella pregunta, la madre de la joven rubia le dió las señas de su casa, y el intrépido aragonés replicó con la mayor serenidad:

—Bien, pues mañana á las once iré á llevarles el pañuelo, que me ha valido un dolor de muelas.

Y sin dar tiempo á que lo hiciera el lacayo cerró él mismo la portezuela del carruaje y se alejó rápidamente, dejando á sus interlocutoras sumidas en un profundo piélago de confusiones.

II

A las once en punto de la mañana siguiente se presentó Quico en el elegante hotel que habitaba la condesa viuda de Claromar y su bella hija Blanca.

Madre é hija salieron á recibir al desconocido, y éste, después de hacerles un corto saludo, exclamó arrellanándose cómodamente en una butaca:

—Miren ustés. Ante todo les diré que soy un honrao baturrico, que acabo de llegar del pueblo, quiero trabajar y necesito que alguien me ayude. ¿Se comprometen ustés á apadrinarme?

Blanca miró á su madre con la sonrisa en los labios, y la condesa meneó la cabeza á un lado y á otro, no sabiendo qué contestar.

Después de una corta pausa prosiguió Quico:

—Yo me he venido del pueblo porque no podía vivir con mi padrastro, francamente. Yo soy un probecico, pero tengo mi voluntad, como el que más y el que menos. Reconozco que mi madre debe mandar en mí, y hago toíco lo que ella quiere, porque, como dijo aquél, quien manda manda y cartuchera en el cañón. Pero que una presonica que es igual á mí quiera mandarme y ponerse moños conmigo... ¡tate! que no lo consiento. A mí no me duele trabajar, pero me enrabia que un semejante me mande hacerlo, en tanto que él se está con las manos limpicas y los bracicos cruzaos. ¡Tate! que eso no va conmigo.

Aluego... yo soy algo arrimaíco á la cola, pero tengo ideas mu avanzás. Vamos á un icir, de que encuentro feo eso de que los ricos gasten toíco el dinero en divertirse y no sean quiénes pa favorecer á un probe. Y más feo toavía encuentro que esos ricos vayan á la iglesia y se den muchos golpes de pecho, y echen cuatro perricas en el cepillo pa lucirse elante de las presonas y aluego le den un puntapié, y miren con ripunancia al primer mendigo que vaya á pedirles una limosnica en nombre de ese mismo Dios que adoran en la iglesia. ¡Tate! ¿En qué quedamos? ¿Semos cristianos ú no lo semos?

Ea, pues porque yo igo que prendería fuego con gusto á las casas de esos ricos *haprócritas* y que no ejaba de ellos ni ensiquiera el pillejo, me ice mi padrastro que soy un descreído... ¡Tate! ¡Que no! Yo creo como el primero en la Pilarica, y hasta creo que el niñico que tié en sus brazos pué ser un niño mu buenecico. Pero lo que no consiento es que ningún igual se me suba á las barbas, y como mi padrastro quiría gatear por ellas llamé á mi madre y la dije que me venía á trabajar á Madrid.

Lloró mucho la pobrecica: pero como sabe que soy terco no me dijo na, y me dió una medalla de la Pilarica y diez duros que tenía ahorraos. Es lo único que traigo en los bolsillos.

Yo necesito una presona que se interese por *yo*, y he estao proponiéndoselo á más de cuatro, pero toícos me han icío que por la otra puerta.

Por último vi á usté, prosiguió dirigiéndose á la condesa: me paició una buena mujercica, y aprovecho la ocasión de traer el pañuelo que recogí anoche pa pedirle por favor que se compadezca de *yo*. Sé leer, escribir y de cuentas; de to un poquico; tengo buen deseo y quisiera entrar en un taller de carpintería.

Conque, señora, si tié usté corazón ebajo de esos *guiñapos*, favorezca usté á un honrao baturrico.

La condesa de Claromar, después de escuchar la relación de Quico, le estrechó una mano emocionada y le cedió una habitación en su mismo hotel, haciendo que en breve entrase el honrado baturro en un taller de carpintería.

De vez en cuando, después de echar un párrafo con el elocuente Quico, preguntaba la condesa á su hija:

—¿Qué te parece nuestro huésped?

—Delicioso, mamá, delicioso.

Y ambas se regocijaban de haber apadrinado á un hombre de ideas *tan avanzadas*, según él mismo aseguraba tener.

III

Pasaron tres años. Quico, bajo la protección de la caritativa condesa de Claromar, había prosperado mucho.

Así que hubo aprendido el oficio de carpintero aprendió el de tallista, y tuvo el gusto de ofrecer á su ilustre protectora una magnífica mesa de comedor, fabricada por él mismo.

Además, el Quico de hoy no era el de ayer. Con el roce de la gente fina, el rústico *baturrico* se había transformado en un hombre de ademanes desembarazados y lenguaje sencillo, pero correcto, gallardo en su apostura y profundo en sus conceptos.

Blanca, la futura condesa de Claromar, se hallaba en todo el apogeo de sus veintidós años y aparecía extraordinariamente hermosa. Poseedora de un corazón sensible y de unos senti-

mientos en extremo delicados, le repugnaban los jóvenes de la sociedad, viciosos casi todos, fatuos hasta la médula y vanidosos de la cabeza á los pies.

Blanca los miró sin detención y retiró de ellos sus ojos, suspirando tristemente...

Pero al retirarlos de aquellos jóvenes elegantes fué á detener su mirada en el honrado baturro que, á fuerza de trabajo y de constancia, había llegado á ser perito en un oficio difícil y productivo, y contaba con fuerzas y talento suficientes para abrirse paso en el escabroso camino de la vida.

Y juzgó á Quico tan digno de cariño y de admiración, que se impresionó su alma al contemplarlo, y aunque cerró rápidamente los ojos, conservó grabada en la memoria su imagen.

Quico *se pasaba* de listo, como vulgarmente se dice, y notó que no le era indiferente á la futura condesa de Claromar; porque Blanca, á pesar de sus veintidós años cumplidos, tenía la inmensa debilidad de dejar traslucir sus sentimientos.

Al pronto Quico enloqueció de alegría, porque, á decir verdad, la joven era *un bocado* digno de los ángeles; pero luego que hubo reflexionado seriamente se oscureció su semblante, y yendo en busca de su anciana protectora le manifestó su deseo de alejarse de Madrid; mas como la condesa rechazase bondadosamente su pensamiento, él la dijo:

—Mire usted, señora; yo le debo cuanto soy, y lo peor que puede tener una persona es el ser ingrata.

He notado que su hija Blanca me quiere más que como á protegido. Yo, si he de serle franco, la adoro con locura; pero nuestro matrimonio sería un desacuerdo que daría lugar á enfadosos comentarios. Lo mejor que puedo hacer, por el bien de los dos, es poner tierra de por medio, y por eso me decido á abandonar á usted, rogándole que me deje antes besar su mano bienhechora.

Además, según me escribe mi madre, mi padrastro está muy enfermo, y como ellos no viven de sus rentas, yo soy el llamado á socorrerlos con el dinero que en tres años de trabajo me ha permitido ahorrar su generosidad.

Pero tenga usted entendido, señora, que no la olvidaré nunca; porque, además de todos los beneficios que me ha otorgado, le

debo uno grandísimo: el de haberme reconciliado con la clase elevada.

Yo creí que en el pecho de los ricos sólo había un pedazo de piedra en vez de corazón, y ahora estoy convencido de que entre los ricos y los nobles puede haber francos, puede haber buenos, puede haber generosos... ¡Gracias, señora! ¡Gracias por haber modelado mis sentimientos!

La condesa lloraba y Quico prosiguió:

—No, yo no he nacido para usar levita, me oprimiría demasiado el cuerpo; mis manos no están hechas para estrechar manos finas, y vuelvo á mi pueblo para estar entre los míos, para ver á mi Virgen del Pilar querida.

Quico echó al cuello de su protectora la medalla de la Pilarica que le dió su madre el día de su partida, y después de abrazarla respetuosamente y de despedirse de Blanca como para un corto viaje salió de aquella casa llorando como un niño.

IV

Blanca se casó al año y medio escaso con un rico vizconde, y Quico, después de perder á su padrastro, vendió sus pequeñas tierras de labranza y fué á establecerse en Zaragoza de maestro tallista, en compañía de su anciana madre.

Con frecuencia visitaba el Pilar, y entonces balbuceaba postrado ante el altar de la Virgen:

—No dirás que he sido ambicioso ni ingrato, he tenido en mis manos la fortuna y la he tirado. Y yo, yo que voy diciendo á cuantos me quieren oir que todos estamos hechos de la misma masa y que estoy en contra de la diferencia de clases, he destrozado mi corazón por un sentimiento de delicadeza: por no unir la sangre *rica* con la sangre *pobre*... Pero ¡ay, Pilarica mía!... ¡¡tú sabes si ha sido grande mi sacrificio!!...

Pepita Vidal.





Indices del tomo primero



De artículos

PÁGINAS

De autores



